Universidad de Burgos
Departamento de Ciencias de la Educación
Tesis Doctoral

El Concepto de «PULSIÓN» EN FREUD

DESDE SUS ANTECEDENTES
FILOSÓFICOS, FISIOLÓGICOS Y
PSICOPATOLÓGICOS
HASTA LA FUNDAMENTACIÓN EN LA
OBRA FREUDIANA
Y
LAS VINCULACIONES CON LA CLÍNICA

por

Ana Lucas Galindo

TESIS DOCTORAL

PRESENTADA POR
ANA LUCAS GALINDO

DIRIGIDA POR
DR. D. KEPa MATILLA DIEZ
DRA. D^a. M^a ISABEL GARCÍA ALONSO

BURGOS, NOVIEMBRE DE 2015

D. KEPA MATILLA DIEZ, Doctor en Psicología; Psicoanalista y Psicólogo Clínico del Hospital Río Hortega de Valladolid, y

D^a. MARÍA ISABEL GARCÍA ALONSO, Profesora Doctora del Área de Personalidad, Evaluación y Tratamiento Psicológicos de la Universidad de Burgos,

Hacen constar que el trabajo de investigación:

El concepto de «pulsión» en Freud, desde sus antecedentes filosóficos, fisiológicos y psicopatológicos hasta la fundamentación en la obra freudiana y las vinculaciones con la clínica.

Que presenta **D^a. ANA LUCAS GALINDO** ha sido realizado bajo nuestra dirección y supervisión y reúne, a nuestro juicio, los méritos suficientes de originalidad y rigor para que la autora pueda optar con el título de Doctora.

Burgos, noviembre de 2015

Fdo.: Dr. D. Kepa Matilla Diez

Fdo.: Dra. D^a. M^a Isabel García Alonso

A Kερα

Flectere si nequeo superos,

Acheronta movebo.

VIRGILIO, *Eneida* VII 312

AGRADECIMIENTOS

Desearía expresar mi gratitud más sincera a la Profesora Dra. M^a Isabel García por su predisposición inmediata para dirigir esta tesis, su gran acogida y el enorme apoyo prestado para su consecución.

Agradecer al Dr. Kepa Matilla la inspiración que me ha ofrecido en todo momento para acometer esta tarea y todas las directrices otorgadas para llevarla a cabo. Sin su inestimable ayuda la elaboración de esta tesis no habría tenido lugar. Y he de decir, que su gran pasión por el saber y sus ánimos continuos han supuesto un incentivo en todo momento. Sin él, definitivamente, esto no habría sido posible.

También quisiera dar las gracias a mi familia y amigos por el apoyo prestado en esos últimos momentos tan difíciles.

Agradezco por supuesto a mi querido perrito Ruso el estar ahí, siempre conmigo.

Dar las gracias, muy especialmente, a mis abuelas y a mi tío *Pipi* por haber sido siempre una estimulación para emprender nuevos estudios y por todo el amor que he recibido de ellos. A la entrañable *Amuma* por su infinito cariño, gracias. ¡No os olvido!

Y, por último, desearía hacer una mención especial al gran Sigmund Freud, al genio, erudito, inconformista y revolucionario, al que sólo puedo mostrar mi enorme admiración por ese prolijo legado de conocimientos que pese al inexorable paso del tiempo no deja de sorprendernos por su originalidad y frescura. Mi más espléndido agradecimiento por todo lo que me ha enseñado, aun a costa de los grandes quebraderos de cabeza que también me ha ocasionado, mil gracias.

ÍNDICE

Introducción	1
 CAPÍTULO 1. ANTECEDENTES.....	7
1.1. Introducción al término <i>Trieb</i>	9
1.1.1. El término <i>Trieb</i> en alemán	9
1.1.2. El término <i>Trieb</i> en Freud	12
1.2. <i>Trieb</i> y <i>Vorstellung</i>	13
1.2.1. La energética y lo simbólico	13
1.2.2. La energía	16
1.3. Antecedentes históricos de la filosofía	19
1.3.1. El asociacionismo inglés	19
1.3.1.1. Introducción	19
1.3.1.2. El nominalismo de Occam	20

1.3.1.3. El sensualismo de John Locke	21
1.3.1.4. El concepto psicológico de “asociación” de Hume	21
1.3.1.5. Los orígenes de la psicología, Harley, James Mill y John Stuart Mill	22
1.3.2. La influencia del asociacionismo en Francia (materialistas y espiritualistas)	24
1.3.2.1. Introducción	24
1.3.2.2. Los materialistas, Cabanis y su descendencia	25
1.3.2.3. Los espiritualistas	26
1.3.3. El asociacionismo alemán	27
1.3.3.1. Herbart	27
1.4. El psicoanálisis, la química y la física	30
1.4.1. Hermann von Helmholtz	31
1.4.2. La descendencia de Helmholtz	33
1.4.3. La psicofísica de Fechner	35
1.4.4. Ernst Mach	37
1.4.5. Wilhelm Ostwald	37
1.4.6. Entre la fisiología y la <i>Naturphilosophie</i>	40
1.4.7. La fisiología en el primer Freud	41
1.5. La psicopatología romántica	42
1.5.1. La escuela de los <i>Psychiker</i> , Reil, Heinroth, Ideler y Neumann	42
1.5.2. La escuela de los <i>Physiker</i> , Griesinger y Meynert	44
1.6. Eros y Thanatos	46
1.6.1. Las derivas del instinto sexual	46
1.6.2. La cuestión de la libido	48
1.6.3. La pulsión de muerte	50
1.7. Reubicación de la postura en Freud	54

CAPÍTULO 2. ETAPA PSICOPATOLÓGICA: ESBOZOS DEL CONCEPTO DE “PULSIÓN” 57

2.1. Las publicaciones psicopatológicas y los manuscritos inéditos	61
2.1.1. Aproximaciones a la pulsión en las publicaciones psicopatológicas	62
2.1.1.1. El punto de partida: la excitación nerviosa y la sintomatología histérica	62
2.1.1.2. Las comandas de las pulsiones y los procesos de pensamiento en el cuerpo	64
2.1.1.3. La tramitación de la excitación nerviosa: tesis de la constancia y el recurso del lenguaje	66
2.1.1.4. Los mecanismos de defensa de las psiconeurosis	68
2.1.1.5. La naturaleza sexual de la excitación y la etiología de la neurosis	71
2.1.1.6. La energía física de la sexualidad y su requerimiento de una etapa propia mente psíquica. La libido	74
2.1.1.7. Más allá de lo psicopatológico. Los decursos pulsionales en el lenguaje	76
2.1.2. Precedentes de la pulsión en la correspondencia con Wilhem Fliess	80
2.1.2.1. La cantidad desplazable y su regulación. Pulsión sexual y libido	80
2.1.2.2. La tensión sexual en la angustia y la melancolía	82
2.1.2.3. Mecanismos de tramitación de la pulsión en las neurosis y las psicosis	84
2.1.2.4. El anclaje de la pulsión sexual en la infancia	85
2.1.2.5. Las psiconeurosis, sus mecanismos de defensa y su vinculación a las etapas del desarrollo sexual	86
2.1.2.6. Las fantasías. La primacía de la cantidad en detrimento del soporte	88
2.1.2.7. Caracterización de la pulsión sexual y su inexorable displacer a lo largo de la vida	90
2.2. La primera distinción de las pulsiones a propósito de la histeria	91
2.2.1. Sobre el estado de la cuestión	91
2.2.1.1. La herencia de Charcot	91
2.2.1.2. Los tratamientos vigentes para la histeria	92

2.2.1.3. Los preparativos para los <i>Estudios</i>	93
2.2.1.4. Las preconcepciones en el epistolario	94
2.2.2. La primera distinción pulsional	94
2.2.2.1. La fuerza del trauma y su desplazamiento al cuerpo	95
2.2.2.2. Lo simbólico y lo pulsional	96
2.2.2.3. La cantidad de excitación regulada por el principio de constancia	97
2.2.2.4. La pulsión sexual frente a las necesidades vitales	101
2.2.2.5. La defensa: mecanismo para la exigencia pulsional	102
2.3. El antecedente del concepto de “pulsión” dentro del ámbito neurofisiológico	104
2.3.1. La construcción del aparato psíquico: aproximación neurofisiológica a la operativa pulsional	106
2.3.1.1. Los principios reguladores de la cantidad de excitación	106
2.3.1.2. Las barreras contacto y la memoria	109
2.3.1.3. El problema de las sensaciones: el periodo	112
2.3.1.4. El funcionamiento del aparato psíquico	114
2.3.1.5. Las asociaciones	117
2.3.1.6. El deseo y la defensa	120
2.3.1.7. Los procesos primario y secundario	121
2.3.1.8. Los signos de realidad	122
2.3.1.9. El yo regulador de las sensaciones	124
2.3.1.10. Los sueños: estados libres de las acciones del yo	125
2.3.2. La psicopatología: derroteros pulsionales en la histeria	126
2.3.3. Más allá del cuerpo: el lenguaje como medio de descarga	130
2.3.3.1. La atención psíquica	130
2.3.3.2. El decir al servicio de la descarga	132
2.3.3.3. El proceso de pensamiento. El último legado de la física	133

CAPÍTULO 3. VIRAJE AL ÁMBITO PSICOLÓGICO: LA APARICIÓN DEL CONCEPTO	137
3.1. El salto de lo cuantitativo a lo simbólico	141
3.1.1. La interpretación: el sentido impuro	144
3.1.2. ¿Por qué surgen los sueños? Pulsión y deseo	150
3.1.3. Sueños de punición, angustia y pesadillas	158
3.1.4. Los procesos que maniobran en los sueños y en los síntomas	162
3.2. La aparición del concepto de “pulsión”	170
3.2.1. Antecedentes de la teoría sexual	172
3.2.2. Fuentes, objetos y metas de las pulsiones sexuales	178
3.2.2.1. Las perversiones: fraccionamiento de la pulsión en distintas componentes	178
3.2.2.2. Los síntomas: metas de la pulsión sexual	181
3.2.3. La pulsión: exigencia inexorable desde la infancia. El perverso polimorfo	185
3.2.4. El periodo de latencia: a favor de la cultura. Pesquisas del componente agresivo pulsional	192
3.2.5. Las distintas fases del desarrollo sexual	200
3.2.5.1. Fases pregenitales	200
3.2.5.2. Dos tiempos para la elección del objeto sexual	204
3.2.5.3. Tras el periodo de latencia: fase genital	206
3.2.6. El enigma: origen y naturaleza de la tensión sexual	207
3.2.7. Clínica de los destinos pulsionales en la vida adulta y en la infancia	212
3.2.7.1. La neurosis obsesiva y la pulsión sádico-anal	212
3.2.7.1.1. La transgresión pulsional del mecanismo de defensa: la obsesión	213
3.2.7.1.2. Caso clínico de neurosis obsesiva: el “Hombre de las Ratat”	218
3.2.7.1.3. Carácter y erotismo anal	230
3.2.7.2. Una fobia en la infancia y sus vinculaciones con la pulsión fálica	232

CAPÍTULO 4. PRIMERA CATEGORIZACIÓN DE LAS PULSIONES	239
4.1. Concepto de “pulsión” contemporáneo a la primera categorización explícita	242
4.1.1. Las implicaciones del desarrollo libidinal en la vida infantil.....	242
4.1.2. La lengua al servicio de la pulsión. De las ruinas de Egipto y de los sueños	245
4.1.3. Los estragos del desarrollo libidinal en la vida adulta	248
4.2. La primera categorización de las pulsiones	250
4.2.1. La categorización pulsional según la perturbación psicógena de la visión	250
4.2.2. Los precedentes de la categorización pulsional	252
4.3. Los dos principios del acaecer psíquico: el timón pulsional	255
4.3.1. La regulación pulsional por el principio de realidad	255
4.3.2. A un paso de la realidad: las fantasías como subterfugios	257
4.3.3. Algunos impactos del principio de realidad en lo social	258
4.4. La contracción de la enfermedad según el modo particular de enfrentar cierta magnitud de libido	261

CAPÍTULO 5. LA LIBIDO Y LA PSICOSIS	265
5.1. Aproximaciones a las psicosis	267
5.1.1. La correspondencia con Fliess. Etapa psicopatológica	267
5.1.2. La correspondencia con Jung. Ínterin hasta el análisis del caso Schreber	270
5.1.3. Paranoia <i>versus</i> demencia precoz	277
5.2. Sobre la paranoia y sus vinculaciones con la pulsión	279

CAPÍTULO 6. ETAPA METAPSICOLÓGICA:

FUNDAMENTACIÓN DE LAS PULSIONES 285

6.1. Implicaciones de las pesquisas sobre las psicosis en la doctrina de las pulsiones	290
6.1.1. Justificación de las categorías pulsionales. La libido de objeto y la libido narcisista	290
6.1.2. Las parafrenias y la introducción del narcisismo	300
6.1.3. El desplazamiento de la libido al ideal del yo	307
6.2. La fundamentación de las pulsiones	310
6.2.1. La topología pulsional	310
6.2.2. Definición y primera hipótesis	312
6.2.3. Componentes de la pulsión	314
6.2.4. Categorización pulsional: cuantitativa, clínica y biológica. Segunda hipótesis	315
6.2.5. Destinos de la pulsión: variedades de la defensa	317
6.2.5.1. La represión	319
6.2.5.2. Diferenciación entre trastorno hacia lo contrario y la vuelta hacia la persona propia	323
6.3. Periodo transitorio hacia otra dualidad pulsional	333
6.3.1. Sentido e interpretación. La figuración y desfiguración del representante	334
6.3.2. Economía pulsional. El procesamiento del representado	336
6.3.3. Hacia el estudio de las otras pulsiones	337
6.3.4. ¿Dónde está la satisfacción pulsional?	338
6.3.5. La angustia, a la espera de una intelección	340
6.3.6. La dicotomía pulsional. Pesquisas para nuevas investigaciones	343
6.3.7. La terapia analítica	344
6.4. El masoquismo: destino pulsional vinculado al complejo de Edipo	345

CAPÍTULO 7. SEGUNDA CATEGORIZACIÓN DE

LAS PULSIONES 349

7.1. Lo Ominoso: primera conceptualización de la compulsión de repetición 351

7.2. El salto a la pulsión de muerte y Eros 356

7.2.1. La compulsión de repetición: germen de la pulsión de muerte 356

7.2.1.1. La situación de partida: los grandes postulados y su falibilidad 356

7.2.1.2. Buscando una explicación del adentro en el afuera 358

7.2.1.3. ¿A qué obedece la compulsión de repetición? 360

7.2.2. Trabajo metapsicológico. Controversias 361

7.2.2.1. La relectura de la estructura del aparato psíquico 361

7.2.2.2. Función previa al principio del placer: la ligazón energética 364

7.2.2.3. El carácter conservador de las pulsiones y la pulsión de muerte 367

7.2.2.4. Las prestaciones biológicas a las disquisiciones de la dualidad 369

7.2.2.5. Trayectoria de la categorización de las pulsiones 370

7.2.2.6. Tratando de hallar un ejemplo de la pulsión de muerte: La mezcla
pulsional 373

7.2.2.7. De la biología a la filosofía: Eros y pulsión de muerte 376

CAPÍTULO 8. EL PROBLEMA DE LA DESMEZCLA

PULSIONAL..... 379

8.1. El ello y el yo. El ello pasa a ser reservorio de las pulsiones 382

8.2. El yo y el superyó o ideal del yo. Siguiendo la pista de la pulsión de muerte 386

8.2.1. Introducción a las identificaciones 387

8.2.1.1. La identificación en la melancolía 387

8.2.1.2. Otro tipo de identificaciones 389

8.2.2. El legado del complejo de Edipo: un superyó que exhorta a las pulsiones y
que también castiga por ello 390

8.3. Relectura de la clasificación de las pulsiones. El problema de la desmezcla	393
8.4. El superyó aliado del ello y sus manifestaciones	397
8.4.1. El sentimiento de culpa en la clínica	398
8.4.2. La clínica del suicidio	400
8.4.3. La angustia	401
8.5. Obras contemporáneas	402
8.5.1. El problema económico del masoquismo. La mezcla pulsional	402
8.5.1.1. El masoquismo femenino	404
8.5.1.2. El masoquismo erógeno o primario	405
8.5.1.3. El masoquismo moral	406
8.5.1.3.1. El superyó: Fiduciario del complejo de Edipo	406
8.5.1.3.2. El masoquismo moral: Legatario de la pulsión de muerte	408
8.5.2. Transcripción de los conflictos pulsionales en las neurosis y las psicosis al servilismo del yo ante la realidad y ante el ello, respectivamente	410
8.5.3. Subterfugios del yo ante el ello y el superyó: Inhibición, síntoma y angustia!	411

CAPÍTULO 9. LO IMPOSIBLE DE REDUCIR	415
9.1. La articulación de lo pulsional con la cultura	417
9.1.1. Las máximas culturales: Eros y Ananké	418
9.1.2. El sentimiento de culpa desde el lado del amor y su ambivalencia	424
9.1.3. El sentimiento de culpa desde la dinámica pulsional. Eros <i>versus</i> pulsión de muerte	431
9.2. Las modalidades de economía pulsional y su impacto en la clínica	435
9.3. Conclusiones finales. La angustia y la pulsión emblemas de la dicotomía pulsional	436
9.4. La pulsión como lo imposible de reducir	442

CONCLUSIONES	447
---------------------	-----

BIBLIOGRAFÍA	455
---------------------	-----

Bibliografía de Freud	457
-----------------------	-----

Otras referencias bibliográficas	473
----------------------------------	-----

INTRODUCCIÓN

La presente tesis nace por la sorpresa que nos causó hace años el encuentro con una noción perteneciente al ámbito clínico y que sin concernir, aparentemente, a los estudios a los que entonces nos hallábamos encomendados, establecía un puente con numerosas disciplinas entre las que se ubicaba aquella que en tiempos pretéritos captaba toda nuestra atención.

Por eso nuestro objetivo es, siguiendo la estela de aquella sorpresa, elucidar el concepto de “pulsión” en la obra Freud y desentramar las vinculaciones que posee directamente con la clínica. Curiosamente, el despliegue de esta tarea nos ha llevado mucho más lejos y nos ha ofrecido una respuesta a las cuestiones que afloran cuando dentro de la cotidianeidad emerge cierto malestar en los individuos y aparece como un síntoma de la época en que vivimos.

El recorrido que hemos trazado para poder alcanzar el fundamento de la pulsión y sus repercusiones en los distintos fenómenos psicopatológicos parte de los antecedentes freudianos, pasando por los desarrollos inicialmente realizados por Freud durante su etapa psicopatológica, hasta llegar al núcleo de sus propias teorías que reflejan la elaboración y el afianzamiento del concepto en cuestión.

Debemos destacar que la tarea no ha estado exenta de numerosas dificultades. Desde el principio, se nos hizo imprescindible diferenciar la noción objeto de estudio del término “instinto”, vocablo por el que se optó por traducir en nuestra lengua, en un primer momento, el término alemán *Trieb*. Sin embargo, posteriormente, los especialistas se vieron obligados a crear la denominación que hemos trabajado en esta tesis doctoral.

Efectivamente, la noción de “pulsión” tiene su arraigo en el término alemán *Trieb*, lo cual se prestaba a confusiones pues dicho término procedía de períodos vetustos y habitaba en el uso corriente, mientras que en castellano no existía una palabra para nombrar aquello de lo que en alemán era tan corriente hablar. Podemos imaginar que simplemente este asunto complica sobremanera nuestra aprehensión conceptual.

La cuestión es que se recurrió a la palabra latina *pulsio* que significa ‘empujar’. No obstante, en los tratados de medicina tendía a enlazarse con el concepto de “instinto” y originó que en algunos casos se transcribiera de las fuentes alemanes con esa denominación.

Empero, Freud desde el principio lo trata como una fuerza poderosa que pone al individuo en movimiento y que es distinta al instinto dado que se asienta en diferentes fuentes, detenta un carácter de insistencia constante, entrama cierto displacer y no posee una finalidad definida. Consiste en una manifestación somática que describe en un primer momento como fisiológica. Es decir, concierne a una excitación que arranca del interior del organismo y que llega hasta las neuronas, donde queda sujeta a unas leyes energético-económicas. Asimismo, el individuo lo percibe como un fenómeno psíquico (sensaciones, percepciones, ideas, voluntad, etc.).

Por otro lado, la abundante terminología a la que remitía el concepto cuando era aún difuso y la complicación añadida de estar emparentado con las ciencias químicas, la física, la biología e incluso la filosofía en hartas ocasiones nos ha supuesto un esfuerzo añadido.

Freud en sus comienzos manejaba vocablos eminentemente científicos, pertenecientes a la neurología y a la física, y que tendían a oscurecer los procesos que regían el funcionamiento psíquico y su motor, la pulsión. Por ende, para acometer la tarea de investigar el concepto desde sus aproximaciones iniciales necesariamente nos vimos obligados a imbuirnos en el ambiente de la época y tratar de comprender aquellos conocimientos que en ella se erigieron. Si no, no hubiera habido forma de averiguar dónde la pulsión hallaba sus cimientos.

Los avances científicos que a mediados del siglo XIX estaban teniendo lugar en la física eran recibidos por la medicina con entusiasmo. Los médicos de entonces trataban de trasladar los conceptos físicos a la fisiología expresando el anhelo de una fisiopatología.

Freud entabló contacto con Helmholtz, que aplicaba el principio de conservación de la energía a los hechos fisiológicos; recibió clases de fisiología por parte de Brücke, que junto con el anterior interpretaban los fenómenos orgánicos en términos de fuerza, cantidad y movimiento de moléculas, y sometían sus postulados a prueba en el laboratorio; se acercó a la filosofía y la psicología de Herbart, figura que encarnaba la herencia del asociacionismo en Alemania en la segunda mitad del siglo XIX; se aproximó a Fechner, fundador de la psicofísica que era el intento de alzar una psicología como ciencia que permitiese relacionar el alma con el cuerpo; se interesó por los desarrollos de los *Psychiker*, románticos que trataron de demostrar la etiología psicológica de la enfermedad mental; y tuvo como obra de referencia psicopatológica fundamental el tratado de Griesinger, de donde tomó, entre otras, la idea de la metamorfosis del yo.

Citamos a estos personajes por seleccionar algunos referentes del ámbito psicopatológico, fisiológico y filosófico de Freud, pero realmente la lista de antecedentes a los que remite la pulsión tiene una extensión mayor, tal y como podremos comprobar, al adentrarnos en el cuerpo de la presente tesis doctoral.

Podemos decir que, en gran parte, el concepto es deudor en Freud de las histéricas del siglo XIX. Las primeras elucubraciones, justamente, nacen de la observación de las excitaciones nerviosas que aquellas destacaban. Los ataques que sufrían eran perpetrados por los recuerdos de un evento traumático en el que habían confluído unas excitaciones hiperintensas que no pudieron ser tramitadas mediante una acción refleja. Asimismo, la insistencia de este fenómeno se presuponía como un intento de consumar la reacción que tuvo lugar ante dicho incidente pretérito.

Freud comienza a investigar la etiología de estas pacientes y atisba que la cantidad de excitación que no se gestionó en su momento, además de derivar en una sintomatología patológica, era de índole sexual. Estas mujeres daban cuenta de este factor cuando emitían sus relatos bajo estados donde la conciencia era sorteada. Las pulsiones, tal y como las cita en una de las primeras reseñas que efectuó sobre el hipnotismo, las ubica en el psiquismo del individuo, parejas a los sentimientos y causantes de fenómenos en el cuerpo. A medida que avanza en sus estudios empieza a convencerse más de que el sustrato afectivo que radica en

las pulsiones y en los propios procesos de pensamiento tiene implicaciones en lo corporal. Y aplicando estos nexos en el análisis minucioso de la sintomatología histérica consigue concebir varios aspectos que supondrán las características indiscutibles del futuro concepto de pulsión.

CAPÍTULO 1

Antecedentes

1.1. Introducción al término *Trieb*

1.1.1. El término *Trieb* en alemán

El término *Trieb* en alemán es un vocablo antiguo empleado desde hace siglos en el lenguaje corriente. Posee una amplia gama de significados y connotaciones diversas que complican su traducción a cualquier otra lengua. En castellano, por ejemplo, no disponemos de un término equivalente antes del surgimiento del psicoanálisis, momento en el que algunos traductores de Sigmund Freud (1856-1939) proponen el término “pulsión” para solventar esta dificultad¹. El término “pulsión” es por tanto un neologismo del lenguaje psicoanalítico, no es un término de uso corriente en castellano². En Francia en cambio el término *pulsion* aparece en 1625, derivado del latín *pulsio* que designaba la acción de ‘empujar’ o ‘impulsar’³.

¹ Es el caso por ejemplo de la traducción que realiza José Luis Etcheverry, Cf. Freud, S. (1976), *Obras Completas*, 24 tomos, Buenos Aires, Amorrortu Editores. Ésta es la edición de Freud que hemos utilizado en nuestro trabajo. De ahora en adelante, sólo nombraremos el título, el año de redacción y el año de la primera publicación en el caso de que no coincidan, y el tomo. Seguiremos haciendo alusión a esta edición mediante las siglas AE. Las demás ediciones de las *Obras Completas* que hemos consultado, se citan igual que citamos las obras de otros autores.

² Miller, J.-A. (2011 [1993-94]), *Donc, la lógica de la cura*, Buenos Aires, Paidós, p. 155.

³ Roudinesco, E. y Plon, M. (1998), *Diccionario de psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, p. 902.

A esta dificultad tenemos que añadir otras dos más. En primer lugar, el uso tan particular que Freud hace del término —cuestión que trataremos de elucidar en este primer apartado histórico de nuestra tesis doctoral—. En segundo lugar, junto con toda esta polisemia, surge la cuestión de la relación histórica que *Trieb* mantiene con *Instinkt*, término con el que se emparenta desde hace siglos en los libros de medicina⁴. Probablemente, debido a esta relación histórica entre los dos términos, los traductores hayan empleado el término “instinto” para traducir *Trieb*, como por ejemplo ha ocurrido en alguna traducción en castellano⁵.

En cualquier caso, el término en cuestión parece referirse a algo que ‘propulsa’, que ‘coloca en movimiento’, que ‘acicatea’, que ‘hace salir’, que ‘no deja parar’, que ‘empuja’. Evoca la idea de una fuerza impelente, poderosa e irresistible, una fuerza motriz interna que se hace perceptible a la conciencia. Es la base de la necesidad, el ansia, la voluntad, el querer y el deseo⁶.

De esta forma, la palabra *Trieb*, en su uso en alemán, entrelaza cuatro momentos.

1. Se refiere a un principio fundamental que rige a todos los seres vivos.
2. Se manifiesta como una fuerza que coloca en acción.
3. Aparece fisiológicamente en el cuerpo, como si brotase de él o lo aguijoneara.
4. Se revela al sujeto haciéndose representar, como si fuera su voluntad o un imperativo.

Hanns resume los significados del término *Trieb* que aparecen en el voluminoso diccionario *Deutsches Wörterbuch* de los hermanos Grimm⁷, que recogen decenas de ejemplos del uso del término en los lenguajes corriente, literario, comercial, técnico (biología, mecánica), filosófico y psicológico, durante varias épocas y regiones:

1. Designa la acción de *treiben* (tocar, arrear) ganado y los animales que se cazan.

⁴ Hanns, L.A. (2001), *Diccionario de términos alemanes de Freud*, Buenos Aires, Lohlé-Lumen, p. 381.

⁵ Es el caso de la traducción que realiza Luis López-Ballesteros, *Cf. Freud, S. (1997), Obras Completas*, 9 tomos, Madrid, Biblioteca Nueva.

⁶ Hanns, L.A. (2001), p. 384.

⁷ *Cf. Grimm, J. y Grimm, W. (1907), Deutsches Wörterbuch*, Leipzig, Verlag von S. Hirzel.

2. En el lenguaje literario y filosófico del siglo XVI se presenta como propulsor externo, con el significado de ‘estímulo’ (*Reiz*), de ‘compulsión/coerción’ (*Zwang*) o de ‘principio fundamental’ (*Instinctus Divinus*). También aparece como ‘objetivo’ o ‘motivo’, en el sentido de algo que estimula e impele.
3. Indica el empujar, la propulsión. En la técnica de artillería aparece como sinónimo de tiro, o como la fuerza que dispara el tiro. También alude a la fuerza motriz de las máquinas o del viento.
4. En botánica es la fuerza orgánica que hace brotar. Es la fuerza de los seres vivos.
5. También tiene el sentido, poco frecuente, de fuerte influencia o tortura.
6. Como fuerza motriz interna aparece como *Drang* (‘ansia’, ‘voluntad’, ‘presión’, ‘necesidad’), *Lust* (‘placer’-‘voluntad’) y *Energie* (‘energía’). Puede ser una fuerza interna indefinida o tener un objeto definido (en el sentido de *Drang*). También se refiere al temperamento fuerte o tenacidad. En alemán, tanto *Energie* como *Drang* y *Lust*, pueden ser usados en lugar de *Trieb*.
7. En la filosofía y la psicología del siglo XVIII, tiene el sentido de *Instinct* y designa mociones (*Regungen*) primitivas y naturales, así como instintos específicos.
8. En la literatura y la poesía se relaciona con el amor y la sensualidad.
9. Por otra parte, Hanns también analiza el término *Trieb* en la Biblia judía que Freud leyó en la infancia. Según parece, es con su concepción de la pulsión como Freud más se acercaba a la interpretación rabínica, donde se habla de una pulsión buena y una mala. Podría haber conocido entonces dicho concepto y su interpretación a partir de los textos bíblicos⁸. Con todo, el término *Trieb* siempre se mantiene próximo a los aspectos biológicos, fisiológicos, energéticos y lingüísticos comentados.

Por tanto, las *Triebe* pueden referirse a las “grandes fuerzas que impulsan” todo lo viviente, apuntando a la autoconservación, la reproducción, etc., así como a la manifestación biológica de esas fuerzas, los instintos. Para Freud, que hace uso de la polisemia del término, es algo poderoso e indeterminado, anterior al instinto y que viene de otro lugar (impersonal y

⁸ Cf. Pfrimmer, Th. (1982), *Freud lecteur de la Bible*, Paris, Presses universitaires de France; citado en Hanns, L.A. (2001), p. 385.

atemporal), una energía propulsora que pone al sujeto en movimiento⁹. Si bien la pulsión evoca el instinto, se distingue de él en puntos cruciales. Sus objetos y sus fuentes son variables, pues dependen del devenir libidinal. Es un empuje *constante*. Algo en la pulsión no es favorable a la satisfacción, por lo que se diferencia aquí de la satisfacción instintiva¹⁰. En *Trieb*, como comentan Laplanche y Pontalis “el acento recae menos en una finalidad precisa que en una orientación general”¹¹. El término *Instinkt*, por el contrario, suele designar una acción hereditariamente fijada que aparece en una forma casi idéntica en todos los individuos de una misma especie.

Trieb es sin duda un fenómeno somático-energético que Freud describe como fenómeno fisiológico (donde recurre a las neuronas, los nervios, las glándulas, etc.) y como proceso energético-económico (acumulación y descarga de la energía, etc.). El sujeto lo percibirá como fenómeno psíquico (representación, idea, voluntad, dolor, miedo, sensaciones).

Por otra parte, el término está presente en la concepción de la locura de la psicopatología alemana a lo largo del siglo XIX. Karl Wilhelm Ideler (1795-1860) o Heinrich Wilhelm Neumann (1814-1884) por ejemplo, plantearon como fundamental el tema de las pulsiones sexuales, como veremos enseguida. Por su parte, en la filosofía, Friedrich Nietzsche (1844-1900) entendía el espíritu humano como un sistema de pulsiones que pugnaban entre sí o se unían las unas con las otras, hablaba de instintos sexuales e instintos agresivos o de autodestrucción¹². Freud no ocultó estos antecedentes y en su *Autobiografía* de 1925 confesó que había leído muy tarde a Nietzsche por temor a sufrir su influencia¹³.

1.1.2. El término *Trieb* en Freud

El concepto *Trieb* no se elabora hasta 1905, si bien sus antecedentes son muy claros en forma de nociones energéticas, como por ejemplo cuando diferencia entre dos tipos de excitación

⁹ *Ibíd.*, p. 396.

¹⁰ Assoun, P.-L. (2003), *El vocabulario de Freud*, Buenos Aires, Nueva Visión, p. 61.

¹¹ Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1996), *Diccionario de psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, p. 324.

¹² Roudinesco, E. y Plon, M. (1998), p. 903.

¹³ Freud, S. (1925), “Presentación autobiográfica”, en AE, t. XX, p. 56.

(*Reiz*) —externa e interna— a los que se somete el organismo¹⁴, debiendo descargarlos según el principio de constancia.

La concepción freudiana de la pulsión avanza en el sentido de un desmantelamiento del instinto. Por una parte, la pulsión parcial está de inicio en estado polimorfo y tiende a la supresión de la tensión en el nivel de la fuente corporal mediante su ligazón a representantes tomados de la historia del sujeto que especifican el objeto y el modo de satisfacción. Lo cual lo convierte en algo sumamente particular. Y, por otra parte, para cada acción no supone una fuerza biológica correspondiente, como en el instinto, sino que sólo habla de una oposición fundamental tomada de la tradición mítica, la oposición entre “Hambre” y “Amor”, que se convierte luego en “Amor” y “Discordia”. La oposición entre dos pulsiones fundamentales tiene relación con los grandes procesos vitales de asimilación y desasimilación. En último extremo, desemboca en el par antitético del reino inorgánico: atracción y repulsión¹⁵.

Freud en la 32ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, al retomar la diferencia entre pulsión de vida y pulsión de muerte, plantea que no es una novedad, sino que “parece un intento de trasfiguración teórica de la oposición trivial entre amar y odiar, que acaso coincida con aquella otra polaridad de atracción y repulsión que la física supone para el mundo inorgánico”¹⁶. Algo que, por otra parte, remite a concepciones filosóficas como las de Empédocles (ca. 495/490-ca. 435/430 a. J.C.) y Arthur Schopenhauer (1788-1860)¹⁷.

1.2. *Trieb y Vorstellung*

1.2.1. La energética y lo simbólico

La obra de Freud perfectamente puede concebirse como un discurso mixto. Por una parte, plantea conflictos de fuerza, que son competencia de una energética; y, por otra, habla de relaciones de sentido que corresponderían a una hermenéutica¹⁸ —que podemos considerar

¹⁴ Freud, S. (1895 [1894]), “Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de ‘neurosis de angustia’”, en AE, t. III, p. 112.

¹⁵ Más adelante analizamos estas cuestiones con detenimiento.

¹⁶ Freud, S. (1933 [1932]), “32ª conferencia. Angustia y vida pulsional”, en AE, t. XXII, pp. 95-96.

¹⁷ Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1996), p. 341.

¹⁸ Ricoeur, P. (1970), *Freud: una interpretación de la cultura*, Madrid, Siglo XXI, p. 60.

de manera más correcta, teniendo en cuenta todo el campo de la materialidad de la palabra, como *lo simbólico*—. Esta distinción corresponde a la dicotomía pulsión/inconsciente. En este sentido, surge una dificultad inherente al psicoanálisis que es la de armonizar estos dos conceptos fundamentales¹⁹. El inconsciente se descifra o se lee en la palabra, pero la pulsión no funciona de esta manera, no tiene que ver con la lingüística. Para Jacques-Alain Miller (1944-), la enseñanza de Jacques Lacan (1901-1981) se orienta a integrar la pulsión en el campo del lenguaje, para lo cual recurre incluso a la topología (su concepto de “objeto *a*” es una formulación de dicha dificultad). Pero, como dice Miller, “siempre se encontrará con un real que resiste a su reducción última al campo del lenguaje”²⁰. Eso mismo tiene que ver con el deseo, el pasar de la fuerza al lenguaje y, al mismo tiempo, la imposibilidad de reasumir o integrar totalmente la fuerza en el lenguaje²¹.

Freud se propuso dar, como sostiene Paul Ricoeur (1913-2005), una interpretación de la civilización, en tanto en cuanto, las obras de arte, los ideales, las ilusiones, son modos de representación²². Asimismo, la interpretación también se aplica a lo más individual, al sueño, a la neurosis, al chiste, etc. En este sentido, para Ricoeur el psicoanálisis es una hermenéutica, por ese predominio de la interpretación.

Sin embargo, el *Proyecto de psicología* de 1895²³, trata precisamente de todo lo que no tiene que ver con esa hermenéutica. El modelo del aparato psíquico que se presenta no tiene los visos de poder ser descifrable, sino que más bien, basándose en un principio que toma de la física (el principio de constancia), Freud lleva a cabo un tratamiento cuantitativo de la energía o de la fuerza. Esta concepción seguirá presente a lo largo de toda la obra de Freud. En este sentido, Jean Hyppolite (1907-1968) comenta: “no cabe duda que hay un contraste entre la representación energética (energía ligada y no ligada, inversiones y contrainversiones diversas de esta energía) que tiene Freud de todo el aparato psíquico y el método de ‘búsqueda de sentido’ que inaugura”, y el contraste es más marcado “entre ese materialismo de la energía y el análisis intencional”²⁴.

¹⁹ Miller, J.-A. (2011 [1993-94]), p. 155.

²⁰ *Ibidem*.

²¹ Ricoeur, P. (1970), p. 62.

²² *Ibid.*, p. 61.

²³ Cf. Freud, (1950 [1895]), *Proyecto de psicología*, en AE, t. I.

²⁴ Hyppolite, J. (1971 [1959]), “Philosophie et psychanalyse”, en *Figures de la pensée philosophique*, París, Presses universitaires de France, p. 409.

Para entender el *Proyecto*, que es una obra que Freud nunca publicó, ni parece que pretendiera hacerlo, sino que formaba parte de los apuntes y manuscritos que le enviaba a su amigo y colega Wilhelm Fliess (1858-1928) antes de inventar el psicoanálisis, hay que entender el ambiente científico de la época²⁵. En ese momento en Viena, como más adelante veremos en profundidad, la *Naturphilosophie* y su sucedáneo científico, el *vitalismo*, habían dejado paso a la fisiología basada en la física, donde imperaba el concepto de “fuerza”, posteriormente sustituido por el de “energía”. Robert Mayer (1814-1878) había enunciado en física, en 1842, la *Ley de la conservación de la energía*, y fue rescatada y aplicada a la fisiología unos años después por Hermann von Helmholtz (1821-1894). Según esta ley, la suma de fuerzas (motrices y potenciales) permanece constante en un sistema aislado.

Freud conecta directamente con Helmholtz mediante Ernst Brücke (1819-1892), su primer maestro²⁶ y bajo cuya tutela escribe sus primeros trabajos en neurología y embriología. De esta manera, se pueden entender los intereses de Freud en el momento de escribir el *Proyecto*. Freud trataba de buscar la confirmación del principio de constancia en áreas nuevas como las del deseo y el placer, así como la educación para la realidad por el displacer. Este punto llevaba a Freud más allá de Helmholtz y lo dirigía hacia Johann Friedrich Herbart (1776-1841), quien planteó la existencia de un determinismo inconsciente y aplicó los términos de la física a la dinámica de las representaciones²⁷. En palabras de Ricoeur, “La filiación de Freud con Herbart, en lo que al principio de constancia se refiere concretamente, no admite dudas: la ‘búsqueda de equilibrio’ es el principio rector de esa ‘psicología matemática’ y de su cálculo de fuerzas y cantidades”²⁸.

Posteriormente, Freud se irá acercando también a Gustav Fechner (1801-1887) a medida que renuncie a la búsqueda de todo sustento anatómico en su concepción del aparato psíquico.

²⁵ Bernfeld, S. (1944), “Freud’s earliest Theories and the School of Helmholtz”, *Psychoanalytic Quarterly*, 13, p. 341.

²⁶ Jones, E. (1976), *Vida y obra de Sigmund Freud*, t. I, Buenos Aires, Hormé, pp. 51-3, 54, 262.

²⁷ Ricoeur, P. (1970), p. 66.

²⁸ *Ibidem*.

1.2.2. La energía

Freud habla de una misteriosa cantidad en el *Proyecto* de cuyo origen y naturaleza no nos dice gran cosa. Parece simplemente que surge de excitaciones externas o internas, por lo que obedece a estímulos perceptivos y pulsionales. Tiene además unas expresiones un tanto obscuras para designarla como “cantidad de excitación”, “descarga”, “desprendimiento”, y similares, que parecen, como dice Bernfeld, “reliquias de la neurología de 1890”²⁹. Lo que Freud planteaba era que,

En las funciones psíquicas cabe distinguir algo (monto de afecto, suma de excitación) que tiene todas las propiedades de una cantidad —aunque no poseamos medio alguno para medirla—; algo que es susceptible de aumento, disminución, desplazamiento y descarga, y se difunde por las huellas mnémicas de las representaciones como lo haría una carga eléctrica por la superficie de los cuerpos. Es posible utilizar esta hipótesis, que por lo demás ya está en la base de nuestra teoría de la “abreacción”, en el mismo sentido en que el físico emplea el supuesto del fluido eléctrico que corre. Provisionalmente está justificada por su utilidad para resumir y explicar múltiples estados psíquicos³⁰.

De esta manera, la cantidad, representada como “Q”, unifica en un único concepto todo lo que produce energía. Y, sobre su naturaleza, Freud únicamente habla de suma de excitaciones, de manera parecida a la energía física: una corriente que circula, que ocupa, que rellena o evacúa y carga las neuronas. No se habla tampoco de magnitudes.

Pero si bien no hay ley numérica, sí hay un principio regulador, el “principio de constancia” que elabora partiendo del “principio de inercia (neurótica)”. Este principio hace referencia al hecho de que todo sistema trate de reducir sus propias tensiones a cero liberando las cantidades³¹. El principio de constancia, a su vez, significa que el sistema trata de mantener lo más bajo posible el nivel de tensión, en concreto, es la “tendencia a mantener constante la excitación intracerebral”³². Y, en 1920, Freud atribuye esta ley al principio de Fechner, más general, de la *tendencia a la estabilidad*, a la que el propio Fechner refirió las sensaciones de

²⁹ Bernfeld, S. (1944), p. 341.

³⁰ Freud, S. (1894), “Las neuropsicosis de defensa”, en AE, t. III, p. 61.

³¹ Freud, (1950 [1895]), p. 340.

³² Así lo define Breuer atribuyéndoselo a Freud en Freud, S. (1893-1895), *Estudios sobre la histeria*, en AE, t. II, p. 208.

placer y displacer³³. Como bien dice Assoun, de 1896 a 1920, la concepción de Fechner siguió siendo referencia para la economía de Freud³⁴.

Conviene recordar, como referencia de Freud, el “principio de nirvana”, que es un concepto propuesto por la psicoanalista inglesa Barbara Low (1877-1955) para designar la tendencia del aparato psíquico a reducir a cero o lo más posible toda la cantidad de excitación³⁵. El término “nirvana” fue difundido en Occidente por Schopenhauer, que lo tomó del budismo. Allí designa la extinción del deseo humano, un estado de quietud y felicidad perfectas. En *Más allá del principio de placer* Freud lo hace equivaler al principio de constancia, por lo que surge la confusión. Freud, por otra parte, ve en el nirvana hindú o schopenhaueriano una equivalencia con la pulsión de muerte³⁶.

Esta diferencia entre inercia y constancia es en sí muy importante y anticipa lo que Freud llamará el “proceso secundario”. La imposibilidad de eliminar todas las tensiones se debe a que no hay un mecanismo equivalente a la huída para los peligros internos. El aparato psíquico se ve forzado a almacenar y maniobrar con una masa de cantidades “ligadas”. De esta forma, el sistema neuronal no puede cumplir con el principio de inercia de reducir las tensiones a cero y tiene que tolerar cierta cantidad. Pero, a la vez, traduce también una necesidad de atesoramiento de un capital energético para las cuestiones de la vida. El ideal de constancia es una realización desviada de la tendencia originaria a la descarga integral. Si la inercia tiende a cero, la constancia, como dice Assoun, es una estabilización “en cero *más*”, “en el punto mínimo que precede o impide la anulación”³⁷. En Freud, esta concepción económica se va a combinar con una reflexión sobre el placer y el displacer. Aquí, de nuevo, hay una relación con la concepción de Fechner, que consiste en la idea de no dirigir la energía psíquica de un modo que produzca displacer.

Es decir, el *Proyecto* es la pretensión de hacer corresponder una psicología cuantitativa del deseo en un sistema mecánico de neuronas. Es el intento de Freud de transcribir anatómicamente sus descubrimientos, en una especie de anatomía fantástica³⁸. A partir de

³³ Freud, S. (1920), *Más allá del principio de placer*, en AE, t. XVIII, p. 9.

³⁴ Assoun, P.-L. (2001), *Introducción a la epistemología freudiana*, México, Siglo XXI, p. 152.

³⁵ Low, B. (1920), *Psycho-Analysis. A Brief Account of the Freudian Theory*, Londres, George Allen & Unwin LTD., p. 73.

³⁶ Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1996), pp. 295-296.

³⁷ Assoun, P.-L. (2001), p. 151.

³⁸ *Ibíd.*, p. 73.

aquí pasará a centrarse más en la clínica y en dejar de lado el laboratorio. Opta por Jean-Martin Charcot (1825-1893) y deja de lado a Brücke. Los franceses, de hecho, siempre fueron más clínicos que los alemanes, que eran más anatomistas. De hecho, el aparato psíquico de *La interpretación de los sueños* funciona sin referencia anatómica, es un aparato *psíquico*. A pesar de que en el capítulo VII intentase conjugar todo su andamiaje con el *Proyecto*.

Como comenta Ricoeur, en las *Cartas a Fliess* se puede seguir la progresión de la idea según la cual la energía física de la sexualidad necesita una etapa propiamente psíquica³⁹.

Explicar los desórdenes que afectan a esta elaboración psíquica de la sexualidad, explica Jones, fue la razón de construir el concepto de libido en su nivel psíquico y no anatómico; la libido es el primer concepto que puede llamarse energético sin ser anatómico⁴⁰.

A la postre, fueron los *Tres ensayos*⁴¹ los que dieron lugar a la concepción de la libido como una “energía psíquica de las pulsiones sexuales”. La libido es la energía que funciona como el substrato de las transformaciones de la pulsión sexual. En latín significa ‘deseo’, ‘ganas’. Freud dice⁴² haberlo tomado de Albert Moll (1862-1939)⁴³. Pero parece que él usa el término unos años antes en una publicación⁴⁴, y antes de eso en las cartas a Fliess⁴⁵.

³⁹ *Ibíd.*, p. 75.

⁴⁰ Sobre el paso de la “tensión sexual psíquica” a la “libido psíquica”, *Cf.* Freud, S. (1994 [1895]), *Cartas a Wilhelm Fliess (1887-1904)*, Buenos Aires, Amorrortu, p. 667. Toda la teoría de la neurosis de angustia descansa en la idea de un obstáculo en la elaboración psíquica de la excitación. Jones, E. (1976), pp. 269 ss., 274.

⁴¹ Freud, S. (1905), *Tres ensayos de teoría sexual*, en AE, t. VII, p. 199.

⁴² Freud, S. (1923 [1922]), “Dos artículos de enciclopedia: ‘psicoanálisis’ y ‘teoría de la libido’”, en AE XVIII, p. 250.

⁴³ *Cf.* Moll, A. (1898), *Untersuchungen über die Libido sexualis*, Berlín, H. Kornfeld.

⁴⁴ Freud, S. (1895b [1894]), t. III, p. 102.

⁴⁵ Freud, S. (1894), “Manuscrito E. ¿Cómo se genera la angustia?”, en AE, t. I, p. 232.

1.3. Antecedentes históricos de la filosofía

1.3.1. El asociacionismo inglés

1.3.1.1. Introducción

Para comenzar a establecer los antecedentes históricos de la concepción freudiana de la pulsión tendremos que remitirnos al asociacionismo inglés. Referencia fundamental que atraviesa la segunda mitad del siglo XIX e influye de manera decisiva no sólo en las primeras concepciones de Freud, sino también en la psicología científica que nace en aquel entonces⁴⁶.

El asociacionismo mantiene una serie de presupuestos que guían y orientan las investigaciones. Como por ejemplo, el *empirismo sensacionista*, que concibe al sujeto como una hoja en blanco, una *tabula rasa*, a quien la percepción irá modelando y dando forma; o el *individualismo* que piensa al sujeto como separado de lo relacional y lo social; o el *racionalismo* que hace equivaler la actividad psíquica con actividades complejas del juicio y los contenidos psíquicos con categorías más o menos elaboradas de imágenes.

Uno de los conceptos clave será el de “representación mental”, siendo la actividad mental reducible a los vínculos entre representaciones (*Vorstellungen*). Es decir, en el asociacionismo se trata de reducir las funciones psíquicas más elevadas a elementos simples (imágenes, ideas, representaciones) y leyes simplificadas de asociación que combinan dichos elementos simples de manera mecánica. Los críticos con esta postura de finales del siglo XIX, como Franz Brentano (1838-1917) o Henri Bergson (1859-1941), les acusarán de “atomistas” por esta manera de concebir la actividad mental. Los espiritualistas también reaccionarán contra esta concepción pasivizante del funcionamiento mental.

La psicología de la asociación tiene como una de sus principales preocupaciones el problema epistemológico del *origen del conocimiento*. Su comprensión resulta fundamental para entender la psicología y la psicopatología de finales del siglo XIX y, particularmente, a Freud.

⁴⁶ En estos apartados históricos seguimos muy de cerca el trabajo de Paul Bercherie. En este caso, Bercherie, P. (1996), *Génesis de los conceptos freudianos*, Buenos Aires, Paidós, p. 135.

1.3.1.2. El nominalismo de Occam

Guillermo de Occam (ca. 1298-ca. 1349) es la última gran figura de la escolástica y la primera de la Edad Moderna⁴⁷. Él es quien declara por primera vez que no hay acuerdo entre la investigación filosófica y la verdad revelada, que era un presupuesto fundamental de la escolástica. Para ello se vale del recurso a la experiencia. Al final de la Edad Media, en el siglo XIV, el nominalismo que se impuso fue el de Guillermo de Occam, que sostenía que los signos tienen como función “estar en lugar de” las cosas designadas, por lo que los signos no son de las cosas, sino que tan sólo las significan.

Efectivamente, durante la Edad Media el nominalismo fue elaborando una crítica del realismo tomista, que era una versión teológica de Aristóteles (ca. 384/3-322 a. J.C.). Así, la metafísica de Guillermo de Occam se presentó, principalmente, como una crítica de la metafísica tradicional, es decir, de esta reformulación de Santo Tomás (1225-1274) de la metafísica aristotélica⁴⁸. *Grosso modo*, el nominalismo afirmaba que las especies y los géneros —los universales— no eran realidades anteriores a las cosas⁴⁹, tal y como afirmaba el realismo o “platonismo”; ni realidades en las cosas, como planteaba el “conceptualismo” o “aristotelismo”; sino que eran sólo nombres. De esta manera, se concebía que sólo existían entidades individuales, los universales no eran entidades existentes, sino que tan sólo eran términos del lenguaje.

Estas ideas cuestionaron los valores tradicionales y fueron creando el camino para la consecución del Renacimiento. Pero, muy especialmente, el nominalismo impulsó la teoría del conocimiento cuestionando la “ciencia aristotélica” e insistiendo en el conocimiento de las realidades singulares, restaurando así la curiosidad sobre el mundo que tanto marcará al Renacimiento. Al mismo tiempo, el nominalismo de Occam influirá considerablemente en la filosofía sensacionista o sensualista inglesa, que era la doctrina que planteaba que todos los fenómenos psíquicos superiores tenían su origen último en los sentidos. Es por ello una forma de empirismo, pero con la diferencia de que este último no se limita a considerar la percepción como única fuente de conocimiento⁵⁰.

⁴⁷ Abbagnano, N. (1994), *Historia de la filosofía*, t. 1, Barcelona, Hora, p. 532.

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 563.

⁴⁹ Ferrater Mora, J. (1964), *Diccionario de filosofía*, t. II, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, p. 295.

⁵⁰ *Ibíd.*, p. 642.

1.3.1.3. El sensualismo de John Locke

El representante de la filosofía sensacionista es John Locke (1632-1704)⁵¹. Locke realiza una crítica del innatismo, herencia platónica retomada por René Descartes (1596-1650) y los neoplatónicos. Surge entonces la pregunta de si los principios no son innatos, ¿cómo se originan las ideas en el entendimiento? Para este autor las ideas son de origen perceptivo. Es decir, las ideas son “aprehensiones” o “representaciones” de cualquier clase, producto exclusivo de la experiencia, que se presentan en la *tabula rasa* que es el entendimiento. Hay dos tipos, ideas de sensación, procedentes de la experiencia externa; e ideas de reflexión, procedentes de la experiencia interna. El pensamiento consiste en operaciones que se realizan mediante las ideas: combinaciones, relaciones y asociaciones (de ahí su concepción de la “asociación de las ideas”).

Locke influyó destacadamente en el siglo de las luces. Durante dicho período se radicaliza el pensamiento sensacionista y, como éste ubicaba el conocimiento en relación al funcionamiento perceptivo y mental, se deslizará del plano epistemológico hacia “la institución de una psicología: el asociacionismo”⁵².

No obstante, podemos encontrar ya antecedentes del concepto de “asociación” en Aristóteles mismo, en su tratado *Acerca de la memoria y de la reminiscencia*⁵³. Sus comentaristas dieron por buenas sus tesis, lo mismo que los escolásticos medievales. Juan Luis Vives (1492-1590) en *De anima et vita*⁵⁴ también discurre al respecto. Thomas Hobbes (1588-1679) y Locke trataron el tema. Después, como hemos comentado, este concepto fue retomado de manera destacada por los filósofos y psicólogos de finales del siglo XVIII y siglo XIX.

1.3.1.4. El concepto psicológico de “asociación” de Hume

Suele ser tradicional admitir que el concepto psicológico de “asociación” sólo alcanza la madurez con los trabajos de David Hume (1711-1776) por un lado, y con el trabajo de análisis

⁵¹ Cf. Locke, J. (1956 [1690]), *Ensayo sobre el entendimiento humano*, México, Fondo de Cultura Económica.

⁵² Bercherie, P. (1996), p. 126.

⁵³ Cf. Aristóteles (1987), “Acerca de la memoria y de la reminiscencia”, en *Acerca de la generación y la corrupción. Tratados breves de historia natural*, Madrid, Gredos, pp. 233-255.

⁵⁴ Cf. Vives, J.L. (1992 [1538]), “El alma y la vida”, en *Antología de textos*, Valencia, Vice-rectorat de Relacions Exteriors.

filosófico y psicológico de David Hartley (1705-1757), Joseph Priestley (1733- 1804), James Mill (1773-1836), John Stuart Mill (1806-1873) y Alexander Bain (1818-1903) por el otro. Además, se plantea que esto ha permitido construir sobre dicho concepto toda una teoría, el asociacionismo, de contenido psicológico, pero de intención marcadamente filosófica⁵⁵.

Es decir, a pesar de que el sustento de la teoría de Hume era psicológico, su interés no dejaba de ser principalmente epistemológico. Sin embargo, el intento de fundamentar el asociacionismo en psicología sería más bien de Hartley⁵⁶, y tendría continuidad en James Mill⁵⁷, en John Stuart Mill y en Bain.

Hume, considerado como el sucesor de George Berkeley (1685-1753) y Locke, es quien llevó a su punto culmen el llamado “empirismo inglés”. Planteaba que la razón era débil, que no dominaba las pasiones, sino que más bien era esclava de ellas. Por otra parte, como motor principal de la acción humana ubicó la búsqueda de placer y la fuga del dolor. Así, el placer y el dolor regulaban la vida de las pasiones.

1.3.1.5. Los orígenes de la psicología, Harley, James Mill y John Stuart Mill

Entonces, la psicología asociacionista inglesa de la primera mitad del siglo XIX no surgió directamente en Hume, sino en David Hartley, médico inglés que investigó la estructura de los procesos psicológicos y su relación con los procesos fisiológicos. Se le considera uno de los defensores del asociacionismo y, a veces, su fundador⁵⁸. Harley influyó en Jeremy Bentham (1748-1832), principal representante del utilitarismo, que formuló el principio de interés como primera ley de la ética, según el cual, el hombre se rige por sus propios intereses, la búsqueda del placer y la evitación del dolor. Pero fue Mill quien extrajo las consecuencias filosóficas y psicológicas de la obra de Bentham en su *Analysis of the phenomena of the human mind*, de 1829, desatendiendo, al igual que él, el correlato fisiológico que planteaba Hartley.

⁵⁵ Ferrater Mora, J. (1964), t. I, p. 149.

⁵⁶ Cf. Hartley, D. (1791 [1749]), *Observations on Man, His Frame, His Duty, and His Expectations*, Londres, J. Johnson, St. Paul's Church-Yard.

⁵⁷ Cf. Mill, J. (1869 [1829]), *Analysis of the Phenomena of the Human Mind*, 2 vols., Londres, Longmans Green Reader and Dyer.

⁵⁸ Ferrater Mora, J. (1964), t. I, p. 802.

Por tanto, se suele plantear que fue finalmente James Mill⁵⁹ quien fundó propiamente la “psicología” basándose en Bentham y Hartley⁶⁰. Para él, todos los mecanismos psíquicos se pueden entender como asociaciones y disociaciones de elementos básicos. El placer y el displacer influyen de manera considerable en nuestras acciones. Las causas de placer inmediatas resultan ser más interesantes (por ejemplo, la comida) que las más lejanas, ya que estas últimas poseen lazos asociativos más numerosos. A estas concepciones tendríamos que añadir el concepto de “transferencia” que James Mackintosh (1765-1832) propone en 1830⁶¹, y que pasa a convertirse a partir de aquí en un concepto fundamental del asociacionismo.

El hijo mayor de James Mill, John Stuart Mill, prosiguió su obra, que seguirá siendo la base de lo que posteriormente será la psicología “experimental” de finales del siglo XIX. Su psicología es también esencialmente asociacionista. Los fenómenos mentales son fruto de la unión de estados elementales, y siempre el producto de impresiones de la experiencia. De hecho, para él, cualquier ciencia que no se funde en la experiencia es esencialmente falsa. La inducción, en este sentido, es el método más adecuado para la ciencia. Para remarcar la importancia de Stuart Mill para nuestros propósitos, habría que recordar que Freud tradujo a Stuart Mill al alemán, a propuesta de Brentano⁶².

Stuart Mill no contemplaba la posibilidad de los hechos psicológicos inconscientes puesto que definía el espíritu como “lo que siente”. Esto es precisamente lo característico de la filosofía inglesa que, a través de Locke, se relaciona con Descartes. Corriente de pensamiento que choca con la concepción alemana que a través de Herbart retoma a Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716).

Pero hay en este autor un pequeño matiz que conviene resaltar. De alguna manera, deja de lado la idea de una simple asociación mecánica en la que los elementos se disciernen en la globalidad que producen, y propone la idea de una combinación *química*, tomada de Thomas Brown (1778-1820), según la cual, las propiedades de las combinaciones de elementos son irreducibles a las partes que las componen. Una consecuencia importante de esta teoría

⁵⁹ Para James Mill y Stuart Mill, Bercherie sigue a Ribot, T. (1870), *La psychologie anglaise contemporaine*, París, Librairie Germer Baillière et Cie; y el estudio de Taine, H. (1990 [1864]), *Le positivisme anglais: étude sur Stuart Mill*, Bristol, Thoemmes.

⁶⁰ Ferrater Mora, J. (1964), t. II, p. 204.

⁶¹ Cf. Mackintosh, J. (1862 [1830]), *Dissertation on the progress of ethical philosophy, chiefly during the seventeenth and eighteenth centuries*, Edinburgh, Adam and Charles Black.

⁶² Jones, E. (1976), t. I, p. 67. Conviene recordar que Breuer era el médico de la familia de Brentano.

“química” fue la de introducir sin explicitarlo, mecanismos inconscientes en los hechos psicológicos,

puesto que, como comenta Bercherie, el sujeto *olvidaba* en su totalidad, una vez producidos tales hechos, las partes que los componían, y sólo podía volver a encontrarlas por medio de una difícil gimnasia del espíritu; Helmholtz habrá de inspirarse en esta idea para su teoría de las ‘inferencias inconscientes’ en materia de percepción⁶³.

1.3.2. La influencia del asociacionismo en Francia (materialistas y espiritualistas)

1.3.2.1. Introducción

La filosofía sensacionista inglesa fue muy influyente en Francia en el siglo XVIII. Etienne Bonnot de Condillac (1715-1780), en concreto, retomó los principios del empirismo inglés (sensacionismo, análisis de las ideas, utilitarismo, fenomenismo y relativismo en la ciencia). Sus ideas eran afines a las de James Mill. Condillac se dedicó al análisis de los problemas psicológicos, comenzando por una oposición al racionalismo y al innatismo. También consideró los procesos mentales como un conjunto de elementos simples.

El materialismo moderno pasó a considerar el espíritu como un aspecto del funcionamiento del cuerpo, en concreto, del sistema nervioso. Esta concepción se originó en la época clásica con Hobbes, que pretendía explicar la actividad psíquica en términos de movimientos de los fluidos del organismo. De ahí la relación entre materialismo y sensacionismo. Ambos rechazan la trascendencia del espíritu. De hecho, todos los materialistas del siglo XVIII fueron también asociacionistas y utilitaristas. Si bien Hartley, a decir de James Mill, es “el padre del asociacionismo inglés”, fueron los franceses quienes popularizaron sus doctrinas (Julien Offray de La Mettrie (1709-1751), Claude-Adrien Helvétius (1715-1771) y, sobre todo, Pierre-Jean-Georges Cabanis (1757-1808)).

⁶³ Bercherie, P. (1996), p. 133.

1.3.2.2. Los materialistas, Cabanis y su descendencia

Cabanis se centró en los fenómenos fisiológicos —la reactividad propia de los órganos vivos— y en cómo éstos mostraban que podía haber una sensibilidad orgánica que se manifestaba autónoma respecto de la conciencia. Se trataba de un reduccionismo fisiologicista o materialista. Lo físico y lo psíquico no están separados, sino que ambos se conjugan en el sistema nervioso, en especial, en el cerebro⁶⁴. Rechazaba una psicología totalmente mental como la de Condillac. Para él, el pensamiento dependía en gran parte del organismo. Es decir, a parte de las sensaciones externas, como bien habían argumentado los sensacionistas, existía también una gran cantidad de sensaciones internas muy importantes que influían el pensamiento y la voluntad consciente que, Cabanis, identificaba con el yo antes que Maine de Biran (1766-1824)⁶⁵. Como podemos imaginar, la unión de la medicina con la fisiología y los estudios psicológicos, orquestada a partir de Cabanis, llevará a fundar, a finales del siglo XIX, la psicología experimental⁶⁶.

Entre la conciencia y la vida inconsciente de los órganos había una gran cantidad de diferentes fenómenos. Entre ellos, aquellos fenómenos psíquicos cuyo grado de conciencia era débil o nulo. De aquí surgirán, enmarcadas en otras concepciones como la de Herbart o Helmholtz (que tomará del “quimismo” que hemos comentado más arriba de Stuart Mill), la idea de hechos psíquicos inconscientes.

Varias líneas de pensamiento se relacionarán con Cabanis, entre ellas nos interesa destacar la línea del pensamiento psicopatológico. Phillipe Pinel (1745-1826) estará muy influenciado por el pensamiento de los *ideólogos* (con Condillac a la cabeza). Su concepción de la alienación mental no será “anatomista” como pretendía Cabanis. Los alienistas plantearon el psiquismo como una función cerebral. Lo que significa que aplicaron la noción que “Claude Bernard tomó de Broussais y de Auguste Comte para fundar la medicina experimental: los mecanismos de lo patológico y de lo fisiológico sólo presentan diferencias de grado”⁶⁷. De esta manera, se funda una tradición en la cual la psicopatología guía la psicología. Freud toma conocimiento de ella directamente de Charcot.

⁶⁴ Véase principalmente: Cabanis, P.-J.-G. (1805), *Rapports du physique et du moral de l'homme*, 2 vols., París, Crapelet.

⁶⁵ Bercherie, P. (1996), p. 142.

⁶⁶ *Ibíd.*, p. 144.

⁶⁷ *Ibíd.*

Otra línea de pensamiento que parte de Cabanis es la neuropsicología, que plantea concebir los fenómenos psicológicos en su relación con el encéfalo. En este sentido, François-Joseph-Victor Broussais (1772-1838), apoyándose en Cabanis y en los *ideólogos*, tratará de dar a conocer la frenología de Franz Joseph Gall (1758-1828) oponiendo al sensacionismo la estructura innata de los órganos cerebrales⁶⁸. Recordemos que Gall localizaba las funciones intelectuales en el córtex cerebral.

Por otra parte, tampoco podemos dejar de lado otro de los autores relevantes, Auguste Comte (1798-1857), que llamó a su filosofía “positiva”, a pesar de que el positivismo posterior, si bien sostiene a Comte como su fundador, no es equivalente a su filosofía. Su positivismo muestra una fuerte aversión al espiritualismo metafísico. De su tendencia objetivista surgirá el conductismo y el pavlovismo en el siglo XX.

1.3.2.3. Los espiritualistas

Condillac trató de fundar la filosofía en una psicología. Fueron sus discípulos, los *ideólogos*, quienes sostuvieron una teoría del espíritu (o *ideología*, como la llamaba él) como base de una teoría moral⁶⁹. Con el paso del tiempo, entre algunos discípulos de Condillac se fue generando la necesidad de reivindicar una actividad espiritual que, a la larga, daría lugar al espiritualismo que reconocería en Maine de Biran a su fundador.

Fue este último autor quien retomó el dualismo cartesiano para fundar un nuevo sistema filosófico y psicológico. Se pasó entonces del análisis de Condillac a la introspección como método para conocer las realidades espirituales. Esta filosofía dominó en Francia durante la primera mitad del siglo XIX, por lo que influyó considerablemente en alienistas y en neurólogos.

Como hemos comentado, Pinel se relacionaba con el grupo de los *ideólogos*. Compartía con éstos la exigencia de principios metodológicos que todo trabajo que se quiera llamar científico debe tener. De hecho, los alienistas franceses, influenciados por los espiritualistas, elaboraron una concepción particular de los trastornos mentales que estará presente en Jean Étienne Dominique Esquirol (1772-1840) y que, a través del estudio de la génesis de las alucinaciones,

⁶⁸ Ibídem.

⁶⁹ Ibíd., p. 146.

se concretará en Moreau de Tours (1804-1884) y, principalmente, en Jules Baillarger (1809-1890). Baillarger esclareció su estructura mediante su teoría del automatismo⁷⁰, la cual influirá en los psicólogos de fin de siglo: Hippolyte Bernheim (1840-1919) y Charcot, John Hughlings Jackson (1835-1911), Valentin Magnan (1835-1916), Freud y Pierre Janet (1859-1947).

No obstante, a partir de 1850 surge una fuerte crítica antiespiritualista en Francia bajo la égida de la influencia del positivismo de Auguste Comte (1798-1857) y de la psicología inglesa de la época. Hippolyte Adolphe Taine (1828-1893) elabora el contenido de esta crítica con influencias de Condillac y Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831). De aquí surgirá la rama francesa del evolucionismo encabezada por Théodule-Armand Ribot (1839-1916).

Conviene destacar que Freud leyó el tratado de Taine en 1896. En una de las cartas a Fliess le escribió lo siguiente: “La psicología —metapsicología en verdad— me ocupa sin cesar, el libro de Taine *L'Intelligence* me viene extraordinariamente bien”. Era la primera vez que aparecía el término “metapsicología”⁷¹.

1.3.3. El asociacionismo alemán

1.3.3.1. Herbart

La psicología empirista alemana del siglo XIX surgió de un único autor, Herbart. Fue una reacción al criticismo kantiano y a la corriente idealista que partía de él a través de Immanuel Hermann Fichte (1796-1879), maestro del propio Herbart.

Herbart escribió dos obras de psicología el *Manual de psicología*⁷² de 1816 y *La psicología como ciencia nuevamente fundada en la experiencia, la metafísica y la matemática*⁷³ de 1824/25. Su psicología se sostiene en una metafísica y se relaciona con una teoría del conocimiento.

Su propósito era hacer de la psicología una ciencia. Tomó la idea de Leibniz de un universo constituido inicialmente por elementos simples —las representaciones (*Vorstellungen*)—

⁷⁰ Cf. Baillarger, J. (1845), “Théorie de l'automatisme”, en *Recherches sur les maladies mentales*, t. I, pp. 494-500.

⁷¹ Freud, S. (1994 [1895]), “Carta 87”, p. 182.

⁷² Cf. Herbart, J.F. (1901 [1816]), *A text-book in psychology*, Nueva York, D. Appleton and company.

⁷³ Cf. Herbart, J.F. (1850 [1824]), *Psychologie als Wissenschaft, neugegründet auf Erfahrung, Metaphysik und Mathematik*, en *Sämtliche Werke*, vols. V y VI, Leipzig, Voss.

asociados en cuerpos complejos, añadiendo la idea de una continua pugna de dichos elementos contra una interacción recíproca tendente a modificar su naturaleza inicial. Al ser además fuerzas, serán susceptibles de medición. Por lo que vemos que habla de una *dinámica cuantificable*. La representación se vuelve fuerza por su oposición a otra representación⁷⁴. Una representación puede ser también *reprimida* (*verdrängen*) —término que Freud también toma de él—.

Herbart, al igual que Immanuel Kant (1724-1804), rechaza una psicología fundada en una fisiología. El alma está vacía en un primer instante, y se va poblando de sensaciones, imágenes e ideas. Para Herbart todos los hechos psicológicos sin excepción son representaciones. Rompía con la teoría de las facultades, no hay hecho psíquico más que representativo. Franz Brentano, también basaba su psicología en ese mismo principio: “Los fenómenos psíquicos son representaciones o tienen representaciones por base”⁷⁵. Sabemos que Freud toma esta idea de Brentano, de quien siguió sus cursos en la Facultad de Viena.

Efectivamente, Freud ubica la *Vorstellung* en el centro de la actividad psíquica. Sin embargo, sabemos que la *Vorstellung* tan sólo es uno de los dos elementos del proceso psíquico, que el otro es el *afecto*, traducción de la cantidad de energía pulsional. Pero hay que pensar que no es que incluya en lo psíquico otro elemento que la representación, pues se sabe que el *quantum* de afecto (*Affektbetrag*) es fundamentalmente representacional. Las afecciones para Herbart consistirían en relaciones entre representaciones. Assoun lo explica de la siguiente manera,

Si bien las afecciones no podrían formar una especie aparte, tampoco podrían colocarse en el mismo plano que las representaciones propiamente dichas. Así, según Herbart, éstas consisten en relaciones entre las representaciones. Esto implica la introducción de una dinámica, aquí determinante puesto que las afecciones *nacen* de una *relación de fuerzas* interrepresentacional. El sentimiento nacería de un equilibrio entre por una parte una representación que tiende a elevarse y otras dos representaciones que tienden una a reprimir, otra a elevar esa representación. Freud, siendo joven alumno, podía leer en su manual herbartiano, de pluma de Lindner, un ejemplo de ese proceso: ¡La aflicción nacida de la pérdida de un amigo proviene de que su representación está atrapada entre la idea de su

⁷⁴ Assoun, P.-L. (2001), p. 130.

⁷⁵ Véase libro II, cap. I, apartado 3 de Brentano, F. (1935), *Psicología desde un punto de vista empírico*, Madrid, Revista de Occidente.

muerte que tiende a reprimirla produciendo una detención y la de sus buenas acciones que tiende a elevarla al umbral de la conciencia!⁷⁶.

Entre las consecuencias de la concepción de Herbart podemos ubicar la creación en Alemania de una ciencia psicológica muy estructurada —la psicología y la psicopatología alemana del siglo XIX parten de esta exigencia—. Por otra parte, la concepción de los problemas psicológicos como problemas de *cantidad*, para poder emplear de esta manera el cálculo y la medida. Finalmente, propone la existencia de una estrechez del campo de la conciencia y, por tanto, la competencia de los elementos psíquicos por llegar a ella. De ahí el empleo del concepto de “apercepción”, que es la percepción consciente de una representación. Esto lleva a pensar que una parte del contenido psíquico es no consciente, es decir, latente. Este planteamiento, heredero de Leibniz, tiene una implicación crucial pues, como hemos comentado, a diferencia de la tradición cartesiana dominante en Francia e Inglaterra, que identifica lo psíquico con lo consciente, permite plantear la existencia de elementos psíquicos inconscientes.

En el texto de 1926 para la *Enciclopedia Británica*, titulado “El psicoanálisis”, indica claramente su deuda con la psicología de las fuerzas. Plantea que,

El psicoanálisis [...] reconduce todos los procesos psíquicos [...] al juego de unas fuerzas que se promueven o inhiben unas a otras, se conectan entre sí, entran en compromisos, etc. Todas esas fuerzas poseen originariamente la naturaleza de las pulsiones, vale decir, son de origen orgánico, se destacan por una grandiosa capacidad somática (compulsión de repetición) y hallan su subrogación psíquica en representaciones investidas afectivamente. La doctrina de las pulsiones es para el psicoanálisis, sin duda, un ámbito oscuro⁷⁷.

Se reconoce, dice Assoun, el vocabulario herbartiano en su literalidad. Esa dinámica no es más que la expresión de un foco generador pulsional que remite a la dimensión económica⁷⁸. Si decimos que los fenómenos psíquicos tienen que tener una dimensión *económica*, entonces tenemos que pensar en una dimensión *cuantitativa*. Reactualiza Freud, de esta manera, la psicología científica del siglo XIX entendiendo que los principios de su energética derivan directamente de la energética en Fechner.

⁷⁶ Assoun, P.-L. (2001), p. 139.

⁷⁷ Freud, S. (1926f), t. XX, p. 253.

⁷⁸ Assoun, P.-L. (2001), p. 142.

Herbart fue una gran influencia en la época de Freud, la dinámica freudiana se remonta a él. Hablaba de un umbral fluctuante entre lo consciente y lo inconsciente, de conflictos entre las representaciones que luchan entre ellas para forzar su acceso a lo consciente, que son reprimidas por las representaciones más fuertes. Aun así, Ellenberger dice que desconoce si Freud leyó a Herbart⁷⁹, pero está claro que fue iniciado a la psicología de Herbart en Sperläum, mediante el manual de Lindner. La psicología de Wilhelm Griesinger (1817-1868) y de Theodor Hermann Meynert (1833-1892) también le deben mucho a Herbart, así como la fisiología de Johannes Müller (1801-1858).

1.4. El psicoanálisis, la química y la física

Hay más de un momento en el que Freud compara el psicoanálisis con la química. Para ello hace equiparar las pulsiones a los átomos, en el sentido de los componentes últimos de la vida psíquica. Esta cuestión es importante, porque la idea que opera en el fondo es la de reducir la materia a la fuerza, algo que era propio de la época entre los físicos y los fisiólogos. Es, por tanto, valiéndose de la referencia a una química energética como realiza la comparación entre psicoanálisis y química⁸⁰.

Para entender este punto crucial del pensamiento de Freud, según Assoun, hay que remontarse a la década de 1830, donde la fisiología comenzará a modificar el paisaje epistemológico en Alemania. Entre 1833 y 1838 se publica el *Manual de fisiología humana* de Müller⁸¹. Este autor proviene de la *Naturphilosophie* inspirada en Friedrich Wilhelm Joseph von Schelling (1775-1854).

Müller formula la teoría de la energía específica de los nervios que revolucionará completamente la neurología. Son influidos por él, Emil Du Bois-Reymond (1818-1896), Rudolf Virchow (1821-1902), Helmholtz, Brücke y Carl Ludwig (1816-1895) (los tres primeros son alumnos directos). Ellos influirán a su vez en los profesionales del último cuarto del siglo XIX. El propio Wilhelm Wundt (1832-1920) será formado por Helmholtz.

⁷⁹ Ellenberger, H.F. (1994), *Histoire de la découverte de l'inconscient*, París, Fayard, p. 550.

⁸⁰ Assoun, P.-L. (2001), p. 57.

⁸¹ Cf. Müller, J. (1838), *Handbuch der physiologie des menschen*, Coblenz, Verlag von J. Hölscher.

Estos fisiólogos tienen una estrecha relación con la física. Se crea el papel del médico-físico, como Fechner, Helmholtz o Lotze. Llegan a la física por la medicina pasando por la fisiología. El cuarto paso es la psicología. De ahí que Freud pase de la medicina a la psicología, con un interés por la física y una vinculación estrecha con la fisiología anatómica.

En 1842 se produce un acontecimiento crucial, Robert Mayer descubre el *Principio de conservación de la energía* como hemos comentado. La fisiología encontraba en este principio el punto de apoyo sobre el que fundar la reducción del proceso vital a una cuestión puramente mecánica. En su primer artículo (“Observaciones sobre las fuerzas de la naturaleza inanimada”), quería determinar la relación cuantitativa entre el calor y el movimiento. De allí surge la idea de una sola fuerza que se manifiesta en diversas formas.

1.4.1. Hermann von Helmholtz

Hermann von Helmholtz fue un médico militar que había enseñado fisiología y patología antes de ser profesor de física en Berlín. Lo curioso y destacable es esta doble vertiente de físico y fisiólogo, faceta que demuestra en su trabajo *Acerca de la conservación de la energía* de 1847⁸², donde aplica el principio de conservación de la energía a los hechos fisiológicos. Tan sólo cinco años después del planteamiento de Mayer sobre la conservación de la energía en la física, Helmholtz lo traslada a la fisiología. Une la fisiología a la física, sellando así la unión entre psicología y neurología⁸³. La gran deuda de Freud con este autor reside en el punto de vista energético.

Assoun analiza la aportación de Helmholtz comparándola con la de Mayer⁸⁴. Las dos se centran en el energetismo. Es curioso que ambos se refieran a la “energía” como “fuerza”, pues aún no se había impuesto el primer término, cosa que se hará tras sus trabajos. Mayer trata de ver qué se entiende por fuerzas y cómo se relacionan las unas con las otras. Trata de precisar la noción de fuerza tanto como la de la materia⁸⁵.

⁸² Cf. Helmholtz, H. von (1869), *Mémoire sur la conservation de la force; précédé d'un Exposé élémentaire de la transformation des forces naturelles*, París, Victor Masson et fils.

⁸³ Assoun, P.-L. (2001), p. 159.

⁸⁴ *Ibíd.*, p. 156.

⁸⁵ Mayer, J. von (1842), “Remarques sur les forces de la nature inanimée”, en Ostwald, W. (1910), *L'énergie*, París, Félix Alcan, pp. 63-72.

Para Mayer, la física subordina la fuerza a la materia, siendo la fuerza algo que se deriva de la materia. La naturaleza presentaría dos tipos de causas. Las primeras, las materias, serían “ponderables e impenetrables”; y las segundas, las fuerzas, serían “indestructibles, variables e imponderables”⁸⁶. Las fuerzas, por tanto, poseen la virtud de producir un efecto sin disminuir ellas mismas. Una causa material (por ejemplo, el movimiento) puede cesar sin producir efecto alguno, sin embargo, una fuerza no puede volverse nula, “tan sólo puede cobrar otra forma”⁸⁷. De aquí deriva el principio de conservación de la energía. Aúna también manifestaciones físicas aparentemente tan opuestas como la fuerza de caída, el movimiento y el calor. Hay que partir de esa relación entre fuerzas, si no, no se puede entender el calor que nace del movimiento que desaparece⁸⁸. Mayer explica esto mediante ecuaciones matemáticas, estableciendo así una continuidad entre los objetos ponderables conocidos por la mecánica, y los imponderables e indestructibles (las *fuerzas*). La fuerza deja de ser un accidente de la materia, es también una causalidad. Hay un dualismo entre fuerza y materia, con una exigencia de continuidad. Pero las fuerzas son otras que la materia, no la trascienden, por lo que el inmaterialismo no es tanto una necesidad epistemológica como lo será para Friedrich Wilhelm Ostwald (1853-1932)⁸⁹, se trata por ello en Mayer de un dualismo mitigado. Poco a poco, hacia finales del siglo XIX, se va imponiendo el término “energía” que sustituye al de “fuerza”.

En la misma época que Mayer, James Prescott Joule (1818-1889), en sus trabajos electromagnéticos, propone una representación energética como extensión de la esfera mecánica. Llegaba a la conclusión de que el calor es de naturaleza mecánica, al hablar de la transformación del trabajo en calor por el rozamiento. Partiendo pues de hechos análogos a los de Mayer, Joule ampliaba la esfera mecánica y la conservaba. Helmholtz, como Joule, enriquece el mecanismo sin recusarlo. Ese energetismo que hace prevalecer el modelo mecánico es en el que se basará el energetismo freudiano.

Mayer escribió, posteriormente, otra memoria⁹⁰, donde quería acercar la distancia existente entre la física y la fisiología. Para ello recurre a un monismo epistémico “las diferentes fuerzas

⁸⁶ *Ibíd.*, p. 65.

⁸⁷ *Ibíd.*, p. 67.

⁸⁸ *Ibíd.*, p. 69.

⁸⁹ Assoun, P.-L. (2001), p. 158.

⁹⁰ *Cf.* Mayer, J.-R. (1872 [1845]), *Mémoire sur le mouvement organique dans ses rapports avec la nutrition*, París, Masson.

se transforman las unas en las otras. NO HAY EN REALIDAD SINO UNA SOLA FUERZA”⁹¹.

Tenemos que tener en cuenta que todo este esquema energético está en Freud, le pertenece de inicio, no lo toma prestado para incluirlo en su teoría, sino que parte de él.

1.4.2. La descendencia de Helmholtz

Como acabamos de ver, Helmholtz (en palabras del propio Freud: “uno de mis ídolos”⁹²) fue alumno del eminente fisiólogo Johannes Müller. Junto a sus colegas Brücke, Du Bois-Reymond y Ludwig, se mostró opuesto al *vitalismo* en fisiología (del cual Müller era el principal representante) como hemos comentado. En el organismo no hay más fuerza que las físico-químicas.

Entre los cuatro colegas interpretarán los fenómenos orgánicos en términos de fuerza, cantidad y movimiento de las moléculas. El organismo es un sistema físico tendente a conservar su estado, la *constancia* de la energía. Siendo el reflejo el paradigma, la energía captada en el polo sensible se descarga en el polo motor. Brücke, profesor de fisiología de Freud, dio a conocer la nueva orientación en Viena, donde era director del *Instituto de Fisiología*, lugar en el que Freud realizaría esas primeras investigaciones entre 1876 y 1882. Ernst Brücke (en palabras del propio Freud: “la más grande de las autoridades que jamás tuvieron influencia sobre mí”⁹³) era maestro tanto de Freud como de Breuer, y los *Estudios sobre la histeria* estaban muy influenciados por la doctrina de la escuela de Helmholtz, a la que Brücke pertenecía. Esta doctrina sostenía que todos los fenómenos naturales eran explicables, en última instancia, en función de fuerzas físicas y químicas⁹⁴.

Para Brücke, los organismos son sistemas de átomos movidos por fuerzas que obedecen al principio de la conservación de la energía descubierto por Robert Mayer en 1842. La suma de las fuerzas se mantiene constante en todo sistema aislado. Esta idea de la transformación

⁹¹ *Ibíd.*, p. 6.

⁹² Jones, E. (1976), t. I, p. 52.

⁹³ *Ibíd.*, p. 53.

⁹⁴ Freud, S. (1893-1895), t. II, p. 16.

de la energía supuso una gran revolución en la física. Para Brücke, el fisiólogo es el físico de los organismos y el principio de conservación de la energía es lo que unifica los campos.

Estos cuatro colegas habían conseguido imponer en treinta años, un completo dominio sobre los filósofos y profesores de medicina alemanes, dando un enorme impulso a la ciencia en todo el mundo. En las páginas de introducción del libro de Brücke se deslizan los principios que encandilaron al joven Freud. Jones extracta dichas páginas:

La fisiología es la ciencia de los organismos como tales. Los organismos se distinguen de los entes materiales sin vida, pero dotados de actividad —las máquinas—, por estar dotados de la facultad de asimilación, pero todos ellos constituyen fenómenos del mundo físico; sistemas de átomos, movidos por fuerzas, de acuerdo con el principio de la conservación de la energía [...]. La suma de las fuerzas (motrices y potenciales) se mantiene constante en todo sistema aislado. Las causas reales son simbolizadas en la ciencia por el término “fuerza”. Cuanto menos sabemos de aquéllas, mayor es la variedad de fuerzas que tenemos que distinguir: mecánicas, eléctricas, magnéticas, luz, calor. El avance en la ciencia las reduce a dos: atracción y repulsión. Todo esto es válido también para el organismo que es el hombre⁹⁵.

Jacques Lacan (1901-1981) comenta esta cuestión en *El Seminario, libro 1*, recuerda que los cuatro colegas, Brücke, Ludwig, Helmholtz y Du Bois-Reymond, habían realizado un pacto de fe, según el cual, “todo se reduce a fuerzas físicas, las de atracción y las de repulsión”⁹⁶. Y plantea cómo Freud las tomó también para sí y luego las abandonó por otras, concretamente, por las antinomias de su infancia, por sus trastornos neuróticos y por sus sueños.

Brücke plantea una exposición de los conocimientos existentes en dos volúmenes sobre la transformación en interacción de las fuerzas físicas en el organismo. Freud retoma el espíritu y el contenido de estas lecciones. En lo fundamental y en muchos detalles, los conceptos freudianos, así como las teorías, tienen sus raíces en el Instituto Brücke. Son transformaciones de las ideas y métodos que Freud aprendió allí⁹⁷.

⁹⁵ Jones, E. (1976), t. I, p. 52.

⁹⁶ Lacan, J. (1995 [1953-54]), *El Seminario. Libro 1, Los escritos técnicos de Freud*, Buenos Aires, Paidós, p. 12.

⁹⁷ Bernfeld, S. (1949), “Freud’s scientific beginnings”, *American imago; a psychoanalytic journal for the arts and sciences*, sep. 1, 6, 3, pp. 163-196, p. 170.

Bernfeld comenta que el trabajo de John Stuart Mill, que Freud tuvo que traducir, estaba en claro contraste con los sistemas metafísicos que se denominaban “filosofía”. El trabajo de Mill era muy cercano al espíritu empírico fisicalista del instituto Brücke⁹⁸.

Finalmente, tenemos a Wilhelm Wundt que, como hemos dicho, fue también alumno de Helmholtz. Creó la psicología como disciplina independiente de la fisiología y de la metafísica. Su filosofía es la primera reacción contra el positivismo dominante en la época. Esto se produce por la autonomía que le da a las ciencias del espíritu, lo que le permitió constituir la psicología científica.

Wundt continúa con los principios de Fechner, sobre todo con la medición, la experimentación y los estudios psicofísicos, así como con los de Helmholtz, principalmente todo lo referente a la psicofisiología de la percepción. De esta manera, para Wundt la actividad mental es una actividad inconsciente (inferencias inconscientes de Helmholtz) que la conciencia registra.

1.4.3. La psicofísica de Fechner

Fechner dio el siguiente paso en la constitución de una ciencia psicológica. Él insistió en la experimentación. En 1860 fundó la *psicofísica*, “teoría exacta de las relaciones entre el alma y el cuerpo”⁹⁹. Influido por Schelling y la psicología romántica, tenía una base altamente especulativa.

Para él, entre la excitación física y la sensación existe un movimiento psicofísico (fisiológico) que es el sostén de la conciencia o su reverso material, directamente proporcional cuantitativamente a la excitación (según la ley de la conservación de la energía). Trata entonces de ubicar el valor del umbral en el que no hay sensación pero sí excitación. Por debajo de ese umbral, los valores de la excitación son positivos y se pueden medir. Es lo que él llama “sensaciones negativas”, que están por debajo del umbral de la conciencia y en las que hay actividad psicofísica. Esta teoría, como comenta Bercherie, está muy influenciada por Herbart¹⁰⁰, y lo que llega a plantear es que la actividad psicofísica oscila continuamente

⁹⁸ Ibíd., p. 189.

⁹⁹ Bercherie, P. (1996), p. 165.

¹⁰⁰ Ibíd., p. 166.

en intensidad, pero siempre está presente. Lo que está planteando Fechner es una equivalencia entre las leyes que gobiernan la actividad psíquica y las que gobiernan la actividad física, por lo que también se puede medir, cuantificar y expresar en lenguaje matemático.

Entonces, a partir de él se desarrolló la idea de concebir en términos de cantidad y energía los fenómenos psíquicos y los fenómenos nerviosos. Cualquier elemento mental se corresponde con una cantidad específica de energía nerviosa. Eso es lo que significa la gran ley psicofísica (relación logarítmica entre excitación y sensación). “En ella Fechner integró una tradición bien establecida en fisiología del sistema nervioso, que desde hacía mucho tiempo asimilaba las corrientes nerviosas a ondas eléctricas y las concebía en términos de circulación de energías más o menos específicas”¹⁰¹. Abbagnano explica de manera simple la ley psicofísica: “La ley dice que si la intensidad del estímulo crece en progresión geométrica, la intensidad de la sensación crece en progresión aritmética, de manera que la sensación misma es proporcional al logaritmo del estímulo”¹⁰².

Por otra parte, también trató de esclarecer otras cuestiones psicológicas, como la concepción del placer y del displacer que retomó de Herbart, para analizarlas en términos de estabilidad e inestabilidad (“principio de constancia”), es decir, trató de aproximarlas a las leyes de los equilibrios sistémicos en física.

Apoyaba la metafísica, en oposición a los positivistas. La ciencia natural da unas explicaciones a partir de las cuales uno puede elevarse para pensar lo que no es directamente experimentable.

Ellenberger incluye en los epígonos del romanticismo a Fechner. Dice que Freud toma prestados de su filosofía de la naturaleza muchos de sus conceptos fundamentales para integrarlos a su metapsicología. Fechner ha ejercido una gran influencia en el psicoanálisis después de que Freud le haya citado en *La interpretación de los sueños*, *El chiste y sus relaciones con el inconsciente* y en *Más allá del principio de placer*. Freud utiliza la noción de energía mental, la noción “topográfica” del alma, el principio de placer/displacer, el principio de constancia y el de repetición. Gran parte del cuadro teórico del psicoanálisis no hubiera sido construido sin las especulaciones de aquel a quien Freud llamaba “el gran Fechner”¹⁰³.

¹⁰¹ Ibid., p. 167.

¹⁰² Abbagnano, N. (1994), t. II, p. 307.

¹⁰³ Ellenberger, H.F. (1994), p. 250.

1.4.4. Ernst Mach

Otra referencia importante que Freud toma en “Pulsiones y destinos de pulsión” es la de un discurso epistemológico que se construye durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX. En este discurso desempeña un papel importante Ernst Mach (1838-1916)¹⁰⁴.

Mach trata de dar una continuidad entre la física y la psicología, apoyándose para ello en la lectura de los *Prolegómenos* de Kant¹⁰⁵ y en el estudio de Herbart y Fechner. Su proyecto consiste en reducir el universo a un complejo de sensaciones que posibilite un continuismo psicofísico. La generación de psiquiatras de finales del siglo XIX retoma este ideal científico. El propio Josef Breuer (1842-1925), al ser elegido miembro corresponsal de la Academia de Ciencias de Viena, tiene por padrino al propio Mach, además de Exner y Hering¹⁰⁶.

El trabajo de Mach¹⁰⁷ consiste en reducir la psicología a una cuestión puramente científica. Freud estudió cuidadosamente esta obra de Mach destinada al público general *Conocimiento y error*.

1.4.5. Wilhelm Ostwald

Otro autor importante de la misma época es Wilhelm Ostwald, que invita a Freud, en 1910, a colaborar con un artículo en la revista *Annalen der Naturphilosophie*. Freud se muestra halagado, acepta el encargo, pero nunca llega a llevarlo a cabo. Es una época importante para el psicoanálisis y que “el gran Ostwald”, en palabras de Carl Gustav Jung (1875-1961)¹⁰⁸, realice dicha petición es un síntoma de que las cosas van bien.

Wilhelm Ostwald es químico y profesor en Leipzig. Lo que propone¹⁰⁹, en un discurso clamoroso pronunciado ante el congreso científico alemán en 1895¹¹⁰, es que el materialismo

¹⁰⁴ Assoun, P.-L. (2001), pp. 74-75.

¹⁰⁵ Cf. Kant, I. (1783 [1954], *Prolegómenos*, Buenos Aires, Aguilar.

¹⁰⁶ Jones, E. (1976), t. I, p. 232.

¹⁰⁷ Mach, E. (1948 [1905]), *Conocimiento y error*, Buenos Aires, Espasa-Calpe.

¹⁰⁸ Jones, E. (1962), *Vida y obra de Sigmund Freud*, t. II, Buenos Aires, Editorial Nova, p. 89.

¹⁰⁹ Ostwald, W. (1895), “La dérouté de l’atomisme contemporain”, *Revue générale des sciences pures et appliquées*, n° 21, pp. 953-958.

¹¹⁰ Assoun, P.-L. (2001), p. 165.

científico, fundado en la visión atomista de la materia, debe ser sustituido por una concepción energética. Ubica en primer plano el *energetismo* y el concepto clave es la *energía*¹¹¹. Su interés radicaba en discutir los límites de las ciencias físicas y la filosofía. Es ahí donde se fija en Freud, como fundador de un enfoque científico novedoso, para dilucidar dicha frontera¹¹². La energía es lo real en la medida en que es lo que actúa. Indicar las causas equivale a indicar las energías que toman parte en un acontecimiento dado¹¹³.

Ostwald se basa en Ernst Mach, quien en 1883 había abierto el camino al energetismo tras cuestionar el fundamento del mecanicismo clásico. Assoun lo explica de la siguiente manera,

Siguiendo los pasos de Mach, Ostwald somete el principio de movimiento perpetuo al método histórico crítico, y reduce el *trabajo* a una forma derivada de energía. De allí pasa al *calor*, que da lugar a la formulación del principio de conservación de la energía que, junto con el segundo principio de la termodinámica, originará la *energética* propiamente dicha¹¹⁴.

En palabras de Harald Höffding, el primer principio de Ostwald es que “¡Todo es energía, no existe otra cosa más que energía!”¹¹⁵. La vida misma es “*una manifestación constante de energía*”¹¹⁶. Además, Ostwald se pregunta si los fenómenos psíquicos no son también ubicables en relación a la energía. La respuesta es que los fenómenos psíquicos pueden concebirse también como fenómenos energéticos¹¹⁷. En este sentido, quizás Ostwald reconoció en Freud a un defensor del energetismo en el campo psíquico.

Ostwald se refiere a los *Estudios sobre la histeria*. Allí Breuer hablaba de una “excitación tónica intracerebral”¹¹⁸, que es una especie de equivalente de la energía nerviosa. Sus transformaciones explican la psicopatología, principalmente, la histeria.

Assoun insiste en la coincidencia entre la fecha en la que Ostwald lanza los principios de su manifiesto energetista y la aplicación por parte de Breuer y Freud de los esquemas energéticos al psiquismo. Pero no sólo los fundamentos de la teoría freudiana quedan marcados por el

¹¹¹ Cf. Ostwald, W. (1910), *L'énergie*, París, Félix Alcan.

¹¹² Assoun, P.-L. (2001), p. 167.

¹¹³ Ostwald, W. (1910), p. V.

¹¹⁴ Assoun, P.-L. (2001), p. 168.

¹¹⁵ Höffding, H. (1907), *Philosophes contemporains*, París, Félix Alcan, p. 110.

¹¹⁶ Ostwald, W. (1910), p. 178.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 200.

¹¹⁸ Freud, S. (1893-1895), t. II, p. 202.

energetismo, sino que la distinción entre dos formas de energía psíquica —la energía libre y la energía ligada— influyen de manera considerable en *La interpretación de los sueños*, donde se distinguen dos procesos, el proceso primario donde la energía queda libre, y el proceso secundario, donde la energía está ligada. Assoun comenta,

El análisis de los procedimientos del sueño (condensación, desplazamiento) traduce esa concepción *económica* de la investigación metapsicológica del inconsciente que se afirmará cada vez más en Freud, como “tentativa de seguir el destino de las cantidades de excitación y de lograr al menos una determinación *relativa* de su magnitud”¹¹⁹. Carga, descarga, abreacción, cuántum de afecto, libido: el vocabulario freudiano encuentra sin cesar esa connotación energetista¹²⁰.

La concepción de Freud de la energía es similar a la de Mach, para quien la energía es “ese algo indestructible que caracteriza la diferencia de dos estados físicos y cuya medida es el trabajo mecánico realizado durante el paso de un estado a otro”¹²¹. En este sentido, Freud no exalta la energía sobre la mecánica. Como aclara de nuevo Assoun,

La energía ostwaldiana servía para fundar una ontología inmaterial; la energía freudiana sirve para nombrar una característica procesal de tipo *diferencial* cuyo aspecto cualitativo no es sino el indicio de un proceso mecánico cuantitativo. Marca un “paso” entre dos estados que traduce un *gasto* mecánico, a su vez expresión particular (moción) del aumento general de desorden que formula el segundo principio de la termodinámica (Carnot-Clausius). Lo cual, desde entonces, podría expresarse diciendo que “toda pulsión, como pulsión, es pulsión de muerte”¹²².

De esta forma, al aplicar estas cuestiones a su concepto de “libido”, plantea que es aquello que define la energía del psiquismo. Es la energía constante subyacente a las transformaciones de la pulsión o excitación sexual¹²³. En 1921 la define como “una expresión tomada de la doctrina de la afectividad. Llamamos así a la energía, considerada como magnitud cuantitativa —aunque por ahora no medible—, de aquellas pulsiones que tienen que ver con todo lo que puede sintetizarse como ‘amor’”¹²⁴. La libido es la madera de la que están hechas las pulsiones.

¹¹⁹ Freud, S. (1915), “Lo inconsciente”, en AE, t. XIV, p. 178.

¹²⁰ Assoun, P.-L. (2001), p. 175.

¹²¹ Citado en Assoun, P.-L. (2001), p. 179.

¹²² *Ibid.*, pp. 179-80.

¹²³ Freud, S. (1905d), t. VII, p. 148.

¹²⁴ Freud, S. (1921), *Psicología de las masas y análisis del yo*, en AE, t. XVIII, p. 86.

1.4.6. Entre la fisiología y la *Naturphilosophie*

Relacionado con el aspecto *dinámico* de la fisiología de Brücke está la orientación evolucionista. Los investigadores, tras Charles Darwin (1809-1882), trabajaron sobre la idea de crear árboles genealógicos de los organismos, reestructuraron los sistemas taxonómicos de vegetales y animales en base a relaciones genéticas. Esta tendencia, propia de finales del siglo XVIII, fue muy importante durante el siglo XIX. En Alemania, durante la primera mitad del siglo XIX se vio debilitada por el papel predominante de la *Naturphilosophie*. En palabras de Jones,

Naturphilosophie es el nombre del monismo panteísta, cercano del misticismo que, profesado por Schelling y repetido, desarrollado y diversificado por una hueste de escritores, había sido ávidamente prolijado por todos los hombres cultos y todas las demás preocupaciones literarias. El Universo, la Naturaleza, es un solo y vasto organismo, compuesto en última instancia de energías, actividades, creaciones, excrecencias, organizado bajo la forma de eternos conflictos básicos, en forma de polaridad, y la razón, la vida consciente, la psique, no son más que el reflejo, la emanación, de este torbellino inconsciente¹²⁵.

Esta propuesta contiene el germen de ciertas teorías científicas del siglo XIX y siglo XX. De nuevo Jones nos dice que “lo que caracterizaba a la *Naturphilosophie* alemana era la aspiración expresada en la denominación de ‘física especulativa’ (que el mismo Schelling dio a sus creaciones) y el incontrolado emocionalismo megalomaniaco de la fantasía y del estilo en estos escritores”¹²⁶.

Schelling fue, bajo la influencia del Romanticismo, el fundador de esta escuela filosófica tan particular, la *Naturphilosophie*¹²⁷. Su punto de partida es que la naturaleza y el espíritu son ambas partes del absoluto y que constituyen una unidad indisoluble. La Naturaleza es el Espíritu visible y el Espíritu es la Naturaleza invisible. La Naturaleza no sólo se comprende mediante nociones puramente mecánicas y físicas. Necesitamos comprenderla mediante las leyes espirituales subyacentes, que la filosofía de la naturaleza se esfuerza en elucidar.

La filosofía física logró imponerse sobre esta filosofía, retomando alguna de sus ideas básicas como las de la “unidad de la ciencia”, “la ciencia” o “las fuerzas físicas”. En Austria, la

¹²⁵ Jones, E. (1976), t. I, pp. 53-54.

¹²⁶ *Ibid.*, p. 54.

¹²⁷ Schelling, F.W. von (1789), *Ideen zu einer Philosophie der Natur*, Leipzig.

Naturphilosophie no tuvo tanta relevancia, por eso el fanatismo por la fisiología tuvo su máximo esplendor con Brücke. El propio Freud, influido por Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832), tuvo un cierto período de *Naturphilosophie* panteísta, pero luego se pasó al bando contrario, el de la fisiología física de Brücke.

Jones comenta que también fueron importantes en fisiología para Freud, tanto Sigmund Exner (1846-1925) como Ernst von Fleischl-Marxow (1846-1891), que eran los dos asistentes de Brücke en el Instituto de Fisiología de Viena. Es en ese instituto donde Freud conoció a Josef Breuer (1842-1925) y donde desarrolló el marco fisiológico en el que asentar sus futuros descubrimientos psicológicos. Y de ahí también su única finalidad, según comentó, “inferir o intuir cómo está construido el aparato psíquico y cuáles son las fuerzas que en él operan y reaccionan unas sobre otras”¹²⁸. Jones insiste en que hay que tener en cuenta la influencia del Instituto de fisiología de Brücke a la hora de pensar en los antecedentes de las teorías psicológicas de Freud, que muchos suelen ubicar en relación a Charcot o Breuer. Freud aplicó los principios del Instituto de Brücke a los fenómenos mentales, prescindiendo de la base anatómico.

Jones también dice que Freud asistía al seminario de lecturas que daba Brentano, y luego se inscribió en su curso sobre Aristóteles¹²⁹. La asistencia a un curso de filosofía había sido obligatorio para los estudiantes de medicina a principios del XIX en la Universidad de Viena, sin embargo, no lo era en la época de Freud.

1.4.7. La fisiología en el primer Freud

La idea de que la denegación del logro de la meta sexual provocaba angustia era una idea que tuvo una importancia decisiva en Freud. Como comenta Ernst Kris (1900-1957),

La concepción de que ‘la angustia que está en la base de los fenómenos de las neurosis no [admite] una derivación psíquica’ prometía llevar desde la incerteza de la visión psicológica hasta el terreno seguro de procesos fisiológicos y anexar al pensamiento fisiológico al menos la explicación de un grupo de fenómenos psicopatológicos¹³⁰.

¹²⁸ Jones, E. (1976), t. I, p. 56.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 48.

¹³⁰ Kris, E. (1994), “Introducción a la primera edición de 1950”, en Freud, S. (1994 [1895]), pp. 519-561, p. 540.

Era en este terreno de la etiología sexual donde Breuer se adhirió sólo con vacilaciones, si lo hizo, al interés de Freud, quien pretendió explicar la fisiología y la psicología de la función sexual mediante desplazamientos cuantitativos¹³¹. Una propuesta que, evidentemente, fue suscitada por Fliess. La idea era hacer que las elucidaciones psicológicas tuvieran un soporte fisiológico y fueran físicamente mensurables. Es decir, Freud trataba de aplicar de manera rigurosa las intuiciones que eran el fundamento de la propuesta de Helmholtz y Brücke.

En ese mismo momento, Breuer sostenía en la sección teórica de los *Estudios sobre la histeria*, que en el momento actual de los conocimientos resultaba imposible aunar los desarrollos psicológicos con la fisiología del cerebro, pero era ésa la intención de Freud, principalmente, mediante su *Proyecto de psicología* escrito, en gran parte, pocos días después de un encuentro con Fliess¹³².

En este ensayo Freud trata de describir el funcionamiento del aparato psíquico mediante operaciones de un sistema de neuronas y trata de concebir todos los procesos como alteraciones cuantitativas. Estos procesos no sólo dan cuenta de la percepción y la memoria, sino que abarcan también el pensamiento y la vida afectiva, la psicopatología y la psicología normal y, al mismo tiempo, la primera doctrina del sueño, algo forzada pero concluida en muchos puntos. Como apunta Kris, “la idea de fusionar doctrina de las neurosis y psicología normal con la fisiología del cerebro era osada en sí misma”¹³³.

1.5. La psicopatología romántica

1.5.1. La escuela de los *Psychiker*, Reil, Heinroth, Ideler y Neumann

La “medicina romántica”, a pesar de que se ha visto como un caos de especulaciones vagas y confusas, tiene en su haber un cierto número de intuiciones válidas¹³⁴. Los románticos se interesaron en la enfermedad mental y en esta época se abrieron una gran cantidad de

¹³¹ Cf. Freud, S. (1895), “Manuscrito G. Melancolía”, en AE, t. I.

¹³² Kris, E. (1994), p. 541.

¹³³ *Ibidem*.

¹³⁴ Ellenberger, H.F. (1994), p. 241.

hospitales psiquiátricos dirigidos por especialistas que convivían con sus enfermos. Los médicos se dividían entre aquellos que se adscribían a la escuela de los *Physiker* (organicistas) y aquellos que lo hacían a la de los *Psychiker* (que insistían en las raíces psicológicas de la enfermedad mental). Algunos de estos psicopatólogos seguirán profundamente la influencia de las ideas románticas. Desafortunadamente, es difícil estudiar este capítulo de la historia de la psiquiatría, los escritos de estos hombres son muy raros y usaban a menudo una terminología en desuso.

Entre los autores de la denominada escuela de los *Psychiquer* podemos ubicar a Johann Christian Reil (1759-1813), Johann Christian August Heinroth (1773-1843), Ideler y Neumann (Fechner podría ubicarse como un representante tardío de esta orientación) que, como decimos, planteaban que las causas psíquicas bastaban para engendrar los graves desórdenes mentales. Pero los diversos autores no daban la misma importancia a las distintas pasiones. Heinroth, por ejemplo, subrayaba la importancia del “pecado” (del efecto nocivo de los sentimientos de culpa), Joseph Guislain (1797-1860) insistía en la angustia, e Ideler y Neuman en la importancia de las pulsiones sexuales y en sus frustraciones.

Ideler desarrolla las enseñanzas de Georg Ernst Stahl (1660–1734) y de Johann Gottfried Langermann (1768-1832) sobre la importancia fundamental de las pasiones como causa de las enfermedades mentales. Una idea fundamental que Ideler toma de Stahl es aquella que él llama la “Ley de la vida” según la cual el ser humano es objeto permanente de un proceso de autodestrucción y de autoconstrucción, por lo que habría que instaurar un equilibrio apropiado¹³⁵. Hablaba también de fuga en la enfermedad, de que el origen de los delirios se remontaba a la infancia y de que creía en la psicoterapia de las psicosis.

En la segunda parte de su libro¹³⁶ expone su teoría sobre la patogenia de la enfermedad mental. Traza en detalle los orígenes de diversas pasiones, la lucha entre ellas, así como los efectos desastrosos de la soledad y de la insatisfacción de la necesidad de actividad. Respecto a la psicogénesis de la enfermedad mental, le da mucha importancia a las impulsiones sexuales insatisfechas.

¹³⁵ Ibid., p. 244.

¹³⁶ Cf. Ideler, K.W. (1835), *Grundriss der Seelenheilkunde*, 2 vol., Berlín, Verlag von T.C.F Enslin.

Por otra parte, Neumann es uno de los últimos representantes de esta tendencia psiquiátrica. En su manual¹³⁷, al igual que Ideler, ve en la vida un proceso ininterrumpido de autodestrucción y de autoconstrucción. En lo que concierne a la psicopatología, Neumann, le da una gran importancia a las perturbaciones de las pulsiones (*Triebe*).

Para Neumann, las necesidades instintuales encuentran su expresión consciente en lo que llama las *Aesthesis*, que no son más que simples sensaciones que implican al cuerpo como un todo. La *Aesthesis* juega también el rol de advertir de un peligro eventual, al mismo tiempo que muestra cómo afrontar dicho peligro. En algunos casos, la alarma se da bien, pero la *Aesthesis* se suele “metamorfosar”, de tal forma que no es capaz de mostrar cómo afrontar el peligro. Resulta de ahí la angustia. Neumann destaca las relaciones entre las pulsiones y la angustia: “la pulsión que no logra satisfacerse deviene en angustia”¹³⁸.

Ellenberger plantea que esta corriente romántica perduró en segundo plano hasta la última década del siglo XIX. De este modo, las propuestas tan novedosas de Eugen Bleuler (1857-1939), Freud y Jung en materia de psicosis, quizá no lo sean tanto, sino que podría tratarse más bien de una vuelta a concepciones psicopatológicas anteriores¹³⁹.

1.5.2. La escuela de los *Physiker*, Griesinger y Meynert

Bercherie comenta que lo que se ha denominado “mitología cerebral” a finales del siglo XIX, consiste en unir los datos sobre las localizaciones cerebrales y las elaboraciones de la psicología. Griesinger inicia esta corriente a la que le dio continuidad su discípulo Meynert. A estos dos autores se les podría añadir Karl Wernicke (1848-1905)¹⁴⁰.

La idea de Griesinger es que las grandes emociones trastornan el funcionamiento del yo, lo cual le impide llevar a cabo su actividad reguladora. Efectivamente, la idea de Griesinger es que del yo depende su capacidad para enfrentar los conflictos. Por otra parte, plantea que lo que le causa placer al yo es lo que favorece la actividad asociativa. Y, en general, su idea es la

¹³⁷ Cf. Neumann, H. (1859), *Lehrbuch der Psychiatrie*, Erlangen, F. Enke.

¹³⁸ *Ibid.*, p. 43.

¹³⁹ Ellenberger, H.F. (1994), p. 575.

¹⁴⁰ Bercherie, P. (1996), p. 171.

de un yo múltiple, atravesado por diversos conflictos, siempre en constante elaboración de su unidad.

En el tratado de Griesinger, que es el primer tratado de psiquiatría, se elabora una doctrina psicológica que influyó decisivamente en Freud. Ya sabemos que la cita que aparece, por ejemplo en “¿Pueden los legos ejercer el análisis?”, donde dice que “hambre y amor mueven al mundo”¹⁴¹ está tomada del poema de Friedrich Schiller (1759-1805) “Die Weltweisen” (“Los sabios”), pero podemos decir que esta idea debía ser algo bastante común en la época, o al menos lo era en la psicopatología, porque el propio Griesinger tiene una cita idéntica: “El hambre (*Hunger*) y el amor (*Liebe*) son los motivos más poderosos que dirigen todas nuestras acciones”, si bien podemos añadir que un poco más adelante, en concreto dos párrafos más abajo, habla de “hambre (*Nahrungstrieb*) y pulsión sexual (*Geschlechtstrieb*)”¹⁴².

Además, conviene recordar que si bien Griesinger retradujo los datos psicológicos en metáforas fisiológicas, fue Meynert, su discípulo, quien continuó con estos planteamientos. En la misma época, también se imponía en Francia la mitología cerebral de la mano de Charcot.

Meynert plantea que el sistema nervioso es una red de fibras de conexiones que relacionan las células nerviosas y conducen “fuerza nerviosa” de una a otra. Es decir, basándose en Griesinger y en el asociacionismo de Stuart Mill planteó que la actividad cortical era de naturaleza asociativa¹⁴³.

Las consecuencias de todos estos planteamientos fueron el establecimiento de un materialismo neurofisiológico, con sus representantes, Taine, Helmholtz, Wundt, Meynert, Bain, etc. Los franceses se centraron más en la psicopatología, principalmente, debido al trabajo de los alienistas y la escuela de Charcot. Los alemanes, por el contrario, se adscribieron a una fuerte concepción fisicalista donde prevaleció la medición y las leyes matemáticas.

Bercherie da cuenta de cómo afectó este modo de pensar a las bases de la psicología: “la convicción de que todo hecho psíquico es al mismo tiempo un hecho físico, nervioso por

¹⁴¹ Freud, S. (1926), “¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial”, en AE, t. XX, p. 187.

¹⁴² Griesinger, W. (1997 [1845]), *Patología y terapéutica de las enfermedades mentales*, t. 1, Buenos Aires, Polemos, p. 59.

¹⁴³ Bercherie, P. (1996), p. 176.

cierto, pero que interesa también al conjunto del organismo, constituyó en adelante la columna vertebral de la psicología”¹⁴⁴.

1.6. Eros y Thanatos

1.6.1. Las derivas del instinto sexual

Otra referencia que no se nos puede escapar es la del desarrollo que sufre en el siglo XIX la noción de “instinto sexual”. Según Bercherie, la noción moderna del instinto sexual, tal y como funciona en el siglo XIX otorgando a la clínica de las perversiones sexuales recién fundada su argumentación teórica, tiene su origen “incuestionable” en la obra de Cabanis¹⁴⁵. Este autor atribuyó a la sexualidad lo esencial de las determinaciones de las relaciones interpersonales. Por lo que nos podemos hacer una idea de la consideración en la que se tenía la sexualidad en aquella época inmediata al descubrimiento de Freud.

Por otra parte, Cabanis habla de la oposición de dos “hábitos instintivos”, el de conservación y el de reproducción¹⁴⁶. Esta concepción permanecerá en todo tratamiento posterior sobre el asunto. Schopenhauer será su promotor, pues estuvo muy influenciado por Marie François Xavier Bichat (1771-1802) y Cabanis. Convirtiéndose en una noción muy común a finales del siglo XIX. Además, como veremos, Schopenhauer es una referencia fundamental para Freud.

Richard von Krafft-Ebing (1840-1902), la máxima autoridad en la clínica de las perversiones sexuales e influencia capital en Freud, en el capítulo cuarto de su tratado de psiquiatría, titulado “Las perturbaciones de la vida instintiva” (*Störungen in Triebleben*), opone las anomalías del apetito (*Nahrungstrieb*) a las anomalías del instinto sexual (*Geschlechtstrieb*)¹⁴⁷.

Pero además de las perturbaciones propias del instinto sexual, también se consideraba que éste sustentaba las bases de cuestiones culturales propiamente humanas, como plantea por ejemplo Henry Maudsley (1835-1918): “Si siguiéramos el desarrollo del instinto sexual hasta

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 184.

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 231.

¹⁴⁶ Cabanis, P.-J.-G. (1805), pp. 533 y ss.

¹⁴⁷ Krafft-Ebing, R. von (1890), *Lehrbuch der psychiatrie*, Stuttgart, Verlag von Ferdinand enke, p. 87 y ss.

su punto culminante, no dejaríamos de descubrir un gran rango de operación, en el que podríamos rastrear su influencia en los más elevados sentimientos humanos, sociales, morales y religiosos”¹⁴⁸. En efecto, “¿De dónde se deriva el principio o el primer chispazo de un sentido moral? la respuesta, que puede ser objeto de reprobaciones pero que sin embargo me propongo hacer, es que la raíz del sentido moral hay que buscarla en el instinto de reproducción”¹⁴⁹.

Como comenta Bercherie,

Es preciso subrayar que, para los partidarios de las concepciones estrechamente fisiologistas provenientes de Cabanis, era perfectamente lógico tratar de derivar los instintos sociales de la sexualidad (o por otra parte del interés personal: al concebir el instinto sólo como *representante psíquico* “de la formación de los órganos”, no podían pensar en un instinto primario sin soporte somático y por lo tanto tendían a limitar la lista a los instintos de conservación y de reproducción)¹⁵⁰.

Otra de las autoridades en la materia, Albert Moll (1862-1939) plantea en 1898, que el instinto sexual (al que denomina *libido sexualis*) se manifiesta frecuentemente en la infancia sin que sea algo patológico¹⁵¹. No obstante, a pesar de los trabajos de Krafft-Ebing y Moll, y de que las observaciones sobre la sexualidad en la infancia pasaron a ser muy corrientes a finales del siglo XIX, aún se consideraban como manifestaciones degenerativas. Por el contrario, para Moll, la aparición de la libido antes de la pubertad era una actividad anticipatoria del instinto.

Finalmente, la otra gran autoridad, Havelock Ellis (1859-1939) en sus *Estudios de psicología sexual* retoma los planteamientos de Moll¹⁵², según los cuales las perversiones sexuales serían producto de la detención en el desarrollo, aunque no le resta importancia a planteamientos más ambientalistas como los de la seducción del niño por un adulto. Introdujo una gran cantidad de términos que Freud retoma, como el de “autoerotismo”, el de las experiencias sexuales ligadas a funciones oral, anal y uretral. Él mismo conocía los trabajos de Freud y mantenía correspondencia con el fundador del psicoanálisis.

¹⁴⁸ Maudsley, H. (1877), *The physiology of mind*, 3ª ed., Nueva York, D. Appleton and Company, p. 372.

¹⁴⁹ *Ibíd.*, p. 398.

¹⁵⁰ Bercherie, P. (1994), p. 244, n. 65.

¹⁵¹ *Cf.* Moll, A. (1898), *Untersuchungen über die libido sexualis*, Berlín, Kornfeld.

¹⁵² *Cf.* Ellis, H. (1899-1928), *Studies in the psychology of sex*, 7 vols., Filadelfia, F.A. Davis Company.

Es decir, los trabajos que daban cuenta de las manifestaciones sexuales en los niños eran muy frecuentes en la época. Cabe mencionar además la obra de Iwan Bloch¹⁵³, que desde la antropología estudia la sexualidad en la infancia y habla de las zonas erógenas. Concepto este último de gran relevancia en psicoanálisis como se sabe, y que de nuevo ya era conocido en la época. La expresión aparece en Chambard, en 1879¹⁵⁴ y en Binet y Féré, en 1883¹⁵⁵.

1.6.2. La cuestión de la libido

El término “libido” fue usado a menudo por ciertos médicos aficionados a utilizar términos latinos. Con dicho término se referían únicamente al deseo sexual: Moll¹⁵⁶, Meynert¹⁵⁷, Benedikt¹⁵⁸, Krafft-Ebing¹⁵⁹, Effertz¹⁶⁰, Eulenburg¹⁶¹. Pero es Moll quien le da una significación más amplia al referir el término al instinto sexual en sentido evolutivo. Freud le da este mismo sentido¹⁶².

No obstante, hay que tener en cuenta que los primeros en elaborar una teoría unificada del instinto sexual fueron los filósofos, comenzando por Platón (ca. 427-347 a. J.C.). Platón también hablaba de una bisexualidad originaria del ser humano y de la posibilidad de sublimación del instinto sexual. Por otra parte, existe una gran analogía entre la teoría de la libido de Freud y la filosofía de Schopenhauer; así como entre las ideas de Freud y la teoría del instinto sexual en el filósofo francés Jean Lucien Arréat (1841-1922)¹⁶³.

¹⁵³ En especial, Bloch, I. (1902), *Beiträge zur Aetiologie der "Psychopathia sexualis"*, Dresde, Verlag von H.R. Dohra.

¹⁵⁴ Cf. Chambard, E. (1879), *Somnambulisme provoqué*, París, Masson.

¹⁵⁵ Binet, A. y Féré, Ch. (1887), *Le magnetisme animal*, París, Alcan, p. 95, 112.

¹⁵⁶ Cf. Moll, A. (1898).

¹⁵⁷ Meynert, T. (1890), *Klinische Vorlesungen über Psychiatrie auf wissenschaftlichen Grundlagen*, p. 195.

¹⁵⁸ Benedikt, M. (1868), *Elektrotherapie*, Viena, Tendler & Comp. La palabra “libido” aparece nueve veces entre las páginas 448/454.

¹⁵⁹ Krafft-Ebing, R. von (1889), “Über Neurosen und Psychosen durch sexuelle Abstinenz”, *Jahrbuch für Psychiatrie*, Vol. VIII. La palabra “libido” aparece tres veces entre las páginas 1 a 6.

¹⁶⁰ Cf. Effertz, O. (1894), *Über Neurasthenie*, Nueva York.

¹⁶¹ Cf. Eulenburg, A. (1895), *Sexuale Neuropathie, genitale Neurosen und Neuropsychosen der Männer und Frauen*, Leipzig, Vogel.

¹⁶² Ellenberger, H.F. (1994), p. 333.

¹⁶³ *Ibidem*.

Las nociones de sexualidad infantil y de las fases precoces del desarrollo sexual no son tampoco enteramente nuevas. Erasmus Darwin (1831-1902) había hablado de que el placer que obtiene el niño al chupar la teta de su madre se transformará más adelante en un placer estético¹⁶⁴. Herman, por ejemplo, habló de que las desviaciones sexuales eran la combinación entre la bisexualidad humana y las perturbaciones de las etapas por las que pasa la evolución de la libido (en el sentido dado a este término por Moll)¹⁶⁵. Freud conocía esta obra, pues la cita en la bibliografía de los *Tres ensayos*.

El primero en explorar el erotismo oral en el niño fue el pediatra húngaro Samuel Lindner, que describió diversas variedades de succión del pulgar, simple o combinada y que veía en estos actos la expresión de una insatisfacción erótica infantil¹⁶⁶. Este artículo atrajo la atención de Krafft-Ebing y de otros que pensaban que la lactancia procuraba a ciertas mujeres una satisfacción erótica.

A pesar de que la concepción freudiana del erotismo anal se presenta como bastante original, parece que ciertos aspectos ya habían sido señalados antes de Freud. Charles Fourier (1772-1837), el socialista utópico francés, veía en el gusto natural de jugar con el lodo y los deshechos, una característica de la infancia y uno de los instintos humanos fundamentales¹⁶⁷. K.R. Hoffmann, un representante de la medicina romántica, en un nivel más especulativo, propuso una teoría afirmando que la defecación no era sólo una función orgánica, sino también un “instinto vital fundamental”, susceptible de retornar a veces contra el sujeto¹⁶⁸.

Respecto a este último punto Ellenberger comenta que, por lo que podemos ver, había una correlación entre la teoría freudiana del erotismo anal y el espíritu de su época. Lo mismo que la fase fálica de la libido, que era el reflejo de una preocupación general de esta época. Los educadores, los pediatras, los especialistas en patología sexual, reconocían todos la frecuencia de la masturbación en los recién nacidos y en los niños jóvenes, así como las posibilidades de seducción de los niños por mucamas y otros adultos. Si bien es cierto que

¹⁶⁴ Darwin, E. (1801), *Zoonomia, or the Laws of Organic Life*, I, Londres, J. Johnson, pp. 200-201.

¹⁶⁵ Cf. Herman, G. (1903), *Libido und Manie*, Leipzig, Strauch.

¹⁶⁶ Lindner, S. (1879), “Das Saugen an den Fingern, Lippen, etc., bei den Kindern (Ludeln)”, *Jahrbuch für Kinderheilkunde und Physische Erziehung*, Neue Folge, XIV, pp. 68-69.

¹⁶⁷ Fourier, Ch. (1932), *Pages choisies*, Charles Gide ed., París, Sirey, pp. 174-182. Ver también Leroy, M. (1950), *Histoire des idées sociales en France*, París, Gallimard, 246-292.

¹⁶⁸ Hoffmann, K.R. (1823), *Die Bedeutung der Excretion im thierischen Organismus*, citado en Muller, F. Von (1914), *Spekulation und Mystik in der Heilkunde. Ein Überblick über die leitenden Ideen der Medizin im letzten Jahrhundert*, Múnich, Lindauer.

muchos ignoraban la existencia de una sexualidad infantil o no lo veían sino como un fenómeno raro y anormal. Las obras populares de Jules Michelet (1798-1874) *Nuestros hijos* y *La mujer*¹⁶⁹, merecen una mención particular en este sentido, Freud conocía al menos la segunda, ya que la cita en su trabajo sobre *El chiste*¹⁷⁰.

El término “sublimación” también es muy conocido y por eso Freud no pretendió habérselo inventado. Un romance de 1785 lo refiere a un término corriente¹⁷¹, y la idea se encuentra posteriormente en Novalis (1772-1801), Schopenhauer y en Nietzsche.

La idea de que el instinto sexual puede dirigirse sobre uno mismo, en lugar de hacerlo sobre los objetos externos era muy generalizada. El concepto de “amor narcisista”, después de haber sido abundantemente desarrollado por los poetas y los escritores, fue utilizado por los psiquiatras¹⁷². Haverlock Ellis había descrito diversas formas de autoerotismo y Paul Näcke (1851-1913) introdujo el término “narcisismo”¹⁷³.

1.6.3. La pulsión de muerte

La noción de “pulsión de muerte” también tiene múltiples precursores¹⁷⁴. Entre los románticos, von Schubert lo ha expresado claramente bajo la forma de “deseo de morir”¹⁷⁵. Más próximo a la idea de Freud, Novalis, planteó que “la enfermedad se caracteriza por el instinto de autodestrucción”¹⁷⁶. Lo contrario al instinto de muerte para él era el lenguaje humano, la cultura y la filosofía.

¹⁶⁹ Cf. Michelet, J. (2004 [1860]), *La mujer*, México, Fondo de Cultura Económica.

¹⁷⁰ Freud, S. (1905), *El chiste y su relación con el inconsciente*, en AE, t. VIII, p. 232.

¹⁷¹ Jung-Stilling, H. (1785), *Theobald oder die Schwärmer, eine wahre Geschichte*, Frankfurt y Leipzig.

¹⁷² Ellenberger, H.F. (1994), p. 307.

¹⁷³ Näcke, P. (1899) “Kritisches zum Kapitel der normalen und pathologischen Sexualität”, *Arch. Psychiat. Nervenkrankh.*, 32, pág. 356. En realidad Freud atribuyó, posteriormente, la autoría a Ellis, sin embargo, Ellis prefirió compartir los honores con Näcke aludiendo que él hablaba de una actitud psicológica, mientras que Näcke hablaba de una perversión sexual.

¹⁷⁴ Ellenberger, H.F. (1994), p. 550.

¹⁷⁵ *Ibid.*, pp. 235-236.

¹⁷⁶ Novalis, (1898), *Fragmente über Ethisches, Philosophisches und Wissenschaftliches*, en *Sämmtliche Werke*, Karl Meissner, III, pp. 292, 168, 219.

Hobbes, Darwin, los darwinistas sociales, Lombroso y Nietzsche hablarán de la idea de instintos de destrucción y de autodestrucción. Fechner publica una obra en la que plantea que el instinto de destrucción es más fundamental que el de la creación¹⁷⁷.

Las parejas clásicas de contrarios eran Eros/Neikos (amor-discordia) y Bios/'Thanatos (vida-muerte). Aunque un escritor austríaco, Schaukal publicó una serie de novelas bajo el título Eros/'Thanatos¹⁷⁸.

La pulsión de muerte para Freud corresponde a una concepción de lo que hay de más fundamental en toda pulsión: el retorno a un estado anterior. “Dentro de la perspectiva evolucionista explícitamente elegida por Freud, comentan Laplanche y Pontalis, esta tendencia regresiva sólo puede apuntar a restablecer formas menos diferenciadas, menos organizadas, que en último extremo ya no comporten diferencias de nivel energético”¹⁷⁹.

Esto queda claro para la pulsión de muerte, pero en la pulsión de vida parece producirse un movimiento inverso, es decir, el establecimiento de formas cada vez más diferenciadas y organizadas. Esto resulta problemático para Freud porque supondría que las pulsiones de vida no obedecen a la fórmula general de toda pulsión, esto es, a su carácter conservador o regresivo. En el caso de Eros equivaldría a plantear que la sustancia viva, habiendo sido inicialmente una unidad, se fragmentó más tarde y tendió a reunirse de nuevo en una unidad. Es por lo que Freud se refiere aquí¹⁸⁰ al mito de Aristófanes en *El banquete* de Platón¹⁸¹, por el cual, la unión sexual vendría a recuperar la unidad perdida de un ser originalmente andrógino.

En *Más allá* vemos que el registro biológico sigue siendo esencial. Vemos que sigue el reduccionismo de la escuela de Helmholtz: lo psicológico a lo fisiológico y lo fisiológico a lo físico-químico, hasta que no quede más que fuerza y materia. Por eso también recurre a la idea de un “quimismo” que explicaría todo el juego de fuerzas mentales. Es, por cierto, una biología reduccionista, pues ignora que la biología es cada vez más organización, equilibrio, estructuras autorreguladas en evolución, etc. Como comenta Bercherie,

¹⁷⁷ Cf. Fechner, G.T. (1875), “Vier Paradoxa”, en *Kleine Schriften von Dr. Mises*, Leipzig, Breitkopf und Härtel.

¹⁷⁸ Cf. Schaukal, R. (1906), *Eros Thanatos*, Nevelen, Viena y Leipzig, Wiener Verlag.

¹⁷⁹ Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1996), p. 343.

¹⁸⁰ Freud, S. (1920g), t. XVIII, p. 56.

¹⁸¹ Platón (1988), *Diálogos III. El banquete*, Madrid, Gredos, pp. 221-229.

Uno recuerda que el pensamiento evolucionista reposaba en la seguridad de que un orden fenoménico nunca puede reducirse al peldaño que lo precede en la pirámide de los registros de lo concreto. Lo biológico es un orden propio, autónomo e irreducible a lo físico-químico: toma de este último los elementos básicos, los ladrillos que constituyen su carácter fenoménico propio, pero escapa al juego simple de las fuerzas elementales del mundo físico¹⁸².

En *Más allá del principio de placer* Freud se centra de manera considerable en Schopenhauer. Éste desempeña un papel importante en la concepción de la pulsión de muerte. Para Assoun, Schopenhauer es una referencia fundamental.

Schopenhauer publica su principal obra *El mundo como voluntad y como representación* en 1819. Pero se hace célebre a partir de 1850. Es una gran influencia para Wagner y para Nietzsche. Y alcanza el éxito a partir de 1880. Kant había distinguido el mundo de los fenómenos y el mundo de los *noumenos* (o las cosas en sí), inaccesible a nuestro conocimiento. Schopenhauer llama a los fenómenos “representaciones” y a las cosas en sí “Voluntad”, identificando la Voluntad al inconsciente tal y como lo concebían ciertos románticos.

Entonces, él lo que planteaba era que el hombre es una encarnación del instinto sexual, que debe su origen a la copulación y su deseo supremo es la copulación. De esta manera, el instinto sexual es la más alta afirmación de la vida. La más importante preocupación del hombre y del animal. El acto sexual ocupa permanentemente el pensamiento de los que no son castos, aparece sin cesar en las fantasías de los castos, es la clave de todas nuestras expresiones a doble sentido. Es así que para Ellenberger, es más conveniente denominar de “pansexualismo” la doctrina de Schopenhauer que la de Freud¹⁸³.

Freud plantea que: “inadvertidamente hemos arribado al puerto de la filosofía de Schopenhauer, para quien la muerte es el ‘genuino resultado’ y, en esa medida, el fin de la vida, mientras que la pulsión sexual es la encarnación de la voluntad de vivir”¹⁸⁴. Parece que Freud introduce esta referencia sin mucha relación con lo que trata pero, como destaca Assoun, Freud recorre diferentes referencias para llegar a Schopenhauer¹⁸⁵:

¹⁸² Bercherie, (1994), p. 433.

¹⁸³ Ellenberger, H.F. (1994), p. 240.

¹⁸⁴ Freud, S. (1920g), t. XVIII, pp. 48-49.

¹⁸⁵ Assoun, P.-L. (1982), *Freud, la filosofía y los filósofos*, Buenos Aires, Paidós, p. 209.

1. Parte primero de una intuición poética: Schiller y su distinción entre *hambre* y *amor*¹⁸⁶.
2. A continuación recurre a una tesis poético-científica, a “la grandiosa concepción de W. Fliess”¹⁸⁷, según la cual todos los fenómenos vitales, incluida la muerte, están ligados al cumplimiento de plazos.
3. Luego recurre a la distinción de A. Weissmann de la sustancia viva en una mitad mortal y otra inmortal. La mortal sería el cuerpo, el soma; siendo las células germinadas, el germen, inmortales. Pero esta distinción sólo se aplica a los organismos multicelulares, por lo que pierde su carácter de propiedad de la sustancia viva.
4. Esta limitación le obliga a Freud a recurrir a resultados experimentales sobre la degeneración de los protozoarios (Woodruff, etc.), para poder argumentar la idea de la muerte natural como conclusión del proceso vital.
5. Esto le permite a Freud relacionar las dos pulsiones, de vida y de muerte, con los dos tipos de procesos (asimilación y desasimilación) distinguidos por Hering en la sustancia viva.
6. Es en este punto donde aparece la referencia a Schopenhauer.

Pero la muerte no es el único tema por el que recurre Freud al filósofo. También lo hace en relación a la *afectividad* cuyo último soporte es la *sexualidad*¹⁸⁸. Freud dice en “Una dificultad del psicoanálisis”, en 1917,

Cabe citar como predecesores a renombrados filósofos, sobre todo al gran pensador Schopenhauer, cuya “voluntad” inconciente es equiparable a la “vida pulsional” del psicoanálisis. Es el mismo pensador, por lo demás, que con palabras de inolvidable acento ha recordado a los hombres la significación siempre subestimada de su pujar sexual¹⁸⁹.

¹⁸⁶ Schiller, F. (1795), “Die Weltweisen”. Recuperado de http://www.gedichte-lyrik-poesie.de/Schiller_Die_Weltweisen/index.html

¹⁸⁷ Freud, S. (1920g), t. XVIII, p. 44.

¹⁸⁸ Assoun, P.-L. (1982), p. 204.

¹⁸⁹ Freud, S. (1917a), t. XVII, p. 135.

Como destaca Assoun¹⁹⁰, Freud cita al mismo tiempo¹⁹¹, tanto en *Más allá del principio de placer* como en “Las resistencias contra el psicoanálisis”¹⁹², la sexualidad de Schopenhauer y el Eros platónico. ¿Por qué? Pues porque ambas concepciones tienen la ventaja de superar la visión estrecha de la sexualidad y plantean una concepción ampliada y multidimensional. Schopenhauer es el primer filósofo moderno que retoma el tema eterno de los poetas que fue abandonado en la filosofía occidental desde Platón¹⁹³.

Otra referencia importante de Freud en el tema de las pulsiones es Empédocles. Para el filósofo existen dos principios del acontecer, dos principios que mantienen una eterna lucha entre sí, son el “amor” y la “discordia”. Estos principios son fuerzas naturales, el primero trata de aunar en una unidad los cuatro elementos; el otro quiere deshacer todas esas mezclas.

1.7. Reubicación de la postura en Freud

El positivismo cientificista de finales del siglo XIX había fundado una psicología sin alma. Freud estuvo inmerso de lleno en dicho cientificismo fisicalista en el laboratorio de Brücke. Pero podemos preguntarnos hasta qué punto abandonó del todo la metafísica romántica de la *Naturphilosophie*. Todo parece indicar que siempre la mantuvo¹⁹⁴. Bercherie nos indica una vez más,

De modo que Freud reencontró la tradición de esa concepción pan-psiquista que consideraba a la Naturaleza un ser subjetivo y todopoderoso, y la panteizaba como fuente de vida, acordando sentido y espiritualidad a cada uno de sus elementos, a cada una de sus leyes y al movimiento universal; al hacerlo, el creador del psicoanálisis invocó a lo largo de su recorrido a aquellos que recogieron la herencia de Schelling y los románticos: Fechner (el Fechner “nocturno”, místico), que ya aparece en la segunda página de *Más allá del principio de placer*, y de Schopenhauer, con cuyas huellas le sorprende cruzarse respecto de la pulsión de muerte, y al que parece haberle tomado la utilización del mito platónico¹⁹⁵.

¹⁹⁰ Assoun, P.-L. (1982), p. 205.

¹⁹¹ Freud, S. (1920g), t. XVIII, pp. 48-49.

¹⁹² Freud, S. (1925 [1924]), “Las resistencias contra el psicoanálisis”, en AE, t. XIX, p. 231.

¹⁹³ Assoun, P.-L. (1982), pp. 205-06.

¹⁹⁴ Bercherie, P. (1994), p. 411.

¹⁹⁵ *Ibíd.*, pp. 411-412.

Si bien el concepto de “pulsión” posee una concepción reflexológica¹⁹⁶ y una fuerte influencia de Helmholtz, Freud, en la época en que escribe *Más allá del principio de placer*, comienza a mostrar un interés por lo místico —los textos sobre telepatía son de 1921 y 1922¹⁹⁷—, es decir, sus intereses van cambiando. Lo que se puede plantear es que, por ejemplo en este texto, toda la cuestión biológica tiene un tinte de misterio y no obedece a los parámetros helmholtzianos de su primera etapa en la que lo psicológico se reduce a lo fisiológico y lo fisiológico a lo físico-químico. Hay que entender que cuando introduce la pulsión de muerte lo que está planteando es una teleología: “Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior” (en cursiva en el original)¹⁹⁸. Freud retoma la idea de la naturaleza antropomórfica de Goethe y Schelling.

Cabría preguntar si, en esta última etapa Freud no habrá restaurado la *Weltanschauung* goethiana que entusiasmará al joven Freud y la *Naturphilosophie* que quiso liquidar la Escuela de Helmholtz. De ser así, Freud habría realizado la profecía que pronunció sobre sí mismo¹⁹⁹: volver a la filosofía por la medicina y la psicología²⁰⁰.

Freud se adscribe a la filiación materialista de sus maestros vieneses, pero conquista una nueva región que es todo el ámbito de lo humano. Su lucha es contra el cerebralismo, contra la idea de que el espíritu es el cerebro.

¹⁹⁶ *Ibíd.*, p. 390.

¹⁹⁷ Freud, S. (1941 [1921]), “Psicoanálisis y telepatía”, en AE, t. XVIII; y Freud, S. (1922), “Sueño y telepatía”, en AE, t. XVIII.

¹⁹⁸ Freud, S. (1920), *Más allá del principio de placer*, en AE, t. XVIII, p. 36.

¹⁹⁹ Ricoeur, P. (1970), p. 71.

²⁰⁰ “En cuanto a mí, alimento en el trasfondo de mí mismo la esperanza de alcanzar por el mismo camino [la medicina] mi primera meta: la filosofía. Es lo que esperaba inicialmente antes de haber comprendido bien por qué estaba en el mundo”. Freud, S. (1994 [1895]), p. 712. Acerca de Freud y Goethe, *Cf.* Jones, E. (1976), t. I, p. 54.

CAPÍTULO 2

Etapas psicopatológicas: esbozos del concepto de “pulsión”

La elaboración del concepto de “pulsión” en la obra de Freud supuso una ardua tarea que fue atravesando diversos momentos. La noción como tal comienza en los textos psicopatológicos. Allí Freud la concibe desde un punto de vista eminentemente neurofisiológico. Se bosqueja como una cantidad, una energía o una excitación que es susceptible de variaciones y desplazamientos. Esta cantidad comanda el aparato nervioso de forma destacable al generar cierta tensión que desemboca, en la mayor parte de los casos, en un efecto displacentero.

Su decurso se funda en el interior del organismo y va hasta alcanzar la psique, donde es procesada, en la medida de lo posible, por distintos mecanismos que se irán formando con efecto retardado respecto al desarrollo libidinal, y que obedecen a un imperativo de constancia en las magnitudes de excitabilidad del sistema nervioso, teniendo como resultado su transmutación en los síntomas, entre otros destinos.

Los resortes pulsionales, además de los síntomas, serán las palabras, los sonidos, las imágenes que atrapan un contenido, en la mayor parte de los casos, de índole sexual y correspondiente a la época infantil.

Es en *Estudios sobre la histeria* (1895) donde se alude a una primera distinción de las pulsiones. Se distingue a las pulsiones sexuales del resto de pulsiones que atañen a las necesidades primarias —hambre, sed y necesidad de respirar—, señalando en las primeras una ausencia de ligazón a un objeto concreto y apuntando más bien a una dispersión por múltiples representaciones. La pulsión sexual se erige como una de las menos domeñables y más enérgica, que a su vez se caracteriza por la proliferación de objetos a los que se encomienda, a diferencia de otras pulsiones.

El *Proyecto de psicología* (1895) supondrá un intento de trasladar las observaciones efectuadas hasta el momento al ámbito neurológico, de forma que no sólo confiera a la teoría pulsional un estatuto de ciencia natural sino que también permita avanzar en su concepción. Allí elabora la teoría de ese *quantum* de excitación que afluye al sistema nervioso y despliega un cúmulo de indagaciones y elucidaciones sobre los distintos procesos que rigen su dinámica. Esto le permite conferir a la pulsión un resorte neuronal.

El modelo de aparato nervioso que se construye consiste en una dinámica donde las neuronas cuando son investidas por una cantidad de energía, la descargan. Esto es a lo que llama el “principio de inercia neuronal”, la excitación llega y se descarga. Existe también una tendencia global del sistema a mantener constante la excitación cerebral, mediante la descarga ante acumulaciones por un lado como hemos dicho, pero también mediante la acumulación de cierto incremento de excitación para poder cumplir con la condición que exige el efecto apaciguador de los estímulos que devienen desagradables.

Asimismo responsabilizará también, en un segundo tiempo, como instancia garante de la evitación de displacer al yo, sofocador de la tensión que pugna por incrementarse sin descanso generando ese efecto perturbador.

2.1. Las publicaciones psicopatológicas y los manuscritos inéditos

El término “pulsión” se menciona por primera vez, en las publicaciones freudianas, sin elucidación del concepto, en la “Reseña de August Forel, *Der Hypnotismus*” (1889)²⁰¹. Se presenta parejo a los sentimientos en el sentido de entes pertenecientes al ámbito psíquico susceptibles de modificación con la técnica de la sugestión; se les considera fenómenos subjetivos separados de los fenómenos objetivos que el cuerpo presenta.

No obstante, tan sólo un año más tarde, en “Tratamiento psíquico (tratamiento del alma)” (1890)²⁰² establece los estados anímicos como agentes soberanos en lo somático, y entre éstos señala a los afectos, los sentimientos, las pulsiones y hasta los procesos de pensamiento, destacando la variación de cierta excitación que introducen en el sistema nervioso.

Precisamente, en otras publicaciones destacables de esta época, que aluden a sus trabajos sobre la histeria, se pondrá también de manifiesto la preponderancia del incremento de excitabilidad nerviosa en la formación de los síntomas y se recalcará sus nexos con la sexualidad²⁰³.

Pero justamente en el epistolario que mantuvo con Fliess es donde encontraremos por primera vez el término de “pulsión sexual”, identificada con una excitación interna, similar a las que podrían producir otras funciones vitales del organismo, y que origina, por acumulación, un displacer que para ser apaciguado necesariamente debe anclarse a una representación psíquica que llamará libido o afecto sexual. No obstante, la libido, aun siendo condición necesaria para que se produzca la acción específica que satisfaga a la pulsión, no es suficiente; poniendo de manifiesto ese componente displacentero que tantas vueltas dará en sus investigaciones y que recorrerá toda su obra.

En las cartas aparecerán las insinuaciones a una doctrina química de las pulsiones, distintas concepciones neurofisiológicas de su dinámica y explicará las consecuencias que tendrá su

²⁰¹ Freud, S. (1889), “Reseña de August Forel, *Der Hypnotismus*”, en AE, t. I, p. 107.

²⁰² Freud, S. (1890), “Tratamiento psíquico (tratamiento del alma)”, en AE, t. I, pp. 118-124.

²⁰³ Freud, S. (1892-94), “Prólogo y notas de la traducción de J.-M. Charcot, *Leçons du mardi de la Salpêtrière* (1887-88)”, en AE, t. I, pp. 171-172.

Freud, S. (1888), “Histeria”, en AE, t. I, pp. 45, 54-56.

Freud, S. (1940-41 [1892]), “Bosquejos de la ‘Comunicación preliminar’ de 1893”, en AE, t. I, pp. 183-184, 186.

inadecuada tramitación a las órdenes del principio de constancia, derivando en una multitud de fenómenos psicopatológicos.

Asimismo, aducirá que las representaciones psíquicas portadoras del componente sexual serán tomadas de la etapa infantil y posteriormente destinadas a la represión, pero una vez alcanzada la madurez sexual producirán un desprendimiento de displacer que encontrará su minoración por la acción de la represión, desembocando en los síntomas.

La correspondencia, en definitiva, supone el antecedente de muchas de sus obras posteriores, destacando especialmente el *Proyecto* (1885), los *Estudios sobre la histeria* (1895), *La interpretación de los sueños* (1900) y, fundamentalmente, los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905).

2.1.1. Aproximaciones a la pulsión en las publicaciones psicopatológicas

La vinculación de la pulsión a lo corporal y a lo anímico estuvo presente en Freud desde sus primeras elucubraciones. Si bien la correlación entre los consabidos aspectos se mostró siempre de forma explícita en toda su obra, la delimitación de todos y cada uno de los términos a los que recurre, así como su elucidación conceptual para indicar dichas relaciones, no siempre fue tan clara.

Veremos que precisamente en esta etapa psicopatológica, que arranca tras su estancia en la Salpêtrière, Freud efectuará las primeras aportaciones al futuro concepto de “pulsión” desde un punto de vista neurofisiológico; existirán ciertos niveles de energía o excitación habituales en el sistema nervioso que podrán ser incrementados y que serán tramitados por la vía de la motilidad, no obstante, las excepciones a este acaecer derivarán en síntomas neuróticos, y los desencadenantes de estos desequilibrios, en la mayoría de los casos, serán componentes psíquicos de carácter sexual.

2.1.1.1. El punto de partida: la excitación nerviosa y la sintomatología histérica

En octubre de 1885, Freud se trasladó a París para completar su formación práctica como neurólogo. Aterrizó en la clínica de la Salpêtrière y, gracias a la enseñanza de su gran maestro

Jean-Martin Charcot, comenzó a atisbar las implicaciones psíquicas que atañían a la histeria. Este eminente neurólogo francés, creador de la primera cátedra de neurología mundial, había dado un giro a sus investigaciones que, en estos momentos, centraban su interés en las distintas neurosis y muy particularmente en la histeria.

Debido a la estrecha relación entre profesor y alumno, Freud le solicitó permiso para poder realizar la traducción al alemán de algunas de las lecciones magistrales que impartía el maestro. Sin reticencia alguna, sino contribuyendo con diversas aportaciones, Charcot accedió a que Freud acometiere ese trabajo y, precisamente en éste, atisbamos ya precedentes de lo que para Freud supondría ulteriormente la pulsión sexual, al menos desde un punto de vista cuantitativo.

Entre los extractos de sus notas encontramos una explicación del ataque histérico como efecto del recuerdo de un evento traumático. Ahora bien, el trauma se define como el incremento de excitación en el sistema nervioso que no ha podido ser tramitado en su totalidad por la vía motriz. Y el ataque histérico podría entenderse, por ende, como un intento de consumir la reacción ante ese incidente. Es decir, el ataque emergería como consecuencia del resto de la excitación que quedó en el sistema nervioso y que no pudo tramitarse en origen²⁰⁴.

Freud, influenciado aún por Charcot, tres años más tarde, en “Histeria” (1888), conjetura esta neurosis como resultado de un desequilibrio entre las relaciones de excitabilidad del sistema nervioso²⁰⁵. Partiendo de la hipótesis de que en el sistema nervioso existe una cantidad de excitación constante, en la histeria se habría producido una modificación de esa excitación, un acrecentamiento de la excitación, que tendría sus efectos en la sintomatología²⁰⁶. En estos momentos la histeria se colige como una neurosis hereditaria que es desencadenada por perturbaciones nerviosas, normalmente por excitaciones del ánimo, entre las que destacan las de índole sexual²⁰⁷.

Podemos señalar ya en estos años los precedentes del principio del placer, de la homeostasis psíquica y su desbordamiento congruente con la sintomatología neurótica.

²⁰⁴ Freud, S. (1892-94), t. I, pp. 171-172.

²⁰⁵ Freud, S. (1888b), t. I, p. 45.

²⁰⁶ *Ibíd.*, pp. 54-55.

²⁰⁷ *Ibíd.*, pp. 55-56.

2.1.1.2. Las comandas de las pulsiones y los procesos de pensamiento en el cuerpo

Como acabamos de decir, el término “pulsión” se registra por primera vez, entre sus publicaciones, en la “Reseña de August Forel, *Der Hypnotismus*” (1889)²⁰⁸, a propósito de la hipnosis y del libro de Forel al respecto. La pulsión se ubica en el ámbito psíquico del individuo, siendo susceptible de ser modificada por la sugestión. En concreto, se dice que, aplicando la hipnosis y mediante la sugestión, pueden inducirse cambios en todo tipo de fenómenos que incurren en el sujeto, bien sean de carácter objetivo o físico, bien de carácter subjetivo, verbigracia, las pulsiones. Las pulsiones son explicitadas en el texto junto con los sentimientos, distinguiéndose entonces ambos conceptualmente, aunque no queda clarificado si la diferenciación vendría precisamente por el lado de la cualidad sensorial.

Forel, dice Freud, expone aquí esta tesis: “Por medio de sugestión es posible producir en la hipnosis todos los fenómenos subjetivos conocidos del alma humana y una parte de las funciones objetivas conocidas del sistema nervioso; es posible producir esos fenómenos, influir en ellos o impedirlos (inhibirlos, modificarlos, paralizarlos o estimularlos)”. Vale decir, influir sobre las funciones corporales sensibles y motrices, ciertos reflejos, procesos vasomotores (¡hasta la formación de ampollas!) y sobre el ámbito psíquico de los sentimientos, las pulsiones, la memoria, la actividad voluntaria, etc.²⁰⁹.

Un año más tarde, en “Tratamiento psíquico (tratamiento del alma)” (1890)²¹⁰, a colación de la interdependencia que trata de establecer entre el cuerpo y el alma, expone los alcances de los afectos —de naturaleza depresiva y dichosa— en las expresiones del cuerpo (movimientos, la circulación, apetito, secreciones, etc.). Entre estos destaca el miedo, la ira, la tristeza y el éxtasis sexual, agentes capaces de perturbar el sistema nervioso, por las excitaciones que implican, al punto de producirse fenómenos patológicos. Efectivamente, los afectos parecen comandar las expresiones corporales, además de estar implicados tanto en la inmunidad como en la propensión a diversas enfermedades. No obstante, Freud apela al poder sobre lo somático de todos los estados anímicos en general; incluso los propios procesos del pensamiento —la imaginación, la atención, la voluntad y los estados de expectativa—, por las connotaciones afectivas que entran y sobre todo por las

²⁰⁸ Freud, S. (1889a), t. I, p. 107.

²⁰⁹ *Ibidem*.

²¹⁰ Freud, S. (1890a), t. I, pp. 118-121.

excitaciones que suponen, también serían capaces de influir en el cuerpo, por ejemplo, en la susceptibilidad a la contracción de enfermedades.

De hecho, se cataloga dentro de los estados anímicos, entre otros, a los afectos, sentimientos, pulsiones y procesos de pensamiento, dotándoles a todos de un sustrato afectivo con implicaciones en lo corporal. Citamos a Freud de manera extensa,

En ciertos estados anímicos denominados “afectos”, la coparticipación del cuerpo es tan llamativa y tan grande que muchos investigadores del alma dieron en pensar que la naturaleza de los afectos consistiría sólo en estas exteriorizaciones corporales suyas. Es cosa sabida cuan extraordinarias alteraciones se producen en la circulación, en las secreciones, en los estados de excitación de los músculos voluntarios, bajo la influencia, por ejemplo, del miedo, de la ira, de las cuitas del alma, del arrobamiento sexual. [...] Estados afectivos persistentes de naturaleza penosa o, como suele decirse, “depresiva”, como la cuita, la preocupación y el duelo, rebajan la nutrición del cuerpo en su conjunto, hacen que los cabellos encanezcan, que desaparezcan los tejidos adiposos y las paredes de los vasos sanguíneos se alteren patológicamente. A la inversa, bajo la influencia de excitaciones jubilosas, de la “dicha”, vemos que todo el cuerpo florece y la persona recupera muchos de los rasgos de la juventud. Es evidente que los grandes afectos tienen mucho que ver con la capacidad de resistencia a las infecciones [...] Ahora bien, los afectos, y casi con exclusividad los depresivos, pasan a ser con harta frecuencia causas patógenas tanto de enfermedades del sistema nervioso con alteraciones anatómicas registrables, cuanto de enfermedades de otros órganos; en estos últimos casos cabe suponer que la persona afectada tenía desde antes la propensión hasta entonces ineficaz, a contraer esa enfermedad [...] Los afectos en sentido estricto se singularizan por una relación muy particular con los procesos corporales; pero, en rigor, todos los estados anímicos, aun los que solemos considerar “procesos de pensamiento”, son en cierta medida “afectivos”, y de ninguno están ausentes las exteriorizaciones corporales y la capacidad de alterar procesos físicos. Aun la tranquila actividad de pensar en “representaciones” provoca, según sea el contenido de estas, permanentes excitaciones sobre los músculos planos y estriados; un apropiado refuerzo puede hacerlas evidentes, y así se explican muchos fenómenos llamativos, y hasta los supuestamente “sobrenaturales” [...] Los procesos de la voluntad y de la atención son igualmente capaces de influir profundamente sobre los procesos corporales y de desempeñar un importante papel como promotores o inhibidores de enfermedades físicas. [...] En general, cuando se formula un juicio sobre dolores que, en lo demás, se incluye entre los fenómenos corporales, es preciso tomar en cuenta su evidentísima dependencia de condiciones anímicas. Los legos, que de buena gana resumen tales influencias anímicas bajo el nombre de “imaginación”, suelen tener poco respeto por los dolores debidos a la “imaginación”, [...] los dolores no dejan de ser menos

reales ni menos fuertes [...] Reclama nuestro mayor interés el estado anímico de la expectativa, por medio de la cual una serie de las más eficaces fuerzas anímicas pueden ponerse en movimiento hacia la contracción o la curación de afecciones corporales. La expectativa angustiada no es sin duda indiferente para el resultado; sería importante saber con certeza si su eficacia para enfermar es tan grande como la que se le atribuye: si es verdad, por ejemplo, que en el curso de una epidemia los más amenazados son los que tienen miedo de contraer la enfermedad. El estado contrario, la expectativa esperanzada y confiada es una fuerza eficaz de la que en rigor no podemos dejar de prescindir en todos nuestros ensayos de tratamiento y curación²¹¹.

2.1.1.3. La tramitación de la excitación nerviosa: tesis de la constancia y el recurso del lenguaje

Con el papel preponderante de las excitaciones que surgen a raíz de diversos estados de ánimo, Freud remite a un posible alivio de la patología mediante el tratamiento de lo psíquico. Y, en este sentido, reseña brevemente la historia de la curación de las afecciones de los individuos desde la Antigüedad, basándose en la modificación de los estados anímicos para producir efectos en lo corporal; destaca, en este sentido, el lenguaje como recurso de la curación empleado por la figura del médico, antaño curandero, hechicero o persona con poderes divinos²¹².

Antes de la estancia en París con Charcot, Freud ya había entablado amistad con un médico vienés de elevada reputación, Josef Breuer. Éste le comunicó a Freud, hacia el año 1882, tres años antes de su viaje a París, el caso clínico de la señorita Anna O., un caso de histeria que causó en Freud la más profunda impresión. A su regreso a Viena, en 1886, Freud comenzó a tratar a pacientes nerviosos y seis años más tarde decide escribir una obra sobre la histeria junto a su amigo Breuer. Una obra que, a la postre, constaría de un apartado sobre el mecanismo psíquico, cinco casos clínicos —cuatro de Freud y el caso de la señorita Anna O. de Breuer—, una parte especulativa de Breuer y una elaboración sobre la psicoterapia de la histeria de Freud.

En algunos de los trabajos previos a dicha obra, la mayor parte de ellos borradores que posteriormente adquirirían su conformación final, se hace hincapié en “la tesis de la

²¹¹ Freud, S. (1890a), t. I, pp.118-119.

²¹² *Ibid.*, pp. 123-124.

constancia de una suma de excitación”²¹³, antecedente de uno de los principios del funcionamiento del sistema nervioso para salvaguardar la salud, tal y como lo constataban las pesquisas de Charcot (más tarde lo trasladará al aparato psíquico y lo llamará “principio de placer”), donde se incidía en la etiología del trauma como un acrecentamiento de los niveles de excitabilidad nerviosa²¹⁴. Asimismo, en esos borradores se destaca la facilidad de la vida sexual para formar parte del contenido de estos traumas²¹⁵.

También se refleja la concepción de los síntomas como desplazamientos de sumas de excitación²¹⁶. En efecto, al irrumpir el recuerdo penoso en el sistema nervioso del sujeto se produce un *plus* de excitabilidad y, puesto que la tendencia imperante es mantener los niveles de excitación nerviosa constantes, necesariamente se emprenderá el trámite de dicho incremento de excitación mediante la descarga motriz, el establecimiento de cadenas asociativas, o incluso el desplazamiento hacia los propios síntomas.

*El sistema nervioso se afana por mantener constante dentro de sus constelaciones funcionales algo que se podría denominar la “suma de excitación”, y realiza esta condición de la salud en la medida en que tramita por vía asociativa todo sensible aumento de excitación o lo descarga mediante una reacción motriz correspondiente*²¹⁷ (en cursiva en el original).

Según la perspectiva psicológica que le había ofrecido Charcot sobre su particular elucidación de las neurosis histéricas, Freud había ido fraguando la idea, a la hora de emprender los trabajos con Breuer, de que la tramitación de la excitación nerviosa se realizaba mediante el establecimiento de cadenas asociativas. La influencia en los estados anímicos por la vía del lenguaje ya se había señalado en su obra el “Tratamiento psíquico (tratamiento del alma)” (1890)²¹⁸ y veremos cómo precisamente las formas tratamiento a partir de la palabra irán evolucionando.

Muchos de las publicaciones de esta etapa psicopatológica, realizadas a partir de 1893, se encaminaban a esclarecer las distintas afecciones diseccionándolas a partir de las distintas

²¹³ Freud, S. (1892), t. I, p.183.

²¹⁴ Freud, S. (1892-94), t. I, pp. 171-172.

²¹⁵ Freud, S. (1892), t. I, p.186.

²¹⁶ *Ibíd.*, p. 184.

²¹⁷ *Ibíd.*, p. 190.

²¹⁸ Freud, S. (1890a), t. I, pp.123-124.

defensas adoptadas por los sujetos frente a la enfermedad, puesto que éstas determinarían la fenomenología de los síntomas.

El 11 de enero de 1893, Freud imparte una conferencia en el Club Médico de Viena, que es taquigrafiada y posteriormente publicada con el nombre de “Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos” (1893)²¹⁹, donde se da un papel preponderante a las causas traumáticas de la histeria. Freud, a lo largo de todo el texto, recorre los asuntos que serán tratados en *Estudios sobre la histeria*. Planteará cómo un evento que posibilita el acrecentamiento de una “suma de excitación”²²⁰ reclama ser sosegado minorando en la medida de lo posible dicho exceso. Para llevarlo a efecto, podría procederse de distintas formas: mediante una reacción motriz proporcional a ese incremento de excitación, por reacción verbal —haciendo uso del lenguaje, mediante “abreacción”²²¹—, o bien realizando un trabajo asociativo de diversas representaciones. Es decir, de lo que se trata es de moderar la tensión en cuestión y, de hecho, al conseguirlo las representaciones dejan de tener un poder sobre el sujeto y sucumben al “desgaste” u “olvido”²²². Ahora bien, el resto de excitación no gestionado comandará los estados subsiguientes.

En el caso de la histeria, las reacciones de templanza de excitación no tienen lugar de ninguna de esas tres formas. Concretamente, se incurrirá en la separación del afecto de la representación afectiva, pero su recuerdo convocará de nuevo todo el afecto vinculado originariamente, y la suma de excitación se convertirá en un síntoma corporal.

2.1.1.4. Los mecanismos de defensa de las psiconeurosis

Ampliando la visión de los mecanismos economizadores de la pulsión más allá de la histeria, aunque tomándola como referencia, en “Las neuropsicosis de defensa (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias)” (1894), Freud muestra cómo surgen las susodichas patologías. Explica la represión y señala esta como un acto de voluntad por parte del sujeto. Es decir, Freud establece cómo, una vez surgida la excitación, se produce su tramitación y sus

²¹⁹ Freud, S. (1893), “Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos”, en AE, t. III, pp. 29-40.

²²⁰ Freud, S. (1893a), t. III, p. 37.

²²¹ Freud, S. (1893-1895), t. II, p. 34.

²²² Freud, S. (1893a), t. III, p. 38.

consecuencias, ciñéndose a los casos que derivan en patologías como la histeria, obsesión y las fobias.

En concreto, para las tres patologías, el trabajo que realiza el yo ante el aumento de excitación viene a ser el mismo. La idea o representación que para él es inconciliable es separada de su afecto, es reprimida, quedando por tanto sólo su recuerdo y un afecto desligado de la idea. Al ser reprimida ésta, difícilmente se vuelve a ella o se incorpora en las cadenas asociativas del sujeto, no obstante, el afecto residual ha quedado a merced de un trámite del yo que no será tan exitoso como el de la represión de la idea. Es justamente este punto, concerniente a las derivas de esta cantidad libre, el que marcará las diferencias entre las distintas patologías. Así comenta,

[...] pacientes por mí analizados gozaron de salud psíquica hasta el momento en que *sobrevino un caso de inconciliabilidad en su vida de representaciones*, es decir, hasta que se presentó a su yo una vivencia, una representación, una sensación que despertó un afecto tan penoso que la persona decidió olvidarla, no confiando en poder solucionar con su yo, mediante un trabajo de pensamiento, la contradicción que esa representación inconciliable le oponía. En personas del sexo femenino, tales representaciones inconciliables nacen las más de las veces sobre el suelo del vivenciar y el sentir sexuales, y las afectadas se acuerdan con toda la precisión deseable de sus empeños defensivos, de su propósito de “ahuyentar” {*fortschieben*, “empujar lejos”} la cosa, de no pensar en ella, de sofocarla [...] No puedo aseverar, por cierto, que el empeño voluntario por esforzar a apartarse de los propios pensamientos algo de este tipo constituya un acto patológico; tampoco sé decir si ese olvido deliberado se logra, o de qué manera se logra, en aquellas personas que permanecen sanas ante las mismas influencias psíquicas. Sólo sé que en los pacientes por mí analizados ese “olvido” no se logró, sino que llevó a diversas reacciones patológicas que provocaron una histeria, o una representación obsesiva, o una psicosis alucinatoria. En la aptitud para provocar mediante aquel empeño voluntario uno de estos estados, todos los cuales se conectan con una escisión de conciencia, ha de verse la expresión de una predisposición patológica, que, empero, no necesariamente es idéntica a una “degeneración” personal o hereditaria [...] La tarea que el yo defensor se impone, tratar como “*non arrivée*” {“no acontecida”} la representación inconciliable, es directamente insoluble para él; una vez que la huella mnémica y el afecto adherido a la representación están ahí, ya no se los puede extirpar. Por eso equivale a una solución aproximada de esta tarea lograr *convertir esta representación intensa en una débil*, arrancarle el afecto, la suma de excitación que sobre ella gravita. Entonces esa representación débil dejará de plantear totalmente exigencias al trabajo asociativo; empero, *la suma de excitación divorciada de*

ella tiene que ser aplicada a otro empleo. Hasta aquí son iguales los procesos en la histeria y en las fobias y representaciones obsesivas; desde este punto, los caminos se separan²²³.

En el caso de la histeria, es mediante el mecanismo de la conversión por él inventado que se transforma la excitación en el síntoma corporal.

En la histeria, el modo de volver inocua la representación inconciliable es *trasponer* {*umsetzen*} *a lo corporal la suma de excitación*, para lo cual yo propondría el nombre de *conversión* [...]. El yo ha conseguido así quedar exento de contradicción, pero, a cambio, ha echado sobre sí el lastre de un símbolo mnémico que habita la conciencia al modo de un parásito, sea como una invasión motriz irresoluble o como una sensación alucinatoria que de continuo retorna, y que permanecerá ahí hasta que sobrevenga una conversión en la dirección inversa. En tales condiciones, la huella mnémica de la representación reprimida {*esforzada al desalojo*} no ha sido sepultada {*untergeben*}, sino que forma en lo sucesivo el núcleo de un grupo psíquico segundo²²⁴.

Entonces, puesto que el decurso de esta excitación, partiendo originariamente de lo psíquico, ha ocasionado el síntoma somático (por conversión), la cura debería consistir en redirigir la pulsión en sentido inverso —de nuevo hasta lo psíquico— y tratar de tramitar la suma de excitación por otro tipo de vía más saludable —concretamente haciendo uso del método catártico, mediante una elaboración psíquica y la consiguiente descarga por el hecho del decir²²⁵—.

Para las representaciones obsesivas y las fobias (al no poder darse la conversión) el afecto que es separado de la representación —mediante la maniobra del yo— debe permanecer en el ámbito de lo psíquico. En las obsesiones migra hacia otra representación, que sí es aceptable, ligándose a ella, y que devendrá obsesiva. Asimismo, en “Obsesiones y fobias. Su mecanismo psíquico y su etiología” (1894)²²⁶, añade que el afecto también puede quedar aparejado, no ya con una idea conciliable para el enfermo, sino con acciones concretas, que se perpetraran de forma recurrente, debido al apaciguamiento que en su momento produjeron. Y en el caso de las fobias, tal y como también queda reseñado en “Obsesiones

²²³ Freud, S. (1894a), t. III, pp. 49-50.

²²⁴ *Ibíd.*, pp. 50-51.

²²⁵ *Ibíd.*, p. 51.

²²⁶ Freud, S. (1895 [1894]), “Obsesiones y fobias. Su mecanismo psíquico y su etiología”, en AE, t. III, pp. 75-84.

y fobias”, al situarlas como manifestaciones de las neurosis de angustia²²⁷, se incurrirá en una acumulación de tensión endógena que no se constituirá en un afecto, no se valorará psíquicamente y se mudará directamente, por acumulación, en angustia²²⁸.

Es decir, la diferencia que radica entre ambas patologías, obsesiones y fobias, concierne precisamente al estado emotivo que les acompaña. En el caso de fobia siempre se trata de angustia, pero en la obsesión existe variabilidad —desde la ansiedad a la duda, arrepentimientos, cólera, etc.²²⁹—. Y, por otra parte, a que si bien en ambos casos el afecto se une a una representación concreta, en el caso de la fobia no se produce la represión de la primera idea que ocasionó la excitación originaria.

2.1.1.5. La naturaleza sexual de la excitación y la etiología de la neurosis

Freud, apoyándose en su práctica, alude a la naturaleza sexual de la excitación que genera el afecto hostil.

Si en una persona predispuesta [a la neurosis] no está presente la capacidad convertidora y, no obstante, para defenderse de una representación inconciliable se emprende el divorcio entre ella y su afecto, *es fuerza que ese afecto permanezca en el ámbito psíquico*. La representación ahora debilitada queda segregada de toda asociación dentro de la conciencia, *pero su afecto, liberado, se adhiere a otras representaciones, en sí no inconciliables, que en virtud de este “enlace falso” devienen representaciones obsesivas*. He ahí, en pocas palabras, la teoría psicológica de las representaciones obsesivas y fobias, de que hablé al comienzo [...] En todos los casos por mí analizados era la vida sexual la que había proporcionado un afecto penoso de la misma índole, exactamente, que el afecto endosado a la representación obsesiva²³⁰.

Este tema será desarrollado con mayor profundidad en “La sexualidad en la etiología de las neurosis” (1898). Donde además de explicar nuevamente la diferencia entre la neurastenia y neurosis de angustia, como neurosis actuales, y las neurosis de defensa, con etiología fijada a la infancia, reincide en el efecto retardado que ejercen las vivencias sexuales de la infancia en los sujetos.

²²⁷ Ibid., p. 82.

²²⁸ Freud, S. (1950 [1894]), “Manuscrito E. ¿Cómo se genera la angustia?”, en AE, t. I, pp. 231-232.

²²⁹ Freud, S. (1895c [1894]), t. III, p. 75.

²³⁰ Freud, S. (1894a), t. III, p. 53.

Este efecto retardado arranca, como no podría ser de otro modo, de las huellas psíquicas que las vivencias sexuales infantiles han dejado como secuela. En el intervalo entre vivenciar estas impresiones y su reproducción (o, más bien, el reforzarse los impulsos libidinosos que de aquellas parten), no sólo el aparato sexual somático sino también el aparato psíquico ha experimentado una sustantiva plasmación, y por eso a la injerencia de esas vivencias sexuales tempranas sigue ahora una reacción psíquica anormal: se generan formaciones psicopatológicas²³¹.

Las representaciones que vienen a tomar carga del afecto, originalmente ligado a la representación inconciliable, suelen poseer cualidades afines a dicho afecto. Así muchas veces el enlace se realiza hacia actividades con connotaciones sexuales —como orinar, defecar, contagiarse, etc.—, o bien hacia las fobias a los animales, la oscuridad, etc.²³².

La ventaja obtenida por el yo tras emprender para la defensa el camino del *trasporte* del afecto es mucho menor que en el caso de la *conversión* de una excitación psíquica en una inervación somática. El afecto bajo el cual el yo padecía permanece como antes, sin cambio y sin disminución; sólo la representación inconciliable ha sido sofrenada, excluida del recordar. Las representaciones reprimidas constituyen también aquí el núcleo de un grupo psíquico segundo, que, a mi parecer, es asequible aun sin el auxilio de la hipnosis. Si en las fobias y representaciones obsesivas están ausentes los síntomas más llamativos que en la histeria acompañan a la formación de un grupo psíquico independiente, ello se debe, sin duda, a que en el primer caso la alteración íntegra ha permanecido en el ámbito psíquico, y el vínculo entre excitación psíquica e inervación somática no ha experimentado cambio alguno²³³.

Por último, tras explicar el mecanismo de defensa en la histeria, en las representaciones obsesivas y en las fobias, Freud pasa a describir el mecanismo que incurre en la psicosis: la desestimación. Consiste en expulsar completamente de la conciencia la representación inconciliable junto con el afecto que conlleva. *A priori*, el triunfo de la defensa parece total, la inexistencia previa de una separación de las partes implicadas, evita que el sujeto sea depositante de los restos de la pulsión. Empero, el rechazo de ambas entidades irá dirigido hacia la realidad exterior, pasando a insertarse en ella, y pudiendo incidir en el sujeto en un momento posterior perturbándole, por ejemplo, mediante una alucinación —invocando algo, de lo que éste nada sabe, pero que realmente le atañe—.

²³¹ Freud, S. (1898), “La sexualidad en la etiología de las neurosis”, en AE, t. III, p. 273.

²³² Freud, S. (1894a), t. III, pp. 55-56.

²³³ *Ibíd.*, pp. 55-56.

consiste en que el yo desestima {*verwerfen*} la representación insoportable junto con su afecto y se comporta como si la representación nunca hubiera comparecido. Sólo que en el momento en que se ha conseguido esto, la persona se encuentra en una psicosis que no admite otra clasificación que “confusión alucinatoria” [...] El yo se arranca de la representación insoportable, pero esta se entrama de manera inseparable con un fragmento de la realidad objetiva, y en tanto el yo lleva a cabo esa operación, se desase también, total o parcialmente, de la realidad objetiva. Esta última es a mi juicio la condición bajo la cual se imparte a las representaciones propias una vividez alucinatoria, y de esta suerte, tras una defensa exitosamente lograda, la persona cae en confusión alucinatoria²³⁴.

Según indica Freud, los tres tipos de defensas, correspondientes a las tres formas de enfermedad —histeria, representaciones obsesivas y fobias, y psicosis—, pueden acaecer en una misma persona—. No obstante, las primeras no suelen coexistir con la última o en todo caso, lo que suele darse es un irrumpir anecdótico de la última en el despliegue de las primeras.

La obra queda cerrada estableciendo la hipótesis fundamental que inicia el esbozo de aquel que será uno de los conceptos fundamentales del psicoanálisis: la pulsión. Proyectándose como la sombra de las concepciones del *Proyecto* las similitudes entre el funcionamiento psíquico y los fenómenos de la física.

[...] en las funciones psíquicas cabe distinguir algo (monto de afecto, suma de excitación) que tiene todas las propiedades de una cantidad —aunque no poseamos medio alguno para medirla—; algo que es susceptible de aumento, disminución, desplazamiento y descarga, y se difunde por las huellas mnémicas de las representaciones como lo haría una carga eléctrica por la superficie de los cuerpos. Es posible utilizar esta hipótesis, que por lo demás ya está en la base de nuestra teoría de la “abreacción”, en el mismo sentido en que el físico emplea el supuesto del fluido eléctrico que corre. Provisionalmente está justificada por su utilidad para resumir y explicar múltiples estados psíquicos²³⁵.

²³⁴ Ibid., pp. 59-60.

²³⁵ Ibid., p. 61.

2.1.1.6. La energía física de la sexualidad y su requerimiento de una etapa propiamente psíquica. La libido

En “Obsesiones y fobias” se incide de nuevo en la sintomatología de las afecciones referidas, reflejándose la implicación de la pertinaz excitación en todas ellas. Parece estar latente en todo momento dispuesta a aprovechar cualquier elemento para fijarse a él, tal y como se aprecia en la neurosis de angustia o las fobias, donde la excitación libre en forma de angustia se encuentra al acecho de cualquier tipo de representación y/o acción que le sea provechosa para estar de continuo en una situación de empuje.

Por otro lado, en “Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de ‘neurosis de angustia’” (1894), aborda los factores etiológicos o que al menos predisponen a la neurosis de angustia destacando de nuevo el origen sexual. Entre aquellos que afectan al sexo femenino sitúa: “*la angustia virginal o de las adolescentes*”, “*angustia de las recién casadas*”, de aquellas cuyo marido sufre de eyaculación precoz o practica el “*coitus interruptus*”, “*viudas y abstinentes voluntarias*” y la que surge en el “*climaterio*”²³⁶. Para los hombres señala, la “*angustia de los abstinentes*”, “*de excitación frustránea*”, de los que practican el “*coitus interruptus*” y la que surge en la “*senescencia*”²³⁷.

Por último, apunta unos factores comunes a ambos sexos:

Los que son neurasténicos a consecuencia de la masturbación [cf. pág. 109, n. 30] sucumben a una neurosis de angustia tan pronto como abandonan su variedad de satisfacción²³⁸.

Es decir, el origen de la futura pulsión lo ubica en una excitación sexual desmesurada que no encuentra su satisfacción completa y que, de hecho, en ciertas situaciones es truncada. Asimismo, presenta como alternativa el trabajo excesivo a la hora de abordar alguna tarea concreta que incluso pueda llevar a la fatiga (situación en la que la excitación sexual psíquica está muy minorada, de forma que no puede producirse el trámite de la excitación sexual y se acrecienta por acumulación). Por ende, el mecanismo de la neurosis de angustia Freud lo ubica en un empleo anormal de la excitación sexual que puja por satisfacerse.

²³⁶ Freud, S. (1895 [1894]), “Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de ‘neurosis de angustia’”, en AE, t. III, pp. 100-101.

²³⁷ *Ibid.*, pp. 101-102.

²³⁸ *Ibid.*, p. 102.

Concretamente, tal y como ya reflejó en el “Manuscrito E” (¿1894?) de la correspondencia con Fliess²³⁹, el acrecentamiento de excitación sexual puede llegar a un punto en que se produce una estimulación psíquica. Es decir, se valoriza dicha excitación con una representación sexual que queda dotada de libido psíquica. Llegado este evento, o bien se procede con el alivio de la tensión mediante una reacción específica, o bien se continua con su incremento volviéndose perturbadora.

En el caso de la neurosis de angustia la reacción específica no tiene lugar y la excitación no tramitada se transforma en angustia. Como paradigma causal de esta neurosis aparece el “coitus interruptus”, que muestra claramente una satisfacción sexual que no llega a tener lugar en su totalidad, sino que es boicoteada. En definitiva, consiste en un trámite inadecuado de la pulsión, debido a la inexistencia de una valorización psíquica para poder proceder con su descarga. Así no existe posibilidad para la reacción de descarga de la excitación endógena que afluye de forma continua. Y, por tanto, se transforma en angustia, con los síntomas corporales que conlleva.

Además, se ha de recalcar que a diferencia de la histeria en la neurosis de angustia la fuente de excitación queda meramente en el ámbito somático, mientras que en la histeria la excitación sexual es enlazada a una representación psíquica, que fija el evento inconciliable. Es decir, en la neurosis de angustia no ha tenido lugar un evento traumático, sino un acrecentamiento de la tensión endógena al margen del ámbito psíquico.

Recapitulando los escritos analizados de la etapa psicopatológica, podemos decir que, si bien para las “pulsiones” como tales, no es posible identificar ninguna definición concreta, sí se destaca a la “excitación” nerviosa como condicionante de la psicopatología, además de contribuir en ésta factores con fondo sexual.

Como regulador de ésta excitación se coloca un principio que tiende a mantener constantes sus magnitudes y que para ello recurre a descargas motrices o a trabajos asociativos de pensamiento.

²³⁹ Freud, S. (1950 [1894]), “Manuscrito E. ¿Cómo se genera la angustia?”, en AE, t. I, pp. 231-232.

Aunque la etiología de las neurosis se establece desde el ámbito psicológico como deudora de factores anímicos de índole sexual, el operativo que su incidencia tiene en el sujeto neurótico es explicado desde un punto de vista eminentemente neurofisiológico.

2.1.1.7. Más allá de lo psicopatológico. Los decursos pulsionales en el lenguaje

Si bien, como se ha visto hasta el momento, la excitación nerviosa toma distintos destinos que originan sintomatologías patógenas de lo más variadas, también realiza otros recorridos que, implicando igualmente displacer, no llegan a culminar en patologías, por su cotidianidad. En “Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria” (1898)²⁴⁰, tomando como referencia el olvido habitual de los nombres propios, Freud pone en correspondencia el mecanismo del olvido con el de la represión. Ubica el olvido entre las pequeñas perturbaciones del aparato psíquico, sin llegar a ser patógena, y señala en las cadenas asociativas de representaciones que tienen lugar en la consabida situación una analogía con los desplazamientos que en la neurosis obsesiva tienen lugar. Explicita cómo ante el olvido de un nombre concreto vienen a la mente todo tipo de detalles, relacionados con la palabra incapaz de recordar, de la forma más nítida posible pero que *a priori* no nos facilitan el acceso al nombre en cuestión. Surgen innumerables sustitutos erróneos y se incurre en una inquietud molesta, en un displacer. Freud vuelve a señalar las connotaciones sexuales que subyacen a la palabra olvidada, poniendo un ejemplo personal.

En un viaje realizado hacia una ciudad en el entorno de los países de Bosnia y Herzegovina, Freud entabló conversación con un viajero sobre asuntos concernientes a los dos países. Los discursos viraron posteriormente hacia Italia y Freud aprovechó la ocasión para recomendarle la visita a Orvieto, donde podría apreciar los frescos de la catedral sobre el Juicio Final.

El caso es que le resultaba imposible dar el nombre del artista que los había realizado, si bien era capaz de recordar con todo tipo de detalles, tanto de las pinturas como de las escenas de aquel día pasado en Orvieto.

²⁴⁰ Freud, S. (1898), “Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria”, en AE, t. III, pp. 281-89.

En su asociación de pensamientos sólo era capaz de evocar los nombres de Botticelli y Boltraffio, curiosamente comenzando ambos por “Bo”. Freud no siguió la asociación por ese camino. No obstante, cada día que pasó en la ciudad visitada le acudía al pensamiento esta inquietud, también martirizante, al encuentro de nombre del artista, hasta que por fin se encontró con un hombre que se lo espetó: Signorelli; automáticamente él mismo recordó su nombre: Luca. Empero, el recuerdo de su autorretrato en los frescos de la capilla comenzó a difuminarse.

Freud reconstruye lo que se ha puesto en juego.

En la conversación primera sobre Bosnia, Freud comentó el carácter resignado de los turcos que allí habitaban, descubierto por un colega suyo médico que se encontraba allí trabajando. Recuerda una situación que le comentó:

Si el médico se ve obligado a comunicar al padre de familia que uno de sus allegados morirá fatalmente, su réplica es: “*Herr* {Señor}, no hay nada más que decir. ¡Yo sé que si se lo pudiera salvar, lo habrías salvado!”²⁴¹.

Por otra parte, también acudió a su recuerdo otra historia contada por su colega, concretamente relativa al gusto por los acaeceres sexuales de estos individuos:

Uno de sus pacientes le dijo cierta vez: ‘Sabes tú, *Herr*, cuando eso ya no ande, la vida perderá todo valor’. Y en aquel momento nos pareció que cabía suponer un nexo íntimo entre los dos rasgos de carácter, aquí elucidados, del pueblo bosnio²⁴².

Sin embargo, cuando Freud estaba en el viaje cerca de Herzegovina omitió el segundo relato, el de connotaciones sexuales y luego vino el olvido de Signorelli, aflorando en su defecto el de Botticelli y Boltraffio.

Entonces, liga la represión de “Signorelli” con la representación anudada de sexualidad y muerte del segundo relato. Es decir, la segunda historia en el pensamiento produjo la represión de “Signorelli” pero ¿cómo acontece esto?

He aquí la explicación: “Signor” equivale a “Herr”, que se anuda con el relato y con el país “Her”(zegovina). El “Herr” reprimido atrajo hacia él también al “Signor” italiano.

²⁴¹ Ibid., p. 283.

²⁴² Ibid., p. 284.

El desplazamiento se produce entonces hacia un nombre: (Botic)"elli", cuyo final es igual al del reprimido (Signor)"elli" y que remite directamente al original "Herr" y también al país, "Her"(zegovina); el último ineludiblemente siempre está enlazado a otro país "Bo"(snia), que supone el comienzo de las palabras que sí afloran a la conciencia "Bo"(tticelli) y "Bo"(ltraffio).

Así el olvido de "Signorelli" tenía lugar precisamente por el tema que convocaba y que se había ocultado; y que, en definitiva, entramaba una problemática para el propio Freud: la sexualidad y la muerte.

No contento con esta averiguación, Freud persiste en elucidar aún otro punto más oscuro del embrollo: el nombre de "Bolttraffio". Y recuerda, que sus pensamientos reprimidos, en torno a la sexualidad y la muerte, le asediaron sobremanera tiempo atrás cuando se hallaba en "Trafoi", que establece la asociación con (Bol)"traffio".

A continuación mostramos el esquema construido por Freud sobre la construcción del olvido²⁴³:

Curiosamente, a la hora de explicar la cadena de desplazamientos que había tenido lugar en el intento frustrado de dar con el nombre en cuestión, se observa cómo ésta es construida mediante homfonías o palabras con sílabas similares a las de la palabra objeto de

²⁴³ Ibíd., p. 286.

esclarecimiento. Parece que para poder lograr el encuentro con la palabra reprimida se ha de efectuar un rodeo por una cadena de vocablos que guardan relación con la palabra que se busca, pero no por el lado del contenido, del significado, sino por el de la sonoridad. Asimismo, dicha cadena de “representantes de sonidos” se manifiesta en la conciencia y se verbaliza pero sin apreciar el nexo que los une²⁴⁴.

En este sentido podemos retomar también el caso de una paciente, la histérica Emma, (que será indicado en el apartado del *Proyecto*), donde se producía la ilación del pensamiento reprimido, que atañía a la sexualidad infantil, y que produjo el desprendimiento de displacer sexual en la pubertad, por “la risa” presente en ambas escenas. Ambas representaciones no estaban anudadas a la vista del paciente en un primer momento hasta que dio con ese nexo que también acusa de la característica sonora.

Entonces, podemos plantear que, en las operaciones fallidas como el olvido y en los síntomas neuróticos como las obsesiones, la pulsión realiza un recorrido por el pensamiento que en algunos casos le permitirá apaciguar su empuje, una vez se dé con lo reprimido, pero en otros generará continuamente displacer.

En este sentido, la excitación nerviosa se erige con el resorte de distintos trozos sonoros que afloran en el pensamiento y que conforman las cadenas asociativas de los sujetos. Freud aduce en el fallo de la memoria una “tendencia de la voluntad”, una “resistencia”²⁴⁵ de los sujetos que, en definitiva, nos induce a resaltar su responsabilidad en estos asuntos. Es más, esta tendencia de voluntad que se elucida en los olvidos, verbigracia, puede emerger incluso de manera más férrea a partir de lo que Freud denomina los “recuerdos encubridores”²⁴⁶.

Entre los muchos casos posibles de sustitución de un contenido psíquico por otro, todos los cuales hallan su realización dentro de constelaciones psicológicas diferentes, el de los recuerdos infantiles que aquí consideramos, en que los componentes inesenciales de una vivencia subrogan en la memoria a los esenciales, es evidentemente uno de los más simples. Consiste en un desplazamiento sobre la asociación por contigüidad o, si se tiene en vista el proceso íntegro, una represión {esfuerzo de desalojo} con sustitución por algo avecindado (dentro del nexo de lugar y de tiempo)²⁴⁷.

²⁴⁴ *Ibíd.*, pp. 285-286.

²⁴⁵ *Ibíd.*, p. 287

²⁴⁶ Freud, S. (1899), “Sobre los recuerdos encubridores”, en AE, t. III, p. 298.

²⁴⁷ Freud, S. (1899a), t. III, p. 301.

Que asimismo los destaca como emblemas pulsionales:

[...] lo llamaría un recuerdo encubridor {*Deckerinnerung*}. En todo caso, dejará usted de asombrarse por el frecuente retorno de esta escena a su memoria. Ya no se la puede llamar inocente si ella, como lo hemos descubierto, está destinada a ilustrar los más importantes giros de su biografía, el influjo de los dos resortes pulsionales más poderosos: el hambre y el amor²⁴⁸.

Los resortes pulsionales que dice Freud y que posteriormente supondrán los distintivos de su primera dualidad pulsional los toma de Schiller²⁴⁹, poeta, filósofo e historiador alemán del SXVIII.

2.1.2. Precedentes de la pulsión en la correspondencia con Wilhem Fliess

Wilhem Fliess, otorrinolaringólogo de Berlín, dedicado a la investigación biológica, fue la persona con la que Freud, al margen de tener una estrecha amistad, compartió gran parte de sus composiciones psicopatológicas, debido al apoyo incondicional que aquel le propiciaba.

La correspondencia epistolar entre ambos deja constancia de muchas de sus concepciones en la década de los 90 del siglo XIX y en el presente apartado nos aproximaremos a estos manuscritos con el fin de atisbar los precedentes pulsionales de esta etapa, que abarca desde 1893 hasta 1899.

2.1.2.1. La cantidad desplazable y su regulación. Pulsión sexual y libido

La inquietud de Freud a finales de 1892, manifestada en la correspondencia, pululaba en torno a la etiología de las neurosis de angustia, la neurastenia, las consecuencias de los traumas sexuales y los estragos que ciertas modalidades de la vida sexual producían en los

²⁴⁸ Freud, S. (1899a), t. III, p. 309.

²⁴⁹ Schiller, F. (1795), “Die Weltweisen”. Recuperado de http://www.gedichte-lyrik-poesie.de/Schiller_Die_Weltweisen/index.html.

sujetos²⁵⁰. Los factores sexuales se situaban con predominio en múltiples afecciones, como la neurastenia, la neurosis de angustia y la histeria²⁵¹.

Pero el tema relativo a algo del orden de una cantidad no será transmitido a Fliess hasta 1894, en el “Manuscrito D”, cuando le comunica los esbozos de una etiología para las neurosis, y en una carta fechada también en 1894 y probablemente escrita con posterioridad al manuscrito. Concretamente, en el “Manuscrito D”, le esquematiza una teoría vinculada al principio de constancia, con imperio en la regulación de estímulos externos y perecederos, así como de otros estímulos constantes e internos; destacará el carácter acumulativo de la excitación interna, señalará la “reacción específica” y la responsabilidad del yo en el almacenamiento de excitación. Además, en lo que se refiere a la ligazón entre la sexualidad y el principio de constancia indica una “Teoría de la sustancia sexual”, aventurando la composición química idiosincrásica de la excitación sexual²⁵².

En la “Carta 58” que data de ese mismo año, aduce que en las neurosis adquiridas el elemento ocasionador de la enfermedad es una cantidad de excitación sexual, pero añade que ésta debe poder ser desplazada por distintos mecanismos; hacia el cuerpo, en el caso de la histeria; hacia las ideas, en las representaciones obsesivas; y permutada en otro tipo de afecto, en las neurosis de angustia y melancolía²⁵³.

Es decir, lo que Freud traza a Fliess en estas dos cartas no es sólo la herencia de la enseñanza de Charcot (excitabilidad nerviosa producida por un trauma de contenido sexual que no se ha podido tramitar de manera íntegra ocasionando síntomas) y de los trabajos colaborativos con Breuer (la teoría de la constancia y los desplazamiento de sumas de excitación hacia los síntomas), sino que le avanza los desarrollos que se reflejarán en el *Proyecto* (1895)²⁵⁴ (la cantidad, la excitación interna, el principio de constancia, la reacción específica y la conceptualización del yo) así como el anhelo de una fundamentación química de la excitaciones sexuales.

Esta idea de una cierta cantidad de tensión o excitación sexual que rebasa el principio de constancia que rige el sistema nervioso, y el hecho de que éste reclama que se procese, siendo

²⁵⁰ Freud, S. (1950 [1892]), “Manuscrito A.”, en AE, t. I, pp. 215-217.

²⁵¹ Freud, S. (1950 [1893]), “Manuscrito B. La etiología de las neurosis”, en AE, t. I, pp. 217-222.

²⁵² *Ibíd.*, p.226.

²⁵³ *Ibíd.*, pp.227-228.

²⁵⁴ *Ibíd.*, p. 226. Freud, S. (1950 [1895]), t. I, pp. 341, 361, 368.

su imposibilidad de tramitación la causa de la sintomatología neurótica, será una idea recurrente en las cartas que abarcan desde 1894 hasta 1899.

También en 1894 introducirá el concepto de “pulsión sexual”²⁵⁵ por primera vez, asemejándolo a esa cantidad de excitación que proviene del interior del organismo, al igual que las necesidades vitales de hambre y sed. A esta cantidad cuando llega a la psique la llamará libido, y si no se gestiona generará displacer.

2.1.2.2. La tensión sexual en la angustia y la melancolía

En efecto, en 1894, en el “Manuscrito E”, conjetura el origen de la angustia y de la melancolía como tramitaciones inadecuadas de un incremento de tensión sexual. En el caso de la angustia, a propósito de la observación del *coitus interruptus*, elucida que la acumulación de tensión física sexual durante el coito no es tramitada, sino interrumpida y mudada en angustia. En el caso de la melancolía, si bien el apetito sexual está ausente, sí se destaca la añoranza de un amor psíquico, no corporal; por lo tanto, el acrecentamiento de la excitación sexual psíquica (no física) produciría melancolía²⁵⁶.

También en este texto postula lo que sería una tramitación correcta de las tensiones²⁵⁷. Siempre y cuando se tratara de excitaciones exógenas, de estímulos que inciden en el sujeto desde afuera y que dotan de cierta cantidad de excitación a su sistema nervioso, podrían tramitarse por una reacción motora que descargarse los niveles de excitabilidad en la misma proporción. Pero, en el caso de las excitaciones que brotan del interior, cuyos orígenes los restringe al hambre, la sed y la “pulsión sexual”²⁵⁸, aquello que bloqueará la continuidad del incremento de tensión será una “reacción específica”²⁵⁹ y no algo reflejo como en el caso de las primeras.

Verdaderamente, la tensión que afluye del propio cuerpo (en contraposición a la que proviene del exterior) que, por consiguiente, es calificada de endógena y que posee como gérmenes al hambre, la sed y la pulsión sexual, crece constantemente; no puede ser aliviada mediante

²⁵⁵ Freud, S. (1950 [1894]), “Manuscrito E. ¿Cómo se genera la angustia?”, en AE, t. I, p. 231.

²⁵⁶ Freud, S. (1950 [1894]), “Manuscrito E. ¿Cómo se genera la angustia?”, en AE, t. I, pp. 230-231.

²⁵⁷ *Ibíd.* p. 231-232.

²⁵⁸ *Ibíd.*

²⁵⁹ *Ibíd.*

ninguna reacción de descarga proporcional a la cantidad con la que la tensión está incidiendo en el sujeto, tal y como sucede con la tensión exógena. Una vez que alcanza cierta cota, pueden ocurrir varias cosas:

1. Por un lado, que su valor o aumento sea concretado, delimitado, al establecerse un enlace entre él y alguna representación psíquica que sea capaz de atraparlo y posibilitar, a la postre, el advenimiento de la reacción específica. Especialmente, cuando la tensión sea de origen sexual se convertirá en tensión psicofísica sexual, libido psíquica o afecto sexual; posteriormente, será necesario para acometer la reacción específica que apaciguará dicha tensión original.
2. O, por otro lado, puede que no se halle una representación psíquica capaz de ligar la tensión en su completitud, en cuyo caso, se incurriría en un almacenamiento masivo de tensión física. La neurosis de angustia sería un caso particularizado de este último proceso restringido a la tensión sexual; pues, en efecto, consiste en un almacenamiento de tensión física sexual que, al no ser ligada psíquicamente o al menos no en su totalidad —lo cual la convertiría en tensión psicofísica sexual o afecto sexual—, pasaría a transformarse justamente en angustia.

No obstante, con la primera contemplación, la generación de libido psíquica, no está asegurado que la reacción específica vaya a tener lugar. En cuyo caso la tensión seguirá creciendo hasta ser perturbadora. Es decir, el incremento sin freno de dicha tensión, aún aparejada con las representaciones psíquicas contingentes, deviene siempre en un estado de *displacer*. Veamos cómo lo explica Freud,

Diversamente ocurre con la tensión endógena, cuya fuente se sitúa en el cuerpo propio (hambre, sed, pulsión sexual). Aquí sólo valen reacciones específicas las que impiden que se siga produciendo excitación en los órganos terminales correspondientes, no importa que esas reacciones sean asequibles con un gasto grande o un gasto pequeño [de energía]. Uno puede representarse aquí que la tensión endógena crece de manera continua o de manera discontinua; en cualquier caso, sólo se la nota cuando ha alcanzado cierto umbral. Sólo a partir de ese umbral es valorizada {*verwerten*} psíquicamente, entra en relación con ciertos grupos de representaciones que luego ponen en escena el remedio específico. Entonces, a partir de cierto valor, una tensión sexual despierta libido psíquica, que luego lleva al coito, etc. Si la reacción específica no puede producirse, crece desmedidamente la tensión psicofísica (el afecto sexual), se vuelve perturbadora, pero no hay todavía fundamento alguno para su mudanza. Ahora bien, en la neurosis de angustia esa mudanza sobreviene; por eso,

ahora nos aflora el pensamiento de que ahí se trataría del siguiente descarrilamiento: la tensión física crece, alcanza su valor de umbral con el que puede despertar afecto psíquico, pero por razones cualesquiera el anudamiento psíquico que se le ofrece permanece insuficiente, es imposible llegar a la formación de un afecto sexual porque faltan para ello las condiciones psíquicas: así, la tensión física no ligada psíquicamente se muda en. . . angustia²⁶⁰.

Estas pesquisas son aglutinadas de manera esclarecedora en un dibujo que realiza en uno de los manuscritos fechado aproximadamente a comienzos del año siguiente, el “Manuscrito G” (1895)²⁶¹.

2.1.2.3. Mecanismos de tramitación de la pulsión en las neurosis y las psicosis

En el “Manuscrito G” (1895) Freud amplía las concepciones de la melancolía y nos muestra de forma extrema el efecto perturbador de la excitación endógena. En la melancolía lo que tiene lugar es la imposibilidad de tramitación de la tensión psíquica, que de manera incesante se incrementa; en su inhibición y recogimiento en el interior, las neuronas que reciben la susodicha tensión que se va acumulando sólo pueden liberarla en calidad de dolor.

El carácter perturbador de la pulsión sexual parece inexorable y la característica de ser una suerte de afecto o cantidad desplazable por el sistema nervioso que es capaz de vincular lo anímico y lo corporal es ineludible. Sin embargo, los tipos de trayectos que trazará en la búsqueda de su descarga, sus contribuyentes y detractores, se irán esclareciendo a lo largo de distintos manuscritos.

Ese mismo año, en el “Manuscrito H” (1895)²⁶², además de tratar ampliamente la paranoia vuelve a insistir en la movilización de los afectos con los mecanismos de defensa de la histeria, la representación obsesiva, la confusión alucinatoria y la paranoia misma, como formas de tramitar el afecto perturbador. Habla de ideas inconciliables y de afectos desplazables. Los mecanismos de defensa no serán otra cosa que formas de tramitar los afectos de manera imperfecta, pues en todos los casos surge un síntoma.

²⁶⁰ Freud, S. (1950 [1894]), “Manuscrito E. ¿Cómo se genera la angustia?”, en AE, t. I, pp. 231-232.

²⁶¹ *Ibíd.*, p. 242.

²⁶² *Ibíd.*, p. 251.

En la histeria la idea sería eliminada de la cadena asociativa y el afecto se desplazaría al cuerpo; en las representaciones obsesivas, la idea también estaría excluida de la asociación y su afecto se habría desplazado a otra representación, manteniéndose así éste en el ámbito psíquico; en la confusión alucinatoria idea y afecto serían separados del yo; y de forma más radical en la paranoia, al punto de proyectarse al exterior, retornando posteriormente con carácter hostil.

2.1.2.4. El anclaje de la pulsión sexual en la infancia

En 1896, con el “Manuscrito K”, heredero de los *Estudios sobre la histeria* (1895) y del *Proyecto* (1895); Freud establece como fuente de perturbación intrínseca a la sexualidad pero arribada en la infancia. Muestra que las representaciones infantiles vinculadas a la sexualidad son portadoras de la excitación que perturba al yo, y las acciones defensivas de éste un afán de cumplir con el principio de constancia; entre sus trámites destacará el asco, la moralidad, la vergüenza y los propios síntomas.

Si bien la defensa sería adecuada, ésta se vuelve anormal en el momento en el que ante un recuerdo pone en marcha su mecanismo. Freud, argumentará esta maniobra por la particularidad del resorte sexual, el recuerdo de las representaciones ligadas a la energía emergente es capaz de producir un displacer que pudo no acontecer en el momento original. Y, la condición necesaria para que esto se produzca sería la interpolación entre ambos eventos de la pubertad²⁶³.

Acerca de estas aseveraciones, y de las que proseguirán seguidamente, podemos decir que constituyen el precedente de lo que más tarde será explorado de forma prolija en los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905) —la perversión infantil, las zonas erógenas, el desfase del desarrollo psíquico con respecto al desarrollo de la libido, la acometida sexual en dos tiempos, el origen de la neurosis, etc.—. Es más, en el *Manuscrito*, a raíz de incorporar este aspecto de la acometida sexual en dos tiempos y el ocasionamiento de la neurosis, se pregunta automáticamente sobre qué es lo determinante en una persona para que finalmente acabe siendo perversa o neurótica; temática ampliamente tratada en la consabida obra y que será también referida en posteriores cartas.

²⁶³ Freud, S. (1950 [1896]), “Manuscrito K. las neurosis de defensa. (Un cuento de navidad)”, en AE, t. I, pp. 260-261.

Freud se cuestiona también cómo tiene lugar el brote de displacer ante el recuerdo de una vivencia sexual; es decir, cuál sería el origen del displacer que la vivencia sexual inaugural estará destinada a desprender. Para explicar este asunto, desestima que las barreras de la sexualidad como el asco, la vergüenza y la moralidad sean las que ocasionen esta cualidad de displacer. Él apunta más bien a que en la vida sexual debe existir una fuente independiente responsable de dispensar displacer, y que ésta misma sería la causante de los bloqueantes aludidos antes (vergüenza, asco y moral) y no al revés. Es decir, primero la libido, luego la defensa. No obstante, lo deja en suspenso a la espera de una teoría de la sexualidad que dé cuenta de ello²⁶⁴.

Mi opinión, dice Freud, es que dentro de la vida sexual tiene que existir una fuente independiente de desprendimiento de displacer; presente ella, puede dar vida a las percepciones de asco, prestar fuerza a la moral, etc. Me atengo al modelo de la neurosis de angustia en el adulto, donde, de igual modo, una cantidad proveniente de la vida sexual causa una perturbación dentro de lo psíquico, cantidad que en otro caso habría hallado diverso empleo dentro del proceso sexual. Mientras no exista una teoría correcta del proceso sexual, permanecerá irresuelta la génesis del displacer eficaz en la represión²⁶⁵.

En efecto, el *Manuscrito* deja entrever que el surgimiento de los síntomas se sustenta en la defensa. Ésta ejerce su papel en el momento en que dicha excitación, fijada a los recuerdos y representaciones de la infancia, aparece retroactivamente, tras alcanzar la madurez sexual, generando una perturbación, que en el momento originario no tuvo lugar, y que podría desplazarse hasta los síntomas aduciendo, por ende, el estatuto patológico de la defensa. La defensa, por tanto, es casi total, salvo por el síntoma que se genera en ese momento y los futuros síntomas que se crearán a propósito de los posibles retornos de estas representaciones reprimidas.

2.1.2.5. Las psiconeurosis, sus mecanismos de defensa y su vinculación a las etapas del desarrollo sexual

Las diferencias entre las distintas neurosis las situará tanto en la formación y evolución de los síntomas como en el proceder del retorno de las representaciones reprimidas; en la

²⁶⁴ Freud, S. (1950 [1896]), "Manuscrito K. las neurosis de defensa. (Un cuento de navidad)", en AE, t. I, pp. 261-262.

²⁶⁵ *Ibíd.*, p. 262.

neurosis obsesiva el afecto retornará en concepto de autorreproche, aunque su incidencia final en el sujeto, ante la incoherencia de su contenido, se manifieste en un repunte de la magnitud de la conciencia moral. La conjetura sobre el retorno de lo reprimido se establece como consecuencia de un estado actual de displacer, en lo que a la sexualidad se refiere, que aviva el reproche escindido de la asociación por la defensa; en la paranoia también se produce un desprendimiento de displacer debido al recuerdo, no obstante, su destierro de la conciencia no tiene como resultado un autorreproche, sino una suspicacia respecto a los demás, derivada del mecanismo de proyección, destacando asimismo que en los casos en que se proyecta tanto la idea como el afecto vinculado su tornada será en forma de voces; en la histeria la hiperexcitación se tramitará por la vía de la descarga²⁶⁶.

Los decursos pulsionales elucidan la clínica de múltiples manifestaciones y en el intento de tratar de prever qué enfermedad podría depararle el futuro a un sujeto realiza un esquema temporal del acontecer sexual en la “Carta 46” (1896)²⁶⁷. La partición temporal la establece en tres periodos:

- Uno que abarca la etapa infantil, a su vez fraccionado en dos: el primero hasta los cuatro años, y el segundo desde los cuatro hasta los ocho.
- Otro desde los ocho hasta los catorce (“segunda dentición”²⁶⁸).
- El último, de los catorce en adelante.

A su vez, los periodos quedan separados por dos acontecimientos de la represión (uno hacia los 8 años y otro hacia los catorce).

El retorno de un recuerdo sexual pasado en cualquiera de las etapas produciría un “excedente sexual”²⁶⁹ que haría cortocircuito en el pensar.

- En el primer periodo infantil un despertar sexual no traería consecuencias psíquicas, la defensa no actúa y el excedente no se traduce, no hay representaciones-palabra para dar cuenta del excedente sexual. Entonces, siempre que se reaviven recuerdos de este periodo en posteriores etapas surgirá la histeria.

²⁶⁶ *Ibíd.*, pp. 262-269.

²⁶⁷ *Ibíd.*, pp. 269-271.

²⁶⁸ *Ibíd.*, p. 270.

²⁶⁹ *Ibíd.*

- En el segundo periodo infantil ya existen representaciones-palabras para la traducción de un excedente sexual. Luego, cuando emerjan recuerdos de esta época en los periodos subsiguientes se generarán síntomas obsesivos.
- En la etapa de los ocho a los catorce se ubicaran las escenas correspondientes a la paranoia y serán reavivadas en la edad adulta.

Así, Freud estipula la forma de neurosis según la escena sexual se desarrolle en un periodo u otro. Y es capaz de dar una explicación de la angustia como un ataque de la edad adulta, donde no hay escenas vinculadas a los tres primeros periodos que permitan transformar la excitación en libido.

Freud no sólo temporaliza el desarrollo sexual sino que lo define en íntima relación con el lenguaje, de esta manera las representaciones-palabras que son cargadas del excedente sexual serán las que *a posteriori* entren en la cadena asociativa con otras representaciones presentes para poder tramitar la libido.

La carta “Carta 52” (1896)²⁷⁰, escrita ese mismo año, supone la continuación de la anterior, pues hila las etapas temporales del acaecer sexual con el desarrollo de los mecanismos de defensa. Declara que no todas las vivencias sexuales desprenden displacer, sino que la mayoría son placenteras, de forma que si el recuerdo de las vivencias primarias genera displacer se originará la represión y en caso contrario surgirá la compulsión, este asunto será retomado ulteriormente. El nacimiento de la represión, no se instalará hasta los cuatro años, luego el desarrollo psíquico respecto al sexual está retardado y tendrá como efecto un goce perverso en la etapa infantil, con sustratos en la bisexualidad, y que propiciará la eclosión de lo que denominará zonas erógenas²⁷¹.

2.1.2.6. Las fantasías. La primacía de la cantidad en detrimento del soporte

Si bien hasta el momento se han ido explicitando las causas de las distintas afecciones atendiendo al mecanismo de defensa empleado y a la ubicación temporal del suceso sexual que retorna en un segundo tiempo y que vivifica un displacer, en la “Carta 63” (1897) se

²⁷⁰ Ibid., p. 277.

²⁷¹ Ibid., p. 277-280.

añaden las fantasías como subterfugios de la represión y posibles desencadenantes también de los síntomas.

La fantasía afluye en periodos de excitación por anhelo de experiencias y cosas oídas en el pasado —que probablemente administraron placer—, que se traen a un presente que les posibilita una cabida, *a priori*, mediante un trabajo de distorsión, por el efecto directo de su actualización temporal. Ahora bien, si su intensidad aumenta (su fuerza pulsionante) y la fantasía insiste probablemente devenga patológica, aflore a la conciencia y sufra represión originando por consiguiente síntomas²⁷². Las fantasías se presentan así como una modalidad de placer sexual permitido, pero que en un momento de repunte considerable de su intensidad pueden ocasionar, al igual que los recuerdos de las propias vivencias sexuales acontecidas, fenómenos psicopatológicos.

Este mismo hecho, respalda por un lado, la preponderancia de la cantidad de excitación que se pone en juego, y, por otro lado, la indiferencia del afloramiento de un recuerdo fiel de los hechos pretéritos frente a uno transformado; tal vez, simplemente, bastaría para construir un síntoma con volver a oír en el presente los restos escuchados en el pasado, a la par que se genera un incremento de libido concomitante.

En otra de las cartas contemporáneas, “Carta 64” (1897) destaca nuevamente que, en efecto, lo que produce el síntoma es la libido y que el recordar simplemente es el camino que se toma para tramitarla hasta el síntoma. Freud indica que tanto los síntomas como los sueños son cumplimientos de deseo; la defensa por parte del yo también reside en un plano inconsciente y la formación del síntoma vendría a satisfacer la libido, a apaciguarla, a la par que se concilia con la defensa inconsciente del yo como un castigo²⁷³.

Una prolongación de la “Carta 63” (1897) es la famosa “Carta 69” (1897)²⁷⁴ que viene a poner de manifiesto el rechazo de su teoría del trauma a favor de una teoría de la fantasía. Esta carta supone el abandono de la teoría traumática por parte del psicoanálisis. De esta manera, se deduce que cualquier ficción investida con afecto podría causar la neurosis y, en definitiva, lo que adquiere preponderancia en su etiología no es otra cosa que la cantidad de afecto que se pone en juego. De hecho, tal y como dijo en la “Carta 64” (1897), la libido es la causante

²⁷² *Ibíd.*, p. 293-294.

²⁷³ *Ibíd.*, p. 298.

²⁷⁴ *Ibíd.*, pp. 301-302.

del síntoma y del sueño; el recordar, es decir, los enlaces de las palabras, ideas, sonidos, etc., simplemente serían un puente a su tramitación.

2.1.2.7. Caracterización de la pulsión sexual y su inexorable displacer a lo largo de la vida

En la “Carta 71” (1897), volviendo al ocasionamiento del displacer reavivado por un recuerdo pretérito, y dejado en suspenso en la “Carta 39” (1896)²⁷⁵, Freud explica su porqué de la forma siguiente. Indica que en la infancia, el niño efectivamente no ha erigido sus mecanismos de defensa, dispone de zonas erógenas (boca, ano, etc.) que le procuran un desprendimiento sexual y a las que posteriormente irá renunciando. Una vez ha tenido lugar la represión, los mecanismos de defensa afloran en su conformación final y las zonas sexuales infantiles han sucumbido a las genitales; cualquier recuerdo sexual de estas nuevas zonas supremas generará placer y una compulsión onanista —tal y como se anticipó en la “Carta 52” (1896)²⁷⁶—; sin embargo, el recuerdo de las zonas sexuales abandonadas producirá un desprendimiento de displacer.

Siguiendo estos postulados, la neurosis podría soslayarse siempre y cuando no aflorasen las vivencias infantiles no genitales o si no hubiese habido una práctica sexual perversa en la infancia que pudiera surgir *a posteriori*. La cuestión es que la segunda opción es imposible y la primera complicada, dado que la primacía sexual genital nunca es pura, sino que se mantienen muchas veces ciertas adherencias a las vivencias infantiles así como a sus zonas erógenas²⁷⁷.

Lo que parece inmutable a lo largo de las concepciones psicopatológicas es que, en efecto, existe una cantidad sexual que excede al sujeto y que reclama una tramitación en cada etapa de la vida por su carácter perturbador y atendiendo al principio de constancia. Una vez transcurrida la pubertad y establecidos los mecanismos de defensa, no imperantes de manera completa en etapas anteriores, las enfermedades estallan por el reavivamiento sexual mediante el recuerdo (aunque se desconoce la naturaleza de este proceder del incremento

²⁷⁵ *Ibíd.*, p. 262.

²⁷⁶ *Ibíd.*, p. 277.

²⁷⁷ *Ibíd.*, pp. 311-312.

libidinal) y brotan los síntomas, que si bien suponen una conciliación con el yo, le siguen deparando un carácter perturbador.

Los puntos de vista de la etapa psicopatológica nadan en los ámbitos químico y neurofisiológico, pero sin desatender el componente psicológico por la incidencia del lenguaje en las investigaciones realizadas.

2.2. La primera distinción de las pulsiones a propósito de la histeria

2.2.1. Sobre el estado de la cuestión

Podemos decir que las concepciones previas a la publicación de los *Estudios sobre la histeria* proceden de puntos de vistas neurofisiológicos y anhelan una fisiopatología, sin embargo, con el puente que establece la pulsión —como cantidad de excitación (concepción física) que brota del organismo (concepción química) y que incide en lo psíquico, donde se agarra a un recorte del lenguaje, a una representación, es decir, a lo que ofrece un sentido y que entra en el orden de los procesos mentales—, parecen acercarse a lo que supondrá finalmente una concepción psicológica.

2.2.1.1. La herencia de Charcot

Tal y como comentamos en la etapa psicopatológica de Freud, éste conoció a Breuer en 1882, justo cuando el último había finalizado la terapia con una de sus pacientes, Anna O. Freud quedó hondamente impresionado con el caso y, tres años más tarde, cuando acudió a la Salpêtrière, para completar su formación con Charcot, llegó a comunicarle al maestro las inquietudes que dicho caso le había suscitado.

La estancia formativa de Freud en París (1885), le permitió recoger las ideas de Charcot sobre la histeria. Se trataba de neurosis donde había tenido lugar un trauma psíquico de fondo sexual que había promovido en el paciente una suerte de incremento de excitación que no pudo ser descargada por la vía motriz y que, como excedente, se desplazó a un síntoma

corporal. El ataque histérico sería así un intento de tramitar dicho excedente de excitación que impactó en el paciente en una época pasada²⁷⁸.

Estas nociones, y las que se aducen a continuación, fueron recogidas en su trabajo “Histeria” (1888)²⁷⁹; en efecto, en dicha neurosis la anatomía cerebral no estaba alterada, luego se trataba de una afección neurofisiológica que debía poder explicarse por las relaciones de excitabilidad entre los componentes del sistema nervioso; pero la fisiopatología no había avanzado en este sentido y las formulaciones médicas sobre la histeria no eran otra cosa que compendios fenomenológicos.

Sin duda, las perturbaciones psíquicas eran apreciables, el descontrol de la actividad voluntaria y sus dificultades asociativas debían poder explicarse por una distribución desequilibrada de la excitación en el cerebro producida en este órgano de manera inconsciente, de forma que el excedente pudiese inhibir o estimular procesos físicos.

Entre sus factores etiológicos sin duda se encontraba el sexual, sobresaliente debido a su “elevada significatividad psíquica”²⁸⁰. Y el momento puntual en el que se ubicaba su génesis era la infancia, entre los seis y diez años, aunque la propia neurosis no ocurriría hasta pasada la adolescencia.

2.2.1.2. Los tratamientos vigentes para la histeria

Los tratamientos de la neurosis histérica de entonces iban encaminados a las prácticas deportivas, estancias de reposo, masajes, sugestión por hipnosis²⁸¹ e incluso catarsis, que era el método que empleaba Breuer y por el que Freud sentía admiración; pues partiendo de la hipnosis obligaba al paciente a relatar el recorrido inverso hasta el momento de surgimiento del síntoma, es decir, trataba de deshacer el mecanismo de formación del síntoma.

Freud, desde 1886, año en que estableció como médico de enfermos de los nervios, siempre estuvo interesado en perfeccionar el tratamiento aplicado a los histéricos, sus pacientes precisamente destacaban en número por esta afección. En su obra “Tratamiento

²⁷⁸ Freud, S. (1892-94), t. I, pp. 171-172.

²⁷⁹ Freud, S. (1888b), t. I, pp. 45-62.

²⁸⁰ *Ibíd.*, p. 56.

²⁸¹ Esta técnica también despertó el interés de Freud y le asignó de logros destacables; lo cual se corrobora en su obra, Freud, S. (1889a), t. I, p. 107.

psíquico (tratamiento del alma)” (1890)²⁸², se atisba la posible cura abordando los fenómenos psíquicos; las asociaciones de pensamiento también podían comandar los fenómenos corporales y el lenguaje suponía el recurso prehistórico y vigente a disposición del médico.

2.2.1.3. Los preparativos para los *Estudios*

Dos años más tarde, comienza a trabajar con Breuer en una investigación sobre la neurosis histérica. Los borradores sobre dichos estudios, encaminados a formar parte de la comunicación preliminar de la futura obra, ofrecen las tesis que entonces manejaban ambos colegas²⁸³: la “tesis de la constancia de la suma de excitación”²⁸⁴ —consistente en mantener de forma invariable la suma de excitación de las componentes funcionales psíquicas y, por ende, ante un incremento de excitación maniobrar, bien por la vía de la descarga motriz, bien por el trabajo asociativo del pensamiento—; la “teoría del recuerdo”²⁸⁵ —en el sentido de que el contenido del trauma es formado por el recuerdo inconsciente que habita en un “estado de conciencia segunda”²⁸⁶ y supone un retorno de una vivencia pretérita—; la imposibilidad de asociar contenidos que residen en el ámbito psíquico pero que pertenecen a diferentes estados; la etiología del trauma —los *Estudios* (1895) son dos años anteriores a la “Carta 69” (1897)—; los síntomas como efectos de “desplazamientos de sumas de excitación”²⁸⁷, el ataque histérico como intento de consumir la reacción ante el evento ocasionador de la neurosis por la vía del recuerdo; y que el mecanismo patológico de la histeria atañe a la “magnitud de la suma de excitación”²⁸⁸, el “trauma”²⁸⁹ y el “estado de conciencia segunda”²⁹⁰.

²⁸² Freud, S. (1890a), t. I, pp. 118-121.

²⁸³ Freud, S. (1892), t. I, pp. 183-190.

²⁸⁴ *Ibíd.*, p. 183.

²⁸⁵ *Ibíd.*

²⁸⁶ *Ibíd.*, p. 189.

²⁸⁷ *Ibíd.*, p. 184.

²⁸⁸ *Ibíd.*

²⁸⁹ *Ibíd.*

²⁹⁰ *Ibíd.*

2.2.1.4. Las preconcepciones en el epistolario

La correspondencia epistolar con Fliess, hasta 1894 inclusive, nos permite atrapar lo que se estaba cocinando en la mentalidad de Freud un año antes de la publicación de los *Estudios* (1895) y también del *Proyecto* (1895). Concretamente el “Manuscrito D” y la “Carta 38” son claves; se esboza la teoría de la neurosis con una serie de elementos entre los que se destacan los concernientes a la histeria y sus mecanismos. La pulsión sexual implica una excitación endógena que parte del interior del organismo y llega a la psique donde en caso de seguir siendo acumulada y no tramitada produce displacer. Pero si en el psiquismo alcanza alguna representación que le dé resorte se convertirá en libido psíquica que exigirá un trámite, una reacción específica, que en caso de no suceder también tendrá por efecto un displacer.

2.2.2. La primera distinción pulsional

Continuando con las ideas mantenidas hasta el momento en todas las obras referenciadas —que los afectos gobiernan, en cierta medida, las manifestaciones del cuerpo; que en éste se materializan las excitaciones endógenas derivadas del trauma formando síntomas; y que el mantenimiento constante del grado de excitación del sistema nervioso es posible mediante descarga motriz, asociaciones lingüísticas y síntomas—, Freud, junto con Breuer, en *Estudios sobre la histeria* (1895), desde un punto de vista eminentemente clínico, vuelve a incidir en la conceptualización de los síntomas histéricos como restos de la excitación perturbadora que no pudo ser totalmente tramitada; e introduce la teoría de la abreacción y el método catártico de cara a ofrecer una terapia para esta afección.

Según se evidencia en la “Comunicación preliminar” que hemos incluido al comienzo de este libro, consideramos los síntomas histéricos como unos afectos y unos restos de excitaciones de influencia traumática sobre el sistema nervioso. Tales restos no quedan pendientes cuando la excitación originaria fue drenada por abreacción o un trabajo del pensar. Aquí uno ya no puede negarse a tomar en cuenta unas cantidades (aunque no mensurables), a concebir el proceso como si una suma de excitación {*Summe von Erregung*} llegada al sistema nervioso se traspusiera {*einsetzen*} en un síntoma permanente en la medida en que no se empleó en la acción hacia afuera proporcionalmente a su monto. Ahora bien, en la histeria estamos habituados a descubrir que una parte considerable de la “suma de excitación” del trauma se

trasmude {*umwandeln*} en un síntoma puramente corporal. Este es el rasgo de la histeria que durante tanto tiempo estorbó concebirla como una afección psíquica²⁹¹.

2.2.2.1. La fuerza del trauma y su desplazamiento al cuerpo

En principio el histérico se muestra con una serie de síntomas para los cuales no encuentra explicación, no atisba los nexos de su adolecer con vivencias de su vida, bien porque han sucumbido al olvido, bien porque no establece ninguna asociación al respecto o porque no quiere manifestarlas al médico dada su desagradable condición.

No obstante, la praxis demuestra a los autores la condición necesaria de un trauma que desencadene la neurosis. Se sostiene que el afligimiento de estas pacientes histéricas estaba efectivamente relacionado con acontecimientos acaecidos en la temprana infancia, pudiendo localizarse en ese período bien un evento, bien una fantasía con connotaciones harto penosas, que asimismo llevaban aparejado un afecto intolerable. Pero, ¿por qué un trauma adquiere una fuerza tal al punto de dejar al paciente sumido en la ignorancia y en la herencia de un síntoma?

Los autores ubican la respuesta a esta pregunta indicando que el trauma gana su ímpetu en función de la reacción con que se le enfrentó. Es decir, si ante el evento se hubiese respondido con una descarga motriz, o una abreacción del afecto en el hecho del decir, o incluso mediante una elaboración del evento por la vía asociativa hasta extinguir el afecto, éste no habría adquirido la fuerza que detenta en el presente. La catarsis, en definitiva, dependería de una reacción adecuada²⁹².

Entonces, si estas actuaciones no se llevaron a cabo tuvo que ser porque no se pudo reaccionar contra ellas. Una de las razones podría concernir al contenido de las circunstancias mismas. Por ejemplo, nada podría hacerse ante la muerte de un ser querido, o en una situación social que limitase la actuación, o simplemente el propio contenido del evento en cuestión quiso reprimirse. Otra de las razones posibles podría referirse al estado en el que se encontraba el paciente en el momento en que vivió la situación, de modo que le impidió todo maniobrar; verbigracia, una situación de terror en que quedó paralizado. En cualquier caso, las pesquisas de esta neurosis señalan en los sujetos que las padecen una inclinación a la

²⁹¹ Freud, S. (1893-1895), t. II, p. 105.

²⁹² *Ibíd.*, pp. 34-35.

escisión de la conciencia —a disociar, a generar estados psíquicos anormales— y, aún en caso de no ser así, el propio trauma podría tener esa consecuencia. De esta forma, si un evento sobreviene en un estado de escisión o él mismo la produce, puede que al padecerse en uno de esos estados el otro nada recuerde de él²⁹³.

En este sentido, se interpreta el ataque histérico como un intento de consumir las reacciones pretéritas por la vía motora. Y el síntoma como un desplazamiento del afecto a lo corporal desde un segundo estado de consciencia.

2.2.2.2. Lo simbólico y lo pulsional

El trauma psíquico queda simbolizado en el cuerpo y constituiría, junto con las palabras de los pacientes, el material disponible para llevar a cabo el tratamiento psicoanalítico. Freud propuso el lenguaje como hilo conductor entre el origen del malestar y el síntoma. Comprobó de hecho, en múltiples casos, que las palabras que pululaban en torno al evento tormentoso se vinculaban sobremanera con las manifestaciones sintomáticas.

Mediante los nexos que el propio paciente establecía en el relato de su historia y la orientación del analista, hacia los puntos clave que entrañaba la patología en cuestión, se retornaba a la situación olvidada.

Volviendo a vincular la idea que en origen fue inconciliable para el sujeto con el afecto intolerable que estuvo en un principio ligado a ella, el paciente podía tomar conciencia del asunto y tenía a su disposición, esta vez, un nuevo espacio en el que poder tramitar dicho afecto —abreaccionarlo— de forma distinta a como lo hizo en un primer momento. Se liberaba así del síntoma con el esclarecimiento de su causa, aunque no sin sortear numerosas dificultades —las resistencias de los pacientes a las comunicaciones muchas veces vergonzosas y las multiplicaciones de los síntomas en los acercamientos más significativos al núcleo patógeno objeto de tratamiento—.

Así, cuando la representación originaria se incorporaba a la cadena asociativa del paciente fácilmente el síntoma sucumbía a la descarga. Luego, el hecho de producir una elaboración psíquica con el acto del decir ya suponía una vía de tratamiento.

²⁹³ *Ibíd.*, pp. 36-38.

El mecanismo psíquico que se teoriza y expone en los distintos casos clínicos que se presentan en la obra para explicar la formación del síntoma²⁹⁴—procurado por el incremento de las excitaciones nerviosas como condición *sine qua non*—, consiste en la separación de la idea inconciliable para el yo del afecto que ésta conllevaba, desalojando la primera de la conciencia, es decir, reprimiéndola al inconsciente, y salvaguardando al yo del displacer explosivo, convirtiendo el afecto en un síntoma corporal.

2.2.2.3. La cantidad de excitación regulada por el principio de constancia

Respecto a la terminología empleada en la obra en cuestión para designar esas excitaciones nerviosas, si bien en los primeros apartados se habla de “suma de excitación” o “cantidad”²⁹⁵ nerviosa que se transpone en síntoma, en el tercero, correspondiente a la parte teórica, Breuer incide en lo que denomina “excitación tónica intracerebral”²⁹⁶. Con ello marcará la diferencia entre los estados de vigilia y sueño, y apuntará a la necesidad de una excitación mínima para el funcionamiento del encéfalo, así como a una conexión entre las distintas unidades intracerebrales al modo de campos eléctricos.

Tal y como indican Laplanche y Pontalis²⁹⁷, la herencia de Helmholtz y la contemporaneidad fisiologicista de entonces se hace patente en las explicaciones breuerianas, que toma términos de la física para explicar la alimentación de los procesos que rigen el aparato psíquico, concretamente de la mecánica.

Helmholtz realizaba una distinción entre fuerzas vivas y fuerzas de tensión, siendo estas últimas tendentes a poner en movimiento un punto que aún no ha incurrido en ese estado de movimiento; Rankine distinguía entre energía actual y potencial; y Thomson entre cinética y estática. Breuer tomará la “excitación tónica intracerebral” y el estado “quiescente” o “vigil”²⁹⁸ del encéfalo en el sentido de una energía potencial.

²⁹⁴ *Ibid.*, pp. 65, 105-106, 138-139, 148-149, 175-176.

²⁹⁵ *Ibid.*, p. 105.

²⁹⁶ *Ibid.*, pp. 204-205.

²⁹⁷ Laplanche, J., Pontalis, J.-B. (1996), pp. 116-117.

²⁹⁸ Freud, S. (1893-1895), t. II, p. 205.

Bernfeld²⁹⁹ indica lo inapropiado de la elección del término de Breuer. Si bien era acorde a la nomenclatura empleada por los fisiólogos de la época —que concebían la excitación como resultado de un intercambio energético, pero ante el desconocimiento de cómo se producía realmente empleaban el término “excitación” y no “energía”—, al apelar a una “excitación” ya implica un efecto de un procesamiento energético, un estado de las cosas.

La vigilia estaría dotada de cierta cantidad de excitación tónica que en el sueño disminuiría o desaparecería. De ahí que las realidades en un estado y otro sean distintas. En el sueño se asociarían representaciones que en la vigilia serían inconsistentes (por ejemplo, hablar con alguien fallecido) y se tendrían sensaciones que en la vigilia serían impensables sin una motricidad que los acompañase (como por ejemplo, la sensación de volar). Breuer, al concebir un óptimo de excitación tónica y dotar al sueño de un nivel de excitación por debajo de ese óptimo, deducirá que en los procesos oníricos no es posible una correcta circulación de la energía, la asociación entre ideas estaría procesada por un nivel de energía insuficiente para encomendarse a un trabajo de asociación correcto.

Pero como las componentes del cerebro liberarían también energía, cierto “quantum”³⁰⁰, aunque el cerebro estuviese en estado quiescente, el sueño podría prestarse funcionalmente a la recuperación del nivel óptimo de energía. En efecto, las neuronas estarían dotadas por su composición química de cierta energía potencial, y mediante su suministro durante el sueño conseguirían alcanzar el nivel necesario y producir el despertar.

La vigilia, sin embargo, poseería un nivel de excitación tónica cerebral que dotaría al cerebro de un estado quiescente o vigil pero en condiciones de poder operar ante un estímulo, siempre que no rebasase en demasía el nivel óptimo. El cerebro estaría preparado para gestionar la distribución de esta energía o excitación entre sus componentes, dirigiéndola a unas o a otras y pudiendo también producir desequilibrios.

Tal y como indica Bernfeld³⁰¹, en el estado óptimo se encontraría en condiciones de tramitar las percepciones externas mediante la integración asociativa, las excitaciones internas por emprendimiento de acciones destinadas a su satisfacción y la afluencia de la propia energía

²⁹⁹ Bernfeld, S. (1944), pp. 342-343.

³⁰⁰ Freud, S. (1893-1895), t. II, p. 208.

³⁰¹ *Ibíd.*, p. 344.

de las neuronas con su empleo para las funciones psíquicas en general. La energía, en definitiva, sería fácilmente desplazable y estaría continuamente fluyendo.

Y, por último, el cerebro estaría además dotado de otra energía, la energía cinética, la adquirida por la circulación de la excitación nerviosa a través de las fibras. Breuer, en principio, parece olvidarse de esta última energía, la energía cinética que presenta como “desconocida”³⁰², y pasa a centrarse en las otras dos, ambas energías potenciales, para indicar los estados de excitación en los que podría encuadrarse la excitación histérica.

La excitación tónica intracerebral pasaría a dispararse con la ausencia de satisfacción de las necesidades del organismo —que liberarían energía sin ser gastada en la propia obtención de la satisfacción—, ante un incremento de energía potencial de la propia neurona no asimilado o frente a una acrecentada percepción externa no tramitada que produciría perturbación. Por tanto, la tendencia que subyace en el organismo es la de “mantener constante la excitación intracerebral”³⁰³, tal y como se apuntará en el *Proyecto*³⁰⁴ (1895) y como se avanzó en “Bosquejos de la ‘Comunicación preliminar’ de 1893” (1892)³⁰⁵, evitando así el displacer y el excedente de energía intracerebral. Se presupone así el “óptimum”³⁰⁶, en analogía con otras funciones del organismo, como una inclinación del sistema a evitar el nerviosismo, en definitiva su superación.

Bernfeld³⁰⁷ añade que esta inclinación del sistema hacia el óptimo no es simplemente una tendencia, sino una necesidad, evitando caer así en una mera concepción teleológica. Sería precisamente la necesidad de reducir la excitación a dicho nivel para que el organismo estuviese predispuesto a efectuar cualquier tipo de acción, similar a un estado de alerta, sin incurrir en ansiedad o con connotación alguna de malestar. Sin embargo, en el caso de caídas de excitación por debajo del óptimo no existiría la consabida tendencia, sino que se restablecería el nivel óptimo por la propia función celular.

Las manifestaciones de esta economía nerviosa no serían otras que la inquietud, la reflexividad de ciertos sujetos, la violencia de otros, etc. Unos incurrirán más en lo que

³⁰² Freud, S. (1893-1895), t. II, p. 206 #6.

³⁰³ Freud, S. (1893-1895), t. II, p. 208.

³⁰⁴ Cf. Freud, S. (1950 [1895]), t. I, pp. 340-341.

³⁰⁵ Freud, S. (1892), t. I, p. 183.

³⁰⁶ Freud, S. (1893-1895), t. II, p. 209.

³⁰⁷ Bernfeld, S. (1944), p. 345.

denomina la “agitación”³⁰⁸ o “desequilibrio emocional” {*Aufregung*}³⁰⁹; lo cual supondría un acrecentamiento de excitación tónica intracerebral que haría cortocircuito en las funciones psíquicas al no incidir en todas y cada una de ellas de forma proporcional, sino arraigando en algunas de forma hiperintensa y reclamando entonces una descarga violenta. Así se bloquearían ciertas funciones y podrían desencadenarse síntomas patológicos.

Tal y como dice Bernfeld³¹⁰ tendríamos que concebir el cerebro estructurado en áreas disjuntas responsables de distintas funciones y de forma que la energía fluya de unas a otras sin obstáculos para alcanzar un sistema dinámico en equilibrio. Partiendo de la hipótesis de que el sistema está limitado para realizar distintas funciones al mismo tiempo, la energía que en un momento determinado ocupe una de las áreas tendrá que ser susceptible de transferirse rápidamente a otras para cumplir con los requerimientos de los procesos psíquicos. Si este desplazamiento energético se viese obstruido, las áreas a las que no arribaría cierta cantidad de energía serían inutilizadas. Precisamente en la incidencia afectiva se produciría un incremento del potencial en una de las áreas inhibiendo la acción de las restantes.

Otros incurrirán en la “incitación” {*Anregung*}³¹¹, que consistiría en la estimulación de todas las funciones psíquicas de manera proporcional produciendo una estimulación apaciguada, que aun implicando un incremento general se presentaría útil para el transcurso de una actividad mental³¹². En efecto, teniendo en cuenta la pista estructural de Bernfeld tendríamos aún un sistema dinámico sin obstáculos para el resto de las actividades.

Debemos destacar dos aspectos de lo visto hasta el momento:

1. Una distribución desequilibrada del excedente de excitación tónica intracerebral entre las distintas componentes cerebrales podría llegar a producir una percepción. Es decir, si la excitación se concentrase en un único componente cerebral, en detrimento de una distribución equitativa por el resto de elementos, podría generar una alucinación.
2. Sin embargo, un acrecentamiento de excitación repartido uniformemente por todos los componentes cerebrales no inutiliza los procesos asociativos, sino que posibilita

³⁰⁸ Freud, S. (1893-1895), t. II, p. 208.

³⁰⁹ *Ibid.*, p. 210.

³¹⁰ Bernfeld, S. (1944), p. 345.

³¹¹ Freud, S. (1893-1895), t. II, p. 210.

³¹² *Ibid.*, pp. 209-210.

su trámite mediante asociación. Es decir, el proceso asociativo no quedaría inutilizado a pesar de incurrir en un rebase del óptimo excitatorio.

Indiscutiblemente ambos procesos pueden concebirse como antecedentes de los procesos primario y secundario respectivamente, que harán su aparición en el *Proyecto de psicología*³¹³.

2.2.2.4. La pulsión sexual frente a las necesidades vitales

En cualquiera de los casos indicados en el anterior apartado, las causas ineludibles de ese repunte de excitación no serían otras que el hambre, la sed y la necesidad de respirar, pues los desequilibrios que producen —alteraciones químicas cerebrales— son difíciles de dominar. Asimismo, entre éstas también se ubicaría la pulsión sexual, que además supone el cimientamiento de los afectos psíquicos. Es decir, la sexualidad, según la etapa de la vida en la que uno se encuentre, tiene unas consecuencias u otras; requiere de un desarrollo, cosa que no sucede en el resto de funciones vitales donde la operativa aparece siendo la misma desde el principio.

En la sexualidad previa a la pubertad la pulsión origina una excitación sin meta, no se dispone de una representación psíquica a la que se pueda asir. Sólo tras esa etapa, con la madurez sexual y la implicación de las glándulas genésicas se pasa a encontrar una posible representación psíquica de la sexualidad, de su destino, una “representación afectiva”³¹⁴, que perfectamente podría ser la del otro sexo, convirtiéndose así la excitación en lo que sería un afecto psíquico sexual.

Es decir, el afecto psíquico, realmente, es efecto de la pulsión sexual proveniente del interior del cuerpo —concepción ya plasmada en el “Manuscrito D” (1894)—. Así cada vez que venga a la conciencia liberará una cantidad de excitación que tiene su origen en las glándulas genésicas y que exigirá un trámite por implicar un rebase del “optimum”³¹⁵.

La excitación sexual y el afecto sexual, dice Freud, constituyen la transición desde esos acrecentamientos endógenos de excitación hasta los afectos psíquicos en el sentido estricto [...] La pulsión sexual es por cierto la fuente más poderosa de aumentos de excitación persistentes (y, como tal, de neurosis); este acrecentamiento de excitación se distribuye de

³¹³ Freud, S. (1950 [1895]), t. I, p. 372.

³¹⁴ Freud, S. (1893-95), t. II, p. 211.

³¹⁵ *Ibíd.*, p. 209 y 211.

manera en extremo despareja por el sistema nervioso [...] Todos los afectos intensos dañan la asociación, el decurso de la representación³¹⁶.

Por lo tanto, la cantidad acrecentada de excitación en el sistema nervioso instigado por la pulsión sexual produciría ciertos desequilibrios que llegarían a atentar incluso con el procesar correcto del sistema perceptivo, debido a que instigan un estado de nerviosismo.

En cualquier caso, tanto para las necesidades fisiológicas como para las pulsiones sexuales, se instaura una avería en las funciones psíquicas y difícilmente se puede desfogar uno de ese grado de excitación ni por la vía asociativa ni por la motriz³¹⁷. La pulsión sexual estaría entonces más allá del sentido. Y los desequilibrios de excitación cerebrales unidos a una distribución no equitativa entre sus componentes supondrían el origen psíquico de los afectos.

Breuer trata los efectos pulsionales tomando como ejemplo la “pulsión de venganza”³¹⁸. Indica que ante una afrenta o un ultraje que no ocasionó una reacción de reprimenda por parte de la persona que lo padeció, éste generaría *a posteriori*, en su retorno, un esfuerzo hacia la producción de las palabras que fueron sofocadas en su afán por aligerar el incremento de excitación inevitable. Concreta esta pulsión como un arrojio irracional de la voluntad, una pugna hacia el desencadenamiento de la reacción que en principio debía haber tenido lugar y que en este caso concreto supondría ocasionar un daño al enemigo; generaliza las características de irracionalidad, el brío imparable de la voluntad más allá de lo que podría suponer la seguridad del sujeto rebasando todo tipo de sentido. Una presunción lejana de lo que sería la pulsión de muerte.

2.2.2.5. La defensa: mecanismo para la exigencia pulsional

Trasladando la elaboración efectuada de la excitación tónica cerebral y sus variaciones a la neurosis, se propone que una de las reacciones anómalas al incremento de excitación lo constituiría la “conversión histérica”³¹⁹. Aquí la excitación procedente de una representación afectiva —originariamente ligada a un evento de afecto intenso— se convierte en un

³¹⁶ *Ibíd.*, pp. 211-212.

³¹⁷ *Ibíd.*, pp. 212-214.

³¹⁸ *Ibíd.*, p. 216-217.

³¹⁹ Freud, S. (1894a), t. III, p. 50.

fenómeno en el cuerpo mediante el artificio del yo, el afecto se traslada al cuerpo alcanzando el óptimo. Y, la representación en sí misma, al ser despojada del afecto concomitante en origen, puede que no tenga ya repercusiones psíquicas, es decir, que no ocasione de nuevo el afecto, sino que simplemente derive en la sintomatología patológica (tal y como se indicará en la parte segunda del *Proyecto*³²⁰) como un “reflejo anormal”³²¹. En este caso, lo que se habría producido no sería la sofocación de un evento, de una reacción, sino una inhibición del procesamiento psíquico de asociación, aislando la idea de la cadena asociativa³²².

La determinación de unos síntomas y no otros vendría explicado por la sensibilidad de las vías por las que es descargado el afecto siguiendo el “principio de la mínima resistencia”³²³ —es decir, la pulsión se valdría de aquellos órganos más susceptibles de enfermar—, o por asociación del evento originario con un rasgo del síntoma en cuestión.

Respecto a cómo se produce la separación de idea y afecto, Breuer apunta a una posible inhibición de la cadena asociativa de pensamientos debido a que entran en oposición la representación del evento, o su pensamiento, y las ideas preconcebidas del sujeto. Es decir, se incorporaría el factor de la moralidad, “la angustia de la conciencia moral”³²⁴ (términos que serán retomados posteriormente en la edificación del superyó); la avidez de salvaguardar la estima hacia uno mismo contribuiría sobremanera a inhibir el drenaje de la excitación insidiosa.

Entre los mecanismos que aíslan la idea de la cadena asociativa de representaciones, se sitúa la defensa, tratada como hemos visto por Freud en el ensayo “Las neuropsicosis de defensa” (1894)³²⁵, a colación de los preparativos del presente trabajo con Breuer, consistente en la actuación del yo frente a dicha idea controvertida, la mayor parte de las veces con connotaciones sexuales, y que supone sustraerla de la conciencia simultáneamente al transporte del afecto hacia lo somático.

Esta concepción de la defensa será tratada más ampliamente en el siguiente capítulo al considerarse dentro de las elucubraciones arraigadas en una concepción más psicológica que

³²⁰ Freud, S. (1950 [1895]), t. I, pp. 339-436..

³²¹ Freud, S. (1893-95), t. II, p. 217.

³²² *Ibíd.*, p. 220.

³²³ Freud, S. (1893-95), t. II, p. 219.

³²⁴ *Ibíd.*, p. 221.

³²⁵ Freud, S. (1894), t. III, pp. 49-59.

neurofisiológica; la inexistencia de daños anatómicos en la histeria, la etiología sexual de las neurosis en general, el desarrollo desfasado del psiquismo respecto al desarrollo sexual, la libido y la defensa abordables en la técnica psicoanalítica mediante la asociación libre de ideas por parte del paciente y el trabajo de interpretación del psicoanalista, posibilitarán ese viraje conceptual.

2.3. El antecedente del concepto de “pulsión” dentro del ámbito neurofisiológico

El *Proyecto de psicología* (1895) es una de las obras de Freud que merece un apartado diferenciado por describir explícitamente y de forma prolija lo que supondría la cuestión de la pulsión sirviéndose de un resorte neuronal y unas leyes matemáticas reguladoras de su dimensión, si bien no determinantes en su tránsito por el sistema psíquico. Las direcciones que, por tanto, tome ésta quedarán a elección de otra instancia, el yo del sujeto, construido en una interdependencia comunicativa con lo que rodea al individuo desde su nacimiento.

El desarrollo del *Proyecto* toma su consistencia gracias a la observación de las neurosis, es decir, gracias a la clínica, aunque se soporte en nociones neurológicas y psicofísicas. Suponía un intento de explicar la defensa, aunque tuvo como colateral la elucidación de otros muchos procesos psíquicos —la memoria, el pensamiento, la percepción, etc.—.

Sin embargo, apenas se incide en el tratamiento, no hay apenas referencias a la asociación de representaciones disponibles en las palabras que toma el médico como material sobre el que operar y que entran en correspondencia directa con el factor cuantitativo que comanda la voluntad del paciente. Aún no había un inconsciente definido, el concepto de “pulsión” tampoco estaba establecido —la cantidad de la que habla Freud es capaz de injertarse en cualquier excitación que suponga un excedente en el sistema nervioso frente al principio de constancia, vale para cualquier estímulo— el papel preponderante de la sexualidad y su naturaleza, su desarrollo desde la infancia y el efecto retardado con que llega a él el desarrollo psíquico del yo están ausentes en este trabajo y, probablemente, estos asuntos implicasen precisamente la inclinación posterior de Freud a desecharlo. Como comenta Ricoeur,

Su interés estriba no tanto en las premisas que le son propias como en su propósito de mantener hasta el fin la hipótesis de constancia en áreas nuevas donde no había sido puesta a prueba: teoría

del deseo y el placer, educación para la realidad por el displacer y también el intento de incorporar el pensamiento observador y judicativo al sistema. Por ahí Freud no sólo iba más lejos que Helmholtz, sino que restablecía también la tradición de Herbart, quien, desde 1824, había litigado contra el libre albedrío, ligando el éxito del determinismo a la motivación inconsciente y aplicando la terminología física a una dinámica de ideas; deben igualmente atribuirse a Herbart el uso de la palabra idea, en el sentido de percepción y representación, el tema de la prioridad de la idea sobre el afecto que representa un papel eminente en los escritos de la *Metapsicología*, acaso hasta la palabra (sino la noción) de *Verdrängung* (represión). La filiación de Freud con Herbart, en lo que al principio de constancia se refiere concretamente, no admite dudas: la “búsqueda de equilibrio” es el principio rector de esa “psicología matemática” y de su cálculo de fuerzas y cantidades. Finalmente, Freud se acercará a Herbart y Fechner al renunciar a toda base anatómica para su sistema psíquico, volviendo a colocar a la psicología en el lugar que Herbart había querido darle. Así, el *Proyecto* de 1895 responde a toda una época del pensamiento científico. Lo único importante es ver cómo Freud, ampliando este pensamiento, lo transforma hasta hacerlo estallar. A este respecto el *Proyecto* representa el máximo esfuerzo de Freud por constreñir a una multitud de hechos psíquicos a entrar en el cuadro de una teoría cuantitativa y una demostración por el absurdo de que el contenido rebasa tal encuadramiento: ya en el capítulo VII de la *Traumdeutung* no intentará Freud retener tantas cosas en un sistema tan cerrado; por lo cual bien puede afirmarse que nada es tan caduco como el plan explicativo del *Proyecto* y nada es tan inagotable como su programa descriptivo: a medida que recorremos el *Proyecto*, tenemos la impresión de que el cuadro cuantitativo y el cimiento neurótico van pasando a segundo plano, hasta quedar en mero lenguaje de referencia, lenguaje dado e inmediatamente disponible, que suministra la coerción necesaria para expresar enormes descubrimientos; idéntica aventura volverá a producirse con *Más allá del principio del placer*, donde la biología hará el doble papel de lenguaje referencial y de coartada para el hallazgo de la pulsión de muerte³²⁶.

La nomenclatura empleada referida a la pulsión deja de lado el término de “energía”, a lo sumo hablará de “excitación”, y siempre tratará de especificar una “cantidad”.

³²⁶ Ricoeur, P. (1970), pp. 65-66.

2.3.1. La construcción del aparato psíquico: aproximación neurofisiológica de la operativa pulsional

2.3.1.1. Los principios reguladores de la cantidad de excitación

Tomando especialmente como referencia ciertos procesos observados en la histeria y la neurosis obsesiva —estimulación, conversión, desplazamiento, etc.—, Freud conjetura la existencia de cierta cantidad de excitación (“Q”), de la que hace portadoras a las neuronas y que a su vez fluye entre ellas rigiéndose por ciertos principios.

Este planteamiento permite concebir la psicología como una ciencia natural que da cuenta del funcionamiento psíquico con rigor³²⁷.

Recurriendo, por consiguiente, a los sistemas de neuronas —donde unas establecen contacto con otras gracias a su predisposición arquitectónica para la conducción— y a “Q”, conceptualiza la “neurona investida”, aquella con cierta cantidad de excitación proveniente del interior del cuerpo, que denota “Q’η”, y que a veces puede estar vacía.

El principio de inercia neuronal se define como la tendencia de las neuronas a la liberación, mediante conexiones con mecanismos musculares, de cierta cantidad “Q” con la que han sido excitadas (concepto heredero del principio de constancia, que apareció por primera vez en los “Bosquejos de la ‘Comunicación preliminar’ de 1893” (1940-41)³²⁸, aunque finalmente no fue incorporado *ex profeso* en dicho apartado de *Estudios sobre la histeria* (1895)). O sea, se trata de una inclinación a mantener constante la suma de excitación vigente en el sistema nervioso. Dicha descarga es la función primaria neuronal.

Este principio no se altera siempre y cuando las neuronas sean excitadas por estímulos exteriores, aliviándose el sistema de “Q” al aplicarla en cierta proporción hacia afuera. Sin embargo, sí puede ser obstaculizado cuando la estimulación es endógena, en cuyo caso “Q” no puede ser aplicada para evadirse el sistema de la estimulación, sino que se requieren acciones específicas, independientes de la cantidad endógena (“Q’η”), en condiciones externas concretas.

³²⁷ Freud, S. (1950 [1895]), t. I, pp. 339-340.

³²⁸ Freud, S. (1892), t. I, pp. 183 y 190.

Esta concepción sobre la necesidad de mantener constante la excitación intracerebral y tener entre sus posibilidades para conseguirlo la descarga motora y una vía asociativa de pensamiento concreta, era algo que, tal y como se ha dicho antes, se venía fraguando en los trabajos precedentes a *Estudios sobre la histeria*³²⁹ y que también era recogido en los “Fragmentos de la correspondencia con Fliess” (1894-95)³³⁰, donde además se incidía explícitamente en que la tensión endógena no podía aliviarse como la exógena mediante un acto de descarga de excitación proporcional, como puede ser el reflejo motriz.

Empero, el principio de inercia neuronal que se postula no es completamente equivalente al principio de mantener la excitación en un óptimo, como decía Breuer, sino que exhorta a la total descarga, al nivel cero, que es donde se distancian las concepciones de ambos. Escollo que será salvado, en cierta medida, con los requerimientos de la acción específica, que tal y como mostraremos seguidamente, apelan a una modificación del principio de inercia, como señalan Laplanche y Pontalis³³¹, impuesta por las necesidades vitales del organismo.

Freud, aquí no indaga más allá del efecto que producen las excitaciones endógenas, no entra a diseccionar sus causas, su procedencia, no hay una distinción cualitativa del origen de estas excitaciones, sólo menciona ciertas necesidades vitales. De hecho, en *Estudios sobre la histeria*³³² afinó mucho más en este sentido, diferenciando las funciones vitales de la sexualidad.

Es curioso, comenta Ricoeur, que Freud no diga gran cosa sobre el origen y la naturaleza de lo que llama cantidad; respecto al origen, procede de excitaciones exteriores o de excitaciones internas y abarca aproximadamente la idea de estímulos perceptivos y pulsionales; la noción de “Q” sirve entonces para unificar bajo un concepto único todo lo que produce energía [...] Pero lo curioso es que Freud no va más allá, en el *Proyecto*, en cuanto a determinar la naturaleza de la “Q”. No se enuncia ninguna magnitud: sólo se habla de cantidad “relativamente baja” o de “cantidad excesiva”; pero sin ley numérica alguna relativa a esa cantidad. ¡Extraña cantidad ésta! [...] Pero si bien la cantidad no se sujeta a ninguna ley numérica, sí está regulada por un principio, el principio de constancia, que Freud elabora a partir del principio de inercia; este principio significaría que el sistema tiende a reducir sus propias tensiones a cero, es decir, a descargar sus cantidades, a “liberarse” de ellas; el principio de constancia significa

³²⁹ Freud, S. (1892), t. I, pp. 183, 190.

³³⁰ Freud, S. (1950 [1894]), “Manuscrito D. Sobre la etiología de las grandes neurosis”, en AE, t. I, p. 226. Freud, S. (1950 [1894]), “Manuscrito E. ¿Cómo se genera la angustia?”, en AE, t. I, pp. 231-232. Freud, S. (1950 [1895]), “Manuscrito G. Melancolía”, en AE, t. I, pp. 231-232.

³³¹ Laplanche, J., Pontalis, J.-B. (1996), p. 290.

³³² Freud, S. (1893-95), t. II, pp. 210-211.

que el sistema tiende a mantener lo más bajo posible el nivel de tensión. Esta diferencia de constancia e inercia resulta en sí misma muy interesante, porque señala ya la intervención de lo que más tarde se describirá como “proceso secundario”; la imposibilidad para el sistema de eliminar todas las tensiones proviene de la inexistencia del equivalente de la huida para los peligros interiores; el aparato psíquico se ve forzado a almacenar e invertir una masa para maniobrar, constituida por un conjunto permanente de cantidades “ligadas”, cuya misión consiste en reducir las tensiones sin poder suprimirlas³³³.

Por un lado, debe mantenerse cierta “Q’η” para acometer las acciones específicas requeridas y, por otro lado, tratando de mantener la predisposición originaria (la constancia), se intenta que esa “Q’η” no se vea incrementada. De esta forma, queda definida la función secundaria³³⁴, es decir, aquella que concierne al mantenimiento de cierta cantidad de excitación para acometer la acción específica que se demanda en el momento en cuestión. Las responsables de esta función serán las “barreras-contacto”, situadas en los contactos de las neuronas y son las que se opondrán a la descarga³³⁵.

Evidentemente este principio, a diferencia del principio de inercia neuronal, ya no apunta a una tensión en el nivel nulo sino a una constancia de cantidad.

Esta representación global de la economía neurónica asigna en el origen el estatuto de las pulsiones en la economía psico-vital. Observemos primero que su punto de partida es el estímulo neurónico, correlativo de la irritabilidad orgánica o protoplásmica. No es sino hasta un segundo tiempo (lógico) cuando la irritabilidad general se escinde en dos niveles, con la aparición de las excitaciones de tipo endógeno: ahora bien, el foco generador está constituido por los instintos fundamentales; o más bien, “las células del cuerpo”, substrato somático, de las cuales los instintos fundamentales son la expresión vital. Por último, el principio de inercia se aplica a esas excitaciones, como a todas en virtud de su universalidad, pero a costa de especificarse en constancia. Los gastos corrientes de la economía doméstica del organismo (satisfacción de las necesidades vitales) obligan a un atesoramiento: de ahí una estasis, que constituye una infracción funcional al principio director. Pero el mantenimiento de la excitación en el nivel más bajo posible es una especie de homenaje que el organismo rinde aún al principio general, compromiso entre la ley y las condiciones específicas³³⁶.

³³³ Ricoeur, P. (1970), p. 67.

³³⁴ Freud, S. (1950 [1895]), t. I, pp. 340-341.

³³⁵ *Ibid.*, p. 342.

³³⁶ Assoun, P.-L. (1997) *Freud y Nietzsche*, p. 87. México, Fondo de Cultura Económica.

La regulación de la cantidad remite a las preconcepciones que Breuer expone en su parte teórica de los *Estudios sobre la histeria*³³⁷, donde indica la perturbación que genera un acrecentamiento de excitación entre las distintas componentes cerebrales de forma descompensada; cómo irremediablemente el sistema tiende a alcanzar sus niveles iniciales de la misma forma que cualquier otra función del organismo, llegar al “óptimum”³³⁸; y cómo un repunte de excitación repartido proporcionalmente en el cerebro no llega a dañar la actividad mental³³⁹.

Así, desde la primera formulación —y esto le distingue del principio de inercia— el principio de constancia pone en juego el “proceso secundario”, cuya base anatómica es absolutamente desconocida: claro que Freud postulará, poco después, por razones de simetría, un conjunto de neuronas de energía acumulada ligada, que él denomina “yo”. Freud tratará siempre el principio de constancia como el equivalente del principio de inercia para un aparato obligado a obrar y defenderse de los riesgos interiores, para los cuales no hay pantalla comparable al aparato sensorial, pantalla que hace a la vez de barrera y de receptor³⁴⁰.

2.3.1.2. Las barreras contacto y la memoria

Tratando de respaldar, no obstante, esta hipótesis de las “barreras-contacto”, Freud establece una diferenciación que estima necesaria y que dará cuenta de la memoria.

Si, por un lado, cierta excitación impacta en las neuronas produciendo neuronas investidas perturbadas respecto de su condición inicial y de manera duradera; y, por otro lado, las próximas investiduras de las neuronas no alteraran su conformación anterior, el proceso no sería consistente. Luego, necesariamente, debe haber dos tipos de neuronas, las “células del recuerdo” y las “células de percepción”. Las primeras serían las neuronas influidas de forma permanente por la excitación, que no tramitan fácilmente la conducción debido a las barreras contacto, ganándose el apelativo de “no pasaderas”, y que posibilitarían por ende la memoria. Y, las segundas, aquellas que volverían a su situación anterior tras la conducción; es decir, “neuronas pasaderas” que servirían a la percepción.

³³⁷ Freud, S. (1893-95), t. II, pp. 205-210.

³³⁸ *Ibíd.*, p. 209.

³³⁹ *Ibíd.*, p. 210.

³⁴⁰ Ricoeur, P. (1970), p. 68.

Freud las designa con las letras griegas “Ψ” y “Φ” respectivamente³⁴¹ y podríamos pensar que no es por azar. Las primeras serían las psíquicas, constantemente investidas, almacenando cierta excitación gracias a las barreras-contacto; y las otras las físicas, que responderán a los estímulos externos, y que tan pronto son investidas como quedan vaciadas por la descarga de excitación proporcional a la recibida (concepción análoga a la manifestada en la *Correspondencia con Fliess*)³⁴².

Las neuronas “Ψ”, neuronas del recuerdo, deben dar cuenta de la memoria, para lo que es necesario la introducción de otro concepto adicional, el de la “facilitación”³⁴³. Se trata de la resistencia existente en cada neurona, que no la misma para todas, y que puede ser distinta en las barreras contacto de una misma neurona, para que la memoria pueda dejar patente su preferencia por una ruta excitatoria concreta.

Es decir, si bien las neuronas poseen una resistencia concreta, un nuevo decurso de excitación por ellas —fenómeno natural inherente a la propia experiencia del aprendizaje, en la que se recurre a acaecimientos pasados para poner en acto el nuevo aprendizaje, y que en muchos casos termina por automatizarse—, haría que sus resistencias se viesan minoradas.

Ahora es tiempo de aclarar los supuestos que es necesario hacer acerca de las neuronas Ψ para dar razón de los caracteres más generales de la memoria. El argumento es este: son alteradas duraderamente por el decurso excitatorio. Introduciendo la teoría de las barreras-contacto: sus barreras-contacto caen en un estado de alteración permanente. Y como la experiencia psicológica muestra que existe un aprender-sobre con base en la memoria, esta alteración tiene que consistir en que las barreras-contacto se vuelvan más susceptibles de conducción, menos impasaderas, y por ende más semejantes a las del sistema Φ. Designaremos este estado de las barreras-contacto como grado de la facilitación {*Bahnung*}. Entonces uno puede decir: *La memoria está constituida por las facilitaciones existentes entre las neuronas Ψ [...] La memoria está constituida por los distinguos dentro de las facilitaciones entre las neuronas Ψ*³⁴⁴.

Por lo tanto, la facilitación depende de la “Q’η” que fluye por la neurona y del número de veces que por ella haya pasado.

³⁴¹ Freud, S. (1950 [1895]), t. I, pp. 343-344.

³⁴² Freud, S. (1950 [1894]), “Manuscrito E. ¿Cómo se genera la angustia?”, en AE, t. I, pp. 231-232.

³⁴³ Freud, S. (1950 [1895]), t. I, p. 344.

³⁴⁴ *Ibidem*.

Ciñéndonos a la experiencia del incremento de excitación endógena, podríamos decir que las neuronas tenderán, por un lado, a la descarga —según el principio de inercia—, precisamente por el efecto de la facilitación que propicia que una neurona se vuelva más pasadera; pero, por otro lado, también tratarán de aprovisionarse de cierta cantidad de excitación con las barreras-contacto. Y, *a posteriori*, este llenado no será necesario, pues mediante las facilitaciones podrán desplazarse ciertos cocientes de unas neuronas investidas a otras³⁴⁵.

Para sustentar la diferenciación entre neuronas “Ψ” y “Φ” recurre a la biología:

[...] por la anatomía tenemos noticia de un sistema de neuronas (la sustancia gris espinal) que es el único en entramarse con el mundo exterior, y de uno superpuesto (la sustancia gris encefálica), que no tiene conexión periférica alguna, pero al cual competen el desarrollo del sistema de neuronas y las funciones psíquicas. El encéfalo primario no se adecúa mal a nuestra caracterización del sistema Ψ, si nos es lícito suponer que el encéfalo tiene vías directas, independientes de Ψ hasta el interior del cuerpo³⁴⁶.

Las neuronas “Ψ” estarían sometidas no sólo a la injerencia de “Q’η” proveniente del interior del organismo, sino también a ciertas transmisiones de “Q’η” por parte del sistema “Φ”. En efecto, este último sistema es el receptor de las estimulaciones externas y éstas pueden ser de magnitudes distintas. Ante una “Q” muy acrecentada en “Φ” podría producirse una filtración de “Q’η” a “Ψ”. No obstante, si bien esto puede ocurrir, existen órganos sensoriales sobre los que inciden “Q” de diversas magnitudes y que pueden responsabilizarse de filtrar tan sólo un cociente a “Φ”; es decir, la recepción de “Q” por parte de “Φ” estaría cribada por estos órganos y así sería más fácil el decurso de “Q” por “Φ” y su consecuente descarga, corroborando su propia característica de neuronas pasaderas.

Una excepción en este sentido podría ser el dolor y sus efectos; implicaría unas cantidades “Q” tremendamente elevadas capaces de traspasar los órganos sensoriales, “Φ” y “Ψ”, dejando la conformación de “Ψ” como neuronas pasaderas por la intensidad del propio estímulo, perturbando de forma sostenida las barreras-contacto, y haciendo más similares las neuronas “Ψ” a las “Φ”.

³⁴⁵ Ibid., p. 345.

³⁴⁶ Ibid., p. 347.

2.3.1.3. El problema de las sensaciones: el periodo

La operativa neuronal, en el sentido de la regulación económica de excitaciones por parte del mecanismo cerebral que dan cuenta de la percepción y del recuerdo tal y como ha sido construida por Freud hasta el momento, estaría prácticamente completada; pero aún quedarían pendientes de explicar las sensaciones, aquello que se nos impone a la conciencia en concepto de cualidad.

Para ello debe introducirse un nuevo grupo de neuronas. Desde luego que ni las “ Ψ ” ni las “ Φ ” se prestarían a ofrecer esta peculiaridad; las primeras por encarnar el recuerdo, que, en general, no llega a tener efectos de percepción o sensación; y las segundas porque no consiguen alcanzar el estatuto de los procesos que residen en la conciencia.

Por lo tanto, las células “ ω ”³⁴⁷ serán aquellas que ciertamente den cuenta de las cualidades que otorga la conciencia. Se trata de las neuronas que serán excitadas por la percepción, que no por el recuerdo, originando sensaciones conscientes³⁴⁸. Pero debemos desentrañar cómo se produce esto, cómo algo del orden de una cantidad es transformado en cualidad.

Hemos dicho que “ Q ” impacta de entrada en los órganos de los sentidos; estos filtrarían en su decurso cierta cantidad, transmitiendo por ende un cociente de la original “ Q ” a “ Φ ”, que de forma simultánea a la recepción de “ Q ” trataría de producir su descarga (idiosincrasia de la percepción, responsabilidad de neuronas pasaderas que no se comportan como receptáculo de “ Q ” sino que obedecen de forma fiel al principio de inercia neuronal); otro cociente de “ Q ” también llegaría a “ Ψ ”, sería un cociente del cociente aplicado por los órganos de los sentidos (este decurso por “ Ψ ” tramitaría la descarga de excitación siguiendo las facilitaciones neuronales de las barreras-contacto); a “ ω ”, por tanto, atendiendo a la secuencia indicada, parece que llegaría de nuevo una menor cantidad “ Q ”. Aquí se presenta el primer problema.

Ahora bien, esto plantea una dificultad en apariencia enorme. Vimos que la condición de pasadero depende de la injerencia de $Q'\eta$, las neuronas Ψ son ya impasaderas. Y todavía más impenetrables tendrían que ser las neuronas ω con una $Q'\eta$ todavía más pequeña. Y bien, a los portadores de la conciencia no les podemos atribuir este carácter. Con el cambio de vía $\{Wechsel\}$ del contenido, con la fugacidad de la conciencia, con el fácil enlace de cualidades

³⁴⁷ Ibid., p. 353.

³⁴⁸ Ibid., p. 355.

percibidas simultáneamente, sólo armoniza una plena condición de pasaderas de las neuronas ω y una total *restitutio in integrum* {restitución de su integridad}. Las neuronas ω se comportan como órganos de percepción, y por otra parte no sabríamos qué hacer con una memoria que ellas tuvieran. Por consiguiente, carácter pasadero, facilitación plena, que no proviene de cantidades. ¿De dónde, pues?³⁴⁹.

Las neuronas “ Ψ ” son impasaderas por definición y las “ ω ” aún lo serían más; máxime cuando no les llegaría un acopio suficiente de “ $Q'\eta$ ” como para llegar a producir facilitaciones. Sin embargo, la conciencia tiene facultades como para atrapar multitud de cualidades de manera simultánea procedentes de diversas fuentes, y de forma rauda; en este sentido, se aproximan a la idiosincrasia de “ Φ ”, de hecho, para poder captar y generar sensaciones necesariamente debe producirse un investimento de las “ ω ” y una descarga con máxima agilidad. Entonces, cómo consensuar un carácter pasadero en extremo con un escasísima provisión de “ $Q'\eta$ ”.

Veo una sola salida: revisar el supuesto fundamental sobre el curso de $Q'\eta$. Hasta ahora sólo he considerado este último como transferencia de $Q'\eta$ de una neurona a otra. Pero además es preciso que posea un carácter: naturaleza temporal; en efecto, la mecánica de los físicos ha atribuido esta característica temporal también a los otros movimientos de masas del mundo exterior. En aras de la brevedad, la llamo el *período*. Supondré entonces que toda resistencia de las barreras-contacto sólo vale para la transferencia de Q , pero que el *período* del movimiento neuronal se propaga por doquier sin inhibición, por así decir como un proceso de inducción³⁵⁰.

La concepción de una investidura de las neuronas “ ω ” por una cantidad, cuando realmente dan cuenta de una cualidad, supone una tarea difícil de soslayar. En este sentido, Freud conjetura lo que denomina “período” del movimiento neuronal, el intervalo de tiempo durante el que se produce la excitación neuronal y que se propaga por todos los rincones del sistema neuronal. Es decir, aquello que marca las pautas temporales de las excitaciones, señalando, por ende, cuándo se producen y cuando cesan; marcaría las variaciones de “ Q ”, aunque no esclarecería sus cursos.

Cada tipo de neuronas tendría su propio período y los cambios producidos en el período de “ Ψ ” serían los que llegarían hasta “ ω ”, junto con una mínima cantidad de “ Ψ ”, en calidad de sensaciones. Los primeros responsables de ofrecer esta característica serían los órganos de

³⁴⁹ Ibid., p. 344.

³⁵⁰ Ibid., p. 344.

los sentidos, pues en la acción de criba de los estímulos podría estar implícita la regla de admisión de determinados períodos.

Así, tal y como dice Freud:

“Conciencia es aquí el lado subjetivo de una parte de los procesos físicos del sistema de neuronas, a saber, de los procesos ω , y la ausencia de la conciencia no deja inalterado el acontecer psíquico, sino que incluye la ausencia de la contribución del sistema ω ”³⁵¹.

Las sensaciones de placer y displacer se identificarían con los distintos grados de investidura de las neuronas “ ω ”. Es decir, conceptualiza las sensaciones como derivados del principio de inercia neuronal. Así el displacer sería un incremento de “ $Q'\eta$ ” en “ Ψ ”, transmisible en cierta medida a “ ω ” en calidad de “periodo” y, por ende, haciéndose patente. Y el placer como su descarga o disminución (la tendencia a evitar el displacer se identifica con la tendencia primaria a la inercia). En las neuronas “ ω ” existiría también un punto óptimo de cantidad de investidura que permitiría percibir el periodo; otorgaría una sensación que sería neutra, su rebase sería displacer y su minoración placer.

2.3.1.4. El funcionamiento del aparato psíquico

Llegados a este punto estaría cerrado el problema de la conciencia y las sensaciones, y se dispondría del mecanismo operante desde la estimulación hasta la sensación.

³⁵¹ Freud, S. (1950 [1895]), t. I, pp. 355-356.

Lo cuantitativo que gira en torno a “ Ψ ” llegaría a la consciencia de forma cualitativa y sin carácter duradero. Los cambios de periodo estarían modulados por los órganos de los sentidos, que vienen a ser pantallas de “ Q ” y filtros de estímulos con períodos concretos. Es decir, los estímulos que inciden en “ Φ ” generan ciertas magnitudes de excitación que son adaptados por los terminales neuronales, en caso de no alcanzar cierta cota no tendrán ninguna eficacia.

La energía exterior, los estímulos que afluyen a “ Φ ”, se transpone en una excitación motriz proporcional, sin dejar ninguna huella en la memoria, pues el periodo desaparece hacia la motilidad en un breve lapso de tiempo. Empero, también transfieren cierta “ $Q'\eta$ ” en “ Ψ ” que a su vez continúa hasta a “ ω ” produciendo la sensación.

A estas neuronas “ Ψ ” nutridas por “ Φ ” las llamaré neuronas del “manto”³⁵². Y a las que reciben afluencias endógenas, neuronas del “núcleo”³⁵³. No podemos olvidar, que si bien las neuronas “ Ψ ” están protegidas de “ Q ” por el efecto de pantalla y filtro que ejercen los órganos de los sentidos, por el lado interno no existe barrera alguna, la afluencia de “ $Q'\eta$ ” en “ Ψ ” es directa, no está mediada por ningún parapeto ni calibrada en cantidad por ningún filtro.

Asimismo, vuelve a insistir en que la afluencia de excitación interna es continua aunque sólo en ciertos casos devienen estímulos psíquicos. Es decir, sólo cuando son superadas las resistencias, cuando las barreras-contacto sobrevienen pasaderas (permiten que se les transmita “ $Q'\eta$ ”), se produce el estímulo psíquico (ya que han acumulado “ $Q'\eta$ ” hasta un grado que permite generar dicho estímulo), y para ello se requiere el proceso de “sumación”³⁵⁴ de distintas pequeñas cantidades³⁵⁵. O sea, lo que antes se esbozaba como un umbral de excitación, ahora se concibe mediante sumación y las resistencias soportadas por las barreras-contacto. No obstante, rápidamente dichas barreras-contacto recobran sus resistencias en cierta medida, luego los rebajes de resistencias son temporales mientras se produce la transferencia de la “ Q ”.

Pero de aquí se sigue que las barreras-contacto Ψ alcanzan en general más altura que las barreras-conducción, de suerte que en las neuronas del núcleo se puede producir un nuevo

³⁵² *Ibíd.*, p. 360.

³⁵³ *Ibíd.*, pp. 358-360.

³⁵⁴ *Ibíd.*, p. 361.

³⁵⁵ *Ibíd.*, pp. 360-361.

almacenamiento de Q’η. Luego de nivelada la conducción, no hay límite alguno para aquel. Aquí Ψ está a merced de Q, y con ello se genera en el interior del sistema la impulsión que sustenta a toda actividad psíquica. Tenemos noticia de este poder como la *voluntad*, el retoño de las *pulsiones*³⁵⁶.

En efecto, la voluntad sería la descarga de la “Q’η”.

Las excitaciones que sufre el sujeto, por el acrecentamiento de “Q’η” en “Ψ”, debido, verbigracia, al hambre o la sexualidad, se intentan tramitar por la vía motriz, mediante la expresión de emociones, llantos, gritos, etc. Necesariamente requieren ser aliviadas. Empero, no se pueden reducir de esa manera tal y como se ha comentado anteriormente (no se puede anular la excitación endógena mediante una reacción enérgicamente proporcional, además su afluencia es continua), sino que requieren de una acción específica que debe proceder del exterior.

El sujeto, desvalido en origen, debe ser provisionado bien de alimento bien del objeto sexual demandado, de forma que se evite la continuidad de la descarga de “Q’η” (y su incremento constante al punto de obtener displacer). Puesto que esta operativa sólo tiene lugar en el ámbito de la comunicación con la asistencia de Otro, dichas expresiones de emociones, llantos, gritos, con una función primaria, que no era otra que la de la minoración de la excitación endógena, adquieren una función secundaria, el establecimiento de una interrelación con el Otro, todo ello soportado por las interconexiones que arguye Freud de “Ψ”, “Φ” y “ω” —el incremento de excitación de “Ψ” se desplaza en un cociente a “ω”, produciendo la sensación de displacer y generando la iniciativa de descarga, que inviste a “Φ” por las reacciones emprendidas por el sujeto y por el Otro, apaciguando también en el último caso a “Ψ” y estableciéndose a su vez una facilitación entre las neuronas investidas desde el interior y las investidas por la transferencia operada desde “Φ”, que conciernen a la percepción de objeto—.

El llenado de las neuronas del núcleo en Ψ tendrá por consecuencia un afán de descarga, un *esfuerzo* {*Drang*} que se aligera hacia un camino motor. De acuerdo con la experiencia, la vía que a raíz de ello primero se recorre es la que lleva a la alteración interior (expresión de las emociones, berreo, inervación vascular). Ahora bien, como se expuso al comienzo, ninguna de estas descargas tiene como resultado un aligeramiento, pues la recepción de estímulo endógeno continúa y se restablece la tensión Ψ. Aquí una cancelación de estímulo sólo es

³⁵⁶ Ibid., pp. 362-363.

posible mediante una intervención que elimine por un tiempo en el interior del cuerpo el desprendimiento {desligazón} de $Q'\eta$, y ella exige una alteración en el mundo exterior (provisión de alimento, acercamiento del objeto sexual) que, como acción específica, sólo se puede producir por caminos definidos. El organismo humano es al comienzo incapaz de llevar a cabo la *acción específica*. Esta sobreviene mediante *auxilio ajeno*: por la descarga sobre el camino de la alteración interior, un individuo experimentado advierte el estado del niño. Esta vía de descarga cobra así la función secundaria, importante en extremo, del *entendimiento* {*Verständigung*, o comunicación}, y el inicial desvalimiento del ser humano es la fuente primordial de todos los *motivos morales*. Si el individuo auxiliador ha operado el trabajo de la acción específica en el mundo exterior en lugar del individuo desvalido, este es capaz de consumir sin más en el interior de su cuerpo la operación requerida para cancelar el estímulo endógeno. El todo constituye entonces una vivencia de satisfacción, que tiene las más hondas consecuencias para el desarrollo de las funciones en el individuo. Pues tres cosas acontecen dentro del sistema Ψ : 1) es operada una descarga duradera, y así se pone término al esfuerzo que había producido displacer en ω ; 2) se genera en el manto la investidura de una neurona (o de varias), que corresponden a la percepción de un objeto, y 3) a otros lugares del manto llegan las noticias de descarga del movimiento reflejo desencadenado, inherente a la acción específica. Entre estas investiduras y las neuronas del núcleo se forma entonces una facilitación³⁵⁷.

2.3.1.5. Las asociaciones

Además de los influjos que reciben las “ Ψ ” tanto de “ Φ ” como de las conducciones endógenas, Freud describe las interconexiones entre las propias neuronas “ Ψ ”, introduciendo la ley de “asociación por simultaneidad”³⁵⁸, argumentándolas sobre la base del acto de reproducir o recordar.

Según Freud, la conexión entre dos neuronas “ Ψ ” acontece siempre y cuando ambas estuvieron investidas simultáneamente en un momento dado, de ahí que haya una facilitación y que el decurso de “ $Q'\eta$ ” no sea aleatorio. Así, si en el momento de satisfacción, quedaron simultáneamente investidas varias imágenes —correspondientes a la percepción del objeto de satisfacción y soportadas por las neuronas del manto, tal y como ha quedado señalado en la cita anterior—, al volver a evocar alguna de ellas, automáticamente se recordarán las dos.

³⁵⁷ *Ibidem*.

³⁵⁸ *Ibid.*, p. 363.

Al emerger de nuevo el deseo la investidura de las neuronas del núcleo será transferida a las imágenes asociadas.

El efecto de simultaneidad ya fue presentado en los *Estudios sobre la histeria* donde se tomaba a colación de la simbología del síntoma, que condensaba varias representaciones:

Ese es el efecto de la simultaneidad, que gobierna ya sobre nuestra asociación normal; cada percepción sensorial reevoca en la conciencia otra que originariamente se presentó al mismo tiempo que ella (el ejemplo que dan los manuales de la imagen visual de la oveja y su balido, etc.)³⁵⁹.

Del mismo modo, dichas representaciones quedan vinculadas a su vez a las neuronas del núcleo que intervinieron en el aminoramiento de la excitación. Empero, la excitación que se produjo en el primer momento de satisfacción, debido a la tensión endógena generada por ciertas necesidades primarias, no es comparable a la que incidirá en un momento de recuerdo, pues si bien en este último también se forja un displacer, no es del orden del original.

Esto se justifica porque lo que es investido con el recuerdo no son las neuronas del núcleo sino las imágenes que quedaron vinculadas a aquellas. Aun así no exime al sujeto de incurrir en la tendencia a efectuar nuevamente los intentos de descarga semejantes a los que se produjeron en la situación originaria. Y si dichas imágenes fuesen investidas hasta tal punto de producir una percepción, que en este caso sería alucinación, el esfuerzo de descarga por la vía motriz que se perpetró en un primer momento solamente podría derivar en una sensación de agotamiento y frustración.

Este punto es particularmente interesante pues permite apreciar que lo que *a priori* no estaba ligado al cuerpo y llegó después —las ideas, percepciones y recuerdos— será capaz de evocar estados anímicos análogos a los que inauguraron las necesidades corporales consabidas. Aquí es donde se aprecia de forma nítida la deriva pulsional desde el interior del organismo hasta el psiquismo del individuo. La conexión de una cantidad con las vicisitudes de los afectos, el salto del procesamiento neuronal hasta la subjetividad del individuo.

En el caso del dolor, tendríamos un procesamiento semejante. O sea, lo que irrumpiría en el recuerdo doloroso tampoco podría generar un efecto tal y como se produjo en la vivencia

³⁵⁹ Freud, S. (1893-95), t. II, p. 219.

original. No obstante, el calado que tiene un recuerdo doloroso, el desprendimiento profuso de displacer que genera merece incorporar una nueva hipótesis.

Entonces, por la vivencia de satisfacción se genera una facilitación entre dos imágenes-recuerdo y las neuronas del núcleo que son investidas en el estado del esfuerzo {*Drang*}. Con la descarga de satisfacción, sin duda también la $Q'\eta$ es drenada de las imágenes-recuerdo. Con el reafloramiento del estado de *esfuerzo* o de *deseo*, la investidura traspasa sobre los dos recuerdos y los anima. Tal vez sea la imagen-recuerdo del objeto la alcanzada primero por la *reanimación del deseo* [...]. De manera normal Ψ está expuesto a $Q'\eta$ desde las conducciones endógenas; de manera anormal, si bien todavía no patológica, toda vez que Q hipertróficas perforan los dispositivos-pantalla en Φ , o sea en el caso del dolor. El dolor produce en Ψ : 1) un gran acrecentamiento de nivel que es sentido como displacer por ω ; 2) una inclinación de descarga, que puede ser modificada según ciertas direcciones, y 3) una facilitación entre esta y una imagen-recuerdo del objeto excitador de dolor. Además, es indiscutible que el dolor posee una cualidad particular, que se hace reconocer junto al displacer. Si la imagen mnémica del objeto (hostil) es de algún modo investida de nuevo (v. gr., por nuevas percepciones), se establece un estado que no es dolor, pero tiene semejanza con él. Este estado contiene displacer y la inclinación de descarga correspondiente a la vivencia de dolor. En la vivencia genuina de dolor era la Q exterior irrupiente la acrecentadora del nivel Ψ . En la reproducción de la vivencia —en *el afecto*—, sólo sobreviene la Q que inviste al recuerdo, y es claro que esta tiene que ser de la naturaleza de una percepción cualquiera, no puede traer por consecuencia un acrecentamiento general de $Q'\eta$ ³⁶⁰.

Como hemos comentado, no serían investidas las neuronas del núcleo sino las imágenes-recuerdo. Ahora bien, necesariamente debería afluir cierta “ $Q'\eta$ ” a “ Ψ ” que pudiese desencadenar el afecto doloroso. Freud incorpora de nuevo otras neuronas, las “neuronas llave”, neuronas que al ser excitadas harían el camino inverso de las neuronas motrices, que desembocan en la musculatura; es decir, transportarían desde el interior del cuerpo “ $Q'\eta$ ” hacia “ Ψ ” y generarían displacer.

Sólo resta suponer que por la investidura de recuerdos es *desprendido* {desligado} displacer desde el interior del cuerpo, y es de nuevo transportado hacia arriba. Sólo es posible representarse del siguiente modo el mecanismo de ese desprendimiento: Así como hay neuronas motrices que con cierto llenado conducen $Q'\eta$ a los músculos y así descargan, tienen que existir neuronas “secretorias” que, cuando son excitadas, hacen generarse en el interior del cuerpo lo que tiene acción eficiente sobre las conducciones endógenas hacia Ψ

³⁶⁰ Freud, S. (1950 [1895]), t. I, pp. 364-365.

como estímulo; neuronas que, por ende, influyen sobre la producción de $Q'\eta$ endógenas, con lo cual no descargan $Q'\eta$, sino que la aportan por unos rodeos. Llamaremos “neuronas llave” a estas neuronas motrices³⁶¹.

2.3.1.6. El deseo y la defensa

La necesidad de incorporar en el aparato a las neuronas llave se fundamenta en el desprendimiento de excitación sexual. No podemos olvidar que el *Proyecto* surge por y para la indagación de las neurosis y, más concretamente, para afianzar el concepto de “defensa”. Señala que en el desprendimiento sexual precisamente se produce esto, un afloramiento de displacer. Y alude a la plausible generación de productos químicos como representantes de los estímulos del interior.

De hecho, las vivencias de satisfacción y de dolor tienen como resto a los afectos y a los estados de deseo:

Común a ambos es contener una elevación de la tensión $Q'\eta$ en Ψ , en el caso del *afecto* por desprendimiento repentino, en el del *deseo* por sumación. Ambos estados son de la máxima significatividad para el decurso en Ψ , pues le dejan como secuela unos motivos compulsivos. Del estado de deseo se sigue directamente una *atracción* hacia el objeto de deseo, respectivamente su huella mnémica; de la vivencia de dolor resulta una repulsión, una desinclinación a mantener investida la imagen mnémica hostil. Son estas la *atracción de deseo* primaria y la *defensa* primaria³⁶².

El decir, las vivencias originarias de satisfacción y dolor producen *a posteriori* tendencias de atracción hacia el objeto de deseo y la represión, respectivamente. Los afectos generarán un desprendimiento repentino de displacer por la evocación de la imagen recuerdo; tanto en el caso de un afecto positivo como negativo puesto que el displacer es inherente al acrecentamiento de tensión. Y en el deseo se daría una situación análoga, si bien no por desprendimiento repentino sino por sumación. En efecto, en el deseo, teniendo en cuenta que es lo que arranca del displacer y apunta a la satisfacción, el acrecentamiento de excitación se produciría poco a poco por acumulación, no como una intrusión repentina de un suceso traumático, por ejemplo.

³⁶¹ Ibídem..

³⁶² Ibíd., pp. 366-367.

En cualquier caso, el objeto de satisfacción original estará perdido, ya no podrá asirse, por tanto, el acopio de “Q’η” que obedecía a la función secundaria (mantenimiento de cierta cantidad de excitación para que pueda producirse una acción específica que apacigüe la perturbación), deberá ser comandado por una nueva organización en “Ψ”, el yo, que será el que altere los pasos de “Q’η”.

2.3.1.7. Los procesos primario y secundario

Tenemos que el yo es el conjunto de investiduras “Ψ” que mediante “inhibición”³⁶³ modificará los recorridos de “Q’η”. Si bien ésta fluye a través de las distintas barreras-contacto con menor resistencia, también es cierto que este camino puede verse alterado ante la investidura simultánea de dos neuronas contiguas, tal y como se ha referenciado anteriormente. Por tanto, el yo, aprovechará este subterfugio para invertir de forma colateral otras neuronas que inhiban así el recorrido natural de “Q’η”.

Lamará “procesos secundarios”³⁶⁴ justamente a este proceder del yo de cara a apaciguar el displacer. Claramente, si se invistiese el recuerdo del objeto hostil, si una neurona de “Ψ” fuese cargada de “Q”, se produciría fácilmente displacer en cuanto ésta entrase en conexión con una de las neuronas llave que hemos comentado más arriba. Entonces, si el yo estuviese atento a la emergencia de una investidura de la imagen-recuerdo perturbadora podría producir una investidura colateral de neuronas con escasa resistencia que atrajeran la facilitación desde la neurona recuerdo, modificando así el decurso de “Q” y evitando su trámite hacia la neurona llave que sólo generaría la secreción de “Q’η” en dirección hacia “Ψ” y, consecuentemente, hasta llegar a “ω”, hecho que acabaría produciendo displacer.

Precisamente por esta función del yo, éste debe estar aprovisionado de una gran cantidad de neuronas investidas que permita acometer las investiduras colaterales que finalmente puedan tramitar la descarga de “Q”.

Los “primarios”³⁶⁵ serán los concernientes a los estados de deseo que conllevan una generación total de displacer, un no-fin del incremento continuo de “Q’η”.

³⁶³ Ibid., p. 368.

³⁶⁴ Ibid., p. 370.

³⁶⁵ Ibídem.

Llamamos *procesos psíquicos primarios* a la investidura-deseo hasta la alucinación, el desarrollo total de displacer, que conlleva el gasto total de defensa; en cambio, llamamos *procesos psíquicos secundarios* a aquellos otros que son posibilitados solamente por una buena investidura del yo y que constituyen una morigeración de los primeros. La condición de los segundos es, como se ve, una valorización correcta de los *signos de realidad objetiva*, sólo posible con una inhibición por el yo³⁶⁶.

2.3.1.8. Los signos de realidad

Previo puesta en marcha del mecanismo de inhibición del yo, éste debe ser alertado por los “signos de realidad”³⁶⁷. Es decir, en origen, tras la primera vivencia de satisfacción, si deviniese el estado de deseo, la investidura recuerdo del objeto de satisfacción podría desembocar, tal y como hemos apuntado antes, en una alucinación del objeto que llevaría en su intento de asirlo una frustración. Asimismo, en el caso de investirse el recuerdo del objeto hostil, el yo debería ser alertado para emprender sus inversiones colaterales con el fin de obstruir las conexiones con las neuronas llave que producirían el displacer. Por tanto, se hace necesaria una señal de realidad que permita diferenciar lo que concierne al orden del deseo y a la representación-recuerdo del objeto hostil, y lo que atañe, por otro lado, a una percepción en sí misma.

Las neuronas “ω” son las que se presentarían como candidatas a ofrecer una indicación de este tipo, al incidir en ellas una cualidad, consecuencia de lo que en efecto proviene del exterior; podrían producir una descarga de la que “Ψ” tomase noticia. No obstante, ante una investidura de la imagen recuerdo de gran intensidad por la vía alucinatoria se obtendría algo del orden de la percepción, nada podría impedirse. La maniobra expuesta por la que “ω” ofrecería un signo de realidad no sería de aplicación, pues nada ha venido de afuera, todo sucede en el interior, no hay alerta. De este modo, los únicos signos de cualidad vendrían desde afuera por la descarga de “ω” y desde adentro por una acrecentada investidura devenida de la alucinación.

Luego, el signo de realidad realmente debe afluir del lado de la inhibición encomendada al yo, pues en este caso, la inhibición, al modificar el camino de la cantidad que va invirtiendo

³⁶⁶ Ibid., p. 372.

³⁶⁷ Ibid., p. 371.

a las neuronas evitaría un signo de cualidad de realidad alucinatoria y un desprendimiento de displacer. Pero, ¿cómo “ Ψ ” se da cuenta de que debe comenzar su actuación?

Necesariamente, se ha de aducir un nuevo supuesto: que las neuronas “ ω ” mantengan desde el principio un enlace anatómico con los órganos de los sentidos, de manera que provoquen su descarga sobre aparatos motores de ellos mismos. Así está descarga es la que apuntará realmente como señal de alerta para que se desencadene la inhibición, pues no se produciría la descarga motora en caso de venir un estímulo desde afuera que realizaría también “ Φ ”.

A continuación, se ampliará más este caso que pugna a encomendar la inhibición del yo.

Cuando se produce acoplamiento entre la investidura-deseo de la imagen-recuerdo y la investidura-percepción, “ ω ” da cuenta del signo de realidad y se produce una descarga fácil de ser tramitada, a la que precisamente hemos aludido en el párrafo anterior por la tarea de responsabilidad de “ Φ ”. Sin embargo, cuando no hay tal compenetración, la percepción se descompone en distintos elementos, de manera que unos sí se acoplan de manera idéntica a la investidura-deseo de la imagen-recuerdo, pero otros no lo hacen en su totalidad. ¿Qué ocurre entonces?

Después el lenguaje creará para esta descomposición el término *juicio* [*Urteil*; “parte primordial”], y desentrañará la semejanza que de hecho existe entre el núcleo del yo y el ingrediente constante de percepción [por un lado], las investiduras cambiantes dentro del manto y el ingrediente inconstante [por el otro]; la neurona *a* será nombrada la *cosa del mundo* {*Ding*}, y la neurona *b*, su actividad o propiedad —en suma su *predicado*—[...] Uno puede seguir analizando este proceso: si neurona *a* concuerda, pero es percibida neurona *c* en lugar de neurona *b*, el trabajo del yo sigue las conexiones de esta neurona *c* y, mediante una corriente $Q'\eta$ a lo largo de estas conexiones, hace aflorar investiduras nuevas, hasta hallar un acceso a la neurona *b* faltante. Por regla general, se obtiene una imagen-movimiento que es interpolada entre neurona *c* y neurona *b*, y con la reanimación de esta imagen mediante un movimiento efectivamente ejecutado se establece la percepción de neurona *b* y, con ella, la identidad buscada³⁶⁸.

El yo, por tanto, será responsable de realizar un circuito, de establecer un puente entre las investiduras del exterior y las del interior; de dilucidar las semejanzas y diferencias entre las investiduras del objeto de deseo y otras investiduras relativas a la percepción, de forma que

³⁶⁸ Ibid., pp. 373-74.

el acrecentamiento de “Q’η” se vaya moderando en vez de crecer indefinidamente hasta la alucinación.

Mediante el acto de pensar, discernir y asociar, haciendo uso del almacenamiento de “Q’η” en las investiduras del yo y trazando un sendero que no está a merced de las facilitaciones, como en el caso de los procesos primarios sino que se rige por la meta de alcanzar una identidad de pensamiento, se produce la templanza de la excitación endógena³⁶⁹.

2.3.1.9. El yo regulador de las sensaciones

En este sentido, Freud ofrece un ejemplo que hace más transparentes estos mecanismos de la alerta del yo y el rodeo que efectúa éste para apaciguar la tensión endógena y producir la descarga; aunque con un caso en que el sujeto aún se encuentra en un estado muy precario en cuanto a su formación del yo y a las actuaciones que por tanto puede promover éste. No obstante, no dejará de arrojar luz sobre este asunto tan trascendente en la vida psíquica de los sujetos, al punto que, a la postre, puede desencadenar en fenómenos psicopatológicos.

El lactante en el momento que sufre el impulso de satisfacer su necesidad de nutrición, padece de un acrecentamiento endógeno de excitación que le inquieta y le produce displacer —las neuronas “Ψ” serían investidas y transmitirían a “ω” un cociente de la “Q’η” que soportan, así como su periodo, desprendiéndose la sensación de displacer.

Él vivió la experiencia de satisfacción inaugural en el momento en que el pezón del pecho materno se colocó frente a él y se introdujo en su boca procurándole lo que le faltaba —la descarga de “Q’η” se produjo por la acción específica que le procuró en su auxilio la madre; la succión motora y le ingestión del alimento—. El deseo, por tanto, quedó instaurado —pues una vez establecida la vivencia de satisfacción es inherente la instauración de su necesidad de retomarla— así como la percepción del objeto —el pezón del pecho al introducirse en la boca— y su recuerdo —el pecho materno con el pezón visto de frente—.

En un segundo tiempo, ante una nueva emergencia de dicha excitación él tratará de investir la imagen de deseo y le vendrá automáticamente la imagen recuerdo; si el pecho de la madre se le acercase de forma lateral aún en él seguiría aflorando de forma continua la excitación

³⁶⁹ Ibid., pp. 372-380.

vinculada a la necesidad vital. Empero, dado que el niño ha recibido una imagen perceptiva —el acercamiento del pecho lateralmente sin atisbar el pezón— que encaja pero no en su completitud con la imagen recuerdo —el pecho materno con el pezón visto de frente—, comienza su maniobra para producir la descarga a instancias de su yo, que le procuraría por el acto de pensar, una iniciativa de movimiento de giro de cabeza —inhibiendo la investidura de la imagen deseo y trasladando entonces “Q’η” desde ella hacia otra representación, como podría ser el movimiento de cabeza, evitando así un decurso por la neurona llave que seguiría produciendo el acrecentamiento de “Q’η”—, por la que vendría a alcanzarse la identidad de pensamiento buscada —la visión frontal de su recuerdo—.

Tenemos pues al yo como instancia amortiguadora del displacer, al servirse de la inhibición. Como repositorio de investiduras que pueden ser proyectadas hacia otras para cambiar los decursos de lo que supone ser una “cantidad” que afluye al aparato psíquico y que rebasando un punto óptimo genera sensaciones displacenteras. El yo estaría pues al servicio de una protección del sujeto de estas sensaciones. Y en la asociación de representaciones se encarnaría la elección del sujeto a la hora de realizar la acometida de la excitación.

2.3.1.10. Los sueños: estados libres de las acciones del yo

Por otro lado, podemos destacar que donde incurren los procesos psíquicos primarios por antonomasia, puesto que el yo se encuentra sin efecto, es en el sueño. Nos dormimos cuando las necesidades y las estimulaciones exteriores molestas están ausentes, cuando verdaderamente un proceso secundario no será necesario para el equilibrio del sujeto.

Freud señala los sueños “privados de descarga motriz”³⁷⁰, de voluntad³⁷¹. Puesto que no tiene lugar una descarga motriz de “Ψ” desde “Φ” se incurre en la ausencia de huellas mnémicas —lo que justifica una mala memoria y, a lo que contribuye también, que la “Q’η” transcurra por facilitaciones antiguas—. Son “carentes de sentido” —gobernados por la “compulsión a asociar”³⁷²—, de “índole alucinatoria, despiertan conciencia y hallan creencia”³⁷³ —cuando

³⁷⁰ Ibid., p. 383.

³⁷¹ Ibid., pp. 381-383.

³⁷² Ibid., p. 384.

³⁷³ Ibidem.

sobreviene una investidura grande de “Ψ” puede producirse la alucinación, a no ser que sea apaciguada por las inhibiciones colaterales del yo que ahora no aplican. Asimismo podría explicarse por la imposibilidad de descarga motriz de “Φ” y por una investidura que retrocede de “Ψ” hacia “Φ”, confiriendo una posibilidad de cualidad—y, por último, están dotados de conciencia, de lo que se deduce que ésta no es inseparable del yo y que los procesos primarios tampoco son inconscientes³⁷⁴.

Son *cumplimientos de deseo*, vale decir, procesos primarios siguiendo las vivencias de satisfacción, y si no se los discierne como tales, sólo se debe a que el desprendimiento de placer (reproducción de huellas de descarga de placer) es en ellos pequeño, porque en general trascurren casi sin afectos (sin desprendimiento motor). Sin embargo, esta su naturaleza es muy fácil de comprobar. De ahí, justamente, yo deduciría que la *investidura-deseo primaria fue también de naturaleza alucinatoria* [...] Sí, en caso de haberse conservado memoria de un sueño, se inquiere a la conciencia por el contenido que tuvo, se averigua que el significado de los sueños como cumplimientos de deseo es ocultado por una serie de procesos Ψ, todos los cuales se reencuentran en las neurosis y caracterizan la naturaleza patológica de estas³⁷⁵.

2.3.2. La psicopatología: derroteros pulsionales en la histeria

En la segunda parte de la obra, “Parte II. Psicopatología”³⁷⁶, Freud comenzará a explicar los destinos de las excitaciones indicadas anteriormente, particularizándolos al caso de la histeria, y las presentará como causas de los propios síntomas. Es decir, mostrará los decursos de “Q’η” en la psicopatología y concretamente en el caso de la histeria.

[...] las histerias están sometidas a una *compulsión* que es ejercida por unas representaciones *hiperintensas* [...] Con la emergencia de la representación hiperintensa se conectan unas consecuencias que, por un lado, no se pueden sofocar, y por el otro, no se pueden comprender: desprendimiento de afecto, inervaciones motrices, impedimentos. No escapa al individuo inteligir lo llamativo de este estado de cosas³⁷⁷.

En efecto, a las histéricas de Freud les acechaban ciertas representaciones que les perpetraban, entre otras cosas, manifestaciones en el cuerpo que destacaban por su imprecisión; escapan

³⁷⁴ Ibid., pp. 384-386.

³⁷⁵ Ibid., pp. 385-86.

³⁷⁶ Ibid., p. 394-407.

³⁷⁷ Ibid., p. 394.

a las patologías vigentes, no se apreciaba daño anatómico cerebral solo perturbaciones psicofisiológicas. Su particular forma de evidenciar un significado oculto se correspondía precisamente con esas representaciones convocantes que estaban asociadas al evento traumático. Veamos seguidamente, en detalle, el origen de la compulsión.

Lo que ocurre es que en un primer momento se produjo un suceso “B” que motivó de forma entendible lo que ahora se ha convertido en una compulsión.

Ese suceso “B” estuvo ligado a otro “A” sin importancia. Sin embargo, en el aparato psíquico se produjo un desplazamiento de “B” por parte de “A”, pasando éste último a sustituirle.

Así, el histérico no sabe por qué posee dichas reacciones ante “A”, dado que no son consecuencias lógicas. “El símbolo ha sustituido por completo a la *cosa del mundo* [...] a toda *compulsión* corresponde una *represión*”³⁷⁸.

Esto se origina de la manera siguiente: la representación “B”, proveniente de la vida sexual del sujeto, motiva un afecto penoso (se da con una neurona cuya investidura desprende displacer) que ocasiona la represión (“*defensa primaria* que consiste en que la corriente de pensamiento da la vuelta {*umkehr*} tan pronto como choca con una neurona cuya investidura desprende {desliga} displacer”³⁷⁹). Es decir, “B” pasó a ser sustituida por “A” (imagen-recuerdo coyunturalmente ligada a “B”) y para acceder de nuevo a ella se presentan ciertas resistencias con la misma fuerza que fue requerida para llevar a buen fin la represión (inhibición del yo al ser alertado por le displacer que genera). Estas resistencias imposibilitan en cierta medida el acceso a “B” y son encarnadas por las compulsiones ejercidas por “A” (serían la presentificación de la inhibición realizada en el momento original). “B” realmente ha quedado excluida del proceso de pensamiento, no de la conciencia, y mantiene por supuesto su huella mnémica en “Ψ”, pero un avivamiento de su recuerdo sólo pondría en marcha una investidura colateral de resistencias, la compulsión de “A” (pues la compulsión evita el desprendimiento displacentero del afecto ligado a “B”).

Desde este punto de vista la defensa no estaría al servicio de los procesos primarios del aparato psíquico. La defensa es patológica en la medida en que está arraigada a la vida sexual del sujeto y produce la “formación de un símbolo”³⁸⁰ que intercepta a la representación

³⁷⁸ Ibid., p. 397.

³⁷⁹ Ibid., p. 398.

³⁸⁰ Ibid., p. 399.

penosa (no supone un triunfo total). Es decir, en un caso no patológico lo que se produciría es una evitación del recuerdo en sí mismo pero no una sustitución de este recuerdo por otro que comandase la formación patológica; la patología consiste en traer siempre al momento actual el recuerdo mediante "A", cuando simplemente debería esquivarse "B". Todo inclina a pensar que esto sería explicado por el incremento desmedido de displacer que generaría el afecto penoso "B", pero no es consistente; también se observa que afectos imperiosamente displacereros no son susceptibles de represión ni de ser expresados simbólicamente en un síntoma. Por ejemplo, la muerte de un ser querido y su recuerdo ulterior. Lo que realmente determina la acción de la represión ha de buscarse en el ámbito sexual, que es otro de los factores que se localizan dentro de la etiología histérica.

No obstante, tampoco es posible aseverar que los afectos sexuales sean en intensidad superiores al resto de afectos, luego su peculiaridad debe hallarse en otros aspectos que no sean del orden de la cantidad.

Freud distingue entre desplazamiento y represión porque puede surgir una tendencia a explicar el proceso represivo simplemente como el desplazamiento de una investidura hacia otra neurona. Sin embargo, aunque la praxis corrobora que en la represión histérica se hace uso de la simbolización (desplazamiento en este caso al cuerpo), en la neurosis obsesiva la represión no acontece con la simbolización y, represión y sustitución no se dan simultáneamente³⁸¹. Por lo tanto, Freud opta por adentrarse en el ámbito de la sexualidad, para tratar de explicar este asunto. Para ello recurre al caso de una histérica (Emma) que, en efecto, contribuirá a la elucidación de la compulsión histérica.

A esta mujer se le presenta la compulsión de no poder ir sola a realizar compras. La paciente, tratando de buscar la primera vez que algo parecido le ocurrió en su vida, asocia este hecho a uno sucedido tiempo atrás cuando era una adolescente. Fue a una tienda a comprar algo y tras oír las risas de dos individuos que también estaban en el local salió despavorida sin comprender lo que pasaba. La asociación de pensamientos que produce es que uno de ellos le había gustado realmente y, por otro lado, ambos debían reírse de su vestido.

La situación no es inteligible y resulta absurda en apariencia pero las pesquisas ulteriores permiten entender el estado de la cuestión.

³⁸¹ *Ibíd.*, p. 399.

Le asiste a la cabeza otro pensamiento. Siendo niña acudió a una tienda a comprar chucherías, el dependiente indecoroso le pellizcó los genitales a través del vestido a la par que emitió una gran carcajada. No obstante, a pesar del incidente, volvió una vez más para comprar y ya no regresar jamás. El reproche de haber asistido una segunda vez le castiga, al atisbar la posible intención en ella de querer repetir el evento sexual.

El enlace de ambas situaciones se produce a instancias de la risa. En la segunda escena la risa que escucha entre la pareja de varones le produce una excitación sexual que le rebasa, emergiendo la angustia, angustia ante la posibilidad de que los dos individuos la asalten como ocurrió en su etapa infantil.

El recuerdo intenso del sujeto, que recoge su excitación en el periodo de la infancia, sólo se vuelve traumático tras la experimentación del “desprendimiento sexual”³⁸² en la pubertad y su vinculación con el recuerdo de la escena infantil —tal y como indicará un año más tarde en el “Manuscrito K” de la correspondencia con Fliess, a propósito de las neurosis de defensa—. *“El retardo de la pubertad posibilita unos procesos primarios póstumos”*³⁸³. Lo perturbador, empero, es el desprendimiento de afecto, no el propio recuerdo. Por lo tanto, el yo debe evitar el desprendimiento de afecto, no debe ceder al proceso primario; en la histeria se enteraría demasiado tarde del vasto desprendimiento sexual y acabaría derivándose en un síntoma.

En efecto, la peculiaridad misma de la sexualidad es lo que comanda la represión, que un acontecimiento vivido en un tiempo pretérito y que no conllevó un afecto retorne en un tiempo posterior desencadenando un afecto penoso. Esto sólo sucede en la vida psíquica con las representaciones sexuales que se reanudan en la pubertad. La constitución sexual no es conformada totalmente hasta ese momento; en la etapa previa a la pubertad los eventos sexuales que hubieran podido suceder dejarían huellas mnémicas en el sujeto pero sin sentido, la adquisición del significado sólo vendría después al emerger en el sujeto durante la pubertad unas sensaciones sexuales. Por lo tanto, a partir de estos hechos se acredita que en la histeria se produjo un acto sexual prematuramente.

³⁸² Ibid., p. 401.

³⁸³ Freud, S. (1950 [1895]), t. I, p. 407.

2.3.3. Más allá del cuerpo: el lenguaje como medio de descarga

Por último, Freud en la tercera parte de este trabajo, “Parte III Intento de figurar los procesos Ψ normales”³⁸⁴, tratará de dar una explicación a lo que llama procesos secundarios³⁸⁵. Es decir, aquellos que apaciguan a los procesos primarios por el efecto de la inhibición a la que da rienda el yo.

2.3.3.1. La atención psíquica

Para encontrar un mecanismo normal que permita al yo emprender una serie de acciones frente a las influencias del mundo externo (evitando la defensa patológica vista en el apartado anterior de la histeria) Freud apela a la “atención psíquica”³⁸⁶. Ésta no consiste en otra cosa más que ante una percepción —que produciría una investidura de “ Ψ ” desde “ Φ ” y también otra menor a “ ω ”, que daría cuenta de una sensación— aguardar a la descarga desde “ ω ”, esperar a que se brinde un signo de cualidad. Así, el yo podría comenzar su maniobra, pues habría tomado nota de que de que en “ Ψ ” está teniendo lugar una afluencia de “ Q ” desde el exterior. Supone su ubicación en un estado de expectativa. “El efecto de la *atención psíquica* es la investidura de las mismas neuronas que son portadoras de la investidura-percepción.”³⁸⁷

Freud retoma lo ya desarrollado en apartados anteriores para dotarlo de una génesis biológica. Ejemplifica con el apetito cómo el yo inviste la representación del objeto amado (investidura-deseo de la imagen-recuerdo) e indica que la experiencia biológica enseña que no debe invertirse demasiado, sino que debe esperarse a que se produzca un acoplamiento entre dicha investidura y la investidura percepción que efectivamente sí produce un signo de cualidad, de realidad, y procesar una fácil descarga. Si la percepción que se recibe no es idéntica a la representación, entraría el juego el pensamiento para dar con la concordancia. Veámoslo en más detalle desarrollando el ejemplo.

Si el yo se encontrase en una estado de tensión debido al apetito, tendería a producir una investidura de la imagen-recuerdo/imagen-deseo siguiendo el modelo de la satisfacción

³⁸⁴ *Ibíd.*, p. 408.

³⁸⁵ *Ibíd.*, p. 370.

³⁸⁶ *Ibíd.*, p. 409.

³⁸⁷ *Ibíd.*

primera; no obstante, según la experiencia biológica, se sabe que un incremento de la intensidad de esta investidura puede desembocar en una fatiga y una frustración, precisamente por no obtener realmente el objeto real que en su día satisfizo al sujeto, sino por vía alucinatoria.

Entonces, el yo debe diferir su acción a la espera de un signo de cualidad que le indique que en efecto se trata de una percepción y no de una representación. Hemos comentado anteriormente que ante una percepción-parcial, es decir, una percepción que remite a una imagen-recuerdo pero de manera inexacta —caso más habitual— se busca una identidad de pensamiento. La búsqueda de esta identidad de pensamiento instigaría, en efecto, a un desplazamiento desde la investidura de la imagen-percepción hacia la investidura de una representación. O sea, sería un intento de gestionar el excedente de cantidad contenido en los componentes de la imagen-percepción que no es coincidente con la imagen-recuerdo.

No obstante, la atención psíquica implicaría también un estado de expectativa ante la llegada de una percepción que no tenga ningún componente común con una representación-recuerdo/imagen-deseo. O sea, ante nuevas percepciones para acometer las labores que sean pertinentes.

En efecto, la investidura de la atención psíquica consistiría en lo siguiente. Ésta, ante el impacto del “Q”, brindaría un signo de cualidad al yo, mediante las descargas de “ ω ”, que no una transferencia de “Q’ η ” (este factor es independiente de la realidad objetiva); el yo, receptáculo de neuronas “ Ψ ” investidas, facilitaría el decurso de “Q’ η ” hacia las neuronas percepción, quedando éstas sobreinvertidas, ya que acumularían “Q” y “Q’ η ”. Finalmente son ellas las que gestionarían la descarga.

Cuando la atención psíquica falla, simplemente tendría lugar un circuito de percepción donde una afluencia de la “Q” exterior se distribuiría entre neuronas próximas, invistiendo por asociación a otras, hasta terminar en algunas, por la minoración de la “Q” a cantidades muy pequeñas que no permitirían continuar con el decurso por las resistencias. Claramente, este es un mecanismo activo de forma casi constante puesto que a un sujeto le afluyen multitud de percepciones pero sin que éste esté atento a todas y cada una de ellas.

2.3.3.2. El decir al servicio de la descarga

Ahora bien, prosiguiendo con la descarga por el efecto de la atención psíquica, tendríamos que ésta podría llevarse a cabo mediante el acto del pensar. Realizando una asociación de unas neuronas con otras siguiendo el trayecto más proclive al transcurso de “Q’η”, es decir, aquel con mayor facilitación, podrían encontrarse neuronas motrices que transmitirían fácilmente la descarga, así como un signo de cualidad; pero sería importante que esto se diera con todas las investiduras por las que se ha expandido “Q’η”.

La asociación lingüística precisamente puede lograr este hito. Al enlazar las “Ψ” con neuronas soportes de la representación sonora, ligadas enérgicamente a las imágenes lingüísticas motrices, les transmitirían “Q’η” que, por el acto del lenguaje, efectuarían la descarga. Luego, si el yo preinvistiese las neuronas imágenes-palabra se agenciaría un mecanismo para guiar la investidura de los recuerdos que aparecen en el decurso de “Q’η”.

Ahora bien, puede acontecer que durante el decurso de Q se invista también una neurona motriz, que entonces descargue $Q’\eta$ y brinde un signo de cualidad [...] Cumple este fin la *asociación lingüística*. Consiste en el enlace de las neuronas Ψ con neuronas que sirven a las representaciones sonoras y poseen ellas mismas la asociación más íntima con imágenes lingüísticas motrices. Estas asociaciones aventajan a las otras en dos caracteres: son cerradas (pocas en número) y exclusivas. De la imagen sonora, la excitación alcanza siempre a la imagen-palabra, y de esta, a la descarga. Si entonces las imágenes mnémicas son de tal índole que una corriente parcial pueda ir desde ellas hasta las imágenes sonoras e imágenes motrices de palabra, la investidura de las imágenes mnémicas se acompañará de noticias de descarga que serán signos de cualidad, y por eso también signos-conciencia del recuerdo. Y si ahora el yo preinvieste estas imágenes-palabra como antes a las imágenes de descarga ω , se habrá procurado el mecanismo que guíe la investidura Ψ sobre los recuerdos que afloran en el decurso $Q’\eta$. Este es el *pensar observador, conciente* [...] La asociación lingüística, además de posibilitar el discernimiento, obra algo importante [...] los *signos de descarga lingüística* remedian este defecto, equiparan los procesos de pensar a los procesos perceptivos, les prestan una realidad objetiva y *posibilitan su memoria*³⁸⁸.

Freud también apunta, en este caso, al desarrollo biológico de la descarga lingüística. En concreto, dice que ante el incremento de tensión endógena, el sujeto se sirve de la invención

³⁸⁸ Ibíd., pp. 413-14.

lingüística para llamar la atención del auxiliador de forma que la acción específica tenga lugar. De esta manera, toma la función secundaria de la comunicación, el entendimiento³⁸⁹.

Por ejemplo, cuando el niño tiene hambre, el incremento de la “Q’η”, que le supone una tensión y un displacer, se intenta apaciguar mediante el llanto, el grito, espasmos, etc. Es decir, la descarga motriz a partir de esas reacciones da cuenta de una cualidad de objeto y con ella la consciencia de distintos recuerdos displacenteros.

Como corolario de esto último apuntado en relación al lenguaje podemos destacar que se erige como un mecanismo de tramitación de “Q’η” no patológico y con fuerza imperiosa para producir las descargas de investiduras. Sería un recurso a disposición de cualquier sujeto para gestionar “Q’η”. Curiosamente la “Q’η” no sólo se mueve ya desde el interior del cuerpo hasta alcanzar lo corporal sino que incluso llega a arribar a lo que se sitúa más allá del sujeto, al propio lenguaje, algo que en definitiva trasciende al ser puesto que viene de afuera.

Merece ser considerado también el desarrollo biológico de esta asociación en extremo importante. La invención lingüística es originariamente una vía de descarga que opera a modo de una válvula para Ψ, a fin de regular las oscilaciones de Q’η; es un tramo de la vía hacia la *alteración interior*, que constituye la única descarga mientras la *acción específica* esté todavía por descubrirse³⁹⁰.

2.3.3.3. El proceso de pensamiento. El último legado de la física

Debemos apuntar que el acto de pensar no equivale exactamente al acto del decir, pues éste último facilita una descarga más rauda. En el primer caso, lo que tiene lugar es un decurso de pequeñas cantidades de “Q’η” a través de neuronas del recuerdo o perceptivas que están sobreinvertidas. Freud define este estado de la cuestión como “estado ligado”³⁹¹, una neurona con una investidura considerable y que transmite poca cantidad de “Q’η”. El propio yo, como reunión de neuronas “Ψ” de estas características supondría un estado ligado. Cuando una neurona percepción es sobreinvertida, o invertida con atención, pasaría a formar parte de yo, y contribuir al estado ligado en el que se encuentra. Por el contrario, la “Q” externa se hallaría

³⁸⁹ Ibid., pp. 362-363.

³⁹⁰ Ibid., p. 414.

³⁹¹ Ibid., p. 416.

en estado libre. Entonces, el proceso de pensamiento ya podría concebirse también en términos mecánicos por este estado ligado.

Inexcusablemente esta particularidad neuronal nos hace reflexionar irremediabilmente sobre la formación del yo, como receptáculo de neuronas investidas y con poca transmisión de “Q’η” que le confiere el carácter de complejo neuronal con nivel constante. Su génesis se ubicaba en el acopio de “Q’η” procedente de órganos interiores y de la experiencia de la vivencia inaugural de satisfacción. Justamente ésta última es la que en su intento de repetición le señala al sujeto la defensa primaria. Luego, mediante la regulación de displacer se educa al yo en sus futuras acciones, se le instruye en la atención. La constancia de la investidura del yo se mantiene por las fronteras que lo delimitan; por un lado, vuelto hacia el interior de forma que no puede realizar descargas en ese sentido y, por otra parte, como receptor de estimulación exterior.

Estas concepciones son herederas de *Estudios sobre la histeria* (1895)³⁹², al menos así parece aseverarlo Freud en “Lo inconsciente” (1915)³⁹³. Breuer en su comparativa de los sueños con la vigilia indica que en ésta última el cerebro se encuentra en una estado de excitación tónica intracerebral, que le permite comandar ciertas acciones evitando, por ejemplo, aquello que sucede en los sueños, donde parece haber un no límite de asociaciones, etc. Esta cantidad de excitación puede poner al sujeto en un estado de expectativa con predisposición para ejecutar acciones. Breuer rompe con una concepción de sujeto pasivo receptor de estímulos, apostando por una conducción de excitación que también se produce hacia fuera. Teoriza una agrupación de neuronas con excitación mediana en interconexión por las que fluye una especie de excitación y postula asimismo una energía potencial que se encuentra en la propia neurona; designa a este estado de excitación nerviosa como estado quiescente dispuesto a operar.

Laplanche y Pontalis³⁹⁴ nos indican que si bien Breuer tomó una terminología fisicalista para realizar su elaboración del aparato psíquico, en aquel momento no tuvo en cuenta el segundo principio de la termodinámica. Sin embargo, Freud sí lo consideró y en un intento de actualizar las elucidaciones breurianas con las nociones físicas instituidas por Helmholtz

³⁹² Freud, S. (1893-95), t. II, pp. 205-206.

³⁹³ Freud, S. (1915e), t. XIV, p. 183 #2.

³⁹⁴ Laplanche, J. Pontalis J-B. (1996), p. 117.

cometió el desliz que le permitió estar cerca de las elucubraciones de Breuer pero invirtiendo el sentido físico de las cosas.

Es decir, Helmholtz denominaba energía libre a la susceptible de transformación en otras clases de trabajo y ligada a la que sólo es manifestable como calor.

Laplanche y Pontalis indican que Freud tomó como equivalentes, respectivamente, las energías tónica y cinética de Breuer, cuando la oposición breueriana era mecanicista exclusivamente y en la helmholtziana se contemplaban ya otras energías al margen de la mecánica.

Señalan que la energía tónica de Breuer sería la libre en el sentido de Helmholtz y por tanto transformable en otras formas de energía, mientras que la cinética del movimiento sería la ligada. Así Freud intentó encasillar la energía libre dentro de un concepto meramente mecánico.

No obstante, nos mostramos reticentes a aceptar las interpretaciones de Laplanche y Pontalis puesto que entendemos que Freud concebía como la excitación tónica de Breuer precisamente el estado ligado de Helmholtz, lo más constante y lo menos transformable pero preparado para la acción; donde hay un acopio de energía por la agrupación de neuronas investidas que trata de mantenerse en unos niveles concretos o tiende a incrementarse de manera proporcional en las distintas neuronas que forman el yo (manteniendo un estado de equilibrio), con el fin de desplegar las investiduras colaterales que vengan a inhibir la circulación errática de la energía libre que afluye al aparato y que debe ser transformada en energía de otras clases, en el sentido de Helmholtz.

O sea, el estado quiescente del yo es la reserva energética que debe mantenerse en los niveles óptimos con el pertinente acopio de energía que se calcularía en referencia a las energías libres que inciden en el aparato y que debe interceptar o más bien transformar en acciones del pensamiento, inervaciones motoras, como sería la conversión histérica, etc. El yo encarnaría el estado ligado de Helmholtz y el quiescente de Breuer y no al revés. Entendemos que la apreciación freudiana fue realmente intencionada y que no incurrió en error.

La libre circulación de las “Q” que inciden en el aparato inhibiendo las funciones psíquicas, al aglutinarse en alguna de ellas en concreto, en varias o lo que fuere, de manera dispareja en definitiva, es lo que pone a trabajar al yo, por despertar el efecto perturbador y que deben ser desplazadas; esa “Q” es la energía libre.

De la energía cinética nada habló Breuer en los *Estudios sobre la histeria*, ya que sólo se centró en energías potenciales, tanto la tónica como la que pertenecía a cada una de sus células y que proporcionaban el óptimo durante el sueño cerrando el periodo. La energía cinética, para él desconocida, era aquella que se adquiría en general por el fluir energético entre las fibras ante un estado de excitación. Sería la que se generaría ante cualquier desplazamiento.

Asimismo entendemos que esta energía cinética breueriana y fisicalista es la que tendría el sistema a la hora de ligar la energía libre, la que implicaría la tarea que realizaría el yo en su inhibición colateral o, simplemente, la que adquiriría el sistema a la hora de realizar cualquier tipo de trabajo psíquico.

La energía potencial breueriana sería la previa a efectuar este trabajo, la que capacita al sistema para llevarlo a término según la composición del yo y la que sería necesaria, por ende, para mantener el equilibrio de fuerzas.

Empero, tal y como decía Bernfeld³⁹⁵, la elección del término de Breuer fue profundamente inadecuada pues remite ya a un estado de las cosas, a algo en funcionamiento, y puede que precisamente esa confusión que entronca de partida con los apelativos de Breuer genere las divergencias que hemos puesto de manifiesto en este epígrafe.

³⁹⁵ Bernfeld, S. (1944), p. 342.

CAPÍTULO 3

Viraje al ámbito psicológico: la aparición del concepto

El siguiente punto de inflexión en la obra de Freud consiste, en principio, en un abandono de la concepción neurofisiológica del funcionamiento del aparato psíquico que mantenía hasta el momento. En este momento, retoma aspectos ya tratados en las obras anteriores y las de un punto de vista psicológico y eminentemente práctico. Ya no se centrará en las neuronas portadoras de cargas de excitación sino que pasa más bien a ocuparse de los representantes psíquicos que acompañan esas cargas.

Mantiene la idea de que aquellas excitaciones que devienen displacenteras poseen una naturaleza sexual. Es decir, el displacer permanece como condición necesaria de la pulsión sexual aunque no suficiente. Ésta arranca de una excitación sexual acrecentada que no encuentra su satisfacción completa al no poseer un objeto-destino concreto, como se avanzó en *Estudios sobre la histeria* y se retomará en *La interpretación de los sueños* —donde nos hablará del apremio de vida, de las necesidades corporales en su pugna por la obtención de una satisfacción inaugural, perdida, que tratarán de restablecer—.

Indagará aún más en sus recorridos esclareciéndolos como surcados por paronimias, las representaciones serán relacionadas por la etimología de los vocablos asociados o simplemente por su forma o sonido en detrimento del sentido, tal y como apreciaremos en *La interpretación de los sueños*.

Será en los *Tres ensayos de teoría sexual* donde comenzará a cernir el concepto de “pulsión” y lo hará con la elucidación de su objeto —ente que despierta la atracción sexual— y su meta —acto al que insta la pulsión misma—.

A colación del primero y por ausencia de éste, en los orígenes pulsionales esclarecerá la satisfacción autoerótica, que se provee de placer en el propio cuerpo, concretamente en las zonas erógenas. Precisamente, por poder ser satisfecha en distintas zonas corporales e instar continuamente a su gozo se verá obligado a lanzar la hipótesis de un quimismo particular para estas pulsiones, que las distinguirá cualitativamente de otras operantes en el interior del yo (por ejemplo, los instintos).

Elucidará la “libido yoica” como un subrogado psíquico de la pulsión que podrá ser destinada tanto a objetos como dirigida al propio yo, denominando a la primera “libido de objeto” y ésta última “libido narcisista” (o “libido yoica”) y planteando en este sentido una dualidad por los destinos pulsionales.

Expondrá su ambivalencia con las polaridades de ver y ser visto así como el sadismo y el masoquismo. Situará su germinación en el apoyo otorgado por las necesidades primarias (chupeteo). Y establecerá un desarrollo de la libido a lo largo de distintas fases: la oral, la sádica-anal, la fálica (sin total subordinación de las pulsiones parciales a los genitales) y, tras un periodo de latencia, la genital (con supremacía de los órganos sexuales que se alcanza en la pubertad), donde tiene lugar por segunda vez la elección de objeto (la primera se halla entre los dos y cinco años).

Seguidamente, se recopilarán los textos que conciernen a esta etapa para proceder a su exploración.

3.1. El salto de lo cuantitativo a lo simbólico

El salto de lo cuantitativo hasta lo simbólico se da con *La interpretación de los sueños*. Tal y como nos muestran Roudinesco y Plon en su diccionario de psicoanálisis³⁹⁶, esta obra comenzó a escribirse en 1898, no exenta de interrupciones por los desánimos del autor, finalmente, fue publicada al año siguiente. Podemos concebir su estructura en tres partes. Una primera, dedicada a los antecedentes del sueño; otra que abarcaría la técnica de interpretación, las fuentes del sueño, su función y su trabajo; y, una última, dedicada a los procesos del sueño, al funcionamiento del aparato psíquico con la incorporación de ciertas instancias que determinan la primera tópica freudiana —consciente, preconsciente e inconsciente.

La novedad que presenta el trabajo, respecto a los estudios del sueño elaborados con anterioridad es el desciframiento del sueño, su interpretación precisamente; y, por otro lado, su concepción como acto psíquico. Si bien hasta ese momento los sueños eran interpretados simbólicamente como un todo, Freud, al entenderlos como compendios encriptados de numerosos elementos, apuesta por el desciframiento escrupuloso de todos y cada uno de sus componentes.

En la escucha atenta de los sueños de sus pacientes fue capaz de apreciar la similitud que existía con el relato de los síntomas y llevándolo al estudio del ámbito onírico señaló el origen de su deformación en la acción de la defensa inconsciente. Así diferenciará el contenido manifiesto y el contenido latente; identificará sus fuentes en los restos diurnos que serán trasladados hasta el contenido manifiesto por acción de ciertos mecanismos: la condensación, los desplazamientos, otros procedimientos de figuración onírica exentos de relaciones lógicas y la acción de la instancia censora.

Como acto psíquico entonces exigirá una explicación de sus procesos —donde serán retomados los procesos primarios y secundarios, que en la época anterior y sobre todo en el *Proyecto* suponían dos maneras de tramitar la excitación endógena—, de la represión y el desarrollo teórico de una entidad inconsciente.

³⁹⁶ Roudinesco, E. y Plon, M. (1998), pp. 540-548.

Si bien *La interpretación de los sueños* constituye uno de los legados del *Proyecto*, al menos en lo que al capítulo VII se refiere, los cambios que imperan en esta obra respecto a la otra son considerables y en los mismos títulos se hallan implícitos.

En efecto, *La interpretación de los sueños* deja de lado a las neuronas como soportes de las pulsiones y en su lugar pone a las ideas, los pensamientos. En definitiva, las representaciones serán ahora las que pasen a ser investidas y asimismo interpretables.

La primacía cuantitativa cede cierto espacio al sentido, oculto bajo las figuraciones enigmáticas que se presentan en el sueño, producto de los procesos que manejan su desarrollo, y que mediante el trabajo de interpretación será esclarecido.

Haciendo del sueño no sólo el primer objeto de su investigación sino un modelo —en el sentido que discutiremos más adelante— de todas las expresiones disfrazadas, sustituidas, ficticias del deseo humano, Freud invita a buscar en el sueño mismo la articulación del deseo y del lenguaje; y esto de múltiples maneras: primero, no es el sueño soñado lo que puede ser interpretado, sino el texto del relato del sueño; es a este texto al que el análisis quiere sustituir por otro texto que sería como la palabra primitiva del deseo; de modo que el análisis se mueve de un sentido a otro sentido; de ningún modo es el deseo como tal lo que se halla situado en el centro del análisis, sino su lenguaje. Cómo se articula en el freudismo esta semántica del deseo con la dinámica que designan las nociones de descarga, de represión, de inversión, etc., lo discutiremos más adelante. Pero lo que importa plantear desde el principio es que esta dinámica —o esta energética, y aun esta hidráulica— del deseo y la represión no se enuncia sino en una semántica: las “vicisitudes de las pulsiones”, para retomar un término de Freud, no pueden alcanzarse más que en las vicisitudes del sentido. Ahí está la razón profunda de todas las analogías entre sueño y chiste, sueño y mito, sueño y obra de arte, sueño e “ilusión” religiosa, etc. Todos estos “productos psíquicos” pertenecen a la circunscripción del sentido y se refieren a una única cuestión: ¿cómo viene la palabra al deseo?, ¿cómo frustra el deseo a la palabra y a su vez fracasa él mismo en su intento de hablar?³⁹⁷.

En efecto, la búsqueda del sentido se topa con dificultades por los procesos operantes en el sueño, la condensación y el desplazamiento, procesos que ya se vienen apreciando en los síntomas histéricos y obsesivos, que ponen en primer plano el lenguaje, pero un lenguaje que se rige bajo unas reglas muy particulares. No podemos olvidar los nexos que tienen lugar entre las palabras que sucumben al inconsciente y a los que Freud se fue aproximando en sus investigaciones sobre los olvidos y los síntomas neuróticos.

³⁹⁷ Ricoeur, P. (1970), pp. 9-10.

Asimismo, las pesquisas sobre estos procesos oníricos implicarán una concepción económica que fue imperante en la época anterior, si bien ahora matizada por la tópica y la interpretación.

Los dos cambios expresan una más radical transformación, que afecta a las relaciones entre la *explicación* tópico-económica, por un lado, y la *interpretación*, por el otro. Esta relación estaba disimulada en el *Proyecto*: la interpretación de los síntomas, tomada de las neurosis de transferencia, guiaba la construcción del sistema pero sin constituirse ella misma en tema explícito dentro del sistema. Por eso la explicación parecía independiente del trabajo concreto del analista y del trabajo del propio enfermo sobre su neurosis. No ocurre otro tanto en *La interpretación de los sueños*: la explicación sistemática se difiere hasta el final de un trabajo efectivo cuyas reglas también están elaboradas; su destino expreso es el de traducir gráficamente lo que sucede en el “trabajo del sueño” sólo accesible para y por el trabajo de la interpretación. La explicación se subordina, pues, explícitamente a la interpretación; que no por azar se llama el libro *Traumdeutung, Interpretación de los sueños*³⁹⁸.

La interpretación de los sueños nos permitirá acceder a las ideas más pretéritas, nos conducirá a los deseos infantiles, a los conflictos de esa época remota que forjan la vida futura de los neuróticos. Este será un camino regresivo que se jugará entre conceptos cuantitativos y una tópica del aparato psíquico, entre la pulsión y las representaciones relegadas al inconsciente.

Exigirá un trabajo de desciframiento que partiendo de un contenido nos llevará hasta lo más revulsivo, hacia las pulsiones. El sueño no será otra cosa que el cumplimiento de un deseo, y la interpretación, precisamente, el puente entre lo simbólico y lo pulsional. La interpretación será imprescindible para soslayar la censura impresa en el sueño, aunque más laxa que la de la vigilia, aún imperante. La censura como la pulsión participa en el mismo campo y ambas encarnan la mecánica del sistema.

Seguidamente, pasaremos a efectuar un análisis más minucioso de la obra, que nos permita acercarnos a los cometidos del tema que nos ocupa: la pulsión y posibles aportaciones a su comprensión mediante el sueño.

³⁹⁸ *Ibíd.*, pp. 78-79.

3.1.1. La interpretación: el sentido impuro

En las páginas que siguen demostraré, dice Freud, que existe una técnica psicológica que permite interpretar sueños, y que, si se aplica este procedimiento, todo sueño aparece como un producto psíquico provisto de sentido al que cabe asignar un puesto determinado dentro del ajetreo anímico de la vigilia. Intentaré, además, aclarar los procesos que dan al sueño el carácter de algo ajeno e irreconocible, y desde ellos me remontaré a la naturaleza de las fuerzas psíquicas de cuya acción conjugada o contraria nace el sueño³⁹⁹.

Antes de establecer la naturaleza de la fuerza pulsionante de los sueños, Freud retoma las características propias de estos. Elucida los olvidos que tienen lugar cuando se relatan y los recuerdos desdibujados que a ellos conciernen. Precisamente, atinando la mirada sobre aquellos elementos más superfluos y cambiantes tras la reiteración de la narración del sueño se consigue alcanzar mediante el proceso de asociación libre su núcleo fundamental.

El porqué de esta técnica se basa en la concepción del olvido del sueño como resistencia. Puesto que se trata así de un efecto de la censura psíquica, una asociación libre puede ser más indiferente a la instancia censuradora que lo que sería una reflexión profunda. Apostar por una generación de ideas guiadas por una tendencia de asociación entre las ideas mismas, a las que éstas empujan, parecería ser una salida acertada para proceder con la interpretación; conseguir aligerar la presión de la censura evitando la cancelación de la ilación de pensamientos que esclarezcan y lleven al punto central.

Freud apuesta por el sentido del sueño y su interpretación. Claramente se había servido de la praxis y de los estudios de su época psicopatológica para atisbar la analogía implícita que existía con el síntoma, para concebirlo como resistencia y encontrar en la asociación libre de ideas un medio para abordarlo. Los síntomas en la etapa psicopatológica eran un efecto de la resistencia y de la economía de la libido sexual sobretodo, es decir, estaban más del lado de la excitación, la tensión, los afectos y la cantidad. No obstante, también constituían un símbolo; el síntoma histérico en el cuerpo era un “símbolo mnémico”⁴⁰⁰, una insignia del recuerdo penoso desalojado de la conciencia por la acción de la defensa, pero desgarrado de su afecto tramitado hasta el propio síntoma. Era la prolongación del trauma, la reminiscencia corporal de un pesar⁴⁰¹.

³⁹⁹ Freud, S. (1900 [1899]), *La interpretación de los sueños*, en AE, t. IV, p. 29.

⁴⁰⁰ Freud, S. (1894a), t. III, p. 551. Freud, S. (1893-95), t. II, p. 109.

⁴⁰¹ Freud, S. (1893-95), t. II, p. 33.

Esta asimilación del sentido a un texto permite corregir lo que haya de equívoco en la noción de síntoma; el síntoma ya es ciertamente un *efecto-signo* y presenta la estructura mixta que todo nuestro estudio pretende delimitar; pero esta estructura mixta se revela en el sueño mejor que en el síntoma. Por pertenecer al discurso, el sueño descubre el síntoma como sentido y nos permite coordinar lo normal y lo patológico en lo que podría llamarse una semiología general⁴⁰².

Otra característica del sueño supone su decurso regresivo. El sueño extrae su fuerza creadora de un deseo pendiente de cumplimiento. El material que está en juego, por consiguiente, podría ser de tipología variada: ideas reprimidas (a las que se les denegó una satisfacción y que en su pugna por retornar generarían un displacer, viniendo el sueño entonces a reportar el placer omitido), desestimadas (ante limitaciones del mundo exterior), inadvertidas y pendientes de gestión, etc. Si bien en la experiencia se apuntan a deseos de la infancia insatisfechos, se tomarán restos de la vida diurna para construir el sueño.

Pero precisamente, lo que parece que va a sostener la creación del sueño es la insatisfacción, el deseo incumplido. Ineludiblemente se ha de retomar la visión económica de la etapa psicopatológica. El sueño será símbolo, pero nada sería sin una fuerza que lo generara. Los restos de la vida diurna serán insertados en el sueño de forma transformada, las encriptaciones que sufren tienen un coste económico que, si bien el trabajo del sueño dirige, requiere de unas fuerzas acreedoras.

En efecto, dar con los “pensamientos” del sueño supone hacer cierto viaje regresivo que, más allá de las impresiones y excitaciones físicas actuales, más allá de los recuerdos de la vigilia o restos diurnos, más allá del deseo actual de dormir, descubre lo inconsciente, esto es, *Los deseos más antiguos*. Lo que emerge a la superficie es nuestra infancia con sus impulsos olvidados, reprimidos, rechazados y, con nuestra infancia, emerge también la de la humanidad, resumida de algún modo en la del individuo. El sueño nos lleva a un fenómeno fundamental que nos preocupará de continuo en este libro: el fenómeno de la *regresión*, cuyos aspectos no sólo cronológicos sino también tópicos y dinámicos comprenderemos mejor en seguida. En esta regresión, lo que a partir de conceptos de sentido nos remite a conceptos de fuerza es esa relación con lo abolido, con lo prohibido, con lo reprimido; es el cortocircuito de lo arcaico y lo onírico; porque lo fantástico ahí es lo fantástico del deseo. Si el sueño tiende por su carácter de relato al discurso, en cambio su relación con el deseo lo

⁴⁰² Ricoeur, P. (1970), p. 80.

sitúa del lado de la energía, el conato, la apetición, la voluntad de poder, la libido, o como quiera decirse. De este modo el sueño, como expresión del deseo, se encuentra en el cruce entre el sentido y la fuerza⁴⁰³.

Por otro lado, precisamente por ser un cumplimiento de deseo adquiriría ese carácter presente, en el sentido temporal y vívido predominante factible por la trasposición en imágenes, lo que no quiere decir que se desestimen sueños de pensamientos. Pero sí que es cierto que sería análogo a lo que se observa en las visiones histéricas o incluso en las alucinaciones.

Tenemos pues que, del lado del contenido y del sentido, los sueños difícilmente son relatados y recordados de manera precisa, más bien son transformados en sucedáneos de lo que realmente fueron; suponen un símbolo de un deseo incumplido, la mayor parte de las veces referido a la infancia, que toma prestados extractos de la vida diurna como cimientos para su edificación. La interpretación, por una parte, se sirve de la asociación de ideas para desentrañar su verdadero contenido y tratar de alcanzar el contenido latente que realmente hay detrás de ese contenido manifiesto. Entonces, tal y como dice Ricoeur⁴⁰⁴, en sí misma constituye una tópica que discurre del contenido aparente hacia el contenido oculto, una topografía de los contenidos. Pero dado que los contenidos versan precisamente sobre el deseo, una visión pura de la decodificación interpretativa no es posible y requiere necesariamente de una mecánica que dé cuenta de lo que confiere a un contenido el estatuto de deseo.

La interpretación entonces debe entroncar también con aquello que sitúa al sujeto en el estado de la falta, en aquella situación descrita en la etapa psicopatológica por el incremento de una excitación que provenía de interior del cuerpo.

Es decir, teniendo en cuenta los dos aspectos (el sentido y empuje), el trabajo del sueño en su desfiguración de contenido debe acometer acciones en ambos campos: en el del sentido y en el de la fuerza del sueño.

[...] componer, comenta Ricoeur, entre sí dos universos del discurso: el discurso del sentido y el de la fuerza. Afirmar que el sueño es la *realización* de un deseo *reprimido* supone conjugar dos conceptos que pertenecen a órdenes diferentes: la realización o cumplimiento (*Erfüllung*)

⁴⁰³ Ibid., pp. 81-82.

⁴⁰⁴ Ibid., p. 82.

pertenece al discurso del sentido (como lo atestigua su parentesco con Husserl) y la represión (*Verdrängung*) pertenece al discurso de la fuerza; la noción de *Verstellung* combina las dos y expresa la fusión de dos conceptos, ya que el disfrazamiento es una especie de manifestación y, a la par, la distorsión que altera esa manifestación, la *violencia hecha al sentido*. La relación entre lo oculto y lo manifiesto en el disfrazamiento implica, pues, una deformación o desfiguración que sólo puede expresarse como una transacción de fuerzas⁴⁰⁵.

En efecto, en el orden del sentido tomará restos de la vigilia y los desfigurará con añadidos, transformaciones, contraposiciones, etc., una operativa en el orden del lenguaje, en la medida en que puede reescribir una historia. Por otro lado, la censura será el agente responsable del modelaje de la energía empleada en la formación onírica; no sólo por el lado del sentido sino también por el de la fuerza con que es capaz de conseguirlo. Comenta Freud que,

Esta concordancia, que llega hasta los detalles, entre los fenómenos de la censura y los de la desfiguración onírica nos autoriza a presumir condiciones parecidas para ambos. Tenemos derecho entonces a suponer que los causantes de la plasmación onírica son dos poderes (o corrientes, o sistemas) psíquicos que hay en cada individuo, de los que uno forma el deseo expresado mediante el sueño, mientras que el otro ejerce una censura sobre este deseo onírico y por ende lo obliga a desfigurar su exteriorización⁴⁰⁶.

Asimismo, las operaciones de condensación del sueño —sustentada en la síntesis que supone el relato soñado frente a la riqueza de imágenes y sensaciones que afloran en el propio estado y que también son extraídos por el acto de interpretación de cada uno de los elementos del sueño— y el desplazamiento —argumentado bajo la sorpresa que nos produce la copiosidad de elementos superficiales que aparecen en el sueño y la intensidad psíquica que en principio contienen —, también implican tanto un trabajo topográfico como un trabajo de impulso. Si concebimos el sueño como “un pensar *inconsciente*”⁴⁰⁷ sabemos ya que del lado económico implica un desplazamiento de excitaciones. Freud habla de desplazamientos de “intensidades psíquicas” pero sin dejar de lado el contenido pues es el material sobre el que opera la interpretación⁴⁰⁸.

En el trabajo onírico se exterioriza un poder psíquico que por una parte despoja de su intensidad a los elementos de alto valor psíquico, y por la otra procura a los de valor ínfimo

⁴⁰⁵ *Ibidem*.

⁴⁰⁶ Freud, S. (1900a [1899]), t. IV, p.162.

⁴⁰⁷ *Ibid.*, p. 289.

⁴⁰⁸ *Ibid.*, pp. 312-313.

nuevas valencias *por la vía de la sobredeterminación*, haciendo que estos alcancen el contenido onírico. Si esto se concede, en la formación de los sueños ocurre entonces *una trasfencia y un desplazamiento de las intensidades psíquicas* de los elementos singulares, de lo cual deriva la diferencia de texto entre contenido y pensamientos oníricos. El proceso que con esto suponemos es lisa y llanamente la pieza esencial del trabajo onírico: merece el nombre de *desplazamiento onírico*. *El desplazamiento y la condensación oníricos* son los dos maestros artesanos a cuya actividad podemos atribuir principalmente la configuración del sueño⁴⁰⁹.

Sin embargo, en el *Proyecto*⁴¹⁰, los mecanismos del sueño se entienden como gestores de cantidades de excitación neuronal que además obedecen a un superior encarnado por el principio de inercia neuronal, que insta a una descarga desinhibida de excitaciones hasta llevarlas al grado de tensión nulo. Y esto es posibilitado puesto que la instancia responsable de hacerle ceder en su despotismo no se encuentra a pleno rendimiento. El yo o la censura —tal y como se denomina en la obra en cuestión— estaría apaciguada.

Es decir, antes se explicaba el sueño sin apelar al contenido sino sólo a una dinámica de las neuronas portadoras de cierta excitación que explicarían toda una serie de fenómenos: los contrasentidos, la asociación exagerada de ideas sin enlaces lógicos, el carácter vívido o alucinatorio que se vincula sobremanera con el deseo así como la ausencia de memoria completa, pues al oscilar su contenido por representaciones pretéritas no se generarían nuevas huellas mnémicas.

El viraje que se produce en la obra objeto de estudio es patente, tanta importancia tiene el contenido como lo que lo aviva. Evidentemente, al tratarse de “la interpretación” lo que se destaca es el abordaje de un acto psíquico, similar a otros fenómenos psicopatológicos, y, por tanto, la vía para ello no es otra que el contenido disponible. Esto no implica que sea lo más importante, sino que es lo accesible pero para tratar algo de un orden distinto, que sería la excitación, la fuerza generadora de los fenómenos. En este sentido Ricoeur comenta,

En efecto, de un lado el trabajo del sueño es lo contrario del trabajo de desciframiento que efectúa el analista; a este respecto es homogéneo de las operaciones mentales que lo recorren en sentido inverso. Por eso los dos procedimientos principales estudiados en el capítulo VI de *La interpretación de los sueños* (la “condensación” —*Verdichtungsarbeit*— y el “desplazamiento” —*Verschiebungsarbeit*—) son efectos de sentido perfectamente comparables a procedimientos retóricos. Freud mismo compara la condensación con un giro abreviado,

⁴⁰⁹ Ibid., p. 313.

⁴¹⁰ Freud, S. (1950 [1895]), t. I, pp. 381-386.

lacónico, con una expresión lacunar; al mismo tiempo sería una formación de expresiones compuestas que pertenecen a varias cadenas de pensamientos. En cuanto al desplazamiento, lo compara con un descentramiento del polo organizador o incluso con una inversión de acento o de valor; las diversas representaciones cambian sus “intensidades psíquicas” del contenido latente al contenido manifiesto. Ambos procesos testifican, en el plano del sentido, la existencia de una “sobredeterminación” que reclama justamente la interpretación. Decimos que cada elemento del contenido del sueño está sobredeterminado cuando está “representado varias veces en los pensamientos del sueño”. También la condensación y el desplazamiento postulan, aunque en forma diferente, tal sobredeterminación. Esto es claro en cuanto a la condensación: aquí se trata de desplegar la multiplicidad de significaciones, de explicitarlas, mediante el método de libre asociación. Pero la sobredeterminación no está exigida menos por el desplazamiento, que tiene que ver más con intensidades psíquicas que con el número de representaciones: para crear nuevos valores, desplazar los acentos o “dejar de lado” el punto de intensidad, es inevitable que el desplazamiento vaya por el camino de la sobredeterminación. Pero esta sobredeterminación —que se formula en el lenguaje del sentido— es la contrapartida de los procesos que se formulan en el lenguaje *de la fuerza*: condensación quiere decir compresión; desplazamiento quiere decir transferencia de fuerzas: “Somos llevados a suponer que en el trabajo del sueño se manifiesta una fuerza psíquica (*éine psychische Macht*) que, por una parte, despoja de su intensidad a elementos de alto valor desde el punto de vista psíquico y, por otra parte, crea, *gracias a la sobredeterminación* y con elementos de menos valor, ‘valores’ (*Wertigkeiten*) nuevos que penetran así en el contenido del sueño. En tal caso ha habido en la formación del sueño *transferencia y desplazamiento de las intensidades psíquicas* de los diversos elementos, de donde resulta la diferencia de texto entre el contenido del sueño y los pensamientos del sueño”⁴¹¹.

Otro proceso que también clama la inseparabilidad del sentido y la cantidad es la “figuración”⁴¹² del sueño, que no es otra cosa que su puesta en escena, no apuntando ya a cambios de contenido sino a su estructuración, parece ligada a lo que en un pasado remoto sí pudo tener sentido; de ahí que en la figuración se permitan las contradicciones, absurdos, etc., todo aquello que desbarata a la lógica. Este proceso también trata el sentido y la cantidad. Para Freud, la estructura de los pensamientos del sueño se diluye en su material bruto durante la regresión. Esta regresión a la imagen, que es la restauración alucinatoria de la percepción,

⁴¹¹ Ricoeur, P. (1970), pp. 83-84.

⁴¹² Freud, S. (1900a [1899]), t. IV, p. 356.

es un fenómeno de orden económico que sólo puede formularse como un cambio de inversiones energéticas en los diversos sistemas⁴¹³.

A partir de lo comentado, a lo largo del apartado se plantea que el enlace de la vida anímica con el sueño es indiscutible y, por ende, exige de una localización donde ubicar ese emerger del sueño, precisarlo en alguna de las conformaciones del aparato anímico. En esta obra, dicho aparato será concebido como una aglomeración de instancias o sistemas que serán recorridos por las distintas excitaciones psíquicas de forma ordenada y siguiendo ciertas leyes (construcciones que serán retomadas en ulteriores trabajos, tal y como se verá en el capítulo cuarto de *Más allá del principio del placer*⁴¹⁴).

3.1.2. ¿Por qué surgen los sueños? Pulsión y deseo

La futura pulsión sexual aparecerá como productora de sueños en un agregado de 1909. En efecto, ha sido sofocada con intensidad desde la infancia, de manera que insta a ser realizada en el acto de dormir usando como vía de realización el propio sueño⁴¹⁵. Aunque esta concepción aparece en la primera parte de la obra, posteriormente, Freud identifica el deseo infantil con el motor imprescindible para la formación del sueño⁴¹⁶.

La futura pulsión será la energía instigadora del sueño, la que empujará a su construcción, la fuerza que mueve el aparato psíquico para formar el sueño, pero que no tendrá potestad en el sentido que ha de tomar éste, no determinará su contenido, sino que ahí el papel protagonista lo asume el deseo, que es el que establecerá la ruta del sueño, el que decide cómo debe ser su figuración, el escultor de su significado, aprovechando resquicios insignificantes de la vigilia para comenzar elaborar su contenido.

La condición básica para la formación del sueño será necesariamente la minoración de la censura endopsíquica⁴¹⁷.

⁴¹³ Ricoeur, P. (1970), p. 85.

⁴¹⁴ Freud, S. (1920g), t. XVIII, pp. 24-29.

⁴¹⁵ Freud, S. (1900a [1899]), t. V, p. 399.

⁴¹⁶ *Ibid.*, p. 579.

⁴¹⁷ *Ibid.*, p. 520.

Freud retoma conceptualizaciones ya acaecidas en el *Proyecto*, empero, mediante una perspectiva psicológica que deja muy atrás el punto de vista más fisiológico adoptado en los tiempos de elaboración de dicha obra. Aun así, el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* será uno de los herederos indiscutibles; las descripciones de los procesos de conformación del sueño serán un espejo adaptado de las concepciones neurofisiológicas del *Proyecto*.

Concretamente vuelve a hablar de un sistema “ Ψ ”⁴¹⁸, no ya como un grupo de neuronas específicas sino como un conjunto de elementos que conforman el aparato psíquico, compuesto por distintas localidades que tampoco conciernen a estructuras anatómicas. Estos elementos intervienen en los procesos psíquicos, formando parte de una secuencia similar a la acaecida en el reflejo.

El difícil capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (*Traumdeutung*), comenta Ricoeur, es el heredero indiscutible del *Proyecto* de 1895; no habiendo sido publicado por Freud mismo este Proyecto, puede decirse que quedó a salvo en *La interpretación de los sueños*. Y sin embargo, se han introducido al menos dos cambios; el primero es demasiado notable para que se nos escape: el aparato psíquico de *La interpretación de los sueños* funciona sin referencia anatómica, es un aparato *psíquico*; en adelante el sueño impone una temática que puede denominarse herbartiana: hay un “pensamiento” del sueño; lo que el sueño realiza, o mejor, aquello de que es cumplimiento (*Erfüllung*) es un deseo (o más bien un anhelo o aspiración, *Wunsch*), esto es, todavía una “idea”, un “pensamiento”. Por eso *La interpretación de los sueños* habla de ideas investidas y no de neuronas investidas. Este primer cambio implica otro menos ostensible, pero quizá más importante para una reflexión epistemológica sobre los “modelos”: el esquema del aparato psíquico oscila entre una representación *real*—como lo era la máquina del *Proyecto*— y una representación *figurada*—como lo serán los esquemas ulteriores de la tópica⁴¹⁹.

Es decir, la noción de espacio, como antaño se reclamaba en una estructura anatómica cerebral, no es requerida, sino tan sólo un ordenamiento temporal de los procesos que en el propio aparato se despliegan.

La idea de lugar psíquico es desde el principio analógica: el aparato psíquico funciona como un complicado microscopio o *como* una cámara fotográfica; el lugar psíquico es como el lugar del aparato donde se forma la imagen; ese punto es ya en sí mismo un punto ideal al que no corresponde parte tangible alguna del aparato. La comparación nos lleva, pues, a la paradoja

⁴¹⁸ Ibid., p. 530.

⁴¹⁹ Ricoeur, P. (1970), p. 78.

de una serie de lugares que no constituyen tanto una extensión real cuanto un orden regular: “Estrictamente hablando no necesitamos suponer un auténtico orden espacial de los sistemas psíquicos. Nos basta con que se establezca una sucesión constante (*eine feste Reihenfolge*) merced al hecho de que, durante ciertos procesos psíquicos, la excitación recorre los sistemas en un determinado orden temporal”. La espacialidad no es, en sentido estricto, sino una “representación auxiliar”: lo que quiere representar es no sólo la existencia de los diferentes sistemas que lo componen, sino también la dirección de su funcionamiento⁴²⁰.

El aparato psíquico de Freud se rige por el esquema del reflejo. Ante cualquier estímulo lo que se desencadena en el aparato es un proceso que lo transfiere hasta la motilidad⁴²¹:

No obstante, un estímulo, una percepción, pueden tener como efecto una “huella mnémica”⁴²², una alteración perdurable en el tiempo sobre los sistemas del aparato que constituirán la memoria. Ante la imposibilidad de que un mismo sistema posea componentes que han de mantenerse inmutables por así decir y sea a la vez susceptible de nuevas percepciones, se postula la existencia de dos sistemas, uno responsable de las percepciones que no desembocan en huellas mnémicas, y otro que sí se encargue de dicha transformación⁴²³:

⁴²⁰ Ibid., p. 94.

⁴²¹ Freud, S. (1900a [1899]), t. V, p.531.

⁴²² Ibidem.

⁴²³ Ibid., p.532.

Inevitablemente se rememora la distinción mencionada en los *Estudios sobre la histeria*⁴²⁴ y desarrollada en el *Proyecto* mediante las barreras-contacto y la diferenciación entre neuronas “ Ψ ” y “ Φ ”⁴²⁵.

El sistema perceptivo tramitará rápidamente la descarga motora y no dejará huellas. Sin embargo, en el acto del recuerdo en este aparato psíquico, la excitación es transmitida a distintas huellas mnémicas⁴²⁶ que se generan por asociación y que a su vez permiten un decurso de la energía hasta su descarga motora.

Por otro lado, el sistema perceptivo ofrecerá a la conciencia sensaciones, no así los recuerdos, que podemos considerarlos en este sentido inconscientes, al no estar presentes en la conciencia, aunque en un momento dado puedan presentarse en ella.

Hilando estas concepciones en relación a cómo emerge el sueño, y teniendo en cuenta una instancia del orden de la censura, debemos suponer necesariamente la existencia de otros dos sistemas, uno que denominaré “preconsciente”⁴²⁷, y que encarnará la tarea censora; y otro que, por efecto de aquel, concernirá a aquello que queda oculto a la conciencia y que llamaré “inconsciente”. Así el esquema del aparato psíquico⁴²⁸ queda establecido⁴²⁹:

⁴²⁴ Freud, S. (1893-95), t. II, pp. 200-201.

⁴²⁵ Freud, S. (1950 [1895]), t. I, pp. 343-344.

⁴²⁶ Freud, S. (1900a [1899]), t. V, p. 531.

⁴²⁷ *Ibíd.*, p. 534.

⁴²⁸ *Ibíd.*

⁴²⁹ Este esquema irremediablemente nos hace remitirnos a la “Carta 52” del epistolario con Fliess donde, aprovechando la novedad que le transmitía a éste en relación a la memoria, le mostró un esquema que ejemplificaba la disyunción entre conciencia y memoria. Cf. Freud, S. (1950 [1896]), “Carta 52”, en AE, t. I, p. 275.

Asimismo, la secuencia temporal que se establece entre dichas asociaciones define una gradación de excitación entre ellas, de forma que aquellas menos sometidas a censura permanecerán más cerca de la conciencia que aquellas más sancionadas.

Entonces, la formación del sueño podría ubicarse en el sistema "Icc" (inconsciente) pero sólo en parte, puesto que requiere de restos de la vida diurna que se situarían en "Pcc" (preconsciente). Sin embargo, por otro lado, la fuerza impulsora arranca de un deseo inconsciente, es decir, de "Icc". Realmente, atendiendo a la fuerza que es condición necesaria para su formación, finalmente se establece el nacimiento del sueño en el sistema inconsciente. Además, a diferencia de la vigilia, el recorrido del aparato será por la vía regresiente, es decir, en la dirección de las percepciones.

La regresión tópica aludida también será una regresión temporal, por retornar a formaciones pretéritas, y formal, en el sentido que concierne a figuraciones primitivas. Tal y como resalta Freud:

El soñar en su conjunto es la regresión a la más temprana infancia del soñante, una reanimación de su infancia, de las mociones pulsionales que lo gobernaron entonces y de los modos de expresión de los que disponía [...] Entrevemos cuán acertadas son las palabras de Nietzsche: en el sueño "sigue actuándose una antiquísima veta de lo humano que ya no puede alcanzarse por una camino directo"; ello nos mueve a esperar que mediante el análisis de los sueños habremos de obtener el conocimiento de la herencia arcaica del hombre, lo que hay de innato en su alma⁴³⁰.

⁴³⁰ Freud, S. (1900a [1899]), t. V, p. 542. Si bien Freud cita a Nietzsche, parece hacerlo de memoria puesto que el texto original del autor no coincide plenamente con lo que Freud indica. Cf. Assoun, P-L. (1997), p. 60.

Si bien en la vigilia la ruta regresiva también se produciría en el acto del recordar, no se llegarían a investir los recuerdos como percepciones, tal y como ocurre en el sueño, sino que esa es una peculiaridad del estado onírico.

El esquema, comenta Ricoeur, tiene mucho que ver con la teoría alucinatoria del deseo, heredada del *Proyecto* de 1895 y conservada en la teoría de la seducción infantil como recuerdo real. El fenómeno decisivo no es, a los ojos de Freud, el que la vía hacia la motilidad esté cerrada, sino el que los pensamientos del sueño, rebotados de la conciencia, sufran la atracción de recuerdos infantiles que permanecieron cercanos a la percepción en virtud de su vivacidad sensitiva: “Según esta concepción, podría describirse el sueño como *el sustituto de la. Escena infantil, modificada por transferencia a elementos recientes*. La escena infantil no puede abrirse camino hacia su propia renovación; debe contentarse con volver como sueño”. Es comprensible que Freud, al descubrir finalmente su error, haya gritado por un momento que se derrumbaba todo su sistema⁴³¹.

Tenemos de nuevo en la concepción de este aparato psíquico una insalvable referencia a lo que supone “la energía”: el fundamento del sueño. Aunque el deseo será el que venga a marcar su decurso, su dirección tópica si puede decirse, en el esquema psíquico proporcionado.

Ahora bien, que el sueño sólo adquiriera del inconsciente la fuerza para la creación del sueño debe ofrecer una explicación, que Freud ubica en el propio desarrollo del aparato psíquico hasta alcanzar su conformación final. El recorrido que ofrece se indica a continuación, y un antecedente se encuentra en los distintos apartados del *Proyecto*.

El primer esquema del aparato psíquico fue el esquema reflejo. Las excitaciones exteriores momentáneas incidían en el sujeto provocando en éste una descarga motriz. En el segundo esquema intervino ya el apremio de vida, las necesidades corporales influían en el sujeto de forma continúa provocando en éste expresiones emocionales que no apaciguaban dicha intrusión. Tal y como se comentaba en el *Proyecto*, requerían de un cuidado exterior que actuase como operador cancelando el estímulo y generando en el sujeto la “vivencia de satisfacción”⁴³².

Un papel destacable en esta vivencia es la percepción del factor que apacigua el estímulo. Por ejemplo, ante el hambre los lamentos del niño de nada sirven, no aminoran esta inquietud sino que viene a acallarse por medio de la nutrición que se le ofrece. Esta imagen mnémica,

⁴³¹ Ricoeur, P. (1970), p. 95.

⁴³² Freud, S. (1950 [1895]), t. I, pp. 362-364.

que produce la percepción de la nutrición, queda asociada por ende a la huella mnémica que la excitación produce por la necesidad.

De esta forma, cuando dicha excitación sobrevenga en momentos posteriores lo que aparecerá será una moción psíquica que tratará de investir la imagen mnémica de aquella percepción inaugural que produjo la satisfacción primera para así restablecerla. A dicha moción se la llamará deseo y a la reaparición de la percepción el cumplimiento de deseo.

Tal y como indica Freud, en su origen ese desear probablemente terminaba en una alucinación, en una “identidad perceptiva”⁴³³. Pero puesto que esa actividad primaria de pensamiento resultaba inadecuada —el investimento alucinatorio del recuerdo de la satisfacción primaria, vía regresión, no puede ser sostenido en el tiempo para causar el cese de la necesidad, produciría un agotamiento sin llegar a obtener la satisfacción procurada por el objeto exterior que en su día se la ofreció— tuvo que mudarse en otra, la secundaria.

Ésta última consistiría en inhibir el proceso de regresión hasta la alucinación, quedándose por tanto en lo que es una imagen mnémica para que pueda sobrevenir, mediante el acto de pensar, una “identidad de pensamiento”⁴³⁴, que a su vez derive mediante una modificación en el mundo exterior, en la percepción real de un objeto de satisfacción. Se trata de una adaptación al mundo exterior, un rodeo para alcanzar la satisfacción. Y el sueño, por tanto, supondría el residuo del proceso primario inoperante en su objetivo.

El deseo, entonces, sería aquello que arranca del displacer, de la acumulación incesante de excitación, y que apunta a su pacificación, a un placer, mediante el aminoramiento de la excitación. El proceso psíquico que aspira a la descarga de excitación para producir a la postre la identidad perceptiva se llamará “proceso primario”⁴³⁵. Y el que en su lugar trata de inhibir ese procedimiento mediante la búsqueda de una identidad de pensamiento será el “proceso secundario”⁴³⁶. Estos aspectos pasarán a desarrollarse en mayor medida más adelante. Ricoeur lo elabora así,

*“El sueño —recuerda Freud— es un fragmento de la vida psíquica infantil ya superada”. ¿A qué viene esta reconstrucción tópico-genética? A elucidar la índole enigmática del deseo, a saber, su impulso hacia la *satisfacción*. Debemos suponer un estado primitivo del aparato psíquico —en*

⁴³³ Freud, S. (1901), “Sobre el sueño”, en AE, t. V, p. 558. Freud, S. (1895), en t. I, pp. 364, 372, 386.

⁴³⁴ *Ibidem*.

⁴³⁵ *Ibid.*, p. 591. *Cf.* Freud, S. (1950 [1895]), t. I pp. 364, 372, 386.

⁴³⁶ *Ibidem*.

el que reconocemos el proceso primario del *Proyecto*— donde las repetidas experiencias de satisfacción crean un sólido vínculo entre el estímulo y la imagen mnémica: Tan pronto como vuelva a manifestarse la necesidad, se desencadenará, merced a la relación establecida, un impulso psíquico (*psychische Regung*) que investirá de nuevo la imagen mnémica de esa percepción y provocará nuevamente la misma percepción, es decir, reconstruirá la situación de aquella primera satisfacción; a ese impulso (*Regung*) lo llamamos “deseo” (*Wunsch*); la reaparición de la percepción es el cumplimiento del deseo (*Wunscherfüllung*) y la completa inversión de la percepción por el estímulo de la necesidad es el camino más corto hacia la realización del deseo. Nada nos impide suponer un estado primitivo del aparato psíquico en que tal trayecto fue recorrido en forma efectiva y en el cual el deseo se desenvuelve consecuentemente en forma alucinatoria. “Tal actividad psíquica primera tiende, pues, a una *identidad de percepción*, es decir, tiende a repetir la percepción vinculada a la satisfacción de la necesidad”. Tal es el camino más corto para la satisfacción. Sólo que tal camino más corto no es el que nos enseña la realidad; la decepción y el fracaso nos han enseñado a detener la regresión en la imagen mnémica y a inventar el rodeo del pensamiento (*Denken*). Este sistema secundario constituye, desde el punto de vista genético, el sustituto (*Ersatz*) del deseo alucinatorio. Ahora comprendemos cómo la regresión tópica del sueño es también regresión temporal: lo que la anima es la nostalgia del estadio primitivo del deseo alucinatorio; este regreso al sistema primario es la clave de la figuración. *La interpretación de los sueños* vuelve a poner sobre el tapete por última vez y bajo el tema “Proceso primario y secundario. La represión”, la teoría del aparato psíquico; ahora el aparato recibe, aparte del espacio y el tiempo, la fuerza y el conflicto; tal modificación la impone el examen del trabajo del sueño, especialmente la represión con la que se vinculan todos los mecanismos del sueño. El punto de vista puramente tópico inicial estaba ligado a la cuestión del origen de los pensamientos del sueño en el inconsciente; parecía, pues, lógico representar ese origen como un lugar y la regresión hacia la percepción como regresión a una extremidad del aparato. Ahora lo importante son las relaciones en las fronteras del sistema; por eso deben los lugares ser sustituidos por procesos y especies diferentes de “derivación de la excitación”: “De nuevo sustituimos aquí el modo de representación tópica por el modo de representación dinámica”⁴³⁷.

En este punto es interesante destacar la confrontación entre pulsión y deseo, su polaridad viene dada precisamente por lo que a la satisfacción se refiere; el deseo es insatisfactorio, la pulsión no. El deseo, en efecto, arranca de un displacer, generado por el factor pulsional, y se encamina hacia el placer; pero no es posible satisfacerlo, el proceso primario falla y debe

⁴³⁷ Ricoeur, P. (1970), pp. 96-97.

dar relevo al secundario. Este último, sin embargo, es capaz de proveer al sujeto de objetos que sosiegan su pulsión, que en definitiva la satisfacen con el placer que procuran.

El sueño, formación donde prevalece el proceso primario, supone un reducto del deseo, un recurso disponible en la vida anímica de cualquier sujeto que le permite acercarse a sus anhelos más arcaicos, aquellos que se reprimieron en el inconsciente y a los que, por ende, resulta difícil acceder en la vigilia dada la presencia del centinela que los aguarda. Jones comenta que,

Este deseo reprimido puede alcanzar una gratificación imaginaria solamente si se presenta de forma irreconocible para el sujeto, es decir, de manera desfigurada, tergiversada y disfrazada. Los mecanismos mediante los cuales se logra este ocultamiento han sido explicados por Freud bajo la forma de leyes precisas [...] un deseo reprimido de una determinada experiencia sexual puede estar representado en el sueño por una cosa imaginaria que, aunque relacionada asociativamente con ella en el inconsciente, es muy diferente en apariencia de las imágenes correspondientes a esa experiencia; o bien las ideas pueden aparecer en el sueño, pero acompañadas de una emoción o un temor tan grande que todo indicio de que representan un deseo resulta enteramente ajeno a la conciencia⁴³⁸.

3.1.3. Sueños de punición, angustia y pesadillas

Una cuestión no abordada hasta el momento, pero sí precipitada en la obra objeto de estudio, y que a la postre será desarrollada en otros escritos posteriores, es aquello que entran los sueños de castigo. O aquellos también en que el displacer que se desprende puede incluso alcanzar cotas de angustia que lleguen a provocar el despertar del sujeto.

En efecto, hay sueños que plantean el interrogante de si también obedecen a un cumplimiento de deseo. La experiencia clínica se posiciona a favor del mantenimiento de dicha premisa.

No podemos olvidar que en la formación del sueño intervienen tanto las fuerzas del inconsciente como la instancia censuradora, y, aunque en estos casos el sueño sigue siendo

⁴³⁸ Jones, E. (2006 [1931]), *La pesadilla*, en *Obras escogidas*, Barcelona, RBA, p. 63.

un cumplimiento de deseo, no se trata de un deseo de lo reprimido, como se ha aludido hasta el momento, sino del yo, pero de un yo inconsciente⁴³⁹.

No tiene por qué tratarse de sueños que han tomado restos ingratos de la vigilia y han sido llevados al sueño, más bien sucede todo lo contrario. Posibles satisfacciones diurnas no permitidas devienen en su opuesto en el sueño por la vía del castigo, sería un deseo proveniente del inconsciente pero de parte del yo⁴⁴⁰.

Freud nos dice que un sueño es perturbador porque precisamente la excitación inconsciente que lo soporta no se encuentra ligada. En el acto del dormir la excitación inconsciente puede llegar a provocar sensaciones en la conciencia que dirigirían una investidura desde el preconscious hasta el sueño que se ha hecho perceptivo, para conseguir ligar dicha energía y aminorar la percepción.

A raíz de este equilibrio de fuerzas entre el empuje inconsciente y la actividad preconscious por ligar la energía libre, tendríamos una conciliación de ambos participantes lo que nos llevaría a equiparar el sueño con otras formaciones del inconsciente como el síntoma, pues este último también es una especie de acuerdo entre el cumplimiento de deseo inconsciente y el interés del yo.

Curiosamente, se ofrece una explicación que atiende únicamente a la dinámica pulsional, a lo cuantitativo, obviando el sentido. Tenemos, por un lado, las pulsiones que fundan el sueño, alimentando el trabajo que se realiza en él para obtener la satisfacción de un deseo; y, por otro lado, nos encontramos con que también afloran deseos contrarios en lo que a contenido se refiere, angustiosos, de castigo, que nada parecen tener en común con aquello que se

⁴³⁹ En sus futuros trabajos sobre el yo y el ello retomará estas premisas de la existencia de un yo inconsciente ejemplificándolo con las resistencias. Haciéndolo depositador de estas fuerzas que se oponen a la satisfacción primaria de las pulsiones al ello. De ahí que lo inconsciente no englobe sólo a lo reprimido. En dicho trabajo insistirá en que el yo no es sólo consciente. No obstante, en el *Proyecto* ya avisaba que la conciencia no era inherente al yo, sino que podía unirse a distintos procesos de "Ψ". Asimismo, también recalcaba que los procesos primarios tampoco debían concebirse como procesos del inconsciente. Cf. Freud, S. (1950 [1895]), t. I, p. 386.

⁴⁴⁰ Esta instancia que aquí se desvela, una parte inconsciente del yo, será el futuro superyó freudiano, que no aparecerá hasta mucho más tarde. Estará conectado con el ello y será capaz de juzgar las acciones del yo, decidir si han sido buenas o malas y castigar por ello. Exigirá renunciaciones pulsionales, luego será acorde con lo que nos indica Freud aquí; por la no renuncia pulsional durante la vigilia, tratará de castigar por la noche. En este sentido, se avanza aquí una dicotomía de fuerzas pulsionales. Apuntan ambas a su satisfacción, unas hacia la atracción de los objetos, que las vivencias libres de la infancia ponen tan de manifiesto y que se retoman en el sueño, y que se reflejan en la premisa del sueño como cumplimiento de deseo; es decir, el sueño donde la pulsión llega a regresar al objeto. Y, por otro lado, las pulsiones que instan a algo en contra de esa satisfacción de las otras pulsiones pero que también encontrarían su lema en el sueño es cumplimiento de deseo, si bien de otro muy distinto, que se acercaría a un castigo total en el que el sujeto se ve abocado a su aniquilación.

agruparía en un contenido que propicie la satisfacción. Sin embargo, para tratar este asunto sin asir aún una división de las pulsiones ni una cualidad de contenido, indica que lo que ocurre es que la excitación no está ligada, al punto que por su magnitud llega a provocar una llamada al yo que ahora comenzaría a esculpir su propio deseo junto con el que estaba ya en marcha. En efecto, el proceso acaba asemejándose a los caminos de formación del síntoma, si bien en función de la dinámica pulsional exclusivamente, es decir, en función de un estado de excitación de la energía.

Freud indicaba el caso de una histérica que tenía como síntoma el vómito. Su arraigo inconsciente venía del deseo de quedar embarazada y tener muchos hijos, lo cual viró posteriormente en un desear muchos hombres. La hiperexcitación producida a raíz de esta idea reclamó la represión y generó el síntoma. Efectivamente, no es otra cosa que el compromiso entre el deseo inconsciente y otro preconscious, la adaptación de su cuerpo a aquello que le reportaría cierto grado de autodestrucción de forma que devendría no deseable hacia los hombres.

El sueño de angustia que ocasiona el despertar señala un fallo del sueño en alguna de sus funciones: bien en el cumplimiento del deseo inconsciente, bien en el del preconscious. Normalmente, el despertar arriba por un incumplimiento del preconscious a la hora de ligar toda la energía libre que aflora del inconsciente, por su desbordamiento frente a una afluencia masiva de carga. El gobierno del preconscious sobre el inconsciente sería derrotado así, cosa que no ocurre al menos del todo en el síntoma o mientras perdure el dormir.

La angustia se generaría como afecto puesto que las investiduras del preconscious serían insuficientes para inhibir aquellas del inconsciente, produciéndose por ende un brote de excitación libre que originaría la sensación displacentera en forma de angustia⁴⁴¹.

Con la premisa freudiana de que el sueño es un cumplimiento de deseo y a colación de los sueños que desbordan la censura y que introducen al sujeto en un estado de miedo, de terror, podemos destacar las pesadillas. Aquí el cumplimiento de deseo también se produce, pero la fuerza del deseo remoto es tal que ante el posible machaque total de la censura, el sujeto

⁴⁴¹ Este aspecto será tratado en futuros estudios; en los primeros escritos, tal y como ocurre en este texto, la angustia se concibe como una mudación de la libido, pero finalmente, por ejemplo, en los estudios de los sueños de angustia que rememoran escenas vívidamente traumáticas, se tratará como una señal de peligro que emergerá precisamente por el acrecentamiento de libido con el fin de controlarla, no como una transformación de ésta.

despierta. Estas son algunas de las indicaciones que nos facilita Ernest Jones en su trabajo “La pesadilla” (1909-1910):

Cuando la deformación de la realización imaginaria de deseos es insuficiente para mantener alejada de la conciencia la naturaleza del deseo reprimido, en otras palabras, cuando el conflicto es de tal magnitud como para hacer imposible cualquier compromiso, el dormir se irrumpe y el sujeto se hace cargo del peligro que corre. Cuando el deseo es tan vehemente como para amenazar con imponerse a la fuerza represiva ejercida por la conciencia, y al mismo tiempo es de tal naturaleza que parece ser inaceptable en alto grado, se dan las condiciones para el más violento conflicto imaginable. Un conflicto de tal naturaleza nunca puede darse sino en materia de sexualidad, porque por un lado el instinto sexual constituye la fuente de nuestros deseos e impulsos más irresistibles y, por el otro, ningún otro sentimiento es resistido con un rigor comparable al de algunos de los que se originan en este instinto. El sentimiento de la más vaga posibilidad de ver dominada su voluntad por una índole de deseos que el resto de la psique esta luchado por contrarrestar es suficiente, a menudo, para producir, en una determinada persona, un estado de terror pánico. [...] Las consideraciones que aquí hacemos a pesar de su brevedad, pueden servir, sin embargo, como prólogo a la tesis principal del presente ensayo, es decir, *que la afección conocida como pesadilla es siempre la expresión de un intenso conflicto entrado alrededor de una u otra forma de deseo sexual “reprimido”* [...] En éstas el miedo alcanza la máxima intensidad conocida, ya sea en estado de vigilia o durmiendo, de modo que no debe sorprendernos comprobar que su fuente reside en la región de la máxima “represión”, es decir, del máximo conflicto. No cabe duda de que esto se refiere a la tendencia incestuosa de la vida sexual, de manera que podemos ensanchar la fórmula que acabamos de exponer diciendo: *un ataque de pesadilla es la expresión de un conflicto psíquico relacionado con un deseo incestuoso*⁴⁴².

Justamente, a raíz de esta cita de Jones, que explicita la implicación de un deseo incestuoso que adviene desde lo reprimido, tendremos que ese deseo transgresor también registra ineludiblemente lo que en su día se puso en juego frente a él. Precisamente una prohibición, una amenaza de castigo, que no fue reprimida, sino que fue soslayada por el lado de una identificación, que asimismo quedó en el plano inconsciente y que retorna en el cumplimiento del deseo como punición, en calidad de opuesto. Tal y como hemos dicho, se anticipa un concepto que después será condensado en el superyó, instancia que estará entremezclada con el yo incluso en el estrato inconsciente siendo un vigilante de aquel sin barreras.

⁴⁴² Jones, E. (2006 [1931]), p. 64.

3.1.4. Los procesos que maniobran en los sueños y en los síntomas

Hasta el momento hemos hablado del origen de los sueños, por qué surgen y qué significan, cuál es su sentido. No obstante, hemos visto que la interpretación se hace necesaria para esclarecer su sentido, precisamente porque en los sueños imperan unos principios que desfiguran el sentido latente, mostrando sólo un sentido manifiesto, que en la mayoría de los casos no es poco sorprendente.

Hemos visto que esta desfiguración es necesaria dado que realmente lo que hay de fondo es la satisfacción de un deseo reprimido y, por ende, su presentación a la consciencia no podría causar menos que conmoción; ciertamente lo reprimido reside en el inconsciente por el estrago que supone para la conciencia.

Entonces, los procesos psíquicos que contribuyen a esta desfiguración, a la simbolización del sueño, que también son aprensibles en otros fenómenos, como los síntomas psiconeuróticos, y que se distancian de los procesos normales, puesto que terminan en formaciones psicopatológicas, se recopilan seguidamente:

- La “compresión o condensación”⁴⁴³: consiste en erigir elementos en el sueño de máxima intensidad, superando incluso a aquellos por los que transita el cumplimiento del deseo. En el trayecto del deseo hacia su meta, su realización en definitiva, los elementos son cargados de intensidad, excitados, y el sistema psíquico en el afán de descarga transfiere las excitaciones de una representación a otra (normalmente por paronimia). La reiteración de este acto, el trasvase energético entre un conjunto de representaciones concretas puede conferirle a esa cadena de representaciones el estatuto de una representación única, la que supondría la condensación y que causaría la sorpresa cuando irrumpe en nuestro estado consciente. Freud hace un símil con las palabras en negrita que se plasman en un escrito.

Es decir, la condensación supone una síntesis de elementos que entran una profunda fuerza pulsional y que pierden parte de su contenido a favor de la emergencia de uno que aúna las características comunes a todos ellos. Su efecto no puede ser otro que el de extrañeza, pues no ofrece la trazabilidad de todas las

⁴⁴³ Freud, S. (1900a [1899]), t. V, p. 584.

representaciones intensas que aglutina. De ahí que se produzca una diferencia radical entre el contenido latente del sueño, que elucidaría cada elemento y sus vínculos, y el contenido manifiesto, en apariencia exiguo⁴⁴⁴.

Asimismo es un proceso que elucida cómo la energía fijada a las distintas representaciones psíquicas es dinámica y con un papel en extremo preponderante sobre el significado objetivo de las representaciones en cuestión.

Aunque la condensación supondría el extremo de una serie de alianzas entre las intensidades de las distintas representaciones, el mero hecho del trasvase energético entre algunas de ellas origina lo que se denominan las representaciones intermedias o mixtas. Estos casos presentarían su analogía en la vigilia con los lapsus, verbigracia, cuando queremos decir algo y afluye otra cosa. En la obra contemporánea *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901) Freud ofrecerá multitud de ejemplos con los deslices de la lengua⁴⁴⁵, cómo esa energía se ata los objetos desbancando a ciertos dichos en lugar de aquellos que un individuo se propondría decir produciendo esos efectos tan sorprendentes.

- Las asociaciones entre las representaciones no vienen del lado del sentido, sino que aparecen como superficiales o absurdas, y se darían por sonoridades similares o por relaciones etimológicas. En la vida diurna sólo serían apreciables en cierta medida mediante los chistes —parece que es la pulsión, la intensidad o energía la que se impone hasta llegar a su destino, hallado en las representaciones que finalmente afloran—, aunque también en los olvidos emergen estas circunstancias, basta con que recordemos el olvido personal de Freud con la palabra “Signorelli” y la afluencia de “Botticelli”⁴⁴⁶ —no obstante, aquí es la fuerza de la represión la que también se impone hasta su destino—.

En *El chiste y su relación con el inconsciente* (1905) Freud indica la asociación entre los procesos imperantes en los sueños y los que asimismo acaecerán en el chiste, en definitiva procesos para soportar lo que reside en el inconsciente, pero que el chiste vendrá a insertar en el ámbito social. Si bien se tratará de una obra íntegramente

⁴⁴⁴ Roudinesco, E. y Plon, M. (1998), p. 185.

⁴⁴⁵ Freud, S. (1901), *Psicopatología de la vida cotidiana*, en AE, t. VI, pp. 62-82.

⁴⁴⁶ Freud, S. (1898b), t. III, pp. 282-86.

dedicada a esclarecer los juegos de lenguaje, remitirá a la energía que subyace en las palabras para un análisis exhaustivo de los procesos⁴⁴⁷.

- En el sueño tampoco tiene cabida la contrariedad, no existen oposiciones entre ideas.

Así los elementos del sueño pasan a un plano secundario, lo que se aprecia en definitiva es que se prestan como soporte a las distintas investiduras energéticas para la prosecución de su descarga, en sus múltiples desplazamientos.

Esta perspectiva remite necesariamente a la concepción vigente en el *Proyecto*, con la diferencia de que entonces se hablaba en términos neurofisiológicos. No obstante, la concepción dinámica de la pulsión elucubrada entonces no perdería su consistencia al trasladarla al momento actual, puesto que lo que ha virado de una obra a otra simplemente han sido los resortes pulsionales; en la primera las neuronas y en la segunda los recortes del lenguaje, que admiten interpretación.

Por lo tanto, acometeremos el trabajo, seguidamente, de confrontar el pensamiento de la obra en cuestión y la que proponemos como su precedente inmediato, mediante la extracción de las citas del *Proyecto* que sean congruentes con las ideas que vayan elucidando.

En efecto, el aparato anímico ha sido concebido con un principio por el que se tiende a evitar una alteración de las excitaciones que circulan por él, en el que se puja por el mantenimiento de una constancia energética e incluso de niveles mínimos, y en el que cualquier acrecentamiento de excitación debe ser sometido a descarga para conseguir el retorno a las cuantías exigidas.

Este principio fue introducido en el *Proyecto*, donde las neuronas eran las portadoras de la excitación, de una cantidad, que debía mantenerse en niveles constantes:

Es el principio de la inercia neuronal; enuncia que las neuronas procuran aliviarse de la cantidad. De acuerdo con ello habrá que comprender edificio y desarrollo, así como operaciones [de las neuronas]⁴⁴⁸.

Siguiendo este postulado se procedió con su construcción atendiendo al esquema del aparato reflejo, lo único que éste, si bien valía para estímulos externos resultaba limitado para dar

⁴⁴⁷ Freud, S. (1905), *El chiste y su relación con el inconsciente*, en AE, t. VIII, pp. 153, 155.

⁴⁴⁸ Freud, S. (1950 [1895]), t. I, pp. 340.

cuenta de los estímulos internos. El afán continuado de descarga proveniente del interior no es tramitado por la motilidad y por ende genera una sensación de displacer.

El principio de inercia proporciona el motivo para el movimiento reflejo [...] Un sistema primario de neuronas se sirve de esta Q'_η así adquirida para librarla por conexión con los mecanismos musculares, y así se mantiene exento de estímulo. Esta descarga constituye la función primaria de los sistemas de neuronas [...] Sin embargo, el principio de inercia es quebrantado desde el comienzo por otra constelación. Con la complejidad de lo interno, el sistema de neuronas recibe estímulos desde el elemento corporal mismo, estímulos endógenos que de igual modo deben ser descargados. Estos provienen de células del cuerpo y dan por resultado las grandes necesidades: hambre, respiración, sexualidad [...] Por esto, el sistema de neuronas está forzado a resignar la originaria tendencia a la inercia, es decir, al nivel cero. Tiene que admitir un acopio de Q'_η para solventar las demandas de la acción específica. No obstante, en el modo en que lo hace se muestra la perduración de la misma tendencia, modificada en el afán de mantener al menos la Q'_η lo más baja posible y defenderse de cualquier acrecentamiento, es decir, mantenerla constante. Todas las operaciones del sistema de neuronas se deben situar bajo el punto de vista de la función primaria o bien el de la función secundaria, que es impuesta por el apremio de la vida⁴⁴⁹.

Su minoración sería sentida como placentera y a esto es justamente a lo que apunta el deseo, tal y como se ha indicado antes, único responsable de la puesta en marcha del aparato psíquico activando el principio de regulación de estas fuerzas según las sensaciones perturbadoras o placenteras.

En efecto, siendo consabida para nosotros una tendencia de la vida psíquica, la de *evitar displacer*, estamos tentados a identificarla con la tendencia primaria a la inercia. Entonces, *displacer* se coordinaría con una elevación del nivel de Q'_η o un acrecentamiento cuantitativo de presión; sería la sensación ω frente a un acrecentamiento de Q'_η en Ψ . Placer sería la sensación de descarga. Puesto que el sistema ω debe ser llenado por Ψ , resultaría el supuesto de que con un nivel Ψ más elevado aumentaría la investidura en ω , y en cambio un nivel decreciente la disminuiría. Placer y displacer serían las sensaciones de la investidura propia, del nivel propio en ω , respecto de lo cual ω y Ψ constituyen en cierto modo unos vasos comunicantes. De tal manera, también los procesos cuantitativos en Ψ llegarían a la conciencia, de nuevo como cualidades⁴⁵⁰.

⁴⁴⁹ Ibid., pp. 340-341.

⁴⁵⁰ Ibid., p. 356.

También se ha indicado cómo primeramente la búsqueda de satisfacción vino por la vía regrediente, al igual que en el sueño, hasta topar con la alucinación; pero atendiendo al agotamiento energético que implicaba y la frustración que a la postre ocasionaba el mecanismo resultó defectuoso. El proceso que apareció como relevo consistía en evitar el avance hasta la percepción de la investidura mnémica, realizando un rodeo hasta poder alcanzar por la vía de la motilidad en el mundo exterior un objeto que viniera a procurar la satisfacción buscada.

Entonces, por la vivencia de satisfacción se genera una facilitación entre dos imágenes-recuerdo y las neuronas del núcleo que son investidas en el estado del esfuerzo $\{Drang\}$. Con la descarga de satisfacción, sin duda también la Q'_η es drenada de las imágenes-recuerdo. Con el reaflorescimiento del estado de *esfuerzo* o de *deseo*, la investidura traspasa sobre los dos recuerdos y los anima. Tal vez sea la imagen-recuerdo del objeto la alcanzada primero por la *reanimación del deseo*. Yo no dudo de que esta animación del deseo ha de producir inicialmente el mismo efecto que la percepción, a saber, una *alucinación*. Si a raíz de ella se introduce la acción reflectoria, es infaltable el desengaño [...] El fin y sentido de los sueños (al menos de los normales) se puede establecer con certeza. Son cumplimientos de deseo, vale decir, procesos primarios siguiendo las vivencias de satisfacción, y si no se los discierne como tales, sólo se debe a que el desprendimiento de placer (reproducción de huellas de descarga de placer) es en ellos pequeño, porque en general trascurren casi sin afectos (sin desprendimiento motor). Sin embargo, esta su naturaleza es muy fácil de comprobar. De ahí, justamente, yo deduciría que la investidura-deseo primaria fue también de naturaleza alucinatoria⁴⁵¹.

El rodeo consiste en conseguir una quietud de las investiduras mnémicas, es decir, inhibir la descarga de las investiduras del inconsciente lanzando otras desde el preconscious que ligan aquellas y, consecuentemente, elevando la excitación global del aparato a la par que efectuar un desplazamiento energético en pequeñas cantidades por el acto del pensamiento permitiendo, finalmente, la desinhibición y descarga hacia la motilidad.

El *juagar* es, por tanto, un proceso Ψ sólo posible luego de la inhibición por el yo, y que es provocado por la semejanza entre la *investidura-deseo* de un recuerdo y una investidura-percepción semejante a ella. Uno puede tomar este punto de partida: la coincidencia entre ambas investiduras deviene la señal biológica para que se ponga término al acto de pensar y

⁴⁵¹ Ibíd., pp. 364-365, 384.

se permita la descarga. La discordancia proporciona el envión para el trabajo de pensar, que a su vez finaliza con la concordancia⁴⁵².

Hasta el momento, se han aducido las maniobras que se pondrían en acción teniendo en el horizonte la vivencia de la satisfacción primaria; se han desarrollado dos procesos: el que atañe, por un lado, al principio del placer, denominado *displacer* en esta obra, y, por otro lado, ese proceso que efectúa un rodeo para conseguir asir el objeto externo que procure la satisfacción. Esto nos permitirá elucubrar sobre lo que tiene lugar ante un primer vivenciar doloroso proveniente del exterior.

Cuando afluye en el aparato psíquico un estímulo percibido como doloroso la primera tentativa iría encaminada a un drenaje del *displacer* por la vía de la motilidad. Esto se ejercería de manera insistente hasta despojarse de la percepción y del dolor mismo. No obstante, en un segundo tiempo, no se trataría de volver a investir este objeto por la vía alucinatoria ni por cualquier otro empeño sino que, se trataría de esquivar esa imagen perturbadora, evitar la percepción misma dado que comenzaría a emerger el *displacer* consabido.

El sistema de neuronas tiene la más decidida inclinación a *huir del dolor*. Discernimos en ello la exteriorización de la tendencia primaria dirigida contra la elevación de la tensión Q'_η , e inferimos que el dolor consiste en *la irrupción de grandes Q hacia Ψ* . Entonces, las dos tendencias son una sola. El dolor pone en movimiento tanto al sistema Φ como al Ψ , para él no existe ningún impedimento de conducción; es el más imperioso de todos los procesos. Las neuronas Ψ parecen así pasaderas para él; consiste, pues, en la acción de unas Q de orden más elevado⁴⁵³.

El recuerdo de este objeto no tendría la misma fuerza que si se originase por una percepción, sino que más bien produce un efecto de extrañeza. Aquí Freud apunta a la primera represión.

Si la imagen mnémica del objeto (hostil) es de algún modo investida de nuevo (v. gr., por nuevas percepciones), se establece un estado que no es dolor, pero tiene semejanza con él. Ese estado contiene *displacer* y la inclinación de descarga correspondiente a la vivencia de dolor. Puesto que *displacer* significa acrecentamiento de nivel, cabe preguntar por el origen de esta Q'_η . En la vivencia genuina de dolor era la Q exterior irrupiente la acrecentadora del nivel Ψ . En la reproducción de la vivencia —en *el afecto*—, sólo sobreviene la Q que inviste

⁴⁵² Ibid., p. 373.

⁴⁵³ Ibid., p. 351.

al recuerdo, y es claro que esta tiene que ser de la naturaleza de una percepción cualquiera, no puede traer por consecuencia un acrecentamiento general de Q'_η ⁴⁵⁴.

Atendiendo a los mecanismos referidos, el principio de displacer, imperante en el aparato anímico, evitaría en toda medida incorporar algo desagradable en su quehacer, entonces lo que hace el segundo sistema es precisamente inhibir la descarga displacentera que podría llegar a desarrollar esa representación invistiéndola. La inhibición no será total, pues necesariamente se requiere de un mínimo de displacer tolerable que alerte al segundo sistema de la naturaleza del recuerdo.

Sólo resta suponer que por la investidura de recuerdos es desprendido {desligado} displacer desde el interior del cuerpo, y es de nuevo transportado hacia arriba. Sólo es posible representarse del siguiente modo el mecanismo de ese desprendimiento: Así como hay neuronas motrices que con cierto llenado conducen Q'_η a los músculos y así descargan, tienen que existir neuronas “secretorias” que, cuando son excitadas, hacen generarse en el interior del cuerpo lo que tiene acción eficiente sobre las conducciones endógenas hacia Ψ como estímulo; neuronas que, por ende, influyen sobre la producción de Q'_η endógenas, con lo cual no descargan Q'_η , sino que la aportan por unos rodeos. Llamaremos “neuronas llave” a estas neuronas motrices. Resulta evidente que sólo son excitadas dado cierto nivel en Ψ . Merced a la vivencia de dolor, la imagen-recuerdo del objeto hostil ha conservado una facilitación privilegiada con estas neuro-llave en virtud de la cual se desprende entonces displacer en el afecto⁴⁵⁵.

Como corolario, llamando al primer sistema actuante proceso primario, dado que según Freud esta desde el comienzo de la vida, y al segundo secundario, en el sentido de que se va adquiriendo en su devenir, podríamos decir que el proceso secundario viene a enmendar aquello que al proceso primario le supera.

Y esto se corrobora nuevamente en que, tal y como se ha dicho con anterioridad, el primero apunta a la búsqueda de la identidad perceptiva, mientras que el secundario apuesta por el acto del pensar, y partiendo del recuerdo de la primera satisfacción vivida alcanzar una identidad de pensamiento. El proceso primario se guiaría por cantidades, mientras que el secundario, teniendo a éstas como señales (mínimo irreductible), sería comandado por la asociación de representaciones.

⁴⁵⁴ Ibid., p. 365.

⁴⁵⁵ Ibídem.

Por otro lado, puesto que el proceso secundario es adquirido a lo largo del desarrollo, se tiene que existen deseos inconscientes, pertenecientes a la etapa infantil, que no son susceptibles de ser tratados por dicho proceso, serán una suerte de compulsión que el preconsciente no podrá investir.

Asimismo aquellos deseos discrepantes con las metas a las que apunta el proceso secundario generaran en su cumplimiento un displacer al sujeto y este fenómeno de permutación de un afecto en otro será lo genuino de la represión. En efecto, esos recuerdos infantiles desde los que aflora el desprendimiento de afecto generarán sorpresa al sujeto, fueron siempre inaprensibles por su preconsciente e imposibles de ser contrainvestidos y serán condición de la represión⁴⁵⁶.

Luego, sobre estas representaciones inconscientes reprimidas siempre actuará el proceso primario. De hecho, atendiendo a la clínica de la neurosis, las representaciones reprimidas sólo pueden ser de carácter sexual e irrumpen de nuevo en la vida de los sujetos a consecuencia de distintos eventos que tocan su sexualidad, desembocando en el síntoma.

El sueño nos ha permitido pesquisar los procesos psíquicos que imperan en el aparato anímico y, no sólo eso, sino también constatar en su analogía con los síntomas neuróticos que aquellos procesos preexisten a la enfermedad y no son fruto de una degeneración producida por la neurosis misma.

Los deseos infantiles inconscientes reprimidos, que residen en todo sujeto, se abrirán paso en los sueños, dado que las fuerzas pulsionales sobre las que se soportan insistirán de manera continua en descargarse, y en la vigilia, aunque batallen por alcanzar su fin, la censura les denegará el acceso sobremanera.

Llegados a este punto, apreciamos el viraje que ha producido Freud en su concepción del aparato anímico. Dando preponderancia al factor pulsional parece quedar borrada la concepción de una tópica de localidades psíquicas a favor de una dinámica de la excitación, que da cuenta de sus trayectos según sea subsumida por un proceso u otro. Los sistemas

⁴⁵⁶ En este sentido también podríamos señalar los sueños donde la censura es laxa, es decir, aquellos sueños de angustia en los que incide una energía libre que supera al proceso primario y que, lanzando las investiduras pertinentes al preconsciente, el yo comienza a ligar sin éxito hasta que se provoca el despertar, esto es, la supresión total del sueño, la emergencia de la represión del deseo inconsciente que se encontraba de trámites de llegar a su cumplimiento con el acto de despertar.

psíquicos solamente se emplean para obtener una mayor transparencia en la elucidación de los fenómenos psicopatológicos. Así lo explica Ricoeur,

El punto de vista puramente tópico inicial estaba ligado a la cuestión del origen de los pensamientos del sueño en el inconsciente; parecía, pues, lógico representar ese origen como un lugar y la regresión hacia la percepción como regresión a una extremidad del aparato. Ahora lo importante son las relaciones en las fronteras del sistema; por eso deben los lugares ser sustituidos por procesos y especies diferentes de “derivación de la excitación”: “De nuevo sustituimos aquí el modo de representación tópica por el modo de representación dinámica”. Desde este punto de vista el proceso primario representa la libre derivación de excitaciones cuantitativas y el proceso secundario, un tope a esa derivación y una transformación en inversión quiescente (*rubende Besetzung*); lenguaje que nos es familiar desde el *Proyecto*. Lo problemático son, pues, las “condiciones mecánicas” (*mechanische Verhältnisse*) de esa derivación del estímulo, según predomine uno u otro sistema. ¿Qué significa este problema? Lo que se ventila es el destino de la regulación mediante el displacer y, ulteriormente, el destino del principio de constancia. Todo el esfuerzo de Freud consiste en mantener el proceso secundario dentro del marco de la regulación mediante el displacer; para ello vuelve a concebir la represión conforme al modelo de la huida provocada por un peligro exterior y regulada por la anticipada representación del dolor. La represión sería una especie de “evitación (*Abwendung*) del recuerdo, evitación que consiste en repetir la huida inicial ante la percepción”; he aquí “el modelo y primer ejemplo de represión psíquica”. Este abandono de la imagen-recuerdo puede interpretarse económicamente como una regulación por ahorro de displacer; lo que se produzca en estas condiciones de inhibición se llamará proceso secundario. Nada nuevo, por tanto, en relación con el *Proyecto*. Más bien un lector atento se sorprenderá de la ventaja del *Proyecto* sobre *La interpretación de los sueños* por lo que toca a la descripción del proceso secundario; esta marcha atrás de *La interpretación* si se la compara con el *Proyecto* acaso nos dé la clave de esta tópica y de lo que merece perdurar de ella⁴⁵⁷.

3.2. La aparición del concepto de “pulsión”

Es en *Tres ensayos de teoría sexual* donde se incorpora por primera vez el concepto de “pulsión”. Se efectúa el esclarecimiento de uno de los conceptos fundamentales del psicoanálisis, que desde el punto de vista clínico constituiría lo que podemos apreciar en la mente de cada sujeto, con el recurso del lenguaje —en toda su amplitud, en el sentido de que sea capaz de

⁴⁵⁷ Ricoeur, P. (1970), p. 97.

producir una comunicación o interrelación, no limitándose al hecho de hablar—. Además, de aquello que trasciende a una problemática con el cuerpo. Y viceversa, aquello que emergiendo del organismo llega a la mente y produce todo tipo de fenómenos, extraños unos —sueños, chistes, equívocos, olvidos, etc.— y psicopatológicos otros —verbigracia, los síntomas—. Ferenczi introduce así la obra:

Un fragmento de la vida impulsiva se ha puesto a nuestro alcance mediante la hipótesis de determinados mecanismos que operan en el psiquismo. Tratando de abordar mediante la experiencia psicoanalítica los problemas de la biología y en particular de la actividad sexual, Freud vuelve a utilizar en cierto modo los métodos de la antigua ciencia animista. Sin embargo, el psicoanalista no corre el riesgo de caer en los errores de este animismo ingenuo [...] el psicoanálisis ha analizado la actividad psíquica humana, la ha cotejado hasta donde permiten las fronteras de lo psíquico y lo físico, a saber, hasta los impulsos, y ha liberado de este modo a la psicología del antropocentrismo; en consecuencia, sólo se ha atrevido a utilizar este animismo depurado en el campo de la biología. Al haber intentado esto en sus “Tres ensayos” Freud, ha analizado algo que debe ocupar un lugar destacado en la historia de la ciencia. Y debo repetir que estas perspectivas nos han sido abiertas no por el lado de una especulación, sino por la observación y la investigación minuciosas de anomalías psíquicas y aberraciones sexuales hasta ahora absolutamente desatendidas⁴⁵⁸.

Desde el punto de vista de Ricoeur⁴⁵⁹, el objeto de estos ensayos es destacar el peso que lo pretérito tienen en el devenir de los hombres, tanto en el ámbito social como en el individual, y que parece haber sucumbido a una especie de amnesia. Gracias al derrumbamiento del muro que impedía divisar una sexualidad infantil seremos capaces de comprender la cultura como un intento de regulación de las pulsiones debido a su carácter transgresor, en sí mismo perverso, que se sirve de todo tipo de medios y fines para procurarse una satisfacción, y que si no fuese por una especie de ley no vendrían sino a encarnarse en todo tipo de manifestaciones que atentarían contra la cultura y el sujeto mismo.

⁴⁵⁸ Ferenczi, S. (2006 [1915]). “La importancia de los ‘Tres ensayos sobre la sexualidad’ de Freud”, en *Obras completas I*, Barcelona, RBA, pp. 531-532.

⁴⁵⁹ Ricoeur, P. (1970), pp. 166-167.

3.2.1. Antecedentes de la teoría sexual

El interés de Freud en la sexualidad podemos ubicarlo ya en la década de 1890; los distintos manuscritos que afloran de la correspondencia que mantuvo con Fliess son un testigo de las primeras concepciones de la sexualidad como factor etiológico de la neurastenia, la neurosis de angustia y, más adelante, extensible a la histeria, la neurosis obsesiva y las psicosis. El punto de vista cuantitativo, físico y biológico, comandará toda esta década.

En el primer manuscrito, el “Manuscrito A” (¿1892?), destaca como causas de dichas afecciones, entre otras, a la “inhibición de la función sexual” y los “traumas sexuales antes de la época en que se tiene inteligencia de los sexual”⁴⁶⁰. La vida infantil y la inteligibilidad del asunto sexual durante ese periodo ya se ubican en el origen de las consabidas afecciones psicopatológicas.

Las hipótesis se irán corroborando con la praxis y afianzándose en sus teorías. En el “Manuscrito B” (1893) aseverará que la vida sexual anormal es un factor etiológico de la neurastenia y el *coitus interruptus* asumirá un papel protagonista⁴⁶¹. Éste último también será situado en el origen de la neurosis de angustia, tal y como quedará reflejado en el “Manuscrito E” (¿1894?), que vendría a dar una explicación de la angustia al consistir en un incremento de tensión sexual que no es descargada sino interrumpida y que podría así mudarse en aquella⁴⁶². Las elucidaciones de la sexualidad reflejadas en este manuscrito serán plasmadas posteriormente en su obra “Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de ‘neurosis de angustia’” (1895)⁴⁶³.

Por otra parte, el imperio del pensamiento cuantitativo en el “Manuscrito E” (¿1894?) es patente; habla de *quantum* de excitación, de umbrales a partir de los cuales las tensiones físicas endógenas pasan a convertirse en libido psíquica (estado psíquico de tensión sexual) que puede vincularse con otras representaciones (sexuales que habría dentro de la psique; animadas por la tensión libidinosa) construyendo un afecto sexual, que en su defecto permanecería como un afecto psíquico (angustia)⁴⁶⁴.

⁴⁶⁰ Freud, S. (1950 [1893]), “Manuscrito B. La etiología de las neurosis”, en AE, t. I, p. 217.

⁴⁶¹ *Ibid.*, p. 223.

⁴⁶² *Ibid.*, p. 231.

⁴⁶³ Freud, S. (1895b [1894]), pp. 107-108.

⁴⁶⁴ Freud, S. (1950 [1894]), “Manuscrito E. ¿Cómo se genera la angustia?”, en AE, t. I, pp. 231-232.

Los estudios de las psiconeurosis también ubican la sexualidad en primer plano; en todas las afecciones radica un componente sexual que deriva en los síntomas. En el primer artículo sobre las *Neuropsicosis*⁴⁶⁵ atisba que, en la mayor parte de los casos tratados, los eventos o representaciones que se imponen a los sujetos tienen connotaciones sexuales que producen afectos penosos. De forma que, el yo, en un intento de huida, en el caso de la histeria y la neurosis obsesiva, opta por un divorcio entre la representación y el afecto, debilitando así la intensidad de la primera y tramitando el segundo a través del síntoma.

La histeria lo transpondría al cuerpo; la neurosis obsesiva lo desplazaría a otra idea conciliable para el yo, en sí anodina, pero que retornaría como obsesión, pues el afecto permanecería en el ámbito de la psique; en las fobias, incorporadas dentro de la neurosis de angustia y por ende con una etiología sexual, si bien no hay constancia de que exista la represión de una idea; el afecto que emerge ante cierta ocasión con enlace a la sexualidad también sería desplazado hacia un objeto exterior; y, por último, en las psicosis alucinatorias lo que ocurriría es que tanto el afecto como la idea serían expulsadas de la conciencia pero regresarían como confusión alucinatoria.

En los *Estudios sobre la histeria*⁴⁶⁶ concibe unas sumas de excitación, asociadas a una escena traumática, que inciden en el sistema nervioso de forma que si no son tramitadas por la motilidad se transponen en síntomas. Asimismo, la tendencia del sistema nervioso frente a estas excitaciones que fluyen dentro de él y que se desplazan con facilidad será mantener constante su grado de excitación intracerebral, susceptible de ser quebrantado fácilmente por las necesidades del organismo, entre las que destaca aquellas que denomina pulsiones sexuales. En caso de rebasarse el óptimo del sistema se generaría displacer.

Y contemporáneamente el *Proyecto* ofrece una explicación de multitud de procesos psicológicos mediante una minuciosa y exhaustiva elucidación de la operativa de esta energía/cantidad que reside en el sistema nervioso, atendiendo a su magnitud, las instancias que la comandan y los procesos primario y secundario soberanos en el sistema.

Por otro lado, en enero de 1896, se irá aproximando a lo que vendría a ser un desarrollo en fases de la sexualidad: etapa infantil/periodo intermedio/pubertad. Puesto que el origen de las distintas afecciones psicopatológicas en la infancia se va corroborando —tal y como lo venía explicitando desde 1892 y elaborando a lo largo de este ínterin—, en el “Manuscrito

⁴⁶⁵ Freud, S. (1894a), t. I, pp. 47-61.

⁴⁶⁶ Freud, S. (1893-95), t. II, p.105, 205-209, 211.

K” (1896)⁴⁶⁷, a colación de la etiología de la histeria, la neurosis obsesiva y la paranoia, fija dos factores comunes a todas ellas: la sexualidad y sus aconteceres en la etapa infantil. Para combatirlos erige los mecanismos de defensa del yo y estos mismos harán que la patología arribe en un momento que, tras la pubertad (período en que se reaviva la pulsión sexual), sean ejecutados ante una nueva representación que sólo evoque ya el recuerdo de la primera vivencia sexual traumática.

En diciembre de ese mismo año, en la carta 52 a Fliess, y desde un punto de vista eminentemente neurofisiológico, con la vigencia ineludible de la constante cuantitativa protagonista del *Proyecto*, desplegará sus elucubraciones sobre las edades factibles en las que pueden ubicarse, con carácter general, los recuerdos reprimidos de naturaleza sexual que *a posteriori* desencadenarán la histeria, la neurosis obsesiva y la paranoia⁴⁶⁸.

Destacará el desfase existente entre el desarrollo psíquico y las vivencias sexuales, puesto que la represión no la fijará antes de los cuatro años, lo que a la postre desembocará en la intelección del periodo de latencia.

Señalará como condición de las perversiones la inexistencia de una defensa, o en todo caso su instauración en el momento en que el desarrollo psíquico se haya completado. Luego, se deduce que las perversiones serían los equivalentes del goce sexual infantil hasta advenir la defensa para éste último.

Y, por último, subrayar que en esta misma carta mencionará por primera vez las “zonas erógenas”⁴⁶⁹, como los múltiples lugares del cuerpo que proporcionan tensión sexual al niño y que deberían abandonarse a favor del progreso cultural y el desarrollo de individuos íntegros.

No debemos obviar que, hasta 1896, Freud señaló en todo momento que el acontecimiento traumático sexual infantil era perpetrado por la participación de un adulto⁴⁷⁰, pero en *Tres ensayos de teoría sexual* reconocerá la sobreestimación del factor externo y una autonomía infantil en la generación de estos estragos⁴⁷¹. Empero, el reconocimiento de su error sobre

⁴⁶⁷ Freud, S. (1950 [1896]), “Manuscrito K. las neurosis de defensa. (Un cuento de navidad)”, en AE, t. I, pp. 260-261.

⁴⁶⁸ Freud, S. (1950 [1896]), “Carta 52”, en AE, t. I, pp. 277-279.

⁴⁶⁹ *Ibíd.*, p. 280.

⁴⁷⁰ Freud, S. (1896), “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa”, en AE, t. III, p. 165-166, p. 169.

⁴⁷¹ Freud, S. (1905), t. VII, p. 173.

este asunto, asaz doloroso puesto que podía inclinar de nuevo la balanza a favor de la predisposición hereditaria ya fue transmitido en una carta a Fliess en septiembre de 1897⁴⁷² como hemos visto.

Freud en la “Carta 219”⁴⁷³, escrita a Fliess en octubre de 1899, le comenta respecto a la sexualidad y lo orgánico: “Es asombroso, eso trabaja en el piso inferior. Una teoría sexual acaso sea la sucesora inmediata del libro de los sueños.”

En efecto, la obra de los sueños finaliza con el capítulo que muestra las barreras entre lo consciente y lo inconsciente. Implícitamente se erige como tarea para próximos estudios la represión e ineludiblemente su vinculación con la sexualidad. El sueño como el síntoma implicaba un cumplimiento de deseo de lo reprimido, pero para el último con una suerte de compromiso con el yo, más activo en la vigilia que en el acto del dormir.

Los *Tres ensayos de teoría sexual* constituyen por tanto una psicología de la sexualidad. Un ordenamiento de las concepciones que se venían fraguando desde 1890: sus tiempos, el desarrollo en el individuo, los desfases respecto al desarrollo intelectual, los medios de satisfacción en las diferentes etapas de la vida y la localización precisa de los desencadenantes de las futuras afecciones mentales. Todo ello abordado desde un punto de vista psicológico pero que permanece ligado a las nociones químicas, biológicas y cuantitativas, aunque abandonado la perspectiva neurológica que parecía arrastrarse hasta principios de siglo.

Freud introduce el concepto de “pulsión” en esta obra tal como será empleado hasta el final de sus escritos. Por fin, viene a reducir en su definición aquello que se venía esbozando en calidad de excitación, energía y cantidad. Será aquello que partiendo del propio organismo invocará algo en el plano anímico del sujeto. Es decir, se trata de una estimulación constante que brota del organismo, que no es apagable con ningún tipo de reacción del tipo de las que acallan la tensión generada por una estimulación externa y que exige una tramitación en el ámbito anímico del ser.

Las pulsiones se retratan así desprovistas de cualidad, simplemente implican un factor cuantitativo y solamente son distinguibles unas de otras en su puesta en correspondencia con las fuentes —procesos mediante los cuales tiene lugar una excitación en el interior del cuerpo

⁴⁷² Freud, S. (1950 [1897]), “Carta 67”, en AE, t. I, pp. 301-302.

⁴⁷³ Freud, S. (1994 [1899]), p. 416.

y restringido a una zona concreta—, y sus metas—la cancelación interna de dicha excitación sentida—.

Desde esta vertiente, destaca entre éstas a la pulsión sexual y el representante de su fuente lo designa zona erógena. La fuente en sí no es relevante desde el punto de vista psicológico, aunque sí podría proveer a la pulsión sexual de una idiosincrasia química.

Por “pulsión” podemos entender al comienzo nada más que la agencia representante {*Repräsentanz*} psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir; ello a diferencia del “estímulo”, que es producido por excitaciones singulares provenientes de fuera. Así, “pulsión” es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal. La hipótesis más simple y obvia acerca de la naturaleza de las pulsiones sería esta: en sí no poseen cualidad alguna, sino que han de considerarse sólo como una medida de exigencia de trabajo para la vida anímica. Lo que distingue a las pulsiones unas de otras y las dota de propiedades específicas es su relación con sus *fuentes* somáticas y con sus *metas*. La fuente de la pulsión es un proceso excitador en el interior de un órgano, y su meta inmediata consiste en cancelar ese estímulo de órgano. Otra hipótesis provisional en la doctrina de las pulsiones, que no podemos omitir aquí, reza lo siguiente: los órganos del cuerpo brindan excitaciones de dos clases, basadas en diferencias de naturaleza química. A una de estas clases de excitación la designamos como la específicamente sexual, y al órgano afectado, como la “*zona erógena*” de la pulsión parcial sexual que arranca de él⁴⁷⁴.

La concepción quimista de las pulsiones sigue vigente, su dualidad implícita sólo es aprensible por la composición química de las sustancias que las ocasionan, si bien el proceso que acontece en esta formación de la pulsión es desconocido; aún sólo es posible acceder a la ésta en el orden de la cantidad.

No obstante, el quimismo quedaría del lado de lo orgánico y no supondría un objeto de estudio del psicoanálisis, pertenecería a otro ámbito, si bien serviría de fundamento a una diferenciación de la pulsión sexual, que se mantiene en Freud desde el comienzo de sus escritos. El *Proyecto de psicología*⁴⁷⁵ proporcionaba una explicación de la excitación sexual bajo el supuesto de una producción de numerosos productos químicos particulares, noción que subsiste en los *Estudios sobre la histeria*⁴⁷⁶ y que también figura en las cartas a Fliess,

⁴⁷⁴ Freud, S. (1905d), t. VII, p. 153.

⁴⁷⁵ Freud, S. (1950 [1895]), t. I, pp. 366, 388.

⁴⁷⁶ Freud, S. (1893-95), t. II, pp. 205 *n*6, 211.

concretamente en una de fecha desconocida, pero presumiblemente pueda tratarse de 1894, donde alude a la etiología de la neurosis asentada en una “teoría de una sustancia sexual”⁴⁷⁷.

La obra se enmarca en una época en que las observaciones de la sexualidad en los niños son frecuentes pero siguen teniendo connotaciones degenerativas, a pesar de los trabajos desarrollados por Moll y Krafft-Ebing⁴⁷⁸. Freud rompe con este aspecto y desarrolla una obra que va más allá de los agrupamientos y clasificaciones sobre distintas anomalías observadas.

Comienza a elaborar el concepto de “pulsión” de forma más explícita. En primer lugar, apunta a esta noción como algo que atañe al ser humano desde sus inicios, al igual que todas sus necesidades. Incluso llega a decir que en la infancia tiene un carácter de ley⁴⁷⁹.

Realiza una correspondencia entre pulsión sexual y la libido, equivalente a la que se da entre la pulsión de nutrición y el hambre; es decir, así como de la necesidad/ganas de comer/hambre arranca una fuerza que empuja a nutrirse o pulsión de nutrición, de la necesidad sexual/apetito sexual/libido surgiría una fuerza de empuje o pulsión sexual hacia su satisfacción.

Empero, a la pulsión sexual siempre le otorgará un componente agresivo y un quimismo particular facilitado por los órganos del cuerpo, distinto al que éstos proporcionan a otras pulsiones; la dualidad pulsional estaría patente poniendo el foco en su naturaleza.

Dando un paso más, tratando de descomponer el término, además de “la fuente” de la pulsión, introduce otros dos aspectos: uno es el “objeto”, es decir, lo que despierta la atracción sexual y que se presta al servicio de la pulsión para satisfacerse; y otro es “la meta” sexual, el acto al que empuja la pulsión para producir la cancelación interna de ese estado perturbador⁴⁸⁰.

Las vicisitudes pulsiones nos darán explicaciones de los fenómenos psicopatológicos, permitirán continuar con la elaboración acaecida en *La interpretación de los sueños* retomando los deseos infantiles, las represiones, los síntomas, etc. Y permitirán entender algunas nociones necesarias para la formación de ulteriores instancias freudianas.

⁴⁷⁷ Freud, S. (1950 [1894]), “Manuscrito D. Sobre la etiología y la teoría de las grandes neurosis”, en AE, t. I, p. 226.

⁴⁷⁸ Ver los apartados 6.1 y 6.2 del capítulo “Antecedentes”.

⁴⁷⁹ Freud, S. (1905d), t. VII, p. 157.

⁴⁸⁰ *Ibíd.*, p. 123.

En definitiva, la presente obra supone un amplio estudio de la sexualidad del que es merecedor la premisa de la etiología sexual de las neurosis. Y para nosotros profundamente destacable por la aparición del concepto objeto de estudio.

3.2.2. Fuentes, objetos y metas de las pulsiones sexuales

3.2.2.1. Las perversiones: fraccionamiento de la pulsión en distintas componentes

Uno de los componentes diferenciados de la pulsión es el objeto, lo que propicia el placer sexual, que como veremos no presenta una relación biunívoca con la pulsión misma.

En *Estudios sobre la Histeria*, lo que se destacaba era que la excitación sexual que acicateaba la pulsión en sus primeros momentos, antes del desarrollo sexual propiamente dicho, no aparecía ligada a un objeto concreto, a diferencia de lo que ocurría con otras pulsiones, como la de nutrición, por ejemplo⁴⁸¹. Sólo tras la pubertad podría vincularse a esta excitación una representación del otro sexo, el objeto. Breuer indicaba que el acrecentamiento de excitación antes de la emergencia de este objeto era “vago, sin destinación, si meta”. Evidentemente, lo que se ponía de manifiesto en esas disquisiciones era el componente perturbador de la pulsión sexual en la infancia, pero lo que se estaba escapando de sus premisas era la multiplicidad de objetos pulsionales que sí había, si bien difíciles de apreciar al no encontrarse, como veremos, separados del propio cuerpo.

Freud, observando las distintas perversiones, argumenta la variedad de objetos para la misma pulsión sexual. Las perversiones se entienden como manifestaciones del goce sexual con partes del cuerpo que en principio no poseerían un papel preponderante al servicio de la sexualidad o no estarían destinados al acto *per se*.

Frente a las nociones difundidas en este sentido en el ámbito médico, Freud no concibe las perversiones como fruto de la degeneración, pues, de hecho, los pervertidos pueden mantener sus facultades intactas; tampoco considera relevante dilucidar su carácter innato o adquirido, pues no aduciría explicaciones sobre la cuestión; y, por último, destaca que la diferenciación anatómica tampoco se revela como un factor diferencial explicativo. Las toma,

⁴⁸¹ Freud, S. (1893-95), t. II, pp. 210-211.

por tanto, como manifestaciones externas de los decursos pulsionales que arraigan en la infancia y perduran incluso en la vida adulta.

En efecto, las perversiones exponen la diversidad de objetos susceptibles de ser elegidos para satisfacer la pulsión sexual. Un hombre no tiene por qué tomar como objeto sexual a una mujer o al menos sólo a ella. Existen homosexuales o lo que Freud denomina “invertidos absolutos”⁴⁸², bisexuales o “anfígenos”⁴⁸³ y los “invertidos ocasionales”⁴⁸⁴, aquellos que bajo ciertas circunstancias son capaces de cambiar de objeto de sexual y obtener placer. Incluso la vida sexual de los hombres “normales” tendría connotaciones perversas; por ejemplo, en el análisis del coito se corrobora que los prolegómenos serían perversiones en sí mismos —suponen un goce sexual con zonas del cuerpo distintas de los genitales—. Las prácticas sexuales de la *fellatio*, el *cunnilingus*, la *paedicatio*, la masturbación o el fetichismo, también serían perversiones; incluso el propio beso encajaría en dicha clasificación, aunque convencionalmente no se estime como tal, mientras que para el resto de casos, sin embargo, se llega a la censura por la vía del asco, la vergüenza o la moral.

La piel también aporta sensaciones sexuales y la mirada misma. Esta última permite que aflore en el individuo una excitación sexual destacable, marcada sobremanera en el caso del *voyeur* o del exhibicionista. También la mirada fue resaltada por Breuer en los *Estudios sobre la histeria*⁴⁸⁵ desde la vertiente del “ver”. Si bien antes del desarrollo sexual la pulsión se presentaba sin meta aparente, tras la maduración sexual la mirada sería capaz de concentrar, con la imagen incidiendo en el sujeto, es decir, en su propio ojo, la excitación pulsional que tenía como fuente ciertas sustancias del interior del organismo. No obstante, si bien Breuer en ese momento apuntaba a una pulsión sexual de ver con objeto pulsional la representación del cuerpo de otro, no atisbaba que el propio ojo (captador de imágenes) pudiera llegar a ser también un objeto de la pulsión sexual en la infancia, residente en el propio cuerpo del infante. Así es tal y como se presenta en esta obra y lo que la confiere esa novedad que sobreviene de toda la elaboración de la teoría sexual infantil y sus nexos con las perversiones.

Destacamos, en este sentido, que la mirada no se identifique con los ojos como zona erógena precisamente por su característica reflexiva; el goce sexual, tal y como lo muestran las

⁴⁸² Freud, S. (1905d), t. VII, p. 124.

⁴⁸³ *Ibidem*.

⁴⁸⁴ *Ibidem*.

⁴⁸⁵ Freud, S. (1893-95), t. II, pp. 211-212.

perversiones por analogía, estará en “ver” (*voyeur*) y “ser visto” (exhibicionista). Veremos que en el desarrollo sexual infantil este carácter ambivalente, en cierta medida, incorpora la dimensión del “afuera”, de otro sujeto que viene a interactuar como objeto en este juego pulsional.

Todos estos lugares del cuerpo parecen prestarse al servicio de la obtención de un placer sexual, podemos decir que vendrían a realizar la función de los genitales en su concepción ulterior del desarrollo sexual. Más adelante este aspecto será profundizado en la obra y, precisamente, se establecerá un desarrollo de la pulsión sexual que permitirá presentar las inclinaciones de ésta hacia objetos concretos dependiendo de la etapa de desarrollo en la que se encuentre.

En definitiva, la satisfacción pulsional sexual podrá alcanzarse mediante distintos objetos: la piel, la mirada, la boca, etc., y las perversiones permiten apreciar esta característica de proliferación de objetos de la pulsión sexual de manera explícita.

Asimismo, existen dos perversiones que ofrecen una vertiente de satisfacción con el objeto condicionada de manera inexcusable a la propinación de dolor a este último. Hablamos del sadismo y del masoquismo, que ponen de manifiesto el componente agresivo que podría darse en el quehacer de la pulsión sexual y que apuntan a la posibilidad de que el dolor también entrañe un placer en sí mismo.

Se trata de perversiones que abundan de manera cooperativa en una misma persona, lo cual puede hacer pensar en la una como reverso de la otra. De hecho, en un primer momento Freud así lo entendió, obviando sin embargo la existencia de un masoquismo primario⁴⁸⁶. En el masoquismo, podemos decir, se explicita sobremanera una modificación peculiar de la meta sexual respecto a lo que en las conductas “normales” tiene lugar. En este caso, más adelante, se esclarecerá la importancia que tienen todos aquellos factores que intervienen para la toma de posesión de una postura pasiva y resaltada de forma contraria en el sadismo.

En otros términos, comenta Assoun, al acentuarse el aspecto de la satisfacción pulsional [...] el masoquismo, en cambio, se muestra marcada e intrínsecamente paradójico en la medida en que parece invertir por completo la lógica de la meta sexual. Es quizás la perversión de meta más extrema y por ello mismo más significativa. Hay en la actitud masoquista algo que subvierte la lógica de la satisfacción pulsional. El masoquismo es enigmático entonces en un

⁴⁸⁶ Empero, en la elaboración de obras ulteriores rectificará su tesis. Cf. Freud, S. (1920g), t. XVIII, p. 53. Freud, S. (1924), “El problema económico del masoquismo”, en AE, t. XIX, pp. 168-169.

segundo sentido, que da acceso a una significación inconsciente. Se trata aquí de “la tendencia masoquista en la vida pulsional humana”. El masoquismo conservará hasta el final su estatus semántico de nombre de una perversión, pero la dinámica de la clínica y de la metapsicología tenderá a ampliar la cuestión irresistiblemente. Ampliar es, en “el entendimiento freudiano” dinamizado por la clínica, afinar la punta. Por un lado el masoquismo es, *stricto sensu*, una perversión, y sigue siendo una forma de perversión *lato sensu*. Pero, por otro lado, tal vez el masoquismo perverso disimule lo esencial, tal vez constituya el fenómeno pantalla o de cobertura de una cuestión mucho más estructural. En este sentido sería buen ejemplo de la dinámica propia del “entendimiento freudiano” y de la racionalidad metapsicológica, que en tal carácter se impone a la enseñanza analítica como paradigma⁴⁸⁷.

El componente agresivo de la pulsión sexual, no obstante, es evidente en la historia de la humanidad; los caníbales se comían a sus congéneres poniendo en juego la pulsión de apoderamiento con su componente agresivo, ambos elementos aparecen mezclados, tal y como ocurre en las consabidas persiones.

Breuer, en este sentido, también efectúa otra aportación en los *Estudios sobre la histeria* con la “pulsión de venganza”⁴⁸⁸. La señala como un elemento que parece ser inherente al hombre y que la cultura encubre más bien por resultar impotente ante ella. La ubica entre las pulsiones e igualmente la dota de su carácter irracional al punto de llegar a poner al sujeto incluso en una tesitura que atente contra su seguridad, con tal de alcanzar sus fines. Es decir, rebasaría la conservación del sujeto en su impulso por alcanzar su meta, aunque resultase del todo inadecuada. Añade también que esta pulsión emergerá por afloración de cualquier recuerdo en que ésta no hubiese sido tramitada, al igual que ocurría con el resto de pulsiones⁴⁸⁹.

3.2.2.2. Los síntomas: metas de la pulsión sexual

Las persiones, efectivamente, nos fraccionan la pulsión ofreciendo de manera esclarecedora algunos de sus componentes: la meta y el objeto. Respecto al último, destacan su no exclusividad. Asimismo, permiten contemplar las barreras que las contraponen, los

⁴⁸⁷ Assoun, P.-L. (2005), *El masoquismo*, Buenos Aires, Nueva Visión, p. 13

⁴⁸⁸ Freud, S. (1893-95), t. II, pp. 216-217 n11.

⁴⁸⁹ Esta interpretación de Breuer parece tener un carácter de providencia con respecto a lo que finalmente Freud indicará sobre la pulsión de muerte y sus conexiones con la cultura, ésta última como intento de regulación del quehacer pulsional. Breuer parece establecer, sin quererlo, un distingo de la pulsión de muerte frente al resto de pulsiones, excluyendo asimismo de su esencia las pulsiones sexuales y las pulsiones de autoconservación.

obstáculos a la satisfacción de su meta: la vergüenza, el asco o la moral, y las repercusiones clínicas que tendrá este juego de fuerzas entre las pulsiones perversas y sus defensas.

Aunque los perversos no son habituales en un análisis, las psiconeurosis sí lo son y la hipótesis sexual respecto a su etiología permitirá vislumbrar, teniendo en cuenta el vínculo con las perversiones, otros operativos acerca de la pulsión. La novedad freudiana en este sentido está servida y se atrapa en la siguiente proposición: “los síntomas son la práctica sexual de los enfermos”⁴⁹⁰.

Con esa frase se aglutinan todas las preconcepciones pulsionales designadas con los términos “excitación”, “energía”, “cantidad” e incluso “afecto”. El concepto de “pulsión sexual” delimita la glosa enunciada hasta el momento, a la par que condensa todo su trasfondo y arroja luz sobre cuestiones fundamentales del psicoanálisis.

La raíz de la neurosis se encuentra en la pulsión sexual, que desembocará en la manifestación de distintas patologías por efecto de su propia actuación —por un lado estaría la pulsión y por otro la actuación del yo⁴⁹¹—. La concepción del síntoma hasta el momento requería del encuentro del sujeto con una idea inconciliable, pero ¿cómo adquiere una idea este carácter de intolerancia? Una idea es en sí misma inconciliable porque remite a recuerdos infantiles donde el sujeto gozó de un objeto de forma perversa con gran intensidad.

Entre el final de la infancia y la pubertad, transcurre un espacio de tiempo, un periodo de latencia, transitorio, en el que poder elaborar una serie de defensas, un desarrollo psíquico, que iba con retardo respecto al desarrollo sexual del niño. En dicho intervalo de tiempo, a la par que se desarrolla la psique, se adquieren: la vergüenza, el pudor y la conciencia moral. Y así, en la pubertad, con el nuevo reavivamiento pulsional sexual, podrá aparecer lo que Freud determina como idea inconciliable.

El tropiezo con una posible representación, evento, pensamiento, incluso una sonoridad, en definitiva, algún recorte del lenguaje, basta para hacer caer al sujeto en la cuenta de la representación pretérita. La tensión sexual endógena (que arranca de lo somático) que se desprende a raíz de ese encontronazo una vez alcanzada la psique producirá la libido (sería tensión sexual en la psique), y ésta avivará esa idea perversa, que vinculándola a la nueva y por el afecto intenso o intolerable que aglutina la dotará de su carácter inconciliable.

⁴⁹⁰ Freud, S. (1905d), t. VII, p. 148.

⁴⁹¹ *Ibíd.*, pp. 148-149.

Al mismo tiempo, el incremento de tensión psicosexual originado por la libido exigirá su tramitación. Por consiguiente, el sujeto debe acometer dos maniobras: esquivar esa idea, desterrarla de su mente y gestionar el afecto propulsor del displacer que ha tomado la representación como resorte⁴⁹².

De esta manera, los síntomas histéricos no eran otra cosa que la simbolización de una serie de representaciones reprimidas de cuyo afecto quedaron despojadas y que fue canalizado, mediante conversión, a una manifestación corporal. Pero ahora, podemos afirmar que son emblema de la pulsión que, en definitiva, es la que los origina.

Efectivamente, es el afecto que afluye de la tensión sexual física localizada en el interior del cuerpo y que en proporción desmedida llega a alcanzar la psique en calidad de libido el que, mediante la libido misma, tratará de movilizar y reunir las distintas representaciones psíquicas de la sexualidad hasta formar un afecto sexual que será tramitado por la vía del síntoma.

Las representaciones precisamente son las que enganchan de alguna manera con la pulsión sexual. Y, justamente, en el caso de la histeria se corrobora que el incremento de las resistencias a la pulsión —asco, vergüenza y moral— deriva en el afianzamiento de una ignorancia total sobre cualquier intelección sexual.

El síntoma es un subterfugio para cualquier intento de colegir algo sobre la sexualidad, arribando en él la libido ligada a las consabidas representaciones denegadas a la conciencia. Es una suerte de compromiso entre la hiperexcitación de la pulsión sexual y las resistencias.

Resulta tentador traer de nuevo a colación el caso de aquella histérica con el deseo inconsciente de tener multitud de hijos, de pasar por varios embarazos, y que *a posteriori* lo ligó a la idea de acostarse con multitud de hombres. La hiperexcitación que produce esta última idea, generaría libido psíquica que avivaría la representación inconsciente y la vincularía a la nueva. También brotaría una resistencia del yo que quiere evitar que se acueste con un montón de hombres. Y el resultado conciliador sería la creación del síntoma, el vómito; que así como satisface su idea inconsciente, genera también cierto beneplácito en el yo perdiendo su belleza con el deterioro corporal. Pero no debemos obviar que el origen es

⁴⁹² El salto de la pulsión de lo somático a lo psíquico viene por la libido, suministro de los procesos del pensamiento, como la asociación de las representaciones. Justamente por este factor podemos decir que fundamenta una psicología freudiana con toda contundencia.

la meta pulsional, la conciliación con el yo, es la consecuencia del desarrollo psíquico que venía con retardo.

Freud, en este sentido, descubre a los neuróticos sexualmente como perversos. Las pulsiones en los adultos, con metas perversas en origen, han virado sus destinos mediante las resistencias hacia otro que expresa en sí mismo una sexualidad también anormal: el síntoma. Un placer en aquella parte del cuerpo que se muestra más susceptible a recibir la descarga. Este pensamiento, es el que Freud sintetiza en la aseveración de que “la neurosis es, por así decir el negativo de la perversión”⁴⁹³.

Es decir, si bien en las perversiones las pulsiones sexuales se ponen en acto o se traslucen en la conciencia, en las neurosis se mudan en síntomas quedando encriptadas, no expuestas de forma explícita, es una sexualidad que pasa desapercibida. El histérico lo pondría más en evidencia, al exponer el goce sexual en su propio cuerpo igual que el perverso, si bien de manera cifrada; empero, el resto de neurosis no están exentas de dichas prácticas. Es más, en todos los sujetos siempre estará presente una inclinación inconsciente hacia personas del mismo sexo, una parte de la libido permanece fijada a estos objetos y en este sentido serán también invertidos.

Los síntomas emergerán siempre que tenga lugar una predilección por alcanzar la meta sexual mediante un subrogado de los genitales. Por ende, las “pulsiones parciales”⁴⁹⁴, aquellas que no han sucumbido aún a la primacía genital, darán lugar a formaciones patológicas.

Ricoeur⁴⁹⁵ hace una relectura filosófica de la frase anterior tomando como coordenadas de referencia la cultura, como medio regulador de las pulsiones sexuales, y las propias pulsiones, que encarnan una prehistoria borrada del individuo y con un alcance que puede rebasar cualquier regla:

[...] objetos y fines —tal como nos son conocidos en un estado de cultura— son funciones secundarias de una tendencia mucho más amplia, capaz de cualquier “transgresión” y de cualquier “perversión”; un haz frágilmente anudado de pulsiones, entre ellas la crueldad, está siempre presto a desatarse, haciendo de la neurosis el negativo de la perversión⁴⁹⁶.

⁴⁹³ Freud, S. (1905d), t. VII, p. 150.

⁴⁹⁴ *Ibíd.*, p. 151.

⁴⁹⁵ Ricoeur, P. (1970), pp. 166-167.

⁴⁹⁶ *Ibíd.*, p. 167.

3.2.3. La pulsión: exigencia inexorable desde la infancia. El perverso polimorfo

¿Cómo puede la pulsión sexual llegar a afectar al sino de la persona, hasta poder determinarla como perversa, neurótica (luego en cierta medida perversa también, debido a los síntomas) o normal?

Los síntomas, tal y como se ha visto en el apartado anterior, parecen poner de manifiesto el poderoso efecto de la pulsión, pero siendo condición de éstos el desarrollo de la sexualidad en dos tiempos: infancia y pubertad.

Este es un asunto capital. En el primer periodo de la vida las vivencias sexuales están exentas de una censura interior por parte del sujeto. Esto será concluyente para que en el segundo periodo, a partir de la pubertad, con la disponibilidad de distintos recursos al servicio de la defensa, la tensión sexual que se produzca pueda ser ligada a los restos mnémicos de la psique y poder tramitarse. La separación de ambos eventos será condición necesaria para el surgimiento de la idea inconciliable de cara a causar una neurosis.

Entonces, retomando la cuestión planteada, parece que la sexualidad adulta vendrá marcada por las vicisitudes de la pulsión sexual desde su florecimiento en el ser, hasta la pubertad, con un periodo de tránsito intercalado en su desarrollo. Qué mejor forma de acometer estas averiguaciones que volviendo la vista a la etapa infantil.

¿Qué tal si se dijera que uno debe buscar el determinismo de estos síntomas en otras vivencias, que se remontan todavía más atrás, y entonces obedecer aquí por segunda vez a aquella ocurrencia salvadora que antes nos guio desde las primeras escenas traumáticas hasta las cadenas mnémicas que había tras ellas? Es cierto que así se llega a la época de la niñez temprana, la época anterior al desarrollo de la vida sexual, lo que parece entrañar una renuncia a la etiología sexual. Pero, ¿no se tiene derecho a suponer que tampoco en la infancia faltan unas excitaciones sexuales leves, y, más aún, que acaso el posterior desarrollo sexual está influido de la manera más decisiva por vivencias infantiles? Es que unos influjos nocivos que afectan al órgano todavía no evolucionado, a la función en proceso de desarrollo, causan asaz a menudo efectos más serios y duraderos que los que podrían desplegar en la edad madura. ¿Quizás en la base de la reacción anormal frente a impresiones sexuales, con la cual los histéricos nos sorprenden en la época de la pubertad, se hallen de manera universal unas vivencias sexuales de la niñez que tendrían que ser de índole uniforme y sustantiva? Así se ganaría cierta perspectiva de esclarecer como algo adquirido tempranamente lo que hasta

ahora era preciso poner en la cuenta de una predisposición que, empero, la herencia no volvía inteligible. Y como unas vivencias infantiles de contenido sexual sólo podrían exteriorizar un efecto psíquico a través de sus *huellas mnémicas*, ¿no sería este un bienvenido complemento a aquel resultado del análisis según el cual un *síntoma histérico sólo puede nacer con la cooperación de recuerdos?*⁴⁹⁷.

Freud conjetura la germinación de las mociones pulsionales en el recién nacido, empero se irán desarrollando de manera desconocida hasta que sean susceptibles de manifestación, lo que ocurre aproximadamente hacia el tercer o cuarto año de vida.

Las pulsiones sexuales se concentrarán en distintas zonas del cuerpo que se denominarán zonas erógenas⁴⁹⁸ y que, en principio, son localidades corporales no destinadas al futuro quehacer sexual. Las pulsiones que se satisfarán en ellas serán designadas como pulsiones parciales, puesto que aún no se encuentran bajo el primado genital. Y la forma de satisfacción en el niño será autoerótica⁴⁹⁹, tomando como objeto su propio cuerpo. Entre las zonas erógenas activadas en la primera infancia podemos destacar: la boca, el ano y los genitales.

La boca, a raíz de la pulsión de nutrición, podría proponerse como la inauguradora de la fase onanista; empero, en esta etapa también tendrían cabida sensaciones placenteras perpetradas por los cuidados primarios en las distintas zonas erógenas, incluidos los futuros genitales.

La segunda fase sería hacia los tres o cuatro años, pues permite atisbar un resurgir de la sexualidad desplegándose en manifestaciones exteriores. Concorre en esta etapa justamente la emergencia de la enuresis, por ejemplo, que podría ser un retorno de la fase masturbatoria del lactante.

La tercera fase onanista sería la que se produce en la pubertad y tiene el carácter más convencional.

En cuanto a esa segunda etapa Freud otorga el epíteto de “perverso polimorfo”⁵⁰⁰ al niño, porque aún no han germinado ciertas herramientas inhibitoras de la pulsión sexual, —vergüenza, asco y moral—, cuyo desarrollo será ubicado en un periodo transitorio que irá desde la primera infancia hasta la pubertad y que se denominará periodo de latencia. Por lo

⁴⁹⁷ Freud, S. (1896), “La etiología de la histeria”, en AE, t. III, p. 201.

⁴⁹⁸ Nos remitimos a la fuente del término en el apartado 1.6.1. de la presente tesis, p. 48.

⁴⁹⁹ Nos remitimos a la fuente del término en el apartado 1.6.1. de la presente tesis, p. 47.

⁵⁰⁰ Freud, S. (1905d), t. VII, p. 173.

tanto, el niño goza sin abstención con todas las zonas de su cuerpo análogamente a los perversos.

“La disposición a la perversión —concluye Freud— no difiere de la disposición general originaria del instinto sexual; éste no se normaliza sino en virtud de modificaciones orgánicas y de inhibiciones psíquicas que van sobreviniendo en el curso de su desarrollo”. Por eso la sexualidad humana es sede de un debate análogo al que los sofistas entablaron acerca del lenguaje: el debate entre *physis* y *nomos*. Como el lenguaje, la sexualidad humana es institucional y natural al mismo tiempo. El asunto de la perversión, para algunos residuo de un moralismo burgués, está ahí para recordar que la libido tiene, “por naturaleza”, en reserva todas las “infracciones” de la moralidad común. La unión genital constituye siempre una victoria sobre la original dispersión de la libido hacia zonas, fines y objetos descentrados en relación con el eje de la genitalidad heterosexual. Perversos y neurópatas son testigos humanos de la original condición errática de la sexualidad humana. Fijación y regresión a fases superadas son posibilidades específicamente humanas, inscritas en la estructura e historia de esa “prehistoria”⁵⁰¹.

La pulsión sexual inaugura sus expresiones en el chupeteo, sin perseguir el fin nutricio en sí mismo, sino simplemente la procuración de placer en la boca con el pulgar, con el pie o con cualquier objeto que se pueda tener a su alcance, a la par que suele venir acompañado de un tironeo rítmico de los lóbulos de las orejas, apoderándose de las suyas o de las de otras personas.

Parece como si la propia pulsión sexual, en principio, se sirviese de las necesidades vitales —de la nutrición, prensión, etc.— para posteriormente desasirse de ellas. En un primer momento, tal y como se ha apuntado anteriormente, sería autoerótica, sin un objeto ajeno, empleando las zonas erógenas del propio cuerpo (no centrada en una concretamente) —la boca, la piel, etc.— para procurarse satisfacción.

Su independencia respecto al mundo exterior sucumbirá posteriormente al pasar a ser normalizada con la búsqueda del objeto fuera del propio cuerpo, de forma que pueda satisfacerla, por ejemplo, con los labios de otra persona. Curiosamente, puesto que la resignación de las pulsiones a sus primeras satisfacciones no será completa, veremos cómo retomará las primeras trayectorias trazadas en la búsqueda de placer. Por ejemplo, en el

⁵⁰¹ Ricoeur, P. (1970), pp. 168-169.

adulto, la pulsión oral podría ser expresada (satisfecha) en el síntoma del vómito histérico, en los hábitos de fumar y beber, en algunas perversiones (felaciones), etc.

La satisfacción se buscará, a la postre, en la zona erógena fijada en la etapa infantil. Es decir, la necesidad de apaciguamiento de la pulsión, originada desde que tuvo lugar la primera satisfacción pulsional, *a posteriori* buscará nuevamente su satisfacción en una fijación infantil. Esta necesidad, se apreciará en dos indicadores: por un lado, la tensión que emerge y que conlleva cierto displacer; y, por otro lado, la sensación que desembocará en la zona erógena por proyección y que requerirá de su cancelación.

La maniobra de búsqueda de satisfacción ante la emergencia pulsional, una vez creada la necesidad, es la que ya fue apuntada en *La interpretación de los sueños*:

Supuestos que han de fundamentarse de alguna otra manera nos dicen que el aparato obedeció primero al afán de mantenerse en lo posible exento de estímulos, y por eso en su primera construcción adoptó el esquema del aparato reflejo que le permitía descargar enseguida, por vías motrices, una excitación sensible que le llegaba desde fuera. Pero el apremio de la vida perturba esta simple función; a él debe el aparato también el envión para su constitución ulterior. El apremio de la vida lo asedia primero en la forma de las grandes necesidades corporales. La excitación impuesta {*setzen*} por la necesidad interior buscará un drenaje en la motilidad que puede designarse "alteración interna" o "expresión emocional". El niño hambriento llorará o pateará inerte. Pero la situación se mantendrá inmutable, pues la excitación que parte de la necesidad interna no corresponde a una fuerza que golpea de manera momentánea, sino a una que actúa continuamente. Sólo puede sobrevenir un cambio cuando, por algún camino (en el caso del niño, por el cuidado ajeno), se hace la experiencia de la *vivencia de satisfacción* que cancela el estímulo interno. Un componente esencial de esta vivencia es la aparición de una cierta percepción (la nutrición, en nuestro ejemplo) cuya imagen mnémica queda, de ahí en adelante, asociada a la huella que dejó en la memoria la excitación producida por la necesidad. La próxima vez que esta última sobrevenga, merced al enlace así establecido se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez la percepción misma, vale decir, en verdad, restablecer la situación de la satisfacción primera. Una moción de esa índole de esa índole es lo que llamamos deseo; la reaparición de la percepción es el cumplimiento de deseo, y el camino más corto para este es el que lleva desde la excitación producida por la necesidad hasta la investidura plena de la percepción⁵⁰².

⁵⁰² Freud, S. (1900a [1899]), t. V, pp. 557-558.

En un primer momento, se optará por un proceso encaminado al reencuentro con el objeto que le procuró la satisfacción, pero resultará “anómalo”; pues intentará retomar la primera vivencia placentera buscando la identidad perceptiva, por la vía alucinatoria, imposible de sostener por el agotamiento energético que implica y la frustración que asimismo se impone (en efecto, este proceso primario es el que impera en el sueño y que le confiere su carácter vívido).

Sin embargo, ante el fracaso de este primer intento y tomando el testigo el proceso secundario se urdirá una especie de rodeo hasta buscar una identidad de pensamiento, que permitirá acceder a un objeto, que procurará el apaciguamiento de la pulsión.

Es que el establecimiento de la identidad perceptiva por la corta vía regrediente en el interior del aparato no tiene, en otro lugar, la misma consecuencia que se asocia con la investidura de esa percepción desde afuera. La satisfacción no sobreviene, la necesidad perdura. Para que la investidura interior tuviera el mismo valor que la exterior, debería ser mantenida permanentemente, como en la realidad sucede en las psicosis alucinatorias y en las fantasías de hambre, cuya operación psíquica se agota en la *retención* del objeto deseado. Para conseguir un empleo de la fuerza psíquica más acorde a fines, se hace necesario detener la regresión completa de suerte que no vaya más allá de la imagen mnémica y desde esta pueda buscar otro camino que lleve, en definitiva, a establecer desde el mundo exterior la identidad [perceptiva] deseada. Esta inhibición [de la regresión], así como, el desvío de la excitación que es su consecuencia, pasan a ser el cometido de un segundo sistema que gobierna la motilidad voluntaria, vale decir, que tiene a su exclusivo cargo el empleo de la motilidad para fines recordados de antemano. Ahora bien, toda la compleja actividad de pensamiento que se urde desde la imagen mnémica hasta el establecimiento de la identidad perceptiva por obra del mundo exterior no es otra cosa que *un rodeo para el cumplimiento de deseo*, rodeo que la experiencia ha hecho necesario⁵⁰³.

Particularizando las citas de Freud al caso de la pulsión oral tendríamos lo siguiente. El niño, en un tiempo original, que llamaremos t_0 , recibe una tensión psíquica originada por la pulsión sexual que tiene como primera consecuencia, ante su aumento continuo, la creación de la necesidad de reducirla. En un tiempo t_1 el pecho materno vendría a asistir a dicha necesidad, como portador del nutriente, produciendo la primera satisfacción, operando un cambio en el interior del cuerpo que vendría a apaciguar la tensión; no sólo se satisfaría la pulsión nutricia con ese acto sino también la sexual en la zona erógena de la boca. Asimismo, la

⁵⁰³ *Ibíd.*, p. 558.

percepción del objeto dejaría como poso una imagen mnémica asociada y, la tensión psíquica originada por la pulsión sexual, una huella mnémica. La imagen y la huella mnémica permanecerían vinculadas.

En un tiempo t_2 ante el nuevo surgimiento de la tensión y su percepción displacentera, una moción psíquica llamada deseo, impulsaría la marcha para tratar de reducirla, tomando como referente lo que ocurrió en un tiempo t_1 . Es decir, la búsqueda de su cumplimiento, se encaminaría hacia la recuperación de la imagen mnémica del tiempo t_1 , trataría de hallar la percepción del pecho materno. La forma de conseguirlo sería, mediante el sueño, tal y como se ha visto por la vía regresiva, o mientras no tenga lugar el destete mediante la llamada al Otro, comenzando con las descargas motoras (llantos, berridos, pataletas, etc.). Pero, ¿cuál es el efecto del destete?

Las consecuencias no son otras que un deseo perpetuamente insatisfecho y una pulsión que efectuará un rodeo para conseguir finalmente ser satisfecha.

El niño, ante las experiencias frustradas de obtener lo que desea, deberá aprender a distinguir lo que será una mera ilusión (poder reencontrar la identidad perceptiva) de aquello que efectivamente puede emplear en realidad.

El rodeo no es otra cosa que la búsqueda de una identidad de pensamiento, respecto a la imagen mnémica de t_1 , que involucra dos maniobras. Por un lado, dar con una idea de meter algo en la boca, en la zona erógena que le procura placer; y, por otro lado, hacer uso de la motilidad para su descarga, debido a la huella mnémica de t_1 , mediante el succionar rítmico del pulgar o cualquier otro objeto que se preste.

Otra de las manifestaciones de la masturbación sexual infantil sería la retención de las heces y la consiguiente erotización de la zona anal, que conlleva tanto sensaciones placenteras como dolorosas. La fijación a esta etapa anal, a futuro, tendrá numerosas repercusiones. Podría apuntarse, por ejemplo, como posible raíz del estreñimiento en los neuróticos.

El análisis de la neurosis obsesiva, comenta Fenichel, permitió a Freud intercalar entre el periodo oral y el fálico otro nivel de organización de la libido, a saber, el nivel sádico-anal. El placer anal existe, desde luego, desde el comienzo de la vida. Pero durante el segundo año la zona erógena anal parece convertirse en la principal instancia ejecutiva de todas las excitaciones, las que, sea cualquier el lugar en que se originan, tienden a descargarse ahora en la defecación. El fin primario del erotismo anal es, por supuesto, el goce de las sensaciones placenteras de la excreción. La experiencia ulterior enseña que se puede aumentar la

estimulación de la mucosa rectal reteniendo la masa fecal. Las tendencias de retención anal constituyen un buen ejemplo de las combinaciones de placer erógeno y seguridad contra la ansiedad. El temor a la excreción originariamente placentera puede conducir a la retención y al descubrimiento del placer de la retención. La posibilidad de lograr una estimulación más intensa de la membrana mucosa, y con ello una sensación más intensa mediante la acrecentada tensión de la retención, constituye la causa del placer de tensión, que es mayor en el erotismo anal que en todo otro erotismo. Las personas que, en sus placeres, tienden a prolongar el placer previo y a postergar el placer final son siempre erótico-anales latentes⁵⁰⁴.

El objeto de esta pulsión anal en efecto serían las heces, que en el momento inaugural vendrían a reportar un placer en el acto de la defecación misma, al estimular la zona erógena del ano. La expulsión de las heces, empero, supone también una acción sádica, que pone en juego a la pulsión de apoderamiento, mediante el control de los esfínteres a través de la musculatura, permitiendo tanto expulsar como retener.

Debemos tener en consideración que la zona anal ha sido estimulada en el niño por parte de sus cuidadores, con los cambios de pañal, desde el principio de la vida; e irá evolucionando desde el autoerotismo hacia los objetos que, por ende, podrán ser provistos de un trato análogo.

Tal y como indica Fenichel, con la educación en el control de esfínteres y la disciplina higiénica, aflorarán las hazañas desafiantes de los niños hacia los mayores, manifestándose, la mayor parte de la veces, en la violación de los hábitos de higiene así como de los momentos y lugares prefijados por los adultos para realizar dichos actos⁵⁰⁵.

El erotismo sádico-anal tendrá un carácter ambivalente dado que las heces en sí mismas suponen una prolongación del cuerpo (retener-poseer/expulsar-pérdida). Aquello que expulsan viene a ser un objeto amado, que el niño poseía como parte de su cuerpo, y que pasa a entregar al adulto en concepto de regalo pero no sin reticencias, puesto que implica una pérdida.

Asimismo la “posesión” adquiere todo su valor con esta pulsión, que muestra la capacidad para disponer de un objeto externo pero que en realidad forma parte del yo. Algunas

⁵⁰⁴ Fenichel, O. (2006[1945]), “Teoría psicoanalítica de las neurosis”, en *Obras escogidas*, Barcelona, RBA, p. 110.

⁵⁰⁵ *Ibíd.*, pp. 110-112.

perversiones como la coprofagia vendrían a retomar este placer infantil, tratando de introyectar en el cuerpo aquello que se perdió.

Llegados a este punto Freud indica las excitaciones de las zonas que finalmente acabarán constituyendo la genitalidad, concretamente el glande y el clítoris. Estas zonas, por el mero hecho de ser objeto de aseo, como las anteriormente indicadas, han sido estimuladas en el individuo desde su nacimiento. Y, posteriormente, ante el reclamo de la pulsión, serán frotadas o contraídas por la acción muscular causando un efecto placentero, tratándose en ambos casos también de una pulsión de apoderamiento.

Esta etapa de placer preponderante en los futuros genitales es la que presenta mayores similitudes, aparentemente, con la sexualidad adulta. No obstante, es llamada fálica precisamente porque no tiene la carga significativa que posteriormente tendrá el órgano y también porque la niña en esta etapa tiene algo de lo que goza pero que no acabará siendo el pene.

La organización genital infantil y la sexualidad adulta presentan rasgos comunes y diferencias. Las analogías se refieren a la concentración genital y el carácter objetal de las relaciones. En general, el niño, en la fase fálica, se parece al adulto, desde el punto de vista sexual, más de lo que generalmente se ha llegado a comprender. En las condiciones culturales actuales la manifestación más importante de la genitalidad infantil es la masturbación, si bien se producen actos que se parecen al coito⁵⁰⁶.

3.2.4. El periodo de latencia: a favor de la cultura. Pesquisas del componente agresivo pulsional

Este periodo constituye el ínterin en el que florecen las sofocaciones de las pulsiones parciales. Esto no significa que sea un periodo exento de descargas pulsionales, puesto que realmente el desarrollo sexual no es inmutable y depende de la particularidad de cada sujeto.

En cualquier caso, en el desarrollo psíquico y sexual se irán incorporando como barreras a las metas sexuales (parciales): el asco, la vergüenza y la moralidad⁵⁰⁷. Éstas, en un primer

⁵⁰⁶ *Ibíd.*, p. 120.

⁵⁰⁷ El factor asco, no presente desde el principio en el sujeto, se tuvo en consideración en *La interpretación de los sueños* como una de las maniobras del proceso secundario adquirido a lo largo del desarrollo. *Cf.* Freud, S. (1900a [1899]), t. V, p. 593.

momento (durante las fases pregenitales), ante la precariedad intelectual del niño, no pueden ser desarrolladas y su ausencia nos permitirá vislumbrar también el componente cruel de las pulsiones, tan evidente en la infancia y que encontraría su freno en la compasión, que podría ubicarse dentro de la referida barrera de la moralidad.

En efecto, hablaremos de crueldad pulsional y no del niño cruel, dado que la búsqueda del dolor no supondría en esta etapa un fin en sí mismo, sino un efecto colateral de la pulsión sexual parcial. El componente agresivo de la pulsión se erigirá como paradigma en las perversiones sádica (posición activa) y masoquista (posición pasiva). También se apuntará a la dualidad de la pulsión.

La infancia comprende un periodo de vida que en la mayor parte de los humanos ha quedado desterrado del ámbito de su memoria. Aunque en dicho periodo la vida anímica sea un brotar grandioso y continuo de distintos procesos —demandas, protestas, violencia, crueldad, ternura y juicios lógicos—, curiosamente el adulto sufre una especie de amnesia o debilidad importante sobre lo que a él se refiere. Resulta difícil comprender el olvido de muchos eventos acontecidos en esa etapa, lo que induce a pensar que posiblemente lo que haya ocurrido no sea otra cosa que una represión de las distintas circunstancias que tuvieron lugar en aquellos tiempos.

Evidentemente la amnesia infantil presenta similitud con la represión de los neuróticos, al igual que los síntomas neuróticos muestran rasgos de infantilismo.

En el periodo de latencia se irán fraguando los consabidos procesos psíquicos que a la postre derivarán en las distintas maneras de inhibir la satisfacción sexual: la vergüenza, el asco y la moral. El punto sorprendente de Freud en este sentido es que refiere la educación, la cultura, en definitiva lo externo, como una mera contingencia en la construcción de estos impedimentos de la satisfacción pulsional y fija sus causas en un determinismo orgánico.

En el niño civilizado se tiene la impresión de que el establecimiento de estos diques es obra de la educación, y sin duda alguna ella contribuye en mucho. Pero en realidad este desarrollo es de condicionamiento orgánico, fijado hereditariamente, y llegado el caso puede producirse sin ninguna ayuda de la educación⁵⁰⁸.

⁵⁰⁸ Freud, S. (1905d), t. VII, p.161.

Será la pulsión misma la encargada de hacerlos emerger, por el desvío de su meta en otras direcciones. Pero, ¿qué sentido tendría todo esto?

Freud lanza la siguiente hipótesis: en la infancia la meta sexual por excelencia, la que estaría al servicio de la reproducción, está aplazada. La imposibilidad de alcanzar la satisfacción plena, aún con los intentos perversos que, por otro lado, teniendo en cuenta el desarrollo del individuo hacia la prevalencia de la genitalidad deberían ir dejándose atrás, sólo generaría displacer y, por ende, una necesidad de optar por maniobras que apacigüen las insistencias pulsionales, aquellas que precisamente vengan a combatirlas.

Fenichel, en su *Teoría psicoanalítica de las neurosis*, indica varias causas factibles en la emergencia de contrafuerzas pulsionales⁵⁰⁹:

- En el periodo de lactancia responsabiliza a la ausencia de control motor del infante la frustración ante la imposibilidad de acceder al alimento en todos los momentos en que surge la necesidad invocante pulsional;
- Las amenazas objetivas del mundo exterior cuando el niño en su afán de apoderamiento trata de atrapar, verbigracia, el fuego;
- Las influencias de los padres y educadores en las represalias ante los actos que conciernen al acaecer sexual con la consiguiente pérdida de amor que pueden implicar (y las consecuencias que ulteriormente tendrán en la formación del superyó);
- Los peligros que entrama la proyección de sus propias fantasías;
- Y la dependencia del yo frente al superyó, que convertirá la ansiedad en sentimiento de culpa.

Entonces, el viraje de las pulsiones hacia otras metas y la emergencia de fuerzas contrarias a las pulsiones podría iniciarse en el periodo de latencia sexual, que en cualquier caso no está exento de brotes pulsionales en sentido estricto, tal y como hemos aducido.

Esta concepción de la emergencia de otras fuerzas a raíz de la tensión displacentera, que conlleva la insistencia pulsional, fue tratada ya en *La interpretación de los sueños* y asignada a la labor del proceso secundario:

Ahora bien, entre estas mociones de deseo indestructibles y no inhibibles que provienen de lo infantil se encuentran también aquellas cuyo cumplimiento ha entrado en una relación de

⁵⁰⁹ Fenichel, O. (2006 [1945]), p. 92.

contradicción con las representaciones-meta del proceso secundario. El cumplimiento de tales deseos ya no provocaría un afecto placentero, sino uno de displacer, y *justamente esta mudanza del afecto constituye la esencia de lo que designamos “represión”*. Averiguar los caminos y las fuerzas pulsionantes en virtud de los cuales puede operarse esa mudanza, en eso radica el problema de la represión, que aquí bastará con tocar tangencialmente. Será suficiente establecer que una mudanza así del afecto ocurre en el curso del desarrollo (piénsese en el advenimiento del asco, que inicialmente faltaba en la vida infantil) y que se anuda con la actividad del sistema secundario⁵¹⁰.

En el *Proyecto* el yo también se erigió como responsable del contrapeso pulsional al dirigir el proceso secundario⁵¹¹. Su nacimiento vino, además de por el desborde de excitación pulsional, por la frustración de la satisfacción del deseo, es decir, por la represión. Que trasladándolo a la obra actual podríamos apreciarlo en la ausencia del objeto que vino a satisfacer la primera pulsión sexual, por ejemplo, en el destete.

No obstante, al margen de los bloqueantes de la pulsión sexual en sentido estricto (vergüenza, asco y moral), podemos encontrar otras formas de amansamiento pulsional menos costosas, por decirlo de alguna manera. Se trataría de hacer uso de la “sublimación”⁵¹², que supone permutar la meta sexual por otra que, en principio, no estaba concebida para tal fin.

Freud empleó por primera vez la palabra “sublimación” en una carta escrita a Fliess en mayo de 1897⁵¹³ a propósito de la estructura histérica, arguyendo que las fantasías de los pacientes eran otros medios que empleaban para traer al presente algo que concernía al hecho pretérito vinculado a su neurosis, pero de forma más amigable y que a su vez producía cierta descarga.

El término también es utilizado dentro de la publicación del caso Dora (1905)⁵¹⁴, aludiendo a la reconducción de las perversiones, en calidad de sexualidad infantil, hacia unas metas de índole no sexual más bien orientadas a la contribución de logros culturales. Asimismo, lo emplea en la definición de “transferencia”⁵¹⁵, como reproducción ornamentada de vivencias psíquicas pasadas traídas al presente mediante ciertos puentes que, en general, atañen a la figura del psicoanalista y que suponen una morigeración de las experiencias originales.

⁵¹⁰ Freud, S. (1900a [1899]), t. V, p. 593.

⁵¹¹ Freud, S. (1950 [1895]), t. I, pp. 362-368.

⁵¹² Freud, S. (1905d), t. VII, p. 161.

⁵¹³ Freud, S. (1950 [1897]), “Carta 61”, en AE, t. I, p. 288.

⁵¹⁴ Freud, S. (1905 [1901]), “Fragmentos de análisis de un caso de histeria”, en AE, t. VII, p. 45.

⁵¹⁵ *Ibíd.*, p. 101.

En la infancia la sublimación sexual, rebasada la edad de los cuatro años, irrumpe con la pulsión de saber, de un saber sexual por supuesto, vinculada también a la pulsión de ver. Concretamente, esta pulsión de saber, el empuje a la investigación infantil versará sobre el origen de los niños y vendrá a ser una sublimación de la pulsión de apoderamiento, eminentemente cruel, que además tomará energía de la propia pulsión de ver.

Anotar que es frecuente que las pulsiones parciales aparezcan entremezcladas, se sobrepongan, al igual que las barreras que se les van imponiendo; las etapas libidinales no serán disjuntas y tanto en unas como en otras podrán aflorar intromisiones de todo tipo, del lado de la defensa y del lado de la pulsión.

En este punto, tal y como indica Ferenczi en "Palabras Obscenas. Contribución a la psicología en el periodo de latencia" (1910) resulta interesante destacar la evolución intelectual del niño y el recurso que adquiere con el manejo del lenguaje, la posibilidad que le confiere para representarse objetos. Las palabras obscenas, serían un vínculo con el acto sexual. Sobre los cuatro o cinco años, suele comenzar la inclinación a una renuncia de la satisfacción sexual pero asoma la inclinación por las palabras obscenas que parecen atrapar algo de eso que comienza a dejarse atrás. Ferenczi lo entiende como un precedente del abandono de las prácticas voyeristas y exhibicionistas, que se suple con el lenguaje, resorte de la sexualidad, pero en una versión aminorada. Esto supone una apuesta por el camino hacia la cultura, los primeros progresos hacia el conocimiento⁵¹⁶.

No obstante, el reverso de la pulsión del saber y del empleo del lenguaje, en relación con las palabras obscenas y su enganche con una pulsión de apoderamiento, de control, que remite inexorablemente a la pulsión anal, podría también ser un recurso desafiante del niño contra los mayores, tal y como en su día lo fueron las heces. La pulsión de saber particularizada a las palabras obscenas encajaría en esta misma función.

A colación de esta dualidad, podemos aducir que la ambivalencia de ciertas pulsiones suele poner al descubierto la vertiente inherentemente agresiva, tal y como se la ha reseñado anteriormente, pero incluso esa inclinación es trasladada también, en el progreso psíquico, desde lo pulsional hasta lo defensivo. El sedimento pulsional parece prevalecer en cualquier caso.

⁵¹⁶ Ferenczi, S. (2006 [1910]), "Palabras obscenas. Contribución a la psicología en el período de latencia", *Obras completas I*, Barcelona, RBA, pp.169-170.

Los temas objeto de investigación, abordados por el propio infante, como bien se ha dicho, no hacen sino versar sobre los temas de la vida sexual —la cuestión del origen de los niños, la identidad genital en los sexos, qué significa estar casado, etc.

Las primeras teorías del nacimiento conciernen a la idea de que los niños provienen del mismo lugar que de donde emanan las heces; la pregunta por el significado del casamiento alude a la pregunta sobre la unión sexual, sus fines y su connotación sádica, pues el niño testigo del acto no puede sino interpretarlo como una especie de maltrato en esa etapa de su vida. Y la identidad de los sexos es una hipótesis de partida en el niño, pero que supondrá el dilema cuando la propia realidad le muestre la diferenciación sexual, surgiendo por consiguiente el complejo de castración, que según su desenlace originará una tendencia sexual futura u otra. Por ejemplo, el fetichista funda un objeto sexual (una parte del cuerpo u objeto) como defensa que venga a sustituir el falo en la madre, aquello a lo que no se pretende renunciar⁵¹⁷.

Por otro lado, en todo este despliegue de sexualidad del niño también están implicadas las personas con las que mantiene vínculos y que inevitablemente se le presentan en calidad de objetos sexuales, a los que posteriormente tendrá que renunciar también. Y que inevitablemente supondrán nuevas frustraciones de deseo.

Efectivamente, el complejo de Edipo podrá interpretarse con los contenidos de esta obra de manera más accesible. El fundamento de la sexualidad infantil y su desarrollo, el paso por la etapa fálica y la amenaza de castración serán aportes al entendimiento de este incidente que finalmente repercutirá en la institución del superyó. La sexualidad infantil, tal y como indica Freud en una nota agregada al texto que data de 1920 culmina en complejo de Edipo⁵¹⁸.

Y, por otro lado, a propósito de estas pulsiones de interacción, podremos colegir las pulsiones ambivalentes, que emergen en calidad de opuestos, como ver y ser visto causar dolor y padecerlo, tocar y ser tocado, etc. Necesariamente requieren de un sujeto activo y otro pasivo, aunque Freud insiste en que, en general, la misma persona goza posicionándose en uno u otro lado.

⁵¹⁷ Freud, S. (1927), "Fetichismo", en AE, t. XXI, pp. 147-148.

⁵¹⁸ Freud, S. (1905d), t. VII, p. 206 n28.

Las manifestaciones crueles en los niños son asequibles asaz a menudo, la compasión es un estado que no parece surgir hasta el periodo de latencia —como otra de las barreras a la pulsión sexual, análoga a las que se han señalado anteriormente: vergüenza, asco y moral—.

En principio, el componente agresivo se apreciaría a colación de la pulsión de apoderamiento, perteneciente a las fases previas al primado de la zona genital (fases pregenitales). Respecto a este asunto del componente agresivo de la pulsión sexual, que se señala en la obra, Freud efectuó cambios en la redacción aprovechando la reedición de 1915. Dado que entrama uno de los aspectos que será protagonista a partir de 1920, “la pulsión de muerte”, creemos que merece la pena extraer mediante dos citas las ideas manejadas tanto en 1905 y 1910 como en 1915. En la edición de 1915 se dice lo siguiente:

Nos es lícito suponer que la moción cruel proviene de la pulsión de apoderamiento y emerge en la vida sexual en una época en que los genitales no han asumido aún el papel que desempeñarán después. Por tanto, gobierna una fase de la vida sexual que más adelante describiremos como organización pregenital⁵¹⁹.

Mientras que en 1905 y 1910 se mantuvo lo que sigue a continuación:

Tenemos derecho a suponer que las mociones crueles fluyen de fuentes en realidad independientes de la sexualidad, pero que ambas pueden entrar en conexión tempranamente, por una anastomosis [conexión transversal] próxima a sus orígenes. No obstante, la observación enseña que entre el desarrollo sexual y el de la pulsión de ver y de crueldad persisten influencias recíprocas, que vuelven a restringir la aseverada independencia entre ambas clases de pulsiones⁵²⁰.

Resulta interesante ver como el viraje producido en 1915 se aleja de la concepción original, que es precisamente la que será retomada quince años después. Si bien Freud en esta época ya partía de la distinción entre pulsiones sexuales y otro tipo de pulsiones, aún no había sido capaz de determinar la naturaleza de estas otras pulsiones ni sus manifestaciones, cosa a la que sí se prestaban con mayor facilidad las pulsiones sexuales y a las que, por ende, les dirigió la atención.

Trasladando a este punto las aseveraciones que Freud hizo sobre las aberraciones sexuales en el inicio de esta obra, donde afirmaba que en la mayor parte de los perversos sádicos

⁵¹⁹ *Ibíd.*, p. 175

⁵²⁰ *Ibídem.*

también se presentaba la vertiente masoquista, tendríamos en la infancia la pulsión a infligir dolor, mediante el apoderamiento, así como a recibirlo en concepto masoquista, y que sobrevendría a propósito del castigo corporal del infante.

Freud remite en este punto del masoquismo infantil a las *Confesiones* de Jean-Jacques Rousseau, para poner de manifiesto el encuentro de placer en la recepción del castigo doloroso aplicado en las nalgas. Assoun lo resume de esta manera,

En las primeras páginas de su relato autógrafo, el autor de las *Confesiones* describe cierto “castigo infantil recibido a los ocho años de manos de una joven de treinta”, del que declara formalmente —y con lucidez— que “definió mis gustos, mis deseos, mis pasiones para el resto de mi vida”, pero añadiendo: “y ello justo en sentido opuesto a lo que debía resultar de él naturalmente”. En síntesis, el autor ve aquí “las primeras señas de (su) ser sensible”. Alusión a una especie de “desgarrón” primitivo del “desarrollo”, por el cual el curso de su vida pasional ya no será nunca “natural” como tampoco lo será la relación de Jean-Jacques con otras mujeres... distintas de aquélla. Se trata de la señorita Lambercier, quien fascina al pequeño Jean-Jacques con el brillo de su feminidad madura exaltado por la mirada del niño. Es la educadora que “nos dirigía el afecto de una madre”, pero es también “la autoridad” de la “férula”, objeto decisivo, como sabemos, del ritual pedagógico durante siglos. El caso es que un día —de 1722— el pequeño Jean-Jacques comete una tontería, esto es, la falta que lo pone en situación de merecer esa punición, la “punición de los niños”, de la que en apariencia —se ocupa él de precisar— la educadora no abusaba. Función de infrecuencia que prefigura su encanto. Ahí lo tenemos, esperando en la zozobra de la angustia la ejecución de la pena, consecuencia fatal del juicio. Pero lo que ocurre es de lo más inesperado. El efecto asombroso es el siguiente: “Después de la ejecución, me parecía menos terrible de sufrir que cuanto lo había sido la espera” [...] tras la espera angustiada, he aquí la (buena) sorpresa. El masoquista queda impactado, hay que decirlo, al encontrar placer donde, en principio, menos lo esperaba [...] Aspira a volver a pasar por ello. En síntesis, desde ahora él busca los golpes, espera que regresen. Ahí está, convocando desde su deseo, o por lo menos desde su apetito, lo que su angustia le había hecho temer⁵²¹.

La inclinación masoquista será trabajada en posteriores obras alineándola con la función del superyó; asimismo, la cultura será una continuación de la compasión iniciada en el periodo de latencia, aunque poseerá, por otro lado, la connotación sádica hacia el sujeto en calidad de superyó, que de manera impune le seguirá perpetrando puniciones.

⁵²¹ Assoun, P-L. (2005), pp. 20-21.

3.2.5. Las distintas fases del desarrollo sexual

3.2.5.1. Fases pregenitales

Antes de la organización sexual propiamente genital, Freud establece una serie de organizaciones “pregenitales”⁵²² que pueden convivir al mismo tiempo o mostrarse de manera disjunta. Las fases del desarrollo sexual en la infancia serían las siguientes:

- La fase “oral” o “canibática”: vinculada a la satisfacción producida por la introducción en la boca de un objeto del exterior. En esta fase, la pulsión sexual se sostiene en la necesidad vital de alimentarse, si bien finalmente se independizará de ésta, como consecuencia de una primera frustración en la procuración de dicha satisfacción; por ejemplo, ante la imposible omnipresencia del cuidador y la limitada motilidad del niño, puede darse la circunstancia de emerger en el lactante la necesidad sexual y no disponer en ese preciso momento del pecho materno.

Una manifestación de la pulsión oral es el chupeteo, donde el objeto a succionar puede ser de cualquier tipo y la finalidad de la acción es puramente sexual. En efecto, el fin ya no sería la nutrición en sí misma e ilustra claramente la escisión de la pulsión sexual de la pulsión de alimentarse.

La nutrición que recibe el infante parece ubicarle en una actitud pasiva respecto al objeto que le llega del exterior y que le proporciona asimismo la satisfacción sexual. Sin embargo, el viraje hacia el chupeteo supone tomar una actitud activa, donde el propio cuerpo es tomado en calidad de objeto para introducirlo en el agujero cuyo borde ha tomado el apelativo de zona erógena.

Es decir, la pulsión en sí misma contribuye a la autonomía del niño, a su independencia respecto al mundo exterior, al menos en lo que a la satisfacción sexual se refiere.

Asimismo la introyección del objeto en el cuerpo será el precedente de la identificación —en el inconsciente se concibe la unión de los objetos como el acto de comerlos o ser comido—, que tal y como se verá más adelante, sobre todo en la

⁵²² Freud, S. (1905d), t. VII, p. 180.

respuesta al complejo de Edipo, será fundamental y también detendrá la característica de procurar al sujeto cierta independencia.

Por otro lado, la boca no perderá su carácter erógeno en la vida adulta, sus manifestaciones más evidentes se presentan en el acto de besar y su aportación en los preparativos al coito.

Tal y como ya se mencionó anteriormente, una vez acontece la satisfacción primaria se crea la necesidad, y condición de ésta es insistir en la repetición del logro pasado, rechazando la postura de resignación ante la falta de objeto que procuraría la situación remota. Karl Abraham, despliega en este sentido, en el capítulo XII de *Psicoanálisis clínico* (1916), una serie de hechos que constatan la perdurabilidad de esta zona erógena en la vida adulta y lo costoso de la renuncia a la satisfacción pulsional ya adquirida. Realiza un análisis de los síntomas vinculados a esta fase, así como de ciertas sublimaciones y contribuciones a la formación del carácter:

Las pacientes se quejan de sus ataques de “hambre voraz”. Reconocen la diferencia entre el apetito normal y esta “hambre voraz”, pero no obstante se inclinan a confundir ambas condiciones. Manifiestan las resistencias más violentas cuando el psicoanálisis descubre la conexión entre su hambre voraz y neurótica y su libido reprimida. Sin embargo, ciertos signos ponen en evidencia el hecho de que nuestra suposición es correcta⁵²³.

En el climaterio muchas personas prestan más atención a las cuestiones de la nutrición de lo que lo solían hacer antes. Paralelamente a la retrogresión de las funciones sexuales (en el sentido estricto del término) aparece un aumento del interés por el tema del alimento⁵²⁴.

En los estados de depresión melancólicos, la libido parece regresar al primer estadio de desarrollo que conocemos. Es decir que en su inconsciente la persona melancólica deprimida dirige hacia su objeto sexual el deseo de incorporarlo. En lo profundo de su inconsciente hay una tendencia a devorar y destruir a su objeto⁵²⁵.

También en el capítulo XXIV, “La influencia del erotismo oral sobre la formación del carácter” (1924), ensaya la contribución de esta etapa en la vida sexual adulta que

⁵²³ Abraham, K. (2006 [1916]), “La primera etapa pregenital de la libido”, en *Obras escogidas*, Barcelona, RBA, p. 214.

⁵²⁴ *Ibíd.*, p. 224.

⁵²⁵ *Ibíd.*

aparentemente no queda demasiado transformada por los efectos del periodo de latencia puesto que sus propias manifestaciones encajan en las pautas convencionales de la sexualidad.

En primer lugar, debe recordarse que de las tendencias placenteras vinculadas con los procesos intestinales, sólo una pequeña parte puede llegar a formar parte del erotismo normal de una manera *no reprimida*; mientras que puede seguirse empleando en la vida posterior una parte incomparablemente mayor de la catexia libidinal de la boca que caracteriza la infancia. De este modo, los elementos orales de la sexualidad infantil no necesitan ser transformados en la formación de carácter ni sublimados en la misma medida que los anales⁵²⁶.

Algunas personas están dominadas por la creencia de que siempre habrá algún ser bondadoso —un representante de la madre, por supuesto— que cuide de ellas y les dé todo lo que necesitan. Esta creencia optimista les condena a la inactividad. Reconocemos nuevamente en ellas a individuos que han sido mimados en el periodo de succión⁵²⁷.

Un carácter arraigado de este modo en el erotismo oral, influye sobre toda la conducta individual, así como en la elección de profesiones, predilecciones y aficiones⁵²⁸.

Hasta ahora nos hemos ocupado de personas cuyo entero carácter se explica por la suposición de que su libido ha sido plenamente gratificada en la etapa oral de su desarrollo. Sin embargo, en el psicoanálisis observamos a individuos que son abrumados durante toda su vida por los efectos de un período de succión insatisfactorio [...] En su comportamiento social, estas personas parecen estar pidiendo siempre algo, sea en la forma de una modesta solicitud, o en la de una exigencia agresiva. La manera en que expresan sus deseos, tiene algo del carácter de una persistente succión; no se los despide ni con actos duros ni con argumentos razonables, sino que continúan insistiendo en sus demandas [...] La impaciencia es una marcada característica suya [...] una obstinada urgencia en hablar [...] el hablar toma el lugar de impulsos reprimidos de otro sector. En algunos neuróticos es

⁵²⁶ Abraham, K. (2006 [1924]), “La influencia del erotismo oral sobre la formación de carácter”, en *Obras escogidas*, Barcelona, RBA, p. 316.

⁵²⁷ *Ibíd.*, p. 320.

⁵²⁸ *Ibíd.*

especialmente notable el propósito hostil de su charla. En este caso, ella sirve al fin inconsciente de matar al adversario⁵²⁹.

- La fase “sádica-anal”: en esta fase se satisfacen tanto los impulsos anales como los sádicos mediante la pulsión de apoderamiento. La pulsión sexual es vigorizada con el afianzamiento de la musculatura corporal, que permitirá un mayor control del cuerpo no sólo para ejercer el dominio sobre el objeto, en su vertiente sádica, sino también, en su vertiente anal, para comandar la retención y expulsión de esfínteres.

En esta etapa, tal y como se ha comentado anteriormente, ya puede apreciarse la división pulsional en pares de opuestos, lo que denomina con el término de “ambivalencia”⁵³⁰. El apoderamiento del objeto supondría la vertiente activa y la repercusión del placer anal la pasiva. En esta fase, comienza a atisbarse la dirección del desarrollo hacia una elección de objeto, puesto que implica una interacción con un objeto que acaba separándose del cuerpo.

Posteriormente, Freud en la obra “Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal” (1917)⁵³¹ tratará de elucidar la cuestión de dónde queda ubicada la libido correspondiente a la fase sádica-anal, superada posteriormente por la primacía genital; si se mantiene reprimida, es sublimada, integrada en la nueva fase o traspuesta a cualidades del carácter.

Para dar respuesta a esta cuestión recurrirá a las formaciones del inconsciente y al vínculo que se establece en ellas entre el pene, las defecaciones y el hijo. Tanto el primero como el último se unen lingüísticamente en el vocablo “pequeño”; y en la mujer, en su neurosis, suele detectarse bien un deseo de pene reprimido bien de un hijo o incluso ambos. El deseo de un hijo vendría a colmar un deseo de pene, que *a priori* por la condición femenina sería imposible de otra forma; así se pasaría a tener el “pene”/”hijo”.

Por otro lado, la correspondencia “hijo” y “caca” radica en la característica de ambos de suponer un desprendimiento del cuerpo y, en este sentido, un “regalo” que se ofrece por amor a otra persona en detrimento de una satisfacción libidinosa,

⁵²⁹ *Ibíd.*, pp. 320-321.

⁵³⁰ Freud, S. (1905d), t. VII, p. 181.

⁵³¹ Freud, S. (1917), “Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal”, en AE, t. XVII, pp. 117-123.

atendiendo al autoerotismo que reporta su retención. Este “regalo”, por así decirlo, se extiende a un interés en el dinero.

En la neurosis obsesiva Freud aprecia una regresión de la organización genital hasta la anal analizando fantasías que correlacionan “pene”/”caca” y “vagina”/”intestino”.

Por otra parte, Freud propone en 1924, con una nota agregada al texto⁵³², añadir al marco de la vida sexual infantil una fase propiamente “genital”, pero que denominará fase “fálica” y que será incluida en las fases pregenitales. En esta etapa tendrá lugar la primera elección de objeto sexual hacia el que se encaminará la pulsión sexual, empero, aún no existe un primado genital como tal, que aúne todas las pulsiones parciales a favor de la reproducción sexual. Es decir, la desorganización sexual persiste aún en dicha fase.

En efecto, no la bautiza como fase “genital” puesto que concierne a los dos sexos, varón y hembra, y en la última falta el propio órgano, si bien este lugar lo pasará a ocupar el clítoris. En la época infantil no hay una idea clara sobre lo que implica la diferenciación de los sexos, se concibe en principio un único genital, para todos igual.

3.2.5.2. Dos tiempos para la elección del objeto sexual

Realizar la elección de objeto en dos fases viene impuesto por el periodo de latencia que media entre el ocaso de la vida sexual infantil y su renovación en la pubertad.

La elección del objeto sexual en la infancia, ocurre en la horquilla temporal que va de los dos a los cinco años, y concierne a lo que Freud denomina “corriente tierna de la vida sexual”⁵³³. Aquí el niño realiza la elección de objeto entre aquellos que pululan a su alrededor y que normalmente son los responsables de sus cuidados.

Tras la represión y en el interin hasta la pubertad, suele mantenerse la inclinación por esa primera elección de objeto infantil. No obstante, llegada la fase de la pubertad, deberá renunciarse finalmente a la meta sexual infantil para proceder con la deriva de la “corriente sensual”⁵³⁴. Este última renuncia no suele darse en su totalidad, la resignación de las metas sexuales infantiles son harto dolorosas y, por ende, el desenlace de la elección de objeto en

⁵³² Freud, S. (1905d), t. VII, p. 181 *n*42.

⁵³³ *Ibíd.*, p. 182.

⁵³⁴ *Ibíd.*

la pubertad no está exento de consecuencias. Por ejemplo, la práctica ofrece casos de mujeres que en su renuncia a desterrar el amor de sus objetos infantiles, sea, verbigracia, el caso del padre, han incurrido en matrimonios fracasados en lo que al aspecto sexual se refiere, manifestando frigidez, anestesia sexual, etc. Este tema será retomado posteriormente en otra “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa” (1912)⁵³⁵, donde se explicitarán las consecuencias de esta falta de sinergias en las dos elecciones de objeto.

Recapitulando lo visto hasta ahora, tenemos que en un primer momento el objeto de la pulsión sexual fue el pecho materno; el lactante en esa etapa no tiene la noción de sus dimensiones corporales, de sus límites; el cuerpo no está concebido como una unidad y la barrera entre interior y exterior se diluye. Si bien el primer objeto le vino desde afuera, es posible que lo coligiera como algo perteneciente al propio cuerpo. Sin embargo, en el desarrollo de la fase sádica ya aparece una señal indicativa de que la procuración sexual devendrá del lado de un objeto exterior, pero no será hasta el final de la fase fálica cuando haya un pronunciamiento claro sobre este asunto.

En este sentido, también se destaca en los niños cómo la libido insatisfecha, verbigracia, ante la ausencia de la persona amada, incide con el afecto de angustia. La elección de objeto en sí misma, en la infancia, se presenta como un hito de la pulsión y la barrera del incesto como la alternativa en la elección de objeto sexual; *a posteriori* ésta supondrá un giro hacia otra persona que no es precisamente aquella que ocupó el lugar privilegiado en la vida del infante brindándole su amor en un primer momento.

La nueva elección de objeto en la pubertad se impone por el desfase existente entre el desarrollo psicosexual y la propia maduración sexual del individuo. Si no fuese así se evitaría el binario de “corriente tierna” y “corriente sexual” así como una serie de acontecimientos que a lo largo de esta maduración sexual van ocurriendo. El adolescente tiende a distanciarse de la familia en esta época de nuevo reavivamiento sexual, lo que rememora la prohibición del incesto erigida en la infancia, exigencia cultural irrenunciable porque en su defecto se atentaría a la máxima de formación de comunidades cada vez mayores.

No obstante, las elecciones de objeto no implican una renuncia al empleo de otras partes del cuerpo en la modalidad autoerótica, tal y como venimos indicando. La barrera del incesto

⁵³⁵ Freud, S. (1912), “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor II)”, en AE, t. XI, pp. 174-180.

deberá ser respetada por el niño pero en su protesta, ante la abdicación pulsional a la que exhorta aquella, tratará de sortearla por la vía de la fantasía o el sueño. La resignación de las primeras elecciones de objeto es asaz controvertida y no faltan ocasiones que lo constatan en etapas posteriores; tal es el caso de la inclinación de las mujeres hacia hombres mayores y cómo la mujer madura suele encarnar el primer amor del varón.

3.2.5.3. Tras el periodo de latencia: fase genital

Con la pubertad, la pulsión abandona su componente autoerótico (parcialmente) pasando a estar ahora al servicio de la reproducción. Se produce el viraje desde el egoísmo hacia el altruismo, visto desde un punto de vista cultural. Se instaura la supremacía de los genitales y se halla el objeto sexual. La corriente tierna dirigida al objeto debería ser coincidente con la corriente sensual para evitar una vida sexual patológica, tal y como se ha apuntado en el apartado anterior, aunque esto no suele darse.

Este es el momento en que el desarrollo sexual de la mujer y el hombre comienzan a divergir. Los caracteres secundarios aparecen, haciendo patente de forma manifiesta el dimorfismo sexual —senos, el vello, la nuez, etc.—, y los caracteres primarios alcanzan una maduración tal que permitirá a los órganos reproductores generar los productos genésicos.

Así quedan conformados los dos sexos para poder servir a la función de reproducción. La activación sexual en este nuevo organismo se consigue por distintas vías: mediante la estimulación de las zonas erógenas, bien por estímulos que acontecen en el interior del cuerpo o bien desde la vida anímica, en la que convergen tanto las impresiones interiores como las provenientes del exterior.

En la excitación sexual se pone en juego tanto un sentimiento de displacer, generado por la propia tensión y que pondría en marcha el aparato anímico, como una sensación de placer. Además el placer sobrevenido exige un placer superior, que en caso de no satisfacerse originaría displacer.

Llegados a este punto surge la controversia de cómo se origina esta tensión sexual, su naturaleza, cómo facilitando placer a las zonas erógenas, un “placer previo”⁵³⁶, se sigue produciendo un incremento de tensión sexual, al que no se pondría fin sino por la descarga

⁵³⁶ *Ibíd.*, p. 192.

de las sustancias genésicas que tiene lugar por el acto del reflejo, alcanzando entonces el “placer final”⁵³⁷.

En el periodo de latencia, el niño que ronda la edad de ocho años, recibe sensaciones y excitaciones en sus genitales, ante la afluencia de excitación en alguna zona erógena. Recibirá un placer sexual porque la pulsión se seguirá satisfaciendo de manera autoerótica, tal y como se ha descrito en las pulsiones parciales, pero, por otro lado, albergará también un displacer. El desarrollo prosigue su camino hacia la primacía genital, aún no conquistada, y hace que, a su vez, se genere una tensión sexual que no puede tramitarse por la vía reproductiva que es precisamente a lo que apunta, puesto que aún no se ha alcanzado la pubertad.

Freud alerta del peligro que supone el que no se incurra en un pre-primado de los genitales en la vida sexual infantil y el haber establecido fijaciones de libido en las etapas pregenitales. Es decir, haber obtenido una cota inusual de placer con ciertas zonas erógenas de las que se sirvieron las pulsiones parciales. En efecto, estas circunstancias podrían derivar en una entrega excesiva al placer previo en detrimento del alcance del placer final, tal y como dejan entrever muchas perversiones, que tropiezan en demoras dilatadas de los placeres preliminares.

3.2.6. El enigma: origen y naturaleza de la pulsión sexual

Si bien en un primer momento las pulsiones se habían dejado ver a partir de su apoyo en las necesidades vitales para luego independizarse de ellas, la obra en cuestión ofrece de manera explícita otras formas de surgimiento que, a la par que presentan un carácter novedoso, rememoran ciertas concepciones tratadas en el *Proyecto de Psicología* (1985)⁵³⁸, y que iremos incorporando a medida que avancemos en su análisis.

Freud diserta que la excitación sexual se origina como una copia o contaminación de otros procesos de excitación del organismo (necesidades vitales), por estimulación de las zonas erógenas (sostenidas en las funciones vitales) y por la contingencia de ciertos objetos que estimularían las pulsiones de ver y la de crueldad (objetos externos que rodean al sujeto).

⁵³⁷ Ibídem.

⁵³⁸ Freud, S. (1950 [1895]), t. I, pp. 359-360.

Asimismo, precisa otros procesos inductores de excitación sexual: la actividad muscular, las excitaciones mecánicas —placer de los niños por ser mecidos, satisfacción en la práctica deportiva, en acometer juegos violentos en los que entran en contacto con el adversario—, los procesos afectivos como la propia angustia y la constancia atencional ante una tarea intelectual. Empero, la naturaleza de dicha excitación es un enigma.

Si recordamos, en el *Proyecto* Freud establecía tres tipos de neuronas: “Ψ”, “Φ” y “ω” sometidas a la incidencia de una cantidad de energía: “Q”. Las primeras, eran neuronas influidas de forma constante por la excitación que no tramitaban fácilmente la conducción de energía y que, por ende, suponían la base del recuerdo. Las segundas eran aquellas al servicio de la percepción que realizaban fácilmente la conducción. Las últimas eran las que al ser excitadas por la percepción, y no por el recuerdo, dotaban a la conciencia de sensaciones cualitativas de placer y displacer. Aunque Freud destacaba sobremanera la cantidad “Q” que fluía del interior del cuerpo y que al investir las neuronas “Ψ” pasaba a denotar como “Q’η”, indicaba que existía la posibilidad de que una afluencia de “Q” en “Φ” fuese también capaz de endosar a “Ψ” cierta cantidad de “Q’η” y transferir a “ω” ese incremento en concepto de cualidad, generando una sensación.

En este sentido, las excitaciones mecánicas podrían concebirse como acciones donde incurre un estímulo externo (que invertiría a “Φ”) —que podría ser un balanceo constante, el movimiento continuo perpetrado por los medios de transporte, sobre todo los ferrocarriles, etc.—, que transmite un incremento de tensión en el aparato psíquico y que al ser captado por ciertas representaciones (al llegar a investir “Ψ”) posibilita un circuito capaz de abrirse camino hasta la conciencia brindándole una cualidad placentera (responsabilidad de “ω”).

La actividad muscular, por ejemplo, que sucede en los juegos violentos que se ejecutan en la infancia de forma asidua, expresarían un vínculo más próximo con las pulsiones características de la fase sádico-anal. También los estímulos externos recibidos en estas luchas infantiles podrían impactar en el aparato psíquico en la misma manera que se ha precisado tomando como referencia el *Proyecto*.

Por otro lado, la angustia, o las situaciones amenazadoras en las que se ve inmiscuido el niño, producen de forma simultánea un desbordamiento de la dimensión sexual que también se expresa con descontrol de los esfínteres, remitiendo así, de nuevo, a la fase sádica-anal o al tocamiento de los genitales. En este mismo sentido, el acto del castigo en sí mismo, con la

articulación de impactos en el cuerpo y el dolor concomitante tal vez pueda elucidar el origen de una inclinación masoquista.

Y, por último, el trabajo del pensamiento, el sostenimiento en el tiempo de la atención sobre un tema, también muestra una convergencia con el emerger sexual.

Así quedan establecidas las coyunturas que tienen lugar en el ocasionamiento de la excitación sexual. En todas es destacable el incremento de excitación encarnado por el factor cuantitativo protagonista del *Proyecto* que se abre camino hasta la conciencia ofreciendo una sensación cualitativa.

El vínculo existente entre la sexualidad y otras funciones corporales es lo que le permite a Freud interpretar cierta sintomatología de la neurosis como expresión de aquellas pulsiones sexuales cuya meta ha derivado en otra no sexual, y que se denota como meta sublimada.

[...] todas las vías de conexión que llegan hasta la sexualidad desde otras funciones tienen que poderse transitar también en la dirección inversa. Vaya un ejemplo: si el hecho de ser la zona de los labios patrimonio común de las dos funciones es el fundamento por el cual la nutrición genera una satisfacción sexual, ese mismo factor nos permite comprender que la nutrición sufra perturbaciones cuando son perturbadas las funciones erógenas de la zona común. Y una vez que sabemos que la concentración de la atención es capaz de producir excitación sexual, ello nos induce a suponer que actuando por la misma vía, sólo que en dirección inversa, el estado de excitación sexual influye sobre la disponibilidad de atención orientable. Una buena parte de la sintomatología de las neurosis, que yo derivo de perturbaciones de los procesos sexuales, se exterioriza en perturbaciones de las otras funciones, no sexuales, del cuerpo. Y esta influencia, hasta ahora incomprensible, se hará menos enigmática admitiendo que representa la contraparte de las influencias que presiden la producción de la excitación sexual. Ahora bien, esos mismos caminos por los cuales las perturbaciones sexuales desbordan sobre las restantes funciones del cuerpo servirían en el estado de salud a otro importante logro. Por ellos se consumaría la atracción de las fuerzas pulsionales sexuales hacia otras metas, no sexuales; vale decir, la sublimación de la sexualidad⁵³⁹.

Pero retomando que las pulsiones parciales, vigentes y manifestadas por el niño antes del primado genital, afluyen entonces o bien desde las zonas erógenas o bien como colaterales

⁵³⁹ Freud, S. (1905d), t. VII, p. 187.

de las excitaciones desencadenadas por otros procesos, sigue abierta la pregunta sobre su naturaleza: ¿Cómo surge la tensión sexual? ¿De dónde surge?

La respuesta no es fácil y si bien será abordada en primera instancia apelando a una peculiaridad de la manifestación sexual, finalmente, sólo podrá ser conjeturada tomando prestado de otros ámbitos su posible concepción.

Que el placer y la tensión sexual confluyan puede tener su explicación en la sinergia de las pulsiones parciales y un desarrollo de la libido hacia el primado genital más avanzado, sin haberlo consumado (tal y como se ha aducido anteriormente). No obstante, esta aseveración no se concilia de forma completa con que en el acto sexual el placer final se procure por la descarga completa de las sustancias genésicas. Atendiendo a la primera premisa tendría que generar nuevamente cierto grado de tensión.

Freud soslaya el dilema apelando a una conjetura de la época que alega que para que se siguiese perpetuando la tensión sexual se requeriría de cierta cantidad de sustancias genésicas en los órganos reproductores, puesto que en caso negativo sería imposible un reporte sexual de cualquier tipo. O sea, en caso de no disponer de un ápice de sustancias genésicas ni siquiera la estimulación de las zonas erógenas repercutiría en un beneplácito.

Lo que ocurre es que la conjetura se muestra inconsistente al tomar como ejemplo a los niños sin testículos desarrollados que permitan la acumulación de las sustancias, así como los varones castrados y las mujeres.

En este sentido, Freud referencia las teorías de Conrad Rieger sobre la castración, que fueron plasmadas en su libro *Die Castration in Rechtlicher, Sozialer Und Vitaler Hinsicht Betrachtet* (1900)⁵⁴⁰, donde postula la independencia de la vida anímica sexual respecto de las sustancias genésicas.

Entonces, sólo resta la hipótesis de un quimismo particular que afluye al aparato psíquico y que genera excitación sexual; tomando del ámbito biológico ciertas teorías que dan un papel preponderante al tejido intersticial en detrimento de los productos genésicos indica lo siguiente:

Estamos autorizados a pensar que en el sector intersticial de las glándulas genésicas se producen ciertas sustancias químicas que, recogidas por el flujo sanguíneo, cargan de tensión

⁵⁴⁰ Cf. Rieger, C. (2010 [1900]). *Die Castration in Rechtlicher, Sozialer Und Vitaler Hinsicht Betrachtet*. Whitefish MT, Kessinger Publishing.

sexual a determinados sectores del sistema nervioso central [...] Bástenos establecer, como lo esencial de esta concepción de los procesos sexuales, la hipótesis de que existen sustancias particulares que provienen del metabolismo sexual⁵⁴¹.

La “libido”, por tanto, se establece como una variable cuantitativa concerniente exclusivamente a las pulsiones sexuales, que emergen no sólo de los genitales sino de cualquier zona del cuerpo, y que, por ende, está dotada de un carácter cualitativo particular, de su propio quimismo (distinto a aquel que poseerían el resto de fuerzas que serían el soporte para otros procesos anímicos).

La representación psíquica es denominada “libido yoica”⁵⁴² y se destina ora a distintos objetos, transformándose así en “libido de objeto”⁵⁴³, ora se repliega hacia el propio yo, convirtiéndose en “libido narcisista”⁵⁴⁴. O sea, se presenta así la confrontación entre *libido de objeto* y *libido yoica* según la ubicación de las investiduras.

La libido narcisista o libido yoica se nos aparece como el gran reservorio desde el cual son emitidas las investiduras de objeto y al cual vuelven a replegarse; y la investidura libidinal narcisista del yo, como el estado originario realizado en la primera infancia, que es sólo ocultado por los envíos posteriores de la libido, pero se conserva en el fondo tras ellos⁵⁴⁵.

No obstante, Freud destaca que hasta el momento aún no ha sido posible diferenciar rotundamente la *libido yoica* de otras energías que también actuarían en el interior del yo —se ha realizado una hipótesis sobre un quimismo particular aún no demostrada en aquella época— y que, por ende, un avance en este sentido exigirá necesariamente un trabajo especulativo. En este sentido y debido a la obscuridad de estos asuntos también centra su observación en la *libido de objeto* por ser asequible al análisis.

Asimismo, indica que una teoría de la libido de cara a la explicación de las perturbaciones psíquicas supondría una disquisición precisamente sobre la economía de la libido, sus incrementos, minoraciones, desplazamientos y destinos⁵⁴⁶.

⁵⁴¹ Freud, S. (1905d), t. VII, pp. 196-197.

⁵⁴² *Ibíd.*, p. 198.

⁵⁴³ *Ibíd.*

⁵⁴⁴ *Ibíd.*, p. 199.

⁵⁴⁵ *Ibíd.*

⁵⁴⁶ *Ibíd.*, pp. 198-199.

3.2.7. Clínica de los destinos pulsionales en la vida adulta y en la infancia

Hemos indicado que en el *periodo de latencia* se erigen una serie de mecanismos que permiten sofocar muchas de las pulsiones sexuales a las que se las propició satisfacción en la etapa perversa infantil.

Estos mecanismos contribuyen al encauzamiento de la pulsión sexual hacia una conducta normal en la vida adulta. Concretamente se hablaba del asco, la vergüenza, la compasión y la conciencia moral, todos ellos constituidos con el propósito de orientar las pulsiones parciales a una única meta sexual con la elección de un objeto.

Pero también se dispone de la represión, que se instituye como otro mecanismo para la sofocación de las pulsiones, que insta a un decurso pulsional por otros derroteros hasta conformar los síntomas.

Así como la sublimación, que permite la permuta de una meta sexual en otra de distinta índole. Y que, en un primer momento, en el niño se constata en la pulsión de saber.

En el presente apartado trataremos de mostrar algunos casos clínicos que permitan entrever los decursos pulsionales y su contribución al ocasionamiento de la neurosis.

Tomaremos como referencia la neurosis obsesiva y la neurosis de angustia, dejando de lado la histeria, puesto que ésta es tratada con mayor prolijidad a lo largo de la presente tesis a colación de numerosos aspectos que van saliendo a la luz.

3.2.7.1. La neurosis obsesiva y la pulsión sádico-anal

De cara a presentar la neurosis obsesiva y sus nexos con la pulsión sádico-anal tomaremos como referencia los artículos de Freud “Acciones obsesivas y prácticas religiosas” (1907)⁵⁴⁷, “Carácter y erotismo anal” (1908)⁵⁴⁸ así como el historial clínico del “Hombre de las Ratas” (1909)⁵⁴⁹.

⁵⁴⁷ Freud, S. (1907), “Acciones obsesivas y prácticas religiosas”, en AE, t. IX, pp. 101-109.

⁵⁴⁸ Freud, S. (1908), “Carácter y erotismo anal”, en AE, t. IX, pp. 153-158.

⁵⁴⁹ Freud, S. (1909), “A propósito de un caso de neurosis obsesiva”, en AE, t. X, pp. 123-194.

El primero de ellos se ha considerado por mostrar ampliamente los mecanismos obsesivos, por tratarse de un vasto estudio de esta neurosis, que no se había acometido de manera particular desde hacía más de diez años, y por la originalidad de su vinculación con la religión.

El segundo por ser uno de los emblemáticos casos clínicos publicados por Freud y por la abundancia y acusación de los síntomas del sujeto en cuestión.

3.2.7.1.1. La transgresión pulsional del mecanismo de defensa: la obsesión

Una fijación a la fase sádico-anal de la infancia puede traer como consecuencia el desencadenamiento de una neurosis obsesiva en el adulto. Las pulsiones sádico-anales, manifestadas en el niño en impulsos sádicos hacia los objetos, en la retención de las heces en concepto de apoderamiento y en la meta pasiva vinculada a la defecación son estorbadas en el periodo de latencia mediante el ensalzamiento de pares opuestos.

El sadismo se apaciguaría con la compasión y podría virar hacia el masoquismo que también supondría una satisfacción pulsional; y la pulsión anal se sublimaría hacia prácticas de orden, ahorro, escrupulosidad, demoras en las obligaciones, etc. Empero, las pulsiones parciales seguirán irrumpiendo en el periodo de latencia así como en la vida adulta y precisamente en ésta última, y en respuesta al mecanismo de defensa de la represión, tomarán como resorte las ideas obsesivas que pasarán a martirizar al sujeto a la par que a propiciarle cierta satisfacción.

Es decir, la neurosis obsesiva supondría un refugio de la pulsión sádico-anal, con el consiguiente malestar para el sujeto pero también con una ganancia de placer para el yo inconsciente con la satisfacción pulsional.

El neurótico obsesivo se caracteriza por la perpetración de una serie de rituales de manera estricta y sumamente escrupulosa, que tratándose de nimias actividades, el incumplimiento de la realización de algunas de ellas se le impondría como angustia por suponerle la violación de lo que podría ser una ley sagrada. Ricoeur también nos lo indica así:

Resulta no sólo legítimo sino esclarecedor señalar los múltiples nudos de la semejanza: tormentos de conciencia a causa de alguna omisión en el ritual/necesidad de proteger el desarrollo del rito contra toda perturbación exterior, escrúpulo del detalle, deslizamiento hacia un ceremonial cada vez más complicado, esotérico e incluso mezquino. El rodeo del ceremonial sirve, además, para echar una primera mirada a la intimidad del “sentimiento de

culpa”, ya que el ceremonial (y pueden incluirse aquí los actos de penitencia y de invocación) tiene valor preventivo respecto al castigo anticipado y temido; en este sentido, la observancia significa una “medida defensiva y protectora”⁵⁵⁰.

Las penitencias, prohibiciones y martirios vinculados a la posible trasgresión de alguno de los ceremoniales presentan el más explícito vínculo con la conciencia moral y con un reverso de la pulsión sádica. No obstante, su carácter privado y pérdida aparente de sentido se contraponen a lo que supondrían una práctica religiosa. Estos aspectos también los subraya Ricoeur:

“La neurosis obsesiva nos ofrece la caricatura tragicómica de una religión privada”. Según esto, es la religión lo que puede caricaturizarse como ceremonial neurótico; ¿se debe esto a su profunda intención o a su trayectoria degradante y regresiva, al comenzar a perder el sentido de su propia simbólica? Si se trata de un olvido del sentido en la observancia, ¿cómo achacarlo a la esencia de la religión? ¿Será que pertenece a una dialéctica todavía más fundamental, que sería la dialéctica de la religión y de la fe? Estos interrogantes, incluso si no le preocuparon a Freud, deben quedar pendientes. Sólo una cosa ha preocupado a Freud: la diferencia entre la índole *privada* de la “religión del neurótico” y el carácter *universal* de la “neurosis del hombre religioso”. El cometido de la filogénesis consistirá no sólo en consolidar la analogía como identidad sino en explicar esta diferencia al nivel de los contenidos manifiestos⁵⁵¹.

Ahora bien, todas estas manifestaciones *a priori* insustanciales y carentes de fundamento poseen la más estrecha relación con la historia personal del sujeto y particularmente con su vivencia de la sexualidad.

Una de las características destacadas, como bien se ha dicho, es la conciencia de culpa de estos pacientes, en muchos casos inconsciente, pero que se revela en una necesidad de castigo que se impone de manera reiterada ante la perspectiva de una tentación.

Tal y como se ha explicitado en los *Tres ensayos de teoría sexual* esta conciencia de culpa es de rango abolengo⁵⁵². Nos remite a prácticas masturbatorias de la pubertad que tendrían a su vez el arraigo en las acciones onanistas de la etapa infantil.

⁵⁵⁰ Ricoeur, P. (1970), pp. 199-200.

⁵⁵¹ *Ibid.*, p. 200.

⁵⁵² Freud, S. (1905d), t. VII, p. 172.

También en los *Tres ensayos* se apunta a la conciencia de culpa como uno de los acérrimos contribuyentes del masoquismo y no debemos olvidar que, en esta época, se concibe como una revuelta del sadismo, etapa por la que los neuróticos obsesivos tienen especial predilección.

Debido a la angustia que sufre el obsesivo frente a la posibilidad de acaecer una desgracia, y normalmente a sus seres queridos, éste comienza la perpetración de sus rituales. Pero ¿por qué sucede esto? es como si supiese en el fondo, que cabría la posibilidad de que él mismo ejecutara el acto propiciador de la desventura, al fin y al cabo él, y no otro, es el creador del escenario figurado susceptible de la fatalidad.

Las inclinaciones sádicas no parecen dejarse atrás, constituyen la sombra de la pulsión sádico-anal infantil que ahora en el adulto tratan de esquivarse con la conciencia de culpa o, tal y como se verá en el caso clínico posterior, con una obediencia activa tanto a la pulsión como a la defensa del yo.

Por ejemplo, con el caso clínico que se desarrollará en el próximo apartado mostraremos la posibilidad de que un sujeto retire las piedras del camino por el que transitará su amada evitando la posible desgracia de que le ocurra algo, para volver a colocarlas posteriormente en los mismos lugares. Así, satisfará en dos tiempos, respectivamente, la defensa yoica y la pulsión sádica, ejecutándose en último lugar la que procuraría satisfacción de la pulsión (recolocar las piedras en el camino, posibles contribuyentes al atentado), la que figura la representación del daño que se temía en primer lugar (que a la amada le ocurriese un infortunio).

Así, la pulsión quedaría satisfecha, si bien todo se mueve en un acto psíquico inconsciente pues realmente no ocurre nada a la vista de la realidad, aunque el trasfondo haya sido la acción de la pulsión sádica hacia el objeto/amada. Luego el triunfo del yo en su papel conciliador con el exterior queda a salvo, si bien a costa de un malestar subjetivo de la persona que padece de sus obsesiones.

Analicemos más detenidamente el mecanismo obsesivo.

Uno obtiene una visión más profunda sobre el mecanismo de la neurosis obsesiva si aprecia el hecho primero que está en su base: este es, en todos los casos, la *represión de una moción pulsional* {*Triebregung*} (de un componente de la pulsión sexual) que estaba contenida en la constitución de la persona, tuvo permitido exteriorizarse durante algún tiempo en su vida infantil y luego cayó bajo la sofocación. Una especial *escrupulosidad* dirigida a la meta de la

pulsión nace a raíz de su represión, pero esta formación psíquica reactiva no se siente segura, sino amenazada de continuo por la pulsión que acecha en lo inconciente. El influjo de la pulsión reprimida es sentido como tentación, y en virtud del propio proceso represivo se genera la angustia, que se apodera del futuro como una angustia de expectativa. El proceso de la represión que lleva a la neurosis obsesiva debe calificarse de imperfectamente logrado, y amenazado cada vez más por el fracaso. Por eso cabe compararlo con un conflicto que no se zanja; se requieren siempre nuevos empeños psíquicos para contrabalancear el constante esfuerzo de asalto de la pulsión⁵⁵³.

Se extracta la cita no sólo por su esclarecedora explicación sino porque se trata de la primera vez que se introduce en los escritos la expresión de “moción pulsional”, que en estudios posteriores será declarada el objeto último de estudio del psicoanálisis, aquel que habrá que identificar y extraer a partir de la desmezcla de las mociones pulsionales presentes en las distintas formaciones patológicas, tal y como el químico realizaría en el intento de extraer las partículas elementales de un compuesto⁵⁵⁴.

El simbolismo en la neurosis obsesiva no tan es evidente como en la histeria al permanecer el afecto estrangulado en el ámbito psíquico. No obstante, la represión del componente pulsional que tuvo lugar en la infancia pugna constantemente por salir, en su calidad de inconsciente. Esto origina, por un lado, cierta conciencia de culpa ante el posible alcance de la meta pulsional originariamente lograda y, por otro lado, una necesidad de control constante que se aborda con las distintas acciones obsesivas que, en definitiva, ponen de manifiesto el conflicto del sujeto y permiten también el goce sexual, como se ha indicado en la anterior viñeta clínica.

Para la tentación, las acciones protectoras parecen resultar pronto insuficientes; emergen entonces las prohibiciones destinadas a mantener alejada la situación de tentación. Unas prohibiciones sustituyen a unas acciones obsesivas, según se ve, del mismo modo como una fobia tiene el cometido de ahorrarse un ataque histérico. Por otro lado, el ceremonial figura la suma de las condiciones bajo las cuales se permite otra cosa, todavía no absolutamente prohibida, en un todo semejante esto al modo en que el ceremonial eclesiástico del matrimonio significa para el creyente la permisión del goce sexual, de lo contrario pecaminoso⁵⁵⁵.

⁵⁵³ Freud, S. (1907b), t. IX, p. 106.

⁵⁵⁴ Freud, S. (1919 [1918]), “Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica”, en AE, t. XVII, p. 156.

⁵⁵⁵ Freud, S. (1907b), t. IX, p. 107.

Freud, presenta el paralelismo de la neurosis obsesiva con una religión individual y a la religión con una neurosis obsesiva universal. En ambos casos se reprimen las pulsiones y se instituyen acciones reiterativas en las que el significado original al que remiten ha quedado desplazado. Tanto los obsesivos como los feligreses incurrirán en pecados, estarán subyugados a la conciencia de culpa y al castigo divino, y realizarán acciones obsesivas y prácticas para enmendarlos.

Sólo una cosa ha preocupado a Freud: la diferencia entre la índole *privada* de la “religión del neurótico” y el carácter *universal* de la “neurosis del hombre religioso”. El cometido de la filogénesis consistirá no sólo en consolidar la analogía como identidad sino en explicar esta diferencia al nivel de los contenidos manifiestos⁵⁵⁶.

El afecto vinculado a la idea genuina que se reprime pasa a desplazarse a otra idea perteneciente al ámbito de lo cotidiano y la banalidad, por lo que insta a menudo a ponerse en práctica sin causar demasiados estragos, si bien tratando de efectuarse en la mayoría de los casos dentro del ámbito privado del sujeto.

Precisamente, por este desplazamiento del afecto de una idea a otra, la represión en el obsesivo parece ser menos contundente que en la histeria; mientras que en ésta se transpone el afecto al cuerpo y se reprime la idea, quedando aquel desvinculado de la psique, en el obsesivo sigue manteniéndose en el plano psíquico.

El mecanismo de desplazamiento fue destacado en *La interpretación de los sueños* como una de las operaciones que conforman el sueño junto con la condensación. Y presentan, en efecto, una analogía explícita con los síntomas neuróticos; en el caso de la neurosis obsesiva evidentemente con el desplazamiento y en el síntoma histérico con la condensación.

En el trabajo onírico se exterioriza un poder psíquico que por una parte despoja de su intensidad a los elementos de alto valor psíquico, y por la otra procura a los de valor ínfimo nuevas valencias *por la vía de la sobredeterminación*, haciendo que estos alcancen el contenido onírico. Si esto se concede, en la formación de los sueños ocurre entonces *una transferencia y un desplazamiento de las intensidades psíquicas* de los elementos singulares, de lo cual deriva la diferencia de texto entre contenido y pensamientos oníricos. El proceso que con esto suponemos es lisa y llanamente la pieza esencial del trabajo onírico: merece el nombre de

⁵⁵⁶ Ricoeur, P. (1970), p. 200.

desplazamiento onírico. El desplazamiento y la condensación oníricos son los dos maestros artesanos a cuya actividad podemos atribuir principalmente la configuración del sueño⁵⁵⁷.

3.2.7.1.2. Caso clínico de neurosis obsesiva: el “Hombre de las Ratas”

Las pulsiones tienen su deriva en distintas formaciones patológicas; una de ellas la neurosis obsesiva. Si bien hemos visto en el apartado anterior el mecanismo imperante en esta neurosis, la presentación del siguiente caso clínico se constituye como paradigma de dicha afección y nos permitirá atisbar los destinos de las pulsiones de una manera minuciosa, elucidando la génesis de los mecanismos de defensa y los estragos que depara el desarrollo imperfecto de la libido.

1. Sintomatología:

El paciente se presenta en consulta debido a distintos asuntos: su temor de que le ocurra algo malo a sus dos personas queridas (su padre y una mujer por la que siente admiración), sus impulsos obsesivos (querer rebanarse el cuello) y las interdicciones que él mismo se impone sobre cosas diversas.

Ya en la presentación del enfermo se identifican el mecanismo explicitado a lo largo del apartado anterior, consecuencia de los acontecimientos nodales referidos a la sexualidad infantil pendientes de elucidar y a los que inexorablemente hemos de remitirnos para proceder con el esclarecimiento de la enfermedad en cuestión.

2. Vivencias infantiles:

A los cuatro o cinco años tiene su primera escena sexual activa con su cuidadora, a la que le toca los genitales con previo consentimiento de ésta. Desde entonces, registró una impetuosa curiosidad por ver el cuerpo femenino desnudo que de forma concomitante resultaba “atormentadora”⁵⁵⁸.

⁵⁵⁷ Freud, S. (1900a [1899]), t. IV, p. 313.

⁵⁵⁸ *Ibíd.*, p. 129.

La pulsión de ver es explícita, pone al descubierto el ojo como zona erógena, como objeto pulsional, y una meta activa, ya que él mismo es el agente de la escena. Por otro lado, su esfuerzo, tiene un carácter displacentero para el paciente y, si bien sin lugar a dudas le proporciona sensaciones placenteras que contribuyen a su insistencia de ver los cuerpos desnudos, la tensión sexual que se genera también le reporta displacer, pues resulta martirizante.

A los siete años también realizaba tocamientos a otra gobernanta, con la aprobación de ésta, de la que escuchó una insinuación de que si bien con su hermano menor podrían realizarse cosas, con él por su torpeza no. Esto en el paciente generó zozobra y congoja, a pesar de no tener claro a qué se refería.

Con este recorte de su vida lo que sí parece claro que percibió el sujeto es, en la comparativa con el hermano, que a él le faltaba algo que le dejaba en posición de desventaja. La falta es uno de los estragos de la vida pulsional, máxime cuando es apuntada por un objeto sexual, paradigma del complejo de Edipo —cuando el niño capta que la madre, primer objeto sexual, desea algo más allá de él, este no puede resolver esta pérdida de amor sino con la identificación al padre y la renuncia al objeto sexual/madre.

Él sitúa su enfermedad a los seis años, cuando ubica el inicio de sus erecciones y la consecuente comunicación a la madre. Al paciente no se le escapa que necesariamente deben estar ligadas a las representaciones que tiene a su impulso de ver cuerpos desnudos. Desde entonces y por algún tiempo cree que sus padres son capaces de leer los pensamientos vinculados a este suceso. El sentido que da a este entresijo es que en efecto él mismo es quien expresa sus deseos de ver los cuerpos desnudos sin haberlos oído.

Además, parejo al consabido deseo se le impone un sentimiento de que algo abominable pasará, verbigracia la muerte del padre. Este último temor persiste en la actualidad, aunque el padre falleció hace años.

Aquí, vemos cómo se anuda el deseo voluptuoso del infante —constatable en las erecciones de la pulsión fálica y el deseo de ver mujeres desnudas, estimulantes de la pulsión de ver— con el temor de que algo terrible suceda; queda por ende establecido el binomio deseo/placer frente a temor/displacer. Concretamente, la pulsión erótica otorga un displacer del que arranca el deseo de ver cuerpos femeninos desnudos pero desemboca finalmente en un displacer o afecto penosos que trae consigo la idea obsesiva de que algo malo ha de ocurrir a su padre. La pulsión de ver en el paciente le reporta el beneplácito, pero en calidad de

pulsión sexual le insta una tensión irreductible que le afana en la repetición y que finalmente frena con temores.

En este caso vemos que en el niño ya se producen erecciones que le generan cierta tensión sexual y que por ello son confesadas a la madre. El sujeto se encuentra en el periodo de latencia encaminado al primado de la zona genital, de ahí, que comiencen las erecciones ante las representaciones de mujeres desnudas, tal y como sucedería en la pubertad pero, a diferencia de ésta, aún, debido al diferimiento de la maduración sexual, no presentan un fin en sí mismas y generan displacer. Todavía no se dispone de un lenguaje para interpretar esa tensión sexual, las erecciones, la pulsión de saber se expone en las preguntas dirigidas al adulto; luego resulta difícil tramitar dicha excitación, aún no están disponibles en la psique todas las representaciones que vendrían a colegir el asunto y apaciguarlo.

Entre los mecanismos inhibidores las pulsiones parciales, característicos del periodo de latencia, podemos identificar la conciencia moral. La cuestión de ver los cuerpos desnudos acaba siendo tormentoso, demostrando una clara inclinación hacia la conciencia moral. Esta conciencia moral es la que dota al sujeto del carácter masoquista, y la que le invade haciéndole pensar en espías de sus pensamientos en calidad de amenaza. Genera una angustia en el sujeto que se manifiesta en la necesidad de castigo, en concreto que su padre pueda morir.

Ante esta estructura de profecía irrefutable, el sujeto construirá toda una serie de estratagemas o defensas que le den cierto amparo y le permitan soslayar en cierta medida la culpabilidad que a la postre se le impone al sujeto. Freud señala así con todos estos elementos y sus encadenamientos, como si de un equilibrio de fuerzas se tratara, la propia neurosis, que no su incursión.

Conjetura que con anterioridad a los seis años tuvieron que ocurrir ciertos eventos traumáticos que quedaron reprimidos y de los que únicamente resta el temor obsesivo que detenta el sujeto. La amnesia se corrobora en el caso.

3. Pulsión sádico-anal y defensa (referida a la vida adulta):

En sus sesiones, el paciente relata, no sin resistencias, cómo durante unas maniobras militares perdió unas gafas, telegrafió a su óptico de Viena para que le mandara otras y tuvo lugar un encuentro con dos oficiales donde destacó la crueldad de uno de ellos.

Su gusto por lo desalmado, que se descubría con su tendencia a los castigos corporales, lo plasmó por entero en la narración de una tortura oriental en la que tras atar a los presos les ponían un tarro en el ano para posteriormente introducir a través de él ratas que les penetraban.

Cuando el paciente escucha la tortura le acude la representación del castigo perpetrado sobre una mujer que él admira y sobre su propio padre, si bien no es él quien los ejecuta.

En esta narración el paciente expresa su horror ante el discurso que de él emana a tal punto que la palabra “ano” le resulta imposible de pronunciar.

Podemos apreciar en este que la alusión omitida a la zona erógena del ano junto con la puesta en juego del objeto sexual actual y el padre, no hace sino remover un placer sexual pretérito en el sujeto así como el horror ante él. Más adelante se irá aclarando todo el entramado que contiene.

Al día siguiente ese capitán cruel le entrega un paquete de correos con sus gafas y le dice que debe dar el dinero al capitán “A”, que es quien pagó el reembolso. En ese momento se le impone la idea de que si le devuelve el dinero sucederá el castigo de las ratas a sus dos seres queridos, a la par que se insta a devolver el mismo el dinero al capitán “A” como una orden.

Veremos que estas elecciones de hacer algo y su contrario se repiten a lo largo de la historia del sujeto y arraigan en una polaridad amor-odio que presentará este sujeto respecto a sus objetos sexuales y al padre. Se erige la polaridad pulsional que no hace sino remitir a la etapa sádica-anal. Si partimos de lo elucidado en apartados anteriores, podríamos diseccionar este primer acto y obtener algunas intelecciones.

Tenemos que emerge una idea de que les suceda algo malo a sus seres queridos que es inquietante. Atendiendo al mecanismo obsesivo, a favor de la defensa del yo, se optaría por no devolver el dinero al capitán “A” evitando por ende la desgracia; pero precisamente porque en este mecanismo también se satisface a la pulsión, en el devolver el dinero, que se impone como mandato, lo que se pone en juego es que el paciente previamente ha tenido que tener deseos hostiles hacia ambos provenientes de su fijación a la fase sádico-anal. Ya decía Freud, que los mandatos/prohibiciones vienen a sustituir las acciones, tal y como las fobias vendrían a suplir un ataque de angustia.

Sus ardides comienzan intentando reembolsar el dinero al capitán a través de otro, no siendo él directamente el agente de la acción (en contra del mandato que se hizo a sí mismo). Las

artimañas fracasan y se encuentra con el propio capitán "A", no le queda otra que devolverle el dinero pero el capitán lo rechaza indicándole que el correo no lo llevaba él sino el capitán "B".

Llegados a este punto, el paciente, ya no puede cumplir la devolución del dinero al capitán "A" siguiendo la orden que él mismo se impuso. Desconsolado entonces por la noticia, comienza a urdir distintos planes de lo más rocambolescos con el fin de devolver el dinero al capitán "A". No obstante, ante la sorpresa de sus quehaceres, su malestar concomitante y tras contar a un amigo suyo (confidente de sus ideas obsesivas) todo lo que le ocurría decidió ir a la estafeta de correos a realizar el desembolso del dinero.

Con esta aserción Freud elucida que en efecto el acreedor no era ni el capitán "A" ni el "B" y que además el paciente sabía desde un primer momento que no era otra persona que la dama de correos. Y en efecto así era, pues se lo dijo un compañero previa conversación del paciente con el capitán cruel. O sea, que el capitán cruel fue quién erró identificando al acreedor y el paciente, a pesar de darse cuenta de ello, se impuso un juramento haciendo del error una premisa y sabiendo que le devendría un sinvivir.

Es decir, tendríamos la siguiente estructura:

- Placer que brinda la pulsión de ver/ pulsión anal (representación/visión de la escena de la mujer desnuda a la que le aplican la introducción de las ratas por el ano) ligada al deseo obsesivo, frente al displacer o sentimiento horrible de que le suceda algo malo a ella o a su padre muerto. Es decir, frente al temor de que les ocurra la tortura de las ratas (hostilidad frente a sus seres queridos/pulsión sádica).
- Medidas protectoras o defensas: toda una serie de pensamientos que le ocupan la mente de manera continua y que no poseen solución, por lo que siempre se puede seguir tratando de buscarla:
 - ❖ Premisa verdadera: ha de devolver el dinero a la mujer de correos, la amada (objeto pulsional). Información transmitida al paciente por parte de un compañero pero que obvia desde un primer momento y no parece entrar en su cadena de pensamientos.

- ❖ Hipótesis creada en primer lugar como verdadera aún sabiendo que era falsa: devolver el dinero al capitán “A”. Tomada de las propias palabras del capitán cruel (agente que transmite lo pulsional).
- ❖ Surgimiento de la idea obsesiva, que echa abajo la hipótesis falsa impuesta como verdadera por el propio paciente; que pone a salvo a los seres queridos pero que sigue dejando en deuda al paciente con la amada, que en definitiva es su verdadero acreedor: “no devolver el dinero al capitán “A”, pues de lo contrario sucederá la tortura a sus dos seres queridos”. Aquí se presenta lo imposible de solventar.
- ❖ Se impone el hecho contingente de encontrarse “A” y transmitirle éste que la deuda no es con él sino con “B”. Se erige la congoja por no poder cumplir su juramento (y que constituiría su satisfacción pulsional), a pesar de que le permitiría seguir la idea obsesiva (la que viene a salvar a sus seres queridos y la defensa). Aquí se ve cómo lo que pesa es lo que él mismo se impone (la propia pulsión sexual), viniendo de las palabras del capitán cruel y no de la idea obsesiva, si bien ésta es la genera todo el malestar (pero también es la que pospone el cumplimiento del mandato).
- ❖ Creación de nueva escena: ir con “A” y “B” a correos (sigue incorporando en el circuito a la amada), “A” dar el dinero a la mujer de correos, ésta a “B” y él a “A”; así él cierra su deuda con “A”, siguiendo las indicaciones del capitán gozador, “B” cobra, que es otro deudor según “A” y todo estaría cerrado de acuerdo a su ilación de ideas. Empero, se mantendría la deuda con la mujer, volviendo a la situación inicial.

La idea obsesiva de tener que devolver a una persona el dinero porque si no ocurrirá una tortura a los seres queridos, no hace sino vincularse a la pulsión anal.

4. Pulsión sádico-anal y defensa (referida a la infancia):

El paciente se realizaba el reproche de no haber estado junto a su padre durante su muerte y le acechaba como si fuera un criminal. No obstante, este reproche comenzó a ser martirizante un año y medio después. Hasta entonces, simplemente fantaseaba y esperaba en múltiples situaciones una aparición por su parte.

El comienzo de este suplicio lo ubica en la visita a la casa de su tía tras su defunción, donde su propio tío espetó que si bien algunos maridos se permitían todo, él empero había dedicado su vida a su mujer. Dicha aseveración la interpretó el paciente como una infidelidad marital por parte de su padre, a pesar de haberle aclarado el tío que en ningún caso aludía a él.

Freud cuestiona al paciente sobre qué sentido tendría un reproche de haber cometido un crimen contra el padre si realmente nunca había propinado acciones criminales contra él. Ante esta intervención el paciente en la siguiente sesión expone una vivencia infantil que no hace sino relacionar los deseos de muerte hacia el padre, la pulsión sexual y el autorreproche.

A la edad de siete años sentía un profundo amor por la hermana pequeña de uno de sus amigos, si bien era un amor tierno dado que no deseaba verle desnuda, de hecho era demasiado pequeña. No obstante, la niña no le profesaba especial cariño, al menos el que él anhelaba y ante estas circunstancias se le impuso una idea: que si el sufriese una desdicha conseguiría obtener de la niña el amor codiciado.

Este suceso infantil pasa a ser asociado con la posibilidad de que entonces pensara en que esa desgracia podría ser la de que su padre muriese. No obstante, el paciente rechaza de forma vigorosa su asociación según la expresa. He ahí el deseo inconsciente infantil que ha sido mudado en autorreproche y que retornaba inconscientemente de manera reiterada.

En otra ocasión indica nuevamente que la misma idea le emergió al pensar que debido a la diferencia de clases sociales, el matrimonio con su amada podría verse frustrado. Si la muerte del padre tuviese lugar, como heredero podría volverse rico y así acceder ésta a su deseo de unión.

En este punto debemos tener en cuenta un aspecto aún no explicitado; el padre del sujeto contrajo matrimonio con su madre, una mujer rica, dejando atrás el amor con una chica humilde. La voluntad de los padres de perpetrar esta directriz, se mostrará ulteriormente como el nacimiento de la neurosis. Aquí se aprecia como la ley paterna apunta a una ruptura de ese matrimonio y por ende estorba en el quehacer de la vida sexual del sujeto; su muerte entonces, bien podría ser una salida.

Y aún comenta otro suceso más que también redunda en el deseo de la muerte del padre. Concretamente antes de su muerte pensó que podría perder con su muerte a una de las personas que más amaba y casi de forma simultánea también pensó que no era así, porque el fallecimiento de su amada sería todavía más doloroso. Se perpetúa la dualidad amor-odio.

El deseo inconsciente es rechazado por la conciencia, que admite todo lo contrario. Ora inconscientemente se tiene un odio grávido al padre reprimido ora en la conciencia se nos trasluce un amor sin igual. La cuestión aquí es el origen de este odio, de dónde procede la fuerza con la que sobreviene la idea.

En el relato del paciente se vincula con la identificación del padre a un agente que estorbaba los quehaceres sensuales del sujeto en su infancia. La dimensión del odio correspondería con la fuerza de su pulsión sexual resignada. El deseo inconsciente de matar padre se refiere ya en la infancia y a su práctica sexual de entonces, por eso mismo también el análisis del paciente va aproximándose a esa etapa de su vida.

Pasa a describir un hecho que ocurrió antes de los ocho años y que consistió en el intento de matar a su hermano menor con una escopeta. Este hermano menor, persona muy querida, se imponían al sujeto como superior y hartos celos y envidias le procuró —no podemos olvidar la escena en que una de las niñeras menosprecia al paciente a favor de su hermano. En el suceso en cuestión él carga su escopeta, le obliga al hermano a mirar por el cañón y dispara, le sobreviene una conciencia de culpa manifestada en forma de pataletas y clamores vinculados a su acto. Se aprecia así la pulsión sádica de paciente y su barrera como conciencia de culpa, con un viraje masoquista.

5. Análisis de las ideas obsesivas:

Tal y como indica Freud, para poder elucidar una idea obsesiva hay que investigar dónde emergió por primera vez y bajo qué condiciones se repite.

- Primera idea: La idea obsesiva del paciente de cortarse el cuello con la navaja de afeitar se traduce en la inversión de otro pensamiento hostil que el paciente tuvo hacia otra persona.

Su amada, en su día, tuvo que viajar a otra ciudad para cuidar a su abuela enferma mientras el preparaba un examen. El paciente pensó en presentarse lo antes posible al examen para poder reunirse con ella, si bien le acompañó la duda de si eso sería posible en caso de advenirle el mandato de cortarse el cuello. En ese momento, la idea devino exhortación, y corrió a coger la navaja de afeitar; sin embargo, le afloró otro pensamiento: antes debería acercarse al destino de la amada y realmente matar

a la anciana que le había ocasionado el distanciamiento de la dama cuando él tanto la necesitaba. Tras este suceso quedó aterrorizado.

Este vínculo de la neurosis obsesiva con el suicidio es muy interesante y se tratará en trabajos posteriores; donde se apuntará a una prevención afianzada del suicidio en el obsesivo, frente al histérico o el melancólico, por el vínculo que mantienen con el objeto. El obsesivo en su regresión a la etapa pregenital sádica, puede virar el amor en odio, dirigiendo la pulsión agresiva hacia el objeto y quedando él a salvo de esa misma acción contra él. El yo reprime las tendencias asesinas del ello pero el superyó las recoge interpretando una criminalidad del yo y martirizándole con autorreproches⁵⁵⁹.

Freud teoriza en primer lugar el deseo inconsciente de matar a la anciana que evita el estar con la dama y que se muda en un mandato de castigo hacia él, exhortándole al suicidio.

Es decir, es patente en el sujeto un deseo inconsciente de matar a cualquier perturbador de su vida sexual. Sin embargo, toda la agresividad que se pondría en juego en este sentido parece ser recogida por la conciencia moral y retornada al sujeto como un castigo.

- Segunda idea: Otro de los ejemplos que muestra Freud en este sentido, es la idea incesante de adelgazar que se le impuso al paciente durante un verano en que la amada, que se encontraba en el mismo lugar de veraneo que él, era cuidada por un primo suyo llamado “*Dick*” (‘gordo’ en inglés) y que le impedía ciertos encuentros con ésta.

Surgió en el paciente el mandato de lanzarse ladera abajo implicando su muerte, cuando realmente era un deseo hacia el primo de la amada, a lo que le sobrevino la auto punición de adelgazar.

Es decir, la idea obsesiva viene a colación del exceso de tensión afectiva que genera en el paciente el que algo o alguien se interponga en la concupiscencia del amor.

- Tercera idea: la compulsión protectora hacia a la amada también se le impone a modo de mandato. Si la amada da con él un paseo en barca, se le pasa por la cabeza el

⁵⁵⁹ Freud, S. (1923), *El yo y el ello*, en AE, t. XIX, p. 54.

pensamiento de que no debe sucederle nada; si parte a otro lugar en carruaje, por donde él cree que va pasar, tiende a retirar las piedras del camino que pudieran hacer volcar el vehículo, pero luego regresa para ponerlas en su lugar de origen por darse cuenta de lo bizarro del asunto.

Esta compulsión protectora sólo es admisible si previamente se ha producido una hostilidad por parte de él hacia ella, lo cual, en efecto sucedió. En una despedida entre ambos él malinterpreto unos dichos de ella sintiéndose rechazado.

Se presenta entonces en el sujeto entonces una ambivalencia amor odio frente al objeto. Y en las acciones obsesivas tienen cabida la satisfacción de ambas vertientes, a pesar de ser contrapuestas, no hay compromiso entre lo reprimido y la defensa como sucede en la histeria.

6. Mecanismo de defensa: desplazamiento

Por otro lado, respecto al acaecer de la enfermedad, a diferencia de la histeria —en la que Freud ubica un evento reprimido y un afecto vinculado a él que se transforma en síntoma corporal—, Freud indica que en la neurosis obsesiva no tiene lugar una represión de la idea sino una defensa.

Ésta se produce mediante la desagregación del afecto a ella vinculado y traslado a otra idea o evento no significativo, quedando la idea originaria como una indiferente pero manteniéndose la carga afectiva que habiendo estado ligado a ella es traspasada a otra representación.

Asimismo, los autoreproches parecen quedar amarrados, según los neuróticos obsesivos, a la idea segunda (a que se subroga el afecto), que en principio nada tiene que ver con la originaria, produciéndoles un efecto de sorpresa por acaecer como enlace absurdo.

La defensa queda de esta forma establecida puesto que si los autoreproches se realizasen por la idea primitiva, que procura la satisfacción pulsional al sujeto, éste no podría proseguir con su goce particular.

En este caso el sujeto tiene deseos de que a la amada le suceda algo malo, luego el autorreproche vendría por el calificativo de criminal; el mecanismo torna, el que le suceda

algo malo, en un imperativo protector, para que ella siga viva, y él, en su amor hacia ella, se presente como salvador.

Análogamente sucedería con el autorreproche por no estar junto a su padre en su lecho de muerte. Por desearle la muerte (al ser un estorbo de su satisfacción sexual) sería un criminal pero al producir el viraje hacia lo contrario, hacia el intenso amor por él, pasaría a ser un buen hijo. Sin embargo, un buen hijo habría estado junto a él en el momento de su muerte.

En efecto, el desplazamiento tal y como elabora el sueño produce el síntoma, según se ha apuntado en anteriores apartados; ambos figuran los modos de operar en el inconsciente reprimido.

7. Ocasionamiento de la enfermedad:

Los padres del sujeto pertenecían a distintas clases sociales. El padre, de condición humilde, halló matrimonio con una mujer rica que le facilitó el acceso al trabajo y una buena reputación. En las conversaciones entre ambos el paciente advirtió que con anterioridad al matrimonio su padre había entablado relaciones con una mujer de condición humilde.

Ahora bien, tras la muerte del padre, la madre del paciente le propone unos esponsales con una prima rica tras finalizar los estudios. Aquí surge el conflicto, elegir según la identificación paterna, cumpliendo por ende la propuesta de la madre, o, por el contrario, mantenerse fiel a su novia humilde atendiendo a su propia inclinación. La huida fue la respuesta, y la contracción de la neurosis el reporte de una ganancia, que le impide finalizar sus estudios según lo prefijado, dilatándolos sobremanera en el tiempo y prolongando una duda por la incapacidad de su elección.

No obstante, el conflicto entre cumplir la voluntad del padre o proseguir sus propias inclinaciones debe tener su arraigo en una etapa más temprana de su vida.

Puede ubicarse en una escena anterior a los seis años, en la que el sujeto a causa de una práctica no permitida —probablemente autoerótica, aunque según le dijo su madre fue concretamente por haber mordido a alguien (como una rata)—, recibió una buena sacudida por parte de su padre. Según el paciente, su ira alcanzó una magnitud, que a él mismo le generó un grado de angustia tal, que le destinó a ser un cobarde. En efecto, esta es la escena donde se forma el odio al padre como perturbador del goce sexual del niño.

Mientras estudiaba fantaseaba con que su padre iba a volver. Posponía el hábito de estudio hasta tarde y llegada medianoche abría la parte de la entrada, como si fuese a dejar entrar a su padre, y regresaba de nuevo hasta un espejo en el que se contemplaba el pene. Con esta conducta no hacía sino brindar amor al padre, mediante la práctica de estudio que siempre había supuesto un conflicto entre ellos pero, por otro lado, le desafiaba contemplándose el órgano, poniendo al descubierto la prohibición.

De nuevo, aparece el retorno a la vida infantil y el juego de fuerzas entre las pulsiones, en este caso la pulsión de ver infantil o ser visto en el espejo en la edad adulta, y la ley que se impone desde afuera, que supondrá la conciencia moral.

A partir de este relato, comenzó a establecer múltiples asociaciones en torno al evento de la tortura de las ratas. El paciente, se identificó en dicha ocasión con el padre. En efecto, su padre había sido soldado durante muchos años. En sus contiendas, contrajo una deuda con uno de sus compañeros en un juego de cartas que nunca llegó a saldar. Este acontecimiento, penoso a modo de ver del paciente, se evocó nuevamente al quedar él mismo en deuda en concepto de las gafas. La devolución del dinero al capitán “A” fue para él una alusión a la deuda de su padre.

Por otro lado, surge una doble identificación al padre. Esta vez respecto a su vida amorosa. En el lugar donde se situaba la oficina de correos había una posada, y precisamente la hija del posadero cortejaba al paciente. No obstante, la empleada de correos se erige como rival, estableciéndose así la ambivalencia entre las dos mujeres, la rica y la pobre. El padre, como ya se ha reseñado, en su juventud perpetraba un amor hacia una joven humilde pero finalmente cedió al matrimonio concertado con la mujer rica.

Además, el capitán “A” encargado de la estafeta de correos posteriormente dio el relevo al otro capitán, el “B”. De esta manera retornaba la vacilación entre las dos mujeres a través de las figuras de ambos capitanes.

En cuanto a la palabra “rata” tenía múltiples asociaciones con otras como dinero-florines-cuotas e incluso con el paciente, que se identificaba con el propio animal (tal vez rememorando la escena perturbadora de satisfacción pulsional infantil), tanto en su faceta mala como en aquella en la que se trata de seres fácilmente aplastables por ejercer actos de morder. Otro de los significados era “hijos” y la dama a la que cortejaba en su juventud no podía tenerlos, por lo que él dudaba en casarse con ella.

Este hecho y otros que se comentarán seguidamente confluyeron a la hora de formarse la idea obsesiva.

La tortura de las ratas invoca en el paciente su propio acto onanista infantil en el que mordió a alguien y consecuentemente su padre le reprimió. El padre queda identificado al capitán cruel, que manifestaba especial debilidad por los castigos corporales. De ahí el deseo de que al padre le sucediese algo tan malo como eso.

Cuando el capitán le reclama la devolución del dinero a "A", efectivamente él ya sabe que su acreedora es la empleada de correos y no dicho capitán, lo que le lleva a la idea de que sí cumpliría con la devolución del dinero a "A" si fuese posible que su padre y su amada pudiesen tener hijos. Este pensar implica una sanción que él mismo se impone jurando retornar el dinero a "A", tal y como se exhorta desde la figura paterna, siendo un hito imposible.

Se exhiben así los reparos hacia su amada (pensando en otras mujeres) y hacia el amor al padre, así como la sanción autoimpuesta en este sentido (de que si devuelve el dinero les sucederá a ellos el castigo).

3.2.7.1.3. Carácter y erotismo anal

En *Tres ensayos de teoría sexual* se explicitó que el desarrollo de la pulsión sexual se va fraguando en su paso por una serie de etapas donde las excitaciones sexuales afluyen de diversas zonas del cuerpo que se denominan erógenas. Las pulsiones parciales, que son las que aún no tienen como fin la unión entre dos sexos y se destacan en las fases pregenitales (oral, anal y fálica), se satisfacen en ellas y precisamente son las que llegadas a la etapa genital han de aunarse y subsumirse en lo que sería la conformación final de la pulsión sexual, que ahora pasará a tomar como zona erógena soberana los genitales. Por lo tanto, las pulsiones parciales se pondrán al servicio de la pulsión sexual, si bien cada una de ellas en distintas proporciones y otras, sin embargo, serán sublimadas, encaminadas a una meta de distinta naturaleza.

Durante el periodo de latencia, a colación de la incidencia de las excitaciones sexuales provenientes de las distintas zonas erógenas, se irán forjando las formaciones reactivas: vergüenza, asco, compasión y moral, cuya función será la sofocación de la perturbación sexual.

La pulsión anal tiene difícil cabida cultural en lo que al servicio de la función sexual se refiere y, por ende, habrá tenido que ser más sofocada que otras pulsiones. Por ejemplo, la pulsional oral, *a priori*, se muestra propicia para los quehaceres sexuales y la pulsión de apoderamiento, también parece encajar adecuadamente de manera más habitual en la actitud masculina en el acto sexual. Pero la pulsión anal, si no tiene lugar en el comercio sexual entre homosexuales, es difícil englobarla dentro de las relaciones heterosexuales o al menos, es raro encontrarla en los discursos sociales como ordinaria. Por lo tanto, parece ser una pulsión idónea para ser encaminada hacia otras metas, que como trataremos en el este apartado podrán ser ciertos rasgos de carácter.

Aunque la zona erógena como tal, el ano, haya perdido su carácter erógeno, al menos de manera explícita, los rasgos de carácter vinculados a su fijación no son azarosos. Freud destaca entre ellos el orden, que combatiría lo perturbador y respetaría los tiempos, apuntando a la confrontación con la prevalencia de encopresis en estos sujetos; el carácter ahorrativo, vinculado a la retención y que puede ponerse en paralelo con el último aspecto indicado (la retención de las heces) y la pertinacia, que hallaría el nexo con la pulsión anal en lo que se ponía en juego en el desafío con el acto de la defecación; la propinación del castigo, consistente en el azotamiento del trasero y, a colación del dolor, el acrecentamiento de excitación hasta alcanzar la pulsión anal⁵⁶⁰.

Asimismo, los tipos anales muestran especial interés en el dinero y en la defecación. Freud resalta el vínculo lingüístico entre ambos: Verbigracia, la persona roñosa no es sólo la sucia, sino también la avara⁵⁶¹. Así la inclinación infantil por las heces se transforma en el interés por el dinero en la vida adulta.

Pasaremos a referenciar los rasgos del carácter anal destacados por Karl Abraham, en contraposición con los del carácter oral; las consecuencias de la fijación de la libido en una etapa u otra en lo concerniente a la formación del carácter.

Los impulsos de codicia derivados de la segunda etapa oral contrastan fuertemente con el carácter modesto de la persona de constitución anal. Pero no debemos olvidar que en ésta, la debilidad de la tenencia adquisitiva está compensada por su obstinado aferramiento a las cosas que ya ha obtenido. Son también características las diferencias en la inclinación a compartir con otros las propias posesiones. La generosidad es un frecuente rasgo de carácter

⁵⁶⁰ Freud, S. (1908b), t. IX, pp. 153-156.

⁵⁶¹ *Ibíd.*, p. 156.

oral. En esto, la persona oralmente gratificada se identifica con la dadivosa madre. En la siguiente etapa, la oral-sádica, las cosas son muy diferentes, pues la envidia, la hostilidad y los celos hacen imposible tal conducta. De modo que en muchos casos la conducta generosa o envidiosa se deriva de una de las dos etapas orales del desarrollo; y del mismo modo, la inclinación a la avaricia corresponde a la sucesiva etapa anal-sádica de la formación de carácter. Hay también diferencias notables en la conducta social de la persona según la etapa de la libido de donde deriva su carácter. Las personas que han sido gratificadas en la primera etapa, son vivaces y sociables; aquellas fijadas en la etapa oral-sádica son hostiles y maliciosas; mientras que el malhumor, la inaccesibilidad y la reticencia, se dan conjuntamente con el carácter anal. Además, las personas de carácter oral son accesibles a las nuevas ideas, tanto en un sentido favorable como en un sentido desfavorable, mientras que el carácter anal implica un comportamiento conservador a todas las innovaciones, una actitud que por cierto impide el abandono apresurado de lo que ha demostrado ser bueno. Hay un contraste similar entre la importunidad impaciente, la prisa y la inquietud de las personas de carácter oral, y la perseverancia y persistencia del carácter anal, que por otra parte, tiende a las dudas y las dilaciones⁵⁶².

3.2.7.2. Una fobia en la infancia y sus vinculaciones con la pulsión fálica

Con el caso del pequeño Hans se esclarecen las teorías elaboradas por Freud en sus *Tres ensayos de teoría sexual*. Se trata de un caso paradigmático que despliega el vivenciar sexual en la primera infancia y que nos permitirá vislumbrar otra de las caras de la pulsión, la angustia. Asimismo nos posibilita atar la formación del síntoma con el proceso elucidado por Freud a tales efectos, vigente desde su etapa psicopatológica.

El caso en sí mismo erige una nueva entidad clínica: la histeria de angustia; tomando el nombre de la histeria de conversión y modificando la última palabra, precisamente porque el mecanismo de ambas entidades siendo el mismo difiere en un único punto: la histeria transforma la libido en síntoma y la fobia en angustia. Este aspecto posteriormente será rectificado en las teorías freudianas⁵⁶³. Además la similitud no es estricta pues la idea reprimida está ausente en la angustia; aunque la etiología sin duda es sexual. Así, Pierret nos dice:

⁵⁶² Abraham, K. (2006 [1924]), “La influencia del erotismo oral sobre la formación de carácter”, en *Obras escogidas*, Barcelona, RBA, pp. 322-323.

⁵⁶³ Freud, S. (1926 [1925]), *Inhibición, síntoma y angustia*, en AE, t. XX, p. 132.

Cuando Freud redacta el caso Juanito, para introducir la histeria de angustia en su nosología, reconoce que a aquella le corresponde un determinado tipo de fobia, y que su denominación obedece “a la perfecta similitud del mecanismo psíquico, en dichas fobias y en la histeria”. A excepción de un solo aspecto: “La libido no se convierte en síntomas histéricos, sino que se libera en forma de angustia”. El problema es que la angustia no puede ser reconvertida en la aspiración libidinal a la que reemplaza. El trabajo que entonces se realiza tiende a ligar psíquicamente esta angustia: las fobias son *estructuras defensivas*. El caballo en Juanito, es el objeto de fijación de la angustia, que posibilita la adopción de medidas de evitación⁵⁶⁴.

En el pequeño Hans podremos apreciar las teorías sexuales en la infancia, la difuminación de los sexos, las pulsiones de ver y ser visto, la pulsión de saber y sobre todo, la destacada pulsión fálica.

En efecto, el “hace-pipi” se erige como zona erógena. La pulsión fálica que brota de su órgano le tiene desbordado, le genera cierto placer pero suma inquietud, la imposibilidad de darle un sentido a sus sensaciones y la insistencia con que se presentan acaban generándole una angustia tal que le encamina a su solución particular: fijar la angustia a un objeto externo que ahora sí puede esquivar.

El paciente de la obra en cuestión, Juanito, con menos de tres años ya comienza su investigación sexual sobre el “hace-pipi”⁵⁶⁵, queriendo saber si su mamá también lo posee (identificando el “hacer-pipi” de ésta con el de los caballos, precisamente por ser grande) y observando cómo realizan sus necesidades ciertos animales, etc.

Su interés también se declara con el tocamiento del propio miembro, en ausencia de culpa, ante lo que su madre le reprende instaurando así el “complejo de castración”⁵⁶⁶ (peligro a perder una parte significativa de su cuerpo, en concreto su pene). En efecto, hemos dicho que a lo largo de la etapa infantil se van imponiendo diques a las pulsiones sexuales, y el complejo de castración supone uno vinculado a la fase fálica.

Pasados los tres años y medio nace una hermanita, acontecimiento no bien recibido por parte de Juanito. Sin embargo, tras medio año, los celos parecen quedar atrás. Permanece su ávida curiosidad sexual, observando el “hace-pipi” de su hermanita mientras se baña, que si bien

⁵⁶⁴ Pierret, J. (1984), “Las fobias de las acciones en los psicasténicos”, *Las fobias*, Buenos Aires, Nueva Visión, pp. 223-224.

⁵⁶⁵ Freud, S. (1909), “Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)”, en AE, t. X, p. 8.

⁵⁶⁶ *Ibíd.*, p. 9.

no lo atisba concluye que es por ser demasiado pequeño, negándose así a corroborar que en efecto no lo tiene.

En su defecto, le da el sentido de que tenderá a crecer, tomando las palabras que en su día le espetó su madre; ésta le dijo que aunque no se lo hubiese visto por supuesto que lo poseía. También aquí podemos atisbar la pulsión de saber, las teorías sobre la identidad de los sexos, que en este niño aparecen a edad temprana.

Con los datos disponibles hasta el momento ya estamos en condiciones de afirmar que la pulsión fálica impera en Juanito; su obsesión por el falo corroborada en las pesquisas sobre el “hace-pipí”, mediante preguntas, observaciones e incluso tocamientos, indica las excitaciones que el infante vive en esa etapa de su vida y para las que no parece encontrar un entendimiento. Se constata la insistencia pulsional fálica, su carácter perturbador a la par que placentero y se atisban también las barreras que asimismo se van aportando a este goce con las reprimendas de la madre cuando el niño expone su práctica onanista. En sus teorías sexuales también se comprueba la inexistente diferenciación de los sexos.

También Hans indica a su padre que ha tenido un sueño en el que él solo aparece con una chica de trece años compañera de juegos en su casa de veraneo.

Sobre los cuatro años expresa su amor tanto por niñas como por niños y expone su deseo vehemente de dormir con la chica del sueño o en su defecto que papá o mamá lo hagan. Por aquel entonces Hans compartía ocasionalmente cama con sus padres, lo que le acarreaba ciertas emociones eróticas.

Pasados los cuatro años, se pregunta por qué su madre tras el baño habitual le pone talco en todo el cuerpo y no así en el pene, que es precisamente lo que le produce placer, a lo que la madre responde que es por ser una “porquería”⁵⁶⁷ y una indecencia. La preponderancia de la zona erógena, del falo, y su escasa inhibición en el placer sexual de la infancia muestran la similitud con las perversiones.

Durante esa época el pequeño realizaba juegos de prendas con las nenas y obtenía cierto placer al mostrarles sus genitales, empero, tras un año, dicho placer se reprimió a favor de su propio ocultamiento a la hora de tener que hacer pipí. Atisbamos también la ambivalencia pulsional de ver y ser visto.

⁵⁶⁷ *Ibíd.*, p. 18.

Antes de cumplir los cinco años Hans desarrolla una fobia a los caballos. En un primer momento tuvo un sueño de angustia, en el que la madre se alejaba. Posteriormente, cualquier separación de ella le procura esa misma sensación. Y, finalmente, aunque ésta fuese a pasear con él, por las mañanas, inevitablemente, Hans se intranquilizaba y lloraba ante el miedo de que un caballo le mordiera.

La tesis de Freud es que la ternura propagada por el niño hacia su madre había sido reprimida y mudada primeramente en angustia (el niño se angustiaba cuando paseaba por la calle y su madre no le acompaña), aunque en un segundo tiempo había evolucionado, con el surgimiento del objeto, hacia una fobia (aunque su madre le acompañase ahora tenía miedo a que un caballo le muerda). La libido hacia la madre había quedado reprimida y el retorno del objeto mismo, ella, ya no podía aliviar la angustia perpetrada (lo que se demuestra en el paseo con la madre). Finalmente esta angustia está abocada a la búsqueda de otro objeto, el caballo.

Por otro lado, el niño, al anochecer también se mostraba muy desconsolado. Freud acuerda con el padre que éste le indique que el temor a los caballos era una tontería, que lo que realmente subyacía era un deseo de dormir con la madre y que la elección de los caballos era precisamente debida a su fijación en el “hace-pipi” de éstos. Dicha elucidación procura cierta tranquilidad pero también una compulsión de ver a los caballos.

Al poco tiempo retorna la fobia y con más intensidad. La explicación que da Hans es que es debido a su práctica onanista. El padre le insta a dejar dicha práctica, de forma que así también surgirá el abandono al miedo a los caballos. También explica a Hans la diferencia de los sexos y éste, en principio, tiene a rechazarla, lo cual demuestra con sus sueños y fantasías.

Posteriormente se renueva en él el complejo de castración. Hans, después de una intervención de Freud, reconoce al padre su vertiente hostil por la lucha por la madre y su vertiente cariñosa.

Tras indagaciones insistentes del padre, éste descubre que la fobia surgió tras un paseo de Hans con su madre, en el que presencié cómo un gran caballo se desplomaba en el suelo, quedando como muerto, y que a su vez esto le hizo pensar en el padre. Es decir, tal vez tuvo lugar un deseo inconsciente de que el padre cayese muerto. Empero, la fobia fue mudando de un miedo a los caballos a un miedo a los carros, carruajes, diligencias y caballos siempre y cuando fuesen grandes y pesados con el temor de que fueran a tumbarse.

Asimismo, vuelve a aparecer cierto asco a todo aquello que recuerda a las heces y rememora que en un tiempo anterior gozaba de acompañar a su mamá al servicio así como a sus otras amiguitas hasta que se lo prohibieron. La continuidad de esta contingencia se vincula a un deseo de que la hermanita, identificada con las heces, se muera. Ésta también le había sustraído del cariño de la madre.

Igualmente, la analogía del caballo caído con el padre, pasa a transformarse en el alumbramiento de la madre grávida, tumbada para dar a luz. La investigación sexual de Hans, de dónde venían los niños, daba sus frutos.

Hans fantasea con que él tenía hijos, los llevaba al inodoro, les instaba a hacer pipí, les limpiaba, les daba, en definitiva, todo lo que a él durante su crianza también le procuró placer. También jugaba con muñecas representando los partos, su saber sobre el nacimiento de los niños es anterior a la comunicación que le hacen los padres.

El pequeño Edipo finalmente queda resuelto con un deseo de Hans de estar con la madre, tener niños y dotar al padre de la figura de abuelo también casado con su madre, eludiendo por ende su eliminación de la ecuación y procurándole un lugar que a él también le hacía feliz.

En el caso se aprecia efectivamente el vaivén de fuerzas entre las pulsiones sexuales y sus sofocaciones; cómo la represión de sus pulsiones sexuales, su onanismo, sus celos del padre para poder estar con la madre, su rechazo a la defecación y a mostrar su propio "hacer-pipí", derivan en la generación fobia, lo que en parte también le permite no salir de casa y permanecer con la madre. El triunfo es parcial.

Evidentemente Hans con menos de tres años y hasta los cinco sufre de excitaciones sexuales que le provocan placer pero que también le perturban. La tensión física que se genera en la zona erógena del pene alcanza su psique, en concepto de libido, y le transmiten un efecto perturbador. La imposibilidad de disponer de representaciones psíquicas que presten sentido a esa excitación, que ligan la libido a distintas representaciones para formar un afecto sexual, y que tampoco se adquiere por la investigación que emprende, deriva en una angustia, lo que queda es un afecto psíquico simplemente, no sexual, que finalmente es desplazada a los caballos.

Hans en definitiva lo que reclama es una explicación de para qué sirve el órgano y al no encontrarla soslaya su problemática con la fobia, que pasa a ligar la angustia y desplazarla a un único objeto que ahora es posible esquivar.

CAPÍTULO 4

Primera categorización de las pulsiones

En 1910 y concretamente en “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis” Freud explicará por primera vez la categorización pulsional. Por un lado, estarán las pulsiones de yo, al servicio de las necesidades del individuo, y, por otro lado, las pulsiones sexuales. La dinámica pulsional tendrá lugar con la represión y quedará imbuida en un modelo del aparato psíquico que apunta a un equilibrio de estas dos fuerzas.

En consecuencia, en las “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico”, (1911) se diferenciarán justamente dos principios reguladores del aparato psíquico que comandarán de manera independiente dichas pulsiones. El principio de realidad se encargará de las pulsiones del yo y el principio de placer de las pulsiones sexuales. El primero buscará objetos en el mundo real que le procuren beneficios futuros la yo, es decir, no extinguirá el displacer de manera inminente. Y el segundo, sin embargo, seguirá operando con las representaciones inconscientes sin establecer ese vínculo con la realidad externa y consiguiendo, así, la descarga inmediata.

A continuación, pasaremos a analizar las obras referenciadas así como otras contemporáneas que contribuyen a ampliar nuestra visión sobre la escisión del concepto.

4.1. Concepto de “pulsión” contemporáneo a la primera categorización explícita

4.1.1. Las implicaciones del desarrollo libidinal en la vida infantil

Las aportaciones teóricas y los desarrollos acometidos que quedaron reflejados en los *Tres ensayos* y *La interpretación de los sueños* son fundamentales para la comprensión de las distintas patologías. Los vínculos existentes entre los procesos que rigen los sueños y los síntomas, el concepto de “pulsión sexual” y la teoría de la libido nos permiten apreciar la clínica de la neurosis de forma más profunda.

Las nuevas concepciones no dejan lugar a dudas sobre su etiología sexual. Y las complicaciones de la sexualidad en la vida adulta encuentran un razonamiento en los distintos tiempos de las acometidas de objeto. El psicoanálisis ha dado con los momentos y maniobras que fundan la enfermedad y sus pesquisas sobre estos asuntos le confieren un estatuto de terapia encaminada a las causas.

En 1909 Freud y Jung fueron invitados por Presidente Doctor Granville Stanley Hall para impartir una serie de conferencias en la Clark University de Worcester (Massachusetts). En dichas conferencias Freud realizó unos recorridos por las distintas obras elaboradas y retomó los conceptos abordados en los *Tres ensayos*, destacó principalmente la sexualidad infantil y sus impactos en las neurosis⁵⁶⁸.

Las vivencias sexuales en las que incurre el niño en sus primeros años de vida transcurren en ausencia de un objeto ajeno concreto para la obtención de placer. Esto sucede porque encuentran en su propio cuerpo los medios para reportárselo; la satisfacción de la pulsión sexual o más acertadamente de las pulsiones parciales se halla en múltiples zonas

⁵⁶⁸ Freud, S. (1910 [1909]), *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*, en AE, t. XI, pp. 40-44.

denominadas erógenas (boca, ano, genitales, etc.) que se constituyen como origen y fin de la excitación sexual.

En esta época de la vida los progenitores o aquellas personas que se encargan de cuidar al niño y velar por su seguridad se instituyen como garantes de la “pulsión de autoconservación”⁵⁶⁹ y, precisamente, debido a estas relaciones que mantienen con el niño éste tenderá a tomarles ulteriormente como primera elección de objeto más allá de su propio cuerpo.

En efecto, la interacción con otras personas predispone a la aparición de las pulsiones reflexivas, es decir, aquellas en las que intervienen dos personas siendo una el agente activo de la acción y otra el agente pasivo que la recibe. Entre éstas encontramos a las pulsiones sádicas y masoquistas, las de ver y ser visto, las de tocar y ser tocado, etc. Los dos primeros pares de opuestos enunciados son los que destaca Freud en mayor medida. Ciertamente, el segundo par (el ver y ser visto) es el que posteriormente se encamina a la investigación de las teorías sexuales de la infancia, se transforma así en la pulsión de saber y, ulteriormente, desemboca en la creación artística.

El desarrollo libidinal corre en dirección a un primado de la zona genital que entrará al servicio de la reproducción y al que deberán subordinarse todas estas pulsiones parciales. Este trámite será favorecido por las formaciones reactivas (vergüenza, asco y moral) que emergen durante el periodo de latencia así como las represiones que se van produciendo.

No obstante, la fijación a ciertas fases, la multiplicidad de pulsiones que existen y la dolorosa imposición del rechazo al objeto erotizado en este periodo, son variables que dificultan sobremanera una abdicación de todas ellas ante la primacía genital. Luego, un lado perverso de los sujetos siempre permanecerá vigente.

Justamente las dificultades para renunciar al objeto elegido en la infancia supondrán el origen de las neurosis. Es decir, estarán causadas por una vicisitud pulsional. El niño normalmente antes de los cinco años ya tiene predilección por una persona, que habitualmente coincide con uno de los progenitores. No obstante, esta persona que siente ternura por él también le mostrará el deseo de algo que se encuentra más allá de él mismo y que, en la mayoría de los casos, refiere a la figura del otro progenitor.

⁵⁶⁹ *Ibíd.*, p. 40.

Es entonces cuando esa otra figura no supone sino un estorbo en la relación del niño con su objeto de amor y surge una situación de rivalidad. Sin embargo, esta última relación hostil también posee su otra vertiente y, por ende, se fundamenta como una relación ambivalente con connotaciones de amor y de odio.

La tragedia griega de Edipo muestra bien esta situación. Y la escena en la que el niño se encuentra y que supone el complejo nuclear de su sino requiere de una iniciativa que resuelva la controversia. Si bien las soluciones no son únicas, lo que sí puede afirmarse es que ninguna es perfecta; se trata de un conflicto que solamente puede ser soslayado y tras el que adviene una pronta represión. Antes del desenlace es cuando el niño está más comprometido con la pulsión de investigación.

De esto modo, la insatisfacción con la vida real —que viene siendo una constante en el devenir del sujeto desde su infancia, donde tal y como hemos comentado se ubican varias frustraciones de deseo— aboca al individuo a un refugio en sus fantasías y en sus síntomas con un retorno al infantilismo y a la neurosis. Si no se consiguen transponer los deseos y las fantasías en la realidad mediante el trabajo, el arte u otras medidas compensatorias, el individuo se irá aislando cada vez más en su propia patología.

En definitiva, la libido no se agota y su decurso por distintas sendas es constante. Necesariamente tendrá que gestionarse, bien hacia el lado de la salud reconduciendo las pulsiones, por ejemplo, hacia metas sublimadas, bien hacia el lado patológico reprimiéndolas, por ejemplo, y originando los síntomas.

La segunda alternativa es más propicia en el sentido de que supone una conciliación rauda de las pulsiones sexuales con el yo. El yo es celoso de las represiones que emprendió en el pasado y que le permitieron escapar del displacer y la pulsión sexual se satisfaría de manera presurosa por vía regresiva. Así, ésta opción es susceptible de ser elegida con asiduidad y constata la aserción freudiana de que la neurosis es el negativo de la perversión. En efecto, el neurótico satisface en su propio cuerpo la pulsión sexual pero desde el inconsciente.

4.1.2. La lengua al servicio de la pulsión. De las ruinas de Egipto y de los sueños

La regresión fue un concepto abordado en múltiples momentos de *La interpretación de los sueños*⁵⁷⁰ por tratarse de una de las características del sueño alucinatorio. Esta misma noción vuelve a tomar auge cuando Freud se topa con los estudios de Carl Abel (1884)⁵⁷¹ sobre la lengua egipcia y constata en este trabajo las peculiaridades descubiertas en los mecanismos del sueño.

En el sueño la libido efectúa un recorrido inverso por el aparato anímico, es decir, circula desde los restos diurnos hacia el extremo perceptivo (opuesto al motor) para alcanzar la cualidad perceptiva. Además de ser una regresión topográfica es formal, pues en el sueño se visten según los recursos primitivos las escenas actuales. Y, por otro lado, también es una regresión temporal, dado que apunta al cumplimiento de un deseo pretérito inconsciente.

Breuer años antes ya se refirió a él en *Estudios sobre la histeria*⁵⁷². A colación de las alucinaciones histéricas, trató de aducir la existencia de una excitación anómala que podía partir del recuerdo de las representaciones y llegar hasta la percepción misma. Y Breuer entendía que la percepción y recuerdo eran entes necesariamente disjuntos.

Esta misma idea también fue trasladada al *Proyecto*⁵⁷³ en el intento de explicar las investiduras oníricas. Éstas tenían vedada la descarga motora e iniciaban una investidura retrocedente desde “Ψ” (neuronas del recuerdo) hasta “Φ” (neuronas de la percepción) para poder alcanzar la cualidad.

Por otro lado, la regresión onírica toma consistencia cuando Freud descubre el trabajo de Abel y lo emplea como material en su obra “Sobre el sentido antitético de las palabras primitivas”. En esta publicación muestra que las lenguas antiguas presentaban una estructura harto distante de la actual, y que a su vez exhiben una interesante similitud con la comunidad de oposiciones que se admiten en el sueño y que no dejan de remitir a una etapa pretérita.

⁵⁷⁰ Freud, S. (1900a [1899]), t. V, pp. 536, 541-542.

⁵⁷¹ Cf. Abel, C. (1884). *Über den Gegensinn der Urwörter*, Leipzig, Verlag Von Wilhelm Friedrich.

⁵⁷² Freud, S. (1893-95)], t. II, pp. 200-201.

⁵⁷³ Freud, S. (1950 [1895]), t. I, pp. 384-385.

Tomando como referencia principal la lengua egipcia, si bien alude a muchas otras, señala peculiaridades del lenguaje que tienen la más íntima analogía con aquel resultante del trabajo del sueño. Tal y como se indicó en el sueño, el inconsciente admite palabras opuestas, contradictorias y en sentido figurado puesto que es transcripto a imágenes.

Pues bien, en una cultura arcaica como la egipcia se tiene lo siguiente. Tanto en el lenguaje hablado como escrito una palabra es comunicada sólo en unión con su opuesto. Es decir, si se quiere transmitir el apelativo “fuerte” se escribirá “fuertedébil”. Para indicar el sentido que se quiere deberá añadirse el gesto pertinente que se utiliza en tal caso en el lenguaje hablado (según intuye Abel). O, también, agregando una figura representativa del primer adjetivo en el caso del lenguaje escrito. El porqué de este uso Abel lo ubica en el nacimiento del conocimiento por la vía comparativa y el relativismo: “Si estuviera siempre claro, no distinguiríamos entre claridad y oscuridad y, por tanto, no podríamos tener de la primera palabra ni el concepto ni la palabra...”⁵⁷⁴. Además corrobora su hipótesis con los trabajos de Bain (1870):

La esencial relatividad de todo conocimiento, pensamiento o conciencia de algo no puede menos que manifestarse en el lenguaje. Si todo lo que podemos conocer es visto como una transición a partir de alguna otra cosa, toda experiencia debe tener dos aspectos; y todo nombre debe tener un doble significado, o bien para todo significado debe haber dos nombres⁵⁷⁵.

Asimismo, otra peculiaridad de las lenguas primitivas es la capacidad para admitir una inversión fónica. O sea, si en Egipto existiese la palabra “amor” podría significar allí tanto “amor” como “odio” y también hacerse sonoro como “roma”.

El lenguaje habría progresado hacia una reducción, en el sentido de que al escindirse un vocablo que tomaba sentido por la contraposición de dos ahora sólo resta uno.

Freud advierte el paralelismo entre el lenguaje de las antiguas civilizaciones y el proceso del sueño que, también, refleja una prehistoria que es comunicada. Y sin dejar pasar desapercibido ni un vínculo del lenguaje con lo pulsional, señala de pasada el disfrute que los niños encuentran en la inversión fónica de las palabras. Del mismo modo, en *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1905) establecerá estas relaciones de la satisfacción pulsional con la lengua que en los niños atisbaba de manera tan conspicua. Ferenczi (1910) así lo reflejó en

⁵⁷⁴Cf. Abel, C. (1884). *Über den Gegensinn der Urwörter*, Leipzig, Verlag Von Wilhelm Friedrich.

⁵⁷⁵ Bain, A (1910), *Logic*, London, Longmans, Green and Co., p. 54

su estudio sobre las palabras obscenas en el periodo de latencia, donde aludió a la frase de Freud que parece concentrar esta satisfacción pulsional de la infancia en el resorte del lenguaje: “Los niños, dice, tratan las palabras como si fueran objetos”⁵⁷⁶.

Antes de todo chiste existe algo que podemos designar como *juego o “chanza”*. El juego —atengámonos a esta designación— aflora en el niño mientras aprende a emplear palabras y urdir pensamientos. Es probable que ese juego responda a una de las pulsiones que constriñen al niño a ejercitar sus capacidades (Groos [1899]); al hacerlo tropieza con unos efectos placenteros que resultan de la repetición de lo semejante, del redescubrimiento de lo consabido, la homofonía, etc., y se explican como insospechados ahorros de gasto psíquico. No es asombroso que esos efectos placenteros impulsen (*antreiben*) al niño a cultivar el juego y lo muevan a proseguirlo sin miramiento por el significado de las palabras y la trabazón de las oraciones. Un *juego* con palabras y pensamientos, motivado por ciertos efectos de ahorro placenteros, sería entonces el primero de los estadios previos del chiste.

El fortalecimiento de un factor que merece ser designado como crítica o racionalidad pone término a ese juego. Ahora este es desestimado por carecer de sentido o ser un directo contrasentido; se vuelve imposible a consecuencia de la crítica. También queda excluido, salvo por azar, obtener placer de aquellas fuentes del redescubrimiento de lo consabido, etc., a menos que al individuo en crecimiento lo afecte un talante placentero que, semejante a la alegría del niño, cancele la inhibición crítica. Sólo en este último caso vuelve a posibilitarse el viejo juego para ganar placer, pero el ser humano prefiere no esperar que se dé por sí ni renunciar al placer que, según sabe, le procura. Por eso busca medios que lo independicen del talante placentero; el ulterior desarrollo hacia el chiste es regido por ambas aspiraciones: evitar la crítica y sustituir el talante⁵⁷⁷.

Como corolario podemos decir, por un lado, que el nexo entre los sueños y los síntomas vino por la observación de los procesos que les son comunes y que ciertamente son aquellos que procuran la satisfacción pulsional de manera directa. Por otro lado, el componente simbólico es inherente a ambos y ha permitido hallar, junto con la sexualidad infantil, que los decursos pulsionales optan en primera instancia por un regreso “velado” a los modos de satisfacción arcaicos a los que la lengua se presta como un aliado fácil.

⁵⁷⁶ Ferenczi, S. (2006 [1910]), “Palabras obscenas. Contribución a la psicología en el período de latencia”, en *Obras completas I*, Barcelona, RBA, p. 169.

⁵⁷⁷ Freud, S. (1905c), t. VIII, pp. 123-124.

4.1.3. Los estragos del desarrollo libidinal en la vida adulta

Tal y como hemos dicho, las exigencias culturales y las limitaciones que la realidad impone a la satisfacción pulsional facilitan que los neuróticos se exilien a la enfermedad y que los sanos sean susceptibles de precipitarse ante ella. En efecto, éstos últimos tampoco están exentos de la lucha que se libra entre la pulsión y sus detractores.

En otra de sus obras contemporáneas, "Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor, I)" (1910), nos explicita los impactos del desarrollo libidinal en la vida sexual adulta. Concretamente explora las consecuencias de la problemática de la elección de objeto en la vida adulta particularizándola al sexo masculino y heterosexual.

Nos dice que la elección de objeto que acontece en el hombre reúne a menudo varios factores:

- Una mujer que "pertenece" a otro hombre y que, por tanto, da rienda suelta a reacciones de hostilidad por parte del sujeto hacia el susodicho.
- Su presunción de su dudosa fama en lo que al tema sexual se refiere, provocando así celos en el sujeto ante las relaciones de su objeto de amor con otros hombres.
- Asimismo, la conducta que el hombre profiere a su objeto de amor es la de un ensalzamiento de su persona.
- Y siente la necesidad de salvaguardarla del hundimiento en el que se vería sumida en caso de que él la abandonase.

Estos cuatro aspectos apuntan justamente a la figura materna:

- Perteneciente al padre.
- De dudosa fama atendiendo a las relaciones sexuales que ésta mantiene con aquel y que el niño capta en su época infantil.
- Ensalzada por la ternura que ésta le profesa.
- Y por la que existe inclinación al no abandono ya que le ha otorgado la vida.

Es decir, los objetos de amor se presentan como subrogados de la madre y éstos satisfacen, aunque no completamente, las pulsiones desafiantes, concupiscentes, tiernas y de gratitud⁵⁷⁸

Freud, S. (1910), "Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor, I)" en AE, t. XI, pp. 160-166.

que el amante detenta. Empero, al tratarse de subrogados, se incurre en una pérdida de satisfacción respecto de las experiencias inaugurales con la madre y esto provoca que dichos objetos puedan ser sustituidos unos por otros con cierta regularidad.

El problema por el que se acudía principalmente a los consultorios psicoanalíticos de la época era por lo que Freud precisaba bajo la denominación de “impotencia psíquica”⁵⁷⁹. Este asunto concernía a la impotencia de los sujetos para satisfacer sus necesidades sexuales con ciertas personas y no con otras. Y, en general, sucediendo la primera de las circunstancias en los encuentros con la amada aun teniendo ganas de llegar a consumar el acto. Estos casos sugerían que el núcleo de la cuestión estaba en referencia a algunas de las características del objeto de amor y así es como Freud fue diseccionando los nexos.

La ley del incesto, la inhibición de ciertas satisfacciones de las pulsiones sexuales y un imperfecto desarrollo de la libido en los individuos hace que existan dos corrientes de amor —la tierna y la sensual⁵⁸⁰— que no siempre confluyen y que es lo que aseguraría una conducta amorosa “normal”⁵⁸¹.

La corriente tierna atañe a la primera infancia y se dirige sobre todo a la figura del cuidador que satisfacía las llamadas pulsiones de autoconservación. A la par que cumplía con las exigencias de las necesidades vitales (verbigracia, la alimentación), aportaba una satisfacción colateral a las pulsiones sexuales del niño. Ésta justamente incumbe a la elección primaria de objeto y promueve un erotismo que no posee metas sexuales determinadas. Sin embargo, la renuncia pulsional a este objeto deberá llevarse a cabo por la imposición del complejo de Edipo, no resultará fácil y aglutinará, por tanto, las reacciones de amor y odio que detentará el infante.

En la pubertad y a raíz de la ley del incesto, surge la corriente sensual dirigida hacia un objeto “permitido” con el que alcanzar la meta propiamente sexual. Este segundo objeto ineludiblemente compartirá rasgos con el objeto primario. Y, por ende, se erigirán dos componentes para no alcanzar el fin sexual normal: la frustración en la elección de objeto —que se presentará ambivalente— y el mantenimiento de una atracción importante hacia los objetos sexuales de la infancia. El acrecentamiento de estos dos factores deriva en la

⁵⁷⁹ Ibid., p. 173.

⁵⁸⁰ Ibid., p. 174.

⁵⁸¹ Freud, S. (1905d), t. VII, p. 182.

formación de la neurosis —la libido ante esta realidad se fija a los objetos primarios, se refugia en las fantasías del individuo y, por la barrera del incesto, se recluye al inconsciente—.

Nuevamente se aprecia que muchas pulsiones parciales son sofocadas, inhibidas o prohibidas por ciertos factores ya mencionados con anterioridad (asco, moral, la propia cultura) y gran parte de ellas quedarán subsumidas en la primacía genital. Pero desde luego no todas sucumben a esta imposición del desarrollo. Por lo tanto, y dado que no se puede proceder con un despliegue de todas las pulsiones sexuales, siempre tendrán un grado de frustración. Luego, ese placer que no se consigue lograr y la insistencia pulsional por alcanzar su meta exigirán que ésta, dado que no se extingue, sea canalizada por otros derroteros, como podría ser la sublimación hacia un éxito cultural.

4.2. La primera categorización de las pulsiones

4.2.1. La categorización pulsional según la perturbación psicógena de la visión

Es en “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis”, que data de 1910, donde Freud ubicará por primera vez una categorización explícita de las pulsiones. Por un lado, hablará de pulsiones del yo cuyo objetivo es la conservación del sujeto y, por otro lado, de pulsiones sexuales que son aquellas que se sirven de la libido.

En este artículo Freud se encomienda a una explicación de la perturbación psicógena de la visión que difiere de otras que apuntan a la vinculación de la autosugestión con la ceguera histérica.

En primer lugar, recoge la posibilidad de que las excitaciones en el ojo ciego promuevan afectos, aunque no siendo conscientes. E hilando la oposición entre consciente e inconsciente y apelando a los descubrimientos psicoanalíticos en lo que a una dinámica de fuerzas se refiere, señala la causa de este fenómeno en el fracaso de la represión comandada por el yo ante una representación psíquica de gran intensidad que ha removido otras muchas que ya permanecían inconscientes.

El aparato psíquico se formula como un equilibrio entre dos tipos de fuerzas que se encuentran en oposición. Las pulsiones sexuales tratarán de satisfacerse de forma insistente y serán reducidas mediante represión, a instancias de un yo detractor de lo inconsciente.

En efecto, las pulsiones buscan su satisfacción animando las distintas representaciones que implican un acercamiento a su meta pero ante la multitud de pulsiones que existen y la elección errática de objetos de que se sirven, pueden llegar a confrontarse entre sí desembocando aparentemente en un conflicto de representaciones.

En este sentido Freud destaca la oposición manifiesta entre las pulsiones sexuales y las “pulsiones yoicas”⁵⁸². Las primeras obedecen a la búsqueda de un placer sexual, mientras que las segundas estarían al servicio de la autoconservación del individuo. Y retoma como soporte de su elucidación los ecos de la frase de Schiller, “hambre” y “amor”, ya aludidos en su anterior trabajo “Sobre los recuerdos encubridores” (1899)⁵⁸³ donde los destacaba entre los resortes pulsionales más poderosos. No deja espacio a otro tipo de pulsiones, sino que asevera que todas las pulsiones orgánicas podrían clasificarse en un lado o en otro.

Ahora bien, veamos de dónde surge este conflicto pulsional. Las últimas investigaciones psicoanalíticas han permitido mostrar que las pulsiones parciales preponderantes en las etapas pregenitales del desarrollo sexual infantil no siempre llegan a subordinarse en su totalidad a una única pulsión sexual. Esta pulsión sexual que debe lograrse en la etapa propiamente genital correspondiente a la pubertad tiene como meta la reproducción. Y en el caso de que las pulsiones parciales quedasen todas completamente subsumidas en ella perdería su identidad a favor de una pulsión de autoconservación de la especie con el fin único de reproducirse.

Pero lo que sucede, realmente, es la imposibilidad de abdicación de estas pulsiones parciales ante una pulsión sexual (de autoconservación). Entonces, deben ser sofocadas o reconducidas hacia otras metas. La renuncia a las pulsiones parciales supondría una pérdida de autonomía del sujeto en lo que al aporte sexual se refiere, frente a la supremacía genital que implica un altruismo y una apuesta por la cultura. En cualquier caso, lo que el sujeto tiene disponible a estos efectos son dos estratagemas: la represión y la sublimación; sin embargo,

⁵⁸² Freud, S. (1910), “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis”, en AE, t. XI, p. 211.

⁵⁸³ Freud, S. (1899), “Sobre los recuerdos encubridores”, en AE, t. III, p. 309. [Tomado del poema de Schiller: “Die Weltweisen”].

no suelen triunfar en su totalidad y por este fracaso, precisamente, surgen las afecciones denominadas neurosis.

Las pulsiones yoicas tratan de defenderse entonces de estas pulsiones parciales mediante represión, pero puesto que este recurso no es determinante surgen los síntomas haciendo emblema de aquello que se quiere desterrar al inconsciente o de lo que residiendo en él pugna por aflorar.

Ambos tipos de pulsiones se encuentran entrelazados desde el origen del ser. Tal y como se expuso en los *Tres ensayos*⁵⁸⁴, para alcanzar su meta las pulsiones sexuales parecen apoyarse en un primer momento en aquellas pulsiones que obedecen a las necesidades vitales. Esas huellas y el fracaso de la represión tienen un impacto importante en la vida adulta. Verbigracia, es fácil constatar el placer reportado en el comer donde se satisface la pulsión de nutrición y la pulsión oral, o en los vómitos sintomáticos donde la pulsión oral también halla satisfacción así como otro tipo de pulsiones de autoconservación del yo (en el fracaso de la defensa).

El caso que ocupa al artículo es el ojo. Tal y como se vimos en los *Tres ensayos*, se trata de una zona erógena⁵⁸⁵ (donde poder satisfacerse la pulsión parcial de ver) y las impresiones ópticas son uno de los excitantes de libido más potentes⁵⁸⁶. Hemos de deducir, siguiendo la teoría, que al histérico invidente previamente a la formación del fenómeno psicopatológico se le tuvo que imponer una pulsión sexual parcial que se agarró a una imagen psíquica en el placer de ver, a la par que el yo quiso evitarla. La represión de la primera trae como consecuencia una alteración del órgano, que como síntoma conciliador satisface tanto a la pulsión sexual como a la pulsión yoica pero dejando el resto que reporta cierto displacer. Así alcanzamos la aserción primera: “los ciegos histéricos lo son sólo para la conciencia”⁵⁸⁷.

4.2.2. Los precedentes de la categorización pulsional

Si bien Freud menciona explícitamente por primera vez la confrontación de pulsiones yoicas y pulsiones sexuales en este momento, para él no resulta novedoso y así se constata en la

⁵⁸⁴ Freud, S. (1905d), t. VII, p. 165.

⁵⁸⁵ *Ibíd.*, p. 154.

⁵⁸⁶ *Ibíd.*, p. 142.

⁵⁸⁷ Freud, S. (1910j), t. XI, p. 210.

carta que envió en a Ferenczi a colación de esta intervención en mayo de 1910. Efectivamente, en un recorrido por todos los trabajos efectuados hasta esta colaboración damos con múltiples aseveraciones que nos permiten corroborar rotundamente que Freud mantuvo esta distinción pulsional desde el preconcepto en su etapa psicopatológica.

En *Tres ensayos de teoría sexual*⁵⁸⁸ precisaba que en todos los procesos anímicos subyace cierta cantidad de energía para poder llevarlos a cabo y a su vez produce una serie de excitaciones anímicas de diversa índole. En el caso concreto de los procesos sexuales se sirven de la energía libidinosa que produce una excitación sexual o de la libido y es susceptible de variaciones y desplazamientos. Así, Freud dice poder afirmar que los procesos sexuales poseen un quimismo particular frente a otros que podrían ser los procesos nutricios. Luego, implícitamente ya se aludía a la distinción entre pulsiones.

También esta diferenciación se encuentra en obras previas:

- En la correspondencia con Fliess (1894)⁵⁸⁹ se destacaba entre las fuentes de excitación endógena del organismo el hambre, la sed y la pulsión sexual.
- En *Estudios sobre la histeria* (1895) distingue la pulsión sexual como la más poderosa de todas en lo que al estado anímico se refiere⁵⁹⁰ y Breuer menciona a “las grandes necesidades fisiológicas y pulsiones del organismo”⁵⁹¹ diferenciando el hambre, la necesidad de oxígeno y la sed de la pulsión sexual, insistiendo nuevamente en que esta última es la que tiene mayor poder de excitación.
- En “Sobre los recuerdos encubridores” (1899)⁵⁹², como hemos subrayado antes, apela a los grandes resortes pulsionales.
- En *La interpretación de los sueños* (1900)⁵⁹³ diferencia el apetito sexual del resto de pulsiones vitales.
- Y en “Acciones obsesivas y prácticas religiosas” (1907), a propósito de la vida religiosa y sus renunciaciones, opone la sofocación que consuman los feligreses de las

⁵⁸⁸ Freud, S. (1905d), t. VII, p. 198.

⁵⁸⁹ Freud, S. (1950 [1897]), “Manuscrito M. [Anotaciones II]”, en AE, t. I, p. 294.

⁵⁹⁰ Freud, S. (1893-95), t. II, p. 120.

⁵⁹¹ *Ibíd.*, pp. 210-211.

⁵⁹² Freud, S. (1899a), t. III, p. 309.

⁵⁹³ Freud, S. (1900a [1899]), t. IV, p. 149.

pulsiones egoístas frente a la represión de las pulsiones sexuales por parte de los neuróticos, si bien no exime a las primeras de componentes libidinosos.

Es más, tal y como el mismo Freud indica en una carta a Edouard Clapàrede (1921), a propósito de una interpretación que éste último hizo sobre la teoría psicoanalítica y que podría haber inducido a una concepción pansexualista del psicoanálisis, la distinción radical entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo él siempre la mantuvo tajantemente:

...sobre este punto —si me permite una crítica— usted me hace injusticia y da a sus lectores una información inexacta. Me refiero al siguiente pasaje; “8. La libido. *L’instinct sexual est le mobile fundamental de toutes les manifestations de l’activité psychique*” {“8, La libido. El instinto sexual es el móvil fundamental de todas las manifestaciones de la actividad psíquica”}. Y agrega usted un poco después que ni yo ni mis discípulos hemos sido claros sobre esto: “*Mais il faut savoir lire entre lignes*”, afirma “*et saisir l’esprit et non la lettre de la théorie*” {“pero hay que saber leer entre líneas y captar el espíritu y no la letra de la teoría”}. Me sorprende que esta habitual incompreensión haya logrado deslizarse también bajo su pluma. Por el contrario, yo he declarado y repetido con máxima claridad en relación con las neurosis de transferencia, que establezco un distingo entre las pulsiones sexuales y las pulsiones yoicas, y que, por lo que a mí respecta, la “libido” solo designa la energía de las primeras, de las pulsiones sexuales. Es Jung, y no yo, quien hace equivalente la libido a la fuerza pulsional de *todas* las operaciones psíquicas, y quien combate la naturaleza sexual de la libido. La descripción que usted hace no se ajusta a mi concepción ni a la de Jung, sino que es una mezcla de ambas: de mi toma la naturaleza sexual de la libido y de Jung su significación generalizada. Así se crea en la imaginación de los críticos un pansexualismo que no existe ni en mis concepciones ni en las de Jung. En lo que a mí atañe, advierto cabalmente la presencia del grupo de las pulsiones yoicas, así como todo lo que a ellas debe la vida anímica. Pero esto es ocultado al público en general, que lo ignora. La gente suele actuar de igual manera al describir mi teoría de los sueños. Jamás he afirmado que todo sueño exprese un cumplimiento de deseo *sexual*, y con frecuencia he dicho lo contrario. No obstante, no he logrado ningún resultado con ello, y se continúa repitiendo lo mismo⁵⁹⁴.

⁵⁹⁴ Freud, S. (1910j), t. XI, pp. 211-212 #1.

4.3. Los dos principios del acaecer psíquico: el timón pulsional

4.3.1. La regulación pulsional por el principio de realidad

Las construcciones del aparato psíquico elaboradas por Freud tanto en el *Proyecto* como en *La interpretación de los sueños* y la descripción de los procesos que regían la actividad psíquica, requerían ser reformulados a la vista de los nuevos avances en los que había incurrido la teoría psicoanalítica.

Freud, por tanto, efectúa una relectura de los procesos psíquicos tratados en *La interpretación de los sueños* e incorpora las pesquisas de las pulsiones y el desarrollo libidinal⁵⁹⁵. Sin apartarse de la clínica y extrayendo algunos de los fenómenos que en ella se presentan comienza a dilucidar la dinámica que subyace en dichos procesos.

No es una novedad que se percate de la inclinación inconsciente de los pacientes a permanecer en su estado de neurosis. Otros coetáneos, como Janet (1909)⁵⁹⁶, también habían reparado en este hecho pero no profundizaron en por qué sucedía. En respuesta a esta pregunta que parece quedar en suspense, Freud apela a la represión como la maniobra del sujeto para enfrentar lo intolerable de la realidad y aduce el caso más extremo de este extrañamiento de la realidad con la ejemplificación de la psicosis alucinatoria.

Esta aplicación a la neurosis de un esquema inicialmente destinado a la interpretación de la psicosis, dice Ricoeur, se basa en una tesis antigua, que hemos expuesto oportunamente, según la cual la realización del deseo, en la neurosis y el sueño, sigue a su vez a un modelo alucinatorio⁵⁹⁷.

Ricoeur también destaca la diferencia entre Janet y Freud de la forma siguiente:

Como en Pierre Janet, la ‘función de lo real’ es lo perdido por el neurótico; o, para señalar de una vez la diferencia entre Freud y Janet, lo real es aquello de lo que el neurótico se ha apartado porque la realidad es insoportable⁵⁹⁸.

⁵⁹⁵ Freud, S. (1911), “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico”, en AE, t. XII, p. 223-231.

⁵⁹⁶ Janet, P. (1909), *Les névroses*, en Freud, S. (1911b), t. XII, p. 223.

⁵⁹⁷ Ricoeur, P. (1970), p. 226.

⁵⁹⁸ *Ibíd.*, pp. 225-226.

La preparación de este trabajo la realizó, prácticamente, al mismo tiempo que escrudiñaba el caso Schreber, luego no es de extrañar que afloren estas indicaciones en el presente escrito.

Entonces, los procesos primarios imperantes en el inconsciente son los responsables de un acercamiento a la ganancia de placer y una evitación del displacer y el proceso represivo es un ejemplo de ellos. Para desentramar el principio de realidad Freud retoma las elucubraciones desplegadas en anteriores trabajos y expone el recorrido que hace el sujeto en su desarrollo y sus consecuencias.

En sus inicios, éste trata de buscar la satisfacción plena que supone el apaciguamiento de las necesidades internas por la vía alucinatoria. No obstante, puesto que este mecanismo resultaba insuficiente, al producir una decepción irremediable, el aparato psíquico comenzó a establecer unas referencias del mundo real para tratar de manipularlo, potenciando para ello los sentidos, desarrollando la atención e incluso una memoria que registrase las experiencias, dando paso así al principio de realidad. O sea, el principio de realidad se instaura en el sujeto por la frustración del deseo de la satisfacción primordial y también se alza de forma proactiva frente a posibles restricciones de placer futuras.

Ricoeur retoma el *Proyecto* y dice:

Además, la prueba misma de satisfacción pone irremediabilmente en juego la ayuda ajena, la relación objetal y, en consecuencia, todo el circuito de la realidad. Recuérdese este sorprendente texto del *Proyecto*: "El organismo humano es, en sus primeras etapas, incapaz de llevar a cabo esta acción específica, realizándolo sólo por medio de una ayuda exterior, al llamar la atención de una persona experimentada sobre el estado en que se encuentra el niño... La vía de descarga adquiere así una función secundaria de suma importancia: la mutua comprensión [comunicación]. La indefensión original del ser humano se convierte así en la fuente primordial de todas las motivaciones morales". En fin, el displacer es, según otra fórmula del *Proyecto*, "el único medio de educación"; es el que da incluso al principio de realidad mismo un sentido hedonístico, colocándolo en la prolongación del principio del placer. A decir verdad, la satisfacción alucinatoria constituye un callejón sin salida biológico; nos llevaría infaliblemente al fracaso; por eso la institución del principio de realidad es una exigencia del principio mismo del placer. Si, pues, el principio de realidad coincide con el proceso secundario, quiere decirse que le está sometido todo el psiquismo humano, en la medida en que escape a la alucinación⁵⁹⁹.

⁵⁹⁹ Ricoeur, P. (1970), p. 227.

En efecto, como ya hemos comentado, en un primer momento el niño llora y sufre de espasmos para aliviar la pulsión pero ante la ausencia del cuidador probablemente desembocaron en una experiencia alucinatoria. En un segundo momento, estos actos se instauran como subrogados de la función de interlocución y hacen que en el infante demore la incorporación del principio de realidad. Este principio no se instaura de forma consistente hasta alcanzar la plena independencia respecto de los cuidadores.

Una vez implantado el principio, el sujeto ante la tensión interna insistente y haciendo uso del registro de representaciones que guarda en la memoria, podría producir una demora de la descarga motriz gracias al trabajo del pensamiento. Éste le posibilitaría mediante asociación emprender una acción que le procurase un acercamiento a la satisfacción ansiada. Sin embargo, este principio implica un coste. La excitación llega libre al aparato psíquico y el sujeto tiene que aprovechar esa excitación para ligarla a las representaciones que tenga disponibles en la memoria y comenzar así a realizar un trabajo de pensamiento.

4.3.2. A un paso de la realidad: las fantasías como subterfugios

Desde luego, la dilación del proceso de satisfacción que pone en acto el principio de realidad verdaderamente es encomiable. Asegura la minoración del displacer y evita posibles contingencias que pudieran derivar en engaños y que sólo conducirían a la tentativa de encontrar la satisfacción por la vía alucinatoria.

No obstante, la resignación a los métodos primarios de propiciación de placer no se consuma. Desde el punto de vista económico se encuentra uno de los argumentos en que al sujeto le suponen una menor cantidad de investiduras los procesos primarios y, por ende, un menor coste.

Entonces, una parte de ese acto de pensar permanecerá inconsciente y obedecerá simplemente al principio del placer haciendo caso omiso de la realidad. Este pensamiento inconsciente, precisamente, se revela en el fantasear.

Fantaseando ni se opta por la búsqueda del objeto en el exterior ni tampoco por la acción que reclama la pulsión en sentido estricto, sino que permite jugar con objetos traídos al presente que remiten a los que concedieron las satisfacciones inaugurales. En el caso de los niños se observa en los juegos y es manifiesto, y en los adultos, aunque no se exterioriza, tiene lugar en los sueños durante la vigilia.

Ricoeur lo expresa así:

En último extremo, el principio del placer considerado en su estado puro es una ficción didáctica; y correlativamente, el principio de realidad designa el funcionamiento normal de un aparato psíquico regido por los procesos secundarios. Pero por otra parte, el principio del placer extiende su reino bajo toda clase de disfrazamientos: es él quien anima toda la vida fantasmática, tanto en sus formas normales como patológicas, desde el sueño a las ilusiones religiosas, pasando por los ideales. Teniendo en cuenta esas sus formas disfrazadas, el principio del placer parece imposible de ser rebasado. Por eso el principio de realidad designa un régimen de existencia difícil de alcanzar⁶⁰⁰.

Por lo tanto, el principio de placer no es relevado en su totalidad por el principio de realidad, sino que aquel perdura. En este sentido, sabemos que las pulsiones sexuales no se resignan a la pérdida de sus primeros objetos, su autonomía estuvo vigente largo tiempo con la satisfacción autoerótica y de hecho su aunamiento y repliegue en una única función final no tiene lugar.

Luego, éstas se seguirán satisfaciendo obedeciendo al principio del placer y uno de sus refugios serán las fantasías donde, sin embargo, la represión sigue ejerciendo su función e inhibiendo aquello que pueda generar displacer y su acceso a la conciencia. Por contra, las pulsiones de autoconservación quedarán bajo el imperio del principio de realidad y ligadas a la conciencia.

4.3.3. Algunos impactos del principio de realidad en lo social

Freud indica que el impactante principio de realidad, que renuncia al placer inmediato a favor de una tolerancia de displacer para ganarse un beneplácito demorado, funda el mito religioso de que la renuncia en la vida terrenal procurará una mejor en el más allá.

También identifica como propiciadora del principio de realidad a la educación. Y, por último, destaca la grandiosa maniobra del artista cuya virtud le brinda una armonía entre ambos principios.

⁶⁰⁰ Ibid., p. 227.

Como todos, el artista es renuente a la resignación de la satisfacción pulsional que le impone la realidad, ésta le provoca extrañeza y se refugia entonces en el ámbito de las fantasías. Sin embargo, el artista es capaz de encaminarlas hasta el lienzo, hasta un objeto externo que recoge su realidad inconsciente. Y así como le procura a él un placer también induce la admiración de los demás pues, en esencia, también atrapan una realidad ahora objetiva que es plasmada en el cuadro.

Anexamos la evolución de los principios en las obras en que fueron tratados con mayor profundidad:

Evolución	El Proyecto (1895)	La interpretación de los sueños (1900)	Formulaciones del acontecer psíquico (1911)
Perspectiva	Neurofisiológica	Psicológica	Psicológica
Soportes	Neuronas	Recortes del lenguaje (imágenes)	Objetos
Fuerza	Cantidad (Q)	Excitación	Libido
Principios	Inercia/Proceso primario: evitar incrementos de "Q", variaciones de periodo	Constancia/Proceso primario/ Principio de displacer: evitar el displacer	Principio de placer
	Proceso secundario	Proceso secundario	Principio de realidad
Búsqueda del placer	t ₀ (inclinación a la repetición del proceso primario): Apremio de vida-> Via regrediente-> Alucinación (Elevado gasto y desengaño)	t ₀ (inclinación a la repetición del proceso primario): Apremio de vida-> Via regrediente-> Alucinación (Elevado gasto y desengaño)	t ₀ (inclinación a la repetición del proceso primario): Apremio de vida-> Via regrediente-> Alucinación (Elevado gasto y desengaño)
	Guiado por cantidades	Guiado por cantidades	Guiado por el Yo-objeto/placer- Pulsiones parciales/zonas erógenas Fantasías
	t ₁ : inhibición del Yo por el acto de pensar/juicio de realidad	t ₁ : investidura desde el preconscious hasta el inconsciente-> ligarlo y drenarlo por el acto del pensamiento Identidad de pensamiento en detrimento de identidad perceptiva	t ₁ : Guiado por el Yo-realidad/ Pulsión de autoconservación/objetos del exterior
	Guiado por cantidades	Guiado por representaciones/cantidades	Guiado por objetos
t ₀ : primer tiempo t ₁ : segundo tiempo			

4.4. La contracción de la enfermedad según el modo particular de enfrentar cierta magnitud de libido

En el artículo “Sobre los tipos de contracción de neurosis” (1912) Freud intenta otorgar una explicación de la predisposición a la enfermedad y su ocasionamiento basándose en los destinos de la libido. Veremos que éstos pueden definir una trayectoria u otra según sean frustrados, inhibidos o delimitados, y cómo es condición necesaria que la cantidad de libido alcance cierta magnitud. Asimismo Freud dejará constancia de que un mismo individuo puede incurrir en la enfermedad de distintas formas a lo largo de su vida no teniendo por qué regirse por un patrón concreto.

La contracción de la neurosis se produce cuando el niño sufre la pérdida del objeto perteneciente al mundo exterior que venía satisfaciendo hasta el momento sus requerimientos amorosos. Es decir, cuando un factor externo viene a “frustrar” (o denegar) al sujeto su satisfacción amorosa despojándole de ese objeto y dejándole impotente para hallar un sustituto.

Empero, el desencadenamiento de la enfermedad aparece más tarde, precisamente, una vez se imponen las limitaciones exteriores a la satisfacción del placer. Éstas actualizarían la frustración original y actuarían como retenedores de libido, que ante su acumulación incesante no puede resultar sino displacentera. Quedarían así establecidas las condiciones para poder desencadenar una neurosis.

No obstante, ante la insatisfacción frente a la realidad que no consiente obtener placer en cualquier circunstancia, existen dos plausibles salidas: una sería transformar la tensión psíquica en energía que sirva para acometer acciones que permitan obtener del exterior, finalmente, algo para satisfacer la libido. Y otra consistiría en sublimar esa libido redirigiéndola a otras metas que no sean su satisfacción erótica, pero sin incurrir así en su frustración radical. Ambas opciones serían caminos para la prosecución de salud.

Sin embargo, pudiera darse el caso de que los factores predisponentes estuviesen cargados de gran intensidad al punto de que la libido podría llegar a ser “introvertida”. Este acaecer consistiría en aquello que Freud señaló en “Sobre la dinámica de la transferencia” (1912) y que consistía en lo siguiente:

Disminuye el sector de la libido susceptible de conciencia, vuelta hacia la realidad, y en esa misma medida aumenta el sector de ella extrañada de la realidad objetiva, inconciente, que si bien puede todavía alimentar las fantasías de la persona, pertenece a lo inconciente. La libido (en todo o en parte) se ha internado por el camino de la regresión y reanima las imágenes infantiles⁶⁰¹.

Es decir, la libido pudiera extrañarse de la realidad al punto de volverse hacia las fantasías, con las que se avivaría el material infantil reprimido y que podrían conducir al sujeto, por la vía regresiva, hacia unas metas incompatibles con su estado actual de la realidad. Aquí comenzaría el conflicto de fuerzas entre aquellas que pugnarían por su satisfacción pretérita y las partidarias del principio de realidad y, por ende, la salida vendría por el lado del síntoma y el desencadenamiento de la enfermedad.

Otra forma de enfermar consistiría no ya en sufrir el estrago o la frustración ante la realidad, sino en que el sujeto tratase de producir una serie de cambios internos que le permitieran una satisfacción alternativa, pero que finalmente se le impongan unas limitaciones internas que le resulten insoslayables.

En este último caso la restricción es interna y no externa, es decir, se atribuye a la ontogenia del individuo que le impide procurarse con sus propios recursos la satisfacción. La realidad le exige más. Algo interno le impide la renuncia a la satisfacción original en detrimento de la nueva y el estancamiento libidinal que vendría por la frustración del modo de placer habitual y al que el yo pretende aspirar desembocaría en el afloramiento de la enfermedad. Las fijaciones libidinales en este caso se ponen de manifiesto y representan así la dolorosa exigencia que el desarrollo impone respecto a la renuncia de los medios de autosatisfacción.

En este sentido, también podría contraerse la enfermedad por no abandonar la libido de las fijaciones infantiles permaneciendo estancado en el infantilismo e inhibiendo el desarrollo.

O igualmente por incrementarse la libido en exceso repentinamente en un momento de la vida a raíz de ciertas contingencias biológicas de modo que la realidad sólo le permita tramitar una parte menor de la que debería. De esta forma, con el resto indisoluble volveríamos a encontrarnos en el primer caso descripto.

En cualquiera de los casos, se requiere una cantidad de libido suficiente como para poder desbordar al yo en su tarea de trámite de dicha estasis libidinal. La lucha de fuerzas entre la

⁶⁰¹ Freud, S. (1912), "Sobre la dinámica de la transferencia", en AE, t. XII, p. 100.

libido y el yo es la que produciría una inclinación hacia la enfermedad o hacia la salud. Y concilia con una etiología sexual de la neurosis que presupondría la batalla entre el yo y la libido.

Todos los otros factores —frustración, fijación, inhibición del desarrollo— permanecen ineficientes mientras no afecten una cierta medida de la libido ni provoquen una estasis libidinal de determinada altura. Es cierto que no somos capaces de mensurar esta medida de libido que nos parece indispensable para que se produzca un efecto patógeno; únicamente podemos postularla después que la enfermedad advino. Sólo en un sentido estamos autorizados a formular una precisión mayor: podemos suponer que no se trata de una cantidad absoluta, sino de la proporción entre el monto libidinal eficiente y aquella cantidad de libido que el yo singular puede dominar, vale decir, mantener en tensión, sublimar o aplicar directamente. De ahí que un acrecentamiento relativo de la cantidad libidinal pueda tener los mismos efectos que uno absoluto⁶⁰².

En este sentido, se elucida una clínica económica de gestión de las cantidades, de un más y un menos, del gasto y el ahorro, una perspectiva cuantitativa de la enfermedad que vendría a expresar la proporción de libido que no es reductible por el trabajo del yo.

Lo que determina la enfermedad misma no es otra cosa que algo del orden de una cantidad que será relativa a una situación psíquica concreta. Por ende, hablar de una clínica de los objetos o de las metas pulsionales cuando son lo más mutable de los componentes pulsionales no tendría ningún sentido.

⁶⁰² Freud, S. (1912), “Sobre los tipos de contracción de neurosis”, en AE, t. XII, p. 244.

CAPÍTULO 5

La libido y la psicosis

5.1. Las primeras aproximaciones a las psicosis

5.1.1. La correspondencia con Fliess. Etapa psicopatológica

Ya en la etapa psicopatológica Freud estuvo preocupado por la paranoia y su mecanismo de defensa. Concretamente el 24 de enero de 1895 reporta a Fliess, en el “Manuscrito H”⁶⁰³, una propuesta de la paranoia como neurosis de defensa. En línea con sus planteamientos para la histeria y la neurosis obsesiva, la paranoia se sirve de un mecanismo de defensa que denomina *proyección* y que consiste, justamente, en proyectar al exterior tanto la idea inconciliable como su afecto vinculado.

Freud precisa los distintos destinos de los afectos perturbadores según los mecanismos de defensa que se empleen en cada una de las afecciones (la histeria, la representación obsesiva, la confusión alucinatoria y la paranoia). En la histeria la idea sería eliminada de la cadena asociativa y el afecto se desplazaría al cuerpo; en las representaciones obsesivas la idea también estaría excluida de la asociación y su afecto se trasladaría a otra representación, manteniéndose así éste en el ámbito psíquico; en la confusión alucinatoria tanto la idea como el afecto serían separados del yo pero volverían como alucinaciones amistosas; y en la

⁶⁰³ Freud, S. (1994 [1895]), pp. 107-113.

paranoia, de forma más radical, se proyectarían al exterior retornando posteriormente como alucinaciones de carácter hostil.

En los dos últimos casos las alucinaciones sostienen la defensa, sin embargo la casuística es diferente. Para la confusión alucinatoria el reproche retornaría en forma contraria al contenido del evento que cayó bajo la defensa, mientras que en la paranoia volvería en palabras de otros, es decir, de forma contraria en el sentido de que no lo dice uno mismo.

Un año después, el 1 de enero de 1896, Freud envía a Fliess en el “Manuscrito K (las neurosis de defensa, un cuento de navidad)”⁶⁰⁴ nuevas añadiduras sobre la paranoia en el contexto de las neurosis de defensa, que finalmente serán ampliadas y volcadas en su publicación “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa” (1896)⁶⁰⁵.

En este manuscrito Freud contrapone la paranoia a la neurosis obsesiva. La diferencia entre ambas radica en que en la neurosis obsesiva el afecto retorna como un reproche, mientras que en la paranoia, por proyección, el displacer se atribuye a otro. Así, en ésta última se genera un síntoma de suspicacia, la “desconfianza”⁶⁰⁶.

Freud aduce que en la paranoia puede haber dos tipos de represiones. Una sería reprimir sólo el afecto y otra reprimir tanto el afecto como el contenido de la representación. No obstante, sólo cuenta con casos que dan prueba de lo último y elucida que de ese modo el contenido retornaría como “un pensamiento en forma de ocurrencia, o como una alucinación visual o sensorial”⁶⁰⁷ y el afecto volvería en forma de voces que espetarían el reproche.

También, en disonancia con la neurosis obsesiva, en la paranoia los fragmentos retornan desfigurados en el sentido temporario pues son sustituidos por imágenes similares de la vida actual, a diferencia de la neurosis obsesiva donde se aprecia la desfiguración temporal y la desfiguración por analogía. De esta forma, las voces traen el reproche como un síntoma de compromiso desfigurado temporalmente y transformado en amenaza.

⁶⁰⁴ Freud, S. (1950 [1896]), “Manuscrito K. las neurosis de defensa. (Un cuento de navidad)”, en AE, t. I, pp. 266-268..

⁶⁰⁵ Freud, S. (1896b), t. III, pp. 175-184.

⁶⁰⁶ Freud, S. (1950 [1896]), “Manuscrito K. las neurosis de defensa. (Un cuento de navidad)”, en AE, t. I, p. 267.

⁶⁰⁷ *Ibíd.*

Cabe destacar que los reproches permanecen flotantes alejados del yo pero no comportan algo ajeno, sino demandarán una explicación que será materializada en lo que Freud denomina *delirio de asimilación*.

Sin embargo, en este punto es donde se revela otra diferencia respecto a la histeria y a la neurosis obsesiva pues el retorno de lo reprimido desfigurado provocará el fracaso de la defensa; así el delirio de asimilación no puede concebirse como un síntoma de la defensa secundaria, sino como el inicio de una *alteración del yo* que supone una manifestación del *avasallamiento del yo*. Esto desemboca bien en una melancolía que daría crédito a las desfiguraciones del reproche primario que fue denegado; bien en una *formación delirante protectora* (delirio de grandeza) hasta la total reconstrucción del yo.

Tal y como dice Matilla “El delirio de interpretación no es un síntoma que obedezca al desarrollo de la defensa, es el reflejo del cambio operado en el sujeto. Un cambio, se entiende, de un orden diferente”⁶⁰⁸.

Entonces, con la proyección, “el elemento que comanda la paranoia es el mecanismo proyectivo con desautorización de la creencia en el reproche”⁶⁰⁹, Freud alude a la dificultad que entraña en el proceso de pensamiento de denegar una creencia (los gestos, los tonos, las alusiones, etc.) y deduce una mayor probabilidad a que la represión adviniese en una época posterior a la acaecida en los casos de histeria y neurosis.

La última carta remitida a Fliess con alusiones a la paranoia antes de la publicación de los estudios sobre Schreber, es la carta 125, donde plasma un intento de ubicarla dentro de lo que denomina *estratos de lo sexual*:

Entre los estratos de lo sexual, el inferior es el autoerotismo, que renuncia a una meta psicosexual y sólo reclama la sensación localmente satisfactoria. Es relevado luego por el aloerotismo (homo y heteroerotismo), pero por cierto que persiste como una corriente particular. La histeria (y su variedad, la neurosis obsesiva) es aloerótica, su vía principal es la identificación con la persona amada. La paranoia vuelve a disolver la identificación, restablece a todas las personas amadas de la infancia que habían sido abandonadas (véanse mis elucidaciones sobre los sueños de exhibición) y resuelve al yo mismo en unas personas ajenas.

⁶⁰⁸ Matilla, K. (2007), *El concepto de psicosis en Freud, sus antecedentes en la psicopatología psiquiátrica y los principales desarrollos de la nosología freudiana*. Tesis doctoral. Universidad de Burgos, p. 268.

⁶⁰⁹ Freud, S. (1950 [1896]), “Manuscrito K. las neurosis de defensa. (Un cuento de navidad)”, en AE, t. I, p. 268.

Así, he dado en considerar la paranoia como un asalto de la corriente autoerótica, como un retroceso al punto de vista de entonces. La perversión que le corresponde sería la llamada “insania idiopática”. Los particulares vínculos del autoerotismo con el “yo” originario iluminarían bien el carácter de esta neurosis. En este punto vuelven a perderse los hilos⁶¹⁰.

5.1.2. La correspondencia con Jung. Ínterin hasta el análisis del caso Schreber

En periodo que abarca desde la primera carta que Freud remite a Jung y la publicación del trabajo sobre Schreber tiene lugar una prolija producción de estudios sobre las teorías que competen a la demencia precoz y a la paranoia. Sin embargo, Freud no deja apenas constancia de ellas con la publicación de artículos que versen sobre esta cuestión.

Por ende, la corroboración de su inquietud al respecto la hallaremos en las cartas que mantuvo con algunos de sus alumnos, destacando entre ellos a Jung, Abraham y Ferenczi, donde la paranoia toma un lugar privilegiado frente al reto de la psicosis. Empero, la curiosidad de Jung y Abraham por la demencia precoz pondrá al maestro en la tesitura de tener que abordarla en su confrontación con aquella.

La carta 22⁶¹¹, que data de abril de 1907, aborda de manera íntegra el tema de la paranoia. Freud indica que cuando en una mujer surge el deseo de mantener relaciones sexuales con un hombre esta idea se reprime y vuelve en forma de voces, afuera se dice que la susodicha tiene ese deseo o bien, lo cual suele darse en menor medida, las relaciones sexuales tuvieron lugar contra su voluntad.

El mecanismo que habría acaecido consistiría en proyectar hacia fuera la idea que atrapaba ese deseo de forma que, posteriormente, retornaría como una percepción de que otros la espetan que tiene deseos de mantener relaciones sexuales con un hombre. El sujeto se sumiría en la perplejidad. Asimismo la connotación de las voces sería hostil, lo que se explicaría por la mudanza del afecto que poseía la idea inconciliable debido a la denegación de creencia que el sujeto le confirió. Freud designa al afecto primero emoción desiderativa y erige a su denegación la condición del carácter contrapuesto con que retorna la voz.

⁶¹⁰ Freud, S. (1950 [1899]), “Carta 125”, en AE, t. I, p. 322.

⁶¹¹ Freud, S., Jung, C.G. (1978 [1907]). *Correspondencia*, Madrid, Taurus, pp. 74-77.

Al mismo tiempo se produciría una creencia irrecusable de lo reprimido. Tal y como indica Matilla:

Además lo que retorna tiene un carácter hostil, opuesto al sentimiento original del deseo, algo que ocurre por haberle negado toda creencia en un principio. Es decir, la consecuencia de negar inicialmente la creencia a lo que aquí Freud llama emoción desiderativa, es que en su retorno desde lo real demuestra una emoción hostil contrapuesta a la inicial. Por lo que esto parece estar en consonancia con lo que plantea en las “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa”, donde dice que se le niega toda creencia a la representación inconciliable y al afecto a ella enlazado, con lo cual, y a diferencia de lo que allí proponía para la neurosis obsesiva, no se elabora la desconfianza hacia uno mismo con la subsiguiente creación de los escrúpulos, algo que posteriormente permitirá hacer frente al retorno de lo reprimido; sino que dada la negación de toda creencia producida por el mecanismo de la proyección, pues la desconfianza es hacia los otros, se creará con convicción el retorno de lo reprimido. El significante adquiere el nivel de convicción⁶¹².

Freud hace hincapié en que el afecto ha tenido que ser desterrado de la representación, de su contenido en definitiva, y éste contenido sería el que sobrevendría en forma de voces. Matilla lo expresa así:

“lo que vuelve en forma de voces es el contenido mnémico, como puro significante pues ha debido ser separado de todo afecto para adquirir el carácter de percepción”⁶¹³.

Y matiza que supone un cambio importante respecto a la perspectiva del “Manuscrito K” donde se indicaba que el retorno de las voces era la transmutación del afecto.

Veamos entonces dónde queda el afecto. La proyección que Freud desgana en la carta nos explicará el decurso pulsional en la paranoia, para ello retoma ciertas concepciones harto arraigadas en sus publicaciones anteriores de forma superficial.

La conciencia está notificada de los sucesos que rodean al individuo por dos vías: por las percepciones, que sólo poseen un carácter cualitativo no hallándose ocupadas de una carga emocional. Y, por las manifestaciones de las pulsiones, que afloran de determinados órganos del cuerpo y que atendiendo a su magnitud, en el sentido de ocupación emocional de que están provistas, son capaces de generar sensaciones.

⁶¹² Matilla, K. (2007), p. 290.

⁶¹³ *Ibíd.*

Lo que muestra esta ocupación cuantitativa es localizado hacia el interior, lo que es cualitativo y no afectivo o emocionalmente ocupado, hacia fuera⁶¹⁴.

Freud indica que los procesos psíquicos como representar, asociar, pensar, etc. se sirven de aportaciones de ambas fuentes. Cuando percibimos la veracidad de lo percibido se adquiere de forma inmediata pero cuando “percibimos internamente” se requiere de un examen de realidad que involucra tanto al sistema perceptivo como a la represión, pues ésta emerge para combatir el displacer que desprende lo endógeno.

La pulsión sexual en un primer momento es autoerótica y en su desarrollo finalmente cede a una elección de objeto. Las representaciones en calidad de objetos pueden sufrir de investiduras pulsionales y es lo que Freud explicita cuando las designa como ocupadas de emoción u ocupadas libidinalmente. Entonces, ¿qué ha ocurrido en la paranoia?

Hemos partido de una fantasía desiderativa que sería una representación investida de pulsión sexual u ocupada libidinalmente. Y el mecanismo de proyección lo que ha realizado ha sido lo siguiente:

1. Separa a la libido del objeto dejando la representación sólo con el contenido. Aquí Freud lo contrapone al duelo, donde lo que se produce no es una sustracción de la libido del objeto, sino que la pulsión prosigue su camino pero es anclada a otro objeto. O, lo que es lo mismo, se retira el objeto de la libido.
2. El contenido/representación sin libido se proyecta hacia afuera.
3. La libido retirada del objeto permanece suelta.

Y sus implicaciones serían las siguientes:

1. El contenido llega en calidad de percepción, como voz, desde afuera. Luego en ello sólo se puede hallar creencia, vendría a ser axiomático. Retorna como “contrario” puesto que en origen a la idea inaugural del proceso se le denegó la creencia.
2. La libido va a parar al yo, le toma como objeto y, por lo tanto, deviene autoerótica. No obstante, este autoerotismo que toma al yo como objeto no ha sido tratado en la teoría de los *Tres ensayos*. La pulsión era autoerótica en el sentido de que tomaba como objetos para procurarse satisfacción distintas zonas del cuerpo, las llamadas zonas erógenas o, como mucho, se servía de un objeto más allá del cuerpo para perpetrarse placer en el suyo propio, como en el caso de la pulsión de apoderamiento o la pulsión

⁶¹⁴ Freud, S., Jung, C.G. (1978 [1907]), p. 74.

de ser visto. En los adultos también hallaría satisfacción autoerótica en el propio cuerpo perdurando así su vertiente perversa, aunque de forma inconsciente.

Freud indica que esta libido autoerótica, retirada de los objetos, genera un displacer que se transforma en paranoia. Y en el “Manuscrito K” subrayaba el síntoma de “desconfianza”.

3. Pero aquí Freud añade el tercer tiempo, el del fracaso de la defensa. El displacer que supone la libido autoerótica en el yo debe emprender la búsqueda de otro objeto. Y lo que finalmente acaba invistiendo es el objeto percibido, la voz, con connotaciones inexorablemente hostiles y detentando una intensidad tan grande que termina poseyendo carácter alucinatorio.

Tal y como indica Matilla:

En la paranoia se trataría de un desprendimiento fracasado de la libido, dado que retorna tras la proyección, y la intensidad de la ocupación de la libido se transforma en seguridad, certeza, como la regresión en el sueño se transforma en vivacidad sensorial, tal y como ya lo desarrollará⁶¹⁵.

Sin embargo, en la demencia precoz sí tendría lugar un auténtico retorno al autoerotismo. Y supone justamente lo contrario que acontece en la histeria. Concretamente, en la histeria de angustia se hace más certera esta diferencia. En ésta última la libido se fija a multitud de objetos, incluso a espacios lejanos en los que quedó fijada, como sucede en la agorafobia. La demencia precoz en cambio se caracteriza por “la inconstancia, con el impulso migratorio”⁶¹⁶. Que como indica Matilla “Se trata de una alusión a la falta de subjetivización en la psicosis”⁶¹⁷.

Entonces, se tiene que en la histeria de angustia se llega a tratar los estímulos externos como procesos internos, se los vincula emocionalmente, algo ausente en la paranoia donde casi no hay subjetivización. La vinculación en la histeria de angustia es tal que la representación de la palabra puede actuar incluso como una vivencia interior.

Asimismo, Freud realiza una comparativa con la hipocondría y las relaciona de tal manera que pueden incluso transformarse la una en la otra. Indica que la vuelta de la libido hacia el

⁶¹⁵ Matilla, K. (2007), p. 292.

⁶¹⁶ Freud, S., Jung, C.G. (1978 [1907]), p. 75.

⁶¹⁷ Matilla, K. (2007), p. 292.

yo "se da como proceso orgánico con transformación de afectividad (en displacer) como ocurre en la llamada hipocondría"⁶¹⁸ e indica que:

La hipocondría se halla por tanto con respecto a la paranoia en una relación análoga a la que tiene la neurosis de angustia puramente fundamentada de un modo somático, con la histeria, que transcurre en lo psíquico⁶¹⁹.

Es decir, la pulsión no sólo dota de consistencia al delirio en el que el paranoico se ve sumido, sino que también tiene sus repercusiones en el cuerpo y son sentidas como tal. La libido reprimida es la que refuerza el carácter alucinatorio de las nuevas percepciones que advienen (representaciones transformadas), pues en su retorno al yo genera un displacer que es tramitado como certeza y que, a la postre, dará el fundamento al delirio.

En la siguiente carta disponible, escrita también por Freud, carta 23 del 21 de abril, le transmite a Jung una serie de aclaraciones sobre la defensa. Jung, en principio estaba tratando de aplicar la regresión al autoerotismo para la demencia precoz.

Le señala que si bien la primera forma de defensa que se suele intentar es la de la histeria, es decir, la represión en el inconsciente de la idea cargada de libido. Sin embargo, cuando ya no se puede sostener más, la libido se separa y se retira al yo. Freud lo expresa así: "luego, cuando ello no basta ya, surja en su lugar la mucho más radical y fatal de la escisión de la ocupación y la retirada de la misma al yo"⁶²⁰. Así emerge entonces la demencia precoz. Pero existen otras dos posibilidades más: que surja desde el principio el método de defensa de la demencia precoz o que la defensa de la histeria permanezca sola.

Abraham también indagará en estas tesis siguiendo los postulados freudianos. Profundizará en el autoerotismo y, al relacionar la teoría de la libido con los fenómenos psicopatológicos de la demencia precoz, añadirá otras consideraciones clínicas que supondrán una novedad respecto a las concepciones psiquiátricas de aquel momento.

Cuando el paciente retira la libido de los objetos y la convierte en autoerótica se ubicará contra el mundo. Esto es lo que según Abraham desembocará en las ideas de persecución.

⁶¹⁸ Freud, S., Jung, C.G. (1978 [1907]), p. 76.

⁶¹⁹ *Ibidem*.

⁶²⁰ *Ibid.*, p. 77.

El objeto de la libido, del que fue sustraída, en un primer momento se tornará en perseguidor, “en muchos casos, por lo tanto, el perseguidor será su objeto sexual original”⁶²¹.

Y, aún más, añadirá que el autoerotismo causará la megalomanía, pues al transferir la libido de los objetos al yo él mismo se erige como su propio objeto sexual sobreestimándose. Abraham sentencia: “Considero a la sobrestimación sexual autoerótica como la fuente de la megalomanía en general en la demencia precoz”⁶²².

Otra de las cartas a Jung donde aparecen plasmadas las ideas freudianas sobre las psicosis y la dinámica libidinal es la carta 25 del 23 de mayo de 1907. Freud comienza aclarando dos cuestiones. La primera sobre la retirada de la libido, donde afirma que si en efecto la libido pasa de un objeto real a una representación fantástica sustitutiva, esto no supondría autoerotismo en sí mismo. La libido ya tendría su objeto y sería precisamente la representación fantaseada con la que realizaría un juego autoerótico.

De lo que se trata es, tal y como ya señaló en la carta 22, de que la libido se retira del objeto y así la representación sin contenido afectivo toma la característica de percepción. Es decir, lo endógeno se convierte en exógeno. Lo endógeno como dijo en la carta precedente producía sensaciones por la cantidad de ocupación emocional que detentaba. O sea, la pulsión que se ata a la representación y se convierte así en libido genera un displacer que es sentido como tal, ofrece sensaciones. Sin embargo, las percepciones sólo ofrecen cualidades y verosimilitud pero sin estar provistas de carga pulsional. Así, una vez producida la separación la representación sin libido puede proyectarse hacia fuera. Y también ser sometida al examen de realidad como ocurriría con los procesos endógenos. “Se me dice que me gusta practicar el coito. Se dice, desde luego, pero no es *verdad*”⁶²³.

Luego, tal y como indica Matilla⁶²⁴, en un primer tiempo la libido se quita de la representación de objeto y quedaría libre satisfaciéndose de manera autoerótica como en la edad infantil. Y en un segundo tiempo llegarían las voces desde fuera de manera aséptica sin un afecto vinculado pero que *a posteriori* pasarían a ser hostiles.

⁶²¹ Abraham, K. (2006 [1908]), “Las diferencias psicosexuales entre la histeria y la demencia precoz”, en *Obras escogidas*, Barcelona, RBA, p. 70.

⁶²² *Ibíd.*, p. 70 n23.

⁶²³ Freud, S., Jung, C.G. (1978 [1907]), p. 83.

⁶²⁴ Matilla, K. (2007), pp. 296-297.

Los tres casos que según Freud podrían construirse son los que se indican seguidamente. Empero, para Freud, tal y como éste se lo transmite a Ferenczi con quien tiene una relación más íntima, no son más que diferentes evoluciones del mismo proceso⁶²⁵:

- Demencia precoz: la represión se consuma con éxito. La representación que se proyecta surge solamente de manera parcial en el delirio pues la libido se transforma en autoerótica y consecuentemente se incurre en el empobrecimiento de la psique.
- Demencia paranoide: se trata del caso más habitual y constituirá una mezcla de lo que acontece en las dos demencias protagonistas. El fracaso de la represión es parcial pues sólo una parte se convierte en autoerótica, mientras que la otra se enlaza a un objeto perceptivo. El delirio cobra importancia, la idea delirante no es transitoria sino que gana importancia por la investidura pulsional, por la libido que se destina a él. Esta situación podría seguir así un tiempo pero a la postre la libido se volvería autoerótica. Es decir, supondría el paso de la paranoia a la demencia precoz.
- Paranoia: implicaría el fracaso total de la represión, el autoerotismo no llega a producirse. La libido libre trataría de asir de nuevo el objeto que se ha convertido en percepción formando, por ende, las ideas delirantes más afianzadas. En efecto, la libido al unirse al objeto percepción se transmuta en convicción y se produce así la transformación secundaria del yo. Este aspecto ya fue tratado en la carta 22 como el avasallamiento del yo.

De la misma forma, Freud alerta a Jung de su discrepancia con Bleuler en cuanto a que los mecanismos no aplicarían a la paranoia. Freud afirma rotundamente que sí funcionan también para la paranoia auténtica. De hecho, había vertido ciertas críticas a Bleuler en este sentido. Por ejemplo, acerca del libro de Bleuler *Afectividad, sugestionabilidad y paranoia* destacó su acierto en haber optado por una base afectiva para la paranoia, pero su desconocimiento del componente sexual de la afectividad restaba agudeza a su ingenio. Asimismo indicó que en el mecanismo que Bleuler concebía no tenía en cuenta la represión, mientras que Freud entendía que precisamente en la paranoia la deformación de los recuerdos era selectiva y necesariamente habían sido producto de la represión.

La idea de Freud en lo que concierne a la paranoia era no dejarla exenta de las influencias sexuales que perfectamente podían delimitarse y centrar los esfuerzos en pesquisar los

⁶²⁵ Freud, S. y Ferenczi, S. (2001), "Carta del 2 de mayo de 1909 a Ferenczi", vol. I., p. 105.

procesos que llevaban a ella. Es decir, indagar en el papel de la sexualidad y de ahí que insistiese en la represión como algo axiomático en la paranoia⁶²⁶.

Otro de los asuntos que aclara en la carta versa sobre la idiosincrasia de la proyección de la paranoia. Así, por ejemplo, advierte que la realización alucinatoria en la *amentia* es donde ésta se da de manera más pura pues la imagen del objeto llega por vía regresiva hasta ser percibida como alucinatoria. La libido tampoco se desprende en sensación de displacer, no hay represión del objeto de deseo ni separación de la libido de él. En cambio, “la represión afecta aquí al yo contradictorio y a la realidad”⁶²⁷. Por otro lado, los acontecimientos se producen de manera brusca y no de manera prolongada con desarrollo crónico.

En la paranoia a diferencia de lo que sucede en la confusión alucinatoria, la representación del objeto de deseo no es directa por la vía de la regresión, ya que la representación está ocupada con libido transformada. En la paranoia “se da primeramente la represión por la vía de la proyección, con ocupación disminuida de libido y tan sólo secundariamente se da el refuerzo hasta la alucinación mediante la libido que retorna tras la represión”⁶²⁸.

5.1.3. Paranoia *versus* demencia precoz

Freud no tenía especial inclinación por una investigación sobre la demencia precoz sino más bien una serie de reparos y la terminología, de hecho, no era de su agrado.

Cuando Freud comienza su amistad con Jung, aquel queda a la espera de que le remita sus trabajos sobre la demencia precoz, no obstante le advierte sobre las dudas que a él le despiertan una diferenciación entre demencia precoz y paranoia así como la nueva terminología que se emplea. Asimismo le manifiesta sus discrepancias con Bleuler respecto a lo que éste afirma al decir que la regresión se aprecia en la demencia precoz y no así en la paranoia.

Cuando finalmente le reporta su manuscrito, Freud le corrige la apreciación sobre el diagnóstico de un caso; para Jung es demencia precoz, influido notablemente por Bleuler, y para Freud es paranoia claramente. Se trata de una confrontación que se repite. Jung trata de

⁶²⁶ Nunberg, H. y Federn, E. (Comp.) (1979), *Las reuniones de los miércoles. Actas de la sociedad psicoanalítica de Viena*, Tomo I, 1906-1908, Buenos Aires, Nueva Visión, p. 59.

⁶²⁷ Freud, S., Jung, C.G. (1978 [1907]), p. 84.

⁶²⁸ *Ibíd.*, pp. 85-85.

aclararle que el término “demencia”, en efecto, no supone una discapacidad de las facultades e indica una diferenciación entre demencia precoz y paranoia de la forma siguiente:

[...] lo que sucede es que la fijación está limitada a unas pocas asociaciones y la claridad de los conceptos está en general conservada con pocas excepciones. Pero existen por doquier fluidas transiciones con respecto a aquello que se denomina demencia precoz. Demencia precoz es una denominación muy desafortunada. Desde su punto de vista podría designar a sí mismo a mi demencia precoz como una paranoia, como de hecho se ha hecho también anteriormente⁶²⁹.

Lo que se destaca evidentemente es la parcialidad de la paranoia. La locura se limita a un sólo ámbito. Todo lo demás sería demencia precoz según Jung.

La concepción de Freud sobre la demencia precoz quedará expresada en las cartas que intercambió con Abraham. Éste estuvo trabajando en el Sanatorio y Clínica Psiquiátrica Universitaria de Burghölzli bajo las órdenes de Bleuler y Jung. Y destacó de forma relevante el autoerotismo en la demencia precoz. Freud en una epístola le comenta el modelo; plantea la semejanza de la demencia atribuida a la demencia precoz con “la demencia inverosímil de cortísima duración”⁶³⁰ que se ve en el análisis cuando debido a una resistencia una palabra no afluye a la conciencia, “la catexis de la inteligencia no quiere ir donde la mandamos”⁶³¹.

Freud en la sesión del 6 de febrero de 1907 de las veladas psicológicas de los miércoles y en la que se comentaba el texto de Jung, indica que el término “demencia precoz” no es otra cosa que una denominación moderna debida a Kraepelin y que ni siquiera se ajusta a la sintomatología puesto que ni hay demencia ni es precoz. Además añade que el caso que Jung está tratando como una demencia precoz, para él es una paranoia.

Asimismo efectúa el recorrido histórico de la denominación. Esa “demencia precoz” que tratan es lo que anteriormente se designaba hebefrenia (la imbecilidad precoz) más un grupo que pertenecía hasta entonces a la paranoia. Y añade que él prefiere “hablar de paranoia en todos los casos en los que se manifiesta en alguna medida”⁶³². La razón que subyace a esto

⁶²⁹ Ibid., p. 55.

⁶³⁰ Freud, S. y Abraham, K. (2001). *Correspondencia completa 1907-1926*, Madrid, Síntesis, p. 16.

⁶³¹ Ibidem.

⁶³² Nunberg, H. y Federn, E. (Comp.) (1979), t. I, p. 128.

es que a Freud le interesa la parte paranoica, por concebirla como parte curable y que puede relacionarse con el funcionamiento de la histeria.

Justamente, por esta comparativa aducirá que la hipocondría es a la paranoia lo que la neurosis de angustia es a la histeria. Esta relación Freud la explica aludiendo al recorrido retornante de la libido desde el objeto al cuerpo y, en este caso, en forma de sensaciones displacenteras⁶³³.

En la carta 25, Freud propone la paranoia como paradigma de la psicosis puesto que a diferencia de la demencia precoz contempla un fallo en la defensa y una ocupación libidinal en el delirio. Y se reafirmará posteriormente en la carta 70, donde dirá: “escribo paranoia y no demencia precoz, pues considero a la primera como un buen tipo clínico y a la última como un mal término nosológico”⁶³⁴. También, en la carta 99 expresa:

Reconozco en la paranoia un tipo psicológico-clínico, pero continuo sin imaginar nada preciso bajo la denominación de demencia precoz, y la incurabilidad o el mal pronóstico no se dan con regularidad en la demencia precoz, ni tampoco la diferencian con respecto a la histeria o la neurosis obsesiva⁶³⁵.

en el diagnóstico de demencia precoz no se trata de un auténtico diagnóstico⁶³⁶.

Freud no entiende que la demencia precoz no pueda curarse y tampoco las características diferenciales propias de tal afección. Sin embargo, la paranoia posee su propio fundamento y detenta el estatuto de una entidad clínica consistente.

5.2. Sobre la paranoia y sus vinculaciones con la pulsión

Freud tomó nota de la existencia de las *Memorias* del Presidente Daniel Paul Schreber a través de un comunicado de Jung. En cuanto se hizo con el libro comenzó a trabajar sobre él y a asociar las concepciones que había ido trasladando a sus alumnos por carta. Estas finalmente fueron volcadas en el libro “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente” (1911). Sin embargo, no contento con

⁶³³ Freud, S., Jung, C.G. (1978 [1908]), p. 131.

⁶³⁴ *Ibíd.*, p. 161.

⁶³⁵ *Ibíd.*, p. 200.

⁶³⁶ *Ibídem.*

las pesquisas volcadas en dicha obra prosiguió su investigación hasta culminar en “Introducción del narcisismo” (1914).

En “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente”, Freud fija el momento de predisposición patológica en la etapa narcisista. Ésta concierne al periodo de tránsito desde el autoerotismo del ser hasta la elección del objeto de amor, donde el individuo toma primero como dicho objeto a su propio cuerpo concentrando así todas las pulsiones en él. De esta forma, si la primacía libidinal ya está ubicada en los genitales, el sujeto tiende a elegir un cuerpo con unos parecidos a los suyos hasta llegar a la fase de la heterosexualidad, es decir, podría decirse que antes pasa por la homosexualidad. Esta aspiración homosexual que queda detraída de la meta sexual se reconduce hacia la amistad, el gregarismo, etc. O sea, la pulsión homosexual se une a las pulsiones yoicas para constituir las pulsiones sociales. O lo que es lo mismo, son sublimadas tras el paso por la etapa narcisista del desarrollo.

En este sentido, un acrecentamiento de la libido que no halle su decurso en el vínculo social podría romper con la sublimación regresando a una sexualización como la vivida en la etapa narcisista.

Debemos decir que las vinculaciones de la paranoia y la homosexualidad también fueron transmitidas en una epístola a Jung que data de 1908 donde dice:

Por lo regular se trataba de un desprendimiento de la libido a partir del componente homosexual hasta entonces ocupado de modo moderado-normal [...] No doy importancia a que exista el componente homosexual, sino a que se trate de un desprendimiento *parcial*. Probablemente ha precedido a éste un avance de la libido y el desprendimiento en una especie de represión. Los desprendimientos totales corresponderían a la demencia precoz, la salida a la demencia tras dura lucha, el logro y el retorno al autoerotismo. La forma paranoide está determinada quizá por la reducción de los componentes homosexuales. También mi antiguo análisis (1896) muestra el comienzo con alienación con respecto a las *hermanas* del sujeto. Mi amigo de entonces, Fliess ha desarrollado una hermosa paranoia, una vez que se desprendió de una no escasa inclinación hacia mí. A él, es decir, a su comportamiento, le tengo que agradecer esta idea. El hecho de que las sublimaciones muestren una regresión en la paranoia, corresponde al mismo contexto⁶³⁷.

⁶³⁷Ibíd., p. 161.

Es decir, la libido se colocaría en un objeto de elección homosexual. Y su retirada parcial de dicho objeto supondría la iniciación de la paranoia. Sin embargo, en caso de ser completamente retirada del objeto homosexual y vuelta autoerótica advendría una demencia precoz.

Asimismo en noviembre de 1908, en el *Acta* 57, a propósito de los celos paranoides indica que son una proyección de la impotencia sexual del hombre. Y que “siempre implican la aparición del componente homosexual suprimido o sublimado”⁶³⁸. Es decir, los celos suponen una proyección de las inclinaciones homosexuales sobre la pareja y su carácter es inconsciente por la inversión de la relación.

Será incluso más explícito todavía: “la paranoia, por regla general, tiene su punto de partida en el rechazo de una tendencia homosexual que comienza a aflorar”⁶³⁹. Ya no habla de retirada parcial, sino la paranoia como represión de la homosexualidad.

Y la idea llegará a perdurar hasta 1921, donde en el artículo “Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad” dice lo siguiente:

Nuestro celoso discierne la infidelidad de su mujer en lugar de la suya propia; y en la medida en que se hace conciente de la de su mujer aumentada a escala gigantesca, logra mantener inconciente la propia. Si juzgamos que su ejemplo sirve como patrón, nos es lícito inferir que también la hostilidad que el perseguido encuentra en otros es el reflejo especular de sus propios sentimientos hostiles hacia esos otros. Y como sabemos que en el paranoico precisamente la persona más amada del mismo sexo deviene el perseguidor, damos en preguntarnos de dónde proviene esta inversión del afecto, y la respuesta más inmediata sería que el sentimiento de ambivalencia, presente de continuo, proporciona la base para el odio, y lo refuerza el incumplimiento de los requerimientos de amor. Así, para defenderse de la homosexualidad, la ambivalencia de sentimientos presta al perseguido el mismo servicio que los celos prestaban a nuestro paciente⁶⁴⁰.

⁶³⁸ Nunberg, H. y Federn, E. (Comp.) (1979), t. II, pp. 41-42.

⁶³⁹ *Ibíd.*, p. 42.

⁶⁴⁰ Freud, S. (1922 [1921]), “Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad”, en AE, t. XVIII, p. 220.

Precisamente esto supone el antecedente de lo que Freud respecto al mecanismo paranoico desarrolla sobre la contradicción de la fantasía de deseo homosexual, sintetizándola en las diversas refutaciones a la frase “yo lo amo”⁶⁴¹:

- En el delirio de persecución, la percepción interna del paranoico “yo no lo amo-pues yo le odio”⁶⁴² le sobreviene a la consciencia por una percepción de fuera mediante “proyección”⁶⁴³: “Él me odia”⁶⁴⁴ (y de ahí que me persiga). La contradicción se da en el verbo.
- En la erotomanía surgiría de esta manera: el “yo no lo amo-pues yo la amo”⁶⁴⁵ se mudaría por proyección en “ella me ama”⁶⁴⁶. La frase intermedia “yo la amo” puede devenir consciente puesto que encuentra sinergias con la frase proyectada.
- En el delirio de celos, el viraje va así: “no yo amo al varón-es ella quien lo ama”. En este caso no se da la proyección puesto que el que ella ame a otro varón ya es una percepción externa *per se*. Y, así, el varón se mostrará suspicaz con aquellos hombres que por su narcisismo predisponente tienen a gustarle a él.
- Y, por último, la que atañe a la negación de la totalidad de la frase y que apunta al delirio de grandeza: “yo no amo en absoluto, y no amo a nadie” sería equivalente a “yo me amo sólo a mí”.⁶⁴⁷

En el historial clínico de Schreber se observa que el mundo en derredor se ha descompuesto, la libido de los objetos del mundo se ha sustraído; en principio, sería la proyección de su destrucción interna y la liberación de esa libido retornaría al yo, avocándole a la etapa narcisista (y apuntando también a un delirio de grandeza).

⁶⁴¹ Freud, S. (1911 [1910]), *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*, en AE, t. XII, p. 58.

⁶⁴² *Ibidem*.

⁶⁴³ *Ibid.*, p. 59.

⁶⁴⁴ *Ibidem*.

⁶⁴⁵ *Ibidem*.

⁶⁴⁶ *Ibidem*.

⁶⁴⁷ *Ibid.*, p. 60.

Sin embargo, el delirio sobre ese mundo supondría un intento de reconstruirlo, la vuelta a la libidinización de los objetos sería un vínculo reinventado para encontrar también en ese mundo nuevo un lugar donde pueda ubicarse.

Y el paranoico lo reconstruye, claro que no más espléndido, pero al menos de tal suerte que pueda volver a vivir dentro de él. Lo edifica de nuevo mediante el trabajo de su delirio. *Lo que nosotros consideramos la producción patológica, la formación delirante, es, en realidad, el intento de restablecimiento, la reconstrucción*⁶⁴⁸.

En efecto, es la manera de volver a reconducir la libido hacia las personas tras haber sido retirada de ellas como consecuencia de la represión. Es aquello que quedó reflejado en la correspondencia con Jung: “aquello que consideramos como manifestaciones de su enfermedad (todo lo espectacular, incluso las alucinaciones) es su tentativa de curación”⁶⁴⁹.

Asimismo este proceso de restitución se efectúa mediante el camino de la proyección pero en este momento incorpora una modificación respecto a lo aducido anteriormente: “No era correcto decir que la sensación interiormente sofocada es proyectada hacia afuera; más bien integramos que lo cancelado adentro retorna desde afuera”⁶⁵⁰.

Esta aserción supone una aclaración sobre el mecanismo de la paranoia y sobre el estatuto de la proyección que en ella se da. Si en el segundo trabajo sobre las neuropsicosis se tenía que el mecanismo de la paranoia era la proyección consistente en expulsar fuera el contenido inconciliable de la representación, Freud aquí destaca que el contenido no es proyectado a ningún lado, sino que se retorna desde lo real. O sea, no se trata de que lo que encarna lo inconciliable, en forma de lenguaje, sobrevenga como un pensamiento, como lenguaje también. Sino que vuelve de manera perceptiva, es decir, vinculado con la realidad.

Si bien en la paranoia el desasimiento de la libido por el mecanismo de la represión tiene lugar al igual que sucede en otras afecciones, su peculiaridad consiste justamente en que la libido retorna al yo volviéndose a alcanzar el estadio del narcisismo donde el yo propio es el único objeto sexual. Luego Freud apela a una fijación de estos sujetos en el estadio del narcisismo.

⁶⁴⁸ *Ibíd.*, p. 65.

⁶⁴⁹ Freud, S., Jung, C.G. (1978 [1908]), p. 236.

⁶⁵⁰ Freud, S. (1911c [1910]), t. XII, p. 66.

En estos momentos Freud vuelve a echar de menos una doctrina de las pulsiones consistente y nos dice:

Distinto sería si pudiéramos partir de una doctrina de las pulsiones segura. En verdad, no poseemos nada parecido. Aprehendemos la pulsión como el concepto fronterizo de lo somático respecto de lo anímico, vemos en ella el representante {Repräsentant} psíquico de poderes orgánicos y aceptamos el distingo popular entre pulsiones yoicas y pulsión sexual, que coincide, nos parece, con la doble situación del individuo, el cual aspira tanto a su propia conservación como a la de la especie. Pero lo demás son construcciones que postulamos — y que por cierto estamos dispuestos a abandonar— para orientarnos en la maraña de los más oscuros procesos anímicos. Justamente, esperamos que las indagaciones psicoanalíticas sobre procesos anímicos patológicos nos impongan ciertas decisiones sobre los problemas de la doctrina de las pulsiones. Dado que tales indagaciones están en su infancia y se las realiza en forma aislada, es imposible que esa expectativa tenga cumplimiento aún. No se puede desechar la posibilidad de que las perturbaciones libidinales ejerzan unos efectos de contragolpe sobre las investiduras yoicas, como tampoco lo inverso, a saber, que alteraciones anormales en el interior del yo produzcan la perturbación secundaria o inducida de los procesos libidinales. Y aun es probable que procesos de esta índole constituyan el carácter diferenciador de la psicosis⁶⁵¹.

A la postre, vuelve a afirmar como las distintas patologías surgen de los conflictos entre el yo y las pulsiones sexuales y añade que las distintas manifestaciones dependerán de las fijaciones en el desarrollo de la libido.

⁶⁵¹ *Ibíd.*, pp. 68-69.

CAPÍTULO 6

Etapas metapsicológicas: fundamentación de las pulsiones

La obra “Introducción del narcisismo” (1914) nace de las exigencias que imponen las psicosis a la teoría de la libido desarrollada en los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), teoría que pasa a ser profundizada y enriquecida para que, también, pueda dar cabida a una explicación más afianzada de la clínica de las psicosis.

A colación de esta demanda, en este trabajo no sólo surge una explicación de las parafrenias, sino que se teoriza sobre la formación del yo y de otra posible instancia que le procuraría una satisfacción narcisista. Además se elucidará nuevamente la dinámica de la libido entre los objetos y el yo.

Freud indica que en las neurosis la libido es quitada de los objetos reales pero mantiene sus vínculos con éstos, pasando a ser objetos imaginarios en las fantasías. Es decir, la ligazón al objeto no se pierde. Sin embargo, en las psicosis la libido es retirada de los objetos del exterior y replegada hacia al yo originando lo que denomina el narcisismo (secundario) y que remitiría a un estado anterior, es decir, a un narcisismo primordial. El vínculo con el objeto en las

psicosis desaparece. El narcisismo se determina como "el complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación"⁶⁵².

Se postula el narcisismo primordial como un estado en el que las distintas energías psíquicas tanto las concernientes a las pulsiones yoicas como las que atañen a las pulsiones sexuales están aunadas y sólo serían distinguibles en el momento en que tiene lugar la investidura de objeto. Entonces, el narcisismo supone un estado previo a la elección de objeto pero que debe implicar algo relevante respecto al autoerotismo.

Asimismo se plantea como hipótesis necesaria la no existencia de la instancia psíquica del yo desde el origen, de forma que antes de emerger éste sólo tendrían presencia en el sujeto las pulsiones autoeróticas. El yo germinaría como un nuevo ente psíquico que se agregaría al autoerotismo para la configuración del narcisismo (primario), erigiéndose entonces como un reservorio de todas las pulsiones. Pasaría así a aglutinar plenamente la libido del sujeto convirtiéndose él mismo en el objeto libidinoso. No obstante, su desarrollo y configuración vendría precisamente con el distanciamiento del narcisismo. Y, para que esto suceda deberá producirse una pérdida de las investiduras libidinales a favor de la elección de objeto y de un ideal propio del yo (un paso del yo-objeto al yo-sujeto, si puede decirse).

Es decir, el yo como objeto o, dicho de forma más esclarecedora, el niño como objeto libidinal en sí mismo cede parte de esos componentes libidinosos a favor del objeto elegido dejando así de ser él mismo un objeto de amor. Y, por otro lado, instituye una instancia que encarnaría lo ideal para él, o para otros, aquello que en su aproximación podría reportarle parte de la satisfacción narcisista perdida; es decir, se desplaza libido narcisista al ideal del yo. Así se formaría el yo (yo-sujeto) como tal, sería la configuración resultante de la elección de objeto y la institución del ideal, o lo que es lo mismo un ente que ha cedido o perdido parte de su satisfacción y que tratará de retomarla por distintos medios.

El aumento de la libido de objeto va en detrimento de la libido yoica y viceversa, se trata de una economía libidinal de suma cero. Así el ideal del yo reclamará bien la represión, bien la sublimación de las pulsiones, pues de este modo contribuye a su satisfacción narcisista.

Unos individuos tomarán como objeto aquellas personas vinculadas al modelo establecido por los sujetos que proveían al infante de cuidados en sus primeros años, otros sin embargo

⁶⁵² Freud, S. (1914), "Introducción del narcisismo", en AE, t. XIV, pp. 71-72.

harán su elección de objeto sobre las personas que encarnen sus propias características, es decir, efectuarán una elección de objeto narcisista.

La elección de objeto devendrá con el complejo de castración, aunque Freud lo menciona por encima sin intención de profundizar este asunto en el texto en cuestión.

En aquellos individuos en los que la formación del ideal del yo no tiene lugar la represión tampoco tendría cabida y se trataría de sujetos que no se resignan a la pérdida de satisfacción narcisista.

Freud destaca la posibilidad de que exista una instancia psíquica que precisamente se encargue de asegurar la satisfacción narcisista, es decir, la aproximación del yo al ideal del yo, instigando a la represión siempre y cuando aprecie un distanciamiento entre ambos. Esta instancia sería formada por las críticas vertidas por los cuidadores, las normas y la cultura envolvente al sujeto a lo largo de su desarrollo. En definitiva un antecedente del superyó.

En esta obra explicita de nuevo la categorización de pulsiones sexuales y pulsiones yoicas e incide en estar avalada por numerosas observaciones: la etiología de la histeria y la neurosis obsesiva, el distingo popular de amor y hambre, la satisfacción sexual reportada al sujeto y el *plus* que ofrece la reproducción a la conservación de la especie; y el destacado quimismo particular para las pulsiones sexuales que si bien no es demostrable, puede trasladarse a la tipología de fuerzas psíquicas diferenciables.

O sea, retoma todas las aserciones realizadas en obras anteriores. No obstante, destaca que las pulsiones (yoicas y sexuales) en cierto momento no son distinguibles y que sólo son apreciables por las investiduras de objeto. En cualquier caso, se siguen sin esclarecer exactamente los aspectos concernientes a esa pulsiones yoicas no libidinosas.

En “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915) Freud tratará de ampliar la doctrina pulsional. Refinará el concepto, la clasificación pulsional se precisará entre pulsiones yoicas o de autoconservación y sexuales, analizará sus componentes —esfuerzo, meta, objeto y fuente—, caracterizará las pulsiones sexuales en detrimento de las de autoconservación por ser aquellas susceptibles de observación en la praxis y explicitará sus destinos —represión, sublimación, vuelta hacia la propia persona y trastorno hacia lo contrario.

Las definirá como representantes psíquicos de fuentes de *displacer* que afluyen del organismo y llegan hasta lo psíquico, aunque también aludirá a ellas en la misma obra en como

cantidades de energía que actúan aparentemente de forma análoga a los estímulos que recibe el sujeto del mundo exterior, pero matizando mucho la diferencia respecto a estos.

Respecto a la represión decir que se reprime aquello que genera displacer, si bien esto no implica que los representantes psíquicos de las pulsiones se repriman por perturbar negativamente al sujeto puesto que la satisfacción de la pulsión siempre es placentera. Sino que se reprimen, justamente, porque propiciando una satisfacción en el sujeto también generan un displacer respecto a otras exigencias de éste.

6.1. Implicaciones de las pesquisas sobre las psicosis en la doctrina de las pulsiones

6.1.1. Justificación de las categorías pulsionales. La libido de objeto y la libido narcisista

Las averiguaciones acometidas por Freud sobre las psicosis, tratadas en la correspondencia con Jung y en el trabajo realizado sobre el caso Schreber, le impulsaron a proseguir con una elaboración más enriquecida de lo que podría ser una teoría sobre las psicosis. Asimismo una extensión de la teoría libidinal desarrollada en los *Tres ensayos* a colación de los descubrimientos sobre la psicosis era un trabajo aún no cometido.

“Introducción del narcisismo” supone la materialización de este empeño. Esta obra es la que recoge por vez primera de forma explícita una oposición entre libido yoica y libido de objeto (distinción enunciada en los *Tres ensayos*) con ejemplificaciones de las neurosis y de las psicosis⁶⁵³. En ella también constata la instancia del yo como reservorio original de pulsiones sexuales con una economía de suma de cero, es decir, si bien cede pulsiones a los objetos su permanencia como reserva perdura: “es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los seudópodos que emite”⁶⁵⁴. Esta concepción es elucidada gracias a los mecanismos de represión de las psicosis pues las neurosis no se prestaban a esclarecer una dinámica libidinal que a su vez comportase una estructura.

⁶⁵³ Freud, S. (1914c), t. XIV, pp. 73-74.

⁶⁵⁴ *Ibíd.*, p. 73.

En efecto, el distingo pulsional se apoyó primeramente en el análisis de ciertas neurosis, en concreto la histeria y la neurosis obsesiva. En estos cuadros clínicos Freud observaba una dinámica de la libido, un vaivén de su aplicación y retirada pero entre distintos objetos. La libido se aparta de los objetos o de las personas reales pero era destinada a objetos imaginarios que conformaban sus fantasías, no rompiéndose el vínculo erótico con los objetos mismos.

En “Formulaciones sobre el acaecer psíquico” (1911)⁶⁵⁵ ya explicó que los sujetos se extrañaban respecto de la realidad en derredor ya que les imponía toda una serie de renunciaciones pulsionales. De esta forma, en un intento de huida de dicha realidad se iba la búsqueda de la satisfacción pulsional que aquella les recusaba y, así, terminaban hallándola en las fantasías cuyo precedente podía ubicarse los juegos infantiles.

La manifestación neurótica de la enfermedad como refugio Freud la tomaría como narcisista, aunque no en el sentido de Näcke que entendía el narcisismo como una perversión de forma de que los sujetos gozaban de su propio cuerpo como lo harían con un objeto sexual, sino como “el complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación”⁶⁵⁶.

Es decir, el neurótico obtiene un placer sexual que manifiesta por doquier incluso con sus defensas, donde finalmente siempre se produce una satisfacción pulsional ora con la sintomatología, ora con las fantasías. Sin embargo, la propia neurosis y la inclinación del paciente a perpetuar dicho estado, a autoconservarlo, parece expresar el compromiso que el síntoma adquiere con su yo. Este aserto halla su argumento en que realmente fue el yo quien se erigió en la defensa porque la pulsión sexual le reportaba displacer y el que, a favor de la autoconservación, combatió a aquella con las pulsiones de autoconservación, hallando un placer precisamente en la reducción de la pulsión sexual.

Por otro lado, lo confronta con las parafrenias —esquizofrenia y paranoia— donde sí se aprecia cómo la libido es retirada de los objetos y replegada hacia el yo ocasionando lo que desde el punto de vista psicoanalítico se denomina “narcisismo”⁶⁵⁷. Es decir, se produciría una pérdida de vinculación con los objetos, un desligamiento de lo social, lo que en definitiva suponía una pérdida de subjetivización. Y, también, el intento de proyectar la libido

⁶⁵⁵ Freud, S. (1911b), t. XII, p. 227.

⁶⁵⁶ Freud, S. (1914c), t. XIV, pp. 71-72.

⁶⁵⁷ *Ibíd.*, p. 72.

nuevamente a los objetos se vislumbra como una tentativa de curación, tal y como hemos indicado en el capítulo anterior a colación de la paranoia.

Ahora bien, Freud demanda una descripción más minuciosa para el caso de la esquizofrenia donde la represión tal y como vimos era triunfal; exige una explicación más precisa sobre lo que supondría el narcisismo al que se ve abocado el sujeto, esa “conducta”⁶⁵⁸. En definitiva, el narcisismo implica una modificación en su teoría sobre la sexualidad donde pasaría a quedar incorporado, luego es un asunto que ha de abordarse de forma concienzuda. Añade que el delirio de grandeza será precisamente el recurso para elaborar este trabajo puesto que si se concibiese como un narcisismo secundario remitiría a esa otra etapa pretérita que lo fundamentaría y que requiere un esclarecimiento.

Como dice Matilla⁶⁵⁹, la agrupación de la demencia precoz y la paranoia bajo el término “parafrenia” supone una novedad en sus escritos. Dicha agrupación toma su soporte en que ambas comparten el mecanismo de represión y la retirada de la libido de objeto hacia el yo; sin embargo, la fijación libidinal es distinta así como el modo en que retorna lo reprimido y que acaba convirtiéndose en el síntoma. En la paranoia la represión es un fracaso total, en la demencia precoz un gran logro.

El mecanismo de la paranoia, tal y como muestra Schreber, es más célebre que el de la demencia precoz en cuanto a lo que supone la tentativa de curación. En la paranoia la locura es parcial, sólo concierne a un tema en torno al que debe efectuarse una reconstrucción que consistiría necesariamente en un intento de devolver la libido a los objetos, de establecer un nuevo lazo con la realidad. La fijación libidinal, por otro lado, se ubica en el estadio narcisista.

Sin embargo, en la demencia precoz acontece una represión simplemente. Esta es la diferenciación que fue trasladada a Jung en las cartas 22 y 25 donde indicaba que el triunfo de la defensa de la demencia precoz desembocaba en el autoerotismo. De hecho, en el análisis del caso Schreber dice:

El desenlace de la dementia praecox, toda vez que la afección no permanezca demasiado parcial, aporta la segunda diferencia. [...] La regresión no llega hasta el narcisismo exteriorizado en el delirio de grandeza, sino hasta la liquidación del amor de objeto y el regreso al autoerotismo infantil. Por tanto, la fijación predisponente debe de situarse más

⁶⁵⁸ *Ibidem*.

⁶⁵⁹ Matilla, K. (2007), pp. 376-377.

atrás que en el caso de la paranoia, o sea, estar contenida al comienzo del desarrollo que partiendo del autoerotismo aspira al amor de objeto⁶⁶⁰.

Luego, la diferenciación entre el autoerotismo y el narcisismo era un asunto al que ya se había aludido previamente a la publicación de esta obra y que requería de una ampliación dentro del marco de la teoría de la sexualidad.

Otras posturas que permiten confrontar la dinámica libidinal hacia polos distintos son el enamoramiento y el sepultamiento del mundo. En efecto, en el enamoramiento tendría lugar un vaciamiento de la libido yoica a favor de la libido de objeto (de invertir el objeto amado). Y con el “fin del mundo”⁶⁶¹, de manera opuesta, se acrecentaría la libido yoica en detrimento de la libido de objeto.

Entonces, Freud concluye el rastreo efectuado sobre la deriva libidinal indicando un asunto que le viene inquietando desde la elaboración de su teoría sexual. Dice que todas las energías psíquicas en un primer momento se encuentran reunidas en lo que denomina el estado del narcisismo donde son indistinguibles y que la energía sexual sólo será accesible a la observación en el momento en que se produzca la investidura de un objeto, dejando en un ámbito oscuro al resto de las pulsiones.

En efecto, en *Tres ensayos de teoría sexual* fundamenta el concepto de “libido” en la energía psíquica que afecta exclusivamente a los procesos referidos a las excitaciones sexuales. A éstas las facilita un lugar destacado puesto que no mantienen una correspondencia unívoca en su satisfacción con un órgano del cuerpo, sino que dicha satisfacción es propinada por múltiples zonas que denomina erógenas.

A la representación psíquica de la libido la llama libido yoica o narcisista y ésta precisamente es la que se hace accesible en la praxis cuando se muestra desplazándose por distintos objetos pasando a ser, por ende, libido de objeto⁶⁶². La libido yoica se presenta como una aglutinación libidinal desde la que se realizan las investiduras hacia los objetos y Freud indica que la investidura narcisista libidinal del yo debe ser un estado primordial de la infancia, si bien no se concreta.

⁶⁶⁰ Freud, S. (1911c [1910]), t. XII, p. 71.

⁶⁶¹ *Ibid.*, p. 64.

⁶⁶² Freud, S. (1905d), t. VII, pp. 198-199.

La dinámica pulsional se manifiesta en la búsqueda de la satisfacción de las pulsiones sexuales animando las distintas representaciones (objetos) que implican un acercamiento a su meta y se confrontan con las pulsiones promovidas por el yo que atañen a las propias necesidades del individuo. Por otro lado, las pulsiones parciales no siempre se encaminan a la reproducción sexual como meta ni tampoco al trabajo a favor de la cultura y ahí es cuando las pulsiones yoicas tratan de ponerlas freno mediante la represión, que al no ser exitosa en su totalidad deriva en los síntomas.

En este sentido, de lo que se queja Freud en el *ensayo* es de la escasa accesibilidad de las pulsiones yoicas, al contrario de lo que ocurre con las pulsiones sexuales destinadas a los objetos y que proporcionan esclarecimiento clínicos importantes como sucede en la neurosis. Por lo tanto, una elucidación mayor de esta composición de las pulsiones que se ubican en el yo supondría un gran avance.

Veamos entonces si, en efecto, la contribución de las investigaciones sobre la psicosis, con una indagación mayor del concepto de "narcisismo", permite esclarecer en parte esta cuestión o despejar otros aspectos teóricos. En "Introducción del narcisismo" Freud debe aclarar varios asuntos: tanto lo que supone el narcisismo frente al autoerotismo, como la necesidad de distinguir las pulsiones sexuales de otras y, también, dentro de las primeras la libido yoica de la libido de objeto.

Para abordar la primera cuestión, inicialmente, debe sustentar la existencia de un factor que pudiese incidir en la estructura temporal del desarrollo libidinal produciendo, por ende, una partición que diferencie una etapa previa a la primera elección de objeto y que sea distinta del autoerotismo.

Presentamos un esquema aproximativo del desarrollo libidinal basándonos en los *Tres ensayos* para seguir más fácilmente las pesquisas freudianas:

Freud conjetura un estado primordial donde todo son pulsiones autoeróticas no dejando cabida a una entidad como el yo que, por consiguiente, pasaría a constituirse en el curso del desarrollo de la libido. Implícitamente con esta premisa Freud señala que algo debe concurrir en el autoerotismo para que el narcisismo se instituya.

Avanzamos seguidamente con nuestro esquema la premisa que está en ciernes:

*Idea que será corroborada más adelante

Respecto a la segunda pregunta, que se refiere precisamente a las pulsiones, apela al método de investigación psicoanalítico y a la *empíria* y añade que por las dificultades que entrama, al igual que pudiera suceder en la física, se ha de partir de unos axiomas para poder dar cuenta de lo que brinda la praxis.

En nuestros días vivimos idéntica situación en la física, cuyas intuiciones básicas sobre la materia, los centros de fuerzas, la atracción y conceptos parecidos están sujetos casi a tantos reparos como los correspondientes del psicoanálisis⁶⁶³.

Freud en este escrito aduce la necesidad de las premisas, el requerimiento de una división entre libido yoica y libido de objeto, por su arraigo en los procesos que acontecen en la neurosis y en la psicosis, por el entroncamiento que posee con los métodos que estos sujetos tienen disponibles para enfrentarse a la realidad y por estar subyugados a una economía pulsional.

El valor de los conceptos de libido yoica y libido de objeto reside en que provienen de un procesamiento de los caracteres íntimos del suceder neurótico y psicótico⁶⁶⁴.

Insiste en que dicha escisión de la libido supone una extensión de lo que en un primer momento, gracias a la observación de las neurosis, quedó fundamentado bajo la oposición de pulsiones yoicas y pulsiones sexuales. Es más, agrega que otras formas de abordar la problemática de la neurosis y la psicosis sólo han terminado en fracaso.

Como inciso, recordemos que fue en “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis” donde, en un intento de explicar la ceguera histérica, registró la primera categorización de las pulsiones. Retomó el texto de Schiller y diferenció entre “pulsiones yoicas”, expresando el término *per se* por primera vez, y “pulsiones sexuales” (*hambre y amor*, respectivamente, mueven el mundo), volviendo así a lo que llamó en su día los resortes pulsionales más poderosos⁶⁶⁵. Yendo aún más atrás para averiguar de dónde surgían estas pulsiones, apreció que la pulsión sexual primeramente se apoyaba en las otras para satisfacerse y después se volvía autónoma. Es decir, del hambre (necesidad primaria del ser y concerniente a su conservación) pudiera haberse derivado la pulsión sexual (avivada por el resultado de la satisfacción ante la excitación anímica surgida por esa necesidad biológica) y ésta última posteriormente se independizaría de ella y pasaría a ser autoerótica. Así, el niño

⁶⁶³ Freud, S. (1914c), t. XIV, p. 75.

⁶⁶⁴ *Ibidem*.

⁶⁶⁵ Freud, S. (1899a), t. III, p. 309.

explota el chupeteo a consecuencia de la satisfacción que le suministró la propia percepción de la nutrición, repercutiéndole un goce en la zona erógena de la boca; y, después, con la elección de objeto la satisfacción se realizaría en otra persona pasando a ser un goce normalizado.

Tal y como dirá en múltiples ocasiones, si, llegado el caso, se encontrase algo que pudiese en entredicho la doctrina de las pulsiones se retornaría a los fundamentos para proceder con la reelaboración o rectificación pertinente.

Dada la total inexistencia de una doctrina de las pulsiones que de algún modo nos oriente, está permitido o, mejor, es obligatorio adoptar provisionalmente algún supuesto y someterlo a prueba de manera consecuente hasta que fracase o se corrobore. Ahora bien, el supuesto de una separación originaria entre unas pulsiones sexuales y otras, yoicas, viene avalado por muchas cosas, y no sólo por su utilidad para el análisis de las neurosis de transferencia⁶⁶⁶.

Añade que la conjetura de la división se soporta sobre todo en hechos biológicos; el individuo se halla, por un lado, en la búsqueda de conformar su propia sexualidad y, por otro lado, es a su vez portador de la herencia genética.

Él tiene a la sexualidad por uno de sus propósitos, mientras que otra consideración lo muestra como mero apéndice de su plasma germinal, a cuya disposición pone sus fuerzas a cambio de un premio de placer; es el portador mortal de una sustancia —quizás— inmortal, como un mayorazgo no es sino el derechohabiente temporario de una institución que lo sobrevive. La separación de las pulsiones sexuales respecto de las yoicas no haría sino reflejar esta función doble del individuo⁶⁶⁷.

Precisamente porque siempre me he esforzado por mantener alejado de la psicología todo lo que le es ajeno, incluido el pensamiento biológico, quiero confesar en este lugar de manera expresa que la hipótesis de unas pulsiones sexuales y yoicas separadas, y por tanto la teoría de la libido, descansa mínimamente en bases psicológicas, y en lo esencial tiene apoyo biológico. Así pues, tendré la suficiente consecuencia para desechar esta hipótesis si del trabajo psicoanalítico mismo surge una premisa diferente y más servicial acerca de las pulsiones. Hasta ahora ello no ha ocurrido. También podría ser que la energía sexual, la libido —en su fundamento último y en su remoto origen—, no fuese sino un producto de la

⁶⁶⁶ Freud, S. (1914c), t. XIV, p. 75.

⁶⁶⁷ *Ibíd.*, p. 76.

diferenciación de la energía que actúa en toda la psique. Pero una aseveración así es intrascendente⁶⁶⁸.

La inquietud de Freud, como ya hemos comentado anteriormente, viene al caso de si en efecto esta teoría de la libido sería de aplicación a las parafrenias, tema que ya se estaba fraguando en el estudio del caso Schreber. En dicho caso es donde se observó que el mundo en derredor del sujeto se había descompuesto, la libido de los objetos del mundo se había sustraído y habría retornado al yo devolviéndole a la etapa narcisista (periodo transitorio desde el autoerotismo hasta la elección de objeto). El delirio supondría la vuelta a la libidinización de los objetos y un vínculo con ese mundo nuevo.

Freud se cuestiona si precisamente la categorización establecida entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas podría valer para las psicosis o si, por el contrario, acabaría siendo refutada por la esquizofrenia, por ejemplo. Aduce que, en principio, las teorías de Jung en relación al intento de velar esas categorías e incluso llegando a borrar la sexualidad de las pulsiones a favor del “interés psíquico en general”⁶⁶⁹ habían resultado fallidas.

Tal y como dice Matilla:

Ya Freud desde el comienzo de su relación con Jung tiene una idea clara del importante papel que juega la sexualidad en las psicosis, idea que terminará por convertirse en el detonante de la ruptura de la relación entre ambos. Lo curioso es que, desde un principio, se pueden apreciar los problemas que este planteamiento le ocasiona a Jung. Si bien su posición puede entenderse como oscilante, parece que el trasfondo es siempre el mismo, hay en él una cierta reticencia⁶⁷⁰.

Siguiendo el desarrollo de este autor en lo que respecta a la polémica de ambos colegas extraemos algunas de las discrepancias más llamativas. Detectamos que Freud comienza a transmitir a Jung la importancia que para él tiene la sexualidad ya en la carta 5 del 27 de octubre de 1906, en la que ubica la cuestión sexual como núcleo central de la psicosis en su mecanismo de represión. Este mecanismo precisamente siempre le impuso problemas a Jung y también otras cuestiones como, por ejemplo, el concepto freudiano de “autoerotismo”.

⁶⁶⁸ Ibídem.

⁶⁶⁹ Ibíd., p. 77.

⁶⁷⁰ Matilla, K. (2007), p. 306.

Fue Bleuler quien tomó dicho concepto para extirparle las connotaciones sexuales y emplearlo según su propio interés. Y Jung respecto a este asunto le dijo a Freud que a Bleuler si bien le agradaba el concepto necesitaba que fuese más preciso. De ahí que finalmente Bleuler lo emplease en una publicación pero utilizando el vocablo “autismo” en vez de “autoerotismo”, a lo que Jung indicó que la omisión de ciertas letras se debía a “los consabidos motivos”. Es entonces cuando Freud le remite a los *Tres ensayos* y dice que de lo que se trata es que la pulsión no está dirigida a otra persona, sino que se satisface en el propio cuerpo, es autoerótica. Y lo ejemplifica con el chupeteo. No obstante, la cuestión no quedó zanjada.

Freud tuvo que corregirle nuevamente diciéndole que él no empelaría dicho concepto en los amplios términos en que aquel lo hacía. Jung había hecho patrimonio de él a las utilidades históricas de la libido: “una forma de autoerotismo se encuentra desde luego también en la histeria, ya que todo complejo reprimido es autoerótico”⁶⁷¹, siendo algo particular de la psicosis.

Otro aspecto importante que Freud criticó a Jung fue que propusiese como tentativa de compensación el propio autoerotismo, cuando él (Freud) lo concebía más bien en la demencia misma. En la paranoia no habría esa demencia justamente porque que la libido retornaría quizá totalmente al objeto. Por lo tanto, el desprendimiento de la libido en la demencia paranoide sería parcial. Pero se muestra inflexible en el hecho de que siempre debe haber represión por desprendimiento de libido.

Jung finalmente ante sus reticencias a admitir el componente sexual optará por centrarse en el origen tóxico de la demencia precoz y será una idea que ya no abandonará.

6.1.2. Las parafrenias y la introducción del narcisismo

Antes de entrar en la dinámica libidinal de las parafrenias para verificar la diferenciación entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo, toma algunos casos que favorecerán la intelección sobre el asunto del narcisismo.

⁶⁷¹ Freud, S., Jung, C.G. (1978 [1908]), p. 234.

Indica que en las enfermedades orgánicas también se aprecia un desasimiento de la libido de los objetos (retiran la libido o el amor de las personas queridas, centrándose así el individuo en sí mismo) y, de esta forma, el interés yoico y la libido se vuelven indiferenciables. Justamente el egoísmo del paciente deriva en este estado, haría indistinguibles las pulsiones y tras su recuperación volvería a lanzar inversiones libidinales hacia los objetos.

En la hipocondría vendría a ocurrir lo mismo con el matiz de que en este caso no existiría una causa orgánica. Pero si tomamos como modelo las neurosis donde tampoco existe la alteración orgánica, podríamos preguntarnos sobre qué ocurre en la hipocondría. Freud incorpora en esta disertación la “erogeneidad”⁶⁷² como aquella actividad del organismo que consiste en transmitir a la vida anímica estímulos procedentes de excitaciones sexuales que hallan su origen a cualquier zona del cuerpo. Plantea la posibilidad de que cada alteración de erogeneidad producida en un órgano del cuerpo tenga su correlato en la inversión libidinal dentro del yo y llegue a producir efectos en la hipocondría similares a los que suceden en las enfermedades orgánicas.

La parafrenia debería encontrar su fundamento en estas premisas, en su forma particular de distribución libidinal de manera que pudiera asemejarse a lo que sucede en la enfermedad orgánica. Freud indica:

La hipocondría es a la parafrenia, aproximadamente, lo que las otras neurosis actuales son a la histeria y a la neurosis obsesiva; vale decir, depende de la libido yoica, así como las otras dependen de la libido de objeto⁶⁷³.

Freud también aduce que si en la histeria y la neurosis obsesiva podemos hablar de estasis de libido de objeto, en la parafrenia y la hipocondría tal vez podríamos hablar de estasis de libido yoica. Pero Freud se pregunta cómo una estasis de libido yoica podría llegar a ser perturbadora, displacentera. Y se responde considerando que es por incurrir simplemente en un incremento de tensión o que si no se tratara ya de una magnitud absoluta podría concernir a cierta función de esa magnitud absoluta.

Resultan ineludibles las sombras del *Proyecto* donde la cantidad era lo soberano pero la cualidad suponía un cambio de estrato; por ello la cualidad tuvo que elaborarla a partir de

⁶⁷² Freud, S. (1914c), t. XIV, p. 81.

⁶⁷³ *Ibíd.*

algo vinculado a la cantidad pero no sobre su magnitud, sino relativo a su movimiento y que finalmente ciñó en el complicado "periodo"⁶⁷⁴. También se pregunta en razón de qué aun siendo displacentera se vería la vida anímica en la tesitura de tener que ceder libido narcisista a los objetos y alega que tiene que ocurrir ante un rebase de la medida de la libido narcisista que se considere aceptable. Indica que ser egoístas nos previene de enfermar pero que si no se empieza a amar algo, a la postre, se cae enfermo.

Freud concibe el aparato anímico como un regulador de excitaciones que en caso de rendirse sufriría de afectos penosos y consecuencias patológicas. La elaboración psíquica es un recurso propicio para domeñar esas excitaciones internas cuando una descarga motora es denegada. En sus inicios resulta indiferente que se aplique sobre objetos reales o imaginados pero después se erige el problema, cuando el regreso de la libido sobre los objetos irreales lleva a un desequilibrio libidinal. Este asunto es ejemplificado con el delirio de grandeza en las parafrenias como procesamiento de la libido retornada al yo. Y señala la posibilidad de que se vuelva patógeno justamente cuando ese delirio sea sofrenado, aunque luego pudiera derivar en la curación que se presentaría aparentemente como enfermedad (el delirio como intento de curación).

En definitiva, las divergencias entre las neurosis de transferencia y las parafrenias que permitirán asistir a una elaboración del narcisismo son las siguientes:

- La libido liberada por frustración en las parafrenias retorna al yo y no es transportada hacia los objetos en las fantasías.
- El delirio de grandeza como gestión del incremento de libido yoica sería asimilable a las formaciones de las fantasías en las neurosis (v.gr. los síntomas).
- De la frustración de los mecanismos de dominio de la estasis libidinal en las parafrenias emergería la hipocondría; tal y como sucedería en las neurosis de transferencias en correspondencia con la angustia.
- En las parafrenias el intento de restitución se correspondería con las manifestaciones disponibles más patológicas; en las neurosis de transferencia la angustia podría ser derivada hacia una fobia.

⁶⁷⁴ Freud, S. (1950 [1895]), t. I, p. 354.

Asimismo dado que en la parafrenia la retirada de libido puede ser parcial genera tres tipos de manifestaciones:

- Manifestaciones dentro de la normalidad, sedimentarias, que virarían en un tipo de neurosis.
- Manifestaciones patológicas, serían todo tipo de regresiones: delirio de grandeza, hipocondría, perturbación afectiva, etc.
- Las de restitución: aquellas que depositarían de nuevo la libido en los objetos, bien a modo de histeria en cuyo caso se trataría de una demencia precoz, bien similar a una neurosis obsesiva como sería el caso de la paranoia.

Precisamente, una exploración minuciosa que ofreciera las vicisitudes pulsionales hasta que se llega a la manifestación neurótica de una parafrenia y su confrontación con la contracción de una neurosis, ofrecería una erudición considerable de la estructura anímica.

Como último recurso de aproximación al narcisismo vuelve a la vida amorosa. Freud destaca que en la infancia las pulsiones brotan en un primer momento apoyándose en las necesidades vitales y luego se van haciendo autónomas. En origen las satisfacciones advinieron desde afuera, del lado del cuidador, y precisamente las elecciones de objeto amoroso tendrían como referencia ese primer objeto que les procuró satisfacción. A esta elección de objeto la denomina “anaclítica”⁶⁷⁵ por ser heredera del apuntalamiento de las pulsiones sexuales en las pulsiones de conservación.

Por otro lado, existen individuos cuya elección de objeto no se rige por estos parámetros, sino que toma como coordenadas su propia persona. Tal es el caso de los perversos y de los homosexuales, individuos que se buscan a sí mismos como objetos de amor y no siguen el modelo del cuidador o del progenitor. A esta elección de objeto, por lo tanto, se la designaría *narcisista*.

Con esto Freud no quiere aludir a una posible clasificación de tipos atendiendo a su elección de objeto, anaclíticos o narcisistas, sino que apunta a que el amor puede dirigirse en la infancia bien hacia un objeto bien hacia uno mismo.

⁶⁷⁵ Freud, S. (1914c), t. XIV, p. 84.

“tiene dos objetos sexuales originarios: el mismo y la mujer que lo crio, y presuponemos entonces en todo ser humano el narcisismo primario que, eventualmente, puede expresarse de manera dominante en su elección de objeto”⁶⁷⁶.

Freud entonces despliega una serie de observaciones sobre las formas de amar de un sujeto según el tipo de elección de objeto.

- Si la elección es narcisista, el sujeto ama:
 - A lo que él mismo es;
 - A lo que él mismo fue;
 - A lo que querría ser; y
 - A la persona que fue una parte de sí mismo.
- Si la elección es anaclítica, amaría:
 - A la mujer nutricia, y
 - Al hombre protector⁶⁷⁷.

A esto, además, habría que añadir todas las personas que se subrogarían a estas figuras.

De esta forma, lo que también se pone en juego es que antes de efectuar la elección de objeto, atendiendo a alguno de los tipos indicados, se ha de estar en la tesitura de tener que valorar dichos objetos según las relaciones que el sujeto mantiene con ellos. Entonces, esto requiere que el sujeto, tal y como evalúa al proveedor de cuidados, ha de estimar también su propia valía, lo que implica necesariamente una definición clara de lo que comprende su cuerpo, hasta donde llega (lo que es), donde llegó (lo que fue) y si podría ser otra cosa (lo que querría ser).

Freud prosigue comentando que el narcisismo primario que se presupone en el infante es fácilmente accesible por observación. Concibe la ternura de los padres hacia los hijos como un resurgir de su propio narcisismo. Indica la exageración con que éstos hablan de las dotes de sus pequeños a la vista de un observador ajeno. Y, por otro lado, son propensos a reportarle todo tipo de deferencias e incluso eximirle de responsabilidades, aquellas que precisamente fueron sufridas por ellos mismos y que les arrebataron ese narcisismo. El niño, por consiguiente, se encarna como apuesta de sueños y deseos de los padres. Y precisamente,

⁶⁷⁶ Ibid., p. 85.

⁶⁷⁷ Ibid., p. 87.

ese el punto más comprometido del narcisismo, pues el niño recoge aquello que le transfieren los progenitores y que no es otra cosa que su propio narcisismo ahora transformado en amor de objeto.

En efecto, vemos que los padres o los cuidadores no sólo son objetivo de valoración por lo que ellos mismos proveen al infante —como objetos de satisfacción pulsional que apuntan a una elección anaclítica de objeto—, sino en calidad de transmisores de una imagen de lo que el niño ha sido, es y puede llegar a ser —ellos mismos suponen un plano cartesiano donde el niño toma sus referencias para saber dónde se encuentra; le ofrecen una imagen de sí mismo.

En este sentido, nos parece interesante incorporar la concepción de Jacques Lacan (1949) al respecto y que sintetiza en lo que se denomina “estadio del espejo”⁶⁷⁸. En el *escrito* que versa sobre este tema Lacan nos indica el júbilo que se percibe en un niño de hasta dieciocho meses cuando ve su imagen en el espejo, y nos advierte de la consecuente problemática libidinal que en la paranoia acarrearía esta escena.

Lacan establece el estadio del espejo como una identificación, en el sentido de una transformación del sujeto en el momento en que asume su imagen. Nos indica que es la forma en la que se precipita la formación del yo aún no formado pues, en efecto, se trata de un infante en periodo de lactancia sin su control motor y que difícilmente puede captar de forma objetiva lo que supone él, lo que es su cuerpo y lo que concierne al otro de fuera, máxime sin disponer de un lenguaje que finalmente le dote de esa condición de sujeto (“yo soy”, “yo quiero”,...).

Esta forma de “yo-ideal”⁶⁷⁹ será el cimiento de las futuras identificaciones secundarias que surgirán en cuanto que vengan a imponer una regulación libidinal en el sujeto. Esta forma es lo que fundamenta la instancia del yo. El sujeto se anticipa a la forma total del cuerpo en una imagen que le viene de fuera y que “es más constituyente que constituida”⁶⁸⁰; la imagen

⁶⁷⁸ Cf. Lacan, J. (2003 [1949]) “El estadio del espejo como formador de la función del yo [*j*é] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, en *Escritos 1*, México, Siglo XXI.

⁶⁷⁹ *Ibíd.*, p. 87.

⁶⁸⁰ *Ibíd.*, p. 88.

especular confiere forma a lo que supone un amasijo de pulsiones que en su reflejo otorgan a la imago de movimiento.

Los efectos formativos de esta escena, dice Lacan, vienen corroborados en diversos hechos del mundo animal. Luego, la imago lo que viene a imponer es la función que relaciona el organismo con la realidad. Asimismo, el final del estadio implanta por la identificación con la imagen los celos primordiales y la dialéctica del yo con lo social.

Lacan retoma la noción freudiana de narcisismo primario y la condensa en unas líneas:

El término “narcisismo primario” con el que la doctrina designa la carga libidinal propia de ese momento, revela en sus inventores, a la luz de nuestra concepción, el más profundo sentimiento de las latencias, de la semántica⁶⁸¹.

Recordemos que las latencias freudianas eran periodos del desarrollo libidinal donde se iban levantando componentes de freno de la pulsión sexual: la vergüenza, el asco y la conciencia moral (coincidentes también con el inicio del vocabulario), precursores de un yo afianzado plenamente por el lenguaje.

El yo como mediador del organismo con la realidad permitirá comprender las neurosis y las psicosis; las primeras como afecciones en las que el sujeto piensa en esa *imago* como aquello a la que puede aspirar y las segundas como aquello que es.

Así se comprende esa inercia propia de las formaciones del yo [je] en las que puede verse la definición más extensiva de la neurosis: del mismo modo que la captación del sujeto por la situación da la fórmula más general de la locura, de la que yace entre los muros de los manicomios como de lo que ensordece la tierra con su sonido y su furia⁶⁸².

Y ese yo es el que precisamente regulará la dinámica pulsional como reservorio de pulsiones que bien inviste los objetos de libido sexual dotándoles de libido de objeto (objetos de amor), bien les retira su libido y la recoge en concepto de libido yoica o narcisista rompiendo de cuajo todo vínculo con ellos (como sucede en las parafrenias y más concretamente de forma paradigmática en la demencia precoz, puesto que en la paranoia, al ser parcial, persiste una vinculación libidinal con los objetos, existe una significación personal).

⁶⁸¹ *Ibíd.*, p. 91.

⁶⁸² *Ibíd.*, p. 92.

Sólo el psicoanálisis reconoce ese nudo de servidumbre imaginaria que el amor debe siempre volver a deshacer o cortar de tajo⁶⁸³.

6.1.3. El desplazamiento de la libido al ideal del yo

Las increpaciones a las que es susceptible el narcisismo primario pueden condensarse en el “complejo de castración”⁶⁸⁴ o lo que sería un “temprano amedrentamiento sexual”⁶⁸⁵. Si bien Freud no desarrolla el complejo en este momento, aduce que su teoría se ha molestado en pesquisar los decursos de las pulsiones sexuales en oposición a las pulsiones yoicas y que esto le permite realizar ciertas inferencias retrospectivas sobre cuál sería el estado psíquico del sujeto cuando estas dos clases de pulsiones se encontraban indiferenciadas.

Crítica la postura adleriana donde la fuerza del organismo se fundamenta en una “protesta masculina”⁶⁸⁶ y que a sus ojos borra la dimensión de la sexualidad, erigiendo en su lugar una concepción meramente social y que en absoluto esclarece una génesis de las neurosis. Freud demanda necesariamente la doctrina pulsional como intérprete de las neurosis, las psicosis y, en definitiva, de un estado del ser frente a la realidad exterior y a lo que sucede en su interior. Luego, es fundamental dilucidar los decursos de las fuerzas que combaten y comandan los destinos del individuo, pues brindan la posibilidad de ampliar el conocimiento respecto al aparato anímico y ofrecen una comprensión de la clínica de las neurosis y las psicosis.

Freud se pregunta qué ha sido de la pulsión yoica ya que en los hombres observa una morigeración del delirio de grandeza y borradas las características del narcisismo primario. Parte de que las pulsiones sexuales son gestionadas por la represión patógena en el momento en que entran en situación beligerante con la realidad y añade que una valoración de esta oposición no se concibe desde el psicoanálisis como algo del orden de una intelección, sino que se entiende como un grado de tolerancia del yo, de la estima en que el yo mismo se tiene. Tampoco lo sitúa en el plano de una moralidad porque ésta es relativa. Es decir, lo que para

⁶⁸³ *Ibíd.*, p. 93.

⁶⁸⁴ *Ibíd.*, p. 89.

⁶⁸⁵ *Ibidem.*

⁶⁸⁶ *Ibidem.*

una persona es ordinario para otra puede ser completamente indignante. Entonces resuelve que como condición de represión del lado del yo estaría lo que es su "ideal"⁶⁸⁷.

Se trata de una instancia que viene a encarnar los ideales del individuo, formada por las representaciones que conciernen a sus concepciones de excelencia y que permite, tomándose como referencia, medir la distancia existente respecto al yo del individuo. De este modo, en caso de ampliarse dicha distancia, debido a un evento o por una incidencia de las pulsiones libidinosas, se dará paso a la represión. Este yo-ideal, por otro lado, supone un desplazamiento del narcisismo primario; en él se vuelca el amor del que gozó en su día el yo-real en su etapa narcisista. Tal y como se ha reiterado en diversas ocasiones, la resignación total del sujeto a la pérdida de satisfacción libidinal nunca es completa, luego siempre tratará de recuperarse por las vías que sean y en este caso será con la figura del ideal del yo. En la medida en que uno se aproxime a él, conseguirá retomar más de cerca aquel estado en el que el sujeto estuvo inmerso en la infancia y donde era él mismo su propio ideal.

Freud, a raíz de este ideal, advierte la necesidad de diferenciarlo claramente de la sublimación pulsional. Es decir, podría caerse en el error de entender la idealización como una sublimación cuando son conceptos que competen por entero a factores distintos. La sublimación consiste en una permuta de la meta de la pulsión sexual por otra y si bien puede ser incitada por el ideal del yo, sin embargo, éste es impotente para forzarla. La idealización lo que realmente hace es ensalzar el objeto y no sublimar una meta. Es decir, la idealización no modifica el trayecto pulsional hacia una meta no sexual, sino que realzar el objeto sexual.

El ideal impondrá una serie de exigencias al yo y en la medida en que éste no las cumpla será benefactor de la represión. Es decir, un gran ideal será un mayor exhortador de la represión. Aquí también se aprecia otra discrepancia con la sublimación, pues ésta precisamente permite sortear la represión cumpliendo con las exigencias del ideal.

Freud demanda entonces una instancia psíquica que tenga como función precisamente salvaguardar las distancias entre el yo y el ideal, acotar su perímetro y evitar su distanciamiento. Asimismo añade que la existencia de una instancia de esas características ya nos es conocida. La entidad que tiene como labor medir esta distancia y velar por el

⁶⁸⁷ *Ibíd.*, p. 90.

acercamiento al ideal es la “conciencia moral”⁶⁸⁸, forjada con las primeras críticas y juicios recibidos en la infancia y heredera de los deseos de los ancestros.

En este sentido, la conciencia moral podría presentarse como el centinela que vigila al sujeto que padece del “delirio de ser notado {*Beachtungswahn*} o, aún mejor, de *ser observado* {*Beobachtungswahn*}”⁶⁸⁹. La queja de los sujetos con ideas paranoides expresa una situación realmente representativa de la subjetividad. El delirio de observación lo elucida de forma regresiva dando cuenta de su origen y de los enfrentamientos del sujeto frente a esa instancia vigilante.

La formación de ese ideal del yo es instigada por los padres, cuya influencia crítica es ahora también adquirida por las voces, educadores y todo tipo de subrogados. Freud nos dice que una gran cantidad de libido “en esencia homosexual”⁶⁹⁰ tuvo que requerirse para formar este ideal y que en él es donde justamente encuentra la descarga y la satisfacción.

La dinámica de la libido yoica, en efecto, nos permite interpretar la paranoia. Su queja también se funda en esta instancia de la conciencia moral. Asimismo se puede realizar una relectura del “sentimiento de sí”⁶⁹¹ en el sentido libidinal. En las parafrenias está aumentado, sin embargo, en las neurosis se rebaja. Es decir, en las primeras la libido estaría más en el yo y en las neurosis en los objetos. En la vida amorosa el no-ser-amado diluye el sentimiento de sí, mientras que serlo lo realza. En efecto, no ser amado supondría un vaciamiento de la libido yoica a favor de los objetos (pues sería el sujeto quien ama), mientras que ser-amado realza el sentimiento de sí, supondría un acopio de libido yoica y la meta de la elección narcisista de objeto (amarse a sí mismo).

Tal y como hemos dicho, la formación de ideal se precipita desde afuera. El yo se iría desarrollando mediante el sucesivo desplazamiento de la libido al ideal del yo, abandonando así el narcisismo primario e incurriendo en su transformación por el cambio que esta nueva instancia impone. El yo ahora pierde sus investiduras a favor de los objetos o a favor del ideal. Una parte del sentimiento de sí es un poso del narcisismo infantil, otra parte vendría

⁶⁸⁸ *Ibíd.*, p. 92.

⁶⁸⁹ *Ibíd.*

⁶⁹⁰ *Ibíd.*, p. 93.

⁶⁹¹ *Ibíd.*, p. 94.

por el cumplimiento del ideal en la experiencia real y otra por la satisfacción libidinal de objeto.

Según hemos reseñado, el ideal del yo es un favorecedor de la represión y, a la postre, ejercerá cierta restricción a la satisfacción libidinal de objeto. Es por esto que en los casos en que no tiene lugar la formación del ideal no se abandona el narcisismo, no se incurre en una pérdida de libido por parte del yo. Es decir, el yo y el ideal del yo serían coincidentes y por tanto, no se daría la condición para la represión.

6.2. La fundamentación de las pulsiones

6.2.1. La topología pulsional

En “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915) el concepto de “pulsión” se presenta desde el comienzo como una convención. Es decir, como un “axioma” que no puede negarse ni tampoco demostrarse y aun sin ser una verdad evidente en sí misma es imprescindible y ha de aceptarse por sus manifestaciones en la práctica.

Precisamente por el estatuto que le confiere el psicoanálisis, Freud se ve en la tesitura de tener que seguir dándole forma. Las pulsiones siempre habían sido consideradas por Freud en sus teorías y en su práctica, si bien no denominadas como tales desde el principio. En sus inicios se concebían como energías o excitaciones que arrancaban de procesos del interior del organismo y que por su carácter incesante resultaban difícilmente tramitables por un acto reflejo que se propiciaba ante los estímulos externos.

Requerían ser satisfechas de forma urgente por el displacer que desprendían y su economía venía regulada por los procesos primario y secundario que después fueron relevados por los principios de placer y de realidad. Su procesamiento desembocaba en inervaciones motoras, elaboraciones del pensamiento, acciones o incluso síntomas.

Las psiconeurosis instaron a efectuar una clasificación de las pulsiones en dos tipos: las pulsiones sexuales y las pulsiones yoicas o de autoconservación, siendo la libido la expresión psíquica de las primeras. Con el estudio de las neurosis se indagó en las primeras ya que eran más accesibles al estar vinculadas a los objetos. Y con las investigaciones sobre las psicosis se esclareció una subdivisión entre libido de objeto y libido yoica o narcisista.

La pulsión fue examinada y caracterizada como autoerótica en un primer tiempo. Las pulsiones parciales se servían de distintos objetos para alcanzar sus metas. Si bien debían estar encaminadas hacia su unificación en una única pulsión sexual, la renuncia a la satisfacción que aquellas procuraban no se efectuaba de manera completa. También se destacaron entre éstas las pulsiones denominadas ambivalentes pero no se diseccionaron en detalle. Y, por último, aunque los destinos pulsionales se iban esclareciendo en la clínica y los distintos trabajos teóricos aún no se habían establecido formalmente.

Freud revisa en este texto el concepto teniendo en cuenta lo dicho hasta el momento y comienza a dotar a la doctrina pulsional de una estructura en toda regla: con sus definiciones, hipótesis, clasificaciones, etc. En definitiva, se procede con una sistematización de las pulsiones. Tal y como nos lo indica Ricoeur:

El abandono del “objeto” como guía psicológica lo efectúa Freud en el artículo titulado *Los instintos y sus destinos*, donde tematiza los logros anteriores de sus tres ensayos para *Una teoría sexual*. Tomando la pulsión como concepto fundamental, encargado de proporcionar — como en las ciencias experimentales— un encadenamiento sistemático a los hechos empíricos, Freud sabe que ya no está en el terreno descriptivo sino en el sistemático. Tal sistematización no sólo implica convenciones (definir el estímulo, la necesidad y la satisfacción) sino también hipótesis (*Voraussetzungen*), la más importante de las cuales es la de constancia, es decir, “la regulación automática mediante sensaciones de la serie placer-displacer”; hipótesis que supone una correspondencia entre las cualidades placer-displacer y las “magnitudes estimulantes (*Reizgrößen*) que operan en la vida psíquica”. Estamos, pues, en el terreno conocido de la teoría cuantitativa, que en modo alguno hemos abandonado desde el *Proyecto*⁶⁹².

La pulsión, no obstante, ha sido considerada desde varios puntos de vista que podríamos sintetizar en dos: uno económico —como algo del orden de una cantidad que exige ser tramitado, es decir, que debe ser regulado y requiere de un trabajo— heredero del *Proyecto* y otro tópico —que se recorre teniendo en cuenta sus decursos por los sistemas definidos para el aparato anímico, soportada en el lenguaje de las psiconeurosis que demanda interpretación— fiduciario de *La interpretación de los sueños*.

En este sentido, el presente trabajo conseguirá reducir el distanciamiento de las dos concepciones. Una topología matemática permitiría concebirlas como equivalentes,

⁶⁹² Ricoeur, P. (1970), p. 108.

identificando la pulsión como el invariante que las constituye. La topología es el área de las matemáticas que, dicho de forma muy intuitiva y superficial, concierne a la continuidad, la proximidad, las fronteras y los agujeros. La materia que trata como objetos equivalentes aquellos que sufriendo numerosas transformaciones mantienen inalteradas ciertas características que, en definitiva, los definen y que se denominan invariantes.

La pulsión, tal y como se definirá en este trabajo, jugará el papel de borde entre lo corporal y lo anímico, terminología que una vez más Freud no deja al azar. Asimismo, desde un punto de vista topológico supondrá el invariante del homeomorfismo (transformación) que podría trazarse entre el espacio de representaciones que inciden en el sujeto y su sintomatología.

6.2.2. Definición y primera hipótesis

La pulsión se conceptualiza como una especie de estímulo psíquico proveniente del interior del cuerpo que no se puede apaciguar con una acción motriz como sucede con los estímulos que inciden desde el exterior. Y que, además, insiste en su satisfacción de forma constante. De aquí se deduce automáticamente su carácter irreductible mediante la huida puesto que no se puede huir de algo que proviene del interior, no se puede esquivar y máxime si no cesa.

Dice ser de naturaleza biológica pues trabaja con la noción de tendencia. Dado que el sistema nervioso se rige por un principio que le inclina a librarse de cualquier estímulo que afluya a él, es decir, practica una economía de mínimos, cuando en él incida la pulsión deberá librarse de ella. Las reacciones motrices no sirven, sólo se prestan como solución ante los estímulos externos. Por lo tanto, la exigencia pulsional requiere de modificaciones en el mundo exterior para producir la satisfacción a la que exhorta desde el propio organismo. No sólo supone una exigencia mayor al sistema nervioso, sino que además al ser constante y producir una acumulación de excitación contraría, de entrada, al propio principio que lo comanda. Luego, tal y como dice Freud, el sistema nervioso es deudor de la pulsión en lo que a su estado de desarrollo se refiere. Y partiendo de que el principio del placer es soberano incluso en el aparato psíquico más avanzado, las sensaciones de placer y displacer se constituyen como testigo del poder pulsional.

No obstante, debe incorporarse una primera hipótesis en el sistema debido a la obscuridad que entraña el vínculo entre las cualidades sensoriales y las variaciones de los estímulos aún no esclarecida: que el displacer será asociado a un incremento y el placer a su minoración.

Este es un problema que se soslayó de manera ardua en el *Proyecto*⁶⁹³ y que se puso nuevamente de manifiesto en “Introducción del narcisismo”⁶⁹⁴.

Entonces, el salto de la pulsión desde lo biológico hasta lo anímico (matiz que se introduce en la elaboración del concepto) supondría considerarla como algo fronterizo entre lo que compete al organismo y a lo psicológico. Y pasaría de un ámbito a otro como aquello que insta a acometer una acción y que se convertiría finalmente en un representante psíquico de los estímulos interiores del cuerpo. O sea, no se trataría de un estímulo en sí mismo, sino que estaría asociada a una representación psíquica que exige cierta cantidad de trabajo.

La “pulsión” nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante {*Repräsentant*} psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia del trabajo impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con corporal⁶⁹⁵.

La pulsión inexorablemente insta a la concepción cuantitativa del aparato psíquico, exige una medida de trabajo. Y, como dice Ricoeur, es expresada en su forma más radical con la prevalencia del fin sobre el medio, es decir, alcanzar la satisfacción con su consiguiente retorno a un estado de no excitación⁶⁹⁶:

Con la pulsión, obligamos a la tópica a convertirse en económica: “Toda pulsión es una fracción de actividad”. Ahora bien, el punto de vista económico se expresa ante todo en la prevalencia del concepto de fin sobre el de objeto: “El fin de una pulsión consiste siempre en la satisfacción, que sólo puede lograrse suprimiendo el estado de excitación en la fuente pulsional”; en adelante el objeto se define en función del fin y no en sentido recíproco: “El objeto de la pulsión es aquel en que o por medio del cual puede la pulsión alcanzar su fin. Es el factor más variable de la pulsión; no se halla enlazado a él originariamente, sino que se le incorpora en virtud de su capacidad para hacer posible la satisfacción”; como tal, puede ser un objeto exterior (*Gegenstand*) o una parte del propio cuerpo. Es esta dialéctica del fin y el objeto que ya Freud había descubierto y precisado en los tres ensayos de *Una teoría sexual*. A partir de esta nueva problemática del fin y el objeto se habla de “destinos de pulsión”⁶⁹⁷.

⁶⁹³ Freud, S. (1950 [1895]), t. I, pp. 354-355.

⁶⁹⁴ Freud, S. (1914c), p. 82.

⁶⁹⁵ Freud, S. (1915), “Pulsiones y destinos de pulsión”, en AE, t. XIV, p. 117.

⁶⁹⁶ Ricoeur, P. (1970), p. 108.

⁶⁹⁷ *Ibíd.*, pp. 108-109.

6.2.3. Componentes de la pulsión

Se establecen como componentes de la pulsión:

- El esfuerzo (*Drang*): la insistencia constante que implica para realizar una acción, la magnitud de su exigencia, puesto que toda pulsión es activa e insta a un trabajo, a un esfuerzo. Esto, en efecto, apunta a su vertiente cuantitativa.

[...] la suma de fuerza o la medida de la exigencia de trabajo que ella representa {*repräsentieren*}. Ese carácter esforzante es una propiedad universal de las pulsiones, y aun su esencia misma. Toda pulsión es un fragmento de actividad⁶⁹⁸.

- La meta (*Ziel*): es su propia complacencia, invariable pero accesible por diversos caminos y que puede ser parcial —si la meta pulsional original fuese inhibida o desviada hacia otra que también proporcionase cierta satisfacción— o total.

es en todos los casos la satisfacción que sólo puede alcanzarse cancelando el estado de estimulación en la fuente de la pulsión⁶⁹⁹.

- El objeto (*Objekt*): el medio para obtener su satisfacción, la componente sujeta a más variabilidad y que puede servir para varias pulsiones, que no está ligado a una pulsión desde el origen (la satisfacción en un primer momento es autoerótica).

Le coordina sólo a consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción. No necesariamente es un objeto ajeno; también puede ser una parte del cuerpo propio. En el curso de los destinos vitales de la pulsión puede sufrir un número cualquiera de cambios de vía {*Wechsel*}; a este desplazamiento de la pulsión le corresponden los más significativos papeles⁷⁰⁰.

- La fuente (*Quelle*): el proceso orgánico que la genera y que en principio no entraría dentro del ámbito de estudio del psicoanálisis.

El estudio de las fuentes pulsionales ya no compete a la psicología; aunque para la pulsión lo absolutamente decisivo es su origen en la fuente somática, dentro de la vida anímica no nos es conocida de otro modo que por sus metas. El conocimiento más preciso de las fuentes pulsionales en modo alguno es imprescindible para los

⁶⁹⁸ Freud, S. (1915c), t. XIV, p. 119.

⁶⁹⁹ *Ibidem*.

⁷⁰⁰ *Ibidem*.

fines de la investigación psicológica. Muchas veces puede inferirse retrospectivamente con certeza las fuentes de la pulsión a partir de sus metas⁷⁰¹.

6.2.4. Categorización pulsional: cuantitativa, clínica y biológica. Segunda hipótesis

En principio las pulsiones se plantean como indistinguibles cualitativamente y sólo discernibles por la cantidad de esfuerzo que implican —“magnitudes de excitación que conducen o, quizás, aún a ciertas funciones de dicha cantidad”⁷⁰²— y sus fuentes —atendiendo a los procesos psíquicos que exigen podrían reconducirse hacia las fuentes de donde manan—.

Respecto a su clasificación, Freud indica que puede haber múltiples categorizaciones, si bien se trata de dar con aquellas que supondrían la clasificación última, es decir, que no admitieran escisiones en más niveles. Así se proponen dos tipos de pulsiones: *yoicas* o de *autoconservación* y *sexuales*⁷⁰³. Freud destaca que esta tipificación no es una hipótesis fundamental como la tendencia del aparato anímico de mantenerse exento de estímulos, sino que supone una construcción que se presta ventajosa para la praxis —en las neurosis de transferencia se observan las luchas entre unas y otras— y podría ser susceptible de modificaciones.

No obstante, la dualidad pulsional que se toma como modelo constata su existencia en la biología, puesto que, en efecto, la sexualidad tiene la particularidad frente al resto de funciones de contener dos fines; no sólo atañe al sujeto en sí mismo con la satisfacción que podría reportarle, sino que le rebasa mediante la función que también ostenta de procreación de la especie. Es decir, ambas pulsiones en este sentido coexisten.

Para una, el individuo es lo principal; esta aprecia a la sexualidad como una de sus funciones y a la satisfacción sexual como una de sus necesidades. Para la otra, el individuo es un apéndice temporario y transitorio del plasma germinal, cuasi-inmortal, que le fue confiado por [el proceso de] la generación. La hipótesis de que la función sexual se distingue de los

⁷⁰¹ Ibídem.

⁷⁰² Ibídem.

⁷⁰³ Ibídem.

otros procesos corporales por un quimismo particular constituye, por lo que sé, también una premisa de la escuela de investigación biológica de Ehrlich⁷⁰⁴.

Las dificultades que implica un estudio de las distinciones pulsionales a partir de la conciencia son enormes. No es posible retrotraerse a una génesis dado que el sujeto no puede dar cuenta de ellas desde que viene a la vida, momento en el que incluso se ha ideado una indiferenciación del niño con respecto a la realidad. Pero el psicoanálisis, sin embargo, en su indagación clínica, ha podido elucidar parte del desarrollo sexual instigado por el tratamiento de las psiconeurosis. Empero, las pulsiones yoicas aún no han supuesto un foco de atención y permanecen en un ámbito de saber más oscuro.

En cualquier caso, ya es posible ofrecer una caracterización general de las pulsiones sexuales. Estas pulsiones son múltiples, brotan de numerosas partes del cuerpo que se denominan zonas erógenas, en sus inicios operan de forma autónoma con independencia unas de otras y su meta particular es el *placer de órgano*. No obstante, en el curso de su desarrollo son encaminadas a que finalmente se integren en la medida de lo posible y operen conjuntamente al servicio de la *función de reproducción*. A las primeras se las designa pulsiones parciales y a su agrupamiento al servicio de la reproducción pulsiones sexuales.

Primeramente se sustentan en las pulsiones yoicas o de conservación que actúan, también, como indicadores de los objetos y después se emancipan de ellas, aunque algunas permanezcan asociadas a las pulsiones yoicas dotándoles de componentes libidinosos. Sea, por ejemplo, el caso de las parafrenias donde la libido de objeto se retira del yo, otorgando así a las pulsiones yoicas ciertos componentes libidinosos.

Disponen de multiplicidad de objetos que asimismo les reportan metas que no siendo las primordiales pueden también repercutir en cierta satisfacción. Verbigracia, mediante sublimación.

Se singularizan por el hecho de que en gran medida hacen un papel vicario unas respecto de las otras y pueden intercambiar con facilidad sus objetos {cambios de vía}⁷⁰⁵.

⁷⁰⁴ Ibid., p. 120.

⁷⁰⁵ Ibid., p. 121

Ahora bien, Ricoeur dice, la primacía del fin sobre el objeto es en ellas particularmente obvia: Freud dice que son mutuamente “vicarias” (*vikarierende*), en cuanto que pueden fácilmente intercambiar sus objetos⁷⁰⁶.

6.2.5. Destinos de la pulsión: variedades de la defensa

Respecto a sus destinos se establecen cuatro que han sido esclarecidos a partir de la clínica. Freud nos dice que al ser destinos de pulsiones necesariamente han tenido que haber sido procesados por una lucha de fuerzas y, por tanto, pueden considerarse variedades de la *defensa* contra las pulsiones:

- La represión: se trata en un trabajo específico de esta misma época, “La represión” (1915), y que traeremos aquí para ofrecer la visión conjunta de la sistematización freudiana de las pulsiones. Podemos agregar, muy someramente, que en ese trabajo concreto la introduce como aquello intermedio entre una huida (efectiva ante un estímulo externo) y un juicio adverso que la desestimase. Es otra forma de mudar el displacer en placer y condición para ello es que el motivo que ocasione el displacer sea mayor que el placer que se obtendría con la satisfacción. Es un mecanismo que se construye a lo largo del desarrollo libidinal. *Su esencia consiste en rechazar algo de la conciencia y mantenerlo alejado de ella*⁷⁰⁷.

Es decir, tal y como veremos, reprimir es retirar las representaciones al inconsciente pero fraccionándolas en continente (representante) y contenido (lo representado; lo pulsional, el motor de otros trabajos) para que sean procesados por caminos distintos (la pulsión será empleada en los procesos de formación de síntomas y formaciones sustitutivas drenándose, así, al máximo pero no del todo; el representante será transformado por condensaciones y desplazamientos como se hacía en los sueños).

- La sublimación: no se explicita en este trabajo puesto que fue tratada en “Introducción del narcisismo”⁷⁰⁸. Retomando su definición, consiste en una trasmutación de la naturaleza de la *meta*. Es decir, se permutaría la meta sexual original por otra que ya no es de índole sexual. En dicha obra lo contrapone a la

⁷⁰⁶ Ricoeur, P. (1970), p. 109.

⁷⁰⁷ Freud, S. (1915), “La represión”, en AE, t. XIV, p. 142.

⁷⁰⁸ Freud, S. (1914c), t. XIV, pp. 91-92.

idealización que no atañe a la naturaleza de la meta pulsional, sino al objeto, constituyendo su ensalzamiento y, en definitiva, su revestimiento. Asimismo, la sublimación era una manera de comprometerse con la idealización esquivando a la represión.

- *La vuelta hacia la persona propia*: se trata de un viraje del *objeto* manteniendo la meta. Por ejemplo, la vuelta desde el sadismo hasta el masoquismo, desde el ver hacia el ser visto, etc. Es decir, implicaría la reflexividad (pegar-pegarse, ver-verse); la satisfacción se halla en el verbo y el desvío es de sujeto a objeto. Así, el sádico primeramente tomaría a un objeto para verterle su crueldad pero, posteriormente, retornaría hacia él situándole como objeto en su vertiente masoquista. Es decir, la esencia del placer o la meta se hallaría en la cancelación interna del displacer (en su fuente) con la propinación del dolor que puede realizarse en un sentido u otro, hacia otros o hacia uno mismo, lo que se consigue con el cambio de objeto.
- *El trastorno hacia lo contrario*: por un lado, supone un cambio de *meta*, pasando de la actividad a la pasividad, y, por otro lado, un *trastorno en cuanto al contenido*, o sea, como del amor al odio⁷⁰⁹. Un ejemplo de cambio de meta también sería el sadismo *versus* masoquismo y el ver y ser visto; coincidirían con la anterior defensa, si bien son diferentes y será tratado *ex profeso* más adelante. La pasividad podría entenderse como explícitamente propia del narcisismo donde el sujeto se encarna como objeto aglutinando las pulsiones y satisfaciéndolas en sí mismo. El yo sería pasivo frente al mundo exterior pero activo para con sus pulsiones.

Ricoeur, sobre los destinos pulsionales, nos dice lo siguiente:

En *Los instintos y sus destinos* Freud ofrece una visión sistemática, aunque deliberadamente limitada, de esos “destinos”; en efecto, todavía debe aceptarse una hipótesis previa: la distinción entre pulsiones del yo (o instintos de conservación) y pulsiones sexuales. [...] Con la reserva de esta limitación a las pulsiones sexuales, el cuadro de los destinos de pulsión puede considerarse como sistemático; la represión —la única examinada en *La interpretación de los sueños*— se halla ahora, en efecto, intercalada entre la transformación (*Verkebrung*) de las pulsiones en su contrario y la vuelta (*Wendung*) contra la propia persona, por un lado, y la

⁷⁰⁹ Freud, S. (1915c), t. XIV, pp. 122-124.

sublimación por otro. (No habla en este estudio de la sublimación, sino únicamente de las dos primeras. Dedicar un estudio especial a la represión.)⁷¹⁰.

A continuación, ampliaremos la represión siguiendo el artículo fundado a tales efectos y desgranaremos las diferencias entre la vuelta hacia la persona y el trastorno hacia lo contrario por quedar en parte veladas al servirse de los mismos ejemplos.

6.2.5.1. La represión

La represión maniobra de forma que la “agencia representante psíquica de la pulsión”⁷¹¹ es consignada al inconsciente, lo cual no significa que de ahí no pueda regresar. Es decir, lo que se destierra al inconsciente es la agencia representante psíquica; podríamos transcribir este lenguaje freudiano indicando que la pulsión llega a lo anímico tomando como resorte una idea y no sólo ella, sino todas aquellas asociadas que vienen a darle un sentido psíquico, que contribuyen a su valoración de alguna manera y que, por tanto, todo ese conjunto de ideas sería relegado al inconsciente.

Freud plantea una represión originaria. Consistiría en aquella en la que la representación psíquica de la pulsión no fue admitida en la conciencia, sino que quedó recluida en el inconsciente pero aparejada de su cantidad pulsional y estableciéndose así una *fijación*. Esta representación reprimida podría convocar a otras representaciones puesto que no está exenta de pulsión. Así, posteriores represiones, que serían la represión *per se*, consistirían en relegar al inconsciente aquellas representaciones que posean ciertos vínculos con la primera, las que por asociación pasarían a formar la “agencia representante”.

La represión opera en el borde del inconsciente pero no más allá. Es decir, no tiene potestad para influir sobre la agencia representante pulsional que reside en lo inconsciente reprimida, sino que sólo la estorba en el acceso a lo consciente. De esta manera, sus retornos desde lo inconsciente se producen bien a través de las fantasías, bien con ciertos síntomas neuróticos o incluso con los chistes (que expresan parte de lo reprimido mediante condensaciones lingüísticas, por ejemplo), pues precisamente en estos procesos operan unas desfiguraciones

⁷¹⁰ Ricoeur, P. (1970), p. 109.

⁷¹¹ Freud, S. (1915d), t. XIV, p. 143.

que permiten sortear la represión. En este sentido, tenemos que la represión es continua, constante, en oposición al esfuerzo pulsional que también posee esta característica.

La represión es convocada cuando el placer que podría propiciar la satisfacción de la pulsión en sí misma pudiera generar también cierto displacer al yo. Empero, el triunfo de la represión no es alcanzado simplemente con el desalojo de la representación psíquica de la pulsión de la conciencia, sino que sólo su triunfo es total si desaparece también el *monto de afecto*—libido, si se refiere a una pulsión sexual, o interés, si parte de una pulsión de autoconservación—, que aparece ligado a ella.

La pulsión se descompone, por un lado, en su representación que puede ser reprimida al inconsciente y, por otro lado, en lo que en efecto la representa, en aquello que toma su consistencia y forma en la representación, en esa cantidad de energía que puede expresarse en su misma proporción en concepto de afectos como, por ejemplo, la angustia. De hecho, sus únicos destinos son tres: su desaparición por haber sido completamente sofocada, los afectos o la angustia. La represión tiene como objetivo la evitación del displacer, luego el monto de afecto se considera lo preponderante; la represión puede reprimir una idea pero si emerge cierto displacer se califica de fracasada.

Freud trata de exponer el mecanismo de la represión y, en primer lugar, destaca su diferencia con las formaciones reactivas y las formaciones de los síntomas, pues estas dos últimas representan una revuelta de lo reprimido y obedecen a otros procesos. Claramente Freud pone límites a la represión puesto que se trata de un proceso comandado por el yo en su vinculación con la realidad, mientras que los otros procesos mencionados imperan en el inconsciente. Estaríamos así en el lado de la tópica pero al ser el fin último reducir el displacer se estaría tratando, a la par, la perspectiva económica. La topología de los bordes nos permite conciliar ambas. Los mecanismos del proceso represivo los ilustra ejemplificando el sorteo de la incidencia pulsional en las distintas neurosis.

En las fobias toma como ejemplo el caso de la represión del requerimiento del amor de un padre y la angustia frente a él aparejada. Tras la represión el padre ya no se presta a ser objeto de la libido, la tendencia libidinal hacia él ha desaparecido pero se ha transformado en angustia. La formación sustitutiva consiste en el reemplazo del padre por el animal. La represión supone un fracaso total puesto que la angustia no se ha reducido, no desaparece y se manifiesta en la exigencia continua de una evitación constante del objeto fóbico para impedir su emerger. Freud interpreta la fobia como el trabajo que en un segundo tiempo

hace la neurosis para tratar de gestionar el monto de afecto (la angustia) que no ha sucumbido bajo la represión, y lo hace delimitándolo en un objeto frente al que puede reaccionar con la huida.

En la histeria de conversión, sin embargo, la represión actúa de forma satisfactoria sobre el monto de afecto pues desaparece por completo. De ahí deduce Freud la *belle indifférence* de los pacientes frente a sus síntomas. Sin embargo, en la mayoría de ocasiones el logro no es íntegro y afloran ciertos afectos penosos ligados al síntoma. Freud cierra este mecanismo a una represión de la agencia representante (al contenido de la representación) con su destierro al inconsciente y, por otro lado, el monto de afecto (lo que representa la representación) como formación sustitutiva y al mismo tiempo como síntoma, pues se transforma en una inervación hiperintensa de carácter motriz o sensorial y que puede tanto excitar funciones como inhibirlas. El destino de la inervación es, en caso de ser somática, una parte del cuerpo y que se erige por condensación como fragmento de la agencia representante de la pulsión reprimida. En la histeria de conversión la represión tiene un éxito rotundo dado que el monto de afecto desaparece por completo. Asimismo no requiere de un segundo tiempo como en la histeria de angustia, pues la formación del síntoma lo evita.

En la neurosis obsesiva, sin embargo, las formaciones varían. En primer lugar aparece el impulso sádico hacia la persona amada y su representante es reprimido. El afecto hostil por formación sustitutiva altera al yo dotándole de la moralidad extrema (traslada el afecto a su contrario). Aquí es donde Freud precisa la diferencia entre formación sustitutiva y formación de síntoma ya que una moralidad exacerbada no reúne las características propias del síntoma. Y, por otro lado, destaca la coincidencia del mecanismo represivo y la formación sustitutiva puesto que lo ha sucedido es que la represión ha sustraído la libido del objeto y por formación reactiva ha erigido un contrario, como lo habría hecho la formación sustitutiva.

No obstante, la represión falla por la ambivalencia del deseo inicialmente reprimido. En efecto, el amor del amante en su calidad de ambivalente, de odio hacia la amada, posibilita la represión de éste último representante. Aún no hemos hablado del afecto. Pero la formación reactiva: el amar obedeciendo a un orden moral, convoca lo reprimido: odiar a la amada. El afecto que en principio había desaparecido retorna como angustia social, angustia por el odio que el sujeto ha detestado y que se divisa desde un orden moral como algo punible, de ahí que sobrevengan también de forma incesante los autorreproches.

Y, entonces, comienza el segundo tiempo, la representación rechazada es reemplazada por un *sustituto por desplazamiento*, por una representación que en lo posible sea de lo más fútil, pues así evitaría ese carácter convocante y todo el displacer que podría llegar a generar un representante de otro tipo. Por otro lado, el factor cuantitativo opera como en la fobia, instará a producir una serie de acciones obsesivas y prohibiciones cuya no realización traerían como consecuencia la angustia.

- Aunamiento de la concepción tópica y económica en la topología

6.2.5.2. Diferenciación entre el trastorno hacia lo contrario y la vuelta hacia la persona propia

Freud al ejemplificar ambos destinos de la pulsión con las pulsiones ambivalentes ofrece un desarrollo que elucida sus diferencias.

- Sadismo y masoquismo:
 - ❖ El sadismo consiste en que un sujeto (agente) propina una acción violenta contra otra persona como objeto, en cuanto que la recibe.
 - ❖ Cuando el objeto se resigna y se sustituye por la propia persona se incurriría en la vuelta hacia la persona propia. Si bien la meta perdura, que es la propinación de la acción violenta, se ha producido un cambio de objeto puesto que el sujeto ahora se posiciona como tal para recibir la acción. Como colateral la meta también pasa de ser activa a ser pasiva, sufre de un trastorno hacia lo contrario.
 - ❖ Cuando se busca como objeto a otra persona para que sea agente de la acción lo que se produce es un cambio de meta, que pasa de ser activa a ser pasiva. Aquí no hay una vuelta hacia la persona, pues el objeto siempre es una persona ajena, lo que se produce es un trastorno hacia lo contrario.

Este último caso precisamente encarnaría el masoquismo. Sería la búsqueda de satisfacción por la vía sádica original en tanto que el sujeto se traslada a la fantasía como agente pasivo. Observaría la escena como agente activo, mientras que su cuerpo lo deja a merced de otro como resto que da forma a su fantasía. Freud aduce que no concibe una forma de masoquismo directa, que la vía de satisfacción masoquista pasa necesariamente por el sadismo. Assoun recalca esta negativa de Freud y avanza su ulterior concepción al respecto:

En esta etapa de su investigación, Freud duda de que exista un masoquismo originario (*ursprünglicher Masochismus*). Idea que resultará radicalmente corregida por la segunda teoría del masoquismo (1924). Esto da lugar a una apretada dialéctica de la *identificación*. Pues en el fondo, sádico y masoquista gozan uno y otro del dolor, dolor del otro en el primer caso y de sí mismo en el segundo, aunque deba añadirse esta precisión decisiva: al producir los dolores en otro, el sádico “los goza de manera masoquista en la identificación con el objeto que sufre” (*in der Identifizierung mit dem leidenden Objekt geniesst*).

Esto nos remite a la postura subjetiva y, por otra parte, a la llamada al otro⁷¹².

En efecto, tal y como dice Assoun, el masoquista es un “activista de la pasividad”; las pulsiones, como decía Freud, son siempre activas, lo que puede ser pasivo o activo son las metas. Luego el masoquista busca activamente la meta pasiva para procurarse placer, busca el objeto para padecer de él. Y, a su vez, se coloca en una especie de posición externa pues es él quien sufre la acción del otro, que sería la fuente de alimentación de “excitaciones externas”. Es decir, vendría a ser el objeto externo para el otro que ejecuta la acción sobre él pero sin ser objeto pulsional precisamente⁷¹³.

El segundo caso Freud lo asocia con los efectos de la pulsión sádica en la neurosis obsesiva que volverían hacia el sujeto como el martirio y los castigos que uno mismo se perpetra (las acciones y prácticas obsesivas y los autorreproches) pero que no constituirían un masoquismo.

Apuntar que en el caso del sadismo y el masoquismo de lo que se obtiene placer es de la excitación sexual que escolta en este caso al dolor. El dolor no es un fin en sí mismo; cuando el niño sádico dispensa su acción violenta obedece a su meta pulsional que poco tiene que ver con el dolor. No obstante, cuando el padecimiento de los dolores, aun siendo displacentero, desborda la pulsión sexual y produce un efecto placentero pasaría a ser una meta masoquista. Y podría devenir meta pulsional siempre y cuando uno sea sádico.

Freud añade que una formación reactiva contra la pulsión sería la compasión y advierte que no supone una mudanza pulsional desde el sadismo. En efecto, tal y como hemos visto en el artículo “La represión”, donde tampoco lo desarrolla explícitamente, se señala que la mudanza del afecto sigue unos caminos que no son del imperio de la represión, como tampoco lo serían de la formación reactiva. Tanto la represión como la formación reactiva competen al yo y son defensas frente a las pulsiones, pero los mecanismos de procesamiento de la pulsión son aquellos que imperan en el inconsciente como, por ejemplo, la formación de síntomas.

⁷¹² Assoun, P-L. (1997), p. 34.

⁷¹³ *Ibíd.*, p. 34.

- Ver y ser visto (similar a la perversión ambivalente anterior):
 - ❖ Se tendría el ver como una *actividad* dirigida hacia el objeto que recoge la mirada, que es visto.
 - ❖ Cuando el objeto se resigna y se sustituye por la persona propia se produce la vuelta hacia la persona, que en efecto pasa a ser mirado como objeto; y se establece contingentemente el paso de una meta activa a una pasiva, es decir, se produce un trastorno hacia lo contrario.
 - ❖ Si se busca un objeto ajeno para que a uno le mire esto daría cuenta de un trastorno hacia lo contrario en tanto que hay un cambio de meta, que pasa de ser activa a ser una meta pasiva.

No obstante, aquí matiza Freud respecto al caso anterior. Aduce que al ser mirado inexorablemente le precede el ver, al igual que en el caso anterior. Sin embargo, a diferencia del sadismo, señala que en la pulsión de ver, además, hay que definir una etapa previa al primer caso que hemos introducido. La pulsión de ver, según Freud, es en un primer momento autoerótica y se satisface mirando una parte del propio cuerpo. Sólo después, por una vía comparativa, permuta el objeto y pasa a mirarlo en otro, que sería el primer caso que indicamos, es decir, la actividad de ver dirigida a un objeto ajeno.

La incorporación de esa etapa previa tiene todo el sentido si la identificamos con el acto de inauguración del narcisismo, que encontraría el placer de verse y adquirir la unidad corporal a través del otro; la imagen que devuelve el primer ápice del yo. No tiene que ser una imagen como tal, un espejo, ni nada por el estilo, sino que es la composición subjetiva que el niño se va formando de su cuerpo, la imagen que se figura de hasta dónde llega, de lo que es y puede ser y que le adviene por los cuidados de un externo que, en definitiva, es quien le va limitando con sus actos, con sus dichos, con sus reclamos, etc. De esa figura externa es de quien, también, tomará prestadas las referencias para erigir ulteriormente otra instancia (ideal del yo).

Para el sadismo Freud no ubica esta etapa. Podemos intuir la dificultad que suponía concebir un masoquismo narcisista, un placer de ser pegado o apoderado por otro en esa temprana edad. Desde luego que el masoquismo en la infancia es asumible en la búsqueda del castigo —la excitación del dolor rebasaría a la pulsión sexual y sería

apaciguada al ser pegado, sobre todo cuando se ha realizado un acto interdicto—pero un masoquismo narcisista va más allá de eso. Efectivamente, Assoun nos indica lo que supondría el masoquismo narcisista y cómo Freud lo soslaya:

En la vertiente del sujeto, habrá sido preciso que la violencia de objeto se volviera hacia el yo propio (*eigene Person*), con una correlativa pasivización. Esto indica que, antes de encomendarse al otro-verdugo otorgándole plenos poderes, el sujeto habrá realizado una operación eminentemente “personal”. Existe cabalmente un “masoquismo narcisista”. Esto anuncia por otra parte el trabajo del fantasma, por el cual “el yo pasivo vuelve a situarse fantásticamente (*phantastisch*) en su lugar anterior”. Así pues, justamente por virtud del fantasma se genera ese ballet de posiciones objeto/yo, activo/pasivo. El “yo pasivo” pasa “fantasmáticamente” a la posición de objeto respecto del objeto reclutado como sujeto (verdugo).

Lo cual habría podido propiciar la idea de “una satisfacción masoquista originaria directa”, que sin embargo Freud sólo menciona para descartarla (cosa que lo obligará a la terminante rectificación de 1924)⁷¹⁴.

Freud persevera en diseccionar esa pre-etapa del ver ya que determinará *a posteriori* la posición a tomar entre el par de opuestos. A continuación, exponemos el esquema de Freud⁷¹⁵:

Insiste en que la etapa previa falta en el sadismo, puesto que el sujeto no se apodera de sí mismo, sino que desde el principio toma el objeto más allá de su cuerpo. Y, por lo tanto, añade que a lo largo del desarrollo de la pulsión todas conviven juntas y

⁷¹⁴ Ibid., p. 37.

⁷¹⁵ Freud, S. (1915c), t. XIV, p. 125.

comparten sus decursos, como lo muestra el caso de la vuelta hacia la propia persona. Entonces, los desplazamientos de la pulsión de un objeto a otro no se dan en su totalidad, sino que se conservan en cierto grado en cada uno de ellos.

Para la pulsión de ver indica que sólo habría una exposición correcta:

Todas las etapas de desarrollo de la pulsión (tanto la etapa previa autoerótica cuanto las conformaciones finales activa y pasiva) subsisten unas junto a las otras; y esta aseveración se hace evidente si en lugar de las acciones pulsionales se toma como base del juicio el mecanismo de la satisfacción⁷¹⁶.

Freud denomina como “ambivalencia”⁷¹⁷ al hecho de que incluso en etapas del desarrollo más avanzadas se pueda observar que una pulsión convive con su opuesta.

Ahondando en la etapa temprana en el que el yo toma su cuerpo como objeto para poder satisfacer de manera autoerótica sus pulsiones, Freud ubica esa pre-etapa de la pulsión de ver. Entonces, lo que se mira es el propio cuerpo como una formación narcisista y que se dejaría atrás con la pulsión activa de ver. No obstante, la pulsión pasiva de ver mantiene su objeto narcisista.

En estas aserciones de Freud no debemos caer en la confusión de pensar que insinúa la posibilidad de un masoquismo primario o narcisista, eso está descartado desde el principio. Lo que indica es que se toma el objeto de la etapa narcisista. Esto es especialmente interesante en el masoquismo pues al mantenerse el objeto ajeno, el objeto narcisista del sadismo, implica que el masoquista buscará un objeto fuera del cuerpo con empeño que le procure placer (que le pegue como él pegó siendo sádico).

Y en ambos casos, en el placer de ser visto y en el que se halla en el masoquismo, el sujeto narcisista es intercambiado mediante identificación con un “yo otro, ajeno”⁷¹⁸. Como dice Ricoeur:

El cambio de papeles entre el yo y el otro —no sólo en la pareja sadismo-masoquismo, sino también en la pareja voyeurismo-exhibicionismo— obliga a cuestionar globalmente todas las

⁷¹⁶ *Ibídem.*

⁷¹⁷ *Ibíd.*, p. 126.

⁷¹⁸ *Ibíd.*, p. 127.

supuestas evidencias referentes a la relación entre un polo sujeto y su correlato objetivo. La distribución sujeto-objeto ya es y en sí una distribución económica⁷¹⁹.

Generalizando este aspecto y considerando la etapa previa al sadismo, es decir, el narcisismo, podemos decir que los destinos pulsionales que comprenden el trastorno hacia lo contrario, en el sentido de tornar de la actividad a la pasividad, y la vuelta sobre el yo como objeto, penden de la organización narcisista del yo y puede que supongan un intento de defensa arcaico del yo en sus momentos de precariedad. Efectivamente, de los cuatro destinos pulsionales es en estos dos donde se aprecia una satisfacción sexual manifiestamente perversa, luego la represión y la sublimación pueden tratarse de defensas ejecutadas por un yo más desarrollado que el de la etapa narcisista, que no deja de ser incipiente y con escasos recursos para llevar a cabo defensas contundentes contra las pulsiones sexuales.

Por otro lado, en esta pulsión de ver y en el sadismo los objetos no se hallan delimitados en una zona erógena concreta. Es decir, no es el ojo mismo, sino que se mira una parte del cuerpo. Y la musculatura propia también apunta a otro objeto.

Podríamos decir que existe una etapa autoerótica muy opaca y arcaica donde la satisfacción no es posible saber si se halla en el cuerpo propio o en el ajeno dado que no existe esa formación del yo como unidad de sus funciones. Por ejemplo, en la vida del lactante. Con el nacimiento del yo se accede al narcisismo y es cuando el niño comienza a tomar su cuerpo como unidad y puede gozar de él de manera autoerótica. Entonces, la identificación es lo que se pone en juego, "yo miro", "yo tomo", pero porque "el otro me mira-me miro a mí mismo", "el otro se apodera de mí-me tomo a mí mismo". O sea, se adquiere la referencia del cuerpo por el otro, de manera reflexiva, supondría una especie de enajenación. Y el que el sujeto opte por el "yo me miro", por ejemplo, o el "yo miro" determinará *a posteriori* la preponderancia de exhibirse o del *voyeur*.

Claramente, a la par que el yo se va desarrollando se va reduciendo la satisfacción pulsional del cuerpo a una zona erógena produciendo una satisfacción autoerótica en zonas concretas, las llamadas zonas erógenas, donde la fuente y el objeto de la pulsión tienden así a ser coincidentes. Por ejemplo, el ojo como fuente produce sensaciones y asimismo es empleado por la pulsión activa como objeto recibiendo imágenes a través de él para proporcionarse placer.

⁷¹⁹ Ricoeur, P. (1970), p. 110.

Ricoeur nos dice:

Hablar de objeto narcisista a propósito del narcisismo primario y de cualquier retorno al narcisismo no es más que aplicar la definición del objeto como medio del fin pulsional. En este aspecto el narcisismo entra en una vasta económica donde se intercambian no sólo los objetos sino también las respectivas posiciones del sujeto y el objeto. No solamente se intercambian éste y aquél, en función de los mismos fines, sino también el yo y el otro, al pasar del papel activo al papel pasivo, del mirar al ser mirado, del hacer sufrir al otro a hacerse sufrir. El narcisismo hace de indicador primordial en lo referente a esas permutaciones, a esos cambios económicos: representa la confusión originaria entre amar-algo y amar-se. Freud lo designa hablando equivalentemente de objeto narcisista y de yo investido⁷²⁰.

Por último, quedaría sin elucidar con los dos ejemplos el trastorno hacia lo contrario en referencia al contenido que Freud precisa sólo poder detectarlo en la transformación del amor en odio. El amor tiene tres polaridades y no sólo una:

- Amar y odiar.
- Amar y ser amado: aquí en efecto se produce la vuelta hacia la persona y transformación de activo en pasivo, luego automáticamente es reconducible al *amarse a sí mismo* narcisista. Y según se intercambie el objeto o el sujeto por uno ajeno, la aspiración será activa y consistirá en amar, o pasiva consistiendo en ser amado (más narcisista). En efecto, si el sujeto se toma como objeto en el narcisismo: “yo me amo porque el otro me ama” optará posteriormente por el “amor a sí mismo”.
- Amar y odiar tomados conjuntamente frente a la indiferencia.

En este sentido, Ricoeur aprecia lo siguiente:

El uso lingüístico que hace concertar los verbos amar y odiar con el objeto sólo se explica al término de una génesis de la función objetual, en una época del deseo en que el amor y el odio —por así decirlo— han constituido sus objetos contrarios y constituido su sujeto. La historia del objeto es la historia de la función objetual, y esta historia es la historia misma del deseo. Lo que aquí nos interesa no es esa historia —la famosa teoría de las etapas— sino su valor metodológico; el objeto no es, para Freud, lo que está inmediatamente en frente de un yo dotado de conciencia inmediata; sólo es una variable de una función económica. Esta permutación económica entre el yo y los objetos debe llevarse hasta el extremo de que el

⁷²⁰ Ibíd., p. 110.

objeto no sólo sería una función del fin pulsional, sino que el mismo yo sería un fin pulsional⁷²¹.

Ahondar más en las polaridades del amor exige abordar primeramente otras tres que según Freud son las que comandan la vida anímica:

- Sujeto (yo) – Objeto (mundo exterior): se impone al ser de manera temprana; la estimulación externa se apacigua por reflejo motor pero las pulsiones invalidan una acción autónoma del sujeto. En la eficacia de la reacción a la estimulación externa respecto de la interna, el sujeto adquiere la diferenciación del “adentro” y del “afuera”.
- Placer – Displacer: suponen la marca cualitativa que comandará la voluntad del sujeto; serán apreciables en la medida en que un estímulo esté descontrolado y su requerimiento de una acción imponga un displacer frente a la polaridad placentera cuando la acción sea satisfecha.
- Activo – Pasivo: es distinta a la polaridad yo-sujeto y yo-objeto. En el activo-pasivo se expresa la posición del sujeto frente a los estímulos, si reacciona ante ellos o si es un mero receptor. Por ejemplo, el yo-sujeto es pasivo en cuanto que recibe estímulos externos (de los que se descarga por acto reflejo, no requieren una acción específica) y activo frente a las pulsiones puesto que le instan a una acción, a realizar un trabajo específico.

Añade que dos de estas polaridades coinciden en un determinado momento en el psiquismo del individuo. En la etapa narcisista, el yo satisface sus pulsiones de forma autoerótica y, por tanto, hay una indiferencia frente al mundo exterior dado que él mismo se autoplacé. El sujeto se encontraría entremezclado con el placer y, por otro lado, el exterior (los objetos) con lo indiferente o el displacer siempre y cuando un estímulo irrumpa en su hedonismo.

Volviendo a la polaridad amor-odio y efectuando una correspondencia con las polaridades de la vida anímica tendríamos que en esta etapa narcisista donde el sujeto se satisface de forma autoerótica y el mundo exterior es indiferente, residiría la polaridad amor-indiferencia pues el sujeto se ama a sí mismo y el mundo exterior no está revestido de interés.

⁷²¹ *Ibíd.*, p. 111.

Empero, la polaridad placer-displacer adviene y, por ende, su correspondencia con la polaridad sujeto (yo)-mundo exterior (objeto) —momento psíquico que dice Freud coinciden ambas polaridades—. En efecto, las pulsiones de autoconservación sólo son satisfechas por los cuidados que se otorgan al infante, de tal modo que el niño incorpora los objetos que le facilita el cuidador y que satisfacen la pulsión de autoconservación a la par que la sexual. No obstante, rechazará aquellos que le son ajenos y le sobrevienen de manera hostil. Probablemente esta caracterización de los objetos venga por el momento en que son suministrados. La aparición de los objetos en los momentos en que el sujeto requiere de una acción específica, por parte del mundo exterior, hará que éstos adquieran cualidades placenteras y los incorpore. Sin embargo, aquellos que se faciliten cuando no se requiera dicha acción probablemente generen displacer y germinen el odio.

Entonces, con el ingreso del objeto en la etapa narcisista se comenzaría a desarrollar el sentido de la polaridad amar-odiar; se ama al objeto que dispensa placer y se odia al que genera displacer. Pero, como dice Freud, una pulsión no odia a los objetos, luego no es posible hacer un correlato de la polaridad amor-odio con las pulsiones y sus objetos. Sólo podría realizarse una correspondencia de la polaridad amor-odio con los objetos del yo formado (no escindido), con los que ama y los que odia. Matiza aún más añadiendo que los objetos que se prestan a la satisfacción de las pulsiones de conservación no son susceptibles de ser amados, sino en todo caso son valorados o apreciados (Por ejemplo, no se ama a la comida, aunque a uno sí le gusta comerla).

Freud indica que en el momento en que las pulsiones parciales son subsumidas en una primacía genital, al servicio de la reproducción, y se instala la elección de objeto sexual se presenta una mayor tendencia a asimilar el amar con el vínculo que el yo mantiene con su objeto. Por otro lado, arguye que se odia todo lo que suponga una frustración de la pulsión sexual o de autoconservación, todo lo que se posicione como suministro de displacer. Luego, amor y odio tienen génesis distintas y no están relacionados de manera baladí, al menos hasta que se aproximan a la polaridad placer-displacer. Freud traza el desarrollo de ambos.

El amor surge de la posibilidad que detenta el yo para satisfacerse de manera autoerótica. En sus inicios narcisistas igualmente trata de atraer los objetos que se imponen como fuentes de placer. Se vincula posteriormente con las pulsiones parciales y más tarde con la pulsión sexual que vendría a aunar las anteriores.

Las fases pretéritas del amar se encontrarían en *incorporar* o *devorar* el objeto, lo que a su vez tendría como consecuencia aniquilarlo. Así la etapa oral, en relación con un objeto como algo separado se presenta ambivalente. Este hecho dará lugar a que Abraham amplíe las etapas pregenitales reflejando estas ambivalencias (con una primera etapa oral de succión y otra etapa oral canibalística)⁷²². En la etapa sádica-anal se manifiesta en el acercamiento hacia el objeto con el fin del apoderamiento y no de causar daño, aunque se presente muy similar al odio esta característica, simplemente, quedaría en el ámbito puramente conductual. Finalmente, con la fase genital es cuando realmente el amor se posiciona como opuesto del odio y no antes.

El odio, sin embargo, tiene una génesis anterior en el tiempo pues emerge ante la repulsa narcisista del objeto externo que interrumpe su hedonismo. El despliegue de malestar frente a estos objetos provoca un vínculo importante con las pulsiones de autoconservación. Luego la polaridad amor-odio, en este sentido, se actualizaría en los conflictos entre pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación. Asimismo, en la fase sádico-anal cuando las pulsiones de autoconservación sirven de base a las pulsiones sexuales ofrecen a su vez a la meta pulsional connotaciones de odio.

De esta forma, las relaciones de amor-odio son entendibles puesto que la mudación de amor en odio puede interpretarse como la regresión del amor a una etapa del desarrollo libidinal previa que sería la sádica-anal, donde el odiar estaría erotizado y el vínculo amoroso con el objeto se mantendría.

Como corolario, se tiene que los destinos de las pulsiones vienen marcados por las polaridades soberanas en la vida anímica⁷²³:

- Sujeto (yo) – Objeto (mundo exterior): supondría la influencia *real* sobre las pulsiones pues, en efecto, limita los destinos según la realidad circundante del individuo.
- Placer – displacer: sería la influencia *económica* dado que obedece al principio del aparato anímico de mínima excitación regulado por estas sensaciones.
- Activo – pasivo: en ella residiría la influencia *biológica* ya que se erige por la necesidad de responder a los estímulos.

⁷²²Abraham, K. (2006 [1924]), “Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales”, en *Obras escogidas*, Barcelona, RBA, p. 391.

⁷²³ Freud, S. (1915c), t. XIV, p. 134.

6.3. Periodo transitorio hacia otra dualidad pulsional

Las conferencias de introducción al psicoanálisis, impartidas por Freud en la Universidad de Viena entre 1915 y 1916 y posteriormente publicadas, recogen la visión freudiana del aparato anímico construida hasta el momento. Si bien no incorporan novedades en cuanto el concepto de “pulsión”, sí parecen dejar flotantes ciertos asuntos que serán tomados como material de trabajo para próximos estudios y que vendrán a modificar algunos aspectos de la doctrina pulsional.

Freud da las conferencias en el ámbito universitario trasladando los conocimientos que él obtiene como clínico. El trabajo teórico de Freud operado sobre el material disponible en la práctica es lo que le lleva a obtener el contenido que transmite en sus simposios. En este sentido, podemos decir que Freud lo que tenía disponible eran básicamente los síntomas, los sueños, las resistencias y los relatos de los pacientes.

Justamente, los síntomas llevaban a los sujetos a acudir a consulta y en su relato, como no podía ser de otra forma, los referían pero también iban más allá de ellos. Enseguida en el curso de la terapia salían a flote los sueños e historias de la infancia y, asimismo, las narraciones a menudo se veían interceptadas por algo que se manifestaba como resistencia, bien silencios, bien faltas de asistencia o repeticiones de algo pasado que iba en detrimento del recuerdo.

Freud propone a la audiencia hacer lo mismo que hace él en la clínica. Les exhorta a que se pregunten por las causas de estos fenómenos, les insta a no quedarse en los resultados finales, en el material, sino proceder con la investigación de lo que ha ocurrido antes. Les invita a llegar al origen e investigar los procesos que han tenido lugar en el ínterin para que las consecuencias finalmente sean estos fenómenos. Es decir, les propone como tarea esclarecer de dónde provienen los síntomas, los sueños, los actos fallidos, las resistencias, cómo se han formado y lo que a nosotros más nos interesa, cuál ha sido el suministro o la chispa de ese trabajo que opera desde el principio hasta la formación final.

Freud insiste en que en los síntomas de los neuróticos así como en los sueños y en las operaciones fallidas reside, por un lado, un sentido y, por otro, un residuo que es producto de los procesos de la economía nerviosa.

6.3.1. Sentido e interpretación. La figuración y desfiguración del representante

El sentido se encuentra en el nexo que establece el paciente entre el síntoma y la vivencia pasada a la que remite, si bien no elucidaría cómo se ha formado ni por qué.

Freud apuesta por la interpretación como vía de investigación histórica para hallar la causa que determina la forma de estos síntomas, su expresión, su sentido.

Para ahondar en el misterio del sentido, tomando como ejemplo distintos casos de neuróticos obsesivos, ofrece una serie de fenómenos que si bien no son expuestos en lo somático como en el caso de la histeria, no están exentos de alojarse en el ámbito del alma, son de carácter más privado. Se trata de enfermos a los que se les presentan ciertos impulsos con gran intensidad y de contenido disparatado de los que tratan de huir horrorizados.

Es decir, los sujetos se espantan ante su realidad subjetiva y tratan de sustraerse de ella. Si bien no indicaremos cómo, sí señalaremos las consecuencias de este subterfugio. Se ven compelidos a realizar acciones irracionales y a obedecer a sus propias prohibiciones, la obsesión habita en ellos. Y ante esto lo único que pueden realizar son desplazamientos de esa obsesión de la que padecen, pasar de una idea a otra, aunque sin suprimirla; su libertad, en definitiva, quedó cercenada dentro de una espiral de desplazamientos sin fin.

Freud apuesta por la interpretación de los síntomas, por encontrar el vínculo del vivenciar actual del neurótico con la situación pasada (no la que ahora aflora resultado de múltiples desplazamientos) y cree poder hallarlo dado que la acción surgida tras el evento respondería a una finalidad precisa (no se ejecuta de forma reiterada con una ausencia plena de sentido). Freud busca la interpretación *histórica* de los síntomas, un sentido de su expresión.

Ahora bien, tal y como hemos indicado, no sabríamos aún por qué se formaron esos síntomas ni cómo, sino simplemente una explicación de por qué tomaron esa forma. Es decir, su esclarecimiento supondría un enriquecimiento de la fenomenología.

Asimismo ocurre en el sueño, éste se presenta con un contenido manifiesto en el que se insertan restos diurnos. No obstante, esos restos armonizan con algo que está más allá de ellos y que refiere a mociones de deseo reprimidas. El trabajo interpretativo precisamente conseguirá hacer aflorar a partir de esos restos diurnos los pensamientos latentes y, de nuevo, habrá una correspondencia de sentido entre lo latente y lo manifiesto.

En la práctica los sujetos para nada aprecian una conexión de su sintomatología con algo en concreto, simplemente efectúan sus acciones y prohibiciones sin saber por qué. Freud añade la necesidad de que el procesamiento de la representación pasada, desde su aparición hasta la formación del síntoma, haya tenido lugar en el inconsciente. Es decir, el trámite de la encriptación sintomática sólo ha podido darse en el inconsciente pues al paciente sólo se le presenta a la conciencia el resultado final.

Es más, la interpretación también se presta a confirmar esta existencia de procesos anímicos inconscientes. El sentido del síntoma es inconsciente y además es su causa. Es decir, hay procesos inconscientes encargados de transcribir la representación original a otro lenguaje que emerge en el síntoma, procesos de encriptación del sentido, del contenido. Pero, además, que el sentido sea inconsciente es condición necesaria para que se genere el síntoma. Freud añade que de los procesos conscientes no sobrevienen síntomas y que en el momento en que los procesos se hacen conscientes, cuando el enlace que se busca con la interpretación surge, los síntomas desaparecen. El síntoma es una permuta de algo que en origen quedó interceptado en el inconsciente.

Entonces, el sentido, tal y como indica Freud, conjuga el origen con el fin y el conocimiento de los procesos del inconsciente permitirá dotar a la interpretación de herramientas para diseccionar los fenómenos extrayendo en parte sus primeras causas. Tenemos que los síntomas remiten a una idea pretérita reprimida de índole sexual y éstos vendrían a expresar en su vertiente simbólica parte del contenido de esa idea —tal y como decía Freud en *Estudios sobre la histeria*, muchas veces los síntomas recogían recortes del lenguaje vinculados a la idea inconciliable—. Por otro lado, la interpretación orientada por los procesos de formación de los síntomas permitiría, a partir de éstos, dar con aquella idea del pasado.

En *La interpretación de los sueños* Freud ya señaló cómo a partir del contenido manifiesto, con la interpretación, se podía llegar a lo que eran los pensamientos latentes e indicó que en el inconsciente, precisamente, operaban la condensación y el desplazamiento, había tenido lugar un trabajo al igual que en los síntomas —el primero paradigmático de la histeria de conversión y el segundo de la neurosis obsesiva—. Se trataría de acceder a esos procesamientos acaecidos mediante la asociación libre, más exenta de censura y cercana a los trabajos imperantes en el inconsciente donde no opera ni la contradicción ni el absurdo, sería la vía para llegar a la idea inconciliable del síntoma y al deseo reprimido que en el sueño se ve cumplido.

6.3.2. Economía pulsional. El procesamiento del representado

En la sintomatología neurótica Freud aprecia su carácter repetitivo⁷²⁴, algo que sucede en toda neurosis probablemente como consecuencia de la naturaleza de su alteración patológica, si bien no es algo para lo que en estos momentos se encuentre una causa precisa. No obstante, bien puede apelarse a una dimensión cuantitativa como explicaremos seguidamente⁷²⁵. Los síntomas han quedado fijados a un pasado como sucede en las neurosis traumáticas que quedaron ancladas al trauma. Pareciera que la situación pretérita de los neuróticos se les impusiera una y otra vez. Y aquí, justamente, es donde surge la consideración económica del síntoma.

Esta economía está supeditada a la circunstancia traumática del pasado. Es decir, algo que en un periodo concreto de la vida impactó en el sujeto con tal intensidad que los trámites del exceso se hicieron imprescindibles y fracasaron.

La condición para la contracción de la neurosis es la incapacidad de gestionar adecuadamente el afecto hiperintenso en el que se vio subsumido el paciente en un determinado momento. En definitiva, la cantidad que impacta en la economía nerviosa del sujeto es la que determina la neurosis.

Entonces, tenemos, por un lado, el síntoma con su sentido que remite al representante de la representación original —el contenido de la representación—. Y, por otro lado, un reto para la economía nerviosa que consiste en gestionar lo representado —lo pulsional, lo endógeno que se ha agarrado a los representantes en la psique o, en definitiva, el afecto original que ha originado el síntoma—.

Tal y como hemos comentado en el apartado anterior, los sujetos no discernen el porqué de sus síntomas, luego la formación como tal, tanto la encriptación sintomática como el procesamiento energético, sólo ha podido darse en el inconsciente deviniendo a la consciencia simplemente un resultado. El síntoma es una modificación de algo que en origen quedó interceptado en el inconsciente. Es decir, la idea quedó en el inconsciente reprimida

⁷²⁴ Freud, S. (1916-17 [1915-17]), *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, en AE, t. XVI, p. 248.

⁷²⁵ La compulsión a la repetición será material de trabajo para una ulterior reclasificación de las pulsiones. En las conferencias parece ya quedar claro que existen lagunas en el origen de este hecho, aunque se ofrezca una aclaración plausible desde la tipificación pulsional imperante en ese momento.

pero el afecto ligado a ella también y precisamente éste es la energía necesaria para que el procesamiento inconsciente de la formación del síntoma tenga lugar.

Por consiguiente, en el síntoma tenemos una representación (en el sueño tendríamos los restos diurnos) que conforma una idea y un afecto fusionados. Éstos en el inconsciente fueron procesados, el afecto encendió el motor avivando una serie de representaciones asociadas a la nueva idea reprimida y, así, pasaron a ser transformadas hasta formar un síntoma (condensación y el desplazamiento). Ahora bien, ¿qué es lo que desplaza la representación al inconsciente?

6.3.3. Hacia el estudio de las otras pulsiones

Freud insiste en la resistencia de los pacientes a transmitir los nexos que pudiera haber con las circunstancias del pasado, en muchos casos incluso parecen mostrar de forma inconsciente un no querer desprenderse de sus síntomas. Por ejemplo, el obsesivo muestra exageradamente su escrupulosidad moral y sus dudas. Evitan recordar y en su detrimento actúan en múltiples ocasiones las situaciones pasadas dentro del dispositivo analítico. En el síntoma se obstaculizó algo con gran fuerza y esa misma fuerza es la que brota como resistencia. Es decir, la resistencia lo que nos señala es la represión, el proceso patológico que tuvo lugar en la situación pretérita.

Entonces, las resistencias recogen también las experiencias pasadas, sustituyen el recordar por el actuar, normalmente en la terapia emergen al principio del tratamiento y vierten su carácter hostil. Freud las aprecia como variedades del carácter que se han ido formando para contrarrestar las fuerzas del deseo sexual. Ya se mostró en los *Tres ensayos* cómo iban surgiendo de manera temprana los obstáculos a la sexualidad; así el niño en el periodo de latencia comienza a erigir la vergüenza, el asco y la moralidad.

Luego, sabemos que las resistencias toman su fuerza del yo y Freud entiende que esas mismas fuerzas facilitaron la represión o al menos tomaron parte en ella. Lo indica así:

También son estas, entonces, las que procuraron la represión o, al menos participaron en ella. Lo demás nos es todavía desconocido⁷²⁶.

⁷²⁶ Freud, S. (1916-17 [1915-17]), t. XVI, p. 272.

Es decir, Freud admite en estos momentos que sobre las pulsiones del yo poco se sabe, apenas nada. La hipótesis de trabajo de la tipificación pulsional se tomó precisamente por la exigencia explicativa de las neurosis que se presentaban como conflictos entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo. Las primeras fueron investigadas por hacerse accesibles a la observación en calidad de libido de objeto pero una amplia investigación sobre las pulsiones yoicas no había sido acometida aún en estos momentos.

6.3.4. ¿Dónde está la satisfacción pulsional?

El objeto de la pulsión sexual no tiene presencia en la realidad, es decir, la pulsión no puede satisfacerse en la vida actual del sujeto en su totalidad ni mucho menos. La realidad impuso restricciones duras a la satisfacción del deseo del niño en tanto que viene al mundo como un ser desvalido dependiente de los cuidados de un externo; hubo necesariamente un primer momento en el que éste vivió un displacer y comenzó a fraguarse su necesidad de atracción a los objetos y también de repelerlos, su capacidad para distinguir el placer y el displacer y su concepción de sujeto como tal.

El desarrollo libidinal también nos permitió elucidar que el objeto sexual nunca llegará a conciliar la corriente tierna y la corriente sexual y que la resignación de las pulsiones parciales tampoco triunfa en su totalidad. La tendencia del sujeto a buscar objetos que le propicien una satisfacción será inherente al transcurso de su vida; la insatisfacción del deseo como tal y la falta que implica suponen el sistema de arranque para esta empresa. Pulsión y deseo, por tanto, comandarán la vida del individuo, la primera propulsará la acción y la segunda la decisión. La realidad en definitiva implica el claro obstáculo.

En las vivencias del infante estas teorías se esclarecen de forma más flagrante. El pecho materno supone un primer objeto de satisfacción pulsional que más tarde tendrá que ser resignado. La renuncia a ese medio de goce no será total y se buscará un nuevo sustituto que el infante hallará en el chupeteo. Su propio cuerpo desligado del mundo que tiene en derredor ya supone un objeto de goce en sí mismo. Empero, ya se ha producido una primera pérdida de placer y, por tanto, se ha generado el empuje para volver a conseguir esa satisfacción originariamente perdida.

Ya en la vida adulta, la disensión de la libido respecto al yo tiene otros subterfugios. Por ejemplo, participar en los procesos de formación de los síntomas y de los sueños. La libido

se ancla en los restos diurnos que entran a formar parte del sueño y que contribuyen a su contenido. También subyace en las ideas inconciliables que posteriormente se simbolizan en las obsesiones y en los fenómenos del cuerpo. Así, en estos fenómenos la pulsión sexual encontrará una complacencia, su descarga. Pero, ¿dónde está la satisfacción en el síntoma? ¿Por qué surge?

La operativa que tiene lugar cuando la satisfacción pulsional es frustrada en la vida real es la de un recorrido de la pulsión por las distintas representaciones inconscientes. Aquellas que fueron reprimidas por el yo en su momento y a las que en el pasado quedó ligada (vivencias sexuales infantiles). Con este recorrido trata de recuperar la satisfacción denegada y pone de manifiesto la escisión de la libido del yo a favor de la libido de objeto.

Lo que ocurre es que el yo sigue trabajando para recuperar el control de la pulsión, para “no dejarla al libre albedrío”. De ahí que en la pugna pulsional la salida de la pulsión sexual sea emplear su despliegue de visitas por las representaciones inconscientes. En ese procesamiento encuentra su apaciguamiento, su satisfacción, su drenaje y se exterioriza consecuentemente de forma cifrada en un síntoma. Este no es sino un resto pulsional que, con la desfiguración que muestra finalmente en la realidad del contenido reprimido, ofrece también una vertiente conciliadora con las fuerzas del yo.

Se aprecia en este sentido el carácter infantil de la acción que se pone en juego. En el pasado el infante recurría al chupeteo para autosatisfacerse sexualmente y, posteriormente, en la vida adulta vuelve a retomar su propio cuerpo como objeto de complacencia sexual, algo que ya se nos informaba en la teoría de los *Tres ensayos* con la constitución perversa en la edad adulta.

En el sueño la operativa es análoga. Los restos diurnos que se vinculan a las mociones inconscientes de deseo son incorporados al sueño, la libido libre recorre los objetos en el inconsciente, los aviva, y dota al sueño de ese carácter vívido. Además, el contenido es más libre dado que el propio estado del sujeto durante éste no es consciente, no tiene como contexto la realidad misma y no da así ocasión a una censura más activa.

Empero, volviendo al síntoma, para dar precisamente con esas representaciones a las que la pulsión permanece vinculada debe tener lugar un paso intermedio que Freud ubica en las fantasías. En éstas la libido se encuentra con sus objetos y halla un camino regresivo hasta la etapa libidinal en la que quedó fijada. Si bien el yo presenta cierta deferencia con las fantasías, las permite al estar desvirtuadas por su propia actualización temporal, puede llegar a un conflicto con ellas siempre y cuando su investidura energética se dispare. En ese momento

sucumbirán a la represión y, por ende, a residir en el inconsciente. La libido entonces hallará su decurso en el inconsciente gracias a esta fantasía que lleva hasta la etapa libidinal reprimida.

Justamente, a propósito de este concepto y de su posible incremento de investidura libidinal se destaca el aspecto cuantitativo necesario para la dinámica de la pulsión. La neurosis depende, por tanto, de la cantidad de libido que el sujeto es capaz de gestionar en un sentido u otro. Es decir, depende de los recursos de los que dispone el sujeto para llevar la pulsión hacia una meta sexual o hacia una sublimada.

6.3.5. La angustia, a la espera de una intelección

En el intento de tratar a lo largo del ciclo de conferencias los distintos estados que afectan a los neuróticos, Freud imparte una sobre la angustia que a su vez trascenderá a otras. Si la ubicamos dentro de un apartado diferenciado, revistiéndola de interés, es precisamente porque entronca con el estudio de esta tesis. En ella se vierten algunas hipótesis realizadas sobre la base de la clasificación de las pulsiones.

En primer lugar, habla de la angustia *realista* diferenciándola de la que llamará angustia *neurótica*. La primera dice ser una reacción de percepción de un peligro exterior, de una contingencia prevista, que iría unida al reflejo de huida y que se trataría de una revelación de las pulsiones de autoconservación.

No obstante, insiste en diferenciar lo que supone la situación de angustia. Por un lado, estaría la predisposición al peligro o *apronte angustiado*, es decir, un incremento de atención sensorial y de excitación que permitiría efectuar una acción de huida o defensiva y que representaría una ventaja al individuo. Y, por otro lado, estaría la angustia como estado. De esta forma, mientras que la angustia sea una simple señal de alerta o aviso de peligro las cosas serían adecuadas, pero en el *desarrollo de angustia* podría residir lo menos apropiado. La angustia podría considerarse como el estado afectivo subjetivo derivado de la percepción del desarrollo de angustia, pero Freud se pregunta qué implica considerar la angustia en un sentido dinámico.

Indica que el estado afectivo se compone tanto de actos motores que se realizan en primera instancia, como de las percepciones de esas acciones motrices realizadas y de las sensaciones de placer o displacer que dotan al afecto de su carácter positivo o negativo.

Añade que ciertos afectos a su vez ponen en juego la repetición de un acontecimiento que resulta psíquicamente importante para el sujeto. Freud interpreta el afecto de angustia como heredero del *acto del nacimiento*, en el que el niño sufre todo tipo de inervaciones de forma displacentera (le afluye la sangre, la necesidad de respirar, etc.), y lo erige como situación paradigmática de cualquier amenaza externa. Asevera que a partir de entonces lo repetiremos como modelo de angustia. En este sentido, señala como posible primera vivencia de angustia la situación en que incurre el niño cuando se separa de la madre y subraya el carácter significativo que posee.

En oposición a esta angustia realista, tal y como hemos apuntado, diserta sobre la angustia neurótica. Freud la tipifica básicamente en dos grupos.

Una sería la angustia general, lo que dice ser una “angustia libremente flotante”⁷²⁷. Es decir, aquella que se presta a anclarse a cualquier devenir circunstancial que pueda suponer un indicio de infortunio. Sitúa en el extremo de este tipo de angustia a las *neurosis de angustia*.

Por otro lado, estaría la fobia o angustia “psíquicamente ligada”⁷²⁸, es decir, vinculada a algún objeto concreto. Entre éstas realiza tres grupos y destaca aquellas que escapan a nuestra comprensión. Por ejemplo, una agorafobia o las fobias a animales poseerían, en principio, un nexo con un peligro que ni se explica en función de la edad (existen fobias que se adquieren a una edad madura, verbigracia, la angustia a los ferrocarriles; otras que parecen existir desde el principio, como la fobia a la oscuridad) ni en función del objeto (por ejemplo, las que conciernen a ciertos animales como pueden ser las víboras).

En este sentido, aduce que la angustia neurótica tiene un cercano parentesco con la libido. Argumenta que en las neurosis de angustia y concretamente en el desarrollo del acto sexual, se genera una excitación sexual acrecentada que al verse interrumpida parece mudarse en angustia, o al menos la excitación libidinosa desaparece y brota angustia. Por otro lado, añade que en la histeria también se presenta cierta angustia acompañando a los síntomas; y en la neurosis obsesiva el incumplimiento de algunas de sus obligaciones también desemboca en dicho estado. Lo que se aprecia en todos los casos es que las acciones parecen realizarse como un intento de evitar la angustia.

⁷²⁷ Freud, S. (1916-17 [1915-17]), t. XVI, p. 362.

⁷²⁸ *Ibid.*, p. 363.

Llegados a este punto Freud recurre a la tipificación pulsional y define la angustia como reacción del yo ante el peligro y señal para que se inicie la huida. Entonces, deduce que el yo genera angustia en un intento de defenderse de las demandas de la pulsión sexual. Es decir, el yo se angustia ante la libido, la identifica como un peligro, y la angustia sería una señal para poder escabullirse de sus reclamos con un acto de huida. Asimismo en el caso de no poder soslayarla y tener que hacerla frente procedería a acometer las acciones encaminadas a la defensa, por ejemplo, la represión y, de esta forma, el síntoma supondría un estado ligado de la angustia.

Pero Freud a partir de esto colige lo siguiente: "La angustia que significa una huida del yo frente a su libido no puede haber nacido sino de esa libido misma"⁷²⁹. Sin embargo, le resulta difícil entender que realmente la libido siendo patrimonio de una persona se lo contraponga ella misma como algo perteneciente al exterior. Y prosigue:

Es la dinámica tópica del desarrollo de angustia la que todavía nos resulta oscura, a saber, la clase de energías anímicas que son convocadas, y los sistemas psíquicos desde los cuales lo son⁷³⁰.

No obstante, Freud sigue insistiendo y ejemplifica con el niño la angustia que siente en ausencia de la madre, cuando la presencia del rostro de personas que precisamente no son ella le generan desengaño y anhelo. En efecto, esta angustia no parece próxima a ser una angustia realista. Y análogamente sucede con las fobias donde la libido que parece no encontrar asidero en ningún objeto se transmuta en angustia hacia uno que tampoco implica un peligro con fundamento.

Freud añade entonces que el afecto ligado a una representación reprimida tiene como destino inmediato la angustia pero que no es el único. Además el neurótico aborda en distintas fases la ligazón de angustia. Así, el fóbico primero reprime y transforma la libido en angustia anudándola a un objeto exterior, pero luego se impone toda una serie de diques para no aproximarse a ese peligro; no obstante, estas fronteras son falibles puesto que resulta imposible proyectar toda la libido hacia fuera.

El tema de la angustia no se zanja en una conferencia y prosigue en ulteriores. Desde esta perspectiva, la angustia se vincula de forma estrecha con las pulsiones sexuales y en mayor

⁷²⁹ Ibid., p. 369.

⁷³⁰ Ibidem.

medida que con las pulsiones yoicas. De hecho, basta considerar las pulsiones de autoconservación más poderosas, el hambre y la sed, para verificar que no tienen nunca como consecuencia un estado de angustia.

6.3.6. La dicotomía pulsional. Pesquisas para nuevas investigaciones

Siguiendo con la ilación de pensamientos a la que nos hemos referido en el apartado anterior, Freud ratifica la clasificación de las pulsiones. Dice que está implícita en la manifiesta práctica sexual del individuo en su ámbito privado, que la pulsión sexual es la única del organismo que posee una tendencia egoísta para el sujeto y otra altruista que va más allá de él y que, en definitiva, debería estar asociada a un metabolismo particular.

Así como en las neurosis de transferencia las pulsiones sexuales combaten con las pulsiones del yo, el individuo como sujeto independiente entra en conflicto con su posición como sujeto dentro de la comunidad. Y especula, en cierta medida, diciendo que probablemente el ser humano se separó de los animales a favor del progreso cultural teniendo como reverso la particularidad de la neurosis.

Esta premisa de la categorización pulsional establecida para poder explicar las neurosis podía constatarse rápidamente siguiendo de cerca las investiduras del yo. Éste lanzaba investiduras a los objetos amorosos y las llamaría libido, mientras que las investiduras de las pulsiones yoicas serían el *interés*. Con el rastreo de las primeras, por los distintos fenómenos que se presentaban en las neurosis, se consiguió concebir la dinámica de fuerzas que tenía lugar en el sistema anímico. Empero, la insistencia de corroborar esta hipótesis de trabajo llevó al estudio de las psicosis. En éstas se apreciaba el retiro de la libido de los objetos y su estudio se presentaba como un nuevo campo donde hallar la constatación de la distinción pulsional. Pero simplemente se pesquisó una retirada de la libido de objeto al yo, esclareciendo la dinámica de la libido yoica y la libido de objeto. No obstante, estos estudios permitieron elucidar la etapa narcisista correspondiente precisamente al estado en que el sujeto se tomaba de manera íntegra como objeto de satisfacción pulsional.

De esta manera, en la demencia precoz la libido de objeto se replegaba al yo y afloraba en los delirios de grandeza; en la paranoia el desprendimiento de libido de los objetos era parcial y parte se mantenía ligada al perseguidor intentando formar el delirio de persecución. En el

caso de la melancolía se conjeturaba la interiorización del objeto en el propio yo del individuo constituyendo, por ende, los autorreproches e improprios que realmente estarían dirigidos al objeto de amor. En cualquiera de los casos, se presentaba una aglutinación de la libido en el yo, una desvalorización de los objetos y, consecuentemente, un flagrante narcisismo.

El distingo entre libido e interés, o sea, entre pulsiones sexuales y de autoconservación, nos fue impuesto por la intelección del conflicto del cual nacen las neurosis de transferencia. No podemos volver a abandonarlo. El supuesto de que la libido de objeto puede trasponerse en libido yoica, y que por tanto es preciso tener en cuenta una libido yoica, se nos presentó como el único que puede solucionar el enigma de las llamadas neurosis narcisistas (p. ej., la *dementia praecox*) y dar razón de las semejanzas y diferencias con la histeria y las obsesiones. No hacemos sino aplicar a la enfermedad, al dormir y al enamoramiento lo que en otra parte hemos hallado incontestablemente establecido. Nos es lícito proseguir con esas aplicaciones y ver adonde nos llevan. La única tesis que no es sedimento directo de nuestra experiencia analítica es la que sostiene que la libido sigue siendo libido ya se aplique a objetos o al yo propio, y que nunca se traspone en interés egoísta, ni a la inversa. Pero esta tesis tiene el mismo valor que la separación entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas, sobre la que ya dimos una apreciación crítica y que sustentaremos por razones heurísticas hasta su posible fracaso⁷³¹.

Freud también pesquisa el yo a partir del delirio de observación y le da pistas para esbozar otra instancia del aparato anímico. Entiende que el paciente tiene razón al afirmar que le vigilan y espían y que la connotación patológica viene en el momento que éste ubica esa dinámica en el exterior. En efecto existe, por así decirlo, una pugna entre dos yos, el yo real y el ideal, formado éste último a lo largo del desarrollo y con la contribución de la cultura que haya rodeado al sujeto. En este sentido, se recurre a una nueva instancia que sea la que realmente observe, analice, censure y mida las discrepancias existentes entre los dos yos. Esta conciencia moral es la que a la postre, en trabajos posteriores, instituirá el superyó.

6.3.7. La terapia analítica

La terapia psicoanalítica trata de conciliar a la libido con su yo. Es decir, consiste en hacer que la libido quede al servicio del yo para dotar así de cierta libertad al sujeto y pueda ampliar

⁷³¹ Ibid., t. XVI, p. 382.

su campo de voluntad con los recursos que tenga disponibles. En principio, la libido del yo está unida a los síntomas que procuran medios de satisfacción parciales al paciente. Para poder movilizar esa libido debe aprovecharse la transferencia, escenario al que se traslada la neurosis, repitiéndola, en cierta medida, pero no con los objetos pulsionales que había en origen, sino con el único disponible en el dispositivo que es la persona del analista. Los síntomas, por tanto, pasan a ser síntomas analíticos con los que poder operar. En efecto, se trata de una situación renovada donde el psicoanalista debe posibilitar una resolución del conflicto alternativa a la que en un primer momento produjo la represión, y haciendo uso para ello de los recursos de la técnica.

6.4. El masoquismo: destino pulsional vinculado al complejo de Edipo

Incorporamos este apartado no sólo porque el masoquismo suponga un destino pulsional en sí mismo, sino por tratarse de una de las perversiones que a futuro aparecerá íntimamente relacionada con la pulsión de muerte que precisamente inducirá a una nueva clasificación pulsional.

Efectivamente, una de las vicisitudes pulsionales, identificadas en “Pulsiones y destinos de pulsión”, fue el *trastorno hacia lo contrario*. Freud ubicó el masoquismo, en este sentido, como una reversión del sadismo. Es decir, el masoquismo sería el sadismo dirigido hacia la propia persona, un viraje de la meta desde la actividad hasta la pasividad. El masoquista se place de ser pegado. En dicho artículo si bien se habló de los destinos, no quedó identificado por qué se producían esos reversos sino que simplemente tenían lugar.

En “Pegan a un niño” (1919)⁷³² Freud perpetúa estas pesquisas y, mediante el análisis de la vida infantil y una fantasía adulta recurrente que remite al cuarto o quinto año de vida, ubicará la causa de este reverso en la conciencia de culpa⁷³³.

Para el análisis de la fantasía tomará como referencia fantasías femeninas puesto que clarifican más el viraje que acontece entre las diferentes escenas que la conforman y, también,

⁷³² Freud, S. (1919), “Pegan a un niño”. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales”, en AE, t. XVII, pp. 177-200.

⁷³³ *Ibíd.*, p. 186.

porque suponían un número mayor de casos entre todos los disponibles. No obstante, la exclusividad a uno de los sexos y la escasez de individuos que componían la muestra hicieron que el estudio se ganará el apelativo de poco exhaustivo y carente de recibir mayor indagación. Empero, permite elucidar el indiscutible vínculo de las pulsiones sexuales con la represión. Aquellas cada vez que alcanzan un nuevo estadio del desarrollo libidinal son sofocadas por la represión y destinadas a migrar por el inconsciente hasta un estadio anterior. Por ende, podemos considerar las perversiones como unas derivaciones del complejo de Edipo. Y, asimismo, podremos vincular su estudio con la instancia que se confronta al yo mediante la conciencia de culpa, la que supone la censura moral y que será un tema importante de investigación en futuros trabajos.

Entonces, sea la niña el sujeto fantaseador. La fantasía atraviesa distintas fases:

- Una primera en la que el padre pega a un niño que no es el fantaseador.
- Una segunda en la que éste último es el que pasa a ser azotado por el mismo agente (el padre).
- Y una tercera donde el que pega es un subrogado del padre y varios niños varones son azotados mientras que el fantaseador probablemente observa.

Así se presenta la dinámica sexual entre la niña y el padre. En la primera fantasía la niña es amada por el padre y esto se evidencia en que éste no ama a otro niño, sino sólo a ella. Durante cierto periodo de la infancia la niña desea recibir un hijo del padre y el niño desea tener uno con la madre. Se trata de deseos incestuosos que están destinados a la represión y justamente por permanecer inconscientes y la necesidad de mantenerlos ahí emerge la conciencia de culpa ligada a esos deseos.

Esta primera fase, en cierta medida sádica, se traspone en una fase masoquista que es puesta de manifiesto con la segunda fantasía. Al emerger la conciencia de culpa se invierten los papeles y la niña pasa a ser pegada como castigo. No obstante, desde la represión surge un placer en ser azotada por el padre. Es decir, la organización genital lograda opta por emprender el camino regresivo hasta la fase sádico-anal, mudándose ahora el sadismo en masoquismo.

Tal y como dice Assoun, "el emblema correspondiente es la identificación masoquista con el 'niñito-culpable'. Y por detrás de esa culpabilidad vamos a encontrar la castración"⁷³⁴.

⁷³⁴ Assoun, P-L. (1997), p. 41.

El masoquista entra en liza, se pone en escena metiéndose entre las fauces del león de la castración. ¡Incluso está dispuesto a dejar en ellas... la piel de las nalgas! Aquí es donde obtiene sus certificados de campeón. En su “mito individual”, el hecho de ser sistemáticamente “perdedor” no le impide sino que más bien le justifica pretenderse “magnífico”. Desecho regio del Otro: El fantasma de fustigación revela esta idea de elección por el castigo: este último es prueba de amor. Su insólita idea es ofrecerse a la castración, prestarse a su simulacro peligroso para resurgir como víctima triunfal. A él le corresponde “la palma del mártir”, que, lo convierte en testigo heroico de la Pasión de la castración. Ésa es su ironía: lo que ahuyenta al común de los mortales, él busca para entrar en contienda, a su manera y “con sus condiciones...”⁷³⁵.

Asimismo, en la tercera fase se reanima un deseo masculino debido al rechazo del femenino que ha sucumbido a la represión, y emerge, nuevamente, en una fantasía que se perpetúa en modo masoquista, donde la niña toma la postura masculina en la figura de diversos muchachos indeterminados y de manera que sigue siendo azotada.

Sin embargo, en el caso de los niños se observa la ausencia de la primera fantasía y la aparición de una segunda de manera consciente que consiste en ser azotado por la madre. Ésta precisamente viene por la represión de una primera inconsciente y que consiste en ser amado por el padre.

Evidentemente se aprecia que el origen de la perversión masoquista siempre es sádica y que la pulsión si bien es reprimida, efectúa un rodeo regresivo para finalmente obtener cierta ganancia de placer narcisista.

El complejo de Edipo como apogeo del desarrollo de la sexualidad infantil se instaura como condición de la neurosis.

⁷³⁵ Ibid., pp. 50-51.

CAPÍTULO 7

Segunda categorización de las pulsiones

7.1. Lo Ominoso: primera conceptualización de la compulsión de repetición

El artículo “Lo Ominoso” (1919) constituye un antecedente del trabajo que se efectuará en *Mas allá del principio del placer* (1920) tal y como indicaremos resumidamente a final de este apartado.

Freud en este texto se interesa por un aspecto que perteneciendo al ámbito de la estética no ha resultado proclive a ser tratado por dicha materia, sino que más bien puede apelarse de marginal. Se trata de lo *ominoso*, aquello que entrama algo terrorífico y que propicia angustia. Freud tratará de pesquisar qué supone lo ominoso para no ser llegado a considerar angustioso pero que parece pertenecer a ese orden.

Para ello toma como referencia del concepto el ensayo realizado por el psiquiatra alemán Ernst Jentsch (1906)⁷³⁶ y los usos del vocablo. Entre los usos extrae la característica común a todos ellos y es que lo ominoso se presenta como una “variedad de lo terrorífico que se remonta a lo consabido de antiguo, a lo familiar desde hace largo tiempo”⁷³⁷. La constatación de esta definición adviene por las consultas del término realizadas en distintos diccionarios.

Veamos el análisis de aquello similar al terror que puede encontrarse en lo familiar.

Por oposición de vocablos, el *umheimlich* alemán se confronta con *heimlich*, *heimisch*, y *vertraut*, que significan ‘íntimo’, ‘doméstico’ y ‘familiar’ respectivamente. Podríamos trasladar entonces a lo terrorífico lo que no sería familiar ni conocido. No obstante, habría que dilucidar entre lo novedoso lo que sí le confiere precisamente el carácter de ominoso, lo que se añade a lo novedoso y familiar para adquirir esa propiedad terrorífica.

Freud, recurriendo al diccionario alemán de Daniel Sanders (1860)⁷³⁸ y a Schelling se topa con una oposición. Por un lado, en el diccionario encuentra que la palabra *heimlich* en sí misma puede también remitir a su opuesto *umheimlich*. Por un lado, significa ‘familiar’ y ‘agradable’ y, por otro, se refiere también a aquello que se mantiene ‘oculto’, ‘clandestino’. Al contrario, Schelling indica que *umheimlich* es ‘aquello que sale a la luz estando consignado a permanecer en secreto’. Luego, por un lado, es clandestino y, por otro lado, se le despoja de dicha cualidad.

Será finalmente el diccionario de los hermanos Grimm (1877)⁷³⁹ el que aclare estas controversias. En efecto, el término *heimlich* fue evolucionando en su significado pero al entramar ciertas nociones que se prestaban a interpretaciones opuestas, finalmente, llegó a coincidir con *umheimlich*.

Entonces, Freud, siguiendo la lectura del cuento de Hoffman “El hombre de arena”⁷⁴⁰, que Jentsch trae a colación como referencia apropiada para descubrir lo ominoso, encuentra lo ominoso no en lo que Jentsch señala como tal (la duda que presenta una figura sobre si

⁷³⁶ Cf. Jentsch, E. (2010[1906]). *Zur Psychologie Des Unheimlichen*, Whitefish MT, Kessinger Publishing.

⁷³⁷ Freud, S. (1919), “Lo Ominoso”, en AE, t. XVII, p. 238.

⁷³⁸ Cf. Sanders, D. (1969 [1860]). *Wörterbuch der deutschen Sprache*. Hildesheim, Olms.

⁷³⁹ Cf. Grimm, J. y Grimm, W. (1907), *Deutsches Wörterbuch*, Leipzig, Verlag von S. Hirzel.

⁷⁴⁰ Cf. Hoffmann, E.T.A. (1996 [1816]), “El hombre de arena”, en *Cuentos*, Madrid, Alianza Editorial.

siendo aparentemente un ser vivo en efecto lo es, o si no siéndolo podría poseer un alma; que ubica en la muñeca Olimpia), sino en la angustia de castración.

También, tomando como referencia otro de los libros de este autor “Los elixires del diablo”⁷⁴¹ sitúa lo ominoso en la figura del doble (personas iguales). Ésta puede llegar a detentar los mismos estados anímicos que el sujeto al punto de ser indistinguibles el yo propio y el ajeno. Lo ominoso es el retorno de lo igual, la repetición de los rasgos, de los nombres, de los destinos, etc.

Indagando algo más en la figura del doble Freud se remonta a la consideración que tenía en una época pasada donde era garante de la seguridad del yo contra su fin, tal y como sucedía en el antiguo Egipto donde se erigían esculturas e imágenes del muerto por doquier perpetrando así su inmortalidad. Estas concepciones, como dice Freud, nacen del narcisismo originario en el que el sujeto se ama a sí mismo. Es decir, el sujeto se buscaría en otro igual que él para que le ame, para que le haga vivir, etc. Pero Freud añade que pasado el narcisismo se convertiría en “el ominoso anunciador de la muerte”⁷⁴².

No obstante, el doble no se extingue, persiste en el yo como un censor, un centinela que calcula las distancias entre lo que el yo es y lo que debería ser y que se encarga de que sus críticas le lleguen mediante la conciencia moral. Esta instancia trata al yo como si fuera un objeto pero sin serlo. El yo se observa a sí mismo a través de los ojos del censor (un yo escindido) y se censura (el yo sufre del otro yo escindido) precisamente porque se ve a sí mismo (posicionándose del lado del yo escindido adquiere la visión de lo que él mismo es, del yo). Así la ominosidad del doble radica en su arcaísmo formativo ya superado cuando el yo aún no estaba desarrollado.

Por otro lado, la repetición en sí misma, no premeditada, también torna ominoso aquello que de forma aislada no tiene por qué serlo. El emerger mismo de la repetición de ciertas ideas o experiencias que, *a priori*, parecen ser anodinas puede dotarlas de carácter ominoso. Del mismo modo confiere el efecto terrorífico a circunstancias donde se diluye la frontera entre fantasía y realidad. En este caso, como en el anterior, Freud busca una similitud en el patrimonio de conocimientos psicoanalíticos y encuentra en el inconsciente la *compulsión de repetición*:

⁷⁴¹ Cf. Hoffmann, E.T.A. (2008 [1815]), *Los elixires del diablo*, Madrid, Ediciones Akal.

⁷⁴² Freud, S. (1919h), t. XVII, p. 235.

En lo inconciente anímico, en efecto, se discierne el imperio de una *compulsión de repetición* que probablemente depende, a su vez, de la naturaleza más íntima de las pulsiones; tiene suficiente poder para doblegar al principio del placer, confiere carácter demoníaco a ciertos aspectos de la vida anímica, se exterioriza todavía con mucha nitidez en las aspiraciones del niño pequeño y gobierna el psicoanálisis de los neuróticos en una parte de su decurso. Todas las elucidaciones anteriores nos hacen esperar que se sienta como ominoso justamente aquello capaz de recordar esa compulsión interior de repetición⁷⁴³.

En efecto, nos presenta como ominoso aquello a lo que remite la *compulsión de repetición* dependiente de las pulsiones. Este factor, no obstante, ya había sido apuntado cinco años antes en “Recordar, repetir y reelaborar” (1914)⁷⁴⁴ y tiempo atrás se había aludido como resistencia a la cura. Ya se había advertido cómo en el dispositivo psicoanalítico los pacientes ante la imposibilidad de recordar, ante sus resistencias, tendían a actuar experiencias pasadas sin ser conscientes de ello.

Freud alcanzó a precisar que lo que se repetía, justamente, era aquello que conformaba el carácter del enfermo (inhibiciones, síntomas, etc.), que se abría paso desde lo reprimido y que parece encajar bastante bien con la definición de ominoso —algo que resulta familiar a la par que ajeno y terrorífico (se trata de algo íntimo del sujeto que fue relegado al inconsciente)—. Además se repetían escenas que arrancaban de las mociones pulsionales antiguas.

Freud sugiere otros ejemplos que considera más accesibles y que engloba bajo el principio de la *omnipotencia de pensamiento*. Se trata, realmente, del animismo de los pueblos primitivos donde existían las sobreestimaciones narcisistas de los procesos anímicos, la magia, los espíritus, la omnipotencia del pensamiento, etc., y que se empleaban como herramientas para enfrentar la realidad. El yo ha pasado por esa etapa animista y los resquicios que pudieran haber quedado en él dotarían a aquellos componentes con dicha peculiaridad animista (cosas, personas, lugares, etc.) de ese carácter ominoso.

Llegados a este punto, Freud subraya que partiendo de la hipótesis de que cualquier afecto se transmuta en angustia como efecto de la represión (aspecto tratado en el apartado anterior donde se concebía la angustia como libido transformada), si se considerasen todas las representaciones que generan angustia podrían identificarse entre ellas las que precisamente

⁷⁴³ *Ibíd.*, p. 238.

⁷⁴⁴ Freud, S. (1914), “Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II)”, en AE, t. XII, p. 152.

la forman por tratarse de representaciones reprimidas. Éstas son las que serían ominosas con independencia de que en un primer momento estuviesen ligadas a un afecto diferente.

De esta manera, Freud entiende la evolución del vocablo desde lo familiar, *heimliche*, hasta lo ajeno, *unheimliche*, basándose en que en el ínterin ha mediado la represión. Y, también, comprende a Schelling porque lo reprimido estaría destinado a permanecer oculto pero, sin embargo, sobreviene a la conciencia brotando así el carácter ominoso.

Freud identifica la muerte, que ciertamente genera angustia, como ominosa. Efectivamente, es de lo más familiar pero, también, de lo más ajeno —la biología en esos momentos aún no era concluyente respecto a si se trataba de una propiedad del ser vivo o simplemente era una contingencia, evitable en tal caso—. Asimismo, sigue incorporando diversos ejemplos de lo ominoso:

Con frecuencia hombres neuróticos declaran que los genitales femeninos son para ellos algo ominoso. Ahora bien, eso ominoso es la puerta de acceso al antiguo solar de la criatura, al lugar en que cada quien ha morado al comienzo. “Amor es nostalgia”, se dice en broma, y cuando el soñante, todavía en sueños, piensa acerca de un lugar o de un paisaje: “Me es familiar, ya una vez estuve ahí”, la interpretación está autorizada a remplazarlo por los genitales o el vientre de la madre. Por tanto, también en este caso lo ominoso es lo otrora doméstico, lo familiar de antiguo. Ahora bien, el prefijo “*un*” de la palabra *unheimlich* es la marca de la represión⁷⁴⁵.

Insiste en la necesidad de considerar lo ominoso desde el punto de vista de lo reprimido, puesto que si se quita esa barrera lo que puede ser ominoso no se vive como tal. El animismo sería un ejemplo, se puede ver en ciertos cuentos que unas muñecas cobran vida y, aun siendo espeluznante, no sentirlo como ominoso. Claramente bastaría ejercer un mero examen de realidad al asunto en cuestión para extirparle ese componente. Debe tratarse entonces de algo no superado.

Lo que ocurre en 1920 retomando este asunto es que Freud aprecia que ese componente terrorífico que retoma la compulsión de repetición parece rebasar el principio del placer. Con esta nueva consideración de lo pulsional, que no aparece subyugado en sus decursos a ninguno de los principios formulados sobre el acaecer psíquico, Freud ya se encuentra en la

⁷⁴⁵ Freud, S. (1919h), t. XVII, p. 244.

tesitura de tener que elucidar la naturaleza de esta compulsión de repetición, por qué sucede, cuándo ocurre y bajo qué principio se rige.

7.2. El salto a la pulsión de muerte y el Eros

7.2.1. La compulsión de repetición: germen de la pulsión de muerte

7.2.1.1. La situación de partida: los grandes postulados y su falibilidad

Hasta el momento el psicoanálisis partía de dos supuestos especulativos que habían sido formulados para poder dar cuenta de las observaciones de la práctica:

- El decurso de los procesos anímicos surgía porque tenía lugar un incremento de excitación que originaba cierto displacer y que automáticamente era regulado por el *principio del placer*, produciendo un decremento de dicha excitación y originando, por ende, placer.
- Y otro supuesto, del que derivaba el anterior, que era precisamente la tendencia del aparato psíquico a mantener constante la excitación que a él afluye o en unos niveles lo más bajos posibles (estas concepciones se hallaban presentes desde los inicios en obras como el *Proyecto de psicología*⁷⁴⁶ y en *Estudios sobre la histeria*⁷⁴⁷).

El escaso conocimiento de la naturaleza de las sensaciones de placer y displacer obligaba a realizar numerosas hipótesis para poder describir los fenómenos psicopatológicos y construir una teoría que diese cuenta de la clínica e incluso esclareciese aspectos aún no percibidos.

Si bien, tal y como se ha mencionado, se trataba de dos supuestos del psicoanálisis, estaban en línea con las elucubraciones del padre de la psicofísica. Fechner planteaba una tendencia a la estabilidad basándose en las sensaciones de placer y displacer. Concebía el placer y el

⁷⁴⁶ En el *Proyecto de psicología* el principio de inercia neuronal no coincide exactamente con el principio de constancia. Se trata de la tendencia de las neuronas a descargarse de la energía que incide en ellas, de la cantidad con que son investidas; y que se expresa en el modelo del acto reflejo. En analogía con el concepto físico que viene a explicar la resistencia que opone la materia en un estado de reposo o su tendencia al reposo en exención de fuerzas. Cf. Freud, S. (1950 [1895]), t. I, pp. 340-34.

⁷⁴⁷ En *Estudios sobre la histeria* la herencia de la física en el campo de la psicología y la fisiología queda patente con las concepciones de los autores a la hora de definir el principio de constancia, que quedaba condensado en presuponer un *optimum* para la excitación tónica intracerebral. Cf. Freud, S. (1893-95), t. II, pp. 208-211.

displacer, en terminología psicofísica, como proporciones de estabilidad o inestabilidad. Si una magnitud superaba un umbral definido por la conciencia, produciría placer siempre y cuando se acercase a la estabilidad plena tras rebasar cierta frontera que se definía como umbral cualitativo de placer; y generaría displacer si se desviara de esa estabilidad plena superando cierta frontera que sería el umbral cualitativo de displacer⁷⁴⁸.

No obstante, Freud elucida una serie de situaciones donde el principio del placer no prevalece, contextos que no obedecen a la tendencia formulada ya que ni llevan al placer, ni en ocasiones siquiera se aproximan a él, sino más bien todo lo contrario. Situaciones que, en definitiva, obligan a pensar en una tendencia contraria a este principio:

- Aquellas en las que forzosamente el principio de placer es relegado por el principio de realidad. En el trabajo sobre las “Formulaciones del acaecer psíquico”⁷⁴⁹, Freud indica que la realidad externa impone al individuo ciertas limitaciones; la satisfacción de sus pulsiones sexuales reguladas por el principio del placer atentaría contra las pulsiones de autoconservación del yo. En estos casos, el principio del placer deja paso al principio de realidad. Éste último produce una ganancia de placer a costa de un rodeo en el que el displacer se mantiene hasta alcanzar una meta y producir cierto placer.

En efecto, dice Ricoeur, lo sorprendente es que el principio del placer sólo pueda regir los procesos primarios, es decir y según el capítulo VII de *La interpretación de los sueños*, el cortocircuito del deseo y su realización cuasi alucinatoria. Frente a las dificultades del mundo exterior, aquél resulta no sólo inoperante sino peligroso; son los instintos de conservación del yo los que de suyo exigen sustituir aquel principio por el principio de realidad. ¡Extraña situación! El principio más radical del funcionamiento resulta ser, al mismo tiempo, uno de los términos de una polaridad: principio del placer-principio de realidad. El hombre sólo es hombre si aplaza la satisfacción, si abandona posibilidades de disfrute y si tolera provisionalmente cierto grado de displacer en la ruta desviada del placer⁷⁵⁰.

- La represión es otro de los casos. Aquí la lucha entre pulsiones sexuales y yoicas también destina a aquellas al recorrido regresivo por las representaciones

⁷⁴⁸ Freud, S. (1920g), t. XVIII, p. 8.

⁷⁴⁹ El principio de realidad encuentra su precedente en el proceso secundario tratado en el *Proyecto*. Cf. Freud, S. (1950 [1895]), t. I, p. 371, Freud, S. (1911b). t. XII, p. 225-227.

⁷⁵⁰ Ricoeur, P. (1970), p. 244.

inconscientes; las pulsiones sexuales se procuran así unas satisfacciones sustitutivas en detrimento de las originarias pero que siguen incidiendo en el yo con connotaciones de displacer.

Tanto en la aplicación del principio de realidad como en la acción de la represión se asignan al yo las sensaciones placenteras y displacenteras, pero Freud arguye que se trata de un placer de percepción. Es decir, en ambos casos se ha producido una minoración de la excitación, bien por la represión, bien por el principio de realidad. Luego, no es posible refutar la hipótesis del principio del placer atendiendo a estos mecanismos.

Ricoeur también viene a señalar esto:

He aquí la primera brecha que Freud se propone tapar. No es posible todavía —dice— hablar de un más allá del principio del placer, primero porque la sexualidad atestigua que una buena parte del psiquismo humano sigue resistiéndose a la educación; además, porque esta aceptación del displacer en toda conducta humana puede considerarse como un largo rodeo que toma el principio del placer para imponerse en última instancia. Eso es lo que en rigor puede decirse⁷⁵¹.

Las dos excepciones al principio del placer que acabamos de referir pueden en consecuencia, y cada una a su modo, pasar por modificaciones del principio del placer; el principio de realidad puede ser tenido, a lo sumo, como el rodeo que sigue el principio del placer para acabar consiguiendo su objetivo, y el sufrimiento neurótico como la máscara que se pone el más arcaico placer para imponerse a pesar de todo. Pero claro es que lo que confirma el principio del placer es también lo que lo quebranta, ya que sólo puede ser concebido en optación a lo que lo contraria⁷⁵².

Sin embargo, ambos (principio de realidad y represión) conciernen a malestares que arrancan del interior del organismo o que son transmitidos a él.

7.2.1.2. Buscando una explicación del adentro en el afuera

Atendiendo a lo visto en el apartado anterior, Freud recurre a peligros objetivos exteriores para tratar de encontrar ejemplos que cuestionen el imperio del principio del placer.

⁷⁵¹ *Ibíd.*

⁷⁵² *Ibíd.*, p. 245.

- En las neurosis traumáticas observa la tendencia de los sujetos a repetir en el sueño el suceso penoso del que precisamente padecen. Si retomamos la idea de que el sueño es un cumplimiento de deseo inconsciente, aquí estaríamos abocados a pensar que o bien dicha función también ha quedado perturbada con el evento traumático o bien existe una tendencia masoquista del yo⁷⁵³.
- También presenta los juegos que un niño de año y medio de edad realizaba con ciertos objetos y con un carretel unido por una cuerda a un piolín. El infante vivía el abandono de su madre cada día con resignación y sin zozobra. Sin embargo, tras la marcha de ésta realizaba un juego que consistía en lanzar insistentemente juguetes lejos de sí y emitir el sonido “fort” (“se fue”)⁷⁵⁴. A veces, no obstante, lo modificaba; tomaba el carretel y sin soltar de la mano el piolín lo lanzaba detrás de la cuna, cuando desaparecía emitía el “fort” y al volver a recogerlo y reaparecer emitía un caluroso “Da” (“acá está”)⁷⁵⁵. Este último caso permite interpretar que el niño ante la insatisfacción pulsional por la ausencia real de su madre y que vive de forma pasiva, se resarce en el juego con la escenificación del retorno tomando una posición activa. No obstante, lo sorprendente es que el primer juego, el que escenifica justamente la vivencia perturbadora, era el que más ponía en acto.

Parece, entonces, que la pulsión de apoderamiento con la figuración de la escena perturbadora produce en su reiteración idéntica una minoración del displacer que desprendía la vivencia original del abandono.

Y, a partir de esto, Freud conjetura que, necesariamente, esa repetición tiene que procurar una satisfacción en sí misma a pesar de referir un contenido que de por sí es displacentero. También aporta el ejemplo de las representaciones de tragedias con

⁷⁵³ En efecto en *La interpretación de los sueños* se indicaba que los sueños eran cumplimientos de deseos inconscientes en cualquier caso. Donde se obedecía, bien a lo reprimido (inherentemente inconsciente), o bien a un yo inconsciente (por oposición a lo reprimido, para el caso de los sueños punitivos). Cf. Freud, S. (1900a [1899]), pp. 549-550.

“Pulsiones y destino de pulsión” (1915) recoge el masoquismo como una regresión de la corriente sádica, en la que se pasa de una meta activa a una pasiva (la pulsión siempre es activa) y el reporte de placer se apuntala en el dolor. Cf. Freud, S. (1915c), t. XIV, p. 123.

En “Pegan a un niño” afirma que el precedente inexorable del masoquismo es el sadismo y muestra a aquel, mediante las fantasías, como un revés de la conciencia de culpa que se satisface tomando esta posición. Cf. Freud, S. (1919e), t. XVII, p. 186.

Freud, S. (1920g), t. XVIII, pp. 13-14.

⁷⁵⁴ Freud, S. (1920g), t. XVIII, p. 14.

⁷⁵⁵ *Ibíd.*, p.15.

contenidos harto penosos que generan en muchos casos en el espectador un elevado agrado.

Lo que se alcanza a ver en todas y cada una de las circunstancias comentadas es que aun maniobrando el principio del placer, existe algo que el aparato anímico pone en acto y que en sí mismo es displacentero. Además se atisba que en la propia repetición ese algo obtiene cierta ganancia de placer. Por consiguiente, Freud se realiza la pregunta de si en efecto pudiera existir una tendencia a un más allá del principio del placer que sería independiente de él e incluso más arcaica.

7.2.1.3. ¿A qué obedece la compulsión de repetición?

A colación de la compulsión de repetición, Freud retoma parte de lo ya explicitado en “Recordar, repetir y reelaborar”⁷⁵⁶. En el curso de la terapia, las resistencias afloran en determinados momentos con la misma fuerza con la que el contenido fue reprimido por parte del yo. Así se muestran al servicio del principio del placer, evitando el acrecentamiento de excitación que implicaría lo reprimido con su acceso a la consciencia. Por otro lado, la obstaculización del recuerdo en pos de la compulsión de repetición confiere a esta última de características de lo reprimido inconsciente y de lo pulsional.

Assoun, en este sentido, nos habla de la “alergia a la curación”⁷⁵⁷, reinterpreta las resistencias como una postura masoquista moral que adopta el paciente y que se expresaría abiertamente en la repetición de los actos punitivos del obsesivo durante la terapia.

Anteriormente ya se han apuntado casos donde la compulsión de repetición no va en contra del principio del placer. Las repeticiones inconscientes a la par que manifiestan mociones pulsionales reprimidas, evitan el enfrentamiento con el yo que se produciría en caso de llevarlas a la conciencia.

No obstante, también se encuentra casos en que las escenas reprimidas que se actúan en sí mismas ya fueron displacenteras en origen. Entonces, por qué insistir en actuarlas, por qué reclamar de nuevo esa situación de displacer máxime de forma activa. Es como si la compulsión de repetición se implantara fuera de los dominios del principio del placer.

⁷⁵⁶ Freud, S. (1914g), t. XII, pp. 152-153.

⁷⁵⁷ Assoun, P-L. (2005), pp. 61-62.

De aquí en adelante se tratará de dilucidar por qué se produce esto, cuándo, cómo y sus vinculaciones con el principio del placer. El desarrollo de este asunto vendrá, tal y como dice Freud, por la vía especulativa donde el tratamiento libre de una idea quizás pueda esclarecer este asunto.

Ricoeur también reseña el origen de las futuras elucubraciones:

La experiencia decisiva que puso a Freud en el camino de las pulsiones de muerte fue una peripecia del tratamiento analítico; concretamente, una dificultad ligada a la lucha contra las resistencias: la tendencia del paciente a *repetir*; como si se tratase de una experiencia actual, el material reprimido, en lugar de *evocarlo* como un recuerdo pretérito. Esta compulsión es a la vez la aliada y enemiga del médico; su aliada por inherente a la transferencia, y su enemiga porque impide al enfermo reconocer ahí la expresión del pasado olvidado. Pues bien, si la resistencia del yo a la reminiscencia va de acuerdo con el principio del placer (en virtud del displacer que sentiría al liberar lo reprimido), y si la disposición a tolerar el displacer de la evocación concuerda con el principio de realidad, la compulsión de repetición en cambio parece inscribirse fuera de ambos principios. Lo que el enfermo repite son precisamente todas las situaciones de angustia y fracaso pasadas durante la infancia, particularmente en la época del complejo de Edipo. Esa tendencia, corroborada por el extraño destino de esas personas que parecen atraer sobre sí los golpes repetidos del rayo, parece justificar la hipótesis de una compulsión repetitiva “más primitiva, más elemental y más pulsional que ese principio del placer al que aquella eclipsa”⁷⁵⁸.

7.2.2. Trabajo metapsicológico. Controversias

7.2.2.1. La relectura de la estructura del aparato psíquico

Puesto que Freud plantea la inconsistencia del principio del placer a raíz de la compulsión de repetición, retoma de nuevo las hipótesis del aparato psíquico tratadas veinte años antes en *La interpretación de los sueños*.

De esta forma, intentará aclarar nuevamente distintos elementos que incumben directamente al principio del placer y tratará de localizar posibles fisuras en su concepción que pudieran esclarecer la compulsión de repetición recientemente destacada.

⁷⁵⁸ Ricoeur, P. (1970), p. 254.

En dicha obra y en *Más allá del principio del placer* Freud concibe el aparato psíquico como una aglomeración de distintos sistemas sobre los que inciden los procesos anímicos. El recorrido general de éstos arrancaría en las percepciones recogidas por el sistema consciente y se dirigirían hacia una acción motriz siguiendo las directrices del acto reflejo. No obstante, de las percepciones se derivarían ciertas huellas mnémicas⁷⁵⁹ que supondrían alteraciones permanentes en otros sistemas del aparato y que originarían el recuerdo.

Dado que la suposición de que un sistema pudiera aglutinar unos rastros mnémicos invariables y a la par recibir nuevas impresiones resulta difícil de aceptar (pues o se conservan los originales, o se transforman en otros por acción de las nuevas percepciones o se rechazan éstas últimas para preservar el estado original de los primeros) se conjeturó que el sistema consciente sólo ofrecería la función de cualidad y no de recuerdo. Así, desearía las huellas mnémicas a otro de los sistemas del aparato psíquico⁷⁶⁰. En concreto, pasarían a ser componentes del sistema inconsciente, al que se habrían transpuesto las excitaciones generadas por las impresiones recibidas del mundo exterior.

Asimismo el recuerdo no produciría las sensaciones originadas en un primer momento por la impresión primaria, dado que éste podría no remitir a una única huella mnémica ligada a dicha impresión. Es decir, podría apelar a tantas como quedaron fijadas por asociación a la impresión primaria y a las que habría transmitido cierta cantidad de excitación por gradación.

Por lo tanto, propone al sistema perceptivo-consciente virado espacialmente hacia el exterior y, a su vez, envolvente de otros sistemas psíquicos que formarían el interior.

Freud retoma estos argumentos especulativos para insistir de nuevo en la idiosincrasia de la conciencia. Para destacar que en ella no tienen cabida las huellas mnémicas y explicarlo por su ubicación espacial y por las características de la circulación excitatoria.

También trata de elucidar de forma renovada los conceptos de placer y displeacer íntimamente relacionados con el principio del placer así como su incidencia en el aparato psíquico.

⁷⁵⁹ Freud, S. (1900a [1899]), t. V, p. 531.

⁷⁶⁰ Esta imposibilidad de que se pudieran dar al mismo tiempo percepción y memoria ya fue planteada por Breuer en *Estudios sobre la histeria*, lo expresó también con el símil siguiente: “el espejo de un telescopio de reflexión no puede ser al mismo tiempo placa fotográfica”. Y, posteriormente, estas tesis fueron trasladadas al capítulo VII de *La interpretación de los sueños*. Asimismo en el *Proyecto* se establecía dicha diferenciación, sustentada en las *barreras-contacto*, con los conceptos de neuronas pasaderas y no pasaderas. Cf. Freud, S. (1893-95), t. II, p. 200 n1, Freud, S. (1950 [1895]), t. I, pp. 343-344.

La conciencia al tratarse de un sistema en el que incurren los estímulos del exterior es posible que, a causa de ese propio choque, hubiese recibido modificaciones en su configuración. De esta forma, debido a la incidencia recurrente de los procesos excitatorios, la circulación de los estímulos por ella no sería igual que el decurso por unos sistemas psíquicos más profundos. Llegado un punto esta configuración nueva de la conciencia no sería susceptible de más cambios y, por ende, trasladándolo al asunto que nos ocupa, no sería apta para mantener huellas mnémicas derivadas de las impresiones externas.

En efecto, el carácter especulativo de esa afirmación impide su propia corroboración. Empero, podría seguir manteniéndose dicho supuesto recurriendo a otro que se indica seguidamente.

Podría sospecharse que al incidir la energía excitatoria en la conciencia esta debería proceder con su transmisión por distintos elementos. Precisamente al transferirla de un elemento a otro tendría que vencer cierta resistencia y una vez conseguido quedaría como testimonio una huella mnémica. La conciencia entonces se pensaría como libre de resistencias que impiden la transmisión del proceso excitatorio entre sus elementos.

Por otro lado, el organismo para prevenirse de estímulos excesivamente elevados del exterior que pudieran atentar contra la disposición del propio aparato se serviría de los órganos de los sentidos en la superficie. Éstos ejercerían de filtro de estímulos e incluso provocarían la evitación de algunos. En definitiva, serían una protección. Así, a la conciencia sólo llegarían cantidades reducidas de estímulos que serían más susceptibles de ser tramitadas.

Sin embargo, a la conciencia también afluyen excitaciones importantes desde el interior del organismo y no parece haber amparo ante ellas. Además, las distintas maneras en que justamente arriban a ella generarían las sensaciones de placer y displacer. Por lo tanto, estas sensaciones se priorizarían sobre los estímulos externos y en caso de generar un displacer muy elevado incluso iniciarían la orientación a una conducta. De alguna manera se las toma como provenientes desde fuera, se las proyecta. Y, precisamente, por esta maniobra de proyección serán causa, en cierta medida, de fenómenos patológicos⁷⁶¹.

Con estas elucubraciones, en efecto, se esclarecen aspectos del principio del placer. Como resumen podemos decir que el aparato psíquico, como consecuencia del efecto insistente de los estímulos externos, habría mudado su composición externa a favor de una nueva distinta

⁷⁶¹ Freud, S. (1920g), t. XVIII, pp. 28-29.

de la de estratos más profundos. Obtenida esa configuración final (no susceptible de más cambios) el decurso de los procesos anímicos en su fluir por ella tendrían también otras características. Suponiendo que consistiera en un tránsito de excitación de un elemento a otro que dejase como rastro una huella mnémica, se concebiría la conciencia como exenta de éstas.

No obstante, no conforme con esto, se crearía también una barrera filtradora de estímulos acuciantes de gran magnitud provenientes del exterior. Ésta no sería otra que la constituida por los órganos sensoriales y que impedirían la continua mutación de la composición del aparato hacia estratos más profundos (atentando contra su conservación).

Por otro lado, establecido este supuesto, a la conciencia sólo llegarían ahora de forma más “peligrosa” los estímulos provenientes del interior del aparato psíquico contra los que no existe barrera protectora y que se tomarían como agentes externos (amenazadores de cambios en su conformación) para poder combatirlos.

Es decir, la conciencia con quien tomaría acciones beligerantes sería contra las pulsiones procedentes del interior del organismo pues generarían un impacto importante, un displacer, que atentaría contra su conservación. El principio del placer vendría a remediar precisamente esta situación. Y todos los supuestos adoptados explicarían multitud de fenómenos patógenos.

7.2.2.2. Función previa al principio del placer: la ligazón energética

Puesto que de momento no se ha llegado a nada que cuestione el propio principio se proseguirá tomando en consideración el trauma. Éste se entiende como un estímulo externo y extremo, es decir, capaz de atravesar o romper la barrera protectora del aparato psíquico. También se concibe así el dolor, restringiendo la ruptura de la barrera protectora a un lugar concreto.

Ante el desequilibrio energético que generaría en el aparato éste recurriría a la energía de todos sus sistemas para combatirlo y ligar psíquicamente la energía invasora, proveniente el exterior, transformándola en energía “quiescente”⁷⁶² frente a su libre fluir. Para ello recurriría

⁷⁶² *Ibíd.*, p. 30.

a la acción de la “contrainvestidura”⁷⁶³ energética del interior con la consecuente imposibilidad de tramitar otra actividad psíquica⁷⁶⁴.

Ricoeur aprecia el vínculo de estas percepciones con las pretéritas ideas de Breuer y dice:

Freud relaciona esa carestía de escudo contra estímulos con la noción de Breuer sobre la energía ligada, con lo cual abre una brecha en su propia concepción de un aparato psíquico autorregulado por el solo principio del placer, ya que éste no interviene sino después de afianzada una labor previa: la de ligar la energía que afluye al aparato psíquico, o sea la tarea de hacerla pasar del estado de libre circulación al estado de reposo o quiescente. He aquí — declara Freud — la función anterior al principio del placer. Es cierto que nada hemos dicho todavía acerca de la pulsión de muerte, pero al menos hemos limitado en un punto importante el reinado del principio del placer; ese punto es el de la defensa. Esta función, irreductible y previa, se pone al descubierto cuando fracasa. ¿Qué es, en efecto, un traumatismo sino una brecha abierta en la barrera contra estímulos, habitualmente eficaz? Hay, pues, antes del placer, procedimientos destinados a domeñar las energías que han roto los diques, una reacción contra la invasión energética, o sea una contrainversión o una sobreinversión, para hablar en términos económicos. Tales especulaciones sobre el escudo antiestímulos y sobre las brechas en él abiertas no resultan inútiles, ya que permiten explorar las relaciones entre defensa y angustia⁷⁶⁵.

Freud sin olvidar que en el propio trauma está implícito el terror, es decir, el estado generado por sorpresa ante el peligro, indica que por la falta de angustia los otros sistemas no están sobreinvertidos y preparados para evitar la ruptura de la protección ante los estímulos del exterior. O sea, estipula la angustia como una protección contra el trauma.

Así da una explicación a la recurrencia de los sueños traumáticos en el traumatizado, serían intentos de generar angustia para propiciar posteriormente cierto control sobre el trauma. Es decir, este sería un paso previo a la acción del principio del placer.

De esta forma, Freud sitúa este mecanismo como independiente del principio del placer y de un carácter más ancestral que la tendencia al placer. De hecho, el sueño muestra ese patrón temporal. Y, así, la angustia se alza como condición necesaria para la evitación de displacer.

⁷⁶³ *Ibíd.*, pp. 29-30.

⁷⁶⁴ Estas concepciones aluden a las ya introducidas en la parte teórica de *Estudios sobre la histeria*. Entonces, se suponía que efectivamente en el interior del organismo existía un grado de excitación nerviosa generado por la tensión existente entre las células y que se denominaba “quiescente”. *Cf.* Freud, S. (1893-95)], t. II, pp. 205-206.

⁷⁶⁵ Ricoeur, P. (1970), pp. 254-255.

Entonces, el sueño de las neurosis traumáticas e incluso los sueños que rememoran traumas de la etapa infantil no obedecen a la máxima del cumplimiento de deseo que cae bajo el dominio del principio del placer, sino que parecen subyugarse a la compulsión de repetición y constituir un reclamo de lo reprimido ignorado.

Al hilo de estas últimas apreciaciones, se añade que en las neurosis de guerra, en la melancolía y en la misma *dementia praecox* cuando se contrae una herida en el primer caso o una enfermedad orgánica en los otros las patologías mejoran. Esto vendría explicado por las contrainvestiduras sobrevenidas y aportadas por el resto de sistemas, que dejarían inactivas otras acciones anímicas a favor de la ligazón psíquica de la tensión libre que estaría afluyendo.

Siguiendo con la construcción realizada del aparato anímico se tiene que las pulsiones del interior inciden en los estratos superiores como estímulos elevados, análogos a aquellos que causan las más hondas impresiones en los sujetos. La manera de procesarlas hasta el momento era con los procesos primario y secundario⁷⁶⁶; el proceso primario se asociaba a las investiduras libres y el proceso secundario a las investiduras ligadas. Ahora, al recibir las mociones pulsionales, éste último trataría de ligar las excitaciones con independencia del proceso primario y de manera previa a éste, aunque sin entrar en confrontación con él.

En la compulsión de repetición se aprecia este carácter insistente de ligazón. Tal y como se vio en el juego infantil, el niño trataba de dominar la situación perturbadora vivida de forma pasiva en un primer momento, repitiendo una y otra vez de manera activa la escena traumática en un intento de apoderamiento. La repetición de los sueños traumáticos también sería una apelación a la angustia para producir las investiduras necesarias de los otros sistemas y controlar la situación. Así se repiten vivencias perturbadoras, generadoras de *displacer per se*, que en su propia realización por reproducción procurarían un placer.

No obstante, sigue sin objetarse nada al principio del placer de manera evidente, pues en una situación generadora de *displacer* en sí misma, la que se actúa y que tiene ese carácter pulsional, terrorífico, que remonta a algo pasado, también se obtiene un placer añadido.

⁷⁶⁶ Freud, S. (1900a [1899]), t. V, pp. 588-591. Freud, S. (1893-95), t. II, pp. 205-206 *nº*6.

7.2.2.3. El carácter conservador de las pulsiones y la pulsión de muerte

Llegados a este punto, Freud tratando de atrapar la relación entre lo pulsional y la compulsión de repetición dice:

*Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas; sería una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia en la vida orgánica*⁷⁶⁷.

La esencia entonces de las pulsiones sería la de un empuje que subyace en cualquier organismo vivo y que apunta a retomar un estado pretérito; el desarrollo de dicho organismo vendría, justamente, por la incidencia de unas fuerzas del exterior que habrían perturbado el estado en el que se encontraba al principio. Las pulsiones serían así conservadoras e instigarían a la repetición, a volver a un estado anterior.

Por otra parte, el hecho de que la muerte necesariamente es sobrevenida por cuestiones internas, arrojaría la proposición de que la meta de toda vida es la muerte pues “*lo inanimado estuvo ahí antes de que lo vivo*”⁷⁶⁸. Y, aunando así ambas premisas, se deduciría que la meta de las pulsiones conservadoras no sería otra que la muerte.

Partiendo de la concepción extrema de que todas las pulsiones son conservadoras (no sólo las vinculadas a la compulsión de repetición) y animadoras del camino hacia la muerte se tiene lo siguiente.

Pudiera ser que, en origen, sobre lo inanimado se hubiesen impuesto ciertos estímulos externos hasta haber insuflado vida al organismo y haberle dotado así de cierta tensión. De esa tensión habría surgido la primera pulsión, la que posteriormente insistiría mediante múltiples rodeos en alcanzar el camino de regreso a la muerte.

Con esta hipótesis universal conservadora de las pulsiones se tendría que la función de las pulsiones de autoconservación del individuo, vinculadas a las necesidades vitales, también sería la de alcanzar la muerte, si bien por el camino más largo.

Freud no admite que esto pueda ser así, que sólo existan pulsiones conservadoras que encaminen al organismo hacia la muerte y, entonces, apela a sus componentes libidinosos. Éstas son conservadoras ya que remiten a estadios anteriores pero además aseguran su

⁷⁶⁷ Freud, S. (1920g), t. XVIII, p. 36.

⁷⁶⁸ *Ibíd.*, p38.

presencia en dichos estadios por más tiempo. También aspiran a la unión de los organismos y, por tanto, se opondrían al camino hacia la muerte⁷⁶⁹.

Estarían confrontadas con el objetivo de esas otras pulsiones apostando por el regreso a estadios anteriores y contribuyendo al enlentecimiento del alcance de la muerte. Se tiene, por consiguiente, la oposición entre “pulsiones de vida”⁷⁷⁰ y “pulsiones de muerte”⁷⁷¹.

Otra cuestión que se plantea es si, en efecto, no existe un progreso más allá del que ofrecen las pulsiones sexuales y si en verdad no hay otra pulsión que apunte a ese destino. Freud afirma su incapacidad para encontrarlo en el reino animal, sin por ello llegar a negar una orientación hacia ese hito que él ubicaría en la sublimación.

Hemos visto hasta el momento que el supuesto radical del carácter conservador en todas las pulsiones en el sentido de su impulso hacia la muerte, que incumbiría a la compulsión de repetición, no es sostenible. Y que, por tanto, existe una clara oposición entre pulsión yoica/pulsión de muerte y pulsión de vida/pulsión sexual. No obstante, la prolongación de la vida y su apuesta por ésta sólo tendría lugar con la fusión de dos células germinales con características diferentes, si no la célula germinal moriría. Entonces, surge la pregunta de qué es lo que se repite con esta fusión, a qué apunta la pulsión sexual/pulsión de vida que, en principio, también refiere un estadio anterior.

Para dar respuesta a esto, Freud vuelve a someter a examen el supuesto de que todo ser vivo necesariamente muere por causas internas⁷⁷². Si se pudiese rechazar esta hipótesis entonces se caería la oposición propuesta entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte, pues la compulsión de repetición perdería su consistencia.

⁷⁶⁹ Freud apoyándose en la embriología, indica que muchos organismos se han conservado en estadios inferiores a los alcanzados por otros y sobreviven en ellos. Asimismo existen organismos (células germinales) pertenecientes a cuerpos complejos que no acompañan a estos últimos hasta su último desarrollo sino que son capaces de escindirse de ellos conservando la estructura originaria y otras características adquiridas. Las pulsiones sexuales protegerían a estos organismos de estímulos externos y le incitarían a su fusión con otras células.

⁷⁷⁰ *Ibíd.*, p. 40.

⁷⁷¹ *Ibíd.*, p. 43

⁷⁷² Recordemos que en “Lo Ominoso” se indicaba el desconocimiento en el ámbito biológico sobre una explicación a la muerte. *Cf.* Freud, S. (1919h), t. XVII, pp. 241-242.

7.2.2.4. Las prestaciones biológicas a las disquisiciones de la dualidad

La suposición de que la muerte es natural deriva de la cultura popular, de una creencia extendida que tal vez se haya propagado para hacer más llevaderas las cuitas ante la muerte de los seres queridos. De no ser así, de no tratarse de una necesidad, se abre la brecha de que quizás el fallecimiento podría haberse evitado, con la congoja que eso supone.

De hecho, Freud añade que este dogma ni siquiera tenía presencia en algunos pueblos, donde pululaba la idea de que la muerte se debía a causas siempre externas con fundamento en agentes sobrenaturales o contingencias objetivas pero exteriores (por ejemplo: la muerte por un designio maléfico, causada por luchas, etc.).

En este sentido, presenta la teoría de Weismann⁷⁷³. Este autor postula una diferenciación en la sustancia viva. Por un lado, estaría una parte mortal restringida al soma, excluyendo de él todo lo concerniente a la generación. Y, por otro lado, habría una parte inmortal compuesta por aquello escindido del soma y que serían precisamente las células germinales (que podrían fusionarse en nuevo soma); éstas últimas apostarían por la reproducción y prosecución de la especie (elucidación congruente con la postura de Freud respecto a la dicotomía pulsional).

No obstante, esa estructura sólo afectaría a los organismos pluricelulares y estos morirían por causas internas lo que no implica que la muerte por causas internas sea una necesidad, sino más bien un asunto de finalidad/adaptación. Los unicelulares serían los únicos inmortales y la muerte natural una ganancia tardía de los protistas. En cualquier caso, esta concepción no ayuda a Freud a echar abajo su primer supuesto en el que adquieren consistencia las pulsiones de muerte.

Otras teorías biológicas⁷⁷⁴ sí apuntaban a la muerte de los organismos unicelulares y desechaban las posturas de Weismann. Algunos autores concebían la muerte como un efecto de la reproducción o el fin del desarrollo individual, deduciéndose entonces una mortalidad de los unicelulares. Sin embargo, otros experimentaron con infusorios ciliados (protozoos con cilios que viven en medios acuáticos) y obtuvieron, en su reproducción por división, que las células reproducidas tras múltiples sucesiones conservaban las características de las primeras sin degenerar.

⁷⁷³ Freud, S. (1920g), t. XVIII, pp. 44-45.

⁷⁷⁴ *Ibíd.*, pp. 46-47.

Freud extrae de todas las disquisiciones que, por un lado, los individuos pueden unirse en la cópula y luego volver a dividirse, rejuveneciéndose (debido a alteraciones en su composición); así la copulación sería la precursora de la reproducción en organismos superiores. Y, por otro lado, que los infusorios están abocados a la muerte natural; si en los experimentos no ocurría y mantenían las mismas características que sus precursores era porque una vez divididos se les ponía en un nuevo líquido nutritivo⁷⁷⁵.

Entonces, puede que las pesquisas de los protozoos no esclarezcan el problema de la muerte natural. Y, en cualquier caso, aun habiendo una tendencia a la muerte las indagaciones biológicas no esclarecen los procesos que instigan a ella. Luego, recurriendo a este ámbito de conocimiento todavía no es posible descartar la pulsión de muerte y la oposición de las pulsiones propuesta.

No obstante, no puede dejar de obviarse la semejanza existente entre la morfología celular esclarecida por Weismann y el postulado de la existencia de las pulsiones de vida y de muerte. Y las similitudes con filósofos contemporáneos como Schopenhauer que identificaba la muerte con el final de la vida y la pulsión sexual con la voluntad de vivir⁷⁷⁶.

Finalmente, Freud propone poner en paralelo la dinámica de las células en su vertiente unificadora, tendente a la búsqueda de la unión de unas con otras para regenerarse y conservar la vida (esto último debido a que la unión en organismos pluricelulares hace que unas células actúen protegiendo a otras, aún en detrimento de ellas mismas), con las pulsiones sexuales. Y las células germinales en su vertiente narcisista, reservándose a sí mismas, con el estado de la libido en el interior del yo.

Tal y como dice, las pulsiones sexuales serían ahora “el Eros de los poetas y filósofos, el Eros que cohesiona lo viviente”⁷⁷⁷.

7.2.2.5. Trayectoria de la categorización de las pulsiones

En su recorrido sobre la teoría de la libido que explicita en esta obra, Freud distingue los distintos momentos que tuvieron lugar en su elaboración:

⁷⁷⁵ Ibid., pp. 46-48.

⁷⁷⁶ Ibid., pp. 48-49.

⁷⁷⁷ Ibid., p. 49.

- Primer momento: se realiza una diferenciación entre pulsiones sexuales y otras que ayudan a la autoconservación del individuo desde las primeras elucubraciones psicoanalíticas. En 1910, en “Perturbación psicógena de la visión”⁷⁷⁸, se hace referencia a ellas de forma explícita, por un lado, estarían las pulsiones sexuales y, por otro lado, las pulsiones denominadas yoicas. Las neurosis de transferencia muestran su oposición; su origen está basado en la distinción popular⁷⁷⁹ extendida y también recogida por los poetas⁷⁸⁰; la sexualidad traspasa el ámbito de la genitalidad y la reproducción.
- Segundo momento: se erige el concepto del “yo” como continente de pulsiones y éstas se hacen distinguibles por las investiduras de objeto. Estas elucidaciones advienen por los contactos con la psicosis y la represión⁷⁸¹. Y justamente en “Introducción del narcisismo”⁷⁸² se manifiesta explícitamente la diferenciación entre libido yoica y libido de objeto.

En esta obra se presume la relación entre el autoerotismo y el narcisismo partiendo de la hipótesis de que el yo necesariamente no está desde el principio de los tiempos. En un primer momento sólo existen pulsiones sexuales autoeróticas y para pasar al estado del narcisismo lo que se erige en el sujeto es “la idea de un cuerpo” o un yo incipiente (un yo “objeto” que confiere una unidad a su cuerpo) en el que pueden satisfacerse las pulsiones sexuales. El yo desarrollado, como “sujeto”, no se fraguará hasta más tarde, concretamente hasta la elección de objeto⁷⁸³.

Además, puesto que el yo es investido de forma originaria con las pulsiones sexuales, Freud alude a si en efecto habría que seguir manteniendo la diferenciación entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas o de autoconservación, pues en ese momento inaugural parecen volverse indistinguibles⁷⁸⁴. Aunque insiste en las dificultades que impone esclarecer este asunto que, por otro lado, halla justificación en la poesía (hambre y amor) y en la biología —por un lado, la sexualidad buscaría procurar al

⁷⁷⁸ Freud, S. (1910j), t. XI, p. 211.

⁷⁷⁹ Freud, S. (1911c [1910]), t. XII, pp. 68-69.

⁷⁸⁰ Freud, S. (1910j), t. XI, p. 212.

⁷⁸¹ Cf. Freud, S. (1911c [1910]), t. XII.

⁷⁸² Freud, S. (1914c), t. XIV, pp. 71-98.

⁷⁸³ *Ibíd.*, p. 74.

⁷⁸⁴ *Ibíd.*

sujeto una satisfacción sin otra finalidad y, por otro lado, no dependiente de la voluntad del sujeto le insta a otra meta, a la reproducción y la conservación de la especie⁷⁸⁵—.

Entonces la libido narcisista o del yo obedecía a las pulsiones sexuales —que se satisfacían de manera autoerótica y que bien eran trasladadas a los objetos bien replegadas al yo— pero se concebía necesariamente vinculada a las pulsiones de autoconservación, concernientes a las funciones vitales.

La clasificación estricta entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo (al tener componentes libidinosos) no parecía del todo acertada, aunque sí salvable puesto que bastaba con hacer una distinción desde el punto de vista tópico. Es decir, las neurosis de transferencia no echarían abajo estos postulados, pues se seguirían explicando por los conflictos entre el yo y el acercamiento a las metas de la pulsión sexual. En efecto, si bien había que reconocer en el yo pulsiones libidinosas, el conflicto de la neurosis en vez de establecerse por una diferenciación de carácter cualitativo como la que estaba vigente (pulsiones sexuales frente a pulsiones yoicas) se concebiría como un conflicto entre el yo y la libido de objeto.

- Tercer momento (correspondiente a las pesquisas acometidas en la obra objeto de estudio): se produce la identificación de las pulsiones sexuales con el Eros, con la conservación del individuo, y la libido narcisista con las células germinales que conservan su tensión para sí mismas sin compartirla. Entonces, surge una dicotomía: pulsiones de muerte frente a pulsiones de vida; necesariamente las pulsiones de autoconservación también han de poseer un carácter libidinal y por lo tanto vuelve a surgir el problema de un pansexualismo.

Rechazando esta postura, Freud retoma el desarrollo realizado e indica que se ha partido de una la identificación extrema de las pulsiones yoicas y pulsiones sexuales con las pulsiones de muerte y pulsiones de vida, respectivamente. Y que a la hora de incluir las pulsiones de autoconservación entre las de muerte se produjo una corrección y se apeló a sus componentes libidinosos en semejanza con las pulsiones de vida, entremezcladas con ellas.

⁷⁸⁵ En este pasaje Freud ya había leído la teoría del plasma germinal de Weismann que explicaría más tarde en *Más allá del principio del placer*. Cf. *Ibid.*, pp. 74-76.

Es decir, la concepción primera de las pulsiones es dualista, hay pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación, y con las nuevas elucubraciones la categorización pasa a ser más radical. Por un lado, estarían las pulsiones de vida, que englobarían a las pulsiones sexuales y a las pulsiones de autoconservación ligadas a la libido; y, por otro lado, estarían las pulsiones de muerte, que aglutinarían el resto de pulsiones, es decir, todas las pulsiones del yo no libidinosas. Se estaría aislando aún más la naturaleza de esas pulsiones no sexuales que actúan desde el interior del yo y que se habían concebido desde el inicio del psicoanálisis sin conseguir ser esclarecidas satisfactoriamente. La dualidad pulsional es indiscutible.

7.2.2.6. Tratando de hallar un ejemplo de la pulsión de muerte: la mezcla pulsional

Freud tratando de buscar otro ejemplo de pulsión de muerte que pudiese arrojar algo de luz a la doctrina de las pulsiones que va construyendo, delibera la posibilidad de servirse de la pulsión sádica. Efectivamente, ésta es una pulsión comprometida al dañar el objeto del que se sirve y podría considerarse como una pulsión de muerte, aunque desplazada. Es decir, el yo se habría librado de la pulsión de muerte gracias a la libido narcisista que la habría arrojado al exterior mostrándose sólo aquella por el vínculo con el objeto. Esto, no obstante, es difícil de comprender, ese desplazamiento al objeto no acaba de encajar.

Lo que Freud propone con ese ejemplo es una pulsión que se está llevando al exterior, cuya meta a la que aspira no parece alcanzarse en el propio cuerpo, mientras que realmente la meta de la pulsión es interna y se halla en la cancelación de la excitación que brota de su fuente en el organismo. Con la pulsión sádica como pulsión de muerte se está recurriendo a un objeto externo, como sucede con las pulsiones de vida, en calidad de pulsión destructiva que trata de alcanzar la meta en el objeto ajeno aniquilándole. Pero, entonces, Freud alega un aspecto a su favor para tomar en cuenta esta posición.

Él nos dice que un supuesto de este tipo ya lo habíamos realizado anteriormente cuando se abordó una pulsión tremendamente incómoda y que complicaba las cosas infinitamente. Como no podría ser de otra forma, Freud nos espeta con el masoquismo. Hagamos el inciso en este punto clave para poder comprender lo que vendrá después.

En efecto, Freud en sus *Tres ensayos* establece un desarrollo de la libido que recopilamos resumidamente a continuación. Tendríamos una fase ancestral autoerótica en la que las pulsiones se autosatisfacen en el cuerpo y, después, un acceso al narcisismo con el nacimiento del yo. La libido proseguiría su desarrollo satisfaciéndose de manera autoerótica en el propio cuerpo, en lo que se denominan las zonas erógenas, y pasando por las distintas fases pregenitales: oral, sádica-anal y fálica, donde las pulsiones parciales pueden convivir unas con otras. Con la elección de objeto se accedería a un periodo de latencia tras el cual llegaría la etapa genital con la consiguiente elección de objeto sexual. La prominencia de una pulsión sexual debería quedar instituida con la agrupación de las pulsiones parciales, sin embargo, es algo que no llega a producirse del todo.

Por otro lado, en "Pulsiones y destinos de pulsión" habría ahondado en los destinos de la pulsión identificados en la represión, la sublimación, la vuelta hacia la persona y la tendencia a lo contrario. En este trabajo es donde explica a fondo las pulsiones ambivalentes, las de ver y ser visto así como el sadismo y masoquismo. Lo que nos revela con el sadismo es que precede al masoquismo y que éste último simplemente sería una tendencia a lo contrario. O sea, el objeto se seguiría manteniendo fuera (tanto en el sadismo como en el masoquismo) y se cambiaría la meta, pasando de ser activa (el sadismo propina la acción al objeto) a ser pasiva (el masoquista busca el objeto para que éste dirija la acción hacia él). En la pulsión de ver y ser visto además de las situaciones indicadas para el caso del sadismo y masoquismo, y que en éste caso serían análogas (la acción activa de ver y un posible viraje al ser visto mediante la toma de un objeto que pase a mirarle), instituye una etapa previa a la pulsión de ver con meta activa. Es decir, funda un ver primario que consiste en verse, en mirarse primero el propio cuerpo. Esta etapa, sin embargo, no la funda para el sadismo puesto que no puede comprender un masoquismo primario; es decir, no concibe establecer un momento donde el niño, en su etapa más precaria, pueda llenarse de júbilo en la acción de ser dominado, pegado o humillado por un objeto ajeno, alguien que esté fuera de él.

Volviendo a 1920, Freud examinando la pulsión de muerte busca un ejemplo y vacila sobre si el sadismo podría ser uno. La problemática reside en que se trataría de una pulsión descentrada que se satisfaría aniquilando al objeto ajeno y no a uno mismo. Tiene reticencias entonces a estimarla propicia para la tarea en cuestión por el asombro que podría causar. Empero, le asiste el masoquismo.

Dice que el masoquismo es una pulsión que revierte la posición sádica, es decir, que se trata de un sadismo vuelto hacia uno mismo. Entonces, ¿por qué no concebir una pulsión de

muerte como pulsión destructiva del objeto que bien podría ser una reversión de esa pulsión de muerte hacia uno mismo?

Ahora bien, que la pulsión sádica como pulsión de muerte hacia el objeto no sea más que una revuelta de la pulsión de muerte hacia el yo nos exigiría que, previamente, tendría que haber tenido lugar una pulsión de muerte dirigida hacia uno mismo, es decir, una pulsión de muerte narcisista dirigida al yo. El planteamiento consistiría en reconducir la posición “yo busco a un objeto fuera para darle muerte” hasta un “yo busqué antes a un objeto fuera para que me diera muerte” y, por tanto, ese cambio de meta activa por una pasiva consistiría en tomarse el yo como cuerpo/objeto para ser amado por la mismísima muerte. Y aquí es donde Freud necesariamente tiene que rectificar su posición pasada si quiere quedarse con este ejemplo de pulsión de muerte y sus concepciones dinámicas de la pulsión, ¿debería poder existir un masoquismo primario!⁷⁸⁶

Entonces, puesto que el dualismo es axiomático y las pulsiones no destinadas a los objetos son prácticamente imposibles de investigar, los ejemplos que se pueden encontrar son de pulsiones que se presentan entremezcladas todas y cada una con sus objetos. Por ejemplo, en la primera fase de la libido, la fase oral, sería complicado poder diferenciar la toma de alimento en el sentido del Eros, del acto caníbal que implica incorporárselo. En la fase sádica-anal, tal y como se ha indicado, podría atinarse una separación de pulsiones al restringir la pulsión de muerte a la pulsión de destrucción en el objeto, mientras que la pulsión sexual sádica se circunscribiría al beneplácito que halla en el apoderamiento.

Ricoeur, acerca de la dualidad, indica:

No hay necesidad de hacer coincidir la dualidad: pulsiones del yo - pulsiones sexuales, con la dualidad: pulsiones de vida – pulsiones de muerte. Ésta afecta a *cada una* de las formas de la libido, como lo verificaremos al estudiar los “representantes” de la pulsión de muerte. El amor objetal es pulsión de vida *y también* de muerte, como el amor narcisista es Eros que se ignora *y* cultivo clandestino de la muerte. La sexualidad está operando allí donde también lo está la muerte. Pero es entonces cuando el dualismo pulsional se convierte de verdad en antagonismo; justamente porque no se trata de diferencias cualitativas, como en la primera teoría pulsional entre el amor y el hambre, ni de diferencias de inversión, según que la libido

⁷⁸⁶ Freud, S. (1920g), t. XVIII, p. 53.

vaya hacia el yo o hacia el objeto, como en la segunda teoría de las pulsiones, el dualismo se convertirá de verdad en lo que *El malestar en la cultura* denominará “una lucha de gigantes”⁷⁸⁷.

7.2.2.7. De la biología a la filosofía: Eros y pulsión de muerte

A falta, entonces, de la localización de ejemplos claros de la pulsión de muerte, Freud retorna sobre las especulaciones realizadas y retoma las indagaciones biológicas. Vuelve a considerar las investigaciones desarrolladas sobre los efectos regeneradores en las sustancias producidos por la propia copulación y se pregunta cómo eso podía ocurrir. Teniendo en cuenta el paralelismo con la unión genésica arguye que es debido a los incrementos en las magnitudes de los estímulos. Y, de esta forma, la propuesta sería congruente con una tendencia interna del organismo a mantener la tensión constante o incluso suprimirla llevándolo a la muerte. Consecuentemente, la hipótesis sobre la existencia de las pulsiones de muerte tendría un asidero⁷⁸⁸.

En efecto, en este punto es donde adquiere solidez el concepto. Por un lado, estarían las pulsiones sexuales que apostarían por la regeneración y la reproducción y que introducirían los incrementos de estímulos. Pero, por otro lado, estarían las pulsiones de muerte que irían contra las de vida acometiendo la tarea de reducir las tensiones hasta el nivel cero. De esta lucha de pulsiones daría cuenta el principio de nirvana de Bárbara Low⁷⁸⁹, la tendencia a la descarga absoluta hasta extinguir las tensiones, que Freud asemeja a una expresión del principio del placer. Claramente, partiendo de las pulsiones sexuales excitatorias y de una tendencia a minorar la excitación, parece sensato pensar que existen también otras pulsiones excitatorias que al entrar en confrontación con aquellas vienen a nivelar la excitación.

Empero, Freud sigue expresando su insatisfacción al no poder dilucidar la razón de la compulsión de repetición, que originó la premisa de la existencia de la pulsión de muerte, relacionándola con la pulsión sexual que allí también actuaba. Freud persevera en el texto tratando de encontrar la solución del problema. Indica que las células germinales, precursoras de los gametos (óvulos y espermatozoides), al contener el material genético que se iría delegando de generación en generación desde tiempos inmemoriales, representan ya un

⁷⁸⁷ Ricoeur, P. (1970), p. 260.

⁷⁸⁸ Freud, S. (1920g), t. XVIII, p. 54.

⁷⁸⁹ Low, B. (1920), *Psycho-Analysis. A Brief Account of the Freudian Theory*, Londres, George Allen & Unwin LTD., p. 73.

fenómeno de repetición. Pero en su contra se erige que la esencia de los procesos donde manobra la pulsión sexual es precisamente la unión de los cuerpos celulares, asegurando así la perpetuación de la vida, y esto justamente no se aprecia en la herencia aislada del material genético.

Entonces, carente de explicaciones sobre los orígenes de la reproducción sexual y las pulsiones sexuales en general, Freud realiza un último intento y toma la reproducción sexual como referencia. Explícita, desde una postura darwinista, que pudiera haber ocurrido en un determinado momento una unión contingente de protistas sin una finalidad en sí misma pero que fue preservada en la evolución por reportar beneficios⁷⁹⁰ (efecto renovador). De aquí dice Freud poder extraer que una manifestación violenta de las pulsiones en su intento de realizar la unión sexual repetiría esa contingencia que finalmente se perpetuó por presentar beneficios. Pero de nuevo, echa abajo esta hipótesis porque en ella se presupone la existencia de pulsiones de vida en el ser celular más simple.

Entonces, sólo se puede sostener la existencia de las pulsiones de muerte exigiendo que estén relacionadas desde un primer momento con las pulsiones de vida. Y, a falta de un saber científico que dé cuenta de esta disquisición, Freud deberá recurrir a otro tipo de fuentes para demostrar que esto realmente es así.

Entonces, si no queremos abandonar la hipótesis de las pulsiones de muerte, hay que asociarlas desde el comienzo mismo con unas pulsiones de vida. Pero es preciso confesarlo: trabajamos ahí con una ecuación de dos incógnitas. Lo que hallamos en la ciencia acerca de la génesis de la sexualidad es tan poco que este problema puede compararse con un recinto oscuro donde no ha penetrado siquiera la vislumbre de una hipótesis. Es verdad que hallamos una hipótesis así en un sitio totalmente diverso, pero ella es de naturaleza tan fantástica — por cierto, más un mito que una explicación científica— que no me atrevería a mencionarla si no llenara justamente una condición cuyo cumplimiento anhelamos. Esa hipótesis deriva una pulsión *de la necesidad de restablecer un estado anterior*⁷⁹¹.

De esta forma, llega hasta el discurso de Aristófanes en *El Banquete*⁷⁹² de Platón y lo utiliza como sostén de su postulado. El relato viene a decir que los seres andróginos, es decir, el

⁷⁹⁰ Freud también manifiesta las oposiciones de Weismann respecto a esta conjetura arguyendo que no se trata de un beneficio, no existe una renovación, sino que sólo posibilita una mezcla de tendencias diferente. Cf. Freud, S. (1920g), t. XVIII, p. 55.

⁷⁹¹ *Ibid.*, pp. 55-56.

⁷⁹² Platón. (2007), “El banquete”, en *Clásicos de Grecia y Roma*, Barcelona, Gredos, vol. 27, pp. 220-223.

hombre y la mujer reunidos en un mismo ser, fueron partidos por la mitad a instancias de Zeus y los efectos fueron los anhelos de las dos mitades por reencontrarse y fusionarse.

Llegados a este punto, recalca el carácter especulativo de sus aseveraciones pero también exhorta a no obviar algunas concepciones interesantes que han salido al paso en estas elucubraciones. No aboga por abandonarlas, sino tener en cuenta su carácter impugnable de cara a futuras investigaciones que puedan discutir las y hagan rectificar las hipótesis tomadas.

No desconozco que el tercer paso de la doctrina de las pulsiones, este que emprendo aquí, no puede reclamar la misma certeza que los dos anteriores, a saber, la ampliación del concepto de sexualidad y la tesis del narcisismo. Esas innovaciones eran trasposiciones directas de la observación a la teoría; no adolecían de fuentes de error mayores que las inevitables en tales casos. La afirmación del carácter *regresivo* de las pulsiones descansa también, es cierto, en un material observado, a saber, los hechos de la compulsión de repetición. Sólo que quizá he sobrestimado su importancia. Comoquiera que fuese, sólo es posible llevar hasta el final esta idea combinando varias veces, en sucesión, lo fáctico con lo meramente excogitado, lo cual nos aleja mucho de la observación. Se sabe que el resultado final será tanto menos confiable cuantas más veces se haga eso mientras se edifica una teoría, pero el grado de incerteza no es indicable⁷⁹³.

⁷⁹³ Freud, S. (1920g), t. XVIII, pp. 57-58.

CAPÍTULO 8

El problema de la desmezcla pulsional

No podemos decir que las elucidaciones impresas en *Más allá del principio del placer* dejaran a Freud satisfecho. Tal y como afirmaba él, abrían la brecha a nuevas investigaciones e intelecciones que podrían dar explicaciones de los distintos fenómenos de la vida anímica y participar en una consolidación teórica.

El supuesto de la pulsión de muerte, la insistencia en hallar su origen junto con las pulsiones de vida así como la construcción teórica que le diese amparo seguían siendo asuntos oscuros en la doctrina psicoanalítica que requerían de nuevas reflexiones y elaboraciones.

Igualmente, reclamaban un replanteamiento del aparato psíquico que es precisamente lo que pasará a mostrarse en *El yo y el ello* y que permitirá aclarar muchos de los aspectos manifestados en *Más allá del principio del placer* e incluso en estudios anteriores.

Ricoeur nos ofrece una interpretación de la obra *El yo y el ello*, justamente la que viene a ocupar nuestra atención en este capítulo de la tesis.

El rasgo genial, en *El yo y el ello*, consiste en la conexión (por así decirlo) de la teoría de las tres instancias —yo, ello y superyó— con la teoría dualista de las pulsiones de *Más allá del principio del placer*. Esta confrontación permite pasar de una especulación suspendida en el vacío a un verdadero desciframiento; en adelante vamos a desimplicar las pulsiones de muerte en el espesor del ello, el yo y el superyó, en lugar de examinarlas cara a cara en una mitología dogmática⁷⁹⁴.

⁷⁹⁴ Ricoeur, P. (1970), p. 255.

8.1. El ello y el yo. El ello pasa a ser el reservorio de las pulsiones

Partiendo de la diferenciación fundamental que el psicoanálisis tiene como axiomática entre *consciente* e *inconsciente*, debe realizarse una caracterización prolija de ambos estamentos desde diferentes puntos de vista.

Una de las primeras disquisiciones que surge es dónde ubicar aquello que se percibe y de lo que uno es consciente pero no de forma duradera. Es decir, lo que pasa por la consciencia, se esfuma y es fácilmente recuperable en un tiempo posterior. Su análisis desde un punto de vista estático y descriptivo es lo que entrama la problemática ya que lo percibido bien puede ser consciente en un primer momento, bien inconsciente en un momento posterior. Empero, una visión económica o dinámica de la vida anímica viene a solventar el problema.

La teoría psicoanalítica da cuenta de ciertos procesos anímicos de los que el individuo no tiene consciencia alguna. Hartas veces se ha evidenciado la dificultad que presentan algunas representaciones muy intensas para hacerse conscientes. Realmente, lo que ocurre es que existe cierta fuerza que les impide su acceso a la consciencia, lo que se denominan *resistencias*, y que la terapia trata de derogar. Lo reprimido emerge así como paradigma del inconsciente, brota de la dinámica de las fuerzas, es aquello que tratando de abrirse paso a la consciencia no es idóneo para su acceso.

Por otro lado, el preconscious comprendería aquello que siendo inconsciente es susceptible de ser consciente. Es decir, lo que se califica como latente. Hilándolo con lo anterior, sería lo inconsciente desde el punto de vista meramente descriptivo, que no dinámico. Y podemos decir que tópicamente se encontraría más cercano a la consciencia que el inconsciente.

Entonces, se tienen tres sistemas: inconsciente, preconscious y consciente; dos inconscientes descriptivos pero tan sólo uno dinámico.

En cuanto a lo consciente decir que adquiere esa característica necesariamente porque se trata de lo percibido, aunque el acto de la percepción *per se* no explique por qué unas cosas se perciben y otras no. En cualquier caso, lo consciente siempre se ha asociado al yo.

El yo es la instancia psíquica que asume una coherencia de lo que es uno mismo, controla los actos que se ejecutan hacia el mundo exterior y participa también en aquellos frente al mundo interior. A colación de este último aspecto, sería un mediador entre ambos. Es el que

además exhorta a la represión y del que manan las resistencias para evitar que emerja lo reprimido. En definitiva, es el responsable de custodiar lo reprimido en el inconsciente.

Ahora bien, esas fuerzas que parten del yo en sí mismas son inconscientes. La dinámica de fuerzas pone de manifiesto una nueva concepción de inconsciente que no concierne solamente a lo reprimido, sino también a una parte del yo. Así se puede precisar que el inconsciente atañe a lo reprimido —que requiere de una maniobra adicional y que consiste en vencer las resistencias para hacerse consciente— e igualmente a aquello que se opone a lo reprimido sin ser consciente uno mismo de estar realizándolo.

En la práctica, muchas veces el paciente no avanza e incluso contribuye a una obstaculización del tratamiento, busca las confrontaciones con el médico, cancela las sesiones, etc. Empero, no es consciente de estar poniendo en acto las resistencias, ni siquiera es capaz de referirse a ellas con palabras, es como si estuviesen reprimidas. Luego, en efecto, podemos decir que existe una escisión en el propio yo que es inconsciente. He aquí lo novedoso de la teoría psicoanalítica, lo intuitivo pero escasamente desarrollado y que toma protagonismo en esta obra.

Llegados a este punto tenemos que lo inconsciente abarca lo preconscious (latente o susceptible de conciencia), lo reprimido (no susceptible de conciencia) y esta parte del yo recién comentada (no reprimido y no susceptible de conciencia). Ha de añadirse que dicha escisión yoica no es preconscious pues si lo fuera, a la hora de removerse, se volvería consciente y hemos visto que eso no sucede.

Estas nuevas intelecciones sobre la noción de inconsciente tienen como consecuencia, entre otras, que no pueda sintetizarse la neurosis como un conflicto entre lo consciente y lo inconsciente, sino entre el yo y lo reprimido segregado de él. Asimismo el triunfo de la defensa no se consuma con la represión, desalojando simplemente al inconsciente el material reprimido, sino manteniendo en el inconsciente a la parte del yo que tomó partida en dicho acto aportando las fuerzas represoras. De hecho, lo que supone una dificultad en la práctica analítica no es traer a la conciencia lo reprimido, que siempre está esforzándose por salir a la luz, sino hacer conscientes las resistencias.

Entonces, dada la configuración de borde del yo entre lo consciente y lo inconsciente podemos dotarle de una caracterización más rica.

Como inciso, apuntamos una diferencia entre preconscious e inconsciente respecto de la consciencia. Lo latente hemos dicho que se vuelve consciente sin esfuerzo. Esto se debe a que las percepciones dejaron como secuelas en el preconscious lo que se denominan las representaciones-palabra⁷⁹⁵. Se trata de residuos de las representaciones, sedimentos de la palabra oída, en definitiva, restos mnémicos de las percepciones que como tales pueden devenir conscientes. Precisamente, estas representaciones-palabra terciarían en los procesos de pensamiento de forma que las representaciones reprimidas serían percibidas como provenientes del exterior y producirían, por tanto, un conocimiento consciente⁷⁹⁶.

No obstante, si sólo puede hacerse consciente lo que es percibido, a excepción de los sentimientos, lo que procede de dentro necesariamente debería transformarse en algo perceptible. En efecto, las sensaciones se hacen conscientes erigiendo su cualidad de placenteras o displacenteras. Las últimas, como sabemos, se originan por mociones pulsionales que esfuerzan a una descarga siempre y cuando alcanzan cierto grado de excitación. Es decir, siempre que despiertan una resistencia. Si esto no sucediese se generarían pulsiones inconscientes que justamente no llegarían a producir sensaciones de placer-displacer. Éstas no podrían ser tramitadas hasta la consciencia ni aun cuando quedasen asociadas a las representaciones-palabra. O sea, para las pulsiones la vía hacia la consciencia es directa.

Por lo tanto, el yo se configura como aquella instancia de la que depende la consciencia, que recibe las percepciones y las tramita. Y, por otro lado, el ello es aquella parte de él que se comporta de forma inconsciente.

Freud toma el término “ello” de Georg Grodeck, tal y como el mismo lo indica en esta obra. Se trata de un médico alemán, vinculado en parte al psicoanálisis, que publicó *El Libro del Ello* a la par que Freud lo hacía con la obra en cuestión. Empero, Freud le dio otra

⁷⁹⁵ Freud, S. (1923b), t. XIX, p. 22.

⁷⁹⁶ En el trabajo de “Lo inconsciente” (1915) Freud efectuó una distinción entre las representaciones que habitaban en el inconsciente y en el preconscious. La diferencia se explicaba en términos de “representación-cosa” y “representación-palabra”. Una representación consciente supondría una acoplamiento de una representación-palabra y una representación-cosa; la primera serían restos de palabras oídas y las segundas su imagen mnémica u otras huellas mnémicas. Las representaciones-cosa remiten a objetos que no son capaces de ponerse en palabras, serían representaciones que no encuentran un asidero en las palabras, vendrían a ser las cargas de las palabras ausentes. Y éstas serían las únicas habitables en el inconsciente. El preconscious, sin embargo, albergaría representaciones palabra provenientes de las percepciones y podría enlazarlas con las representaciones-cosa avivándolas por el acto del pensamiento y haciéndolas así conscientes. Cf. Freud, S. (1915e), t. XIV, p. 197-198.

perspectiva. La concepción monista de Grodeck aunaba la física y lo psíquico para crear la fuerza que empujaba al ser humano y distaba mucho del uso que Freud quería otorgar al término. Grodeck dice así:

Yo sostengo la opinión de que el hombre es vivificado por lo desconocido. En él hay un Ello, algo de todo punto admirable, que rige y gobierna todo lo que hace y todo lo que acontece. El enunciado “yo vivo” es solamente correcto bajo determinadas condiciones, expresa solamente un aspecto parcial de la realidad básica, a saber, de que el hombre es vivido por el Ello⁷⁹⁷.

Volviendo a nuestro recorrido, el yo por la influencia del mundo exterior trataría de domear al ello y daría relevo al principio del placer con el principio de realidad —demorando la satisfacción pulsional, ante las restricciones que le impone el mundo exterior, en su búsqueda hacia los objetos en la realidad externa—. Por otro lado, las percepciones lo pondrían en marcha lo mismo que las pulsiones activarían al ello, apuntando así al distingo de la literatura del dramaturgo alemán que Freud siempre aludía⁷⁹⁸.

Freud muestra un símil muy esclarecedor de las relaciones entre el yo y el ello:

La importancia funcional del yo se expresa en el hecho de que normalmente le es asignado el gobierno sobre los accesos a la motilidad. Así, con relación al ello, se parece al jinete que debe enfrenar la fuerza superior del caballo, con la diferencia de que el jinete lo intenta con sus propias fuerzas, mientras que el yo lo hace con fuerzas prestadas. Este símil se extiende un poco más. Así como al jinete, si quiere permanecer sobre el caballo, a menudo no le queda otro remedio que conducirlo adonde este quiere ir, también el yo suele trasponer en acción la voluntad del ello como si fuera la suya propia⁷⁹⁹.

En la génesis del yo no sólo se sitúa la percepción en sí misma, sino también el cuerpo como receptáculo de las percepciones internas. Tal y como vimos en trabajos anteriores, el yo no estaba desde el principio en el ser. Al comienzo sólo había un cuerpo autoerótico en el que comenzó a nacer un yo precario para poder devenir narcisista y adquirir la idea de un cuerpo que se podía tomar como objeto. Su punto álgido de madurez no llega hasta la propia elección de objeto.

⁷⁹⁷ Grodeck, G. (2006 [1923]), *El Libro del Ello*, en *Obras escogidas*, Barcelona, RBA, p. 351.

⁷⁹⁸ Frase de Schiller que indicaba que hambre y amor movían el mundo.

⁷⁹⁹ Freud, S. (1923b), t. XIX, p. 27.

No se puede caer en el error de concebir el yo como máximo representante del intelecto y lo reprimido como lo irracional. Verbigracia, Freud apela a aquellos retos matemáticos incapaces de ser solventados durante horas de estudio y para los que irrumpe repentinamente una solución tras horas de sueño. Y, del otro lado, también indica la existencia de ideas estimables, como la ética y la moralidad, que en algunos individuos moran en su inconsciente.

A partir de todo lo puesto de manifiesto en este apartado podemos extraer que las pulsiones pasan a ser patrimonio del ello y mantienen su vía directa con el yo anunciándose mediante las sensaciones que este último deberá tramitar.

8.2. El yo y el superyó o ideal del yo. Siguiendo la pista a la pulsión de muerte

En los trabajos metapsicológicos de 1915 se elaboró la idea de un desarrollo del yo y su culmen con la elección de objeto así como el nacimiento de otra instancia que se denominó ideal del yo. Para entender el viraje que se produce desde aquella concepción hasta el presente trabajo retomaremos algunas de las ideas explicitadas entonces.

El niño en un principio es una amalgama de pulsiones que se satisfacen de forma autoerótica. Posteriormente, va tomando constancia de lo que suponer ser un cuerpo con el nacimiento del yo y entra en la etapa denominada narcisismo primario donde aún se tiene un yo incipiente (yo-cuerpo), continente de pulsiones que pueden satisfacerse en él. Este narcisismo perdura hasta la elección de objeto, cuando pasaría a cederse, precisamente, parte de la libido a ese objeto. Al mismo tiempo, el abandono del narcisismo y el inherente desarrollo del yo se producen con una cesión de libido narcisista al ideal el yo que, finalmente, encarnaría aquello a lo que uno aspira ser para volver a convertirse en el objeto amado de la etapa narcisista.

Freud conjetura también la posibilidad de existencia de una instancia psíquica que vele por el acercamiento del yo al ideal del yo buscando retomar ese narcisismo primario, a favor, ahora, de uno secundario. Esta instancia sería heredera de las censuras promovidas por los agentes que facilitaron los cuidados al infante y todos aquellos subrogados de éstos. Y la denomina conciencia moral⁸⁰⁰.

⁸⁰⁰ Freud, S. (1914c), t. IV, pp. 92-94.

8.2.1. Introducción a las identificaciones

La identificación repercute en el yo operando una transformación. En cierta medida se manifiesta en rasgos de carácter. Por otro parte, los cambios que produce pueden derivar en consecuencias graves como nos muestra la melancolía. En cualquier caso, se trata de procesos asaz habituales que ponen de manifiesto una resignación del ello a los objetos y sus vínculos con el yo. La implicación en esta dinámica de la nueva instancia que se está fraguando, y que no es otra que el superyó, reclama un preanálisis de estas identificaciones.

8.2.1.1. La identificación en la melancolía

Una forma de esclarecer la identificación, como bien decimos, pasa por el estudio de la melancolía. Ésta, en oposición al duelo, nos permite asir más de cerca el proceso en el que la libido es retirada de los objetos y las transformaciones que consecuentemente se producen en el yo⁸⁰¹.

Al margen de que la melancolía *a priori* presente síntomas similares a los que se observan en la fase del duelo como pesar, inactividad, desvalorización del mundo, etc., se singulariza por la pérdida de un sentimiento de sí. Éste se manifiesta en los improprios que el sujeto vierte hacia la propia persona, a diferencia del duelo donde lo que se desvaloriza es el mundo en derredor. Otras distinciones se muestran en la ilustración que da el melancólico sobre su ser y que, sin embargo, atendiendo al contenido de los reproches no parece encajar realmente con su persona.

Tampoco es condición necesaria la muerte de un ser querido pues basta con que exista la pérdida del objeto y de lo que el sujeto puede incluso no ser consciente. Indagando más en su posición, es posible esclarecer que los autorreproches realmente son quejas dirigidas hacia el objeto amado y perdido. De hecho, ni siente vergüenza cuando las dice y ante cualquiera.

El duelo es un paso necesario que consiste en desinvertir el objeto amado y perdido así como todos los que estuviesen asociados a él. Con todo, perdura en lo psíquico concomitante a la congoja que implica la renuncia a la satisfacción pulsional del sujeto que lo sufre. Pero ¿qué es lo que ha ocurrido en la melancolía?

⁸⁰¹ Freud, S. (1917 [1915]), “Duelo y melancolía”, en AE, t. XIV, pp. 241-256.

En la melancolía también se ha perdido un ser querido pero por un desengaño o traición. La investidura del objeto ha sido completamente desplazada hacia el yo identificándose así éste con el objeto resignado y teniendo como consecuencia una transformación del yo. La melancolía ha retirado la libido del objeto y en el duelo lo que se retira es el objeto de la libido.

Por un lado, tendríamos un narcisismo secundario, una vuelta al narcisismo primario, donde el sujeto se toma a sí mismo como objeto y se satisface al margen del mundo exterior. Sin embargo, la resignación del objeto no se produce del todo, sino que se sustituye por una identificación. Tal vez las resignaciones de objetos vengán a realizarse mediante ese mecanismo. Es decir, quizás por la dificultad que entranan, los objetos pasarían a ser introyectados mediante una regresión libidinal a una etapa anterior. Concretamente, podría conjeturarse una regresión a la etapa oral.

El amor proviene de la capacidad del yo para satisfacer de manera autoerótica, por la ganancia de un placer de órgano, una parte de sus mociones pulsionales. Es originariamente narcisista, después pasa a los objetos que se incorporaron al yo ampliado, y expresa el intento motor del yo por alcanzar esos objetos en cuanto fuentes de placer. Se enlaza íntimamente con el quehacer de las posteriores pulsiones sexuales y coincide, cuando la síntesis de ellas se ha cumplido, con la aspiración sexual total. Etapas previas del amar se presentan como metas sexuales provisionales en el curso del complicado desarrollo de las pulsiones sexuales. Discernimos la primera de ellas en el incorporar o devorar, una modalidad del amor compatible con la supresión de la existencia del objeto como algo separado, y que por tanto puede denominarse ambivalente. En la etapa que sigue, la de la organización pregenital sádico-anal, el intento de alcanzar el objeto se presenta bajo la forma del esfuerzo de apoderamiento, al que le es indiferente el daño o la aniquilación del objeto. Por su conducta hacia el objeto, esta forma y etapa previa del amor es apenas diferenciable del odio⁸⁰².

De esta forma, extraemos la ambivalencia como la característica fundamental de la identificación.

⁸⁰² Freud, S. (1915c), t. XIV, p. 133

8.2.1.2. Otro tipo de identificaciones

En *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921)⁸⁰³ se llegan a mostrar cinco tipos de identificaciones:

1. El primer vínculo afectivo que aparece antes de la elección de objeto se concentra en una primera identificación que no es otra que la identificación paterna. El niño varón se identifica al padre afirmando su posición masculina, lo concibe como su ideal, querría “ser” como él. La madre, por otro lado, es su primer objeto de amor, una elección posiblemente apoyada en la satisfacción de las necesidades primarias. Ambas elecciones confluyen en el Edipo, etapa en la que la identificación por su carácter ambivalente se vuelve hostil frente al padre. El varón desearía eliminarle de la relación triangular pues supone un estorbo en su relación con la madre. Podemos decir que querría “devorarlo” (retorno a la fase oral o canibálica) o que desearía “tenerle”. En el Edipo, surgido a raíz de esta confluencia de vínculos afectivos, es cuando se produce una segunda identificación.
2. Las dos identificaciones siguientes se ponen en correspondencia con el síntoma y corroboran que la caracterización de la identificación viene dada por dos motivos: encarna la más ancestral relación amorosa con un objeto y reemplaza a un objeto de amor por vía regresiva.

En un primer ejemplo se presenta a una niña pequeña que copia de su madre el síntoma que la última padece, una tos que le perturba profundamente. Aquí, la niña, estando en el Edipo, puede tomar la actitud hostil contra la primera identificación (la madre) que ahora le molesta en su relación con el objeto de amor.

Un segundo ejemplo es la tos de “Dora”, se trata del síntoma que padece el padre, su objeto de amor. En este caso, la identificación reemplaza a la elección de objeto con el consiguiente sufrimiento.

No obstante, en ambos casos la identificación viene por un único rasgo del objeto y no como en la melancolía, donde la identificación es total. Además, se manifiesta una resignación de un objeto de amor por la vía identificativa.

⁸⁰³ Freud, S. (1921c), en AE, t. XVIII, pp. 99-104.

3. Un tercer ejemplo es el caso del síntoma en la identificación producida por la relación con alguien que se engloba dentro del mismo "rótulo". Es decir, el síntoma se forma por la intención de querer ponerse en el lugar del otro, si bien no por un vínculo afectivo que los una. Se trata de la identificación por la comunidad con otra persona que no representa un objeto susceptible de las pulsiones sexuales del sujeto. Igualmente, genera un sufrimiento que viene a instancias del sentimiento de culpa. Lo muestra el caso de la chica del internado que al recibir una carta de su novio sufre un arranque de celos que desemboca en un ataque histérico y que, con efecto dominó, alcanza al resto de compañeras.
4. En la melancolía, tal y como se ha reseñado anteriormente, se produce también la introyección del objeto escindiendo en cierta medida al yo en dos. Por un lado, estaría el yo que como objeto padece el martirio que otro le dispensa y, por otro lado, aquel que ejecuta el castigo, quién le lanza los reproches. Éste último es el ideal del yo, la moralidad, la censura, el castigo, etc.
5. Y, por último, tenemos la identificación homosexual masculina. Supone la identificación del niño con la madre. Tendría su repercusión en la búsqueda de otro objeto que posea sus propias características, objeto donde pueda reconocerse además de amarle tanto como la madre le amó a él.

8.2.2. El legado del complejo de Edipo: un superyó que exhorta a las pulsiones y que también castiga por ello

En principio, en la primera fase de la libido no es posible distinguir una identificación de una investidura de objeto. Posteriormente, con el nacimiento del yo simplemente puede conjeturarse que existen pulsiones que pugnan por satisfacerse y que surgen del ello. Ante esta situación el yo, o bien daría su consentimiento a las investiduras de objeto, o bien se defendería de ellas por represión. Puesto que la represión es un mecanismo que concierne a un yo más maduro es posible que en su etapa más precaria recurriese a la identificación como modalidad de defensa. El objeto sería introyectado en el yo regresando a la etapa canibállica y produciría, por ende, un yo transformado. De ahí que Freud conjeture el carácter como los restos de las resignaciones de objetos.

Por una parte, la identificación se interpreta así como una maniobra del yo ante un requerimiento del ello, bien porque no puede investirse el objeto, bien porque debería resignarse. Y, por otro lado, supone un apaciguamiento del ello, puesto que el yo pasa a ofrecerse él mismo al ello como objeto.

La transformación de la libido de objeto en libido narcisista puede concebirse entonces como una desexualización o especie de sublimación, realmente se ha resignado a un objeto sexual y la libido yoica puede reconducirse a otras metas. Asimismo, podría postularse como un paso intermedio para producir una “desmezcla”⁸⁰⁴ de pulsiones. Y también brindaría una interpretación de la *personalidad múltiple* concibiéndola como una radicalización del proceso; el yo acabaría profundamente fragmentado al tener que amparar la libido de numerosos objetos resignados e inconciliables entre sí.

En cualquier caso, lo que es indiscutible es que la primera identificación, previa a la elección de objeto, refleja el primer vínculo afectivo con el progenitor o cuidador. Ésta precisamente es la que, según Freud, tiene unas consecuencias “universales y duraderas”⁸⁰⁵. Y contribuye determinantemente a la formación del ideal del yo.

Tal y como hemos visto en el anterior apartado, el complejo de Edipo surge por los lazos afectivos que subyacen en la relación triangular madre-padre-hijo. El padre, con quien el niño se identifica en un primer momento, pasa a interponerse en su relación con la madre, el primer objeto de amor elegido. Y la identificación, por ambivalencia, es entonces cuando adquiere un carácter hostil. El abandono del complejo de Edipo pasa por la resignación del objeto de amor y un refuerzo de la identificación primaria al padre o una nueva identificación a la madre⁸⁰⁶.

Así, como resultado más universal de la fase sexual gobernada por el complejo de Edipo, se puede suponer una sedimentación en el yo, que consiste en el establecimiento de estas dos identificaciones, unificadas de alguna

⁸⁰⁴ En “Dos artículos de enciclopedia” Freud indica que las pulsiones de vida y de muerte en un primer momento están mezcladas. Es una hipótesis necesaria que establece en su trabajo metapsicológico *Más allá del principio del placer*, ambas pulsiones deben nacer juntas y a la vez. Esto se sustenta en la naturaleza conservadora pulsional, pues las dos tratan de retornar a un estado anterior, si bien de metas confrontadas, para una es la vida y para la otra es la muerte. Sólo con su desmezcla podrán hacer explícito el triunfo de una u otra. Cf. Freud, S. (1923a [1922]), t. XVIII, p. 253.

⁸⁰⁵ Freud, S. (1923b), t. XIX, p. 33.

⁸⁰⁶ En el caso de la niña el desenlace sería análogo, si bien entraña pasos intermedios previos que en el caso del niño no acontecen. Se toma como referencia el caso del varón para hacer la exposición más parsimoniosa. Asimismo, se obvian otros posicionamientos frente a los progenitores, totalmente factibles, atendiendo a la bisexualidad originaria de los individuos.

*manera entre sí. Esta alteración del yo recibe su posición especial: se enfrenta al otro contenido del yo como ideal del yo o superyó (en cursiva en el original)*⁸⁰⁷.

El niño al identificarse con el padre toma su fuerza para llevar a cabo la represión e incurre, consecuentemente, en la perturbación del yo. El superyó surge entonces por la represión del complejo de Edipo. Pero, además de ser el depositario del padre y su ley, tiene una inclinación hiperpotente a formaciones reactivas contra dichas identificaciones (luego se posicionaría del lado de ello, puesto que reaccionaría contra las resignaciones de objeto). Por un lado, el objeto que se quiere eliminar se propone como ideal del yo, dado que él sí es capaz de tener el objeto de deseo. Y, por otro lado, se resigna al objeto de amor mediante la represión con la misma fuerza con la que es instituido el ideal del yo. Entonces, este ideal del yo o superyó lo que viene a decir al yo son dos cosas:

1. "Así (como el padre) *debes ser*".
2. Y, a la par, "Así (como el padre) *no te es lícito* ser, esto es, no puedes hacer todo lo que él hace; muchas cosas le están reservadas"⁸⁰⁸.

Es decir, el superyó como heredero de la primera identificación y como instancia represora del complejo de Edipo apunta a dos relaciones con el yo, le incita a que se acerque a ser como el padre, pero le prohíbe llegar a ser como él, pues precisamente el superyó emerge con la misma fuerza con que este complejo es reprimido. O sea, el superyó nace de la identificación y, por lo tanto, insta al sujeto a ser como el padre, sin embargo, implícitamente, al posicionarle en ese lugar, también le exhorta a investir el objeto de amor que, en definitiva, está prohibido y le castigaría por ello.

El superyó se mudará, a la postre, en la conciencia moral y entrará en disputas con el yo. Se incurrirá en el sentimiento de culpa por los conflictos que se libren entre ambos, debido a que aquel (el superyó) incitará a las fuerzas internas mientras que éste (el yo) es básicamente un representante de la realidad⁸⁰⁹. Asimismo, esto no será otra cosa que la prosecución de la lucha acontecida durante el complejo de Edipo.

En síntesis, el superyó apuntará a una identificación originaria que frustrará en parte al sujeto en calidad de exigencia (es lo aún no alcanzado, las aspiraciones, los logros, el triunfo, etc.)

⁸⁰⁷ Freud, S. (1923b), t. XIX, pp. 35-36.

⁸⁰⁸ *Ibíd.*, p. 36.

⁸⁰⁹ *Ibíd.*, pp. 36, 38.

y, por otro lado, remitirá a prohibiciones de aquello que implique una vuelta a las investiduras de objeto (la censura, críticas, etc.).

8.3. Relectura de la clasificación de las pulsiones. El problema de la desmezcla

En este apartado se pasan a retomar las elucidaciones desplegadas en *Más allá del principio del placer*, a la vista de las nuevas instancias que conforman la vida anímica. En dicho trabajo quedó postulada una dicotomía pulsional. Por un lado, estarían las pulsiones de vida o Eros y, por otro lado, las pulsiones de muerte.

Entre las pulsiones de vida se encontrarían las pulsiones sexuales y las pulsiones de autoconservación con componentes libidinosos. Las primeras englobarían tanto a la pulsión sexual propiamente dicha como a las pulsiones parciales que en aquella deberían quedar subsumidas y que, sin embargo, acabarían normalmente siendo sublimadas o inhibidas. En cuanto a las segundas, se trataría de aquellas que se imputaron al yo en un primer momento y que se confrontaron con las pulsiones sexuales por razones clínicas, más concretamente debido a la observación del conflicto neurótico. No obstante, con el estudio de las psicosis que permitió atisbar el retraimiento de la libido de objeto al yo se las dotó, por su mezcla con las pulsiones de sexuales, de componentes libidinosos.

Respecto a las pulsiones de muerte, nacen del encuentro con lo ominoso. Se identificaron en la compulsión de repetición donde parecía apreciarse un rebasamiento del principio del placer. Aunque en cada serie de la compulsión repetitiva se descubría la pulsión de sádica como intento de apoderamiento del objeto, su recurrencia, convertida en compulsión de repetición, permitía atinar la satisfacción que compelia al propio acto y que se constituía por sí misma como una pulsión que parecía ir más allá del principio del placer. A falta de ejemplos que pudiesen dar cuenta de una pulsión de muerte separada de las pulsiones sexuales, se tomó el sadismo como su patrón, si bien descentrado puesto que la destrucción iría dirigida hacia el objeto ajeno. No obstante, la rectificación de la hipótesis sobre la ausencia de un narcisismo primario permitió concebirla, en su carácter ambivalente, como una pulsión de muerte autodestructiva. En cualquier caso, estaría aún ligada a la pulsión sexual, mezclada con ella.

Ambas, Eros y pulsión de muerte, serían conservadoras y llevarían estando juntas necesariamente desde el principio de los tiempos, batiéndose en una lucha constante por el camino hacia la vida y hacia la muerte, respectivamente. En efecto, la conservación se erige en la primera como un estado de placer perdido. Y en la segunda como reclamo de un estado previo al origen de la vida, consistiría en retomar un estado inanimado que tuvo que ser perturbado. La vida en sí misma sería una suerte de alianzas entre ambas, un conflicto de aspiraciones, dado que las pulsiones de vida se verían en la tesitura de apostar por la reproducción.

Desde el punto de vista biológico, las pulsiones de vida tenderían a unir organismos unicelulares en pluricelulares y las pulsiones de muerte encarnarían la singularidad celular. Las primeras competirían por la vida impidiendo la meta de las células singulares (la muerte) y revirtiendo hacia el mundo exterior las pulsiones destructivas. Para ello harían uso de algún órgano, que bien podría ser la musculatura.

Desde el punto de vista fisiológico, las pulsiones de vida serían como el anabolismo —la síntesis de moléculas complejas a partir de otras más simples que permiten formar nuevas células—, y las pulsiones de muerte como el catabolismo —la transformación de moléculas complejas en otras más sencillas—. Estarían mezcladas como los procesos metabólicos, que funcionan unos con otros a pesar de tener fines diferentes.

También, hemos apuntado al asunto de la mezcla pulsional en la pulsión sádica. En efecto, la pulsión de muerte alcanzaría su objeto infligiéndole daño y, a la vez, la pulsión sexual parcial hallaría su satisfacción simplemente sirviéndose de él para afianzar el apoderamiento del cuerpo. Como perversión podría concebirse como una desmezcla pulsional no completa pues la pulsión de muerte adquiriría un papel protagonista.

Desde luego que la mezcla pulsional es difícilmente soslayable. La pulsión de destrucción trataría siempre de coordinarse con Eros en su afán de cumplir con su propia descarga. Empero, sí podríamos apreciar cierta relevancia suya en las neurosis graves. Verbigracia, en el propio ataque epiléptico o en los autorreproches obsesivos.

Sería encomiable poder descubrir la desmezcla de las pulsiones en la regresión de la libido hasta la fase sádica, por ejemplo (dado que se presta propicia en su similitud con la pulsión de muerte). Pero no puede aseverarse que una regresión libidinal a etapas anteriores suponga que la pulsión de muerte gane más peso y, al revés, que el acercamiento a la fase genital implique un fortalecimiento de la pulsión de vida. Lo único que puede decirse es que parece

haber un vaivén pulsional y eso, precisamente, es lo que nos hace rememorar la característica de ambivalencia destacada en los *Tres ensayos* y la peculiaridad de las identificaciones.

Puesto que la diferenciación de las dos pulsiones seguía sin estar demostrada y suponía un escollo, Freud propuso analizar la oposición entre el amor y el odio, una polaridad, una fluctuación entre extremos, una ambivalencia que podría ser un correlato de la dicotomía pulsional.

Se retoma entonces el trabajo desarrollado en “Pulsiones y destinos de pulsión” sobre dicha polaridad⁸¹⁰. En un primer momento, en el niño todo son pulsiones que se satisfacen de manera autoerótica, no está formado aún un yo, no está desarrollada la percepción del adentro y el afuera, el infante podría decirse que es indiferente a lo externo y que se place a sí mismo. Pero, comienzan a surgir los objetos del exterior, se introducen en él, lo estimulan y, precisamente, sirven a las pulsiones de autoconservación. Empieza una formación precaria del yo que comienza a adquirir la idea de un cuerpo, del adentro y del afuera, y de las sensaciones de placer y displacer con respecto a estos objetos. Algunos ofrecerían una descarga/placer y serían introyectados, otros, por el contrario, serían repelidos de nuevo al exterior, por la hostilidad que implicarían, inaugurando así el odio. El odio, entonces, es previo al amor. No se ama a los objetos que agradan, pero sí se odia a los que desagradan al yo y tratan de eliminarse por todos los medios, aunque para ello se frustre una meta sexual.

Este momento en que emerge la noción de objeto supondría un paso desde el autoerotismo inicial a un narcisismo primario. Y se sitúan las modalidades precursoras del amor en la introyección de los objetos que proporcionan placer —en la fase oral o canibática el objeto es devorado o aniquilado y en la fase sádico-anal también es retenido—. Éstas ya reflejan la ambivalencia originaria, “Cuando las pulsiones yoicas gobiernan a la función sexual, como sucede en la etapa sádico-anal, prestan también a la meta pulsional los caracteres del odio”⁸¹¹.

Luego, el amor y el odio no constituyen unos opuestos en el sentido de las pulsiones, tal y como las concebimos, sino una mezcla. Además, cuando se ama a un objeto y de repente decimos que ha pasado a ser odiado lo que realmente ha sucedido es una regresión libidinal hasta la etapa sádico-anal, donde se presentan a la par que el amor los componentes de odio. O sea, el posicionamiento en otro polo implica un regreso a una etapa previa de amar. El

⁸¹⁰ Freud, S. (1915c), t. XIV, pp. 127-134.

⁸¹¹ *Ibíd.*, p. 133.

vínculo amoroso persiste, pero como tendencia hacia lo contrario, que no es otra cosa que un destino pulsional.

Ni siquiera las manifestaciones clínicas de la paranoia son capaces de ofrecer esa trasposición directa de amor en odio. Aunque el ser amado pase a ser odiado, como perseguidor, con independencia de cómo actúe, lo que realmente pasa es que "se sustrae energía a la moción erótica y se aporta energía a la moción hostil"⁸¹², pero el vínculo con el objeto sexual persiste.

También en la homosexualidad masculina se produce inicialmente una actitud hostil hacia los rivales masculinos, pero atendiendo a la economía libidinal, que marca un mayor gasto en la lucha que en la abdicación, finalmente, éstos son tomados como objetos de amor⁸¹³.

Entonces, aunque el intento de abordar la desmezcla pulsional mediante el análisis de la dualidad amor-odio resultase frustrado, se le brinda a Freud la posibilidad de establecer cierto supuesto. Esta mezcla de pulsiones que se moviliza en el ello y se precipita hacia el yo tal vez proceda de la reunificación pulsional narcisista y, por ende, encarne un "Eros desexualizado"⁸¹⁴. Realmente, se sometería a las leyes del principio del placer con el fin mismo de dar satisfacción a Eros, aunque acometiendo dicha empresa favorezca, por otro lado, un triunfo de la pulsión de muerte. Veamos seguidamente lo que implica dicho postulado.

El Eros desexualizado se presta a ser tratado como libido sublimada pues ha mudado su meta sexual por otra distinta. Es decir, ha renunciado a la unión de los objetos, a su propia esencia, aunque seguiría insistiendo en acatar el designio que Eros le marca ya que, en definitiva, es de quien proviene.

Con independencia de que la libido se considere o no sublimada, lo que queda claro es que esa maniobra del yo de retirarla de las investiduras del ello hacia sí mismo supone una estrategia al servicio de la pulsión de muerte. Efectivamente, apunta a la desunión, contraría la aspiración por excelencia de Eros. No obstante, el yo seguiría siendo responsable de que aquella se satisfaga o, por el contrario, no se lo permita.

⁸¹² Freud, S. (1923b), t. XIX, p. 44.

⁸¹³ El niño se da cuenta del amor, la estima o la admiración que la madre siente por otros varones, probablemente los hermanos, y se precipita así una rivalidad con ellos. No obstante, el desengaño de ser el único, sin rival, llega en un determinado momento y ahí, justamente, es cuando opta por identificarse a la madre y buscar un hombre que presente características similares a las suyas, al que pueda amar como la madre le amó a él en un primer momento.

⁸¹⁴ Freud, S. (1923b), t. XIX, p. 45.

Este supuesto de existencia de una energía desplazable que proviene de un acopio de libido narcisista por parte del yo, sustraída de los objetos investidos desde el ello, exige una reconsideración del narcisismo.

En efecto, la hipótesis implica que en un primer momento toda la libido estaría acumulada en el ello. Es decir, no se distinguiría el objeto, *a priori* no habría diferenciación entre serlo o tenerlo y, en definitiva, no existiría un yo como tal. Sólo con la aparición del objeto empezaría el ello a lanzar ciertas investiduras, desplazando su libido hacia los objetos. El narcisismo lo hemos concebido como una retención de libido en el propio yo luego la maniobra a la luz del nuevo postulado sería la siguiente. Tras esas investiduras de objeto por parte del ello y con el inicio de formación del yo, éste último trataría de retomar la libido de objeto hacia sí mismo, erotizándose, fundándose como objeto que se ofrece al ello para ser amado. O sea, instituiría un narcisismo secundario, un narcisismo resultante de una retirada de libido de los objetos. Lo que ocurre es que esto tampoco legitima el binario pulsional, aunque no lo contradiga y proponga otras cuestiones.

Entonces, el Eros parece impecinable y de hecho siempre se muestra. Pero sólo mediante la exposición de pequeñas característica sádicas que detenta y teniendo en cuenta algunos aspectos tratados en *Más allá del principio del placer* podemos seguir sosteniendo la dualidad pulsional. Claramente, es Eros quien en su combativa contra la tensión nula, aspiración de la pulsión de muerte, introduce una y otra vez tensiones. Es él el que se dejaría ver. Pero la pulsión de muerte no desistiría de su trabajo sigiloso por la vertiente sádica del Eros.

Entonces, si la vida anímica está comandada por el principio del placer y también destinada a la muerte, las pulsiones sexuales serían las que elevarían los niveles de tensión evitando, por el principio del placer, su predestinación a la nulidad y por consiguiente a la muerte. Una satisfacción sexual plena a las órdenes del principio del placer dejaría a la pulsión de muerte el destino en sus manos. Tal y como se dijo en *Más allá del principio de placer* el correlato se hallaba en la muerte de los animales inferiores tras el acto de procreación.

8.4. El superyó aliado del ello y sus manifestaciones

Hemos dicho que el yo se somete al superyó debido a las identificaciones y por el desenlace del complejo de Edipo. Efectivamente, el superyó encarna tanto las exigencias (“ser algo”, “ser como alguien”, resultado de las identificaciones) como las prohibiciones herederas de la

autoridad que no le permitió el vínculo con el objeto de amor interdicto (desenlace del complejo de Edipo). Es un residuo que queda en el yo haciéndole incompleto de por vida. Atendiendo a la característica del superyó que le implica ser fiduciario del Edipo tenemos que se vincula con el ello, es decir, puede adentrarse en él. Y para elucidar este compromiso del ello y el superyó se muestran, a continuación, algunos fenómenos de la clínica.

8.4.1. El sentimiento de culpa en la clínica

El superyó es la instancia que infiere el sentimiento de culpa en el yo, ora de forma consciente —por los distanciamientos del yo frente a su ideal manifestados, verbigracia, en sentimientos de inferioridad—, ora de manera inconsciente. El último caso es posible ejemplificarlo con comportamientos diversos que tienen lugar en el dispositivo analítico. Los pacientes muestran de forma continua y perseverante resistencias a curarse de su enfermedad. Encuentran una satisfacción en esta última, es su refugio, y prefieren su padecimiento, que no es otra cosa que el castigo impuesto por el superyó, a la curación.

El individuo piensa que no mejora porque la terapia no es adecuada para él. Sin embargo, la cuestión no es esa, sino cómo de enérgica fue la represión con que se demolió el Edipo, pues cuanto más potente fuese, más inflexible se volvería el superyó y más grave podría hacerse la enfermedad. Veámoslo seguidamente a través de la clínica de la melancolía, de la neurosis obsesiva y de la histeria.

El sentimiento de culpa en la melancolía y la neurosis obsesiva es destacable, si bien las divergencias entre las dos afecciones tampoco están exentas de ser consideradas. En ambos casos acontece de forma insistente la penitencia encarnada por los autorreproches. Empero, en la neurosis obsesiva no se halla el fundamento del sentimiento de culpa y el yo se remueve contra él, mientras que en la melancolía los autorreproches son llevados a la conciencia con una erudición sublime, el melancólico vierte abiertamente los reproches sobre él. En la neurosis obsesiva la justificación del sentimiento de culpa se encuentra en las mociones reprimidas, fuera del yo. Es decir, el superyó como subrogado del ello impone los reproches al sujeto, sin embargo, en la melancolía el yo se toma como objeto susceptible de querella al identificarse plenamente a él, retrayendo toda la libido del objeto hacia sí mismo.

En la histeria el sentimiento de culpa permanece inconsciente y el logro es asignado al yo y no a una flexibilidad del superyó. Esto sucede porque la histérica se defiende de la acción del

superyó de la misma forma que perpetra el acto represivo. Así como el superyó se sirve del yo para generar el sentimiento de culpa —aprovechando su acción represiva que le permite en consecuencia ver lo que ha destinado al ello—, en este caso el yo es el que le esquiva con ese mismo mecanismo. La histérica reprime en el ello la representación penosa susceptible de erigir la crítica del superyó de la misma manera que lo haría con cualquier otra representación inconciliable. En la neurosis obsesiva, a diferencia de una formación sintomática histérica, lo que predominan son formaciones reactivas y de ahí se deriva que los efectos sean diversos.

Es decir, en la histeria la represión destina la representación inconciliable al inconsciente y por la formación del síntoma se produce una alteración en el cuerpo que se erige asimismo como fragmento de lo reprimido por condensación. Es decir, el afecto queda parasitado en su cuerpo generando malestar y también la idea reprimida pero de manera simbólica. Todo ha quedado confinado en el ello.

Sin embargo, en la neurosis obsesiva la represión reserva, por la formación sustitutiva, que la representación (hostil) se mude en su contrario (escrupulosidad moral) puesto que la relación que el obsesivo mantiene con el objeto es ambivalente; la primera representación se traslada al ello no así la segunda. Pero, por otro lado, la representación enlazada (escrupulosidad moral) convoca desde el superyó, por su ambivalencia, a la representación reprimida (hostil) que radica en el ello y entonces se traspone el afecto que acapara el enlace falso en el del reproche, manifestándose así en un sentimiento de culpa que se configura como el particular tormento del obsesivo.

A colación de lo descrito, el psicoanálisis apoya la tesis de que “el hombre normal no sólo es mucho más inmoral de lo que lo cree, sino mucho más moral de lo que sabe”⁸¹⁵.

Es decir, el yo poco sabe de lo que le concierne a él mismo y es inconsciente de ello por su carácter insoportable y penoso. Pero el superyó no le exime de castigo por su ignorancia, sino que quedando al servicio del ello, o más bien sirviéndose de él, por lo reprimido y que le otorga su fuerza, le propugna severos castigos. Por lo tanto, el superyó es independiente del yo, pero está ligado a éste por la conciencia y también, por otro lado, está vinculado al ello. Entonces, debe concebirse como accesible a la conciencia por las representaciones-palabra que toman su fuerza de las investiduras del ello.

⁸¹⁵Ibíd., t. XIX, p. 53.

8.4.2. La clínica del suicidio

Para afianzar la idea de cómo consigue el superyó incidir en el yo y la participación de la pulsión de muerte, Freud pasa a escudriñar el vínculo con el suicidio. Retoma la melancolía e indica que el superyó se ha vuelto sádico. Que éste siendo receptor de una pulsión de destrucción la vierte sobre el yo sin ningún tipo de reparo, llevando en muchos casos al sujeto hasta la muerte.

Lo que protege al yo frente al superyó es la conservación del vínculo con el objeto. En efecto, en la melancolía está ausente, él es el propio objeto; en la histeria el objeto estaría en el cuerpo, al punto de poder acabar destruyéndose a sí misma mediante el castigo corporal, y la neurosis obsesiva estaría más salvaguardada del suicidio que los otros, veamos por qué analizando más en detalle el mecanismo que opera el superyó.

El obsesivo al regresar a la fase sádica-anal transpone el amor en odio. La pulsión de muerte quedaría libre para ser desplazada al objeto, pero el yo no consiente este fin y hace emerger formaciones reactivas. Las formaciones reactivas implican el trastorno de contenido hacia lo contrario, instando a un escrupulosidad moral. Pero el superyó, no obstante, hace al yo responsable de esas tendencias que tuvo y que quedaron consignadas en el ello, aunque haya conseguido evitarlas. Hace caso omiso de la regresión libidinal y aprecia simplemente lo que ve en el ello, el resultado final, que no es sino odio. De eso justamente le culpa y es por lo que le vierte el reproche. El resultado será padecer un auténtico martirio, o en su defecto propinárselo al objeto si mostrase facilidad para ello.

La operativa superyoica nos ofrece otra ilustración de los decursos de las pulsiones de muerte. Éstas, tal y como dijimos, pueden ser apaciguadas en su mezcla con las pulsiones de vida, también pueden volcarse entrelazadas con aquellas en su vertiente destructiva hacia el exterior, pero, igualmente, pueden proseguir su camino hacia el interior del yo poniéndole en grave peligro. Se observa además que cuanto más se controla el curso de la agresión hacia afuera, más duro se vuelve el castigo del superyó hacia el yo, a diferencia de lo que puede pensarse sobre el ideal del yo desde el sentido común.

8.4.3. La angustia

Llegados a este punto, siguiendo la ilación de pensamientos expuestos anteriormente, Freud se ve cercano a atisbar la desmezcla pulsional. Su aspiración de asir la pulsión de muerte en su estado puro, diseccionando la mezcla pulsional, le impulsa a arrojar un nuevo supuesto: la identificación progenitora del superyó es el complejo paterno, la ley. Obligatoria­mente no puede tener sino un carácter desexualizado (o sublimado) e implica la desmezcla de pulsiones. La sublimación producida debilitaría al Eros dejando al libre albedrío a la pulsión de muerte.

No obstante, en la neurosis obsesiva no se produce la ejecución de la pulsión de muerte por la identificación (operación del yo), sino que es debida a la regresión libidinal acontecida en el ello. Sin embargo, lo reprimido en el ello transciende al superyó y consecuente éste castiga al yo. Pero al igual que en el melancólico, en el obsesivo, el yo con la identificación, en tanto que dominador de la libido, padecerá el escarmiento de la pulsión de muerte mezclada con la libido a través del superyó.

El yo, por lo tanto, queda supeditado tanto al ello como al superyó, sin olvidar, también, las restricciones que le impone el mundo exterior. Tratará de someter y contentar al ello haciendo uso del principio de realidad en una acción conciliadora con el exterior. Y, a su vez, es heredero de yos prehistóricos en su vínculo con el superyó. De esta manera, el ello se filtra en el yo de manera directa o a través del superyó.

Empero, si bien en estos casos parece ser un soberano de la vida anímica, a la par tiene otra cara servil. Frente a las pulsiones andará entre dos aguas, quedará expuesto a las de muerte por identificación y sublimación, pero seguirá ligado al Eros, precisamente, por el acaparamiento de libido detraída de los objetos hacia sí mismo que tuvo que hacer en su momento, y quiere también ser amado y vivir.

Luego, al yo le amenazan tres peligros y, por ende, será un angustiado. Desarrollará angustia para reducir al ello, procederá con la huida ante estímulos externos hostiles y padecerá de angustia ante el superyó. Freud trata de alinear la angustia de castración, angustia de conciencia moral y angustia de muerte librándolas como tensiones entre el yo y el superyó.

El complejo paterno que en su día perpetró la amenaza de castración, con la consiguiente angustia, trasladará al superyó su capacidad para imbuir al yo la angustia de la conciencia moral. La angustia de muerte se propone como angustia del yo ante el superyó también, puesto que la melancolía da cuenta de ello. Si bien un día el yo se sintió amado, ahora ante el

superyó se ve odiado. El superyó como subrogado del padre posee la vertiente protectora y si el yo se siente amenazado por un peligro no puede pensar otra cosa sino que está desvalido (en ausencia de su protector) entregándose, por ende, a la muerte⁸¹⁶.

Así como el yo y el superyó promulgan sus inclinaciones, el ello nada puede alegar, puesto que no puede expresarse en términos de amor y odio, sin embargo, es el lugar donde se libra la justa pulsional.

De esta manera, tenemos que en un mismo sujeto conviven el yo sufridor, el superyó dominador (que ama u odia al yo) y el ello alentador (polvorín de pulsiones).

8.5. Obras contemporáneas

8.5.1. El problema económico del masoquismo. La mezcla pulsional

El masoquismo siempre ha sido una noción enigmática. Esto se debe a que el principio del placer impera en todos los procesos anímicos y, por tanto, también en el masoquismo, aunque parezca contradictorio. Es decir, el escollo radica en cómo tener como meta algo doloroso o displacecente si es lo que supuestamente combate dicho principio.

Freud hasta 1920 lo identificó con el reverso del sadismo:

- En los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905)⁸¹⁷ lo juzgó como una revuelta del sadismo y no se ubicó dentro de las fases del desarrollo de la libido⁸¹⁸.
- En “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915)⁸¹⁹ se concibió como destino pulsional, la tendencia contraria del sadismo. Aunque se fundó una etapa primaria para la pulsión ambivalente de “ser visto”, Freud, sin embargo, la rechazó para el masoquismo.

⁸¹⁶ Ibid. pp. 58-59.

⁸¹⁷ Freud, S. (1905d), t. VII, pp. 143-145.

⁸¹⁸ Uno de los ejemplos que Freud menciona en este sentido es el caso que Jean-Jacques Rousseau indica en sus *Confesiones*. Cf. Freud, S. (1905d), t. VII, p. 176. Assoun, P-L (1996). “L’écriture masochiste: honte et idéal”, en *Analyse est réflexions sur Rousseau, Les Confessions*. Ellipses édition Marketing, pp. 40-51.

⁸¹⁹ Freud, S. (1915c), t. XIV, p. 123.

- En “Pegan a un niño” (1919)⁸²⁰ también se coligió como reverso del sadismo y devendría como conciencia de culpa por el complejo de Edipo.

No es hasta en *Más allá del principio de placer* cuando cuestiona su naturaleza. En la búsqueda de un ejemplo de la pulsión de la muerte postula la pulsión sádica como propicia a ser una pulsión destructiva descentrada. Es entonces cuando reconsidera la posibilidad de un masoquismo primario que ofrecería de forma más paradigmática la pulsión de muerte.

Desde luego que la búsqueda de una solución conciliadora para las primeras concepciones y las últimas debe pasar inexorablemente por una explicación de la economía pulsional.

De primeras, se hace necesario explicitar la diferencia entre el principio del nirvana y principio del placer, puestos en similitud en su obra anterior *Más allá del principio de placer*⁸²¹. El principio de nirvana apela a llevar las tensiones a cero y, por ende, a desembocar en la muerte, en el retorno a lo inorgánico. Es decir, estaría al servicio de las pulsiones de muerte. Sin embargo, el principio del placer a lo que exhorta es a la minoración de las tensiones que por su incremento devienen displacenteras.

He ahí el error dice Freud, en haber interpretado los incrementos de tensión como displacenteros y su minoración como reporte de placer. Basta con considerar el incremento de tensión generado en el acto sexual y su reporte placentero para refutar esa correspondencia. Se vuelve a la inquietud suscitada ya en los *Tres ensayos de teoría sexual* y que también ocasionó verdaderos cambalaches para conciliar este aspecto en el *Proyecto de psicología*⁸²², donde se recurrió finalmente al *periodo* neuronal.

Nos han quedado enteramente sin esclarecer tanto el origen como la naturaleza de la tensión sexual que, a raíz de la satisfacción de zonas erógenas, se engendra al mismo tiempo que el placer. La conjetura más obvia, a saber, que esta tensión resulta de algún modo del placer mismo, no sólo es en sí muy improbable; queda invalidada por el hecho de que el placer máximo, el unido a la expulsión de los productos genésicos, no produce tensión alguna; al contrario, suprime toda tensión. Por tanto, placer y tensión sexual sólo pueden estar relacionados de manera indirecta⁸²³.

⁸²⁰ Freud, S. (1919e), t. XVII, p. 186.

⁸²¹ Freud, S. (1920g), t. XVIII, p. 54.

⁸²² Freud, S. (1950 [1895]), t. I, p. 354.

⁸²³ Freud, S. (1905d), t. VII, p. 194.

Entonces, las sensaciones de placer y displacer no obedecen necesariamente a decrementos e incrementos de tensión, sino a alguna característica cualitativa de esas cantidades que pugna por una acción.

De esta forma, se tendría que respecto a los estímulos internos, las pulsiones de muerte emplearían el principio de nirvana para sus fines y las pulsiones de vida el principio del placer. Los estímulos externos junto con las pulsiones de vida pondrían en marcha el principio de realidad (modificación del principio del placer). Respectivamente, los tres principios (nirvana, placer y realidad) controlan cantidades; cantidades y cualidades, y cantidades y cualidades también, si bien demorando su regulación en cierta medida. Parece que *a priori* podrían convivir todos, aunque podrían incurrir en beligerancias a la hora de alcanzar sus fines.

Pero teniendo en cuenta que Eros, tal y como se ha dicho en múltiples ocasiones, es el que monta el jaleo, el que introduce las tensiones apostando por la vida, podemos aunar las elucidaciones emitidas, no bajo la premisa del principio del placer como soberano de la vida anímica, pero sí como su *guardián*⁸²⁴.

Una vez hemos realizado este inciso es posible pasar a analizar el masoquismo que, según Freud, tiene tres caras.

8.5.1.1. El masoquismo femenino

El masoquismo femenino es la versión comentada en “Pegan a un niño” (1919)⁸²⁵ y apunta al masoquismo como condición de una excitación sexual. Los varones masoquistas explicitan que sus fantasías de ser pegados y maltratados derivan en una satisfacción sexual en sí misma o en la masturbación.

Freud lo denomina “femenino”⁸²⁶ porque en las fantasías el sujeto se pone en una postura de ser poseído, de parir o de castrado. Luego, por tratarse de características eminentemente femeninas lo designa de esa manera.

⁸²⁴ Freud, S. (1924c), t. XIX, pp. 165, 167.

⁸²⁵ Freud, S. (1919e), t. XVII, pp. 177-200.

⁸²⁶ Freud, S. (1924c), t. XIX, p. 167.

El masoquista busca ser tratado como un niño malo que merece un buen castigo. Asimismo, si en las fantasías supuestamente hubiese traspasado alguna prohibición, pasaría a mostrar un sentimiento de culpa que debería enmendarse con el dolor y el padecimiento vejatorio que recibiría en el acto. Freud apunta esto último como una racionalización del contenido masoquista de las fantasías, pero indica que lo que realmente hay de fondo es la masturbación infantil.

8.5.1.2. El masoquismo erótico o primario

El masoquismo erótico o primario es la modalidad que implica encontrar placer en el dolor mismo (perversión). Esto se relaciona con ciertos procesos internos que, en ocasiones, consiguen acrecentar la tensión hasta un punto que pasa también a activarse la excitación sexual, tal y como puede suceder con la excitación del dolor. Empero, con esta descripción no tenemos noticia del sadismo, el acompañante del masoquismo por excelencia. Luego, debemos proceder con el esclarecimiento real de su formación dando cuenta de los vínculos ineludibles que mantiene con el sadismo. Para ello tomaremos como recurso la dualidad pulsiones de muerte-pulsiones de vida.

Las pulsiones de vida tratan de dominar a la pulsión de muerte haciendo que la libido reoriente la pulsión de muerte hacia fuera. De esta forma, aunque se manifiesta como pulsión destructiva sigue bajo el dominio de la libido, pues es realmente el sadismo el que se sirve de ella para alcanzar su meta sexual. No obstante, no se consigue desviar hacia fuera toda la pulsión muerte y una parte queda en el interior como residuo. Este residuo pasa a ser erotizado por el reporte satisfactorio que colateralmente ofrece la pulsión descentrada y así, justamente, se engendra el masoquismo originario. Es decir, la pulsión de muerte obtendría placer residiendo en el interior, destruyendo al sujeto.

La dificultad de esta explicación estriba en saber cómo realmente la libido llega a dominar a la pulsión de muerte, averiguar de qué medios se sirve. Freud conjetura que podría deberse a que ciertos factores incidirían en la mezcla pulsional produciendo una desmezcla pero desconoceríamos qué proporción de pulsiones de muerte se someterían a la libido. Lo único que en este sentido Freud aduce es que podemos identificar la acción de la pulsión de muerte en el individuo con el masoquismo. Pues, aunque sea velado por el componente erótico de la libido, el masoquismo no deja de tomar al propio sujeto como objeto para satisfacerse.

Asimismo, la retrocesión al interior de la pulsión de muerte desterrada al exterior constituiría un masoquismo secundario.

Por lo tanto, el masoquismo erótico sería una constante perdurable en las etapas de desarrollo de la libido, de las que después tomaría el contenido de las fantasías; de la fase oral, la angustia de ser devorado; de la sádica-anal, el deseo de ser pegado; de la fálica, la castración, y de la genital, la situación de ser poseído.

8.5.1.3. El masoquismo moral

El masoquismo moral se refiere únicamente al placer que se halla en el dolor y en el padecimiento vejatorio. Es decir, no requiere de ningún componente sexual, no comporta importancia alguna quién propina el dolor, si un objeto amado u otro cualquiera. Sin embargo, en el discurso común se sigue apelando como masoquista a aquel que busca el sufrimiento, sin mudar el significante que aglutina el componente sexual. Luego, parece que tampoco podremos dejar de lado a la libido para ceñirnos exclusivamente a una pulsión de muerte que actué en solitario sobre en el propio sujeto.

Desde este punto de vista, podríamos clasificar en este dominio a los pacientes reticentes a la cura. Aquellos sujetos que encuentran beneplácito en su enfermedad, que se resisten a curarse y prefieren padecer. A estos pacientes les imputamos un sentimiento de culpa ya que apreciamos que necesitan la enfermedad en tanto que castigo. De hecho, a veces, se observa que algunos sanan de forma espontánea ante una desgracia. Y es donde constatamos el hecho de que una forma de castigo ha sido permutada por otra. No obstante, esta cuestión se someterá a un mayor análisis en los epígrafes siguientes.

8.5.1.3.1. El superyó: Fiduciario del complejo de Edipo

Ya se ha comentado que el yo padece de las exigencias de la conciencia moral y que dicha tensión se manifiesta en un sentimiento de culpa. Es un sentimiento que emerge cuando se separa de lo que marca su ideal. La conciencia moral aglutina las órdenes del padre y de todos sus subrogados. Y el superyó en tanto que fiduciario del complejo paterno encarna dicha conciencia moral. Aquí de lo que se trata entonces es de averiguar qué se pone en juego en

ese sentimiento de culpa. Cómo el superyó ha adquirido esa característica de exigencia y por qué el yo debe tener miedo de él cada vez que se aleja de su ideal.

También se ha dicho que el yo actúa de mediador de tres instancias: las percepciones, el ello y el superyó. Y podemos añadir que el superyó supondría un modelo para esa función conciliadora. En efecto, el superyó no solamente mantiene un vínculo con el ello, sino con el mundo exterior.

Conserva un vínculo con el ello puesto que él surge de las investiduras de objeto y con la misma fuerza con la que éstos fueron desinvertidos. Los objetos amorosos del ello son reprimidos a favor de los elementos del superyó (el padre, los maestros, etc.). Luego, será afiliado del ello en tanto que de él toma su fuerza. Es decir, el superyó nace como resultado de romper el vínculo sexual con los objetos del ello (la madre) y que serían introyectados en el yo quedando, por tanto, desexualizados. Aquí se apreciaría cierta desmezcla pulsional pues Eros es quien parece haber sido vencido. De esta forma es como se obtiene una solución al complejo de Edipo.

Por otro lado, detendrá un vínculo con la realidad al acoger la ley que también vino de afuera (el poder del padre, su fuerza, etc.). Es decir, el superyó es heredero de las identificaciones con los progenitores que le dejan tras de sí un legado de tiempos vetustos. Si el yo tratase de esquivar la realidad dando rienda suelta al ello tendría un problema con el superyó pues podría castigarle en tanto que supone un correlato de lo exterior en el interior.

Si hilamos las dos concepciones del superyó tenemos que su severidad vendría reforzada en tanto en cuanto se produzca esa desmezcla pulsional que tiene lugar con la introducción de los objetos en el yo. Asimismo, por su fuerza y su carácter de ley el superyó se hace equivalente al imperativo categórico de Kant⁸²⁷. Este imperativo categórico, en palabras de Kant, venía a expresar lo siguiente:

En efecto, una voluntad que no puede ser determinada más que a través de estímulos sensibles, es decir, patológicamente, es una voluntad animal (*arbitrium brutum*). La que es, en cambio, independiente de tales estímulos y puede, por tanto, ser determinada, a través de motivos sólo representables por la razón, se llama voluntad libre (*arbitrium liberum*), y todo

⁸²⁷ *Ibíd.* pp. 171-173. Siguiendo los distintos desarrollos que hace Azenbacher, el imperativo categórico de Kant remite a que la voluntad libre del sujeto (no subyugada en su totalidad a los estímulos sensibles) se fundamenta en una ley racional, innata y que actúa de manera taxativa. Es decir, es una ley no vinculada a las sensaciones de placer y displacer y que en su condición de razón pura puede hacerse valer en la práctica como referencia de la voluntad del sujeto. Vendría a ser la ley moral. *Cf.* Azenbacher, A. (1993), *Introducción a la filosofía*, Barcelona, Editorial Herder, pp. 275-276.

cuanto se relaciona con ésta última, sea como fundamento, sea como consecuencia, recibe el nombre de práctico. La libertad práctica puede demostrarse por experiencia, puesto que la voluntad humana no sólo es determinada por lo que estimula o afecta directamente a los sentidos, sino que poseemos la capacidad de superar las impresiones recibidas por nuestra facultad apetitiva sensible gracias a la representación de lo que nos es, incluso de forma remota, provechosa o perjudicial. Estas reflexiones acerca de lo deseable, esto es, bueno y provechoso, en relación con todo nuestro estado, se basan en la razón. De ahí que esta dicte también leyes que son imperativos, es decir, leyes objetivas de la libertad, y que establecen lo que debe suceder, aunque nunca suceda, matiz que las distingue de las leyes de la naturaleza, las cuales tratan únicamente de lo que sucede. Esta es la razón de que las primeras se llamen también leyes prácticas⁸²⁸.

8.5.1.3.2. El masoquismo moral: Legatario de la pulsión de muerte

Freud rectifica la hipótesis que ponía en equivalencia al sentimiento inconsciente de culpa de ciertos pacientes con el masoquismo moral. Justifica el equívoco alegando que en ambos casos lo que se pone de manifiesto son las vinculaciones del yo con el superyó y, además, los dos escenarios tienen el mismo resultado que no es otro que una necesidad de castigo.

Muestra la diferencia al señalar que en los pacientes inconscientes del sentimiento de culpa el yo es una víctima del superyó. Sin embargo, en el masoquismo moral lo que está en juego es una solicitud de castigo, no un victimismo de él.

Para llegar a explicar esto Freud se apoya en su artículo “Pegan a un niño”, donde aprecia que en las fantasías, detrás del deseo de ser pegado por el padre, está el de ser amado por él. Luego, la relectura a la vista de esta aportación sería la siguiente.

La conciencia moral y la moral misma nacen del desenlace del complejo de Edipo, de su superación con la desexualización. En efecto, pues la libido de los primeros objetos de amor es retraída hacia el yo. Entonces, el masoquismo moral consistiría en volver a sexualizar la moral misma. Supondría un reavivamiento del complejo de Edipo. Y las consecuencias para la moral externa y el sujeto podrían ser nefastas.

En efecto, el individuo se vería empujado a la transgresión para *a posteriori* recibir el castigo del superyó de manera sádica. El masoquista, está abocado a acometer actos profundamente

⁸²⁸ Kant, I (2002 [1781]), *Crítica de la razón pura*, Madrid, Santillana Ediciones Generales, S.L., p. 628.

nocivos para él pudiendo incluso llevarle a poner fin a su propia existencia. Él se place en esa posición.

Por otro lado, la conciencia moral externa trataría de que el yo no vertiese su pulsión destructiva hacia fuera, pero entonces su recogimiento interior probablemente avivaría su masoquismo. Pero con independencia de que medie la conciencia externa, lo que se deja ver es que la destrucción hacia el exterior es recogida por el superyó y éste aumenta su sadismo. Lo que se aprecia realmente es una colaboración entre el masoquismo y el superyó para alcanzar sus fines.

De esta manera, también se hace comprensible que la renuncia pulsional tenga como resultado un incremento de la conciencia de culpa y que la conciencia moral se torne más inflexible. Assoun nos indica:

Mientras que el sujeto con culpa se somete al superyó cruel y lo vive como tal, el yo del masoquista moral *activa su sumisión* -la “exagera” en cierto modo- pero, en un movimiento contradictorio, no se siente sometido a este superyó. El testimonio de este masoquismo está en los efectos que produce en su vida. El masoquista moral es, en primer lugar, actor de un drama cuyo último acto lo reenvía indefectiblemente al fracaso⁸²⁹.

He aquí como el masoquismo moral es el paradigma de la mezcla pulsional, el primogénito de la pulsión de muerte que en su propia destrucción obtiene placer por el componente libidinoso inherente a él consecuencia del Edipo. La principal característica de este masoquismo moral, según subraya Assoun, es que éste busca ser castigado en la vida con independencia de que por medio se encuentre o no una persona amada.

El masoquismo moral rompe sus lazos visibles con la problemática sexual, es decir, con la referencia al “objeto amado”. De esto había tomado nota Krafft-Ebing con su “masoquismo ideal”, que pone el énfasis en la dominación en estado puro. El masoquista moral busca los golpes del destino “indistintamente” de una “persona amada” o “no amada”. Recluta los agentes de sus fracasos en el mundo en cierto modo sin prejuicios. Sólo subsiste el “dolor” (*Leiden*). Pero pronto se advirtió que la instancia del Otro sexual, abandonada por el sujeto, es relevada por “poderes o circunstancias impersonales” que la llevan a la perfección para encarnar al Otro anónimo. Lo esencial es colocarse bajo los golpes del destino, ofrecerse en cuerpo y alma a las sevicias de la Moira, aunque luego, maltrecho y cubierto de moretones, se queje como si esto procediera una y otra vez de un real devastador. Entonces, mientras

⁸²⁹ Assoun, P-L. (2005), p. 60.

que el masoquista perverso hace jugar la culpa “mostrando las cartas”, el masoquista moral practica su culpa inconsciente con toda inocencia: cuanto más culpablemente se conduce, más... “se declara no culpable”⁸³⁰.

8.5.2. Transcripción de los conflictos pulsionales en las neurosis y las psicosis al servilismo del yo ante la realidad y ante el ello, respectivamente

Con la nueva perspectiva del aparato psíquico constituido por las tres instancias, ello, yo y superyó, es posible entrar a diferenciar la neurosis y la psicosis basándonos en las interrelaciones de las dos primeras.

La idiosincrasia de ambas radica en dos hechos fundamentales:

- En la neurosis, hay un influjo hiperpotente de la realidad. Ante el encuentro de una idea inconciliable con la realidad se procede con la represión de la idea hipertensa y con la transformación de la excitación que ella conlleva. Verbigracia, en el caso de la histérica con la conversión corporal. Es decir, en la neurosis el yo huye de la realidad ante los reclamos del ello (confrontación yo-mundo exterior), pero busca una posterior conciliación (afiliación yo-mundo exterior) mediante el síntoma.

Por ejemplo, en el caso de “Elisabeth von R.”⁸³¹ se observa cómo la histérica enamorada de su cuñado y ante el lecho de muerte de la hermana piensa en la buena nueva que supondría que él se quedase libre y así poder convertirse en su esposa. Consecuentemente, la idea se reprime y brotan una serie de fenómenos en el cuerpo. En esta viñeta clínica se muestra cómo el neurótico obvia la realidad, no la aprecia en toda su extensión, sino que pone la atención en lo que más bien se relaciona con los reclamos del ello. Posteriormente intenta conciliarse con esa realidad mediante el síntoma.

- En la psicosis las operaciones son diferentes, hay un influjo hiperpotente del ello. Primeramente se rechazaría la realidad y posteriormente se trataría de reconstruir una

⁸³⁰ *Ibíd.*, p. 61.

⁸³¹ Freud, S. (1893-95), t. II, p. 171.

nueva. Es decir, en el ejemplo que hemos puesto una psicosis desmentiría la muerte la hermana. O sea, el yo bajo el dominio del ello rechaza la realidad y después intentará construir una nueva con las alteraciones internas necesarias. Así, una alucinación supondría el caso más radical, vendría a ocupar precisamente este segundo paso e implicaría la percepción de la nueva realidad construida.

Una nueva realidad para la neurosis, no perteneciente a la realidad objetiva como ocurre en la psicosis, sólo encuentra parangón en las fantasías.

Las dos afecciones muestran el acatamiento del yo, bien ante las imposiciones externas como en la neurosis, bien ante las internas como en la psicosis. El ello es el que adquiere la posición subversiva frente a la realidad y el instigador del yo para que solucione las cosas. Pero el yo debe tener a su vez en cuenta las restricciones del mundo exterior. No obstante, lo reprimido en el ello tratará de volver a salir y la nueva realidad psicótica también insistirá ante la escasa satisfacción que reporta.

Hemos de tener en cuenta en este sentido que Freud, años más tarde, con su trabajo sobre el “Fetichismo” (1927)⁸³², hará corresponder el fetiche con la defensa ante la imposición externa (desmentida) de la ausencia de falo en la mujer y se percatará del error cometido al tratar la psicosis con el acto de la desmentida. Es en dicha obra donde expondrá precisamente los casos de dos jóvenes de dos y diez años de edad que habían desmentido la muerte paterna y, sin embargo, no habían incurrido en una psicosis. Considerando entonces en el yo una actitud acorde a la realidad y otra congruente con el deseo, se tendría que en dichos casos, conviviendo ambas, la segunda estaría “estropeada”. Y en la psicosis sí podría aseverarse que la primera está ausente. Si recordamos el “hombre de las ratas”, efectivamente, tenía un discurso donde *a priori* el padre vivía y se le imponía el terrible temor de que pudiese morir, aunque realmente su defunción había tenido lugar hacía años.

8.5.3. Subterfugios del yo ante el ello y el superyó: Inhibición, síntoma y ¡angustia!

Ya se ha indicado que el yo es una amalgama de angustia al estar amenazado por tres peligros: el ello, el superyó y el mundo exterior. Las perturbaciones que afluyen de estas instancias

⁸³² Freud, S. (1927e), t. XVII, pp. 147-152.

deben ser tramitadas por el yo de una forma u otra y ahí está el sentido de la vida. En "Inhibición, síntoma y angustia" (1925) Freud elucida las formas de encarar estas instancias.

- La inhibición: lo que muestra es una mengua funcional del yo que se funda con el objetivo de evitar angustia. Las causas de esta inhibición son del todo diversas, tal y como se expondrá seguidamente, y podrá apreciarse cómo en cada uno de los casos contemplados el proceso en cuestión de la inhibición queda restringido al ámbito del yo.

Consiste en muchas situaciones en la erotización de los órganos necesarios para alcanzar la meta que finalmente es inhibida. A raíz de esta erotización, el despliegue de las acciones que requerirían de dichos órganos para lograr el objetivo supondría una exposición del acto sexual prohibido. Así, el yo, en detrimento de una represión, opta por la inhibición. No se trata de otra cosa más que de un subterfugio del yo para evitar la confrontación con el ello.

En otros casos las causas de las inhibiciones responden a reportes futuros de los que podría beneficiarse el yo, pero que a instancias del superyó posibilitarían una afrenta a lo que él debe tener. La salida por la vía de la inhibición sería una evitación del enfrentamiento con el superyó.

Y otras inhibiciones, simplemente, responden a una causa económica. Es decir, si el yo se ve demandado a realizar ciertas acciones que le suponen un desgaste significativo de energía no podría acometer otras que le restarían arrestos para concluir las. Luego, tendría que optar por unas inhibiendo otras.

- El síntoma: es un fenómeno que ya traspasa la órbita del yo. Implica una satisfacción pulsional parcial del ello conciliada con un logro incompleto del yo, someter el ello al mundo exterior mediante la represión. Este suceso ocurre, tal y como se ha señalado en múltiples ocasiones, por la sensación de displacer.

Tomando un punto de vista distinto al económico, el empuje pulsional puede colegirse como un peligro interno y, si bien ante él no tendría cabida una huida objetiva como acontece frente a un peligro externo, podría generar angustia. Ésta daría una señal de displacer y el yo emprendería la huida por represión. En este sentido, podría verse el síntoma como la sustracción del yo de un posible acrecentamiento de angustia.

- La angustia: a colación de lo indicado para el síntoma, quedaría definida como una alerta para el yo. En efecto, podría preceder a la transposición de la libido en síntoma y no ser la angustia una mutación de la libido, tal y como se había entendido hasta el momento en los casos en los que la libido no hallaba descarga. Entonces, la angustia sería condición de la represión y no a la inversa.

Se generaría por la emergencia de expectativas o señales que nos recordasen una situación traumática previa. Y, en vistas de su acercamiento, la presentificaría o la reproduciría de forma apaciguada como un entrenamiento del yo para poder combatirla.

El peligro surgiría, en definitiva, por un sentimiento de desamparo del individuo que inevitablemente remite a situaciones pretéritas: la pérdida de objeto, la amenaza de castración, la conciencia moral, etc.

CAPÍTULO 9

Lo imposible de reducir

9.1. La articulación de lo pulsional con la cultura

Hablando en absoluto, el dualismo de las pulsiones compete exclusivamente al ello: es una guerra intestina del ello. Pero se difunde a partir del fondo instintivo para estallar en las zonas superiores del psiquismo, en lo “sublime”. Este proceso de desintricación asegura la transición de la especulación biológica a la interpretación cultural, y permite el despliegue de todos los “representantes” de la pulsión de muerte, hasta el punto en que se convierte en castigo interior⁸³³.

Siguiendo con la indagación de la pulsión de muerte y su obscura beligerancia con las pulsiones de vida *El malestar en la cultura* nos permitirá efectuar una relectura de la dualidad pulsional ya acaecida en *Más allá del principio de placer*. Si bien ésta última obra estuvo más

⁸³³ Ricoeur, P. (1970), p. 262.

volcada en los préstamos de la biología para abrirse camino en distintas disquisiciones, la que supone ahora el objeto de estudio dará un salto hasta la cultura. Para ello, necesariamente, pasará por los desarrollos analíticos desplegados en *El yo y el ello* y por algunos esclarecimientos reflejados en “El problema económico del masoquismo”.

9.1.1. Las máximas culturales: Eros y Ananké

Tal y como indica Freud en *El malestar en la cultura* (1929)⁸³⁴, la “felicidad” sólo puede ser experimentada ante satisfacciones acrecentadas procuradas por cambios repentinos que nos reconfortan en la dicha. No se puede tener la sensación de gozo ante algo alcanzado y que se perpetúa en el tiempo, sólo llegaría a ser confortable. La desdicha, sin embargo, es fácilmente accesible incluso ante las más anodinas contingencias.

El individuo sufre de diversas fuentes: de las sensaciones que este experimenta en su propio cuerpo (perturbaciones que le vienen de dentro: la congoja, la angustia, etc.), de los avatares que le perpetra el mundo que le rodea (por ejemplo, agresiones que le pueden venir desde afuera) y de sus relaciones con el resto de individuos (traiciones, decepciones, no “dar la talla”, etc.), siendo éstas últimas algunas de las que más dolor llegan a causarle.

Estos impedimentos para alcanzar la “felicidad” implican en el individuo una resignación a ciertas metas y, en definitiva, una minoración de las exigencias. Podría decirse que uno harto tiene con soslayar todas las dificultades a las que se enfrenta en la vida y que amenazan continuamente su bienestar, máxime al provenir de diferentes fuentes. El principio de placer da clara cuenta de ello al ser relevado por el principio de realidad, el individuo sacrifica su satisfacción pulsional plena a favor de una conciliación con el exterior. Cualquier intento de satisfacción de todos los reclamos que se le imponen a un sujeto es vano, no supone la felicidad plena pues un sorteo de todas las amenazas no está exento de castigo.

Hemos visto distintas maneras de morigerar las pulsiones, de obtener cierto placer y sin desembocar en un displacer conspicuo para el yo. Mediante la inhibición, por ejemplo, evitando un enfrentamiento mayor del yo con el ello que podría terminar en una represión y en un síntoma; por sublimación, como otra manera de satisfacción parcial más adaptada a la

⁸³⁴ Freud, S. (1930 [1929]), *El malestar en la cultura*, en AE, t. XXI, p. 76.

realidad del individuo, soslayando la confrontación del yo con mundo exterior. En cualquiera de los casos, el resultado es una mengua de placer frente a lo que implicaría una satisfacción pulsional directa. Evidentemente, el mundo exterior, interior y sus desacuerdos detentan un peso importante en esa máxima de “felicidad”.

Una forma de satisfacción pulsional podría alcanzarse con el fantasear, pero inevitablemente esas escenas fantaseadas *per se* no tienen cabida en el mundo real. Otra alternativa podría ser una transformación delirante de la realidad exterior, tal y como ocurre en las religiones. La apuesta por el amor, por la vida ideal en pareja, también sería otra opción. No obstante, es fácil apreciar la exposición al peligro de los enamorados y las consecuencias de descuidar el mundo más allá de la dualidad. Además la posible pérdida del amado les puede exponer a las peores cuitas.

En definitiva, son distintos métodos de vivir la vida tratando de prevenir el sufrimiento y apostando por un acercamiento a la “felicidad” que implica premisas demasiado exigentes en comparación con las limitaciones reales que existen. Por lo tanto, la “felicidad” por la vía del principio del placer no es posible, si bien el saber encontrarla operando con ese principio es precisamente el reto para cada individuo y requiere de una solución particularizada.

Por otro lado, la “infelicidad” también puede proclamarse deudora de la cultura. No resulta fácil obviar cómo la cultura tiende a subsumir a muchos individuos en el infortunio, a la par que se incurre en un progreso técnico asaz vasto. Sin embargo, la cultura con su acumulación de descubrimientos, saberes, normas, arte, técnica, religiones, etc. lo que realmente tiene por objetivo es tanto la protección del individuo como la apuesta por una sociedad de bienestar que, en definitiva, regule las conductas humanas. Antaño eran los dioses los que ocupaban el lugar de la cultura, poseían aquello que el individuo anhelaba o a lo que no se le estaba permitido acceder.

También podemos extraer, a colación de las normas y de esa configuración cultural construida en torno al individuo de la que también él forma parte, que la apuesta por la protección de los individuos integrantes de la sociedad y la regulación de sus vínculos supone un asalto a la libertad individual.

En definitiva, todos estos aspectos nos hacen formularnos la siguiente pregunta: ¿Qué implicaciones tiene por tanto la cultura en la economía pulsional y viceversa?

Si tomamos como ejemplos la inclinación en aquellos individuos con carácter anal a las máximas de limpieza y orden parece que el desarrollo de la libido de los individuos tiene un paralelismo cultural, pues no se puede ignorar que se trata de aspectos diferenciados de ésta. Por otro lado, la sublimación de las pulsiones se muestra como el mejor válido de la cultura. Y, entonces, podría deducirse que la renuncia a la satisfacción pulsional es un favorecedor cultural. Pero ¿La cultura implica necesariamente una renuncia pulsional?, ¿cómo se origina?

Freud entiende la sociedad como sucesora del agrupamiento de las familias primitivas formadas a partir de la compulsión al trabajo —puesto que las exigencias del medio empujaron al individuo a trabajar para obtener lo necesario para su subsistencia y sus colaboradores ofrecían una manera más eficiente de llevarlo a cabo— y del amor —el hombre también satisfacía su sexualidad con una mujer y ella permanecía ligada e inseparable al hijo concebido—; “Eros y Ananké⁸³⁵ pasaron a ser también los progenitores de la cultura humana”⁸³⁶.

La comunidad, entonces, se basa en el trabajo y la relación de pareja para formar comunidades mayores. No obstante, en este sentido, la cultura ya presenta una controversia. La exigencia compulsiva de trabajo requiere la sublimación de las pulsiones en detrimento de una satisfacción de meta sexual y supone un desaire al objeto (a la mujer). Así surge la posibilidad de abrirse una brecha en este vínculo social y entrar en una relación de hostilidad con el objeto. Es decir, la cultura hace un envite por dos vías para alcanzar su logro y, sin embargo, éstas pueden llegar a contraponerse.

⁸³⁵ En la mitología griega, Ananké era la madre de las Moiras y la personificación de la inevitabilidad, la necesidad, la compulsión y la ineludibilidad. En la mitología romana era llamada *Necessitas* (necesidad). Surgió al inicio de los tiempos de la nada, formándose por sí misma como un ser incorpóreo que abrazaba con sus brazos todo el universo. Ananké siempre se mantuvo ligada a un compañero, Crono, que personificaba la variable tiempo. Conjuntamente, envolvieron la materia sólida y la disolvieron en distintas partes (tierra, cielo y mar) creando un universo ordenado. Ambos permanecieron eternamente entrelazados y comandaron el destino y el tiempo del universo, guiando el inexorable paso del tiempo, lejos del alcance de los primeros dioses sobre los que también eran soberanos. Ananké comenzó a ser venerada con la religión mistéricaórfica. En la tradición órfica se la promulgaba hija de Hydros (el Océano primigenio) y Thesis (la primigenia Tethys), y que concibió con Crono a Éter y Érebo. Respecto a su etimología, Ananké se deriva del griego antiguo y significa fuerza y necesidad. Homero emplea el significado de la palabra necesidad para decir “es necesario luchar” y fuerza para expresar “por la fuerza”. En la literatura de la Antigua Grecia, la palabra también significa suerte o destino. Cf. Wikipedia, recuperado de [https://es.wikipedia.org/wiki/Anank%C3%A9_\(mitolog%C3%ADa\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Anank%C3%A9_(mitolog%C3%ADa)).

⁸³⁶ Freud, S. (1930a [1929]), t. XXI, p. 99.

Por otro lado, la limitación sexual por parte de la cultura puede llegar a erigirse más allá de esta contingencia. El hecho más radical se encuentra en la ley del incesto que afecta a ambos sexos, sin entrar a considerar la prohibición de las perversiones, las violaciones, la monogamia, etc.

Esta oposición entre sexualidad y cultura puede hallar su correlato en la relación sexual de pareja. En una pareja cualquier tercero estorba, en cambio, la cultura apuesta por una comunidad con un número elevado de individuos. En efecto, la pareja sexual se funde volviéndose indiferente al mundo exterior y alcanza su dicha, una máxima de felicidad que hemos comentado antes. Aquí se encuentra la esencia de Eros, en el vínculo de dos seres y en su quietud, es decir, le basta con la vida amorosa y nada más. Pero resulta imposible concebir en nuestra cultura una comunidad de individuos todos ligados sexualmente con todos, colaborativos en sus trabajos y dichosos. La cultura nunca ha tenido un reporte de ese tipo, nunca ha dado con seres que hayan podido propiciar esa vida en comunidad, sino que ha tenido que limitar necesariamente la vida sexual. ¿De dónde procede ese requerimiento cultural al margen de lo que hemos dicho?

Freud lo anuda al mandamiento “amarás al prójimo como a ti mismo”. Esto plantea numerosos debates en el individuo ya que le es imposible no discernir entre personas que creen merecer su amor y otras que no. Llegaría a amar a aquellos que en todo caso se pareciesen a él sobremanera, pudiendo llegar a amarse a sí mismo en aquellos, o que tuviesen incluso algo más que él no poseyera y que admirara, encarnando así el ideal. En cualquier caso, de tener que amarle le daría sólo un ápice de su amor, nunca mayor que lo que la razón estima que él debería guardarse para sí mismo. Y aquí destacamos que se trata de un mandato que no puede cumplirse, pues va contra la racionalidad.

Es más, existen incluso prójimos que deberían, a juicio del individuo, recibir su hostilidad. Los hay ávidos de perjudicarlo, de causarle daño, que no miden los efectos del perjuicio, pudiendo llegar a ser desmedidos en comparación a la satisfacción que aquellos hallan al ocasionarlos. Luego, desde el punto de vista del individuo ineludiblemente estas personas reclaman su odio. Pero de ahí el mandamiento, aunque el prójimo sea tu enemigo debes amarle como a ti mismo. Es un hecho que el individuo alberga hostilidad, posee una pulsión hostil. El sujeto puede llegar a elevar al prójimo en calidad de objeto de sexual, pero también concebirlo como un objeto sobre el que volcar su agresividad. Justamente por esta última tendencia de los individuos la cultura ve peligrar sus objetivos.

La pulsión agresiva amenaza los vínculos con el prójimo, la fraternización, y, así, va en detrimento del Ananké. Las sociedades buscan la comunidad y, ante este factor, evitar la pulsión agresiva; de ahí que insten a las identificaciones, también a metas sexuales inhibidas a favor de la ternura y usen la norma "amarás al prójimo como a ti mismo". La cultura debe evitar que esta pulsión aflore al exterior, pero no tiene medios para averiguar las intenciones agresivas de los individuos y así poder bloquearlas. Y a esto se suma la gran dificultad de que la agresividad se encuentra en el fondo de todos los tipos de vínculos afectivos. Observamos en la rivalidad de las naciones colindantes cómo esta pulsión agresiva se sirve del amor para liberar su agresividad, se consolida en la comunidad valiéndose del sentimiento de hostilidad hacia lo que queda fuera de su perímetro.

Entonces, la cultura ya no sólo impone metas a la pulsión sexual, sino que restringe también la pulsión de muerte. Extiende el sentimiento de malestar entre sus individuos y no sin razón. Sin embargo, todo lo contrario ocurría en la era primitiva cuando sólo un hombre gozaba libremente de la libertad pulsional, aunque peligraba que esa dicha perdurase demasiado. En la era moderna, no obstante, la seguridad del individuo sobresale en detrimento de la liberación pulsional.

Pasemos ahora a realizar la lectura psicoanalítica. El psicoanálisis a estas alturas ya había dado un reconocimiento a la pulsión de muerte. De hecho, establecía la nueva dicotomía pulsional relevando las consideraciones anteriores.

En un primer momento, se partió de la diferenciación entre las pulsiones de autoconservación o yoicas y las pulsiones sexuales o pulsiones de objeto; las primeras velaban por el resguardo del individuo, las segundas apostaban por el amor de objeto y a su valorización psíquica se la denominó libido. Con esta clasificación disponíamos de una explicación para las neurosis, éstas eran producto de un conflicto entre el yo y la libido. Pero es cierto que no se tuvo suficientemente en cuenta otros componentes pulsionales que también se presentaban a la hora de pesquisar algunas pulsiones parciales, como el caso del sadismo. Este último reportaba un placer sexual sin discusión (el daño como consecuencia no era tenido en cuenta, no era un fin), pero a su vez existía otra pulsión que se ponía en juego, con otra meta y que la pulsión sexual eclipsó.

En un segundo momento, con la introducción del narcisismo se atisbó que la libido era desplazable, ora podía regresar al yo, transformándose en libido narcisista (el yo pasaría a ser tomado precisamente como un objeto de amor), ora podía investir los objetos,

convirtiéndose en libido de objeto. El binario pulsional se desglosaba así en pulsiones sexuales (tanto yoicas como de objeto) y “otras pulsiones” que por convenio se las siguió denominando yoicas, si bien pasaban a tener diferente significado. Esta clasificación, empero, seguía sosteniendo las neurosis como resultado de una lucha entre el yo y la libido. Y no se caía en un pansexualismo, al reconocer en las pulsiones de autoconservación componentes libidinosos, puesto que se postulaba la existencia necesaria de otras pulsiones, aunque en aquel momento no fueran aprensibles.

No es hasta en *Más allá del principio del placer* cuando se especifica más el carácter de esas “otras pulsiones” que se pasaron a denominar pulsiones de muerte y que entran en clara oposición con las pulsiones sexuales o pulsiones de vida. Se hallaron sus primeras huellas en la compulsión de repetición y también en la característica conservadora de las pulsiones. Se apreciaba un tipo de satisfacción en el acto de la mera repetición, en el retorno de lo igual. Iniciando una especulación sobre el origen de la vida que se servía de diferentes investigaciones biológicas se atisbó la tendencia a la conservación de la vida en la unión de seres cada vez más complejos, pero también se halló una inclinación a diluir esas unidades hasta llevarlas a la muerte. El conflicto de fuerzas se había encontrado entre Eros y la pulsión de muerte.

Surgieron problemas para dar con ejemplos que elucidasen la actividad de dicha pulsión de muerte, parecía que actuaba en silencio, no se lograba dar con sus manifestaciones en estado puro. Aislarla de Eros era un todo un reto ya que se encontraban entremezcladas desde el principio. Pensando en la posibilidad de su vuelco al exterior, a costa de no sufrir en el interior su destino, afloró su vertiente agresiva, destructiva, aniquiladora. El sadismo, así, era susceptible de ejemplificarla. No obstante, en este caso podíamos considerar que Eros ganaba la partida al suponer un descentramiento de la pulsión de muerte. En su revuelta al ser supondría la autodestrucción que, sin embargo, siempre se encontraba latente. De ahí, la concepción de un masoquismo primario, una necesidad de dotar a la pulsión de muerte de un comienzo autodestruyendo el ser como tal. Empero, ambas pulsiones siempre se encontraban mezcladas. En el sadismo, la destrucción frente al apoderamiento; en el masoquismo, la autodestrucción junto con un goce sexual que, por otro lado, resaltaba más su carácter.

De cualquier forma, la pulsión de muerte ofrece al yo su satisfacción con tanto vigor como las pulsiones sexuales, puesto que existen ambas desde el principio con autonomía. De este modo, la cultura intenta salvaguardar al individuo justamente de esta pulsión de muerte que

supone la amenaza más evidente a sus propósitos, la constitución de comunidades colaborativas cada vez mayores. Es decir, apuesta por Eros pasando de la dualidad a la multitud y manteniendo la Ananké, la necesidad que no basta por sí sola para los fines culturales. Pero esto no es posible, la pulsión de muerte está presente desde el principio, se manifiesta en la pulsión destructiva y tratará de romper los lazos entre los individuos. Precisamente la cultura deberá ser capaz de mostrarnos esta dinámica pulsional.

9.1.2. El sentimiento de culpa desde el lado del amor y su ambivalencia

La pregunta con la que se abre el capítulo VII de *El malestar en la cultura* es la siguiente: ¿De qué medios se vale la cultura para aplacar la pulsión de muerte?

Freud avisa que los recursos culturales explicitados en el apartado anterior no son los más importantes de cara a frenar la pulsión de muerte. Y se pregunta también sobre qué pasa en el individuo para que no se dé cuenta de su agresión innata. Evidentemente, cuando el sujeto no proyecta su pulsión destructiva lo que hace es interiorizarla en el yo, la lleva al lugar de origen. Pero ahí justamente el superyó la encuentra. El superyó, recordemos que es la instancia psíquica que tiene como función la conciencia moral, la censura y vigilar al yo. Precisamente, por la conciencia moral se pueden generar tensiones entre el yo y el superyó y atendiendo al grado con que esta tirantez se produce tenemos lo que se denomina sentimiento de culpa. Este “sentimiento” de culpa (puede ser inconsciente) se trata de la angustia de la conciencia moral y se manifiesta como una necesidad de ser castigado⁸³⁷. La cultura, por consiguiente, se prolonga en la autoridad interna del superyó que vigila y juzga al yo respecto a aquello que ha interiorizado.

En este sentido, Ricoeur nos avanza lo siguiente:

La interpretación cultural de la pulsión de muerte afecta, de rechazo, a la especulación biológica en forma considerable; produce como último fruto una interpretación del sentimiento de culpabilidad bastante distinta de la interpretación que daba en términos de psicología individual *El yo y el ello*. Mientras que en este ensayo el sentimiento de culpa estaba

⁸³⁷ Freud, S. (1924c), t. XIX, p. 172.

visto por su lado patológico, en virtud de la semejanza entre la crueldad del superyó y los rasgos sádicos o masoquistas de la melancolía y la neurosis obsesiva, los capítulos VII y VIII de *El malestar en la cultura* acentúan, por el contrario, la función cultural del sentimiento de culpabilidad. Y entonces dicho sentimiento se nos muestra como medio del que se sirve la cultura, no contra la libido sino precisamente contra la agresividad. Este cambio de frente es importante. Como que ahora la cultura representa los intereses de Eros contra el propio yo, foco del mortal egoísmo; y se sirve de mi propia violencia para conmigo mismo para hacer fracasar mi violencia para con el otro. Esta nueva interpretación de la culpabilidad desplaza todos los acentos: enfocada desde el punto de vista del yo y dentro del marco de sus “relaciones de dependencia” (*El yo y el ello*, cap. V), la severidad del superyó parecía exagerada y peligrosa, cosa que sigue siendo verdadera y la tarea del psicoanálisis no cambia a este respecto: consistirá siempre en atenuar tal severidad. Pero mirada desde el punto de vista de la cultura y de lo que podríamos denominar intereses generales de la humanidad, dicha severidad resulta insustituible. Tenemos, pues, que articular ambas lecturas del sentimiento de culpa. Su economía desde el punto de vista de la conciencia aislada y su economía desde el punto de vista del cometido cultural resultan complementarias. De tal modo la primera lectura no queda anulada por la segunda, que Freud la trae a colación al comienzo del capítulo VII de *El malestar en la cultura*. Pero la renuncia principal que la cultura exige del individuo no es, según la segunda lectura, la renuncia al deseo como tal, sino a la agresividad. Quiere decirse que ya no será suficiente definir la angustia de conciencia como tensión entre el yo y el superyó, sino que debemos transportarla a ese escenario más amplio del amor y la muerte: “La culpabilidad [diremos ahora] es la expresión del conflicto de ambivalencia, de la eterna lucha entre Eros y la pulsión de destrucción o de muerte”⁸³⁸.

Entonces, volviendo a la obra en cuestión, vemos que lo que Freud también está poniendo en juego son los asuntos de qué se considera “malo” o “bueno” y quién lo juzga, pues el superyó examina la interiorización del yo y a causa de ello le castiga. Es decir, el sujeto tanto si ejecuta algo “malo” como si tiene la intención no consumada, o simplemente lo piensa, es castigado.

Freud no confía en una capacidad innata del individuo que pudiera hacerle discernir el bien del mal, sino que apuesta por una influencia externa. Esto lo razona basándose en que aquello que puede ser “malo” podría no percibirse como tal en el yo, es más, podría incluso reportarle

⁸³⁸ Ricoeur, P. (1970), pp. 271-272.

una satisfacción⁸³⁹. Pero precisamente por esto último ¿por qué iba el yo a doblegarse ante esta imposición que le viene de afuera?

Únicamente tenemos respuesta a eso aludiendo a lo “malo” como aquello que acarrearía una pérdida de amor. Lo que amenazaría con dejar al yo desvalido, sin un amor que le proteja de los peligros que le acechan desde el exterior. Se doblegaría por la angustia que sufriría ante semejante pérdida, por seguir manteniéndose protegido, amparado. Entonces, si la autoridad externa se da cuenta de que un sujeto trama hacer algo malo, lo ha hecho o sólo lo ha pensado, el peligro comenzará a acecharle.

Miller lo recalca así:

En concepto de superyó en “El malestar en la cultura”, depende del amor. El superyó freudiano se establece por la vía del amor. Freud, a diferencia de Kant, no piensa la conciencia moral como innata. En esto se acerca más a Nietzsche. En “El malestar en la cultura”, Freud presenta una genealogía de la conciencia moral que no es algo primario, sino algo que nace de un operador que está afuera. [...] Cuando Freud construye el concepto de superyó, toma su punto de partida en la dependencia del sujeto, una dependencia primaria hacia otras personas. Para deducir el superyó como principio de la conciencia moral, el punto de partida de Freud es la dependencia primaria del sujeto hacia otras personas, en tanto el sujeto experimenta *Hiefligkeit*, desamparo, y, además, como dije en la primera conferencia, lo que Freud llama *Abhängigkeit*, que es la palabra traducida como “dependencia”: una dependencia exactamente designada como la ansiedad de la pérdida de amor. Lo que él presenta como operativo es el *Liebesverlust*, la pérdida de amor. [...] Hasta aquí, estamos en la condición del nacimiento del superyó para Freud; no tenemos todavía el superyó, sino una dependencia externa⁸⁴⁰.

Una vez que se instituye el superyó en el sujeto ya no basta con ocultar a la autoridad externa sus posibles intenciones. El superyó recoge los deseos, es decir, es capaz de dilucidar si la interiorización del sujeto entrama algo “malo”. Y éste es un rasgo importante, ofrece un *plus* respecto a la vigilancia que puede desempeñar una autoridad externa que estaría privada de un poder que pudiese traspasar al individuo y averiguar sus intenciones. Ahora el sujeto recoge su pulsión agresiva por angustia de la conciencia moral. Parece lógico pensar entonces

⁸³⁹ Aquí Freud se distancia de la conceptualización kantiana del imperativo categórico. Kant instituye que la ley moral es innata al sujeto, mientras que Freud, al concebir el sujeto escindido en tres instancias, renuncia a esa postura, pues lo que se presenta provechoso para una de ellas puede confrontarse con lo que le reporta a otra. Luego, Freud ubica la ley moral fuera del sujeto, en el exterior.

⁸⁴⁰ Miller, J.-A. (2009), *Conferencias Porteñas: tomo II Desde Lacan*, Buenos Aires, Paidós, p. 60.

que en los hombres más santos más se enardece el sentimiento de culpa, su renuncia pulsional debe ser mayor que en el resto y también, consecuentemente, la tensión con el superyó.

No obstante, en aquellos que padecen grandes desdichas impuestas desde el exterior igualmente se produce un acrecentamiento de este sentimiento. El superyó se vuelve más vigoroso y el sujeto se sumerge más y más en la desdicha. O sea, el superyó avizora incluso condiciones externas que le permitan verter su ira sobre el yo, lo cual supone una característica como poco desconcertante y que reclama aclaración. La cuestión es que ante tanta desdicha el sujeto se subsume dentro de sí y es capaz de descubrir todos sus pecados, incluso los más profundos, aflorando entonces la necesidad de castigo.

En efecto, el sujeto ha equiparado el sino al padre. La desdicha la sufre como un abandono del último quedando así desvalido, tal y como le sucedía en la infancia cuando perdía su amor e incurría en tal congoja que, finalmente, acababa doblegándose a sus deseos. El adulto, por tanto, en su destino encuentra también la desdicha y pide el castigo por lo malo perpetrado que le ha llevado a esa situación. Los progenitores, el destino, la divina providencia, serían subrogados del superyó que le siguen castigando.

Miller lo destaca de esta manera:

Para Freud, el superyó es la introyección del Otro. Pero ese Otro de adentro, siempre sabe. [...] nada puede serle escondido al superyó, ni los pensamientos. El resultado es la culpa universal. Porque los deseos, los pensamientos de deseos inconscientes y conscientes, son siempre culpables, van siempre, según la concepción freudiana, en la dirección de lo interdicto, siempre hacia los objetos del incesto, los primarios. Así, a partir del momento en que tenemos otro interno que lo sabe todo, el sujeto siempre es culpable. Además, se explica que si un sujeto tal se encuentra infeliz en su vida, si padece catástrofes, etcétera, más culpable se sentirá, porque eso vendrá a ser como la demostración de que el Otro no le quiere. Esto es lo que Freud llama la paradoja del campo de la ética. [...] La paradoja que distingue Freud es que, si los tiempos son felices para una persona, puede sentirse inocente y, al contrario, puede sentirse culpable si es infeliz, por cuanto el destino es el sustituto de la instancia parental⁸⁴¹.

Si bien en el mundo moderno impera un sometimiento al superyó, en la época primitiva las cosas funcionaban de otra manera. El fetiche u objeto de culto, poseedor de poderes

⁸⁴¹ *Ibíd.*, p. 67.

sobrenaturales, era quien instauraba un destino u otro y si sus consecuencias no eran favorecedoras se le aporreaba.

A modo de síntesis, tenemos que el sentimiento de culpa nace por dos motivos: debido a una autoridad externa frente a la que el sujeto se angustia y que tiene como consecuencia la renuncia pulsional. Y por el superyó (autoridad interna) ante el que se padece angustia de conciencia moral y que además castiga porque no es posible ocultarle los deseos interdictos. Éste último supone la continuidad de la autoridad externa.

No obstante, Freud, no contento con las explicaciones indicadas para los santos y los desdichados, vuelve a retomar el asunto. Trata de buscar alegaciones más consistentes. Las preguntas eran ¿Por qué una renuncia pulsional aún impuesta desde afuera reclama el sentimiento de culpa? ¿Por qué cuanto más se renuncia más severo se vuelve el superyó?

Siguiendo la génesis del superyó tendríamos que esto sucede por lo siguiente:

- En un primer momento surgió la angustia y desde afuera se nos impuso la renuncia pulsional. Esto originó la conciencia moral.
- Las renunciaciones pulsionales después pasan a alimentar la conciencia moral y así el superyó se vuelve más y más severo. Cuantas más renunciaciones más severo. En efecto, el superyó con una primera renuncia pulsional sólo podría castigar por una cosa al sujeto, pero cuando ya son dos le puede echar en cara más cosas y exigirle más también, y así, sucesivamente, se iría alimentando su voracidad.

Freud ofrece un ejemplo para aclarar aún más las cosas. Dice que cuando se interioriza la agresión y se incurre, por ende, en una renuncia pulsional, el superyó lo capta y vierte su agresividad contra el yo. Y con cada renuncia pulsional incrementa su agresión pues la iría acumulando.

Pero Freud dice que esto se contrapone con que en origen el superyó recogiera toda la severidad que poseía la autoridad externa y que eso no se vincula con la renuncia pulsional del sujeto. Es decir, que depende de la actuación que perpetraba la autoridad externa y no del sujeto ni de sus renunciaciones pulsionales. Y podríamos añadir que tampoco tiene que ver con que crezca su severidad pues, por un lado, estaría la severidad heredada y, por otro lado, lo pulsional sobre lo que también se podría aplicar particularmente la severidad, pero una vez.

Por tanto, Freud intenta otra forma de dotar al superyó de la agresividad que ostenta, que cada vez crece más y más. La ilustración de este enigma se encuentra en una época remota, la infancia. Indica que el niño, entonces, ve frustradas sus primeras satisfacciones por la autoridad externa. Así, se iría fundando en él una hostilidad hacia ella con independencia del tipo de necesidades que se viesan boicoteadas. Pero el niño, necesariamente, tuvo que renunciar a satisfacer esa inclinación agresiva hacia la autoridad. Para ello debió identificarse con esa autoridad externa que no se podía combatir e instituyó el superyó. Y éste, a su vez, acoge toda esa agresividad que el niño habría deseado verter sobre esa autoridad.

Entonces, la relación que se establece entre el yo y el superyó es el retorno de la situación pasada, previa a la identificación, cuando el niño aún no dividido o transformado mantenía relaciones con un objeto exterior. Pero la severidad del superyó no se refiere a la severidad de la autoridad externa, sino a la severidad con que el niño habría agredido a esa autoridad. Luego, el superyó nace de la sofocación de la agresión del sujeto hacia el objeto externo y crece por las renunciaciones de este tipo.

No obstante, ésta última concepción del superyó y la primera presentada sobre la génesis son conciliadoras, y además, según indica Freud, se sabe que la hostilidad que desarrolla el niño está en congruencia con la agresividad que espera recibir de su progenitor.

Luego, hasta aquí el sentimiento de culpa nace de una frustración pulsional de verter la agresividad hacia fuera, hacia el padre; pero también de una experiencia de amor hacia él porque le amparaba. La primera hipótesis, que el sentimiento de culpa nazca de una hostilidad hacia el padre, también es corroborada por la filogénesis. En efecto, el padre de la horda primitiva fue un ser temido por su progenie, exigente en grado sumo y que detentaba la agresión en su vertiente más radical. Pero, por otro lado, en ese tiempo remoto no se sofocó la agresión y el padre fue asesinado. De ese parricidio descende el complejo de Edipo. Por lo tanto, surge una discrepancia entre los dos procesos, en uno no se mata al padre y en el otro sí. Luego, ¿por qué emerge el sentimiento de culpa? Si da igual que se mate o no el padre ¿de dónde viene?

Y es aquí, precisamente, donde Freud establece ese origen en la ambivalencia. Efectivamente, el complejo de Edipo tiene como descendiente directo al sentimiento de culpa que fue conquistado por el asesinato del padre. En este asesinato se satisfizo la pulsión hostil pero también afloró el amor por la identificación con el padre y se creó el superyó, que devendrá castigador, encarnando al padre, por el crimen cometido. El sentimiento de culpa se propaga

por las distintas generaciones porque la hostilidad siempre se genera, y se reforzará con las inclinaciones agresivas que sean sofocadas.

Finalmente, la conciencia moral se erige por la ambivalencia entre el amor y el odio. El primero participó en su génesis y el segundo en la emergencia del sentimiento de culpa que sobrevendrá con su castigo. De nuevo, encontramos la pulsión de muerte contra la pulsión de vida. Se trata de un combate ineludible en la vida que radica en toda convivencia e insertará ese inesquivable malestar. La cultura está a favor de Eros, es una de sus premisas, pero precisamente por eso deberá retener a la pulsión de muerte y en el intento no hace sino acrecentar el sentimiento de culpa.

Miller lo resume así:

El descubrimiento de Freud es que el superyó engorda con la satisfacción pulsional renunciada; por eso, cuanto más se renuncia, el goce pulsional, lejos de desvanecerse, nutre al superyó, y se goza en ese lugar. [...] Así se produce un ciclo de reforzamiento: más y más el sujeto va a renunciar a las pulsiones, más y más el superyó va a crecer, más y más el sujeto será culpable. [...] Se puede pensar lo que Freud llama programa de la cultura como Eros, lo que congrega a la gente, lo que hace conjuntos de amor. [...] el programa de la cultura parece Eros. Y contra Eros está Tánatos, que favorece la guerra de todos contra todos. Pero lo que descubre en "El malestar en la cultura" es que, precisamente en el lugar donde creíamos encontrar Eros, encontramos a Tánatos. En el momento en que pensábamos ver la misma cara del amor, no encontramos otra cosa que el propio funcionamiento de Tánatos. Sobre la cultura, que parecía una promesa de felicidad, Freud anticipó que en el horizonte estaba la autodestrucción de la humanidad. [...] Freud nos incita a situar en nuestro horizonte el hecho de que, en realidad, lo que soporta la conciencia moral es el goce de la pulsión. El goce de la pulsión, en cuanto desplazado, soporta la conciencia moral. Y Freud descubre también lo que llama la crueldad sádica del superyó, descubre que las exigencias de la moral tienen la misma fuerza que las pulsiones, que son sólo una traducción, un desplazamiento de las exigencias de las pulsiones. No sólo se trata de un mandato, de una demanda del superyó —en Kant, la demanda de sacrificar todo goce—; la pulsión es también otro tipo de demanda⁸⁴².

⁸⁴² *Ibíd.*, pp. 68-69.

9.1.3. El sentimiento de culpa desde la dinámica pulsional. Eros *versus* pulsión de muerte

En el apartado anterior hemos visto que el desarrollo cultural se produce a costa del malestar individual que germina y crece con el enardecimiento del sentimiento de culpa. Este sentimiento de culpa sería el causante de las renunciaciones pulsionales y, por tanto, el responsable de la pérdida de “felicidad” de la que al principio hablaba Freud y que estaba ligada a la satisfacción plena, es decir, la que vendría como consecuencia de una satisfacción directa de la pulsión.

Freud indica que estas aseveraciones pueden sonar bizarras si las ponemos en relación con la conciencia. Es decir, el ser humano no se siente culpable ni mucho menos y no hallaría razón del malestar por esa vía. Por ejemplo, los obsesivos que acuden a consulta suelen presentar un gran sentimiento de culpa pero en la mayoría de los casos no son conscientes de ello, en todo caso sufren de una especie de angustia.

A colación de esta observación, Freud matiza que el sentimiento de culpa no es otra cosa que un tipo de angustia que ha pasado a ubicarse en otro lugar. Es decir, en un primer momento estuvo ante una autoridad externa como angustia de castración o angustia de pérdida de amor. Y tras instituirse el superyó (autoridad interna) ha pasado a ser una angustia de conciencia moral. La angustia estaría en los síntomas pero no siempre sería accesible a la conciencia como tal, luego tampoco vendría a indicar ese malestar social.

El malestar cultural, en definitiva, se buscaría por otros derroteros, aunque Freud no acaba de entender por qué el sujeto no es consciente de su sentimiento de culpa y procede con una vuelta a todo lo anteriormente explicado.

Define otra vez el superyó, sus funciones y el sentimiento de culpa revelado en la necesidad de castigo y que ahora pasa a ser asimilado a un tipo de angustia según el lugar que ocupa. Reinterpreta la necesidad castigo como manifestación pulsional del yo en su vertiente masoquista por la acción del superyó, que se serviría de la pulsión de destrucción que habita en el interior del yo (desde el asesinato del padre) para establecer un vínculo erótico con él. Presenta el origen del sentimiento de culpa desde la tónica de la angustia, instituyéndole así como heredero de la angustia ante la autoridad externa y también de la angustia frente al superyó.

Además, vuelve a mostrar todas las contradicciones en las que incurrió anteriormente:

- El sentimiento de culpa, en un primer momento, debía derivarse de la sofocación de la agresión hacia el padre pero también del parricidio. Una salida a esta controversia fue la genealogía trazada. En origen, se perpetró el asesinato pero advino el *arrepentimiento* (reacción frente a la agresión ya que aún no puede hablarse de sentimiento de culpa) propiciado por la ambivalencia amor-odio y causó el nacimiento del superyó. Éste paso a encarnar la figura del padre, ahora castigador por el acto realizado, y el sentimiento de culpa se propagaría desde entonces en toda la descendencia, siendo ya indiferente matar al padre o pensar en matarle.

Entonces, aunque ha habido un cambio psicológico radical entre ambas época, la consecuencia de la ambivalencia pulsional es la misma en los dos casos. Freud se cuestiona si, tal vez, no sea precisamente por este cambio cultural que ahora el sentimiento de culpa sea inconsciente. Es decir, antes habría conciencia de culpa por la ejecución del acto pero ahora, al no tener lugar la acción, sería inconsciente.

La neurosis obsesiva refuta esta hipótesis pues, en ella, el sentimiento de culpa se impone a la conciencia en calidad de autorreproches. Luego, existen casos en que los pacientes son conscientes del sentimiento de culpa y, sin embargo, no se ha efectuado ningún hecho. Asimismo, que no exista sentimiento de culpa consciente no implica que no se haya perpetrado la acción.

- Por un lado, la vigorosidad de la agresión del superyó fue concebida como una continuidad de la agresión con que la autoridad externa castigaba. Y, por otro lado, se refería a la hostilidad que el propio sujeto retuvo en detrimento de aplicarla hacia afuera. En cualquier caso, se trataría de posturas conciliadoras en lo que respecta al núcleo del asunto pues ambas apuntan a una interiorización de la agresión.

Además, tal y como dice Freud, en la clínica también se descubren dos vías para suministrar la agresión al superyó que si bien suelen cooperar, a veces una es más prominente que la otra. Entendemos que, aunque Freud no añade casos al respecto, está pensando en lo siguiente. Por un lado, la agresividad del superyó se debería a la hostilidad retenida por la frustración de una satisfacción de la pulsión agresiva (pulsión de muerte); y, por otra parte, se derivaría de la renuncia a una satisfacción de la pulsión sexual (pulsión de vida).

Freud arguye, a propósito de este aspecto, que la inclinación psicoanalítica ha sido concebir las renunciaciones de cualquier tipo de satisfacción pulsional como un

incremento del sentimiento de culpa, pero que él cree que podría aceptarse que únicamente concerniera a las renunciaciones de las pulsiones agresivas.

Y, tras este recorrido por sus concepciones anteriores —sus hipótesis, desarrollos y contradicciones encontradas y salvadas— y no contento con sus argumentos, vuelve a lanzar la pregunta que ya se había formulado antes: ¿Cómo explicar desde un punto cuantitativo y dinámico que ante una renuncia pulsional sexual advenga un acrecentamiento del sentimiento de culpa?

Ahora Freud sí dota de contundencia y consistencia a la respuesta emitida en su momento. En la renuncia a la satisfacción sexual siempre existe de telón de fondo alguien que “la estorba” y que justamente es el objeto de la pulsión agresiva que ha de ser también sofocada. En efecto, ahora queda todo mucho más claro. En la renuncia pulsional siempre está velado un componente agresivo, luego raramente la agresividad no estará entrelazada con el erotismo. Y como con cada renuncia pulsional se iría depositando en el superyó un fragmento de agresividad, consecuentemente, éste cada vez se haría más feroz.

Adoptando también ahora el supuesto de que la sofocación de la pulsión agresiva sería precisamente la que originaría el sentimiento de culpa, podríamos tener una nueva interpretación de las neurosis y una respuesta a por qué los sujetos no pueden ubicar su malestar en el sentimiento de culpa o no son conscientes de él. En las neurosis por el lado de la renuncia pulsional sexual surgiría el síntoma y por el fracaso de la pulsión de muerte emergería el sentimiento de culpa. La inconsciencia del sentimiento de culpa es debido a que es el resultado de un proceso inconsciente, concretamente de la represión.

Efectivamente, la pulsión de muerte parece actuar muda para alcanzar sus propósitos, el superyó aparece como su principal valido para alcanzar sus metas y el masoquismo moral se presenta como su más conspicua manifestación.

El combate entre Eros y pulsión de muerte se ha impuesto como una caracterización de la cultura, de la vida del individuo y de la vida orgánica en general. Freud esclarece las interrelaciones de los tres factores de la forma siguiente:

- Las dos primeras estarían en consonancia con la última, puesto que el desarrollo de la cultura y del individuo son ambos procesos vitales. Luego, desde este punto de vista serían indistintos.

- El proceso vital bajo el influjo de Eros y alentado por Ananké fue transformado en la cultura.
- Las diferencias entre el proceso cultural y el desarrollo individual son las más complicadas de extraer. El individuo se rige en su devenir por el principio del placer tratando de alcanzar la dicha pero, al mismo tiempo y de forma ineludible, debe integrarse en la sociedad y convivir con los demás. La cultura apuesta por la conquista de comunidades cada vez mayores, sin embargo, no tiene como objetivo prioritario la felicidad de los individuos que la conforman. De hecho, velar también por ese aspecto inhibe su primer objetivo y, terminante, lo que es su esencia.

De ahí que la lucha por la felicidad y las pretensiones culturales se libren en el individuo. Y observamos que los objetivos individuales y culturales también entran en discordia. No obstante, mientras que en la primera justa los participantes son las pulsiones de vida y de muerte, la segunda queda relegada al ámbito económico de la pulsión sexual como una disputa de la libido yoica y libido de objetos.

Asimismo, la propia sociedad instaaura un superyó que contribuye al progreso cultural, formado en las distintas épocas a partir de las huellas de las corrientes en boga, los personajes ilustres, incluso los mártires, etc. Estos superyós de las culturas y del individuo comparten su carácter de exigencia, aunque en el individuo sea opaca y sólo se deje traslucir en un martirio. Y en el caso de la cultura, cuando pertenecen al ámbito interpersonal, se rubrican bajo la ética que tratará de reducir la agresividad con el lema “amarás al prójimo como a ti mismo” y que precisamente por la imposibilidad de su cumplimiento produciría las culturas “neuróticas”⁸⁴³.

Y en esto Miller incide de esta forma:

Freud, en el lugar mismo donde habla de la defensa contra la pulsión, del rechazo del goce pulsional, de la renuncia al goce pulsional que, por ejemplo, exige la ética, hace la reserva de que, en la realidad, la pulsión siempre logra satisfacerse, aun cuando sea por razones sustitutivas⁸⁴⁴.

⁸⁴³ Freud, S. (1930a [1929]), t. XXI, p. 139.

⁸⁴⁴ Miller, J.-A. (2009), p. 63.

9.2. Las modalidades de economía pulsional y su impacto en la clínica

La clasificación de los individuos según la ubicación predominante de su libido en alguna de las tres instancias psíquicas —el yo, el ello y el superyó— permite ofrecernos una caracterización psicológica de su ser. A continuación veremos la descripción de tipos psicológicos eminentemente puros atendiendo a dicha localización. No obstante, en la clínica suelen presentarse más a menudo individuos con una distribución de libido generosa con más de una instancia y que podrían encajar en varias de las siguientes descripciones⁸⁴⁵.

- El tipo narcisista: es aquel que concentra la libido en su yo. Un individuo que no es fácilmente susceptible de sufrir los empujes del ello, que no registra tensiones de ningún tipo con el superyó y que cuida sobremanera su propia conservación. En la vida amorosa prefiere amar a que le amen y se trata de un tipo idóneo para prestar amparo al resto. El mero hecho de estar escasamente sometido a los reclamos pulsionales sexuales y de no registrar una amenaza del superyó le permite ser más libre dentro del progreso cultural, más independiente, menos cobarde y candidato a introducir cambios de corrientes e innovaciones. Aunque son tipos difícilmente maleables desde las instancias psíquicas del ello y del superyó no dejarán de estar amenazados por el mundo exterior y estarían particularmente predispuestos a la contracción de la psicosis.
- El tipo erótico: es el tipo conquistado por el ello. Los sujetos inclinados a la vida amorosa y que prefieren ser amados. Aquellos que entran en profunda dependencia con los demás y que socioculturalmente tienden a sustituir las exigencias del ello ya que padecen de angustia ante la pérdida de amor. Estos tipos fácilmente podrían estar predispuesto a la contracción de una histeria.
- El tipo compulsivo: es el tipo sometido eminentemente al superyó y subyugado a la angustia de la conciencia moral. A diferencia del otro, en vez de entrar en una dependencia social, incurre en una dependencia interna que repercute en un alto

⁸⁴⁵ Freud, S. (1931), “Tipos libidinales”, en AE, t. XXI, pp. 219-222.

grado de autonomía. Se trata de un tipo que contribuye a la conservación de la cultura.

Y, en este caso, estaría más predispuesto a la contracción de una neurosis obsesiva.

Podemos apreciar que se trata de tipos definidos según las respuestas que pueden darse al problema económico libidinal y en función de que se halle la satisfacción en un lugar u otro⁸⁴⁶.

9.3. Conclusiones finales. La angustia y la pulsión emblemas de la dicotomía pulsional

Las nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis datan de 1932, mientras que las anteriores se trazaron entre 1916 y 1917. En este ínterin se desarrollaron conceptos que en las primeras se estaban esbozando y se establecieron nuevas consideraciones sobre diversos aspectos. Tal y como indicaba Freud, sobre la angustia y la pulsión evidentemente existían novedades.

En las primeras conferencias se mantenía la dualidad entre pulsiones sexuales y las pulsiones yoicas. En segundo lugar, se apreciaba la emergencia de una instancia vigilante y censora, heredera del mundo en derredor del infante y que medía las discrepancias entre un yo y su ideal. Y, en tercer lugar, entre los decursos de las pulsiones se destacaban tanto aquellos que derivaban en los síntomas, con la defensa del yo frente a las demandas del ello, como el que concerniendo a la huida del yo terminaba en una trasmudación de libido en angustia.

El primer aspecto, en ese intervalo temporal, pasó a radicalizarse con el binario pulsión de vida-pulsión de muerte. El segundo se afianzó con el establecimiento del superyó como nueva instancia del aparato anímico. Y el tercero decisivamente pasó a corregirse.

Respecto al segundo, en las últimas conferencias se retomó prácticamente la información tratada en *El yo y el ello*, pero en cuanto a los otros dos temas, la angustia y las pulsiones, Freud insistió en que iba a manifestar descubrimientos que no serían fácilmente inteligibles. Por ende, nos centraremos precisamente en la conferencia trigésimo segunda que se titula precisamente “Angustia y vida pulsional”.

La angustia quince años atrás fue diseccionada de la forma que sigue. Primeramente se distinguió entre angustia como señal y angustia como afecto. La situación de angustia emergía

⁸⁴⁶Freud, S. (1930a [1929]), t. XXI, p. 83.

de una prevención de peligro. La angustia como señal daba paso al entrenamiento del yo hacia una acción de huida o de defensa y cuanto más tiempo permaneciese en ese punto, sin llegar a desarrollar la angustia, más adecuada sería su puesta en acto. La angustia como afecto, sin embargo, suponía la repetición de una vivencia temprana traumática que aglutinó tanto sensaciones de displacer como inervaciones motrices. Además podríamos fijarla en el nacimiento del individuo⁸⁴⁷.

En la consabida conferencia sobre la angustia se diferenció entre angustia realista y neurótica, y la última, a su vez, entre angustia flotante y ligada. En la angustia neurótica el objeto susceptible de entamar peligro resultaba enigmático, sin embargo, en la angustia realista se aguardaba un peligro que estaba afuera, que era previsible. La angustia flotante estaba predispuesta a vincularse con cualquier tipo de peligro y aparecía como una inclinación a éste, hallando su correlato en las neurosis de angustia. Al contrario, la angustia ligada estaba vinculada a objetos concretos, bien arraigados filogenéticamente a un peligro, bien anexados a un peligro que, en cambio, solía adquirirse en la edad madura. Finalmente, los que se hacían susceptibles de un análisis más profundo eran otro tipo de objetos, aquellos cuya correspondencia con el peligro no era para nada evidente.

La respuesta entonces a qué se teme y por qué surge la angustia neurótica se apuntaba en varias direcciones. En primer lugar, se vinculaba a la frustración sexual. La clínica ofrecía estos casos y Freud establecía que la libido que no era aplicada se sustituía por angustia, si bien desconociendo cómo acontecía semejante cambio. Realmente lo que se observaba era una desaparición de libido y un nacimiento de angustia, pero nada más. En segundo lugar, a propósito de la angustia no ligada y que se manifestaba de manera inherente con otros síntomas o de manera dilatada en el tiempo, indicó que correspondía al alcance de las mociones inconscientes, cuyas representaciones habían sido reprimidas, y que llegaban hasta la conciencia. Y, por último, los síntomas fueron presentados como inhibidores de angustia. Se elucidaron las acciones obsesivas y los síntomas histéricos como salvavidas ante la angustia, pues al emerger éstos la angustia era considerablemente minorada o incluso aplacada.

Lo que, a la postre, se dejaba entrever era que la angustia suponía una señal de peligro para el yo y que aquel lo encarnaban los reclamos de la libido. De esta manera, gracias a la angustia

⁸⁴⁷ Freud, S. (1916-17 [1915-17]), t. XVI, pp. 359-362.

el yo procedía con su tramitación como si estuviese fuera. Precisamente porque la libido no está afuera, sino en el yo, y para éste la angustia supone un intento de huida, Freud asumió que la angustia debía nacer de esa libido que reclamaba satisfacción⁸⁴⁸.

En las nuevas conferencias retoma el corolario que pudiera extraerse de las antiguas, o sea, que la angustia como afecto retoma una experiencia traumática pretérita, que es una señal para prevenir al yo del reclamo libidinal y la premisa de que se genera como libido que no ha sucumbido a una descarga total. Es así como comienza a interpelar la nueva estructura del aparato psíquico para concebir la angustia desde otro punto de vista.

Con la nueva concepción del aparato anímico, el yo supone una instancia psíquica susceptible de tres peligros que se ubican en el exterior, en el ello y en el superyó. Y por estructura sería la única capaz de percibir angustia. Respectivamente, a estos peligros les correspondería la angustia realista, la angustia neurótica y la angustia de la conciencia moral. Y, así, la orientación persiste en la caracterización de la angustia como señal. Empero, el descubrimiento actual lo que implica es que la angustia precede a la represión.

El niño inmerso en el complejo de Edipo, frente al enamoramiento de uno de sus progenitores, teme un peligro interno. Sin embargo, este peligro lo percibe como si fuese externo, es decir, prevé la amenaza de la castración y se angustia. Por lo tanto, huye de ese peligro mediante la represión, renuncia al objeto sexual y contrae la neurosis. Efectivamente, la angustia de castración origina la represión en el varón; en las mujeres, en su defecto, la originaría la angustia de pérdida de amor. En ambos casos, lo que está en juego es la separación de la madre y, en este sentido, el antecedente de la angustia sería el acto del nacimiento.

Sabemos por anteriores trabajos que Freud funda el superyó a colación de la angustia frente a la pérdida de amor que acarreaba las renunciaciones pulsionales y ponía en juego la hostilidad hacia el objeto exterior que estorbaba la satisfacción pulsional. En un primer momento, ocasionó el parricidio y por la ambivalencia hacia el padre, satisfecho el acto agresor, produjo el arrepentimiento que dejó como sedimento el superyó. Por la identificación, éste conservó el carácter dominador del padre y recogió la hostilidad con que se le asesinó, dotándole así de su sadismo. Desciende de las primeras investiduras de objeto del complejo de Edipo y de

⁸⁴⁸ Ibid., pp. 357-374.

esta forma, en su afinidad con el ello, impulsa a la satisfacción pulsional pero castiga por ella pues nunca es inocua al superyó.

Es decir, tenemos la angustia del nacimiento, la angustia ante la pérdida de amor, la angustia de castración y la angustia de la conciencia moral. Muchas se presentan en los sujetos todavía en su madurez, se manifiestan en los tipos libidinales, en las neurosis, etc. Son angustias no extinguibles, máxime si se trata de la angustia ante el superyó que es inescindible de la cultura, tal y como se subrayó en la obra específica para su análisis. La angustia ahora precede a la represión y constituye el viraje de estas nuevas conferencias. Además, el temor se afianza en el lado del ello ya que rememora la situación pretérita donde el peligro se ubicaba en el exterior.

Por lo tanto, ante la tensión generada por la insistencia pulsional, el yo recibe la angustia como una señal de peligro y trata de tramitarla por la vía del pensamiento, mediante asociación de representaciones, aflorando así sensaciones displacenteras que pondrían en marcha el principio del placer. Las consecuencias pueden ser varias, o la inhibición del yo, o emprender una acción tratando de ligar la pulsión con contrainvestiduras y generando un síntoma o se acoge en el yo una formación reactiva. En cualquier caso, no dejarán de tener implicaciones en la conformación del carácter.

El caso es que la señal de angustia pone en marcha al yo para defenderse de las amenazas del ello y, aunque no pueda llevarlo a cabo de forma completa, sí puede evitar un desarrollo de angustia en la medida en que desempeñe las acciones beligerantes contra la pulsión. Y el principio del placer tramitaría la pulsión de maneras diversas *a posteriori*. No obstante, la angustia tuvo que erigirse en un momento pretérito a partir del cual comenzó a actuar como señal de reclamaciones del ello para poner en marcha el principio del placer. Efectivamente, una excitación hiperintensa tuvo que conferir a la situación en la que tuvo lugar el evento el carácter traumático; traumático en el sentido de que el principio del placer no pudo ser capaz de apaciguar la pulsión y se vio desbordado. De esta forma habría causado una sensación displacentera fundando la angustia inaugural.

Una vez explorado cómo en el decurso pulsional necesariamente emerge la angustia, Freud prosigue con el asunto de las pulsiones.

La doctrina de las pulsiones es nuestra mitología, por así decir. Las pulsiones son seres míticos, grandiosos en su indeterminación. En nuestro trabajo no podemos prescindir ni un instante de ellas, y sin embargo nunca estamos seguros de verlas con claridad⁸⁴⁹.

Como novedad en la doctrina de las pulsiones insiste en que el respeto estricto por las distintas fases del desarrollo libidinal asumido en un primer momento queda diluido por las manifestaciones de la clínica. Se observa que ante la insistencia pulsional y un yo represor, la pulsión busca satisfacerse siguiendo el principio del placer por la vía regresiva, efectuando un rodeo por las distintas etapas libidinales anteriores hasta alcanzar aquella fase en la que tuvo cierta fijación y donde procede con su descarga. Es decir, retorna a la etapa que despertó particularmente su interés por el placer que en ella se desplegó. En la sustracción de lo pulsional al dominio del yo y en su recorrido por el ámbito del ello, donde confluyen las mociones reprimidas y los objetos resignados, se observa que las trasposiciones de la pulsión también muestran fijaciones a ciertas etapas libidinales que son traídas al presente mediante diversos subrogados⁸⁵⁰.

Pero lo que realmente supone una innovación profundamente llamativa dentro del campo de las pulsiones, desde la impartición de las últimas conferencias, es el descubrimiento de la pulsión de muerte. Estaba ya presente en el sadismo y el masoquismo pero al concebirla como una pulsión sexual perversa se obvió el componente agresivo inherente. Efectivamente, son ejemplos de mezcla de pulsiones que explicitan la diferencia cualitativa entre pulsiones de vida y de muerte. Las primeras mutan sus metas con tal de procurarse una descarga, mientras que la última sólo sería susceptible de minoraciones cuantitativas en el progreso hacia su meta.

En efecto, el masoquismo moral se erige como paradigma de la mezcla pulsional y legatario de la pulsión de muerte⁸⁵¹. Y vuelta hacia el exterior cobra su vertiente sádica manifestando la pulsión agresiva. Lo que sucede es que las imposiciones morales frustran la satisfacción hacia fuera y ésta es devuelta al interior. El superyó da buena cuenta de este aspecto.

Empero Freud, diserta de nuevo sobre el fundamento de esta pulsión de muerte. Apela al carácter conservador de las pulsiones y a su insistencia por retomar estados pasados que ya

⁸⁴⁹ *Ibíd.*, p. 88.

⁸⁵⁰ Freud, S. (1917c), t. XVII, pp. 117-123.

⁸⁵¹ Freud, S. (1924c), t. XIX, p. 176.

han sido permutados. La pulsión de muerte descubierta en la compulsión de repetición que Freud apreció con el juego del *fort-da* que realizaba su nieto, poseía en sí misma la connotación de lo ominoso y daba cuenta de esto. Era una expresión del carácter conservador de la pulsión y de la hipótesis de que la vida surge de lo inanimado, la pulsión pugnaría por regresar al estado inicial, por una vuelta a los tiempos donde la materia era inorgánica, he ahí el nacimiento de la pulsión de muerte. En cualquier caso, la producción de la vida y su consecución surgirán del combate entre ambas pulsiones. Aunque seguiría sin quedar elucidado cómo se produce la mezcla y desmezcla pulsional.

La ilación de pensamientos que llevó finalmente a la concepción de la pulsión de muerte partió del material clínico. Los pacientes en el dispositivo analítico presentaban resistencias a lo reprimido desconociendo que actuaban/repetían estados anteriores. No eran conscientes ni de sus resistencias ni de qué era lo que les llevaba a ellas. La apreciación de un sentimiento de culpa que se manifestaba por la necesidad de castigo era satisfecho por la propia neurosis que ya le perpetraba al paciente un padecer, un sufrimiento. En este sentido, el alivio de dicha necesidad de castigo suponía una condición necesaria para el progreso de la terapia analítica.

Ahora bien, el modelo recogido en los avances teóricos de la pulsión de muerte y nutrido por la experiencia muestra cómo la pulsión de muerte consume, en la medida de lo posible, su descarga por mediación del superyó, pero es posible que incida directamente en el yo de manera silenciosa. Es decir, puede que posea distintas alternativas respecto a su decurso hasta la satisfacción. De este modo, parece haber una analogía con las pulsiones de vida, en las que la meta en cualquier caso es interna y se produce con el cambio experimentado en el propio cuerpo aunque, por lo general, la pulsión en su recorrido encuentre un objeto externo con el que poder satisfacerse.

Por otro lado, en el salto al ámbito cultural, la pulsión de muerte, tal y como se ha ido trabajando, constituye un atentado contra el mandato del bienestar y la convivencia. Pero las pulsiones de vida no son menos responsable de la violación de un equilibrio cultural, es más precisamente por ser omnipresentes en los vínculos sociales pueden procurar en muchas ocasiones momentos de tensión que realmente ponen en peligro el *statu quo*. No obstante, afortunadamente, en su mezcla con la pulsión de muerte podrán ser validos de vida y tenderán a reducir a la última.

9.4. La pulsión como lo imposible de reducir

En los últimos escritos Freud no sólo realiza relecturas de la contemporaneidad haciendo uso del psicoanálisis, sino que reflexiona sobre la doctrina construida, sus logros y limitaciones. Se cuestiona la efectividad de la terapia, cuándo concebir su fin y en qué casos sería posible pensar en un análisis perfecto y en qué sentido.

En su trayectoria, Freud analizó a multitud de personas y tuvo el privilegio de encontrarse con ciertos pacientes, o tener noticias de ellos, transcurridos varios años desde la finalización de la terapia. Esto le permitió saber que en la vida de algunos de ellos se habían producido nuevamente fenómenos patógenos similares a los tratados tiempo atrás.

En este sentido surgen numerosas cuestiones a las que no es fácil dar una respuesta rápida y contundente: ¿En qué consiste un psicoanálisis? ¿Cuándo ha de finalizar un análisis? ¿Asegura cambios duraderos? ¿Cuáles son los aspectos clave, en definitiva?

El final de un análisis tiene lugar cuando han sido alcanzados los objetivos terapéuticos: liberar al individuo de sus síntomas, inhibiciones y angustias. Y, asimismo, cuando la perpetuación de la terapia no diere ulteriores resultados a favor del paciente.

Las neurosis normalmente se originan por dos motivos: traumas de la primera infancia y excitaciones hiperintensas que no pueden controlarse. Es decir, por los eventos acaecidos en la vida temprana del sujeto, cuando su yo aún no era robusto, y por el factor pulsional que altera el aparato anímico y puede trascender incluso a lo corporal.

Los casos donde el trauma es lo dominante ofrecen múltiples posibilidades de conseguir un análisis terminado definitivamente. En la terapia, el evento traumático trataría de traerse al presente, a un momento en que el yo se ha fortalecido. Así dentro de un dispositivo analítico, donde el analista se sirve de la transferencia y la interpretación, podría ofrecerse una vía para tramitar el afecto fijado al trauma dando lugar a una salida correcta del conflicto perturbador.

Los problemas realmente se presentan cuando las pulsiones constitutivas del sujeto son de particular intensidad y cuando el yo ha sido susceptible de numerosas transformaciones a propósito de aquellas, consecuencia de la gestión pulsional acometida.

Al hilo de este último aspecto y teniendo en cuenta aquellos casos indicados anteriormente —en los que los síntomas retoñaron tras largo lapso de tiempo, no necesariamente en su conformación originaria pero sí apuntando al mismo origen contemplado en el tratamiento

de su primera enfermedad—, surge la cuestión sobre la posibilidad de volver a incurrir en una neurosis distinta o incluso similar a una superada. Y, por ende, si la terminación del análisis se perpetró en el momento correcto o cuándo debía haberse consumado la terapia. O, también, en caso de no haber incurrido en error, qué grado de confianza se tiene en no volver a contraer la enfermedad y a qué elementos sería debido.

La clave para dar respuesta a todas estas preguntas no es otra que la consideración de un factor cuantitativo. La inestabilidad de la vida anímica se contrarresta con la actividad del yo. Para mantener un equilibrio entre el yo y lo pulsional aquel debe estar en condiciones de producir un dominio sobre las pulsiones. Lo que sucede es que la exigencia pulsional es constante, hasta en las personas sanas, y un fenómeno que da cuenta de esta irreductibilidad pulsional justamente es el sueño, donde lo que se pone en juego es el florecer de las pulsiones en el momento en que el yo se relaja.

En el acontecer de la vida tienen lugar numerosos eventos que abarcan distintos grados de intensidad pulsional y en la medida en que sus magnitudes son enfrentadas por el yo pueden desembocar, bien en el triunfo de éste y, por tanto, a favor de la salud, bien en su batida. Es innegable que aun habiendo terminado correctamente la terapia pueda emerger de nuevo la neurosis. El punto se encuentra en el factor cuantitativo y aquí sólo se puede apelar a los procesos de tramitación pulsional disponibles en el aparato anímico.

El análisis propicia un nuevo relato de la vida anímica del paciente con un reforzamiento del yo encaminado a un mayor dominio de las pulsiones, a una nueva dotación de recursos para enfrentarse a los reclamos de la pulsión desde una postura más cómoda. Este fortalecimiento del yo puede ser un proceso largo y no debe ahorrarse tiempo en su quehacer. A lo largo de la terapia es fácil apreciar buenos resultados respecto al punto de partida, pero también destacando el cambio cualitativo se puede caer en la tentación de obviar el componente cuantitativo. El progreso, por decirlo de alguna manera, es parcial, quedando siempre un resto.

Freud recuerda cómo en los inicios de la construcción de la teoría libidinal se establecían etapas de desarrollo disjuntas, sin embargo, tras seguir examinando el estado de la cuestión se admitieron, a la postre, posibles solapamientos entre ellas e incluso el no abandono de algunas de ellas en su totalidad incurriendo en fijaciones libidinales a etapas previas. La consecuencia de esto es que en la terapia analítica, si bien se consigue asir el triunfo del yo

sobre la rebeldía pulsional, esta sólo tiene lugar de manera incompleta. Nos presentamos ante la dificultad de tratar de reducir lo que parece desde tiempos remotos irreducible.

Para erradicar el resto pulsional que pudiere propinar nuevas alteraciones en el sujeto el yo tendría que transformarse de manera perfecta, y conseguir eso en la práctica es sumamente complicado. Podemos decir entonces que, finalmente, todo depende de la proporción de magnitudes que se pone en juego en la dinámica que tiene lugar entre las distintas instancias psíquicas.

Respecto al asunto de si en efecto podría asegurarse la no recaída en la neurosis y las maneras de acometer esto, podemos decir que no remite sino a lo comentado hasta el momento. Aunque en el análisis se trata un conflicto previo y se le dota de un subterfugio para producir un alivio y poder enfrentar su retorno, ahora lo que se pone en cuestión es precisamente cómo enfrentar otro nuevo conflicto que vendría posiblemente a ser una sustitución de aquel.

Freud responde a este tema diciendo que no hay posibilidad de influir sobre un conflicto futuro, sino que sólo es posible tratar un conflicto actual. No parece legítimo introducir de manera artificial a un sujeto en un posible conflicto para su prevención futura, máxime a costa del padecer que se le ocasionaría al paciente con esta nueva contienda. Y, de hecho, supondría aventurar sobre lo que le depararía el destino. Asimismo la eficacia del psicoanálisis también sobreviene debido al intervalo temporal acaecido desde el fenómeno patógeno, de manera que si inmiscuyésemos al yo en un conflicto artificial podría producirle una gran angustia que le impediría efectuar cualquier maniobra que apuntase a la cura.

Se impone entonces cierta imposibilidad de inscribir a un paciente en aquellos conflictos que pudieran sucederle en el futuro y, por otro lado, su respuesta al respecto, a falta de una realidad objetiva, podría ser de lo más aséptica, sin llegar a subjetivar nada en absoluto. Luego, sólo se conseguiría un enriquecimiento de los conocimientos del paciente pero sin tener efecto alguno en su propio ser, cuando precisamente este es uno de los aspectos clave de la terapia analítica.

La liberación del yo de los síntomas, inhibiciones y angustias sólo tiene lugar por su propia alteración. El yo, tal y como se ha explicado en numerosas ocasiones, está sometido a los reclamos del mundo real, a las demandas pulsionales y a las exigencias y castigos del superyó, su papel es el de conciliador y para ello se sirve de los mecanismos de defensa a los que se haya fijado justamente por brindarle una ayuda en determinado momento.

Lo que ocurre es que el empleo reiterado de estos mecanismos de defensa también puede ocasionar una neurosis. Implican un desgaste al yo si se utilizan de forma recurrente y acaban convirtiéndose en modalidades de reacción de carácter a las que cuesta renunciar. Podrían incluso derivar en la búsqueda de realidades aproximadas donde tuvo lugar un peligro original combatido con el mecanismo de defensa habitual del paciente para sostener su carácter presente.

En el análisis estos mecanismos de defensa afloran en concepto de resistencias incluso ante la propia cura. A veces, emergen vía la escenificación de los propios eventos remotos traumáticos, siendo el paciente inconsciente de estar actuándolos. El éxito de la terapia depende de la tramitación de estas resistencias que han enraizado en el yo y que impiden su avance además de perpetrarle una alteración negativa. De nuevo el reto se impone frente al factor cuantitativo.

No podemos olvidar que parte de estas resistencias vienen del lado de la conciencia moral, del sentimiento de culpa que se manifiesta en la necesidad de castigo y que viene a colmarse en la propia enfermedad, en la misma neurosis. Hemos dicho parte porque la pulsión de muerte recogida por el superyó no es toda. Otra parte puede volverse hacia el exterior y lograr la satisfacción por mediación de un objeto externo, otra ligarse con componentes libidinosos aminorándola pero parte, también, puede seguir su decurso hacia el interior en búsqueda de su meta. *A priori* podemos afirmar que de la concurrencia entre Eros y pulsión de muerte brotan los distintos fenómenos vitales.

De qué manera sectores de las dos variedades pulsionales se conjugan entre sí para la ejecución de las diversas formas vitales; bajo qué condiciones tales reuniones se aminoran o descomponen; qué perturbaciones corresponden a esas alteraciones, y con qué sensaciones responde a ellas la escala perceptiva del principio del placer: poner en claro todo ello sería la tarea más lucrativa de la investigación psicológica⁸⁵².

Tal y como se aprecia en la cita, la dualidad pulsional en Freud supone una concepción necesaria, a pesar de los detractores y la segregación de discípulos que se produjo cuando recibieron su noticia. La insistencia de Freud en sostener su hipótesis hizo que en algunas de sus obras recorriera distintos ámbitos del saber con el fin de encontrar modelos de explicación de la vida que dieran cuenta de su manera de colegir esta dualidad pulsional. Esta labor pertinaz de búsqueda de apoyos se continuó hasta el final de sus días. Y en “Análisis

⁸⁵² Freud, S (1937), “Análisis terminable e interminable”, en AE, t, XXIII, p. 245.

terminable e interminable” esclarece un nuevo ejemplo tomado de la cultura griega, concretamente de las investigaciones desarrolladas por Empédocles de Acragas⁸⁵³.

El filósofo naturalista griego nacido aproximadamente en el 495 a. C. se engloba entre los pluralistas junto con Anaxágoras y Demócrito. Empédocles construye una ciencia para dar cuenta de los fenómenos naturales a partir de las combinaciones posibles de cuatro “raíces”: tierra, aire, agua y fuego. Cada combinación se determinaba en función de proporciones, destacando el factor cuantitativo, y así se originaban los distintos seres. Su movimiento era explicado por la acción de dos fuerzas: el amor y la lucha. La primera es la fuerza que trata de producir la unión de seres en búsqueda de compuestos (de las distintas raíces) y la que apunta a las acciones benignas. La segunda, tiende a la disociación de elementos y ocasionaría daños. Así el mundo iría evolucionando en un proceso circular según una u otra ganase el pulso⁸⁵⁴.

De nuevo estaríamos ante una lucha de fuerzas donde el factor cuantitativo es fundamental, donde la vida se debate entre la inclinación hacia una u otra, y que claramente son equivalentes al Eros y la pulsión de muerte freudianas.

⁸⁵³ *Ibíd.*, p. 246.

⁸⁵⁴ Guthrie, W.K.C. (1953). *Los filósofos griegos*, México, D. F., Fondo de Cultura Económica, pp. 61-64.

CONCLUSIONES

La conclusión a la que llegamos tras haber realizado este trabajo es que el concepto de “pulsión” en Freud apunta a aquello que comanda la vida anímica de los individuos. Encarna toda la fuerza con la que nos aferramos al presente y acicatea la voluntad para acercarnos a nuestros anhelos. La tesitura en la que nos ubica si bien presume el cumplimiento de una aspiración o de un deseo, por otro lado, también nos dispensa cierto displacer.

La pulsión es insaciable e insta con fuerza al sujeto a movilizarse para recuperar su goce, es decir, para aminorar el malestar en el que también le subsume. El individuo acude a la realidad para dar con aquello que pudiera morigerar esa fuerza constante que le subyace, pero el mundo que le rodea alza sus barreras para que no pueda alcanzar este fin. No podemos asir todo lo que pretendemos.

Los individuos nos encomendamos a las relaciones sociales, a buscar en los otros aquello que nos falta y que podría repercutir en nuestro bienestar, la pulsión es egoísta y en estos ejemplos lo deja claro. Tendemos a emprender empresas en la vida buscando la felicidad y la pulsión actúa como un motor insaciable que siempre quiere más de esa mezcla de malestar y placer. Realizamos compras, nos provisionamos de objetos, pero siempre sigue faltándonos algo que no conseguimos atrapar. Ahí reside el malestar que entrama la pulsión, en el hecho de ser una fuerza que siempre empuja.

Ese malestar es al que Freud apelaba en *El malestar en la cultura*, ese al que le dio tantas vueltas a la largo de toda su vida y que hemos venido recorriendo en esta tesis. Ese que concebía como una lucha de fuerzas entre las pulsiones sexuales y de autoconservación y que luego mudó por la dualidad de las pulsiones de vida y pulsiones de muerte. Esa desazón en la que incurría el individuo al hallarse inmiscuido en semejante lucha y que parecía predestinarle a la extenuación.

La pulsión, como decimos, apunta a un goce de manera indomeñable que puede abocar al individuo a la muerte si se orienta hacia la vertiente más destructiva. Los síntomas actuales, los síntomas de empuje al consumo (toxicomanías, anorexias, bulimias, etc.), nos muestran así de manera radical su magnitud. En las toxicomanías, por ejemplo, el individuo queda primero embelesado y luego pasa a ser desterrado a un estado de tortura. Una tesitura que le empujaría de nuevo a retomar el encandilamiento perdido pero augurándole así el sino de un adicto. En este caso, la pulsión sería la fuerza de empuje y su objeto la droga que es lo que la realidad le propicia y donde halla su satisfacción.

No obstante, de la misma manera que existe esa inclinación hacia la muerte y que Freud condensó en su viraje crucial de su obra, también es soberana en la vida la tendencia contraria. La que apunta a la vida, a lo que llamó el Eros o pulsión de vida y que englobaba también el concepto de "pulsión sexual" que fue protagonista en la mayor parte de su obra. Sin embargo, lo que sucede es que ambas tendencias están fusionadas desde el principio de los tiempos en el propio ser e, inexorablemente, en el individuo siempre residirá la perturbación que es consecuencia de esa justa pulsional.

La pulsión, en calidad de pulsión de vida, también la apreciamos sobremanera en lo social. Los grandes logros de la civilización, las obras literarias, los hallazgos matemáticos, las creaciones artísticas, las construcciones arquitectónicas, la industrialización, ¡las tesis!, toda una serie de acciones enriquecedoras que trascienden incluso al individuo a favor de una gloria cultural son también la esencia de la pulsión, de la fuerza que proveyó a los individuos para lograr dichos triunfos. Sin embargo, y como venimos diciendo, la pulsión no puede ser obstaculizada, siempre requiere un plus.

La cuestión que en definitiva se pone en juego es ¿qué hacer con la pulsión!? Cómo lograr la economía libidinal a la que Freud exhortaba. La pulsión funda en el individuo un grado de tolerancia al malestar, cada persona tendrá el suyo. Y la vida consistirá en mantenerlo dentro de unos márgenes aceptables. La clave residirá en poder manejarlo sirviéndonos de él para

someterlo a nuestros deseos sin llegar a causarnos un malestar mayor, que en el fondo no es más que un saber sobre los modos particulares de goce, es decir, el trabajo de un análisis. Y aunque este subterfugio pareciese una entelequia no está exento de su argumentación. El recorrido que hemos realizado sobre el concepto en la obra de Freud nos brinda las pistas.

Freud elucubró la doctrina de las pulsiones en su construcción de los fundamentos del psicoanálisis y no es difícil pensar que éste se fuera elaborando como un tratamiento de aquellas. Las neurosis, las psicosis, los sueños, los síntomas, los chistes, los olvidos, las repeticiones, la angustia y una infinidad de nociones sirvieron de inspiración para el esclarecimiento de este concepto. Todos los hallazgos producidos hasta la obra en la que fue presentado, los *Tres ensayos de teoría sexual*, ya eran suficientes para atrapar lo que era su esencia. Asimismo, éste promovía con efecto retroactivo un sentido para todo lo anterior. Sus ulteriores estudios, a nuestro parecer, fueron un intento de demostrar la verosimilitud de la dualidad pulsional que él mismo propuso como hipótesis y que trató de sostener hasta el final de sus días.

Como bien decimos, en los *Tres ensayos* Freud desarrolla una teoría sexual que clarificará las causas de todos los fenómenos referidos y, a su vez, dará paso al nacimiento del concepto. Tomó como coordenadas a las futuras pulsiones y a la instancia responsable de la censura, que tomaba las riendas cuando el yo y sus reclamos se confrontaban con la realidad. Para buscar los orígenes, lo que había en el individuo antes de que la represión se alzara ocasionando las afecciones mentales, tomó como material de estudio las perversiones y observó lo que discurría en el niño desde su nacimiento hasta la pubertad. Estupefacto, se percató de que el infante era un perverso polimorfo que gozaba con todas y cada una de las partes de su cuerpo siempre que fuera menester.

Cuando el niño viene al mundo se encuentra desvalido y el cuidador le atiende en sus necesidades nutriéndole, lavándole, mimándole, etc. El niño lo recibe con satisfacción y consecuentemente se engendra la demanda, la ansia de retomar el placer. Entre las excitaciones que manan del organismo se encuentran las necesidades primarias y también la pulsión sexual, y al satisfacerse ambas de un solo golpe dejan las huellas que perseguirá el sujeto para seguir embelesándose él mismo. Así, la pulsión se aprecia en el chupeteo, donde el pequeño ya no halla el placer de la nutrición sino otro; en la retención y expulsión de las heces, en el apoderamiento de los objetos externos, afianzando el control de su musculatura; en el placer de ver a sus papás y a otros niños, en el gozo que reside en que también lo miren

a él y le piropeen; y, finalmente, en el placer encontrado en sus incipientes genitales donde también peca la pulsión.

Pero lo que sucede también es que comienzan a aparecer las regañinas, el “no te toques”, “no cojas eso”, “no pegues a esa niña”, “quítate eso de la boca”; todas las zonas erotizadas pasan a ser prohibidas. Y el crío percibe, en cierta medida, que también deja de ser el niño perfecto que desean sus padres. Necesariamente, es esforzado a elegir un objeto más allá de su cuerpo para que le produzca esos placeres que se erigen interdictos y encontrar el amor que ve menguado con el acaecer de estos eventos. La elección amorosa que el pequeño suele hacer en ese primer momento viene a encarnarla el progenitor o responsable de los cuidados, el que le brindaba los mimos y la dicha en los tiempos remotos, pero con el que también se abría una distancia por las circunstancias de la vida.

A partir de ese momento, el niño comienza a construir aquello que frenará esas pulsiones a las que debe ir renunciando porque le producen displacer. Surgirá el asco, la vergüenza, la compasión, la moralidad. Y al final del desarrollo, cuando alcance la pubertad y la función de reproducción esté lista para su meta, deberá resignarse completamente a la pérdida de ese goce de un tiempo pretérito a favor de la búsqueda de un nuevo objeto sexual que a su vez vaya más allá del primero por el que optó, pues la ley del incesto no admite réplicas. Aquí no es de extrañar, tal y como dice Freud, que los adolescentes tiendan a alejarse de la familia, más que por cualquier otro motivo responde a una necesidad de su desarrollo. Sin embargo, lo que ocurre es que el sujeto no renuncia completamente a esos medios de goce con los que él mismo se satisfacía y que también al principio le ofreció su primer objeto de amor. No quedan imbuidos en una única pulsión sexual cuyo fin apunta a la reproducción y aquí, precisamente, es donde comienzan los problemas.

En efecto, vemos cómo aún en la vida adulta perduran esas modalidades de placer sexual. Los actos preparatorios del coito nos las exponen explícitamente, el gustar de ser besados, tocados, abrazados, el disfrutar de ver el cuerpo de otro, de acapararlo. Y no sólo en la esfera sexual, sino también más allá de ella, como hemos señalado más arriba, donde destacábamos la búsqueda de placer por múltiples derroteros en los que los protagonistas exclusivos son los individuos con sus objetos. Es decir, solos con su pulsión.

Pero como bien hemos dicho, partiendo de que hemos de asumir cierta flema, la salida nos la brinda el deseo, el estado psíquico que describió Freud como propicio para crear algo a partir del displacer que pudiese aminorarle. El deseo es el responsable de influir sobre adónde

llevamos nuestra propia pulsión. Aunque la pulsión exija un acto de voluntad el deseo puede esculpirla para que el tedio no sea tan terrible como puede llegar a ser. El deseo pone en juego la propia idiosincrasia de cada uno, sus vivencias particulares, su forma de enfrentar la realidad, en definitiva, los pasos que poco a poco uno va dando para obtener aquello que dé gusto a la pulsión sin atentar contra uno mismo.

Asimismo, la sublimación de las pasiones como destino pulsional pensamos que puede ser la apuesta más acertada para ese propósito.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA DE FREUD

Recogemos aquí la bibliografía consultada sobre Freud. Principalmente hemos trabajado la edición de Amorrortu Editores, traducción de José Luis Etcheverry, por lo que a dicha edición simplemente haremos referencia mediante las siglas AE y el número del tomo en el que se encuentra el trabajo en cuestión (la edición consta de 24 volúmenes).

Por lo demás, recordar que esta traducción de las Obras Completas de Freud se edita en Buenos Aires, desde el año 1976. Empleamos las mismas citas de esta edición.

Intercalamos los trabajos publicados en otros lugares, así como diferentes Obras Completas consultadas.

(1886d), “Observación de un caso severo de hemianestesia en un varón histérico (Contribuciones a la casuística de la histeria, I)”, AE 1.

(1886f), Traducción, con prólogo y notas complementarios, de J.-M. Charcot, *Leçons sur les maladies du système nerveux*, 3, Paris, 1887, *Nuevas conferencias sobre las enfermedades del sistema nervioso, especialmente sobre la histeria*, AE 1.

(1887a), Reseña de H. Averbek, “La neurastenia aguda”, AE 1.

(1887b), Reseña de S. Weir Mitchell *El tratamiento de ciertas formas de neurastenia e histeria*, AE 1.

(1888b), “La histeria” e “Histereoepilepsia” (Trabajo no firmado; la identidad del autor es incierta), AE 1.

(1888-89), Traducción, con prólogo y notas complementarias, de H. Bernheim, *De la suggestion et de ses applications à la thérapeutique*, París, 1886, *De la sugestión y sus aplicaciones a la terapéutica*, AE 1.

(1889a), Reseña de A. Forel, *Hipnotismo, su significación y su manejo*, AE 1.

(1890a), “Tratamiento psíquico (tratamiento del alma)”, AE 1.

(1891d), “Hipnosis”, AE 1.

(1892), “Bosquejos de la “comunicación preliminar” de 1893”, AE 1.

(1892-93), “Un caso de curación por hipnosis, con algunas puntualizaciones sobre la génesis de síntomas histéricos por obra de la ‘voluntad contraria’”, AE 1.

(1892-94), Traducción, con prólogo y notas complementarias, de J.-M. Charcot, *Leçons du mardi à la Salpêtrière* (1887-88), *Lecciones policlínicas*, AE 1.

(1893a), En colaboración con J. Breuer, “Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar”. Es el cap. I de *Estudios sobre la histeria* (1895), AE 2.

(1893c), “Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas” (en francés), AE 1.

(18931), “Charcot” (Nota necrológica), AE 3.

(1893h), “Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos” (conferencia: versión taquigráfica revisada por el conferencista), AE 3.

(1894a), “Las neuropsicosis de defensa”, AE 3.

(1895b [1894]), “Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de ‘neurosis de angustia’”, AE 3.

(1895c [1894]), “Obsesiones y fobias” (en francés), AE 3.

(1895f), “A propósito de las críticas a la ‘neurosis de angustia’”, AE 3.

(1893-1895), En colaboración con J. Breuer, *Estudios sobre la histeria*, AE, 2

- (1896a), “La herencia y la etiología de las neurosis” (en francés), AE 3.
- (1896b), “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa”, AE 3.
- (1896c), “La etiología de la histeria”, AE 3.
- (1896d), Prólogo a la 2ª ed. alemana de H. Bernheim, *De la suggestion...*, AE 1.
- (1897b), “Sumario de los trabajos científicos del docente adscrito Dr. Sigmund Freud (1877-1897)”, AE 3.
- (1898a), “La sexualidad en la etiología de las neurosis”, AE 3.
- (1898b), “Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria”, AE 3.
- (1899a), “Sobre los recuerdos encubridores”, AE 3.
- (1900a [1899]), *La interpretación de los sueños*, AE 4-5.
- (1901a), “Sobre el sueño”, AE 5.
- (1901b), *Psicopatología de la vida cotidiana*, AE 6.
- (1901c [1899]), Noticia autobiográfica, en J. L. Pagel, *Diccionario biográfico de médicos eminentes del siglo XIX*, AE 3.
- (1903a), Reseña de G. Biedenkapp, *En la lucha contra los bacilos cerebrales*, AE 7.
- (1904a [1903]), “El método psicoanalítico de Freud”, AE 7.
- (1904b), Reseña de J. Bigelow, *El misterio del dormir*, AE 7.
- (1904e), En memoria del profesor S. Hammerschlag, AE 7.
- (1905a [1904]), “Sobre psicoterapia”, AE 7.
- (1905c), *El chiste y su relación con lo inconsciente*, AE 8.
- (1905d), *Tres ensayos de teoría sexual*, AE 7.
- (1905e [1901]), “Fragmento de análisis de un caso de histeria”, AE 7.
- (1906a [1905]), “Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis”, AE 7.

- (1906b), Prólogo a S. Freud, Recopilación de escritos breves sobre la doctrina de las neurosis, 1893-1906, AE 3.
- (1906c), "La indagatoria forense y el psicoanálisis", AE 9.
- (1906f), Respuesta a una encuesta "Sobre la lectura y los buenos libros", AE 9.
- (1907a [1906]), *El delirio y los sueños en la "Gradiva" de W. Jensen*, AE 9.
- (1907b), "Acciones obsesivas y prácticas religiosas", AE 9.
- (1907c), "El esclarecimiento sexual del niño", AE 9.
- (1907e), Presentación de la serie Escritos sobre psicología aplicada, AE 9.
- (1908a), "Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad", AE 9.
- (1908b), "Carácter y erotismo anal", AE 9.
- (1908c), "Sobre las teorías sexuales infantiles", AE 9.
- (1908d), "La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna", AE 9.
- (1908e [1907]), "El creador literario y el fantaseo", AE 9.
- (1908f), Prólogo a W. Stekel, *Estados nerviosos de angustia y su tratamiento*, AE 9.
- (1909a [1908]), "Apreciaciones generales sobre el ataque histérico", AE 9.
- (1909b), "Análisis de la fobia de un niño de cinco años", AE 10.
- (1909c [1908]), "La novela familiar de los neuróticos", AE 9.
- (1909d), "A propósito de un caso de neurosis obsesiva", AE 10.
- (1910a [1909]), *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*, AE 11.
- (1910b [1909]), Prólogo a S. Ferenczi, *El análisis psíquico. Trabajos del grupo psicoanalítico*, AE 9.
- (1910c), *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*, AE 11.
- (1910d), "Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica", AE 11.
- (1910e), "Sobre el sentido antitético de las palabras primitivas", AE 11.
- (1910f), "Carta al Dr. Friedrich S. Krauss sobre *Anthropophyteia*", AE 11.

- (1910g), “Contribuciones para un debate sobre el suicidio”, AE 11.
- (1910h), “Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor, I)”, AE 11.
- (1910j), “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis”, AE 11.
- (1910j), “Ejemplos de cómo los neuróticos delatan sus fantasías patógenas”, AE 11.
- (1910k), “Sobre el psicoanálisis ‘silvestre’”, AE 11.
- (1910l), “Un ejemplo típico de sueño edípico disfrazado”, AE 5.
- (1910m), Reseña de W. Neutra, “Carta a mujeres neuróticas”, AE 11.
- (1911a), “Agregados a la interpretación de los sueños”, AE 5.
- (1911b), “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico”, AE 12.
- (1911c [1910]), *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*, AE 12.
- (1911d), “El valor de la secuencia de vocales”, AE 12.
- (1911e), “El uso de la interpretación de los sueños en el psicoanálisis”, AE 12.
- (1911f), “‘Grande es Diana Efesia!’”, extraído de F. Sartiaux, *Ciudades muertas del Asia menor*, AE 12.
- (1911h), Nota al pie del artículo de W. Stekel, “Sobre la psicología del exhibicionismo”, AE 18.
- (1911i), “Contribución al estudio sobre el olvido de nombres propios”, AE 6.
- (1911j), Traducción, con una nota al pie, de J. J. Putnam, “Sobre la etiología y el tratamiento de las psiconeurosis”, AE 17.
- (1912a [1911]), “Apéndice al caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente”, AE 12.
- (1912b), “Sobre la dinámica de la transferencia”, AE 12.
- (1912c), “Sobre los tipos de contracción de neurosis”, AE 12.

(1912d), “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor, H)”, AE 11.

(1912e), “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico”, AE 12.

(1912f), “Contribuciones para un debate sobre el onanismo”, AE 12.

(1912g), “Nota sobre el concepto de lo inconciente en psicoanálisis” (en inglés), AE 12.

(1912h), “Foro abierto: Pedido a los psicoanalistas de ejemplos de sueños de niños de un significado especial”, AE 17.

(1912-1913), Tótem y tabú, AE 13.

(1913a), “Un sueño como pieza probatoria”, AE 12.

(1913b), Introducción a O. Pfister, *El método psicoanalítico*, AE 12.

(1913c), “Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis I)”, AE 12.

(1913d), “Materiales del cuento tradicional en los sueños”, AE 12.

(1913e), Prólogo a M. Steiner, *Los trastornos psíquicos de la potencia masculina*, AE 12.

(1913f), “El motivo de la elección del cofre”, AE 12.

(1913g), “Dos mentiras infantiles”, AE 12.

(1913h), “Experiencias y ejemplos extraídos de la práctica analítica”, AE 13.

(1913i), “La predisposición a la neurosis obsesiva”, AE 12.

(1913j), “El interés por el psicoanálisis”, AE 13.

(1913k), Prólogo a J. G. Bourke, *Elementos escatológicos en las costumbres, los usos, las creencias y el derecho consuetudinario de los pueblos*, AE 12.

(1913l), “Sueños infantiles de significado especial”, AE 17.

(1913m [1911]), “Sobre psicoanálisis” (actas de la 9ª sesión, realizada en Sidney, Nueva Gales del Sur, Australia, setiembre de 1911), AE 12.

- (1914a), “Acerca del *fausse reconnaissance* (*déjà raconté*) en el curso del trabajo psicoanalítico”, AE 13.
- (1914b), “El Moisés de Miguel Ángel”, AE 13.
- (1914c), “Introducción del narcisismo”, AE 14.
- (1914d), “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico”, AE 14.
- (1914e), “Figuración del ‘gran logro’ en el sueño”, AE 5.
- (1914f), “Sobre la psicología del colegial”, AE 13.
- (1914g), “Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II)”, AE 12.
- (1915a [1914]), “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, III)”, AE 12.
- (1915b), “De guerra y muerte. Temas de actualidad”, AE 14.
- (1915c), “Pulsiones y destinos de pulsión”, AE 14.
- (1915d), “La represión”, AE 14.
- (1915e), “Lo inconciente”, AE 14.
- (1915f), “Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica”, AE 14.
- (1915g [1914]), Carta al doctor F. van Eeden, en *De Amsterdammer*, n° 1960, 17 de enero de 1914, AE 14.
- (1916a [1915]), “La transitoriedad”, AE 14.
- (1916b), “Paralelo mitológico de una representación obsesiva plástica”, AE 14.
- (1916c), “Una relación entre un símbolo y un síntoma”, AE 14.
- (1916d), “Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico”, AE 14.
- (1916e), Nota al pie del artículo de E. Jones, “El profesor Janet y el psicoanálisis”, AE 2.
- (1916-17 [1915-17]), *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, AE 15-16.
- (1917a [1916]), “Una dificultad del psicoanálisis”, AE 17.

- (1917b), "Un recuerdo de infancia en *Poesía y verdad*", AE 17.
- (1917c), "Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal", AE 17.
- (1917d [1915]), "Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños", AE 14.
- (1917e [1915]), "Duelo y melancolía", AE 14.
- (1918a [1917]), "El tabú de la virginidad (Contribuciones a la psicología del amor, III) ", AE 11.
- (1918b [1914]), "De la historia de una neurosis infantil", AE 17.
- (1919a [1918]), "Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica", AE 17.
- (1919b), "James J. Putnam" (Nota necrológica), AE 17.
- (1919c), "La Editorial Psicoanalítica Internacional y los premios para trabajos psicoanalíticos", AE 17.
- (1919d) Introducción a *Sobre el psicoanálisis de las neurosis de guerra*, AE 17.
- (1919e), "'Pegan a un niño' (Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales)", AE 17.
- (1919f), "Víctor Tausk" (Nota necrológica), AE 17.
- (1919g) Prólogo a T. Reik, *Problemas de la psicología de las religiones*, AE 17.
- (1919h), "Lo ominoso", AE 17.
- (1919i [1915]), Carta a la doctora H. von Hug-Hellmuth, AE 14.
- (1919j [1918]), "¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?", AE 17.
- (1919k), "E.T.A. Hoffmann sobre la función de la conciencia", AE 17.
- (1920a), "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina", AE 18.
- (1920b), "Para la prehistoria de la técnica analítica", AE 18.
- (1920c), "Dr. Anton von Freund" (Nota necrológica), AE 18.
- (1920d), "Asociación de ideas de una niña de cuatro años", AE 18.

- (1920e), Prólogo a la cuarta edición de *Tres ensayos de teoría sexual*, AE 7.
- (1920f), “Complementos a la doctrina de los sueños”, AE 18.
- (1920g), *Más allá del principio de placer*, AE 18.
- (1921a), Prólogo (en inglés) a J. J. Putnam, *Alocuciones sobre psicoanálisis*, AE 18.
- (1921b), Introducción (en inglés) a J. Varendonck, *La psicología de los sueños diurnos*, AE 18.
- (1921c), *Psicología de las masas y análisis del yo*, AE 18.
- (1921d), “Otorgamiento de premios”, AE 17.
- (1921e), Extracto de una carta a E. Claparède (en francés), en S. Freud, *La Psychanalyse* (trad. al francés de 1910a), AE 11.
- (1922a), “Sueño y telepatía”, AE 18.
- (1922b [1921]), “Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad”, AE 18.
- (1922c), “Apéndice al análisis del pequeño Hans”, AE 10.
- (1922d), “Concurso de premios”, AE 17.
- (1922e), Prólogo (en francés) a Raymond de Saussure, *El método psicoanalítico*, AE 18.
- (1922f), “Consideraciones sobre lo inconciente”, resumen de la alocución de Freud en el Congreso Psicoanalítico Internacional, Berlín, AE 19.
- (1923a [1922]), “Dos artículos de enciclopedia: ‘Psicoanálisis’ y ‘Teoría de la libido’”, AE 18.
- (1923b), *El yo y el ello*, AE 19.
- (1923c [1922]), “Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños”, AE 19.
- (1923d [1922]), “Una neurosis demoníaca en el siglo XVII”, AE 19.
- (1923e), “La organización genital infantil”, AE 19.
- (1923f), “Josef Popper-Lynkeus y la teoría del sueño”, AE 19.
- (1923g), Prólogo a M. Eitingon, *Informe sobre la Policlínica Psicoanalítica de Berlín*, AE 19.

- (1923h), Carta (en español) al señor Luis López-Ballesteros y de Torres, AE 19.
- (1923i), “Dr. Sándor Ferenczi (en su 50º cumpleaños)”, AE 19.
- (1924a), Carta (en francés) a *Le Disque Vert*, AE 19.
- (1924b [1923]), “Neurosis y psicosis”, AE 19.
- (1924c), “El problema económico del masoquismo”, AE 19.
- (1924d), “El sepultamiento del complejo de Edipo”, AE 19.
- (1924e), “La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis”, AE 19.
- (1924f [1923]), Psicoanálisis: exploración de los recovecos ocultos de la mente, traducido en la presente edición como “Breve informe sobre el psicoanálisis”, AE19.
- (1924g [1923]), Fragmento de una carta a F. Wittels, en F. Wittels, *Sigmund Freud*, AE 19.
- (1924h), “Comunicación del director” (de la *Zeitschrift*), AE 19.
- (1925a [1924]), “Nota sobre la ‘pizarra mágica’”, AE 19.
- (1925b), Carta al director de *Jüdische Presszentrale Zürich*, AE 19.
- (1925c), Mensaje en la inauguración de la Universidad Hebrea, publicado en inglés en *The New Judea*, AE 19.
- (1925d [1924]), *Presentación autobiográfica*, AE 20.
- (1925e [1924]), “Las resistencias contra el psicoanálisis”, AE 20.
- (1925f), Prólogo a A. Aichhorn, *Juventud descarriada*, AE 19.
- (1925g), “Josef Breuer” (Nota necrológica), AE 19.
- (1925h), “La negación”, AE 19.
- (1925i), “Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto”, AE 19.
- (1925j), “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”, AE 19.
- (1926a), “A Romain Rolland”, AE 20.

- (1926b), “Karl Abraham” (Nota necrológica), AE 20.
- (1926c), Nota preliminar a E. Pickworth Farrow, “Un recuerdo del 6º mes de vida”, AE 20.
- (1926d [1925]), *Inhibición, síntoma y angustia*, AE 20.
- (1926e), *¿Pueden los legos ejercer el análisis?*, AE 20.
- (1926f), “Psicoanálisis”, artículo publicado en la *Encyclopaedia Britannica* con el título “Psycho-Analysis; Freudian School”, AE 20.
- (1926g), Traducción, con una nota al pie, de “Samuel Butler”, parte I, sección 13, del libro de I. Levine, *Lo inconciente*, AE 14.
- (1926h), Carta en *Au delà de l'amour*, serie *Les cahiers contemporains*, 3, pág. 77, AE 20.
- (1926i), “El doctor Reik y el problema del curanderismo”, AE 19.
- (1927a), “Epílogo a *¿Pueden los legos ejercer el análisis?*”, AE 20.
- (1927b), “Apéndice al estudio sobre el Moisés de Miguel Ángel”, AE 13.
- (1927c), *El porvenir de una ilusión*, AE 21.
- (1927d), “El humor”, AE 21.
- (1927e), “Fetichismo”, AE 21.
- (1928a), “Una vivencia religiosa”, AE 21.
- (1928b [1927]), “Dostoievski y el parricidio”, AE 21.
- (1929a), “A Ernest Jones, en su 50º cumpleaños”, AE 21.
- (1929b), Carta (en francés) a M. Leroy sobre un sueño de Descartes, AE 21.
- (1930a [1929]), *El malestar en la cultura*, AE 21.
- (1930b), Prólogo a *Diez años del Instituto Psicoanalítico de Berlín*, AE 21.
- (1930c), Nota introductoria (en inglés) al número especial sobre psicopatología de *The Medical Review of Reviews*, Nueva York, AE 21.
- (1930d), “Carta al doctor Alfons Paquet”, AE 21.

- (1930e), “Alocución en la casa de Goethe, en Francfort”, AE 21.
- (1930f [1929]), Carta a T. Reik, en Reik, *Freud como crítico de la cultura*, AE 21.
- (1931a), “Tipos libidinales”, AE 21.
- (1931b), “Sobre la sexualidad femenina”, AE 21.
- (1931c), Palabras preliminares a E. Weiss, *Elementi di psicoanalisi*, AE 21.
- (1931d), “El dictamen de la Facultad en el proceso Halsmarm”, AE 21.
- (1931e), Carta al burgomaestre de la ciudad de Pribor, AE 21.
- (1931f), Carta a G. Fuchs, en Fuchs, *Nosotros, los convictos*, AE 21.
- (1932a [1931]), “Sobre la conquista del fuego”, AE 22.
- (1932b), Prólogo a H. Nunberg, *Teoría general de las neurosis basada en el psicoanálisis*, AE 21.
- (1932c), “Mi contacto con Josef Popper-Lynkeus”, AE 22.
- (1932e [1931]) Prólogo (en inglés) a la 3ª edición inglesa (revisada) de *La interpretación de los sueños*, AE 4.
- (1933a [1932]), *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, AE 22.
- (1933b [1932]), *¿Por qué la guerra?*, AE 22.
- (1933c), “Sándor Ferenczi” (Nota necrológica), AE 22.
- (1933d), Prólogo (en francés) a M. Bonaparte, *Edgar Allan Poe; étude psychanalytique*, AE 22.
- (1934a [1930]), “Prólogo a la edición en hebreo de *Conferencias de introducción al psicoanálisis*”, AE 15.
- (1934b [1930]), “Prólogo a la edición en hebreo de *Tótem y tabú*”, AE 13.
- (1935a), Posfacio a *Presentación auto-biográfica*, AE 20.
- (1935b), “La sutileza de un acto fallido”, AE 22.
- (1935c), “A Thomas Mann, en su 60º cumpleaños”, AE 22.
- (1936a), “Carta a Romain Rolland (Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis)”, AE 22.

- (1936b [1932]), Prólogo a R. Sterba, *Diccionario manual de psicoanálisis*, AE 22.
- (1937a), “Lou Andreas-Salomé”, AE 23.
- (1937c), “Análisis terminable e interminable”, AE 23.
- (1937d), “Construcciones en el análisis”, AE 23.
- (1938a), “Comentario sobre el antisemitismo”, AE 23.
- (1938c), Carta (en inglés), a la directora de Time and Tide “Antisemitismo en Inglaterra”, AE 23.
- 1939a [1934-38]), Moisés y la religión monoteísta, AE 23.
- (1940a [1938]), *Esquema del psicoanálisis*, AE 23.
- (1940b [1938]), “Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis”, AE 23.
- (1940c [1922]), “La cabeza de Medusa”, AE 18.
- (1940d [1892]), En colaboración con Breuer, J., “Sobre la teoría del ataque histérico”, AE 1.
- (1940e [1938]), “La escisión del yo en el proceso defensivo”, AE 23.
- (1941a [1892]), Carta a J. Breuer, AE 1.
- (1941b 1892]), “Nota ‘III’”, AE 1.
- (1941c [1899]), “Una premonición onírica cumplida”, AE 5.
- (1941d [1921]), “Psicoanálisis y telepatía”, AE 18.
- (1941e [1926]), “Alocución ante los miembros de la Sociedad B'nai B'rith”, AE 20.
- (1941f [1938]), “Conclusiones, ideas, problemas”, AE 23.
- (1942a [1905-06]), “Personajes psicopáticos en el escenario”, AE 7.
- (1950 [1887-1902]), *Los orígenes del psicoanálisis*. Abarca las cartas a Wilhelm Fliess, manuscritos inéditos y el “Proyecto de psicología”, AE 1.
- (1955a [1907-08]), Apuntes originales sobre el caso de neurosis obsesiva (el “Hombre de las Ratas”), AE 10.

- (1955c [1920]), "Informe sobre la electroterapia de los neuróticos de guerra", AE 17.
- (1956a [1886]), "Informe sobre mis estudios en París y Berlín, realizados con una beca de viaje del Fondo del Jubileo de la Universidad, 1885-6", AE 1.
- (1958a [1911]), En colaboración con Oppenheim, D.E., "Sueños en el folklore", AE 12.
- (1963), Sigmund Freud/Oskar Pfister. Correspondencia, Freud-Plister, 1909-1939, México: Fondo de Cultura Económica.
- (1966a [1912-36]), Sigmund Freud/Lou Andreas-Salomé. Correspondencia, México: Siglo XXI.
- (1966b [1938]), Introducción (en inglés) a S. Freud y W. C. Bullit, Thomas Woodrow Wilson, Introducción a El presidente Thomas Woodrow Witson. Un estudio psicológico, Buenos Aires: Letra Viva, págs. 15-20.
- (1970a [1919-36]), Sigmund Freud-Edoardo Weiss. Problemas de la práctica psicoanalítica, Barcelona: Gedisa
- (1974 [1953-1974]), *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, Londres, The Hogarth Press and Institute for Psychoanalysis, 24 vols. (editada por James Strachey).
- (1977 [1917-1934]), Freud, S. y Groddeck, G., *Correspondencia*, Barcelona, Anagrama.
- (1978 [1906-1923]), Freud, S. y Jung, C. G., *Correspondencia*, Madrid, Taurus.
- (1979 [1927-1939]), Freud, S. y Zweig, A., *Correspondencia*, Barcelona, Gedisa.
- (1980a [1884]), "Über Coca (Sobre la cocaína)", en *Escritos sobre la cocaína*, Barcelona, Anagrama.
- (1980b [1884]), "Coca", en *Escritos sobre la cocaína*, Barcelona, Anagrama.
- (1980c [1885]), "Notas sobre la cocaína y otras perspectivas (Cartas de Sigmund Freud a Marta Bernays)", en *Escritos sobre la cocaína*, Barcelona, Anagrama.
- (1980d [1885]), "Contribución al conocimiento de los efectos de la cocaína", en *Escritos sobre la cocaína*, Barcelona, Anagrama.
- (1980e [1885]), "Addenda a *Über Coca*", en *Escritos sobre la cocaína*, Barcelona, Anagrama.

- (1980f [1885]), “Sobre el efecto general de la cocaína”, en *Escritos sobre la cocaína*, Barcelona, Anagrama.
- (1980g [1886]), “La cocaína como medio de obtener un fin”, en *Escritos sobre la cocaína*, Barcelona, Anagrama.
- (1980h [1887]), “Anhelo y amor de la cocaína”, en *Escritos sobre la cocaína*, Barcelona, Anagrama.
- (1987 [1891]), *La afasia*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- (1989 [1914-1915]), *Sinopsis de las neurosis de transferencia. Ensayo de metapsicología*, Barcelona, Ariel.
- (1994), *Sigmund Freud Cartas a Wilhelm Fliess (1887-1904)*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1997a [1896]), “Nuevas observaciones sobre las neuropsicosis de defensa”, en *Obras Completas*, tomo IV [traducción de L. L. Ballesteros], Madrid, Biblioteca Nueva (9 vols.).
- (1997b [1917 (1915)]), *Adición metapsicológica a la teoría de los sueños*, en *Obras Completas*, tomo VI [traducción de L. L. Ballesteros], Madrid, Biblioteca Nueva (9 vols.).
- (1997c [1917 (1916-1917)]), “Lecciones introductorias al psicoanálisis. Lección XXVI”, en *Obras Completas*, tomo VI [traducción de L. L. Ballesteros], Madrid, Biblioteca Nueva (9 vols.).
- (2001a [1907-1926]), Freud, S. y Abraham, K., *Correspondencia completa*, Madrid, Síntesis.
- (2001b [1908-1919]), Freud, S. y Ferenczi, S., *Correspondencia completa*, vols. I. I, I. II, II. I, II. II, Madrid, Síntesis.
- (2002 [1997-2002]), *Correspondencia de Sigmund Freud*, 5 Vols., Madrid, Nueva Visión.

OTRAS REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Abbagnano, N. (1994), *Historia de la filosofía*, t. 1, Barcelona, Hora.

Abel, C. (1884), *Über den Gegensinn der Urwörter*. Leipzig, Verlag Von Wilhem friedrich.

Abraham, K. (2006 [1908]), “Las diferencias psicosexuales entre la histeria y la demencia precoz”, en *Obras escogidas*, Barcelona, RBA.

— (2006 [1916]), “La primera etapa pregenital de la libido”, en *Obras escogidas*, Barcelona, RBA.

— (2006a [1924]), “La influencia del erotismo oral sobre la formación de carácter”, en *Obras escogidas*, Barcelona, RBA.

— (2006b [1924]), “Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales”, en *Obras escogidas*, Barcelona, RBA.

Aristóteles (1987), “Acerca de la memoria y de la reminiscencia”, en *Acerca de la generación y la corrupción. Tratados breves de historia natural*, Madrid, Gredos.

- Assoun, P.-L. (1982), *Freud, la filosofía y los filósofos*, Buenos Aires, Paidós.
- (1996), "L'écriture masochiste: honte et idéal" en *Analyse est réflexions sur Rousseau, Les Confessions*, Ellipses édition Marketing.
- (1997), *Freud y Nietzsche*. México, Fondo de Cultura Económica.
- (2001), *Introducción a la epistemología freudiana*, México, Siglo XXI.
- (2003), *El vocabulario de Freud*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- (2005), *El masoquismo*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Azenbacher, A. (1993), *Introducción a la filosofía*, Barcelona, Editorial Herder.
- Bain, A. (1910), *Logic*, London, Longmans, Green and Co.
- Baillarger, J. (1845), "Théorie de l'automatisme", en *Recherches sur les maladies mentales*, t I.
- Benedikt, M. (1868), *Elektrotherapie*, Viena, Tendler & Comp.
- Bercherie, P. (1996), *Génesis de los conceptos freudianos*, Buenos Aires, Paidós
- Bernfeld, S. (1944), "Freud's earliest Theories and the School of Helmholtz", *Psychoanalytic Quarterly*, 13.
- (1949), "Freud's scientific beginnings", *American imago; a psychoanalytic journal for the arts and sciences*, sep. 1, 6, 3.
- Binet, A. y Féré, Ch. (1887), *Le magnetisme animal*, París, Alcan.
- Bleichmar, S. (1998), *La fundación de lo inconsciente. Destinos de pulsión, destinos del sujeto*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Bloch, I. (1902), *Beiträge zur Aetiologie der "Psychopathia sexualis"*, Dresde, Verlag von H.R. Dohra.
- Brentano, F. (1935), *Psicología desde un punto de vista empírico*, Madrid, Revista de Occidente.
- Cabanis, P.-J.-G. (1805), *Rapports du physique et du moral de l'homme*, 2 vols., París, Crapelet.
- Chambard, E. (1879), *Somnambulisme provoqué*, París, Masson.
- Darwin, E. (1801), *Zoonomia, or the Laws of Organic Life*, I, Londres, J. Johnson.

- Effertz, O. (1894), *Über Neurasthenie*, Nueva York.
- Ellenberger, H.F. (1994), *Histoire de la découverte de l'inconscient*, París, Fayard.
- Ellis, H. (1899-1928), *Studies in the psychology of sex*, 7 vols. Filadelfia, F.A. Davis Company.
- Eulenburg, A. (1895), *Sexuale Neuropathie, genitale Neurosen und Neuropsychosen der Männer und Frauen*, Leipzig, Vogel.
- Fechner, G.T. (1875), "Vier Paradoxa", en *Kleine Schriften von Dr. Mises*, Leipzig, Breitkopf und Härtel.
- Ferenczi, S. (2006 [1910]), "Palabras obscenas. Contribución a la psicología en el período de latencia", *Obras completas I*, Barcelona, RBA.
- (2006 [1915]). "La importancia de los 'Tres ensayos sobre la sexualidad' de Freud", en *Obras completas I*, Barcelona, RBA.
- Ferrater Mora, J. (1964), *Diccionario de filosofía*, t. II, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Fenichel, O. (2006[1945]), "Teoría psicoanalítica de las neurosis", en *Obras escogidas*, Barcelona, RBA.
- Fourier, Ch. (1932), *Pages choisies*, Charles Gide ed., París, Sirey.
- Grimm, J. y Grimm, W. (1907), *Deutsches Wörterbuch*, Leipzig, Verlag von S. Hirzel.
- Griesinger, W. (1997 [1845]), *Patología y terapéutica de las enfermedades mentales*, t. 1, Buenos Aires, Polemos.
- Groddeck, G. (2006 [1923]), *El Libro del Ello*, en *Obras escogidas*, Barcelona, RBA.
- Guthrie, W.K.C. (1953), *Los filósofos griegos*, México, D. F., Fondo de Cultura Económica.
- Hanns, L.A. (2001), *Diccionario de términos alemanes de Freud*, Buenos Aires, Lohlé-Lumen.
- Hartley, D. (1791 [1749]), *Observations on Man, His Frame, His Duty, and His Expectations*, Londres, J. Johnson, St. Paul's Church-Yard.
- Herman, G. (1903), *Libido und Manie*, Leipzig, Strauch.
- Helmholtz, H. von (1869), *Mémoire sur la conservation de la force; précédé d'un Exposé élémentaire de la transformation des forces naturelles*, París, Victor Masson et fils.

Herbart, J.F. (1850 [1824]), *Psychologie als Wissenschaft, neugegründet auf Erfahrung, Metaphysik und Mathematik*, en *Sämtliche Werk*, vols. V y VI, Leipzig, Voss.

Herbart, J.F. (1901 [1816]), *A text-book in psychology*, Nueva York, D. Appleton and company.

Hyppolite, J. (1971 [1959]), "Philosophie et psychanalyse", en *Figures de la pensée philosophique*, París, Presses universitaires de France.

Höffding, H. (1907), *Philosophes contemporains*, París, Félix Alcan.

Hoffmann, E.T.A. (1996 [1816]), "El hombre de arena", en *Cuentos (1)*. Madrid, Alianza Editorial.

— (2008 [1815]). *Los elixires del diablo*. Madrid, Ediciones Akal.

Hoffmann, K.R. (1823), *Die Bedeutung der Excretion im thierischen Organismus*, citado en Muller, F. Von (1914), *Spekulation und Mystik in der Heilkunde. Ein Überblick über die leitenden Ideen der Medizin im letzten Jahrhundert*, Múnich, Lindauer.

Ideler, K.W. (1835), *Grundriss der Seelenheilkunde*, 2 vol., Berlín, Verlag von T.C.F Enslin.

Jentsch, E. (2010[1906]). *Zur Psychologie Des Unheimlichen*, Whitefish MT, Kessinger Publishing.

Jones, E. (1976), *Vida y obra de Sigmund Freud*, t. I, Buenos Aires, Hormé.

— (2006 [1931]), *La pesadilla*, en *Obras escogidas*, Barcelona, RBA.

Jung-Stilling, H. (1785), *Theobald oder die Schwärmer, eine wahre Geschichte*, Frankfurt y Leipzig.

Kant, I. (1954 [1783], *Prolegómenos*, Buenos Aires, Aguilar.

— (2002 [1781]), *Crítica de la razón pura*, Madrid, Santillana Ediciones Generales, S.L.

Krafft-Ebing, R. von (1889), "Über Neurosen und Psychosen durch sexuelle Abstinenz", *Jahrbuch für Psychiatrie*, Vol. VIII.

— (1890), *Lehrbuch der psychiatrie*, Stuttgart, Verlag von Ferdinand enke.

Kris, E. (1994), "Introducción a la primera edición de 1950", en Freud, S. (1994 [1895]).

- Lacan, J. (1995 [1953-54]), *El Seminario. Libro 1, Los escritos técnicos de Freud*, Buenos Aires, Paidós.
- Lacan, J. (2003 [1949]), *Escritos I*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (2012 [1964]), *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.
- Laplanche, J. y Pontéalas, J.-B. (1996), *Diccionario de psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.
- Leroy, M. (1950), *Histoire des idées sociales en France*, París, Gallimard.
- Lindner, S. (1879), “Das Saugen an den Fingern, Lippen, etc., bei den Kindern (Ludeln)”, *Jahrbuch für Kinderheilkunde und Physische Erziehung*, Neue Folge, XIV.
- Locke, J. (1956 [1690]), *Ensayo sobre el entendimiento humano*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Low, B. (1920), *Psycho-Analysis. A Brief Account of the Freudian Theory*, Londres, George Allen & Unwin LTD.
- Mackintosh, J. (1862 [1830]), *Dissertation on the progress of ethical philosophy, chiefly during the seventeenth and eighteenth centuries*, Edinburgh, Adam and Charles Black.
- Matilla, K. (2007), *El concepto de psicosis en Freud, sus antecedentes en la psicopatología psiquiátrica y los principales desarrollos de la nosología freudiana*, Tesis doctoral. Universidad de Burgos.
- Maudsley, H. (1877), *The physiology of mind*, 3ª ed., Nueva York, D. Appleton and Company.
- Mayer, J. von (1842), “Remarques sur les forces de la nature inanimée”, en Ostwald, W. (1910), *L'énergie*, París, Félix Alcan.
- Mayer, J.-R. (1872 [1845]), *Mémoire sur le mouvement organique dans ses rapports avec la nutrition*, París, Masson.
- Meynert, T. (1890), *Klinische Vorlesungen über Psychiatrie auf wissenschaftlichen Grundlagen*.
- Michelet, J. (2004 [1860]), *La mujer*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Mill, J. (1869 [1829]), *Analysis of the Phenomena of the Human Mind*, 2 vols. Londres, Longmans Green Reader and Dyer.
- Miller, J.-A. (2009), *Conferencias Porteñas: tomo II Desde Lacan*. Buenos Aires, Paidós.

- (2011 [1993-94]), *Donc, la lógica de la cura*, Buenos Aires, Paidós
- Moll, A. (1898), *Untersuchungen über die Libido sexualis*, Berlín, H. Kornfeld.
- Müller, J. (1838), *Handbuch der physiologie des menschen*, Coblenz, Verlag von J. Hölscher.
- Näcke, P. (1899), "Kritisches zum Kapitel der normalen und pathologischen Sexualität", *Arch. Psychiat. Nervenkrankh.*, 32.
- Neumann, H. (1859), *Lehrbuch der Psychiatrie*, Erlangen, F. Enke.
- Novalis, (1898), *Fragmente über Ethisches, Philosophisches und Wissenschaftliches*, en *Sämmtliche Werke*, Karl Meissner, III.
- Nunberg, H. y Federn, E. (Comp.) (1979), *Las reuniones de los miércoles. Actas de la sociedad psicoanalítica de Viena*, Tomo I, 1906-1908, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Ostwald, W. (1895), "La dérouté de l'atomisme contemporain", *Revue générale des sciences pures et appliquées*, n° 21.
- Pereña, F. (2001), *La pulsión y la culpa: para una clínica del vínculo social*, Madrid, Síntesis.
- Pfimmer, Th. (1982), *Freud lecteur de la Bible*, Paris, Presses universitaires de France.
- Piciana, H (2010), *Conversación Analítica. VII. Pulsión y repetición*, Buenos Aires, Grama.
- Pierret, J. (1984), "Las fobias de las acciones en los psicasténicos", *Las fobias*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Platón (1988), *Diálogos III. El banquete*, Madrid, Gredos.
- Plon, M. y Rey-Flaud, H. (2006), *La pulsión de muerte: entre psicoanálisis y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Poissonnier, D. (1999), *La pulsión de muerte de Freud a Lacan*, Buenos Aires, Nueva visión.
- Rabinovich, D. (1989), *Una clínica de la pulsión: las impulsiones*. Buenos Aires, Manantial.
- Ribot, T. (1870), *La psychologie anglaise contemporaine*, París, Librairie Germer Baillière et Cie.
- Ricoeur, P. (1970), *Freud: una interpretación de la cultura*, Madrid, Siglo XXI.

- Rieger, C. (2010 [1900]). *Die Castration in Rechtlicher, Socialer Und Vitaler Hinsicht Betrachtet*. Whitefish MT, Kessinger Publishing.
- Rosenberg, B. (2001), *El yo y su angustia: entre pulsión de vida y pulsión de muerte*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Roudinesco, E. y Plon, M. (1998) *Diccionario de psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.
- Sanders, D. (1969 [1860]). *Wörterbuch der deutschen Sprache*. Hildesheim, Olms.
- Scarfone, D. (2005), *Las pulsiones*, Buenos Aires, Nueva vision.
- Schaukal, R. (1906), *Eros Thanatos*, Nevelen, Viena y Leipzig, Wiener Verlag.
- Schelling, F.W. von (1789), *Ideen zu einer Philosophie der Natur*, Leipzig. Schiller, F. (1795), “Die Weltweisen”, en http://www.gedichte-lyrik-poesie.de/Schiller_Die_Weltweisen/index.html
- Taine, H. (1990 [1864]), *Le positivisme anglais: étude sur Stuart Mill*, Bristol, Thoemmes.
- Verhaeghe, P. (2001), *El amor en los tiempos de la soledad: tres ensayos sobre el deseo y la pulsión*, Barcelona, Paidós.
- Vives, J.L. (1992 [1538]), “El alma y la vida”, en *Antología de textos*, Valencia, Vice-rectorat de Relacions Exteriors.